t: 1401789

DG
Com

R. ORTEGA Y FRÍAS

JOAQUIN DEL POZO
ARAMBURU

El testamento de un conspirador



La Novela de Ahora

PUBLICACIÓN SEMANAL

3.ª época. ooo Año IV. Número 67.

R. 184596

LA NOVELA DE AHORA

PUBLICACIÓN SEMANAL

TERCERA ÉPOCA

67



Cabral levantó la cabeza con el aire de orgullo que le caracterizaba.

RAMÓN ORTEGA Y FRIAS

EL TESTAMENTO

DE

UN CONSPIRADOR

MEMORIAS DE UN REO DE ESTADO

TOMO I



JOAQUIN DEL POZO
ARAMBURU

MADRID
LA NOVELA DE AHORA

SATURNINO CALLEJA, EDITOR
CALLE DE VALENCIA, NÚM. 28

CASA FUNDADA EN 1876

Imp. y Enc. de la Viuda é hijos de J. Velasco. Andrés Borrego, núms. 16 y 17. — MADRID



EL TESTAMENTO DE UN CONSPIRADOR

CAPITULO PRIMERO

Donde se relatan las más sorprendentes aventuras y se trasluce algo que tiene que ver con el Rey y con los negocios de Estado.

Á las cuatro de la tarde del día 15 de Enero de 1663 era muy escasa la luz, porque el Sol se acercaba á su ocaso y porque el horizonte staba cubierto por muy densas nubes; es decir, que era uno de esos días tristes de invierno en que no debe esperarse más que una copiosa lluvia, que en aquella época convertía en arroyos ó en grandes charcos las calles y plazas de Madrid.

Los jardines y alamedas del Buen Retiro estaban desiertos, pues los cortesanos se encontraban en los salones de la morada real, donde también había más silencio y menos movimiento que de costumbre, á causa del rumor de que Felipe IV se hallaba peor de los achaques de su vejez, de la debilidad que reducía su cuerpo casi á la impotencia, respetando solamente el vigor, la fogosidad de su imaginación inquieta y vehemente; lo cual era doble tormento, porque las fuerzas físicas no podían corresponder á las de la voluntad, no satisfacían los impulsos del deseo. Á tan triste estado le llamaba el Rey enfermedad del alma.

En uno de los salones donde estaban los cortesanos se presentó, con extrañeza de todos, un joven que parecía tener veintidós años. Era de estatura elevada con relación á su edad, bien formado, enjuto de carnes, rostro aguileño de atrevidos perfiles, tez morena, frente despejada, ojos negros, grandes, de mirada ardiente y expresiva, y con:inente un si es no es altivo y desdeñoso. Y sin embargo de aquella altivez, que podía parecer soberbia, su ropaje, aunque nuevo y no de escaso valor, indicaba que era un simple hidalgo.

¿Cómo había podido llegar hasta allí? ¿Y por qué muy descaradamente miró uno por uno á los personajes que allí se encontraban?

Á nadie saludó porque á nadie conocía. Se detuvo en el centro del salón, y con la cabeza erguida y cruzados los brazos, quedó inmóvil.

Pronto debía ser interpelado por alguna las personas de la alta servidumbre real; pero antes de que así sucediera, presentóse otro caballero dotado de rara hermosura varonil, vestido con gran riqueza, y que parecía tener unos treinta y cinco años.

Con movimiento de cabeza, sonrisas ó palabras, respondió á los que se apresuraron á saludarle, no solamente con respeto, sino hasta con humildad. No se dignó detenerse, y

á pesar de que debía de ser gran personaje, llegó á donde estaba el mancebo hidalgo, le estrechó la diestra como pudiera haberlo hecho con el mejor amigo, y le dijo:

—¡Perdonadme! Habéis tenido que esperar...

—Hace muy pocos minutos que llegué.

—Contra mi voluntad, he tardado más de lo que debía.

—¡No importa!



y con la cabeza erguida y cruzados los brazos, quedó inmóvil

—¿Habéis arreglado vuestro asunto?

—Sí.

—¡Oh!—murmuró el caballero, cuyo semblante cambió repentinamente de expresión.

Y aquí me tenéis para...

—¡Venid!

Familiarmente se apoyó el caballero en el brazo del joven que había conseguido llamar la atención de los cortesanos.

Salieron de aquella habitación, atravesaron otras, llegaron á una galería y se detuvieron.

Entonces se arrugó el entrecejo del potentado.

El mancebo continuaba con la misma tranquilidad.

—Explicaos—dijo el primero.

—Lo único que tengo que deciros es que partiremos inmediatamente.

—Si vuestra resolución...

—Perdonad, D. Lope; pero bien sabéis que nada os he ocultado: ni siquiera mis pensamientos.

—Lo sé.

—La reserva, sobre ser inútil, sería perjudicial. De acuerdo estamos en todo: se trata del cumplimiento de sagrados deberes, y por cierto que vos habéis sido temerario, loco más de una vez para cumplirlos. ¿Qué dirías si retrocediésemos?

—¡No debéis retroceder!

—Lo que siento es que en dos partes no puedo estar á la vez; pero acudo á lo más urgente, y tengo paciencia. Vos quedáis en la corte al lado del Rey...

—¡Descuidad!

—Nada más os digo, porque yo soy quien necesita vuestros consejos.

—Instrucciones tenéis las más minuciosas.

—Me falta la protección de la fortuna.

—¡La de Dios, Sr. Domingo!

—Espero que me la conceda, porque trabajo en favor de la justicia.

—¿Y el Sr. Diego?

—Con los caballos está cerca del convento de Atocha: ahora mismo iré á reunirme con él, y partiremos.

—Decidle que no olvide mis consejos.

—Se lo recordaré.

No hablaron más. Se abrazaron, y tomaron distintas direcciones.

El caballero volvió á los salones donde estaban los cortesanos, los atravesó rápidamente, y sin pedir licencia, ni siquiera anunciarse, entró en la cámara del Rey. Ya no podía caber duda de que era un personaje de muchísima importancia.

El mancebo salió de la morada real, bajó

hasta el Prado. volvió á la izquierda, y á buen paso siguió hasta llegar frente al histórico convento de Atocha.

Avanzó algo más, y á los pocos minutos se encontró con otro hidalgo que representaba unos veintiséis años, que era de regular estatura y tenía los ojos pardos, redondos y hundidos, salientes las cejas, delgados los labios y grande la boca. Su aspecto nada ofrecía de particular, como no fuera la mirada; que á veces era demasiado penetrante, y á veces sombría.

—¿Hay novedad?—preguntó.

—Ninguna.

—¿Le habéis recordado á D. Lope?...

—No necesita recuerdos, porque los minutos son preciosos.

Á pocos pasos de allí, y entre unos árboles, había dos caballos. Montaron.

—¡Ha llegado la hora!—exclamó el llamado Diego.

Su rostro se contrajo, y sus pequeños ojos brillaron intensamente. Algo extraordinario sucedía en su alma.

Los corceles, que eran vigorosos, partieron al trote. Los jinetes no pronunciaban una palabra: cada cual se había entregado á sus pensamientos y no se preocupaba del otro.

Las nubes se amontonaban, y por minutos era más escasa la luz. Media hora después, como se había ocultado el Sol y los resplandores del crepúsculo no pasaban á través del vaporoso velo que cubría el horizonte, la obscuridad fué casi absoluta. Los caminantes, envueltos en sus capas, silenciosos y avanzando siempre con igual rapidez, parecían desde cierta distancia dos seres fantásticos, informes, porque sus contornos se desvanecían entre las tinieblas.

Empezó á llover. Los corcelea, guiados por su instinto, iban buscando el terreno más firme.

La lluvia espesaba. De vez en cuando una ráfaga de viento azotaba el rostro de los dos caminantes y agitaba las plumas que adornaban sus sombreros. Hubiérase dicho que de nada de esto se daban cuenta, ó que les era indiferente el Sol ó las tinieblas, el frío ó el calor. La obscuridad se hizo tan profunda, que apenas ellos mismos distinguían la cabeza de sus caballos. El paso de éstos era siempre igual. Á las siete se encontraban los caminantes calados hasta los huesos. Dos horas y media hacía que salieron de Madrid, y habían recorrido una distancia respetable. Los caballos sacudieron la mojada crin, levantaron la cabeza y uno de ellos relinchó, redoblando ambos la velocidad de su marcha sin necesidad de que los jinetes los espoleasen.

Á la derecha del camino, confusa, muy confusamente, distinguíase una masa negra, en cuyo centro brillaba un pequeñísimo punto luminoso. Era, indudablemente, un edificio, posada, venta ó mesón de los que abundaban por aquella época en los caminos. Arreciaba la lluvia, eran más violentas las ráfagas del viento, y nuestros caminantes empezaban á sentir entumecidas las piernas.

Por esta razón ó porque ya tuviesen determinado hacerlo así, apenas llegaron al edificio de que hemos hecho mención se detuvieron, echaron pie á tierra, descargaron con el aldabón recios golpes en la puerta, y no tuvieron que aguardar, porque aún no se habían entregado al reposo los habitantes de la casa; y sin molestarlos con preguntas, abrieron y presentáronse el posadero, su mujer con un candil, y el criado, que era mocetón robusto.

—¡Que Satanás cargue conmigo!—exclamó entonces el Sr. Diego entregando las riendas de su caballo al mozo, desembozándose y sacudiéndose la capa,

Y en el zaguán entró, mientras su compañero de viaje hacía lo mismo sin pronunciar palabra.

—¡Buenas noches tengan vuestras mercedes!—dijo el posadero haciendo profundas reverencias, porque vió que los corceles eran de bastante valor, y comprendió por esto que los caminantes eran hidalgos ricos.

Y luego añadió dirigiéndose al mozo:

—Ocúpate en arreglar estos caballos, y mira cómo los tratas, que yo atenderé á estos caballeros.

El criado con las cabalgaduras se metió en un patio muy anchuroso. Allí había un coche de camino, lo cual probaba que otros viajeros nobles y ricos habían llegado antes.

El Sr. Domingo advirtió esta circunstancia; pero su compañero no, porque volviéndose de un lado para otro preguntó:

—¿Dónde está el fuego de esta casa? Porque ante todo necesitamos secar los huesos, y mientras lo hacemos así, nos prepararéis habitación y cena. ¡Mil rayos! ¡La noche no puede ser peor!

—¡Por aquí!—dijo la posadera.

Los dos hidalgos la siguieron, entrando en la muy espaciosa cocina, en cuyo centro estaba el hogar; donde ardían algunos troncos. Quitáronse la capa que colgaron cerca del fuego, y se sentaron en los banquillos que por allí había. La posadera se apresuró á poner más leña, y muy pronto se levantaron grandes llamaradas.

—¡Esto es otra cosa!—dijo el Sr. Domingo; y se acomodó como mejor pudo.

El posadero, que ya había cerrado la puerta de la casa, acudió para recibir órdenes.

—Queremos cenar, y luego dormir: la cena ha de ser como corresponde á personas como nosotros.

—Descuiden vuestras mercedes, que no han de quedar descontentos. Hay jamón, huevos, lomo, queso, arrope y un vino puro y añejo que no se bebe en diez leguas á la redonda.

—Pues de todo eso nos serviréis—respondió el Sr. Diego;—y si mentís y el vino está bautizado...

—¡Lo pagarán vuestras costillas!—añadió el Sr. Domingo.

—¡Tranquilo estoy!

—Nos prepararéis un aposento con dos camas; el mejor en todos sentidos.

—Uno de los dos mejores será—replicó la posadera mientras descolgaba una sartén.

—¿Pues quién ocupa el otro?

—El otro, ó más bien los otros, y otros del piso bajo, los ocupan unos ilustres viajeros que llegaron hace más de dos horas; y aunque mostraban gran empeño en seguir el viaje, para entrar hoy mismo en la corte, como diluviaba y estaba la noche obscura como boca de lobo, no se han atrevido á continuar, y han determinado pasar aquí la noche, ni más ni menos que vuestras mercedes, porque...

—¡Vive Dios!—replicó el Sr. Diego.—¿Y quién os ha dicho que pasamos la noche en vuestra casa por temor á la obscuridad y á la lluvia?

—Perdone vuestra merced!

—Perdonada estáis si nos dais de cenar pronto.

—¿Y quiénes son esos viajeros ilustres?—preguntó el Sr. Domingo.

—Ignoro sus nombres pero deben ser personas muy principales.

—¿Caminan en un coche?

—Sí, señor, caballero, y los acompañan dos criados.

—¿Es un matrimonio?

—Más parecen un padre y una hija—contestó el posadero, que era muy hablador,—porque el caballero debe de pasar de los cincuenta años, mientras que la dama apenas tendrá dieciocho; y no se tratan como dos iguales, sino que ella le habla con respeto, con timidez, y él la mira muy cariñosamente.

—¿Y los criados?

—Son mudos, pues no hemos conseguido que hablen una palabra, como no sea para darnos las órdenes que recibían de su señor. Éste tiene su cama en un aposento, ella en otro; y, además, han ocupado una sala donde cenaron, y quizás se encuentren todavía. El caballero, que muy receloso parece, y razón le sobra, porque su hija, si su hija es, tiene la hermosura de los ángeles, y particularmente unos ojos... ¡Ah!... Los ojos...

—¿Y qué te importan los ojos de esa dama? —interrumpió ásperamente la posadera fijando una mirada terrible en su marido.

—Nada me importa, mujer; pero estos caballeros me preguntaban, y mi obligación es responder. He querido decir que el viejo parece muy receloso, porque ante todo preguntó si alguien había en la posada, revisó muy cuidadosamente las habitaciones, y...

—¿No callarás? ¡Aún no has preparado las camas para estos caballeros!

—¡Voy en seguida Pues, como decía, la joven tiene una mirada tan triste, y está siempre con la cabeza inclinada, y cuando sonríe, y sobre todo cuando levanta los ojos... En fin, lo que es el viejo no me gusta, porque tiene la misma cara de un zorro; y como la cara es el espejo del alma, si tiene alma de zorro también...

—¡Las camas!—volvió á interrumpir la posadera.

ablador huésped encendió otra luz y salió de la cocina. Los dos viajeros quedaron silenciosos. Sus ropas humeaban. La posadera continuaba preparando la cena.

Quince minutos después los dos hidalgos subieron, y se instalaron en una habitación donde había dos camas. Allí debían cenar, y se sentaron junto á una mesa, donde puso un mantel, no muy limpio, el posadero.

El Sr. Domingo le preguntó:

—¿Están muy cerca de aquí esos ilustres viajeros? Porque si hacemos ruido con nuestra conversación y los molestamos...

—Pared por medio: por ese lado está el apósento donde ahora se encuentran; por este otro lado, el dormitorio de la joven, y más allá el del caballero receloso. Pero si no gritáis, como supongo, no me parece que pueda incomodarlos el ruido de vuestras voces.

—Más ganas tenemos de descansar que de hablar.

—Entonces...

—¡Traed la cena y dejadnos!

El posadero obedeció. Aunque los dos hidalgos parecían alegres, empezaron á cenar silenciosamente.

—¡Estáis muy pensativo!—dijo el Sr. Diego después de algunos minutos.

—Aunque muy extraño os parezca, ha picado mi curiosidad lo que nuestro huésped ha dicho de los viajeros del coche.

—Á mí no me parece nada de particular. Un padre y una hija con dos criados: la hija es oven y hermosa, y el padre, receloso y astuto, lo cual está viéndose todos los días.

—Sin embargo...

—¿Qué?

—¡Nada!

El Sr. Domingo llenó un vaso y bebió. Volvieron á quedar silenciosos. Pocos momentos después, y aunque confusamente, percibieron ruido de voces que resonaban al otro lado de las aredes. El Sr. Domingo dejó de comer, volvió la cabeza y quedó inmóvil. Luego se puso en pie, se acercó al tabique, que debía de ser muy delgado, se inclinó, y escuchó con atención profunda. Le pareció oir como un lamento, una queja angustiosa.

—Señor Cabral—le dijo el otro irónicamente,—estáis cometiendo el más feo de los abusos; sin contar con que dejáis la cena, que no está del todo mala, y el vino, que es bastante bueno. Os habéis empeñado en encontrar una aventura misteriosa en esta posada...

—Y empiezo á creer que no es difícil conseguirlo—interrumpió el mancebo.

—¿Entendéis lo que hablan?

—¡Callad; os lo suplico!

—Callaré, y beberé por la salud de esos ilustres viajeros, y en particular por la de la joven de los seductores ojos y la mirada melancólica.

—Se arrugó el entrecejó del Sr. Domingo.

—¡Vive el Cielo!—exclamó.—No he de quedarme nin saber lo que esto significa!

Se separó de la pared, llegó á la puerta, la abrió sin hacer ruido, dió un paso, y se encontró en un corredor donde había otras muchas.

Era necesario gran atrevimiento para lo que intentaba; pero no se detuvo más que un momento para convencerse de que nadie andaba por allí. El corredor daba al patio. Continuaba lloviendo, y allí era profunda la obscuridad. El Sr. Domingo volvió á la izquierda, dió algunos pasos y llegó junto á una puerta, inclinándose y acercando un ojo al de la cerradura, que era bastante ancho. He aquí lo que vió.

Una mesa sobre la cual había algunos platos y los restos de una cena, dos vasos y un velón, cuya rojiza luz daba de lleno en el rostro de una mujer joven y de belleza inconcebible. No había exagerado el posadero, porque los ojos de aquella mujer, grandes y rasgados, negros y sombreados por largas pestañas, tenían un encanto sin igual. Sus facciones, de admirable pureza, presentaban un conjunto armónico, dulce y de atractivo irresistible. La palidez de sus mejillas, la expresión melancólica de su mirada, la tristeza dolorosa que revelaba su semblante, daban, indudablemente, mayor interés á tan rara belleza. Su talle era esbelto, y delicadas todas sus formas. No había más que mirarla para comprender que estaba dotada de sensibilidad exquisita, impresionable, vehemente, y que lo mismo podía matarla el dolor que enloquecerla la alegría.

Un misterio debía de ser la vida de aquella criatura, y así lo pensó el Sr. Domingo Ca-

bral, que se sintió vivamente impresionado y conmovido al verla, contemplándola con ansiedad. Tenía la joven la cabeza inclinada sobre el pecho, y en sus mejillas, de nacarada blancura, brillaban, según le pareció al hidalgo, dos lágrimas que lentamente descendían dejando una huella, y que se desprendieron al fin y cayeron como dos gotas de rocío.

Frente á la joven se encontraba el caballero. También con respecto á éste había sido exacta la pintura hecha por el posadero. Representaba poco más de cincuenta años; era de escasa estatura, y escaso también de carnes. Su rostro enjuto, amarillento. casi imberbe, aguileño, de labios delgados, ojos pequeños y hundidos y pómulos salientes, tenía efectivamente algo del zorro, atestiguaba un gran fondo de astucia y, probablemente, de ruindad, y aun de muy malas pasiones. Su ropaje era de mucho valor, como correspondía á un caballero muy rico y de muy noble alcurnia. Parecía imposible que semejante hombre fuese el padre de aquella mujer tan bella, que, indudablemente, estaba dotada de alma elevada y gran corazón.

No era menester más para que en tan extraña aventura se empeñase el mancebo, también muy impresionable y dotado de imaginación inquieta y soñadora. En realidad, cometía un abuso cuyas consecuencias podían ser las peores. Ningún derecho tenía para averiguar quiénes eran aquellas dos personas, ni por qué se encontraban allí, ni, mucho menos, las causas del sufrimiento de la encantadora joven; pero no siempre hacemos lo que nos está permitido ni lo que es conveniente, y en este caso se encontraba el Sr. Domingo.

Á pesar de las advertencias de su amigo y compañero de viaje, no dió verdadera importancia á lo que hacía, y si se la dió, quiso satisfacer su deseo bajo su responsabilidad. Miraba con ansiedad creciente. El caballero y la joven habían interrumpido su conversación y parecían entregados á sus pensamientos, que no debían de ser muy agradables. Así transcurrieron tres ó cuatro minutos.

Por fin el caballero se puso en pie, se acertó á la encantadora niña, cruzó las manos, ió á su rostro una expresión de angustia mortal, y exclamó:

—¡Margarita!

Levantó ella la cabeza, se limpió los ojos, arrugó el entrecejo, fijó una mirada profunda en el anciano, y replicó con breve acento:

—¡Jamás!

Otra vez quedaron silenciosos. Se movió el caballero como si fuese á caer de rodillas; pero no lo hizo, y después de dudar cambió de actitud y de gesto, irguió la cabeza con toda la altivez de quien vale mucho y tiene la seguridad de lo que puede, y dijo con grave tono:

—¡Está bien! Me pesa haber olvidado mi dignidad; pero no sucederá otra vez. En cuanto á lo demás, ya sabéis lo que os aguarda.

—¿Me amenazáis?

—Es una advertencia.

—¿Olvidáis quién soy?—replicó Margarita.

El caballero la miró de pies á cabeza, y por toda contestación soltó una carcajada burlona. Ella enrojeció como si la sangre fuese á brotar de su rostro; dos centellas se escaparon de sus pupilas. No pareció desconcertarse el viejo ruin: desplegó una sonrisa irónica, volvió á mirar á la joven y le dijo dulcemente:

—Tú eres la que debes recordar lo que algunas veces olvidas. Desde esta noche, vida nueva. Te complaceré, y no volveré á pronunciar una sola palabra de las que oyes con tanto disgusto. Tienes razón: he delirado, soy un infeliz cuyo juicio se perturbó; pero mi locura no es incurable, y la prueba la tendrás. En cambio, cumpliré mis deberes; nada más que cumplirlos, Margarita, y ningún derecho tendrás á quejarte, absolutamente ninguno.

La joven se estremeció y volvió á palidecer.

—Ya es hora de descansar—dijo el caballero.—Te dejaré en tu dormitorio, me retiraré al mío, y al amanecer...

—¡Dios mío!—exclamó la hermosa niña con desgarrador acento.

—¿Qué te sucede?—le preguntó fríamente el anciano.

—¡Esto es una crueldad horrible!

—Tal vez; pero la culpa no es mía: ya lo sabes.

—¡Ah!

—Y sabes también que el remedio no está en mi mano.

—Pero...

—¡En vano te cansas! Sobre mi voluntad hay otra, una voluntad suprema...

El anciano se interrumpió como si dudase, y después de algunos momentos añadió con voz opaca:

—¡La voluntad del Rey!

Margarita, como si repentinamente se agotaran sus fuerzas y desapareciese la energía de su espíritu, volvió á dejarse caer en la silla, y el llanto, su único desahogo, bañó de nuevo las rosas de su cara.

—Necesitamos otra luz—murmuró el caballero, y, además... Antes llamaron, y es probable que otros viajeros pasen aquí la noche, lo cual me desagradaría mucho, muchísimo, porque no hay nada que me infunda más miedo que las pícaras casualidades, esas coincidencias que nadie puede prever. ¡Necesito salir de dudas!

Y al pronunciar estas palabras se dirigió hacia la puerta. El atrevido hidalgo no podía permanecer allí sin ser descubierto. Ni una sola palabra había perdido de la conversación, y, como era consiguiente, llegó á interesarle muy de veras lo que había visto, aquel misterio que no se parecía á ninguno.

Empero no podía continuar observando, y tuvo que alejarse y entrar en su aposento, quedando junto á la puerta y poniéndose el dedo índice sobre los labios para hacer comprender á su compañero que convenía callar. Era el Sr. Diego sobradamente listo, y se concretó á sonreir maliciosamente, llenando su vaso y volviendo á beber. Al abrirse crujió la puerta del inmediato aposento, y se oyó la voz del anciano, que gritaba:

—¡Posadero!

—¡Voy al instante!—respondió éste, subiendo con cuanta ligereza pudo.

Á los cinco minutos bajaba para volver muy pronto con otra luz, y mirando por una hendija, pudo el Sr. Domingo ver que el caballero y Margarita pasaban por el corredor, y oyó luego el ruido de una puerta que se abría y se cerraba, y el de la llave al girar en la cerradura, y otro ruido igual á los pocos momentos. Después, nada; silencio profundo.

—¿Os explicaréis ahora?—preguntó el señor Diego á su amigo.

—¡Vive Dios!—exclamó éste desesperadamente.

—¿Por fin tenemos aventura?

—¡Lo que me parece que tenemos es un abuso, una gran infamia, un crimen que se comete á la sombra de un misterio impenetrable!

—¡Señor Domingo!

—¡No lo dudéis—repuso el mancebo, cuyos negros ojos brillaban como carbunclos.

—No dudo; pero me sorprendo, porque es de tal naturaleza lo que decís...

—Lo que he visto.

—Pero ¿qué habéis visto?

—Luego lo sabréis, porque ahora...

—¿Otra vez vais á salir?

—Por algunos momentos.

—¿Queréis que os acompañe?

—¡No es menester!

—¡Mal principiamos nuestro viaje!

—Así acabará felizmente!

—¡Sois el hombre de las ilusiones y de las esperanzas!

El mancebo volvió al corredor, tomando entonces á la derecha y deteniéndose junto á la primera puertecilla que encontró, puerta medio desvencijada, apolillada y llena de resquicios y agujeros, como todas las de aquel semiruinoso edificio. No necesitó entonces mirar por el ojo de la cerradura, porque la puerta tenía un agujero mucho mayor junto al suelo, el de una gatera, y el Sr. Domingo, que no parecía muy escrupuloso, se arrodilló, se inclinó hasta tocar con la frente en el pavimento, volvió la cabeza y miró.

Pudo haber visto lo que no le estaba permitido ver; pero, afortunadamente, Margarita, en vez de desnudarse y acostarse, se había sentado, apoyando los codos en la mesa y la frente en las manos, y quedando inmóvil como una estatua. ¡Con cuánta delicia la contempló el mancebo!

Era lo más probable que no volviera á verla.

Por mucho que mirase, por mucho que observara y por mucha que fuese su habilidad, su penetración ó su ingenio, no era posible que aquella misma noche pusiera el misterio en claro. Aun prescindiendo de lo que le interesaba la suerte de aquella criatura tan bella, y que tan desgraciada parecía, llamábale particularmente la atención la circunstancia de haber nombrado el caballero al Rey, y el efecto verdaderament mágico que esto produjo

en la encantadora y desdichada joven. ¿Qué tenía que ver Felipe IV con aquellas dos personas?

—Quizás una intriga—decía para sí el mancebo:—tal vez en todo esto hay una historia tan horrible como la que me dió á conocer mi desgraciado padre, y cuyas consecuencias son las que me tienen ahora en esta posada y en compañía del infeliz Diego de Paredes. Y puesto que de favorecer á la justicia se trata y he jurado hacerlo así para que se cumpla la voluntad de mi padre, debo tomar en consideración este asunto, y tan de veras como el del Sr. Alfonso de Paredes y el del muy noble duque de Hijar. Además, y prescindiendo de la justicia, me impulsa mi corazón, porque...¡Vive el Cielo, no he visto ni espero ver igual prodigio de belleza!

El Sr. Domingo no tenía conciencia del tiempo que pasaba. Allí se hubiera estado toda la noche, pareciéndole un minuto. Quiso su fortuna que al posadero no le ocurriera subir, ni salir de su aposento al caballero, á pesar de que era desconfiado como la misma desconfianza.

Más de media hora transcurrió. Al fin Margarita levantó la cabeza y exhaló un penoso suspiro. ¡Qué interesante estaba con su expresión de dolorosa melancolía! Se puso en pie. Iba á principiar á desnudarse; pero de repente se detuvo, dió media vuelta, se inclinó, y con un soplo apagó la luz.

Un gran esfuerzo tuvo que hacer el hidalgo para contener un grito de desesperación. Las tinieblas envolvieron los hechizos de aquella mujer sublime. Sin embargo, el mancebo permaneció inmóvil. No miraba; pero escuchaba con ansiedad inconcebible. Así pudo percibir el rumor del ropaje de la joven, oyó algún suspiro lánguido, y le pareció que aspiraba emanaciones embriagadoras. El deseo puede mucho, y las ilusiones, más. En realidad, lo que aspiraba el Sr. Domingo era el aire frío y húmedo de aquella noche. Latía su corazón con desigual violencia. Cuando ya no oyó ningún ruido más que el monótono de la lluvia, que seguía cayendo copiosamente, se levantó, se pasó las manos por la frente, se oprimió el pecho y suspiró también. Sentíase trastornado. Se alejó de aquella puerta, llegó á la de su aposento y entró. Su amigo le miró, soltó una carcajada burlona, y le dijo:

—¿Qué diablos habéis hecho, que no solamente la ropa, sino el rostro también, en la mejilla derecha, tenéis empolvado? ¡Tripas de Lucifer! ¡Y estáis pálido, agitado!

—¡La situación es grave!—replicó el mancebo mientras se sentaba y apoyaba los brazos en la mesa.

—Pero ¿no acabáis de cenar?

—¡No tengo apetito!

—¿Ni siquiera beberéis?

El Sr. Domingo se encogió de hombros, llenó el vaso y bebió.

—Estáis desconocido—le dijo su compañero,—pues desde que una feliz casualidad nos puso en relaciones, esta es la vez primera que os veo triste, abatido, poco menos que anonadado.

—¡No sin motivo!

—Es imposible que yo adivine lo que pasa; pero aunque nos amenace el mayor de los peligros...

—¡No se trata de eso!

—De todas maneras, tomad un bocado de estas magras; y sobre todo bebed, porque el vino despeja el entendimiento y alivia las penas, y entretanto me explicaréis en qué consiste la gravedad de la situación.

—Vuestro consejo es saludable. Beberé, y... ¡La verdad es que más motivos tengo para considerarme afortunado que desgraciado! Lo que sucede nada tiene que ver con nuestros asuntos; pero es un asunto más, y muy desagradable.

—Si os parece, pediremos más vino. Tiempo nos sobra para hablar y dormir, porque aún es muy temprano.

—¡Ciertamente!

El Sr. Diego fué hasta la puerta, la abrió y gritó:

—¡Maese Parlanchín! ¡Traed más vino, y que sea mejor que éste, si mejor lo hay en vuestra casa! ¡Corred, para que yo no os haga bailar en fuerza de cintarazos!

El posadero acudió con la prisa que era consiguiente después de órdenes tan terminantes, y poniendo sobre la mesa una botella dijo:

—Como vuestras mercedes son personas

que les gusta tratarse bien y no han de mirar lo que los gustos cuestan, he decidido traer esta botella única, que hace dos años me la regaló un viajero á quien asistí en una enfermedad, y que he guardado como se guarda un tesoro. Tengo entendido que es jerez de la misma clase que el que bebe Su Majestad nuestro muy amado Rey.

—Está bien; y puesto que otra cosa no necesitamos, podéis entregaros al reposo.

—Supongo—le dijo el mancebo—que ese caballero anciano os llamó antes para preguntaros qué clase de gente había llegado á esta casa.

—No se equivoca vuestra merced; pero le he dicho que los viajeros eran dos hidalgos muy nobles, muy graves, que descansarían algunas horas y que se irían, y que ni siquiera se habían acordado de preguntar quién había en la posada.

—¿Nada más?

—Absolutamente nada.

—Pues retiraos á dormir.

—¿No tenéis que darme ninguna orden para mañana?

—Partiremos al rayar el día—dijo el señor Diego.

—Pero después que los otros viajeros—añadió el Sr. Domingo.

—¡Pues que Dios nos dé buena noche!

Cuando los dos amigos quedaron solos destaparon la botella, que, efectivamente, contenía un exquisito vino de Jerez. Bebieron, alabaron como merecía el espirituoso líquido, y dieron principio á la conversación.



Cuando los dos amigos quedaron solos, destaparon la botella.

—He visto mucho, y no he visto nada—dijo el mancebo:—principié con luz y acabé en tinieblas.

—Y así continuáis, porque vuestras palabras son bien obscuras.

—Queréis saber lo que he visto?

—No espero otra cosa.

—Una mujer de belleza singular, de belleza como nunca la habéis imaginado: con unos ojos negros que no sé lo que tienen, con frente noble, con rojos labios...

—¡Entendido! Esos labios que piden...

—¡Lo que piden los de esa criatura, es consuelo, es justicia!

—¿Y no piden amor?

—¡Oh!

—Sr. Domingo, antes de que continuéis os diré una cosa, pues nosotros debemos hablar con franqueza.

—Sí.

—¿Os habéis enamorado?

—Eso no; pero me ha impresionado tan vivamente esa mujer...

—Así es como se mete el amor en el alma.

—Principalmente me interesan sus desdichas.

—¿Las conocéis?

—No; pero es indudable que sufre mucho.

—No hay amor que más se arraigue que el que principia por el sentimiento de la compasión. Vos habéis tenido buenos maestros, señor Domingo, y valéis mucho; pero no conocéis el mundo como yo he podido conocerlo, como se conoce cuando se vive sufriendo y luchando con todas las contrariedades, cuando la necesidad nos obliga á fijar la atención hasta en lo que parece que no tiene importancia. Vos también habéis sufrido; pero otra clase de dolores: el de vuestra orfandad, con las circunstancias hasta cierto punto horribles que en ella concurrieron; pero habéis pasado vuestra existencia al lado de vuestra amorosa madre y bajo el amparo de protectores tan poderosos como D. Lope de Santisteban y don Luis de Vargas. He ahí por qué puedo apreciar ciertas cosas mejor que vos, y repito que os habéis enamorado locamente de esa dama misteriosa de los ojos negros, lo cual nada tiene de extraño á vuestra edad ni á la mia. Si yo hubiese sido tan curioso como vos, quizás yo fuese el enamorado.

—El tiempo ha de decir si os equivocáis, porque yo no lo sé.

—¡Muy bien, Sr. Domingo! ¡Bebed y continuad! ¡Brindo por vuestro amor! ¿Decíais que en ese aposento habéis visto á la mujer hechicera de los negros ojos? ¿Y qué decia?

El joven relató á su amigo la primera parte de la escena.

—¡Mil truenos! ¡No es su padre!—interrumpió Diego.

—Ni su marido.

—Puede ser su pariente, su tutor.

—Tal vez.

—¡La cosa es muy clara!

—¿Qué creéis que significa?

—Que el viajero está enamorado de la joven.

—¡Por el Infierno!.

—Si celos tenéis, no queda duda de que estáis enamorado. ¡Continuad!

El Sr. Domingo prosiguió contando las amenazas que dirigió *de orden del Rey* el caballero á la joven.

—¡Fuego de Satanás!—exclamó el Sr. Diego dejando de sonreir. Y su entrecejo se arrugó, y su mirada se tornó sombría.

—¡El Rey!—murmuró después de algunos momentos con voz sorda.

—Sí.

—¡Otro misterio; otra intriga que quizás tiene algo que ver con la que fué origen de la horrenda desdicha de mi padre y de mi desgracia!

—¡Todo es posible!

—¡Señor Domingo, no podemos desentendernos de este asunto!

—Veo que cambiais de opinión.

—Porque ya no se trata de una mujer más ó menos bella que os cautiva con sus hechizos, sino de un asunto serio, muy serio, y que puede estar relacionado con lo que tanto nos interesa á vos y á D. Lope en un sentido, y en otro á mí.

—Empiezo á creer que la mano de Dios nos ha traído á esta posada.

—Preciso es averiguar quién es ese caballero.

—¿Y cómo?

—No lo sé; pero es preciso.

—Ella decía: «¿Olvidáis quién soy?» Y entonces fué cuando del Rey habló el viejo receloso.

—¡Continuad!

—Se han retirado á sus aposentos, y quise espiar á Margarita cuando se encontrara sola.

—Señor Domingo, temo que vuestra curiosidad haya dado origen á que hagáis una grave ofensa al pudor de esa mujer.

—Ha podido suceder así; pero no ha sucedido. Yo la miraba, no por el ojo de la cerradura, sino por la gatera.

—¡Por eso estáis lleno de polvo!

—La he visto sentada, con la frente apoyada en las manos, inmóvil, triste, abatida, y... nada más.

—Eso es poco, y es mucho.

—No niego que me interesa vivamente esa mujer; y aun olvidándome de su belleza...

—No nos conviene olvidarla.

—Mañana partiremos y nos alejaremos en direcciones opuestas; nos separaremos quizás para siempre.

—¿Y no podemos retroceder?

—No.

—¡Y Dios sabe cuándo volveremos á Madrid!

—¿Encontraremos entonces á Margarita?

—No es probable.

—¡Vive el Cielo!...

—Sr. Domingo, ¿para qué nos sirve el ingenio? Si ante el primer obstáculo nos declaramos vencidos...

—¡Eso no!—replicó vivamente el mancebo

—Entonces...

—¡Bebamos, Sr. Diego! Sin declararse vencido murió mi valeroso y noble padre.

Los dos hidalgos bebieron. Había pasado el aturdimiento del Sr. Domingo, y ya era el hombre dispuesto á luchar, ya era el adversario muy temible, tanto por su inteligencia como por su valor. Bebieron y hablaron tranquila y alegremente de aquella extraña situación. De repente el mancebo se puso en pie exclamando:

—¡Ya tengo un plan!

—Explicaos.

—Hemos de partir al amanecer.

—Pero después que los otros viajeros, según habéis pensado.

—¿Qué hora puede ser?

—Las nueve; las diez lo más.

—Es decir, que aún hemos de permanecer aquí por lo menos nueve ó diez horas.

—Sí, puesto que tenemos que observar.

—Pues ahora mismo partiré, y dentro de una hora estaré en Madrid.

—¡Sr. Domingo!...

—Veré á D. Lope, le daré cuenta de lo que sucede, y él se encargará de hacer lo que convenga con respecto á Margarita y al caballero misterioso, porque no los perderá de vista un instante.

—¡Tripas de Lucifer!...

—¿No os parece bien el plan?

—Admirable; pero...

—Mi caballo llegará medio reventado á Madrid; pero D. Lope me dará otro. Haré el viaje en menos de una hora, podré detenerme otra en la corte, y mucho antes de que amanezca me encontraré aquí, sin necesidad de correr, y con tiempo sobrado para descansar.

—La cuenta es exacta, porque emplearéis cinco horas, y os quedarán otras cinco para dormir.

—Vos os quedaréis para seguir observando.

—¡Entendido!

—No es menester que despertemos al posadero, porque vos podréis cerrar la puerta de la posada.

Ninguno de aquellos dos hombres vacilaba para poner en práctica un plan, por arriesgado que fuese. Como si se tratara de la cosa más sencilla, dijo el Sr. Diego:

—Pues bebed, é iremos á ensillar el caballo.

Bebieron, brindando por el triunfo de sus difíciles empresas, que eran más graves, más transcendentales de lo que parecían, puesto que en el asunto que los ocupaba había negocios de Estado. Tomaron la luz y salieron del aposento.

Aún llovía copiosamente; pero esto no era bastante para detener al audaz mancebo. Fueron á la cuadra, ensillaron el caballo y lo llevaron al zaguán. Los posaderos y el mozo debían de dormir profundamente, porque de nada se percataron; pero mientras esto hacían los dos hidalgos, crujió una puerta en el piso superior, y luego pudo distinguirse en el corredor un negro bulto.

Era el caballero, que se puso á observar lo que sucedía, y vió cómo los dos hidalgos salían de la cuadra con un caballo y llegaban á la puerta de la posada. Abrió el Sr. Diego. Su amigo salió con el corcel, montó y se envolvió en su ancha capa.

—¡Dios me proteja!—exclamó; y clavando las espuelas en los ijares de su fogoso caballo, que resopló, sacudió la crin, partió con la ligereza del viento y se perdió en la densa obscuridad. El Sr. Diego cerró y volvió á subir. Al llegar á la puerta del aposento ocupado por Margarita se detuvo, inclinóse y acercó el oído al ojo de la cerradura. Ni el más leve ruido percibió. La bellísima joven debía de dormir.

Entró el Sr. Diego en su habitación, se sentó, llenó su vaso y dijo:

—¡Meditemos!

Entretanto el caballero misterioso salía otra vez de su dormitorio, se acercaba á la puerta del de los hidalgos, y miraba por el ojo de la cerradura. El espiado estaba en su derecho al espiar. Vió al Sr. Diego preocupado y que de vez en cuando bebía. Convencido de que no había de hacer ningún otro descubrimiento allí, retrocedió, fué hasta la escalera, bajó á tientas y llegó hasta la cocina. Removió las brasas que había en el hogar, cogió un tizón que estaba medio encendido, le sopló fuerte-

mente hasta conseguir que se produjese alguna llama, y así pudo encender un candil.

Con el auxilio de la luz fué hasta la habitación donde suponía que dormía el posadero, y dió en su puerta algunos golpes.

—¿Quién es? —preguntó una voz soñolienta.

—¡Levantaos y salid!—dijo el caballero con imperioso y duro tono.

—¿Qué ocurre?

—¡Salid, y lo sabréis

Á medio vestir se presentó el huésped, miró al viajero con profunda sorpresa, y preguntó:

—¿Hay alguna novedad? ¿Se siente enfermo Vuestra Señoría ó la señora?

—No es nada de eso. ¡Venid y escuchadme!

La expresión del semblante del caballero no era nada tranquilizadora. Fueron hasta el hogar. El misterioso viajero se sentó, fijó su mirada penetrante en el huésped y le dijo:

—Si no me respondéis la verdad clara y terminantemente, debéis consideraros perdido, porque dentro de pocas horas entrará la justicia en vuestra casa.

—¡Señor!—exclamó el posadero temblando y mirando con terror profundo al viejo receloso.

—¡Si supieseis quién soy, os espantaríais!

—¡Pero yo nunca he mentido, ni he pensado mentir, y como soy un hombre honrado...

—¡Escuchad!

—¡Sí; escucho con el respeto debido á persona tan noble como Vuestra Señoría!

—¿Habéis averiguado cómo se llaman esos dos hidalgos que en vuestra casa tenéis?

—No me lo han dicho.

—Pues es de absoluta necesidad que lo averigüeis...

—¡Señor!

—Repito que es de absoluta necesidad, porque así lo exige la justicia, el servicio de S. M., y porque, según todas las apariencias, esos dos hombres son peligrosos, son criminales y, probablemente conspiradores.

—¡Divina misericordia!

—Si cumplieseis vuestro deber y vigilaseis vuestra casa, sabríais lo que sucede y comprenderíais con cuánta facilidad podéis veros comprometido.

El humilde posadero temblaba aturdido miraba con estupor al caballero.

—¿Qué han hecho esos hidalgos?—preguntó éste.

—Nada de particular. Llegaron, se calentaron, porque venían calados hasta los huesos, se retiraron á su habitación, y les llevé la cena.

—¿Y luego?

—Me llamaron para pedirme más vino, y cuando cumplí la orden me dijeron que me rese á descansar.

—Deben de haberos preguntado por nosotros.

—Sencillamente me preguntaron si otros viajeros había en la posada, porque debió llamarles la atención el coche de Vuestra Señoría.

—¿Y qué habéis contestado?

—Lo que podía contestar: que no tengo el honor de conocer á Vuestra Señoría; y como nada más me han dicho y nada de particular observé, me fuí á dormir, porque antes de que amanezca he de levantarme.

—Y mientras dormíais tan descuidadamente, esos hombres han ido á la cuadra y han ensillado uno de sus caballos.

El posadero se restregó los ojos y volvió á mirar al caballero.

Éste añadió:

—Han abierto la puerta de la posada.

—¡Dios mío!

—Y uno de ellos se ha ido.

—¿Que se ha ido?

—Y el otro continúa despierto y levantado.

—¡No lo entiendo!

—Pues muy estúpido debéis de ser si no comprendéis que todo eso prueba que los dos hidalgos traen entre manos una intriga.

—Si se hubieran ido los dos, ya comprendería que se aprovechaban de mi descuido para no pagar; pero cuando se queda uno de ellos...

—¿Han venido de Madrid?

—Tal creo, no porque lo sepa con seguridad, sino por algunas palabras que han pronunciado.

—Debían de tener gran prisa, cuando caminaban tan mala noche.

—Así lo supongo, señor.

—Y, sin embargo, el que se ha ido ha toma-

do el camino de la corte, porque le he visto desde lo ventana de mi aposento: es decir, que ha retrocedido.

—Pues, entonces, todo lo comprendo.

—¿Qué es lo que comprendéis?

—Se olvidaron algo que les interesa, y uno de ellos ha ido á buscarlo.

—¡Sois un estúpido!

—Ya he tenido la honra de que me lo diga Vuestra Señoría.

—¿Olvidáis mis amenazas?

—¡Dios me libre de cometer semejante torpeza.

—Digo que esos hombres son dos criminales, y que me espían, porque uno de ellos ha estado acechando á la puerta de nuestras habitaciones.

—¿Eso más?

—Y otras cosas que no os digo, porque no habéis de entender.

—¡Desdichado de mí!

—Y es preciso que sepáis que á la corte voy, llamado secretamente por S. M. para muy graves negocios de Estado, y...

—¡Ah! ¿Qué sería de mí? Os juro!...

—¡No necesito juramentos!

—¡Disponga Vuestra Señoría!

—Quiero saber cómo se llaman esos hidalgos

—¿Y si se empeñan en no decirlo?

—Os arregláis como mejor os parezca.

—Señor, si he de pagar ajenas culpas...!

—¡Basta! Vigilad, observad, y mañana quedará decidida vuestra suerte.

No dijo más el caballero. Tomó la luz, salió de la cocina y subió á su aposento.

Otra luz tuvo que encender el posadero, y fué á consultar con su mujer para que ésta le aconsejase cómo salir del apuro; pero ella no hizo por de pronto más que acusar á su marido, diciéndole que de todo tenía la culpa por haber movido la lengua demasiado, pues si así no lo hiciera, los dos hidalgos no hubieran sido curiosos ni se hubieran metido en lo que no les importaba.

—No se trata de eso decía el huésped,—sino de haberse ido uno de ellos.

—¿Y qué hemos de hacer?

—¡Pero me amenaza ese viejo ruin!

—Puesto que el otro hidalgo queda aquí, pídele explicaciones.

—¡Es buena idea!—dijo el posadero.

Y sin detenerse subió, y sin pedir licencia se tomó la libertad de empujar la puerta y meterse en el aposento donde el hidalgo se encontraba.

—¡No he llamado!—le dijo el Sr. Diego.

—Ya lo sé; pero...

—¡Dejadme!

—Perdonad; pero como vuestro amigo...

—¿Qué es lo que queréis?—interrumpió el hidalgo con aspereza y mirando amenazadoramente al posadero.

—Quería saber qué es lo que ha sucedido para que vuestro compañero...

—¡Pues no os importa!

—Os equivocáis, porque...

—¡Por Satanás!—exclamó el Sr. Diego; y poniéndose en pie, fué al rincón donde había dejado su espada, la desenvainó, la blandió y agregó:—¡Vais á saber cómo castigo á los curiosos! ¡Tripas de Lucifer!

Semejantes razonamientos no admiten réplica. No quiso el posadero que á palos le convenciesen, y por convencido se dió, apresurándose á salir, mientras decía:

—¡Perdone vuestra merced!—y escapó á la cocina, donde ya se encontraba su mujer, que había creído prudente levantarse.—¡Ah!—exclamó dejándose caer en un banquillo y limpiándose el sudor que por su frente corría.—¡Ese hombre es una fiera! ¡Apenas le he preguntado por su amigo, ha desenvainado la espada y ha querido matarme!

—¡Bien dice el otro caballero: «son dos criminales!»

—¡Sí; dos asesinos!

—¿Qué será de nosotros?

—¡Si Dios no nos protege—repuso el posadero!—nuestra perdición es cierta.

—¿Y cuál de ellos se ha ido?

El más joven.

—¿Es decir, el llamado Domingo?

—¡Ah! ¡Pues si tú sabías el nombre!...

—Y el otro se llama Diego.

—¿Y los apellidos?

—No los han pronunciado.

—¡Pues es lo principal!

—Y no sé cómo hemos de averiguarlo, porque si se les pregunta con palabras corteses y responden con la espada...



—¡Por Satanás!—exclamó el señor Diego...

—Paes bien; puesto que ese caballero es tan gran personaje, que haga lo que nosotros no podemos hacer. Me declaro vencido, y si la justicia me pide cuentas, se las daré bien claras.

¿Qué había de hacer el pobre posadero? Determinó acabar de vestirse, porque no hubiera podido conciliár el sueño. Hablando con su mujer del mismo asunto y haciendo comentarios de todas clases, dejaron transcurrir las horas, deseando y á la vez temiendo que llegase el nuevo día. Fatigados estaban ya de hablar, cuando el posadero entreabrió una ventana, viendo que el horizonte se había despejado y que brillaban las estrellas.

—Son las tres—dijo.

Antes de que volviese á cerrar oyó el ruido de las pisadas de un caballo.

—¡Otro viajero!—murmuró.

Pocos momentos después resonaron algunos golpes dados en la puerta de la casa.

—¿Quién es? — preguntó el huésped.

—¡Abrid en seguida, que estoy muy fatigado!—contestó el que llamaba.

—Pero...

—¡Por el infierno! ¿Queréis que rompa la puerta y después vuestros huesos?

—¡Noche horrible! ¡Todos me amenazan; todos quieren matarme!

Corrió y abrió, viendo con sorpresa profunda que el viajero que acababa de llegar era el joven hidalgo. Éste, como si nada de particular hubiera sucedido, entregó las riendas al huésped, diciéndole:

—Llevad el caballo á la cuadra y cuidadle bien, para que descanse y recobre las fuerzas.

El infeliz posadero fijó la mirada en el corcel, que no era el mismo que antes montaba el hidalgo, y ni siquiera se le parecía.

El mancebo le miró fijamente, y mientras arrugaba el entrecejo le dijo:

—¡No lo entiendo!—murmuró.

—¡Si no lo entendéis, mejor para vos; y no intentéis averiguarlo, porque os pesaría!

No se atrevió á replicar el huésped. Se llevó á la cuadra el caballo, que era de mucho valor. Sin pedir luz atravesó el Sr. Domingo el patio, subió la escalera, y en el corredor se detuvo junto á la puerta del aposento de Margarita. No pudo dominarse, y se arrodilló, inclinándose hasta colocar el rostro junto á la gatera. Escuchó y percibió el ruido muy leve y acompasado de la respiración de la joven. Esto fué un goce inmenso para él. Después de algunos minutos se puso en pie, dió algunos pasos más y entró en su aposento. Su amigo estaba todavía junto á la mesa, y levantaba el vaso para beber.

—¡Ah!—exclamó.—¡Llegáis á tiempo para echar el último trago!

El mancebo dejó la capa, el sombrero y la espada, se sentó y bebió.

—¿Estáis muy fatigado?—le preguntó su amigo.

—Un poco.

—Pues mientras descansáis me diréis con brevedad lo que habéis hecho.

—Os traigo noticias de interés.

—Y yo os diré lo que sucede por aquí, que aunque de poca importancia en apariencia, debemos tenerlo muy presente.

—El posadero está levantado y...

—Algo más sucede.

—¡Escuchadme!

El Sr. Diego echó en los vasos el vino que quedaba.

En vez de escuchar lo que hablaron, y para que se comprendan los sucesos que hemos de referir, tenemos que retroceder al momento en que el Sr. Domingo entró en la corte y llegó á la suntuosa morada de D. Lope de Santisteban.

CAPÍTULO II

D. Lope dice algo de mucho interés, diciendo muy poco.

Cuando el Sr. Domingo estuvo en Madrid fué á detenerse á la calle de Don Pedro y á la puerta de una casa muy grande, de apariencia suntuosa. Su caballo estaba medio muerto, pues había corrido más de lo que podía sin un solo instante de reposo; descabalgó y llamó, descargando con el aldabón recios golpes en la puerta. Á los pocos minutos se abrió un ventanillo y preguntaron:

—¿Quién es?

—¡Abrid—respondió el hidalgo,—que necesito ver inmediatamente á vuestro señor! ¿Supongo que me conocéis?

—¡Sí, sí!

La puerta se abrió, encontrándose el mancebo con un criado que le saludó respetuosamente.

—Haríais muy bien en llevar mi caballo á la cuadra, porque está poco menos que reventado.

—¡Descuidad!

—¿Duerme vuestro señor?

—Lo ignoro; pero subid, puesto que para vos á todas horas están las puertas de esta casa de par en par.

Otro criado acudió, y un tercero se presentó en la escalera con una luz y exclamando:

—¡Ah! Mi noble señor me ha mandado ver quién llama. ¡Venid, Sr. Domingo!

El hidalgo subió la muy espaciosa escalera, atravesó varias habitaciones amuebladas con riqueza deslumbradora, y llegó á una donde se encontraba el caballero á quien hemos visto en el Palacio Real; es decir, D. Lope de Santisteban.

Fijó éste una mirada escudriñadora en el hidalgo, y se arrugó su entrecejo mientras decía:

—Vuestra visita me sorprende y me desagrada.

—¡Vive el Cielo!—exclamó el Sr. Domingo.—¡Me parece que vuestra situación se complica!

—Estáis fatigado, y, además, vuestro semblante...

—¡No puede decir nada bueno!

—¿Decís que se complica la situación? No adivino, y reconozco mi torpeza. El objeto de vuestro viaje es un secreto que nadie conoce, ni siquiera puede sospecharlo nadie; y, por consiguiente, no se concibe que hayáis encontrado ninguna clase de estorbos. Verdad es que hay que contar con los sucesos imprevistos, que son los que trastornan los planes mejor combinados.

—Ahora no os equivocáis.

—Sentaos, Sr. Domingo, descansad, y explicaos con calma, porque hay ocasiones en que perdiendo algunos minutos se ganan muchas horas. Por mi desgracia, cuando yo tenía vuestra edad me dejé arrebatar algunas veces, y mi arrebato me puso en apuros muy grandes y me proporcionó bastantes sufrimientos. Hay cosas que no podéis comprender, porque tenéis veintidós años; pero escuchad mis consejos, que son hijos de la experiencia y que me han costado mucho.

—Siempre los he seguido.

¿Desde dónde habéis retrocedido, Sr. Cabral?

—Desde una posada que supongo dista tres ó cuatro leguas de Madrid.

—La conozco.

—Allí se ha quedado el Sr. Diego; y como el negocio que me ha obligado á venir es muy urgente, como cada instante es un tesoro—dijo con creciente impaciencia el hidalgo,—os ruego...

—¡Ya os escucho!

—Un nuevo misterio, otra injusticia, otro abuso, ¡quizás otro crimen!

D. Lope, que debía de ser uno de esos hombres que han sostenido grandes luchas y que han sufrido mucho, siguió mirando al mancebo mientras decía:

—Ganaríais mucho si os concretaseis á referir sucesos, porque tiempo nos quedará para hacer comentarios.

—Es verdad; pero...

—¡No olvidéis que os escucho!

Comprendió el Sr. Domingo la necesidad y la conveniencia de ser mero narrador, y con minuciosa exactitud empezó á referir cuanto había sucedido desde que entraron en la posada. Con atención profunda escuchaba D. Lope. Su semblante no se alteraba, expresaba siempre lo mismo, y su mirada penetrante se fijaba en el mancebo. Terminó éste su relato, y esperó respuesta; pero el caballero no hizo más que inclinar la cabeza y cerrar los ojos. No más que algunos segundos esperó el impaciente hidalgo, y luego preguntó:

—¿Qué opináis?

—Primeramente, opino que vuestra situación cambia mucho.

—¿Acaso estos nuevos sucesos tienen alguna relación con el asunto que nos ocupa?

—Alguna tienen en cierto sentido, pero el cambio consiste en otra cosa: en que os habéis enamorado locamente de una mujer á la cual no habéis visto más que algunos momentos por la gatera de una puerta. Verdad es que el amor se mete por cualquiera parte, hasta por el ojo de una cerradura; pero...

—¡Perdonad D. Lope!

—¿Me equivoco? — preguntó el caballero, cuya mirada ardiente se fijó en el Sr. Domingo,

Éste inclinó la cabeza y murmuró:

—¡No sé!

—Y vuestro amor tomará gigantescas proporciones, se encenderá más y más, por lo mismo que esa mujer aparece envuelta en un misterio.

—¡Quizás no os equivoquéis!

—Sobre ese punto nadie puede apreciar las cosas mejor que yo, puesto que las tristes circunstancias de mi vida...

—¡D. Lope, otra vez os pido perdón!

—Tan enamorado estáis, que antes de todo queréis saber si conozco á esa mujer.

—¡Sí!

— Nunca la he visto.

—Pero...

—Sé quién es.

— h!

—¡Calma, Sr. Domingo.

—No me falta.

—Acabáis de conocer un secreto que tiene quizás más importancia que el de la misteriosa prisión del Sr. Alfonso de Paredes; y bien podía felicitaros. pues habéis encontrado un rayo de luz para descubrir otro secreto quizás horrible.

—¡D. Lope!

—¡Pobre criatura!

Volvió D. Lope á inclinar la cabeza y á quedar silencioso.

Acrecía la impaciencia del Sr. Domingo; pero no se atrevió á dirigir nuevas preguntas. Algunos minutos pasaron. Levantó D. Lope la cabeza y dijo:

—Deben llegar á Madrid mañana temprano... ¡Y yo no lo sabía! ¡Esto es incomprensible! Pero ello es que cerca de Madrid se encuentran. Supongamos que ese hombre, que es muy astuto, ha advertido que le espiáis.

—No.

—Nada perdemos por hacer estas suposiciones.

—¿Creéis que retrocederán?

—No pueden retroceder; pero sí salir de la posada esta misma noche, para entrar en Madrid al amanecer ó antes; y en ese caso...

—¡Oh!...

—Nada conseguiríais con esperar.

—¡No comprendo bien!

—Lo entenderéis á su tiempo.

—Si sabéis quién es esa mujer nfeliz.

—Ya he dicho que lo sé—replicó el caballero mientras desplegaba una leve sonrisa.

—Entonces...

—Pero cuando lleguen á la corte desaparecerán, y si no hemos acudido á tiempo...

—Caballero, tenéis medios sobrados para hacer que espien á ese hombre y averiguar dónde se oculta.

—Si.

—Si es un caballero...

—Muy noble y rico.

—Entonces, me parece...

—¡La empresa es difícil!

—¿Es padre de Margarita?

—No.

—¿Es su pariente?

—Tampoco.

—¿Su tutor?

—Sr. Domingo, lo que ese hombre es con respecto á Margarita, los lazos que á ella le unen ó la clase de relaciones que hay entre ambos, es cosa que en estos momentos no puedo decir, porque tendría que contaros una historia que no debéis conocer todavía.

El hidalgo hizo un gesto de viva contrariedad.

—Es natural que os impacientéis—dijo don Lope,—pues estáis enamorado.

—Pero esa mujer...

—Es muy desgraciada.

—¡Oh!...

—En cuanto á sus cualidades nada puedo deciros, porque no la conozco, y, por consiguiente, no sé si por sus virtudes es digna de vuestro amor.

—¡La nobleza de su alma está en su rostro!

—No la pongo en duda, sino que por el contrario, tengo algún motivo para creer en esa nobleza.

Señor Domingo, no os esforcéis para probar lo que vos mismo ignoráis. Si vuestro padre viviese, si pudiera resucitar el tan noble como desdichado don Carlos Padilla...

—¡Padre mio!...

—Ellos os dirían hasta qué punto es peligroso juzgar á las mujeres con esa ligereza.

—No ignoro la horrible historia que don Carlos Padilla podría referirme; pero no hay comparación tampoco entre esa niña infeliz y y la que fué causa de la muerte de D. Carlos, de la del Marqués, de la de mi desgraciado padre y de la triste situación en que se encuentra hace más de catorce años el valeroso y noble duque de Hijar.

—No puedo daros en estos momentos explicaciones sobre su extraña situación.

—Respeto vuestra reserva—dijo gravemente el hidalgo.

—No es posible que yo tenga secretos para vos, ya lo sabéis, porque nuestra situación no lo permite.

—Siempre lo creí así.

—¡Y cuando ahora callo!..

—Muy poderosas razones debéis de tener.

—¡Oh!...

—Para cumplir un deber sagrado habéis salido de la corte.

—Sí, para que se cumpla la última voluntad de mi desgraciado padre.

—Hace dieciocho años que está en un calabozo el infeliz y honrado Alfonso de Paredes; dieciocho años separado del mundo, sin que le esté permitido pronunciar su nombre; so pena de morir; dieciocho años sin saber de su hijo...

—¡Eso es horrible!

—Y bien sabéis que su delito no fué otro que cumplir las órdenes de sus superiores, conocer un secreto de Estado, el secreto de una gran injusticia.

—¡Le salvaremos!

—Así lo habéis jurado y debéis morir en la demanda.

—No he pensado retroceder.

—Sin embargo, como ese negocio es por sí demasiado grave, si os ocupáis en otro al mismo tiempo.

—No; pero me parece que nada perdería por saber quién es esa criatura desgraciada, esa mujer sublime...

—Tened fe en mis palabras, Sr. Domingo.

—¡Ciega la tengo!

—Si no hubiesen venido, para siempre perderíais de vista á esa mujer; pero ahora no sucederá así, y cuando hayáis dado fin á vuestra noble y peligrosa empresa, la veréis, ó por lo menos, sabréis dónde se encuentra.

—¡Gracias, D. Lope, gracias!

—Entonces también conoceréis ese secreto.

—Y entretanto...

—Tened entendido, según os he dicho antes, que alguna relación hay entre esa mujer y el asunto del Sr. Alfonso de Paredes, y que,

por consiguiente, no podéis desentenderos del uno sin olvidar á la otra. En Madrid me quedo, y sabré lo que hace ese hombre que tan odioso os parece.

—¿Acaso no lo es?

—Lo ignoro.

—¿Y tampoco su nombre podéis decirme?

—Sí; pero bueno será que no lo pronuncieis sino para dárselo á conocer al Sr. Diego.

—¡Descuidad!

—Ese caballero, que os parece el mayor de los desalmados, la más ruin de las criaturas, es D. Juan de Haro.

—No conozco ese nombre.

—Hace muchos años que de la corte se alejó, y muy pocos amigos deben de quedarle aquí, muy pocos.

—¿Le conoce el Rey?

Una maliciosa sonrisa desplegó D. Lope, y replicó:

—Si os respondo á esa pregunta y después á las demás, ¿en qué consistirá el secreto?

—¡Me resignaré!

—Voy á deciros lo que os conviene hacer con mucha prudencia, con mucho disimulo, y para que algo tengáis adelantado.

—Sí; necesito instrucciones.

—Buscad y aprovechad una ocasión para hacer comprender á Margarita, no precisamente que la amáis, sino que os interesáis por su suerte y que estáis decidido á protegerla.

—¡Comprendo!

Además conviene que sepa que tenéis que hacer un largo viaje para cumplir un deber, pues de otro modo extrañaría que no la siguieseis.

—¿Nada más?

—Sí; decidle que si se ve en una situación apurada, de cualquier clase que sea, que acuda á mí; advirtiéndole que conozco el secreto gravísimo de su vida y que en mi situación ventajosa puedo hacer mucho por ella.

—Todo eso es difícil, porque necesitaría hablar á solas con ella, aunque no fuese más que algunos minutos, lo cual es imposible, puesto que de vista no la pierde un instante uan.

—¿Y para qué os sirve el ingenio, Sr. Domingo?

—¡Vive el Cielo!

—Por muy poco os apuráis; y en verdad que así no hacéis honor á vuestro nombre.

Enrojecieron las mejillas del hidalgo.

Como carbunclos brillaron sus negros ojos. Su amor propio acababa de sentirse vivamente herido.

—¡Está bien!—murmuró.

—Después continuaréis vuestro viaje.

—¿Puede saber ese hombre quién soy? ¿Puede saberlo Margarita?

—Ella sí; pero él no.

—¿Puedo decirle que le conozco?

—Si necesario fuese, lo haríais.

—¡Continuad!

—No necesitáis más instrucciones

—Pues si vos habláis con Margarita...

—Será muy difícil.

—¡Don Lope, rogad á Dios que me proteja, y cuando veáis á mi madre...

—Le diré lo que convenga, y hablaremos también de otro asunto que tiene mucho interés.

—No adivino...

—Ni es menester que por ahora adivenéis.

—Pues vuelvo á la posada, y si quisierais darme otro caballo...

—Sí.

—¡Gracias!

Don Lope llamó.

—Presentóse un sirviente, que rec orden de ensillar uno de los más vigorosos caballos de su señor.

Don Lope aunque no había perdido por un instante la calma, parecía muy preocupado desde que escuchó al mancebo. Preocupado estaba éste también, y guardó silencio hasta que le dieron aviso de que estaba dispuesta la cabalgadura.

—¡No debo detenerme! - dijo.

—Aún os queda tiempo para descansar.

—¡Don Lope!...

—¡Constancia, esperanza, fe!

—Las tengo.

—Así triunfaréis; pero no os forjéis la ilusión de que el triunfo se alcanza al descargar el primer golpe. Esta clase de luchas se prolongan, se complican, y es preciso atender á muchas cosas á la vez, empleando siempre mucho más tiempo del que se ha calculado.

Por de pronto no tenéis ningún plan.

—Ni es posible trazarlo ahora.

—Por eso pasaréis muchos días sin que os sea posible hacer otra cosa que observar y calcular, para decidir lo más conveniente con arreglo á las circunstancias.

—Si Dios quiere protegernos...

—Os protegerá; pero la protección no consiste en hacer que desaparezcan todos los obstáculos.

—Ya lo sé.

—Hablad con el Sr. Diego, cuya astucia puede seros útil; y si algo más sucede que yo deba conocer, escribidme y enviadme la carta, que sobradamente encontraréis quien quiera traerla, pagando largamente el viaje.

—¡Adiós, D. Lope!

—¡Con Dios id!

—Abrazad á mi madre y decid á D. Luis que siempre le respeto y le amo.

El Sr. Domingo salió de la casa, cabalgó y partió.

Meditabundo quedó el ilustre D. Lope de Santisteban.

Entonces se contrajo y palideció su frente.

—¡Margarita!—murmuró con voz sorda.

Después de algunos minutos llamó para dar á sus criados algunas órdenes. Le dejaremos, para volver á la posada y ver cómo los dos amigos se ingeniaron y lo que hicieron, pues todavía no es oportuno que demos explicaciones de la verdadera situación de la encantadora Margarita.

CAPíTULO III

Los hidalgos se preparan.

Palabra por palabra repitió el Sr. Domingo cuanto le había dicho D. Lope, y el Sr. Diego de Paredes escuchó tan atentamente como el caso requería, diciendo luego.

—¡Bien, muy bien! ¡Otro misterio! ¡Vive Dios! ¡Pero no importa, porque la experiencia me ha enseñado que no hay misterio, por obscuro que sea, que en claro no se ponga, y éste lo conoceremos bien á fondo, quizás por nuestra desdicha!

—¿Y por qué no hemos de considerarlo una fortuna?

—¿Decís que D. Lope arrugó el entrecejo cuando prenunciasteis el nombre de doña Margarita?

—Pero no ha hecho ninguna otra demostración de disgusto.

—Es bastante, y además su reserva, y todas las palabras que ha pronunciado... ¡No lo dudéis, Sr. Domingo, el asunto es grave, muy grave!

—No lo dudo; pero...

—Hay otra cosa peor.

—¿Qué?

—No me atrevo á decirlo, porque temo que os enfadéis.

—Señor Diego...

—Perdonad; pero ante todo me permitiréis remojar el tragadero. ¡Poco vino queda, muy poco! ¿No queréis beber?

—¡Beberé! — dijo el mancebo con indiferencia.

—Pues bien; lo peor de este negocio es que os habéis enamorado.

—¡Vive Dios!...

—Y temo que, preocupado con esta idea...

—Mi buen amigo, cuando se trata de cumplir un deber no hay nada que me detenga.

—Me alegro mucho, siquiera por lo que me conviene.

—Olvidáis que estoy molido y necesito descansar, y perdemos el tiempo en comentarios inútiles.

—La razón os sobra.

—Debemos pensar ante todo en buscar los medios para cumplir lo que ha dispuesto don Lope.

—Es algo difícil.

—Mientras no sea imposible...

—Pues bien—dijo Paredes;—tomaréis la pluma y escribiréis á doña Margarita.

—¿Y cómo he de entregarle el papel?

—¿Os olvidáis de la gatera? ¡Tripas de Lucifer! ¡Pues bien cabe un pedazo de papel por donde penetraba vuestra mirada indiscreta, con riesgo de ver lo que no debe ser visto!

—Ese medio tiene un inconveniente.

—¿Cuál?

—Que Margarita no conocerá personalmente á quien le ofrece protección.

—Nos verá antes de irse.

—Pero no sabrá cuál de nosotros...

—¡Basta!—interrumpió el Sr. Diego.—Queréis que en vos fije particular atención, porque así conoceréis en su semblante lo que más os interesa. No había pensado en semejante cosa, y debemos apelar á otro recurso.

—Me parece que sí.

—Si quisierais seguir mi consejo...

—¡Decid!

—Estáis muy fatigado.

—¡Bastante!

—También estáis medio aturdido.

—¡Sí!

—Pues bien; acostaos y dormid á pierna suelta.

—¿Y cuándo he de buscar trazas para conseguir lo que deseo?

—¡Yo sirvo para algo, Sr. Domingo!

—Para mucho.

—Mientras vos dormís, yo meditaré. Así compartiremos los trabajos como buenos amigos. Vos habéis ido á Madrid para ver á don Lope mientras yo descansaba, y justo es que ahora vos descanséis mientras yo trabajo, siquiera con el magín. Habéis desempeñado admirablemente vuestra comisión, y yo quisiera probar que también sirvo para algo. Si entre sueños ois gritar, no os alteréis, porque tengo que ajustar una cuenta con nuestro huésped.

—Señor Diego...

—¡Sí ó no, como Cristo nos enseña! Ó sirvo para algo, ó para nada: ó soy vuestro amigo verdadero, ó indigno de vuestra amistad.

—Como quiera que se trata de mi porvenir...

—Precisamente por eso quiero hacer algo. ¿No arriesgáis vos la vida para salvar á mi padre?

—Así cumplo la voluntad del mío.

—Y yo cumplo mi deber.

—No he de poneros estorbos.

—¡La cama os espera, Sr. Cabral!

—¡Buenas noches!

Nadie hubiera creído que fuese tan grave como era la situación de aquellos dos hombres. El mancebo se acostó sin desnudarse, pues solamente se quitó las botas. Estaba su imaginación muy exaltada; pero también muy fatigado su cuerpo. Pocos momentos después dormía profundamente, y muy pronto debía soñar con la encantadora Margarita. El señor Diego acabó de beber el vino que quedaba. Luego se puso en pie, se ciñó la espada, tomó la luz, salió del aposento, cerró, echando y guardando la llave, y bajó, yendo á la cocina. Allí encontró al posadero y á su mujer, que le miraron con sorpresa.

—¿Por qué no habéis llamado?—dijo el primero.

—Por la sencilla razón de que no he querido—respondió el hidalgo.

Y dejó la luz, se sentó, desenvainó la espada y la puso á un lado al alcance de su diestra.

—¿Cómo os llamáis?—preguntó al huésped.

—Benito.

—¡Muy bien! ¿Y vos, señora posadera?

—Anastasia, para servir á Dios y á vuestra merced.

—¡Muchas gracias!

El marido y la mujer miraron con extrañeza y no con mucha tranquilidad al hidalgo, porque les desagradaba lo de haber puesto la espada desnuda al alcance de su mano, y no les desagradaba menos la tranquilidad, la sonrisa burlona y el acento irónico y dulce con que les hablaba. Debían esperar, y esperaron con tanta impaciencia como temor.

—Maese Benito—dijo el Sr. Diego después de algunos instantes.

—¡Servidor de vuestra merced!—respondió el posadero inclinándose respetuosamente.

—Debéis recordar mis advertencias sobre lo que me desagrada la curiosidad.

—No lo he olvidado, caballero, propósito y firme tenía de no entrar en vuestra habitación mientras no me llamaseis.

—Pero habéis de saber que si la curiosidad me desagrada mucho, me molesta más, me ofende y me pone furioso lo de no entender bien las cosas.

—Yo tampoco entiendo lo que me dice vuestra merced.

—¿Por qué fuisteis á mi aposento?—preguntó el hidalgo mientras empuñaba la espada.—¿Por qué mostrabais empeño en saber quién soy? ¿Por qué os preocupasteis de la salida de mi amigo?

El posadero se puso pálido y retrocedió. Su mujer empezó á temblar, y miró hacia la puerta como para convencerse de que tenía libre el camino para huir.

—¿No queréis responder?—dijo el hidalgo poniéndose en pie.

—Fuí á vuestro aposento porque como vuestro compañero se había ido...

—¡Maese Benito—interrumpió ásperamente el hidalgo, mientras blandía la espada,—os he preguntado para que me digáis la verdad!

—¡Caballero!...

—¡Tripas de Lucifer! ¿Acabaréis?—gritó amenazadoramente el hidalgo.

El posadero exhaló un grito. Vió relumbrar la espada. ¿Qué había de hacer el infeliz? Entre las amenazas del caballero y aquel riesgo tan terrible, aquel peligro inminente, no era posible la duda.

—¡Deténgase vuestra merced!—exclamó.

—¿Responderéis?

—¡Sí, sí!

—Ya escucho.

—¡Di la verdad, Benito, di la verdad!—dijo la posadera; y añadió, dirigiéndose al hidalgo. —Tratáis con gran injusticia á mi marido, y cuando sepáis lo que ha pasado, os convenceréis de que ha tenido forzosamente...

—¡Ahora lo veremos!

—Yo no me enteré de que vuestro compañero hubiese salido; pero lo vió ese otro caballero de la mirada recelosa, que me despertó, y me amenazó con la justicia si no averiguaba vuestros nombres; y me dijo también que iba á Madrid para asuntos muy graves y reservados, y que vosotros erais...

—Unos criminales; ¿no es verdad?

—Algo parecido.

—¿Y habéis tenido miedo á sus amenazas?

—La verdad, eso de la justicia...

—¡Sois un estúpido, maese Benito!

—No lo niego; pero...

—¡Escuchad!

—Espero vuestras órdenes.

—Aquí puede suceder algo muy grave.

—¡Dios misericordioso!

—Pero vos ganaréis, en vez de perder, si es que nos servís con lealtad.

—¡Con toda mi alma!

—Ese hombre es un caballero; pero también es un bribón.

—¡No lo dudo, porque su cara...

—Le calificasteis con mucho acierto.

—¡Ya lo ves, mujer: ese hombre es un zorro; es!...

—¡Calla y escucha, Benito!

—Haréis cuanto es imaginable para que en los momentos en que esos viajeros hayan de partir encuentren algún inconveniente, algún obstáculo; y si conseguís que se enfade, que se exalte el hombre de la cara de zorro, habréis hecho cuanto necesitamos. Si os amenaza, reíos, y en último apuro le diréis que contáis con la protección del poderosísimo caballero, del favorito D. Lope de Santisteban.

—¡Jesús!—exclamaron el marido y la mujer.

—Lo que necesitamos es que por algunos momentos no más el astuto caballero se separe de la hermosa dama, y así tendréis derecho á una recompensa, que no será escasa; mientras que si no nos ayudáis, ni uno solo de vuestros huesos quedará sano. Meditad, y escoged.

—¡Tiemblo!

—Nos avisaréis antes de que amanezca y antes de que la dama salga de su dormitorio.

—¿También he de llamar á los criados de ese caballero?

—Ésos no nos estorban; pero convendría que los dejaseis dormir, porque semejante descuido dará ocasión á disputas, y será una de tantas dificultades para que se pongan en camino con la prontitud que desean.

—¡Entendido!

—Si mis órdenes cumplís, os regalaré diez ducados.

—¡Señor caballero!...

—¡Y si no me complacéis, os daré doscientos palos!

—¡No, no!

—Sin contar con que tendréis un enemigo en D. Lope de Santisteban.

El posadero se sentía cada vez más aturdido.

El hidalgo, como si no hubiese hecho nada de particular, envainó la espada, tomó la luz y salió de la cocina, subió la escalera y entró en su habitación. Continuaba durmiendo profundamente el Sr. Domingo.

—¡Mil rayos!—exclamó Paredes mientras se quitaba las botas.—¡No ha podido ser más agitada la primera noche de nuestro viaej!

Sin cuidarse de apagar la luz dejóse caer en

el lecho, y aún no habían pasado tres minutos cuando dormía profundamente. El posadero y su mujer hacían comentarios sobre aquellos sucesos, que no acababan de comprender. Desde aquel momento pasaron las horas con aparente tranquilidad. No fué menester que maese Benito llamara á los hidalgos, porque antes de que amaneciese dejaron éstos la cama. Habían descansado y recuperado las fuerzas. El Sr. Domingo estaba pálido y ojeroso; pero su cabeza se había despejado. Encontráronse en medio de la más profunda obscuridad. El Sr. Diego había trazado un plan, cuyo resultado era muy dudoso; pero le pareció bien á su amigo, porque contaba con su atrevimiento. No bien la aurora desplegó las primeras sonrisas, el mancebo salió del dormitorio y se fué en busca del posadero, pidiéndole lo necesario para escribir.

Por casualidad pudo complacerle maese Benito, y volviendo á su habitación, sin más luz que la débil claridad del matutino crepúsculo, se sentó junto á la mesa y escribió lo siguiente:

«Hasta la vida sacrificaré por vos si es necesario. Contad, pues, conmigo, y nada temáis, aunque os parezca muy apurada la situación.

»No os sigo porque tengo que cumplir deberes sagrados; pero en Madrid hay quien se interesa por vuestra suerte. Si llegáis á veros en un conflicto grave, acudid á la persona que os indicaré de palabra, porque no me atrevo á escribir su nombre, y esa persona hará por vos lo que haría un padre ó un hermano.

»No puedo daros más explicaciones, y os suplico que tengáis confianza en mí.

»Haré de manera que conozcáis también mi nombre.

»Romped este papel y esparcid sus pedazos, y si podéis quemarlo, será mejor.

»Sois desgraciada, y yo también. Los que sufren se entienden con mucha facilidad.»

—Ved si os parece bien—dijo el mancebo á su amigo.

Éste leyó, desplegó una sonrisa y exclamó:

—¡Vive el Cielo! ¡Verdad dice el adagio: «El amor no puede estar oculto!»

—De mi amor no hablo.

—Pero se adivina al leer este escrito.

—Me parece...

—¡Está bien, Sr. Domingo!

—¿Y ahora?

—No tenemos que hacer más que esperar; y si opináis como yo, bajará uno de nosotros, situándose en el zaguán y en la cocina.

—Muy bien pensado.

—Y después haremos lo que nos convenga, según las circunstancias.

—Entendido.

—¿Y quién ha de quedarse aquí?

Dudó algunos momentos el Sr. Domingo diciendo luego.

—¡Vos!

—Es igual.

—Nada os advierto, porque...

—No es menester.

—¡Pues que Dios os proteja!

—No olvidéis decir á maese Benito que nos prepare un buen almuerzo; y entretanto convendría que me diera un poco de aguardiente, porque la mañana está fría, y frío también mi cuerpo.

El horizonte continuaba despejado; pero la temperatura no tenía nada de agradable. A la cocina bajó el Sr. Domingo. Pocos momentos después subió el posadero con el aguardiente.

—¿Y los viajeros?—le preguntó el hidalgo.

—Ahora voy á despertar á los dos criados. y en seguida tendré que llamar á su señor, ¡Ay! ¡Tiemblo, porque como me mandó terminantemente!...

—Si se enfada, le dejaréis hablar cuanto quiera.

—Pero...

—Si os amenaza, os encogeréis de hombros.

—¿Y si viene la justicia?

No vendrá; y en el último apuro, ya os lo he dicho, en vez de temblar, amenazaréis con vuestro protector, y veréis cómo el tigre se convierte en mansa oveja.

—¡Que Dios me ampare! -dijo el posadero, y suspiró.

Aún no habían pasado cinco minutos, cuando el Sr. Diego oyó ruido de voces que resonaron en el zaguán, en el patio y en la cocina. Los dos criados de D. Juan habían dejado el lecho y montaron en cólera al ver que alumbraba el Sol. Terribles amenazas dirigieron á

maese Benito; pero éste oía y callaba, y ni siquiera se tomó la molestia de excusarse. En seguida subió y dió algunos golpecitos en la puerta del dormitorio de D. Juan de Haro. No hacia tres minutos que éste había conciliado el sueño, y respondió con voz soñolienta:

—¿Quién es?

—Mi noble señor—dijo el posadero,—el Sol ha salido, y se lo advierto á Vuestra Señoría.

—¿Que ha salido el Sol? — exclamó don Juan.

Muy pronto abrió la puerta, salió y miró á todos lados; pero el huésped se había ido para evitar las primeras reconvenciones, que debían de ser las más duras. El Sr. de Haro arrugó el entrecejo, pero no pronunció una palabra.

Se acercó al dormitorio de Margarita y empujó la puerta, viendo que aún estaba cerrada con llave. Esta circunstancia debió de tranquilizarle.

Bajó; y como los dos criados iban, venían y aun griiaban, el caballero les dijo:

—¡Silencio!

—Mi noble señor, el posadero, á pesar de las órdenes terminantes que le disteis, nos ha dormir, y...

—¡Silencio he dicho!

No se atrevieron á replicar los sirvientes. Maese Benito, á pesar del arma defensiva que le había facilitado el Sr. Diego autorizándole para que pronunciase el nombre del Sr. de Santisteban, estaba pálido y temblaba; pero con gras sorpresa vió que D. Juan le decía:

—Preparad nuestro almuerzo con la prontitud que os sea posible, y subidlo: que entretanto mis criados almuerzan enganchen el coche.

Y sin decir una palabra más dió media vuelta y salió de la cocina.

—¡Ah!—exclamó el posadero como quien se siente libre de una mano que le ahoga.

Don Juan de Haró subió. No había visto á ninguno de los dos hidalgos. Llegó al dormitorio de la joven, dió algunos golpecitos en la puerta, y dijo:

—¡Ya es hora de levantarse!

—¡Voy en seguida!—respondió la dulce voz de la niña encantadora.

En el corredor quedóse D. Juan paseando y esperando.

—Deben de dormir—murmuró, refiriéndose á los otros dos viajeros.—porque han pasado la noche en vela.

No tuvo que esperar mucho tiempo, porque antes de que cinco minutos transcurriesen se presentó Margarita. Saludó al caballero más ceremoniosa que cariñosamente, y él le contestó lo mismo.

Entraron en la sala donde la noche anterior habían cenado. Aún estaba en la mesa el mantel.

La joven se acercó á la ventana y empezó á contemplar el paisaje, que nada de bello tenía. El caballero se paseaba. En el rostro de ella veíanse las señales inequívocas del llanto y del insomnio. Parecía doblemente bella que la noche anterior. Siempre era melancólica su mirada. Distintas veces cambió de expresión su semblante, porque cambiaban sus ideas ó sus sentimientos. Así hubieran permanecido todo el día; pero maese Benito y su mujer se presentaron con el almuerzo, que dejaron sobre la mesa.

—¿Nada más ahora?—preguntó el huésped.

—¡Nada!—le respondió D. Juan.

Y luego dijo á Margarita:

—¡Sentaos!

Ella obedeció con la cabeza inclinada y la mirada fija en el plato, y empezó á comer. D. Juan volvía los ojos unas veces hacia la joven y otras hacia la puerta, y se comprendía que no se encontraba bien. ¿Qué temía? Todo, y nada. No podía olvidar á los hidalgos. ¿Por qué los espiaban? Creyó que el único motivo era el de haberse interesado por la belleza de la joven alguno de ellos. Ya sabemos que no se equivocaba.

Cuando el almuerzo terminaba oyeron algunos golpecitos dados en la puerta.

—¡Adelante!—dijo D. Juan, creyendo que era el huésped.

Empero la puerta se abrió, entrando el señor Diego de Paredes. Margarita le miró con profunda sorpresa. El señor de Haro se puso en pie y exclamó:

—¡Señor hidalgo!..

—¡Dios os guarde! — dijo éste con grave tono.

CAPITULO IV

Las travesuras de los hidalgos.

¿Qué significaba aquella visita?

Una mirada penetrante, escudriñadora, fijó D. Juan en el hidalgo.

No podia disimular su disgusto.

—Supongo que os habéis equivocado.

—No, caballero, puesto que es á vos á quien busco—replicó Paredes.

—No os conozco.

—Yo si os conozco á vos.

—¿Que me conocéis?

—Sois D. Juan de Haro.

Se contrajo más de lo que estaba la frente del caballero. Dió un paso hacia Paredes no por acercársele, sino para colocarse entre éste y Margarita y evitar así que cruzasen alguna mirada con la cual pudieran entenderse.

—¿Y qué queréis?—preguntó.

—Hablaros de un asunto de muchísimo interés, muy grave y muy reservado.

—No es oportuna esta ocasión, y, por consiguiente...

—Es preciso, y me escucharéis.

—¡Señor hidalgo!...

—Don Juan, no os enfadéis, porque de todas maneras habréis de escucharme, y como el asunto es reservado, vendréis á mi aposento, ó dispondréis lo que bien os parezca para que quedemos solos.

Mucho atrevimiento era éste en un pobre hidalgo.

Se acordó D. Juan de lo que representaba en el mundo, se consideró gravemente ofendido, y replicó con aspereza:

—¡No os escucharé, porque no quiero! ¡Y me espetaréis, pues....

—Perdonad—interrumpió el Sr. Diego:—si me escucharéis, porque de lo contrario, me volveré á Madrid, y diré á D. Lope de Santisteban, para que lo haga presente á Su Majestad...

—¡Don Lope!—exclamó el caballero.

—Y el Rey...—añadió el hidalgo.

Margarita palideció y tembló. Se puso en pie, se hizo á un lado, y miró ansiosamente al Sr. Diego. Éste continuaba perfectamente tranquilo, D. Juan quedó silencioso, dudando.

—¡Oh!—exclamó después de algunos minutos.—¿Y habéis venido sin otro fin que el de buscarme?

—Si otra cosa tengo que hacer, no es cuenta vuestra.

—¿Y por qué habéis esperado hasta hoy?

—Por algo debe de ser.

—Pero...

— Necesitaba nuevas órdenes: cuando las recibí ya estabais acostado, y no quise interrumpir vuestro sueño.

Le hablaban en nombre del señor de Santisteban, en nombre del Rey, y el caballero no podia negarse á escuchar sin cometer una grave falta y colocarse en gran compromiso.

—¡Está bien!—dijo.

Y añadió, dirigiéndose á doña Margarita:

—¡Esperad aquí!

La joven volvió á sentarse.

—¡Vamos á vuestro aposento, señor hidalgo!

—¡Venid!

Con una inclinación de cabeza saludó el señor Diego á la joven y salió con el viejo receloso, entrando en la habitación inmediata. Miró D. Juan á todos lados, porque echaba de menos al amigo de Paredes; pero sobre este punto no quiso hacer ninguna pregunta.

—Sentaos—le dijo él hidalgo.

—Os agradeceré mucho que os expliquéis con brevedad, porque tengo los minutos contados.

—Yo no tengo prisa.

—A estas horas debería encontrarme en Madrid.

—Aún es temprano.

—¡Os escucho!

El Sr. Diego se sentó, se pasó las manos por la frente, cambió de postura, miró á don Juan, y al fin le dijo:

—La situación ha cambiado mucho.

—¿Qué situación?

—La vuestra.

—No os comprendo.

—Pues es cosa muy sencilla—repuso Paredes.

Don Juan le miró con extrañeza y replicó:

—Según habéis dicho, tenéis órdenes...

—Terminantes.

—Pues comunicádmelas, que yo haré des-

pués los comentarios ó lo que meparezca conveniente.

—No me entenderíais si antes no os hiciese algunas advertencias.

—¡Pues acabad!—dijo el caballero, cuya impaciencia no podía disimular.

—Siempre habéis tenido calma, señor de Haro.

—¿Y qué os importa?

—A mí, nada.

—Entonces...

—Pero le importa mucho á D. Lope de Santisteban, y á vos también.

—¡Vive el Cielo!—exclamó D. Juan sin poder contenerse.—¡No hay calma posible para escucharos!

—Os recuerdo que hablo en nombre...

—¡Pues bien; sabed que ni D. Lope de Santisteban ni nadie tiene derecho para detenerme, para molestarme! ¡Si una orden traéis, cumplidla!

—Eso hago.

—¡Y si no acabáis pronto!...

—¿Os atreveríais á volverme la espalda sin escucharme?

—¡Sí!—contestó resueltamente D. Juan.

—¡Bah!—murmuró el Sr. Diego desplegando una sonrisa casi burlona.

—¡Señor hidalgo!

—Caballero, suponed que ahora una persona cualquiera...

—No he venido para hacer suposiciones, sino para saber lo que desea la persona á quien habéis nombrado. ¿Traéis alguna carta?

—No.

—¿Y cómo probaréis que D. Lope os envía?

—Es bastante la palabra de un hidalgo.

—En el caso presente se necesita más.

—Sois desconfiado en demasía, y vuestra desconfianza es más injustificable porque no tiene ningún fundamento.

—Después de lo que ha sucedido...

—Nada de particular.

—Desde que llegasteis á esta posada os preocupasteis de mí, me espiáis—dijo D. Juan. —¿Ha mandado el Rey que se cometa ese abuso? Y no solamente yo he sido objeto de vuestra curiosidad indiscreta, sino que también la joven que me acompaña... ¡Oh! ¡Ni siquiera habéis respetado!...

Se interrumpió el caballero, porque medio ahogado se sentía por el coraje. Sus ojillos relumbraban como carbunclos, y fijábanse terribles en el hidalgo. Éste debía de estar muy satisfecho, y hasta envanecido, porque no deseaba otra cosa.

—¡Vuelvo á recomendaros la calma!—dijo.

—¡Parece que os burláis!

—No; pero es posible que bajo mi responsabilidad se me antoje engañaros, y, por consiguiente...

—¡Por Dios vivo!—exclamó D. Juan poniéndose en pie.

—Si os consideráis ofendido—replicó el señor Diego, levantándose también y llevando la diestra á la empuñadura de la espada,—aquí me tenéis dispuesto á responder.

—¿Me amenazáis?

—No os amenazo ni os provoco, pues solamente os digo que cuando satisfacciones se me piden, estoy pronto á darlas con mi acero. No me envía D. Lope de Santisteban; pero necesitaba que me escuchaseis...

—¿Y vuestro compañero?

—¿Qué os importa?

—¡Oh!

—Ya lo sabéis: si ofendido os consideráis...

—¡Ahora lo comprendo todo!—exclamó fuera de sí D. Juan.

Y en tanto que despedían sus ojos centellas, se lanzó hacia la puerta. El Sr. Diego soltó una carcajada burlona.

El caballero salió al corredor, llegó á la puerta inmediata, la empujó violentamente, y entró.

Lo que sucedió entonces apenas puede explicarse. No estaba sola Margarita: hallábase frente á ella el mancebo, en cuyos negros ojos brillaba el fuego de la pasión que tan repentina como violentamente se había encendido en su pecho. El semblante de la joven expresaba mortal angustia y el terror profundo de que estaba poseída; terror muy justificado, puesto que lo más probable era que se presentase D. Juan de Haro antes de que saliera el señor Domingo.

Los tres quedaron silenciosos y como si se hubiesen petrificado. Margarita temblaba convulsivamente. Cabral levantaba la cabeza con el aire de orgullo que le caracterizaba. No ha-

bía perdido la serenidad. Miraba al caballero como quien espera y está dispuesto á todo, como quien ni busca ni rehuye un lance que puede ser peligroso. El otro apretaba los puños con toda la fuerza de la desesperación. Su rostro estaba lívido y desfigurado; se entreabrían y contraían violentamente sus delgados y blanquecinos labios, dejando ver su blanquísima y afilada dentadura; sus ojos inyectados en sangre expresaban la ira, el odio, el deseo de venganza. Apenas podía respirar. Á tener valor, hubiera caído sobre el mancebo para aniquilarle; pero no se atrevía.

En su auxilio hubiera llamado á los sirvientes; pero ¿qué habían de hacer éstos contra aquellos dos hidalgos atrevidos? La situación era demasiado violenta y no podía prolongarse.

—¿Qué queréis? ¿Por qué os habéis introducido aquí?—dijo por fin el caballero con ronca voz.

—Os buscaba, no os encontré, y he aguardado.

—¿Que me buscabais?

—Sí—dijo con calma el Sr. Domingo,—porque me interesaba haceros una pregunta. Y nada habéis perdido porque aquí os aguarde, pues hidalgo soy de buena cuna, y aunque me honrase con la compañía de esta dama...

—¿Otra burla?—gritó D. Juan.

—Hablo seriamente, caballero.

—¡Me habéis tendido un lazo, habéis cometido un abuso!...

—¿Queréis satisfacciones?—interrumpió el Sr. Domingo poniendo la diestra en la empuñadura de su espada, como había hecho su amigo.

—¡Lo que quiero es que inmediatamente salgáis!

—Lo haré; pero no tan deprisa como exigís, porque eso sería someterme á vuestra voluntad, y mientras yo tenga espada...

—¡Sí—interrumpió irónicamente el señor de Haro,—vos y vuestro amigo estáis muy prontos para desnudar el acero cuando os encontráis frente á un anciano y en presencia de una mujer!

—¡Vive el Cielo! ¡Os perdono; pero os juro que ha de pesaros la ofensa que acabáis de hacerme!

—¿Quién sois?

—He venido para preguntar, y no para responder.

—Cuando vuestro nombre ocultáis...

—No es menos ilustre que el vuestro, y... ¡Tened la lengua, D. Juan, pues tales cosas podéis decir, y tan graves pueden ser las ofensas, que me olvide de vuestra debilidad y de vuestra vejez!

—Si no tenéis miedo, ¿por qué ocultáis vuestro nombre?

—Porque me conviene.

—¡Concluyamos!

—Aún tengo que haceros la pregunta...

—¡No contestaré!

—¡Señor de Haro!...

—¡Podréis matarme; pero nada más conseguiréis!

—Reconozco que no hay medios para obligar á que pronuncie una palabra quien hablar no quiere, y reconozco también vuestro derecho de no responderme.

—Pues, entonces...

—Os haré una advertencia y me iré.

—¡Acabad!

—No os deis mucha prisa para cumplir lo que vos llamáis vuestros deberes con doña Margarita, porque tiene un defensor.

—¿Sois vos?—preguntó desdeñosamente el caballero.

—Sí; y aunque os parezca que muy poco valgo...

—¡Está bien: no olvidaré la advertencia; pero dejadme!

Dirigió el mancebo la última mirada á la bellísima joven y salió del aposento.

Don Juan se acercó á Margarita, la miró terriblemente y le preguntó:

—¿Para qué ha entrado aquí ese hombre?

—Os lo ha dicho: para haceros una pregunta... Os esperaba...

—¿Por qué no le mandasteis salir?

—Se ha mostrado muy cortés, y yo ignoraba; además, si lo conocíais ó si os interesaba verle.

—¿Por qué no le dijisteis que yo estaba en su habitación con el otro.

—Así lo hice; pero me respondió que prefería esperar.

—¿Quién es?



Cabral levantó la cabeza con el aire de orgullo que le caracterizaba.

—No le conozco.

—¿Qué os ha preguntado?

—Nada.

—¿Hacía mucho tiempo que estaba aquí?

—Pocos momentos.

—¡Mentís!—dijo violentamente D. Juan.

Margarita se puso en pie como inpulsada por un resorte. Su continente era majestuoso. Su mirada se fijó profundamente en el caballero.

—Sin duda—dijo con grave y severo tono, —contra vuestra voluntad se ha escapado esa ofensa de vuestros labios.

—¡Oh!...

—¡Si mi padre supiese que así me ultrajan!...

—¿No veis que estoy desesperado?

—¿Es mía la culpa?

—¡Se han burlado de mí, han cometido un abuso!

—Pues pedid cuentas de su proceder á los que os hayan ofendido.

—¡Querían hacerlaros sin que yo a presente, y lo han conseguido!

—¿Y por qué os habéis dejado engañar?

—¡Doña Margarita!...

—¡Basta, caballero, que mi dignidad no puede sufrir cierta clase de ofensas. Basta, porque tales cosas podéis hacer!...

—¡No haré más que una, una solamente; cumplir mi deber; ya os lo he dicho!

—¡Hacedlo de una vez, y dejadme en paz!

—Y cuando me supliquéis...

—Si débil he sido, no volveré á serlo.

—¡Os pesará!

—Creo que ganaré mucho el día que se cumplan vuestras terribles amenazas.

—Tal vez; pero...

—¡Me libraré de vuestra presencia!

—¡Señora!...

—¡No me arrepiento de lo que acabo de decir.

—¿Me odiais?

—No; pero el martirio que sufro...

—Quejaos de debilidades que no son mías.

—Me quejo de que sois...

Se interrumpió la joven, y su mirada se tornó sombría.

—¡Decidlo de una vez!—replicó el caballero mientras desplegaba una sonrisa horrible.—¡No tengáis miedo, llamadme verdugo ¡Oh! ¡Quizás no esté lejano el día que á mis pies os! vea suplicándome!...

—¡Jamás!

—Vuestra firmeza...

—¡La tendré hasta para morir!

—¡Lo veremos, doña Margarita!

—El tiempo será la mejor prueba, D. Juan.

—¡El caballero se asomó á la puerta, y llamó á sus criados para preguntarles si estaba preparado el coche. Le respondieron afirmativamente. Luego llamó D. Juan á maese Benito y le pagó, sin darle un solo maravedí de más, porque quiso demostrarle así su descontento. Deseaba salir cuanto antes de aquella posada maldecida, donde tanto había sufrido.

—¡Vamos!— dijo á la joven; le ofreció el brazo derecho, que ella aceptó, aunque de mala gana.

Bajaron; atravesaron patio y zaguán, y se acercaron al coche que con dos corpulentas mulas aguardaba ante la puerta. Uno de los criados se encontraba ya en el pescante. El otro debía subir á la zaga. Al pie de la portezuela se veía un banquillo, pues eran muy pocos los carruajes que entonces tenían estribo. Á los lados de la puerta se habían colocado como dos centinelas los dos hidalgos. El señor Diego miró á D. Juan con sonrisa provocativa; su amigo, por el contrario, fijó la mirada profunda y ansiosamente en Margarita. El caballero no podía evitar que la joven volviese los ojos, como lo hizo, para corresponder con una mirada dulcísima á la ardiente del mancebo, el cual sintió como si se convirtiera en fuego su sangre. El corazón de Margarita latió con desigual violencia. No sabemos si habían hablado mucho, ni qué se dijeron; pero bien puede asegurarse que se entendieron perfectamente. En estos casos los ojos representan el principal papel y son mucho más elocuentes que los labios. Mientras pudieran mirarse no necesitaban hablar. Una vivosa palidez cubría el rostro del caballero; pero no pronunció una palabra y se contentó con dirigir una mirada de odio profundo á los hidalgos. El sirviente abrió la portezuela. El señor de Haro y Margarita entraron en el pesado vehículo. Cerró el sirviente, colgó el banquillo en la trasera y bajo el coche y se colocó en su puesto. El látigo crujió. Aún tuvo doña Marga-

rita valor bastante para volver la cabeza y mirar al Sr. Domingo; y como si esto fuese poco, desplegó una sonrisa encantadora, sonrisa que bien podía tomarse por una promesa de amor eterno.

—¡Ah!—exclamó el hidalgo.

El carruaje se puso en movimiento, mientras que D. Juan gritaba:

—¿Esto más? ¿Hasta el pudor olvidáis?

Margarita no se dignó contestar. Se recostó y cerró los ojos, porque así con los del alma veía al hermoso mancebo. Alejóse el carruaje, y desapareció cinco minutos después en una revuelta del camino.

—¡Á caballo!—exclamó el Sr. Domingo.

Ya habían pagado al posadero y no tenían necesidad de detenerse. El mozo llevó los dos corceles: montaron, y partieron veloces.

—¡Gracias á Dios!—exclamó maese Benito.—¡Creí que era el último día de mi vida!

Largo rato pasó sin que los dos viajeros pronunciasen palabra. Paredes rompió al fin el silencio para decir:

—Si á este mismo paso seguimos, antes de una hora se habrán inutilizado nuestras cabalgaduras.

—¡Es verdad! — respondió el Sr. Domingo.

—Estáis pálido.

—¡Tal vez!

—¿Y por qué arrugáis el entrecejo?

—¡No lo sé!

—Debierais consideraros feliz.

—¡Ah!

—Ahora podéis darme explicaciones, porque



Montaron, y partieron veloces.

quiero saber si habéis cometido alguna torpeza.

—¿En qué sentido?

—Sr. Cabral, temo que no os hayáis dominado lo bastante, y así lo sospecho, porque las miradas de Margarita han sido tan elocuentes...

—¡La adoro!

—Y me parece que ya tenéis la seguridad de que os corresponde.

—¡Tengo esperanza!

—Pues, entonces...

—Escuchadme, Sr. Diego, porque es preciso que conozcáis bien la situación.

—Ya os escucho.

Dejaron que sus cabalgaduras marchasen

á paso regular y cómodamente, y el Sr. Domingo empezó á referir punto por punto su conversación con la bella Margarita.

Por de pronto ningún incidente digno de mención debía ocurrir, y los dejaremos para volver á la corte y empezar á penetrar los misterios en que se envolvían los personajes á quienes hemos dado á conocer.

CAPÍTULO V

Observaciones y conferencias.

Los dos personajes que hemos calificado de misteriosos, es decir, el anciano y la bellísima joven, hicieron su viaje silenciosamente y mirándose muchas veces á hurtadillas y con gran disimulo.

La situación no podía ser más violenta para dos personas que tenían que hacer vida común. Á las once de la mañana llegaron á Madrid, donde entraron por la parte en que se levanta el templo vulgarmente conocido por la Virgen de Atocha. Este sitio ha cambiado tanto, que si en él se pusiese á una de las personas que entonces vivían no podría decir dónde se encontraba. Hasta llegar á lo que propiamente debía llamarse el Prado de San Fermín, era una extensión de terreno inculto y desigual, donde crecían árboles aquí y allí, y que en invierno apenas podía transitarse, porque formaba casi un barranco donde se recogían las aguas cenagosas de los alrededores, formando arroyos y grandes charcos. Á pesar de que eran los alrededores de la morada real, ó sea el Buen Retiro, nadie se había cuidado de embellecerlos ó hacerlos siquiera transitables.

Con lentitud avazaron las mulas que arrastraban el pesado vehículo, llegando por fin al Prado, que tampoco se parecía al que hoy conocemos; pero siquiera se levantaba allí algún edificio de aspecto grandioso, y los árboles formaban hileras ordenadas. Desde las esquinas de lo que es y era Carrera de San Jerónimo siguió el carruaje hasta la calle de Alcalá. Para entrar en ésta tuvo que atravesar un puentecillo, que entonces era indispensable para salvar el barranco que allí quedaba entre dos colinas, y al que iban á parar las aguas de éstas y las del camino de Recoletos.

Empezaron á subir, dejando á la derecha las calles de un barrio que desapareció y cuyo centro era la plaza llamada de Chamberí, y en el que después tuvo sus casas y viviendas el tan célebre como desgraciado D. Zenón de Somodevilla, marqués de la Ensenada. Aquel barrio desapareció, y en el terreno que ocupaba levántase hoy el edificio y anchuroso parque destinado á oficinas del Ministerio de la Guerra. Al cabo de un cuarto de hora llegó el carruaje á la Puerta del Sol, sitio en todas épocas célebre, y de mayor importancia á medida que se desarrollaba la población de Madrid.

Entró luego en lo que es hoy calle l Arenal, y que también era un barranco que tenía el mismo nombre, debido á la mucha arena que lo cubría. Cuando traspasó el vehículo la antigua iglesia de San Ginés, volvió á la derecha, subió, y al fin se detuvo á la puerta de una gran casa que había frente al histórico monasterio de San Martín, el cual, después de muchas reformas y de haber sido destinado á distintos usos, desapareció también.

Ya debían de esperar á los viajeros, puesto que el portero acudió presurosamente, y otros criados salieron también de la casa. Abrióse la portezuela, y colocado el banquillo, bajó el caballero y ofreció la diestra á Margarita. Ésta aceptó, porque le era preciso disimular; pero ni siquiera tocó la mano que le presentaba el viejo receloso, y bajó del coche con la ligereza propia de su juventud. En la casa entraron sin dignarse contestar á los respetuosos y humildes saludos de los sirvientes.

Ahora no debemos seguirlos, sino fijar la atención en un hombre cuyo aspecto nada tenía de particular, y que se encontraba junto á la esquina de San Ginés, así como también hubiera podido vérsele en las cercanías del convento de Atocha al llegar los viajeros. Cuando el carruaje se alejó para ir á la cochera, el hombre de que hablamos dió media vuelta y á buen paso subió por la calle de Bordadores. Muy pronto llegó á las Platerías, metióse por el laberinto de estrechas calles que rodeaban la iglesia de San Miguel, fué á parar á

Puerta Cerrada, y á los diez minutos se encontró en la calle de Don Pedro.

Casi no necesitamos decir que entró en la suntuosa morada de D. Lope de Santisteban. Y entró como quien entra en su casa, pues ni preguntó ni fué interrogado por el portero, y subió, sucediendo lo mismo con los demás criados. Dejó la capa y el sombrero, atravesó varias habitaciones, y entró en una donde se encontraba el muy noble caballero.

—¿Me traes noticias?—preguntó alzando la cabeza.

—Creo que sí, salvo el haber tenido la desgracia de equivocarme.

—Sepamos.

—Llegó el coche, y pude ver, aunque confusamente, que dos personas lo ocupaban; un hombre y una mujer.

—Debieran ser ellos.

—Los seguí.

—¿Adónde han ido?

—Frente al convento de San Martín.

—¿Frente al convento?—murmuró D. Lope como si hablase para sí.—¡Ahora comprendo! ¿Y qué más?

—Del coche salió un caballero anciano, flaco, pero vigoroso y con gesto de mal humor, y luego una dama que es un prodigio de hermosura.

—¿Joven?

—Debe de tener entre diez y seis y diez y ocho años.

—¡La misma!

—Los criados acudieron, y... El viejo y la joven entraron en la casa; y como el coche se fué, me he venido.

—Has desempeñado bien tu comisión.

—¡Me tranquilizo!

—Pero convendría que siguieras observando para saber quién entra y sale, y, sobre todo, averiguar adónde va el caballero cuando cambie de ropa, descanse y salga.

—Me parece bien.

—Y si á Palacio se dirigiese, también me convendría que tú, con la ligereza que te es propia, llegases antes que él y me dieses el aviso.

—Si allí habéis de estar...

—Á Palacio iré en cuanto coma, y antes me parece que no ha de salir el caballero.

—¿Nada más deseáis por ahora?

—Nada.

—Pues vuelvo á San Martín.....

—Antes puedes comer, que tiempo te sobra.

—¡Gracias, señor!

El criado, porque lo era, salió del aposento. Con ligereza comió, y poco después de media hora encontrábase otra vez en el arroyo del Arenal. Fué de un lado para otro sin perder de vista la casa, cuyas ventanas ó balcones permanecían cerradas, lo mismo que la puerta. Hubiérase dicho que nadie habitaba allí.

Esto no podía extrañar á los vecinos, porque ya hacía mucho tiempo que en aquel edificio no había más que un anciano, antiguo servidor de la ilustre familia de D. Juan de Haro, y que no salía sino para comprar su alimento por la mañana muy temprano y cumplir sus deberes religiosos en la iglesia del Monasterio ó en la de San Ginés. Ocho días antes de que llegaran los viajeros pudo verse que otras personas entraban ó salían; pero siempre tenían cuidado de cerrar la puerta exterior.

—¡Esto huele á misterio, huele á intriga!—decía el criado.

Á las tres de la tarde se abrió la puerta. Salió el caballero muy ricamente vestido, y tras él un escudero, del cual hablaremos oportunamente, porque es de alguna importancia el papel que tiene reservado en esta historia. La puerta volvió á cerrarse. D. Juan llegó á San Ginés y se dirigió hacia la Puerta del Sol. Su escudero le seguía, y de vez en cuando volvía atrás la cabeza como para ver si alguien los observaba.

—¡Parece que temen algo!—dijo para sí el criado de D. Lope.—No son vanos sus temores; pero yo haré de manera que no fijen la atención en mí.

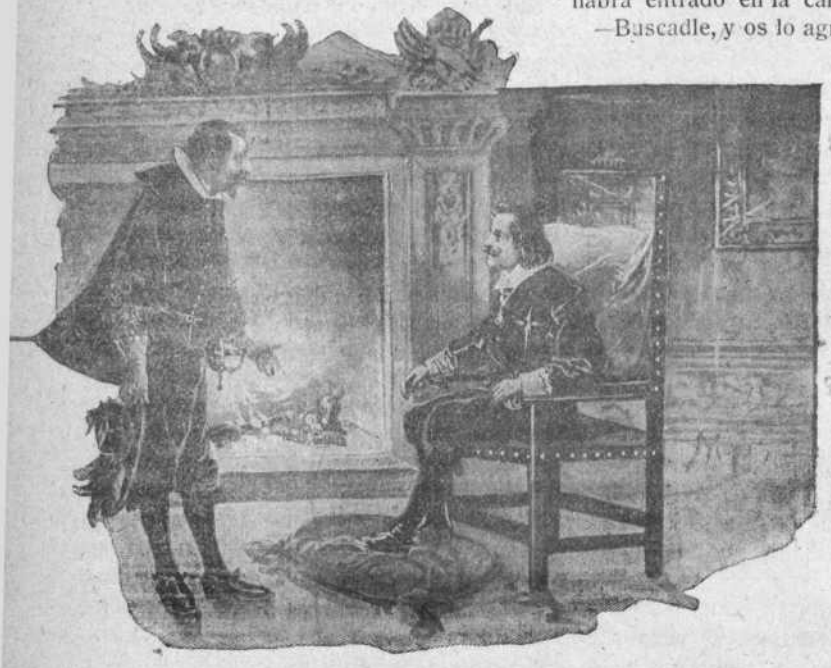
Y avanzó más deprisa, dando alcance al escudero y luego á D. Juan, pasando delante, y llegando á la Puerta del Sol. Allí se detuvo entre los vagos que paseaban delante del edificio que fué inclusa ó casa de amparo de niños abandonados por sus padres. Desde aquel sitio, y sin llamar la atención de nadie, pudo observar al caballero. Atravesó éste la Puerta del Sol, y entró por la Carrera de San Jerónimo.

—Ya no hay duda—pensó el sirviente—

de que á Palacio va. ¡Pero no ha de llegar antes que yo!

Muy deprisa, casi corriendo, tomó el criado por la calle de Alcalá, llegó al Prado, torció á la derecha, y al encontrarse á la entrada de la alameda por donde se subia al Buen Retiro, detúvose, volvióse y miró hacia la Carrera de San Jerónimo. Su vista perspicaz pudo descubrir entre otras muchas personas al anciano caballero, que se dirigia al Prado.

—¡Está bien!—murmuró el criado.



Levantó la cabeza, y miró aí que fué su querido paje.

Desplegó una sonrisa de satisfacción, tomó alameda arriba, y pronto llegó á la morada real, que se levantaba entre otros edificios y extensos jardines y parques que fueron teatro de tantas fiestas, de tantas intrigas, de tantas emociones. Ninguna dificultad encontró el criado para entrar en Palacio y subir, ni para atravesar muchas galerías y aposentos. Debía de ser allí muy conocido, puesto que muchos le saludaron cariñosamente.

Entró en una habitación donde había algunos individuos de la real servidumbre; pero de lo que pudiera llamarse servidumbre baja. Todos hablaron muy afablemente con el criado, y éste les dijo:

—Ahora no puedo gozar de vuestra agradable conversación y compañía, porque tengo que cumplir otros deberes.

—¿Venís á buscar á vuestro señor?

—Sí, y es preciso que le avisen inmediatamente, porque he de darle un recado de mi señora.

—Yo le vi hace poco hablando con los gentiles-hombres de servicio, y no sé si después habrá entrado en la cámara de Su Majestad.

—Buscadle, y os lo agradeceré.

—Esperad un momento Sr. Gil, que ya sabéis que dispuestos estamos á complaceros y servir como merece á vuestro muy noble señor.

Pusiéronse en movimiento los de la servidumbre. Cumplieron pronto y bien el encargo, pues antes de que transcurrieran cinco minutos se presentó el señor de Santisteban.

—¡Ven!—dijo á u criado.

Y fueron á una habitación donde nadie había y donde podían descuidadamente hablar.

—¿Ha salido?—preguntó el caballero.

—Sí, señor.

—¿Sólo?

—Con un escudero cuya cara no me gusta.

—¡Tienes buen golpe de vista, Gil!

—El buen escudero me parece un bribón muy redomado, y tal vez es algo más.

—¡Entendido!

—Tomaron hacia la Puerta del Sol, y observé que el criado se cuidaba mucho de mirar atrás, como si temiese que le espiaran.

—Debía de haber recibido instrucciones de su señor.

—Asimismo lo pensé, y entonces, en vez de seguir detrás, me puse delante, esperé en la Puerta del Sol, vi que se metían por la Carrera de San Jerónimo, tomé por la calle de Alcalá, y aquí me tenéis, no sin haber mirado, convenciéndome de que hacia este lado se dirigen.

—Me complace el acierto con que has desempeñado esta comisión.

—Ahora...

—¡Nada más!

—¿He de esperar por aquí?

—Te volverás á casa—respondió el caballero,—ó te pasearás hasta el amanecer.

El criado hizo una profunda reverencia y se alejó. D. Lope volvió á la antecámara, donde había algunos individuos de la alta servidumbre y otros caballeros. Se acercó á un gentilhombre, y le dijo:

—Me parece que Su Majestad se alegrará mucho de que no entre nadie en su cámara; pero como puede suceder que alguien necesite verle para algún asunto interesante...

—Os daré aviso, y será lo más acertado—respondió el gentil-hombre.

—Os advierto que esto no es una orden.

—Comprendo.

—Voy á ver á Au Majestad.

—¡Pues hasta luego, D. Lope!

Como si en su propia habitación entrase, el señor de Santisteban se metió en la cámara.

¿Quién hubiera reconocido al Monarca entonces, si no le hubiese visto en cinco ó seis años? Sentado estaba junto á la chimenea, medio recostado en el sillón, con la cabeza inclinada sobre el pecho y la mirada fija en las oscilantes llamas. Pálido, enflaquecido, consumido, no era menester más que mirarle para comprender que en aquel cuerpo apenas había más que una vida falsa: sólo espíritu, cuyo fuego animaba sus ojos y de vez en cuando dejaba escapar destellos; pero cuando esto no sucedía, su mirada era melancólica, dolorosamente triste. Lo hemos dicho ya: aquel cuerpo envejecido, aquella organización destruída por todos los desórdenes, por todos los excesos, conservaba una imaginación vigorosa, y que aún se remontaba al mundo de las ilusiones como en los floridos años de la juventud. Levantó la cabeza y miró al que fué su querido paje, á quien había amado mucho y de quien había recibido pruebas de filial amor y de rara lealtad.

—¡Ah!—murmuró Felipe IV.—¿Eres tú, mi querido Lope? ¿Dónde te metes? ¡Hay días en que me abandonas! Me parece que no te he visto desde esta mañana cuando almorcé.

—Después de comer me detuvieron algunas visitas, y he venido más tarde que de costumbre; pero no olvido á Vuestra Majestad.

—Ni dejas de amarme: ya lo sé.

—¡Señor!...

—Con nadie puedo hablar más que contigo, porque los unos no me entienden, y á los otros no puedo decirles lo que siento.

El Monarca hizo un esfuerzo para cambiar de postura. Se pasó las manos por la frente. Parecía que se reanimaba.

—¿Cómo me juzgará la Historia?—dijo.

Esta pregunta hubiera sorprendido á cualquiera, menos al caballero.

—Señor, el mundo juzga como puede juzgar.

—Es verdad, y no debemos quejarnos; pero si cada rey escribiera su propia historia, no eso que se llama historia de su reinado, sino la historia de su alma...

Se interrumpió Felipe IV, y dijo después de algunos momentos:

—Lo explicaré de otro modo. Nuestro corazón es un libro, cuyas páginas tienen el más vivo interés, porque guardan secretos que ni siquiera pueden sospecharse.

—Y si copiásemos esas páginas trasladándolas al papel...

—Con fidelidad, con toda exactitud, y escritas obedeciendo solamente el impulso de la conciencia, sin escuchar ninguna otra voz, olvidándose de todas las consideraciones...

—Eso es.

—Así podría la Historia juzgar á los reyes.

—Como la criatura no se conoce...

—Pero puede darse á conocer.

—¿Y cuántos escribirían esa historia sin escuchar más voz que la de su conciencia?

—¡Oh! Median las debilidades humanas, nuestra vanidad, que nos ciega; nuestras pa-

siones... ¡No, no puede ser! Si la criatura es imperfecta, porque no hay perfección absoluta más que en el Creador, imperfecta tiene que ser la sociedad, que es el conjunto de las criaturas, y todas sus obras son imperfectas.

Difícil era continuar esta conversación; pero el señor de Santisteban no se apuraba, porque sabía que en poco tiempo hablaría el Rey de muchos y muy diversos asuntos. Así sucedió bien pronto. Volvió Felipe IV á cambiar de postura y á preguntar al caballero:

—¿Desde cuándo no has visto al Príncipe?

—Desde esta mañana.

—¿Y cómo le has encontrado?

—Bien, señor. Parece que algo se reanima...

—Su, cuerpo sí.

—Y con el vigor del cuerpo...

—¡No, mi querido Lope—interrumpió el Monarca desplegando una amarga sonrisa;—no abrigo esperanza!

—¡Señor!...

—Mi cuerpo se ha debilitado hasta el punto de que apenas puedo sostenerme, y, sin embargo, mi cabeza es la misma. Si mi desgraciado hijo recobra la salud, si se robustece, tendrá la misma inteligencia que ahora. ¡Y á nadie puedo decir esto! ¡Desdicha inmensa! Yo no tengo talento, nada valgo; pero Dios ha querido darme una imaginación viva, inquieta, y, por consiguiente, es para mí doble desdicha que mi hijo único, el heredero de mi trono...

Otra vez se interrumpió Felipe IV. No se atrevía á decir lo que pensaba. Sufría mucho, porque reconocía que su desdichado hijo era idiota. Esta desgracia debía ser la más horrible para un hombre de imaginación vehemente como Felipe IV. Se encontraba al borde del sepulcro. Su corona quedaría en las sienes del infeliz á quien la Historia conoce por el *Hechizado*. Claro es que á nadie, absolutamente á nadie, podía decir sobre este usunto una sola polabra el Rey, porque él no había de ser quien á su hijo desprestigiase. Esta amargura atormentó mucho al Monarca durante los últimos años de su vida. Con el señor de Santisteban era con quien únicamente se permitía estos desahogos.

—Señor, dejemos al Omnipotente lo que los hombres no podemos hacer. ¿Quién sabe lo que sucederá con el tiempo? Se han visto cambios que nadie acierta á explicar.

—¡Dudo!

—De otro asunto hablaré, si Vuestra Majestad me lo permite.

—¿Es agradable?

—Es curioso, y nada más.

—Así me distraeré. Pero siéntate, mi querido Lope. Antes di que á nadie quiero ver, porque si no doy esta orden, no nos dejarán tranquilos.

Salió el caballero de la cámara, volvió y se sentó. Fijó una mirada escudriñadora en el Rey, y luego dijo:

—Aseguran que ha venido á Madrid un caballero que hace bastantes años no vivía en la corte.

—¿Quién es?

—Don Juan de Haro.

El Monarca se estremeció, levantó la cabeza y brillaron sus ojos.

—¡Don Juan de Haro!—exclamó.

—Yo no le conozco, pero he oído hablar de él algunas veces.

—¿Está en Madrid?

—Así lo dicen; y me ha sorprendido, porque no tenía noticias de que pensase volver á la corte. Por lo demás, el suceso no tiene ninguna importancia.

Felipe IV guardó silencio. Inclinó la cabeza, se contrajo su frente, y por algunos minutos permaneció inmóvil. No necesitaba el caballero hacer más observaciones.

—¡Es extraño!—murmuró al fin el Monarca.

—Tal vez algún negocio urgente...

—Lope, es preciso que hagas uso de todo tu ingenio para averiguar con certeza desde cuándo está D. Juan en Madrid.

—Llegó esta mañana.

—Pues quiero saber á qué hora.

—Á las once.

—Muchas noticias tienes.

—La casualidad...

—¡Eres el hombre de los secretos!

—Si Vuestra Majestad me confía los suyos, ¿quién ha de ser reservado para mí? Además, todo el mundo sabe por experiencia que secreto que se me confía...

—Lo guardas como el confesor.

—Así cumplo mi deber.

Volvió á meditar Felipe IV.

—Necesito más—dijo.

—Si puedo hacerlo...

—¿Hay algo imposible para ti? Recuerda aquella época...

—Entonces tenía yo la viveza y la audacia de los pocos años.

—Aún eres joven.

—Pero más juicioso, y, por consiguiente, no haría muchas cosas que entonces hice, verdaderas locuras que milagrosamente no me costaron la vida.

—Á pesar de todo eso, vales mucho.

—Si Vuestra Majestad me dice lo que desea...

—Saber si D. Juan de Haro ha venido solo.

—Complaceré á Vuestra Majestad ahora mismo.

—¿También sabes eso?

—Puede saberlo cualquiera, porque en un coche ha llegado D. Juan de Haro á Madrid, y por las ventanillas pudo verse que á su lado iba otro persona.

—¿Una mujer?—preguntó vivamente el Rey.

—Y joven y bella, según dicen.

—¿Una mujer joven y bella?

—Con grandes y negros ojos, de mirada melancólica; esa mirada que parece revelar la existencia de un alma sublime y dolorida.

—¡Ah!...

—Yo creí que D. Juan era soltero.

—No te equivocas.

—Había supuesto que esa joven era su hija ó su pariente...

—¿Tú la has visto?

—No, señor.

—¿Pues quién?

—Tengo un criado que conoció á D. Juan, y él le vió, y también como noticia curiosa me lo dijo.

—¡Coincidencia bien rara!

—Repito que no creí que semejante suceso tuviera ninguna importancia; pero veo que me equivoqué, porque tanto lo toma en consideración Vuestra Majestad...

—Alguna importancia tiene.

—Pues he sido afortunado y oportuno al dar la noticia á Vuestra Majestad.

—Supongo que D. Juan de Haro vendrá hoy mismo á verme.

—Es su deber.

—Por si acaso, da la orden para que inmediatamente me avisen, advirtiendo que nadie ha de entrar aquí mientras esté D. Juan.

Se puso D. Lope en pie para obedecer y dió algunos pasos hacia la puerta.

—¡No—le dijo el Monarca,—no de ssemejante orden! Otra cosa has de hacer.

—Vuestra Majestad dispondrá.

—Quiero tener la seguridad de que D. Juan de Haro habita en su antigua casa, y eso has de averiguarlo tú.

—Señor, como el coche iba despacio y la misma dirección llevaba mi criado, pudo ver que el señor de Haro y la joven entraron en una casa frente á San Martín.

—¡Casualidad ha sido de ver todo eso!

—Las casualidades representan en este mundo un gran papel.

El Rey fijó una mirada escudriñadora en e caballero. El semblante de éste no expresaba nada de particular. Por algunos momentos no pronunciaron una palabra. Al fin el Monarca dijo:

—¡Lope, habla con franqueza!

—Señor, siempre lo hago.

—Tú has mandado espiar á D. Juan.

—No, señor.

—Tú conoces sus secretos...

—Ninguno.

—¡Tanta casualidad!

—Nunca me he preocupado de semejante hombre, porque creí que ningún papel representaba, que no merecía que fijase en él la atención. Lo de tener en su compañía á esa joven sí me ha dado que pensar.

—¿Y aseguras que no sabes quién es esa mujer?

—Lo ignoro absolutamente; pero sí me dice el instinto que esa mujer representa algún misterio de importancia; misterio que pondré en claro si no lo conoce Vuestra Majestad.

—Te agradezco que me hables así.

—Digo lo que siento.

—Te conozco, y tengo la seguridad de que por nada del mundo renunciarías á penetrar ese misterio, si es que lo hay; y como tu voluntad es firme y tu ingenio demasiado fecundo, lo conseguirías al fin.

—Tal vez.

—Pues no te tomes la molestia de hacer averiguaciones.

—No las haré, y olvidaré á D. Juan y á la joven misteriosa.

—No los olvidarás, porque para ti es imposible desentenderte de asuntos de esta clase. Has vislumbrado un misterio, has sospechado una intriga, quizás ha forjado ya tu imaginacion una historia.

—¿Quién detiene el vuelo poderosísimo de la imaginación?

—Por eso no te prohibo lo que has de hacer aun contra tu voluntad.

—Señor...

—Yo conozco ese secreto.

—Entonces...

—Tú también lo conoces, aunque á medias.

—¿Yo?

—¡Lope, el asunto es grave, muy grave!

—En cuidado me pone Vuestra Majestad.

—Alguna vez te he hablado...

De repente calló el Monarca. El caballero esperó, porque no le estaba permitido preguntar. Largo rato pasó. Más y más se contraía la frente del Rey. Á veces su mirada era sombría.

—¡Tengo que meditar!—dijo al fin.

—Ya sabe Vuestra Majestad —respondió D. Lope—que no soy curioso.

—Es que quizás tu ayuda me será necesaria.

—En ese caso...

—¿Á quién he de acudir que me inspire la confianza que tú y que pueda comprenderme?

—¡Gracias, señor!

—Pero en estos momentos no me siento con fuerzas para hablar de ese asunto.

—Espero las órdenes de Vuestra Majestad.

—¡Ah! ¡Faltas he cometido: algunas son quizás graves, aunque sabe Dios que nada hice con intención dañada; pero mis faltas las pago con los sufrimientos que amargan mi vejez! ¡Mi cabeza es joven; pero mi cuerpo está débil, y no puedo luchar; estoy reducido casi á la impotencia!

—Mientras yo viva, bastante tiene Vuestra Majestad con la cabeza, con la voluntad, porque yo seré el instrumento que ejecute.

—¡Me consuelas!

—Así cumplo mi obligación más sagrada; así pago, aunque en muy pequeña parte, una deuda de gratitud, una deuda de corazón.

—¡Dios te premiará, porque soy muy desgraciado, y me haces un gran beneficio!

—¿Qué he de hacer ahora?

—Nada, porque necesito algún descanso, y porque me es imposible adoptar ninguna resolución sin haber visto á D. Juan de Haro.

—Tal vez se encuentre ya en la antecámara.

—Nó me sorprendería.

—Si bien le parece á Vuestra Majestad...

—¡Sí; quiero salir de dudas!

—Es fácil.

Don Lope salió de la cámara real.

Hablando con un gentilhombre vió á don Juan de Haro, reconociéndole por las señas que le había dado el Sr. Domingo.

—¡Pensad bien lo que hacéis!—decía con aspereza el anciano caballero,—pues á Su Majestad ha de desagradarle que no le hayáis dado aviso de mi llegada!

—Aquí tenéis á D. Lope de Santisteban—replicó el gentil-hombre.—Sale de la cámara real, y tal vez traiga nuevas órdenes.

—¿De qué se trata?—preguntó el señor de Santisteban, mientras que su mirada penetrante examinaba el rostro de D. Juan.

—Este caballero quiere tener la honra de ver á Su Majestad.

—Es imposible, á menos que... ¿Vuestro nombre?

—Don Juan de Haro.

—¡Ah!...

—Y el asunto que me trae...

—¡No quiero explicaciones!—interrumpió el señor de Santisteban.

Y sin escuchar más, retrocedió, volviendo á la cámara real y diciendo al Monarca:

—El señor de Haro espera.

—¡Oh!...

—¿Ha de entrar?

—¡Sí!—respondió Felipe IV después de dudar algunos momentos.

—Pues voy á dar la orden.

—Mi querido Lope, no te digo que te quedes porque no conviene que D. Juan sepa que estás al corriente de ciertos asuntos.

—¡Comprendo!

—Disimula.

—Representaré mi papel como conviene.

—Debes permanecer en ese otro aposento mientras el de Haro esté aquí.

—Descuide Vuestra Majestad, que con toda exactitud serán cumplidas sus órdenes!

—¡Dios me dé fuerzas!

Muy trabajosamente disimulaba el Rey su agitación. Gravísimo debía de ser el negocio. D. Lope fué en busca del señor de Haro, diciéndole:

—Su Majestad se digna recibiros.

—Así debía suceder.

El señor de Santisteban se encogió de hombros. Un gentilhombre acompañó al anciano hasta la puerta de la cámara real. D. Lope empezó á pasearse. Fué de un aposento á otro, y acabó por sentarse en el que estaba inmediato á la cámara del Rey.

Aunque difícilmente, y á riesgo de ser sorprendido, pudo escuchar; pero ni siquiera lo intentó, sino que, por el contrario, situóse á bastante distancia de la puerta, y dijo para sí:

—El asunto se complicará bien pronto, y tomará grandes proporciones. Preveo situaciones muy difíciles, y quizás muy peligrosas. Cansado estoy ya de intrigas; pero de ésta no puedo desentenderme.

Quedóse un rato reflexionando, y al cabo dijo:

—¡Las picaras coincidencias deben de ser obra del Diablo! ¿Qué diría el Rey si conociese el amor del hijo de Cabral? ¡Tiemblo al pensar lo que puede suceder!

Cosa muy rara era que temblase D. Lope de Santisteban.

—La conferencia debe de ser larga—murmuró.

No se equivocaba. Pasó media hora. Los cortesanos no comprendían que por tanto tiempo hablase el Rey, pues ni cinco minutos dedicaba á los más graves negocios de Estado. D. Lope era el único que tenía el privilegio de permanecer mucho tiempo al lado del Rey, el único con quien éste sostenía largas conversaciones. Hacíanse entre los cortesanos comentarios sobre lo que estaba sucediendo; pero no era posible que alguien adivinase el asunto de que se trataba. En D. Juan de Haro debía, pues, fijarse particularmente la atención de todos desde aquel día.

Dejaremos á los cortesanos que murmuren á su placer, pues ante todo nos parece justo ocuparnos de D. Juan para principiar á conocer el secreto que tanta importancia tenía. Entremos, pues, en la cámara real: escucharemos, y así podremos apreciar con exactitud la situación, que no podía ser en todos sentidos más extraña.

CAPÍTULO VI

Empieza á conocerse el secreto.

Los primeros momentos de aquella escena tuvieron quizás mayor importancia que todo lo demás. D. Juan de Haro entró en la cámara real haciendo profundas reverencias, y sin atreverse á levantar los ojos para mirar frente á frente al Monarca. Sin embargo, no parecía turbado, y de su serenidad debemos deducir que su posición era ventajosa. Se había hecho mucho más densa la palidez del Monarca. Hacía grandes esfuerzos para dormirse y aparentar una calma que estaba muy lejos de tener.

¿Qué sentía? Lo mismo podía ser disgusto que despecho, coraje ó miedo, pues todos estos sentimientos revelaba su semblante. De todas maneras, se sentía vivamente contrariado, y en aquellos momentos era digno de compasión, porque sufría mucho. Si con franqueza pudiera decir lo que deseaba, no hubiera pedido más sino que le dejasen en paz.

La presencia del caballero era como una evocación de recuerdos que debían de espantar al Monarca. Necesariamente había de levantarse terrible su conciencia; tanto más terrible cuanto más cerca se encontraba el término de su mísera existencia. Por su fortuna, era rey, señor absoluto, y en último caso, y cuando otra cosa no le fuese posible hacer, pondría fin á la conversación diciendo que se sentía mal, ó sin decir nada, puesto que no estaba obligado a justificar su conducta. Para algo habían de servirle los privilegios de Monarca.

D. Juan quedó inmóvil y esperó en actitud respetuosa, pues no le estaba permitido hablar sin que el Rey se dignase dirigirle la palabra. Felipe IV permaneció también inmóvil. Contemplaba el fuego de la chimenea. Hubiérase dicho que no se percataba de la presenc del caballero. Así pasaron tres ó cuatro minu-

tos, que muy largos debieron de parecer á don Juan.

Por fin levantó el Monarca la cabeza, miró al caballero y le dijo:

—¡Bien venido seáis!

—¡Gracias, señor!

—Me habéis sorprendido mucho.

—Es natural la sorpresa.

—¿Por qué habéis venido á Madrid?

—Señor...

—¿Y por qué os acompaña Margarita?

Se arrugó el entrecejo del Sr. de Haro.

—Veo que Vuestra Majestad sabe...

—¡Todo, todo!—interrumpió el Rey.

—Entonces, no necesito dar ninguna explicación; pero, sabiéndolo todo, la sorpresa de Vuestra Majestad me sorprende mucho. ¿Me era posible hacer otra cosa? ¿Acaso no se había dignado Vuestra Majestad concederme ciertas facultades por si llegaban situaciones como la presente?

—¡Es cosa clara!

—Pues si la situación ha llegado y casi era prevista...

—¿Y qué situación es ésa?—interrumpió el Monarca.

—Como Vuestra Majestad ha dicho que todo lo sabe...

—D. Juan, sentiría que con los años se hubiese debilitado vuestra clarísima inteligencia.

—¡Señor!...

—No debéis ignorar que sufro mucho, que mi salud está muy quebrantada, que me perjudican las cavilaciones y las conmociones de cierta clase. ¿Qué queréis que yo haga? Me parece que en el cumplimiento de cierta clase de obligaciones nada más puede pedírseme. ¿Por qué no me dejáis en paz ? ¿Puedo deshacer lo hecho? ¿Puedo retroceder á la época desdichada?... ¡Oh!...

Felipe IV hizo un gesto de disgusto y volvió á inclinar la cabeza, quedando silencioso. Don Juan le miró con extrañeza y se encogió de hombros, mientras decía para sí:

—¡No lo entiendo! ¡Me parece que está perturbada la razón de este infeliz!

Y otra vez esperó. La conversación no pudo empezar de más extraña manera. Con menos palabras hubieran podido entenderse. La verdad era que Felipe IV tenía miedo á las explicaciones y las rehuía. Si continuaban lo mismo no acabarían jamás, ni se entenderían.

—¡Concluyamos!—dijo el Monarca después de algunos minutos.

—Señor, suplico á Vuestra Majestad que me pregunte, y yo tendré la honra de contestarle breve y claramente, y así abreviaremos esta conversación, que es lo que conviene.

—¿Por qué habéis venido á la corte?

—Se presentaron peligros para doña Margarita, esos peligros que pueden producir tan graves consecuencias, y antes de que ella pudiera interesarse y se hiciera más crítica la situación...

—Lo mismo hubierais conseguido llevándola desde Valladolid á cualquiera otra parte.

—Hay más, señor.

—¡Decid!

—Doña Margarita ha cambiado mucho.

—Ya no es una niña, y el cambio es natural.

—Pero es el caso que desconoce en absoluto mi autoridad, y, por consiguiente, encuentro muchas dificultades para cumplir mi deber y tengo que sostener una lucha incesante. Como sabe Vuestra Majestad, quiso la desgracia que una casualidad diera á conocer á doña Margarita lo más importante de su situación, ó sea del secreto que se había guardado tan cuidadosamente.

—Sí, una gran desgracia.

—Dejándose llevar de los arrebatos propios de sus pocos años, cree que tiene derechos...

—¡Ninguno!

—Y lo peor es que la veo dispuesta á revelar el secreto.

—¡D. Juan!...

—El día que un hombre cualquiera interese su corazón y gane su confianza...

—¡Es preciso evitar eso á toda costa!

—Pues para evitarlo determiné venirme á Madrid.

— ¿Y creéis que aquí ha de conseguirse más?

—Lo creo, porque mis órdenes tendrán más fuerza, y á cada momento podré amenazar con determinaciones que espanten á doña Margarita.

—¿Qué es lo que tanto le espanta?

—Un convento.

—Tendremos que concluir por esa determinación.

—Quizás con el tiempo los consejos, la reflexión...

—¿Qué ha de hacer en el mundo esa pobre criatura?

—Según.

—Hubiera podido casarse; pero, conociendo el secreto, sería muy peligroso.

Felipe IV cambió de postura. Su semblante empezó á cambiar también de expresión.

—¡Soy esclavo de las circunstancias, esclavo de la corona, que tantos envidian, y tengo que destrozar mi corazón para cumplir los graves deberes que me impone mi posición! Se dice que el rey tiene todos los derechos, que su voluntad es ley, que puede satisfacer hasta sus menores caprichos, y... ¡Mentira: el rey es un esclavo! ¡Si yo fuera rey!...

El Monarca apoyó los brazos en los del sillón, moviéndose para levantarse; pero volvió á caer.

—¡Ah! —exclamó tristemente.—¡No tengo fuerzas; no tengo vida! ¡No tengo más que la cabeza, los recuerdos, las ideas!... D. Juan, vuestra noble hermana hizo un gran beneficio á esa pobre niña, y al morir os confió la misión más noble y delicada.

—He procurado cumplirla.

—Ninguna queja tengo.

—Pero la niña es mujer; han cambiado sus sentimientos y sus ideas, y, además, conoce lo más importante del secreto de su vida.

—Mientras lo conozca á medias...

—Ignora quién es su madre; pero ¿qué importa? Desde el momento en que supo que su padre...

—¡Callad!

—Mi responsabilidad es muy grande, señor.

—¡Pues bien; determinaremos!

—Me parece que por de pronto...

— ¡Sí; ahora mismo, pues conviene adoptar una resolución, aunque no se ponga en práctica en seguida!

Entonces le tocó palidecer á D. Juan. Su mirada se tornó sombría.

— Esa determinación— dijo— puede tener un carácter...

—Caballero, mis fuerzas no me permiten ocuparme diariamente en este asunto, y si las fuerzas me faltan, no es mía la culpa. Hoy haré cuanto pueda; pero no me pidáis más.

—Señor, lo único que pido...

—Es tranquilidad. Yo también.

—Vuelvo á recordar que, como soy responsable.

—Pues bien, os quitaré toda la resposabilidad. Esa pobre niña es desgraciada desde que nació.

—Mucho.

—Lo mismo les sucede á otras criaturas; y como esto no puede remediarlo nadie, hay que resignarse y esperar la dicha en el mundo eterno. Su madre fué también muy desgraciada; pero ahora vive tranquila, y quizás en el mundo no hubiera conseguido la paz de que disfruta.

—Tal vez.

—¿Quién puede amar á Margarita como su madre?

—Nadie.

—¿Quién puede interesarse por ella? No ha olvidado á su hija, y si diariamente no me pide noticias, es porque tiene que someterse á mi absoluta prohibición de hacerlo.

—Parece que Vuestra Majestad se inclina...

—No me inclino, sino que estoy resuelto, porque es preciso acabar de una vez.

—Poner á la hija al lado de la madre...

—Es hacerle el mayor de los beneficios.

—En un sentido no más.

—Tened en cuenta que Margarita no ha de saber quién es su madre.

—Pero la madre...

—Si fuera posible, le ocultaríamos la verdad, y en su hija no vería más que una joven desgraciada y de antecedentes misteriosos.

—Eso es imposible.

—Por eso sabrá que la desgraciada criatura que confían á sus cuidados es su hija.

—¿Y guardará la madre el secreto?

—Está interesada en guardarlo.

D. Juan hizo un gesto de duda.

—¿Teméis una indiscreción?

—Sí, señor, porque en uno de esos momento de arrebato, de delirio...

—La pobre madre no se arrebata ya, porque tiene la calma de los que sufren mucho, y le sucede lo mismo que á mí.

—Á pesar de eso...

—Y, además, como revelar el secreto á Margarita sería hacerle mucho mal, guardará silencio su madre, porque ante todo ha de querer la felicidad de su hija.

—El tiempo dirá quién se equivoca.

—Y en último caso, si comete la imprudencia de darle á conocer el secreto, la situación será la misma, y tendremos la ventaja de que la hija respete doblemente á su madre.

—Todo eso es posible.

—¿Nos queda otro recurso?

—No lo veo por ahora.

—Pues, entonces, no podemos vacilar. Cuando no hay más que un camino abierto, las vacilaciones son la mayor de las torpezas.

—Pues si Vuestra Majestad se digna darme órdenes...

—Que preparéis el ánimo de esa pobre niña, y nada más.

—Lo haré hasta donde sea posible.

—Y como pocas veces hemos de hablar de ella, quiero que ahora me deis algunas noticias que tienen para mí mucho interés.

—Así cumpliré mi obligación.

—Dicen que doña Margarita es un prodigio de belleza.

—No mienten.

—¿Y su carácter?

—No es posible hacerlo comprender. Muy reservada, melancólica, y unas veces tímida, y otras valerosa; ya indiferente, ya entusiasta. ¡No es fácil conocerla!

—Pero sus sentimientos...

—Muy nobles, muy elevados.

—Yo desearía conocerla.

—Aunque no me lo ha dicho claramente, tiene la esperanza de ver á su padre y de abrazarle.

—¡Oh!...

—Pero me parece que eso sería peligroso.

—¡Sí, sí!

—Lo que Vuestra Majestad sufriría...

—Mis escasas fuerzas no podrían soportarlo, y la pobre niña me hablaría de su dolor, me suplicaría... Y yo al ver en sus ojos el llanto, al sentir sobre el mío las palpitaciones de su corazón... ¡No, D. Juan; no y mil veces no. Es demasiado para mis fuerzas!

Exhaló penoso suspiro el Monarca é inclinó tristemente la cabeza. Parecía muy fatigado, y hasta respiraba con dificultad. Había hablado más de lo que podía, y, sobre todo, su agitación era muy violenta. Ni siquiera tuvo el consuelo del desahogo diciendo lo que sentía, pues con D. Juan de Haro no le era posible hablar como hablaba con D. Lope de Santisteban. Demasiado había dicho, mucho más de lo que esperaba el caballero. Y, sobre ser más, era para éste desagradable. Como si hablara para sí, olvidándose de que le escuchaban, murmuró después de algunos minutos:

—¡Mi hija! ¡Pobre hija mía! ¡Qué recuerdos!

Y exhaló otro suspiro. Ante su corazón de padre se levantaba tan fría como terrible la razón de Estado, y terriblemente también le acusaba su conciencia. La historia de Margarita era verdaderamente horrible en el sentido de las gravísimas faltas, de los grandes abusos que había cometido su padre, así como también por las tristísimas consecuencias que produjo; consecuencias en que tenían que entender forzosamente el Sr. Domingo, el señor Diego y D. Lope. Para que nada faltase, la situación se había complicado con los sucesos ocurridos la noche anterior en la posada.

—Ya lo sabéis —dijo Felipe IV cuando levantó la cabeza.—Venid cuando bien os parezca, sin desatender el cuidado de doña Margarita.

—¿Y si ocurre algo imprevisto y que exija una resolución de Vuestra Majestad?

—Vendréis. y diréis que me avisen, y que me recuerden que yo os había llamado. As comprenderé que el caso es urgente.

—Procuraré evitarlo.

—Ya sé que habitáis en vuestra antigua casa.

—¿También sabía Vuestra Majestad que en Madrid se encontraba conmigo doña Margarita?

—Sí; me lo habían dicho.

Se arrugó otra vez el entrecejo de Don Juan.

—Señor—dijo,—si Vuestra Majestad me lo permite...

—¿Qué queréis?

—Hablar de un suceso que debe de tener mucha importancia, aunque parezca que no tiene ninguna.

—Sepamos.

—Anoche descansamos en una posada del camino. Llegaron dos viajeros, dos hidalgos jóvenes que habían salido ayer de la corte, según debía creerse por la dirección que llevaban. Ponían gran empeño en ocultar sus nombres, y gran empeño también pusieron en espiarnos, llevando su audacia hasta el punto de que uno de ellos acechase por las hendijas de la puerta del aposento donde estaba doña Margarita.

—¿Y no habéis averiguado quiénes son?

—Uno se llama Domingo.

—Ese nombre es un mal recuerdo para mí.

—El otro se llama Diego.

—¡Oh! ¡También es de mal agüero ese nombre! ¿Y los apellidos?

—No he conseguido averiguarlos.

—¡Domingo y Diego! ¡La coincidencia es extraña! ¡Verdad es que no se conocen! ¡Continuad!

—Todo ello pudo ser curiosidad propia de la juventud; pero otra cosa sucedió.

Y D. Juan relató el viaje misterioso del Sr. Domingo á Madrid y la estratagema de los dos amigos para que Cabral hablase con doña Margarita.

—¿Y lo consiguió?—preguntó D. Felipe.

No tuvo tiempo para hablar, pues comprendí el engaño y corrí al lado de doña Margarita. Motivo era esta burla para encender mi enojo y producir un lance sangriento; pero mi situación era muy delicada, y mucho más tratándose de dos hombres audaces y dispuestos á cometer todos los abusos.

—Debisteis dominaros.

—Y me dominé.

—¡Proseguid!

—Nada más, señor. Emprendimos la marcha, y á Madrid llegamos á las once. Del lance que ocurrió en la posada me hubiera olvidado si Vuestra Majestad no me dijese que ya sabía que en Madrid me encontraba.

—¿Eran dos?

—Sí.

—El llamado Domingo vino á media noche, y el otro tomó el nombre de Santisteban...

—Creo que abusó de ese nombre, como pudo hacerlo de otro.

—Sí; pero la coincidencia...

—Coincidencia no hay en realidad.

—¡Yo me entiendo!

—Callo, señor.

—¿Y tampoco pudisteis averiguar adónde se dirigían esos hidalgos?

—No pude conseguirlo.

—Vino en un caballo, volvió en otro de mucho valor...

—Eso prueba que en la corte tiene amigos que no son pobres. Si corrió, como debió de correr, su caballo quedaría medio reventado, porque fatigado estaba ya por el viaje desde Madrid á la posada.

—¡Entiendo!

—Alguien me espía.

—¡Las pícaras casualidades!

—Muchas veces parece casual lo que es intencionado.

—¿Habéis observado algo más?

—Nada, señor.

—Pues mucho cuidado, don Juan; y como no podéis estar en todas partes y á todas horas, convendría que os auxiliase alguna persona de confianza.

—Cuento con el auxilio de un hombre que vale mucho y no puede ser traidor.

—¿Quién es?

—Mi escudero.

—Hablaremos otro día, porque me siento muy débil... ¡Dejadme, D. Juan!

—Dios dé salud á Vuestra Majestad.

—¡Falta me hace!

Ya no podía el caballero prolongar la conversación. Muy preocupado salió de la cámara, encontrándose con D. Lope, que fijó en él una mirada escudriñadora. El Rey quedó inmóvil y entregado á sus sombríos pensamientos.

CAPÍTULO VII

El Monarca recuerda, sospecha y desconfía.

El resultado de la conversación había sido el que menos debía esperarse, y lo que parecía más sencillo había complicado la situación quizás gravemente.

Dejando ahora lo que esencialmente se refería á la joven misteriosa, fijaremos la atención en D. Lope de Santisteban. ¿Había come-

tido éste una torpeza al hablar del señor de Haro y de Margarita? Extraño era que tales torpezas cometiese quien tenía, no solamente tanto talento, sino tanta experiencia en las intrigas cortesanas. Por de pronto parecía que quedaba comprometido, pues había coincidencias que debían ser muy sospechosas. Aquellos dos hidalgos habían espiado á D. Juan y á Margarita, y uno de ellos había vuelto á Madrid la noche anterior. ¿Para qué? Indudablemente, para dar un aviso. ¿Y á quién? Debía creerse que á D. Lope de Santisteban, y así se explicaba que un criado de éste hubiera acechado y visto á los viajeros cuando entraban en Madrid.

No tuvo el Rey que cavilar mucho para hacer estas suposiciones y deducciones, y en seguida se preguntó quiénes eran los dos hidalgos y qué clase de relaciones tenían con su favorito. Por de pronto, era natural que Felipe IV mirase con alguna desconfianza á don Lope, mostrándose con él reservado. Le había prometido hablarle de aquel asunto con toda claridad, y ya no era posible que lo hiciese. Y si el Monarca era reservado, ¿cómo podría Santisteban favorecer á la joven? Hasta la circunstancia de llamarse Domingo uno de los hidalgos tenía mucho valor para el Rey, y el motivo lo daremos á conocer pronto, pues es preciso que el lector pueda apreciar todos los antecedentes para que aprecie también con exactitud la situación.

—¡Domingo, Domingo!—murmuró Felipe IV muchas veces.—¿Es el hijo de Cabral? ¡Oh!... Todo es posible. Su desdichado padre, que tanto me hizo sufrir, que cometió abusos y crímenes tan horrendos, hasta el del suicidio...

Se interrumpió el Monarca, contrayéndose más su frente, y haciéndose más densa la palidez de su rostro. Luego se estremeció. Se movió como para ponerse en pie. Parecía que dudaba. Se decidió al fin. Atravesó la cámara, y entró en su dormitorio. Sus pasos eran inseguros. Sin darse cuenta de lo que hacía, se apoyaba en los muebles.

Se acercó á uno que era una verdadera obra de arte. Sacó una llavecita dorada y abrió un cajón, en cuyo fondo buscó un resorte oculto, que oprimió. Separóse una pequeña tabla; el Rey con manos trémulas sacó una caja negra, y la abrió, mientras algunas gotas de frío sudor corrían por su frente. Debía de sufrir mucho en aquellos momentos. Por fin, como haciendo un esfuerzo penoso abrió la cajita, en la cual había un pañuelo blanco manchado de sangre, una daga y algunos papeles.

—¡Dios mío!—exclamó.

Tomó uno de los papeles, lo desdobló, y fijó la mirada en los siguientes párrafos:

«No sé cómo me juzgará el mundo; pero su juicio nada me importa.

»Si yo resucitara y hubiese de escribir la Historia, seríais juzgado como merecéis.

»Con reyes como vos, ¡pobres diablos!...

»Os espera una vejez bien triste, Sr. Apolo; y si quisierais tomar mi consejo, haríais lo que yo, es decir, pondríais fin á vuestra vida.

»Verdad es que sois muy escrupuloso y muy religioso, y tenéis miedo al castigo en el otro mundo; pero lo que no acierto á comprender es cómo ese temor á la justicia divina no os ha detenido al hacer ciertas cosas que algo tienen de criminales.

»Cuando pasáis por delante de algún templo os descubrís respetuosamente y os santiguais, y, sin embargo, con la mayor frescura os metíais en el sagrado recinto de un convento de monjas para entregaros allí á los más repugnantes extravíos de vuestra pasión.

»Vuestra conciencia es muy escrupulosa; pero ya sabéis que, sin haber cometido otro delito que el de conocer ese secreto, está encerrado en un calabozo un honrado caballero, y allí acabará sus días.

»Por capricho, y aprovechando datos preciosos que me ha proporcionado la casualidad, he hecho algunos apuntes sobre los sucesos que se relacionan con la pobre mujer que llora sus culpas en el convento de San Plácido, y muy particularmente con respecto al hombre que está encerrado en un castillo, y que es el mismo de quien acabo de hacer mención.

»Estos apuntes irán á manos de quien sepa hacer buen uso de ellos.»

Sudor copioso y frío inundaba el rostro de Felipe IV. Parecía que el pavor se apoderaba de su espíritu. Los párrafos que acababa de

leer contenían dos cosas de muchísima importancia: el anuncio de una vejez triste, y la resolución de entregar ciertos apuntes á quien

momentos supremos y terribles, concluía con las siguientes palabras:

«Otros secretos me sería muy fácil revela-



Sacó una caja y la abrió...

supiera hacer uso de ellos contra el Monarca.

En esto último había fijado particularmente su atención Felipe IV.

El papel, que era una carta á él dirigida en

ros; pero no lo haré: tendréis paciencia, y os convenceréis de que también para los reyes hay algo imposible.

»Acabo esta carta y voy á cenar, recordando las cenas de otro tiempo.

»Mañana todo concluirá para mí, y, bien pensado, nada perderé, pues ya he visto lo que de este mundo puede sacarse.

»Señor Apolo, me despido de vos hasta el Juicio final; y como voy á morir, no me ofrezco vuestro servidor. — DOMINGO CABRAL.»

—¡Ah!—exclamó el Rey con acento de mortal angustia.—¡No amenazó en vano, y los peligrosos apuntes estarán en poder de su hijo! Si conocía el secreto con todos sus antecedentes y detalles...—¡No, no es posible! Y en cuanto al infeliz Alfonso de Paredes... ¡Oh!...

El Monarca dejó el papel como si le quemara los dedos. Apresuróse á cerrar la negra caja, la guardó, y se dejó caer en el sillón que más cerca tenía. Se oprimió las sienes. Antes había querido forjarse la ilusión de que estaba equivocado; pero acababa de convencerse, y ya la duda era imposible. Después de algunos minutos, sin levantar la cabeza ni abrir los ojos, siguió hablando; pero entonces se agitó levemente la cortina de la puerta, y pudo verse á D. Lope, que observaba con atención profunda.

El Rey dijo:

—Diego se llama el hijo de Paredes. ¿Y vive? Y el mismo nombre de su padre tiene el hijo de Cabral. ¡Dios mío! ¡Esto es demasiado horrible! Si una casualidad, si la mano de Dios los ha reunido, conociendo los secretos de esas historias, cuyo solo recuerdo me espanta, y de la que la inocente Margarita es testimonio...¡No quiero creerlo, no! ¡Y, sin embargo, mis extravíos!..

Con gran dificultad respiraba el Rey. Aún quiso buscar consuelo.

—Si los apuntes de Cabral— dijo —estuvieran en poder de su hijo, Lope lo sabría, y no permitiría que de ellos se abusase. En la lealtad de Lope debo tener ciega fe; pero... ¿Y lo que hicieron esos hidalgos? ¿Y lo de haber venido anoche á Madrid uno de ellos, volviéndose inmediatamente á la posada en otro caballo? ¿Y la circunstancia de ser Lope la única persona que sabía que D. Juan de Haro se encontraba en Madrid? En aquella época inolvidable guardó Lope algún secreto, y... Pero fué leal. ¿Debo hablarle con franqueza? ¡No lo sé! En otro tiempo tuvo el interés de su amor; pero ahora la situación es distinta. ¿Qué le importa lo que pueda sufrir el desdichado Alfonso de Paredes? ¿Qué le importa la pobre Margarita ni nada que con ella se relacione? Por su amor pudo hacerlo todo, hasta cometer una traición; pero las circunstancias son bien distintas. Ni siquiera tiene necesidad de proteger á la viuda y al hijo de Cabral, puesto que protegidos muy generosamente están por D. Luis de Vargas; y en cuanto á Diego de Paredes, si es que existe, á nadie puede interesar, puesto que es un miserable, uno de esos desdichados que se han perdido en medio de las borrascas de todos los excesos y de todas las pasiones. Probablemente, las apariencias son engañosas; pero de todas maneras, averiguaré la verdad.

El débil Monarca se pasó las manos por la frente, hizo otro esfuerzo, y saliendo del dormitorio, volvió á sentarse junto á la chimenea. Bien se conocía que sus fuerzas se habían agotado.

—¿Y Lope?—murmuró.—Debió entrar cuando vió que se iba D. Juan de Haro.

Llamó el Monarca. Se presentó un gentilhombre.

—¿Y D. Lope?

—Anda por ahí, señor.

—Llamadle.

Poco después se presentaba el caballero. Su aspecto revelaba la tranquilidad más completa.

—¿Qué hacías?—le preguntó el Rey.

—Vagaba por esos salones, hablando con los que hablarme querían.

—¿Por qué no has entrado al irse don Juan?

—Era grave el asunto que Vuestra Majestad había de tratar con él, y por si quería reflexionar...

—Ahora no, porque estoy muy fatigado. Meditaré esta noche ó mañana, y entonces hablaré contigo de ese negocio. Estoy tranquilo en cuanto es posible, porque me parece que he encontrado una solución muy buena en todos sentidos.

—Mucho me alegro, señor.

—Ahora quiero hablar de cualquier otro asunto, para diestrarme y que descanse mi imaginación. Si no hiciese mucho frío, aunque fuera poco, me pasearía por los jardines.

—Más temprano hubiera sido conveniente;

pero á estas horas el aire es algo húmedo y bastante frío, y puede perjudicar á Vuestra Majestad.

—El frío me espanta, y esto debe de consistir en que ya mi pobre cuerpo apenas conserva algún calor. ¡Ah! ¡En mi ser no hay más que espíritu! ¡Que triste es la vejez!

—¡Señor!...

—En la vejez no hay goces, porqué no hay fuerzas: no hay más que recuerdos, y algunos horribles: y en cuanto á lo porvenir, no hay ninguna esperanza, absolutamente ninguna, porque la vida se acaba y no hay nada realizable. El horizonte de la vejez es negro, muy negro, y si para no mirarlo inclina uno la cabeza, encuéntrase con el fondo tenebroso de la sepultura.

—¡Esas ideas tan desconsoladoras!...

—Mis palabras son un desahogo.

—¡Bien triste por cierto!

—¡Si supieras lo que acabo de hacer! ¡No; no debo decírtelo, porque te desagradaría mucho!

—No puedo adivinar; pero sí tengo la seguridad de que habrá buscado Vuestra Majestad alimento para sus tétricas ideas.

—He recordado sucesos antiguos.

—¿Es decir, se ha mortificado Vuestra Majestad?

—No sé por qué me ocurrió pensar en el desdichado que puso fin á su vida después de haber cometido tantos crímenes; en Cabral.

—¡Oh!...

—¿Y su hijo? Hace mucho tiempo que nada me dices de él. ¿Se parece á su padre?

—En lo valeroso, en lo audaz; pero tiene el noble corazón de su madre, y sus sentimientos son los más elevados.

—Me alegro.

—No cometerá ningún abuso: tiene un alma pura, y cumplirá sus deberes. Mucho ha influído la educación de D. Luis.

—Indudablemente.

—Y como tiene inteligencia nada común, podrá ser un hombre de provecho.

—¿Y en qué se ocupa?—preguntó el Monarca con tono de indiferencia.

—Estudia, se dedica al manejo de las armas, y... Nada más, pues no tengo noticias de que haya determinado todavía dedicarse á una carrera.

—Pues á su edad...

—Tiene veintidós años.

—Es casi un niño; pero debe pensar en su porvenir, pues no ha de pasar la vida bajo el amparo de Vargas.

—Sí, algo ha de hacer; pero yo no he querido meterme en esos asuntos, porque son muy delicados.

—¿Le ves con frecuencia?

—No, señor.

—¿Dónde está?

—En la casa de campo de su madre.

—¿Nunca viene á Madrid?

—Alguna vez, y aquí no se detiene más de un día ó dos.

—¿Conoce bien la triste historia de su padre?

—Sí, señor—dijo Lope, cuya mirada fijábase siempre escudriñadora en Felipe IV.

El Monarca quedó silencioso por algunos minutos. Luego dijo:

—Esto me hace recordar otra cosa que por mucho tiempo me puso en gran cuidado.

—¡No adivino!...

—La carta que me escribió Cabral pocas horas antes de morir tenía algún párrafo en que hablaba de unos apuntes que había hecho sobre los sucesos tristísimos del convento de San Plácido, y decía que aquellos apuntes quedarían en manos de quien supiera hacer uso de ellos.

—Tiene Vuestra Majestad buena memoria.

—Lo que nos interesa no lo olvidamos.

—Supongo que el desdichado Cabral cumplió su propósito de legar aquellos papeles á la persona que le inspirase confianza.

—Tal vez D. Luis...

—Depositario fué de un pliego cerrado para entregarlo al hijo de Cabral cuando éste llegase á ser hombre; pero nadie sabe lo que el pliego contenía.

—Ésos deben de ser los apuntes—dijo vivamente el Rey.

—Es posible; pero lo dudo.

—Tú debías saberlo.

—El hijo de Cabral es muy reservado y á nadie confía sus secretos, ni aun á D. Luis, á quien tanto ama y respeta. Pero, de todas

maneras, esos apuntes ne tienen gran importancia, pues Cabral no podía decir sino lo que saben otras personas, y la historia ha perdido ya todo su valor, porque sor Margarita es una anciana respetable ó poco menos, que no se ocupa más que en cumplir sus deberes religiosos.

—Hay algo más que todos no saben,

—Pues Cabral no pudo penetrar ciertos misterios.

—Lope, tendrás que ocuparte en este asunto.

—¿Y en qué sentido?

—En el averiguar si el hijo de Cabral conoce esa historia.

—Difícil es.

—No es imposible para ti.

—¡Señor!...

—Te sobra ingenio, eres maestro consumado en esta clase de intrigas, y con voluntad firme conseguirás lo que deseo. Si se tratase de lo que cualquiera puede hacer, no te pediría el auxilio de tus cualidades extraordinarias.

—Pero si ese mancebo se encierra en la reserva más absoluta...

—Buscarás un medio para hacerle hablar; y ese medio no sé cuál es, porque si yo lo supiera, no te necesitaría. Mañana irás á la casa de campo que tantos recuerdos encierra, y allí te detendrás el tiempo necesario para conseguir lo que me conviene.

Ante esta orden tan terminante nada podía replicar D. Lope.

—Iré á la casa de campo—dijo,—y haré cuanto me sea posible.

—Otra cosa necesito.

—Si de mí depende...

—Sí.

—Entonces...

—Cuanto es imaginable harás para saber dónde se encuentra un hidalgo que ahora debe de tener veinticinco, veintiséis, ó veintisiete años, y que se llama Diego de Paredes.

—Ese nombre no me es deconocido; pero ahora no recuerdo...

—Quedó sin padre, y su orfandad tuvo circunstancias extraordinarias. Le concedí una pensión que ha cobrado mucho tiempo; pero al fin desapareció, y lo único que he podido saber ha sido que su conducta era muy desarreglada, porque se había entregado á todos los vicios. Hay muchas personas que le conocen, y no te será difícil averiguar su paradero.

—Lo intentaré.

—Cuentas con el auxilio de gente que vale mucho para estos casos, y si algo más necesitas...

—Fortuna, que Vuestra Majestad no puede darme.

—Piensa que nadie más que tú puede sacarme de este apuro.

—Descuide Vuestra Majestad, que haré hasta lo que parezca imposible.

El Monarca se levantó, y se acercó á una ventana desde donde descubría una gran ex- . Contempló los jardines, suspiró y dijo:

— ento no poder pasear!

—Si Vuestra Majestad tiene empeño...

—No, porque el aire es frío, y no me atrevo á salir.

—Espero las órdenes de Vuestra Majestad.

—Debes volver á tu casa para meditar sin que nadie te interrumpa, y así para mañana habrás trazado un plan.

—Nunca me tomo esa molestia.

—Ya sé que de todos los apuros sales con recursos improvisados.

—Hago lo que me permiten las circunstancias.

—Pero todos no pueden hacer lo mismo, y en eso consiste la diferencia que hay entre los demás y tú.

—Nunca he creído que soy un hombre extraordinario.

—Y, sin embargo, lo eres, y por eso hay derecho á exigir de ti lo que para otros es imposible. Recuerda bien tu historia, recuerda las luchas que has tenido, y te convencerás de que lo que ahora te pido es muy poco, casi nada, en comparación con lo que has hecho.

—En aquella época mi juventud...

—¿Acaso eres viejo?

—Tengo ya treinta y cinco años.

—La edad de la plenitud del vigor.

—Pero también del juicio, que nos detiene cuando intentamos alguna locura. El mismo valor tengo que antes; pero mi audacia...

—Es la misma también.

—¡Hay bastante diferencia!

—Mi querido Lope, vuelvo á decirte que necesito saber, no solamente lo que contenía el pliego que Cabral dejó para su hijo, sino lo que el hijo piensa.

—Quizás ese pliego no le haya sido entregado todavía.

—En semejante caso....

—Perdone Vuestra Majestad si le recuerdo que mientras el pliego se encuentre en poder de D. Luis...

—¡Es verdad!

—Ya lo conocéis, señor...

—¡Sí, sí!

—En cuanto al otro hidalgo...

—Necesito á toda costa saber dónde se encuentra.

—Pues como mañana saldré temprano de Madrid...

—Desde ahora te despido, mi querido Lope.

Como ni el uno ni el otro querían decir más, pusieron término á la conversación. De la cámara y de Palacio salió D. Lope.

—¡Vive el Cielo!—exclamó cuando estuvo fuera de la morada real.—¡La situación es difícil

»De lo que anoche sucedió en la posada debe de haber hablado D. Juan, y basta con que haya dicho que uno de los hidalgos se llama Domingo y el otro Diego, basta y sobra eso para que el Rey sospeche. Además, lo de haber venido á Madrid uno de ellos y volver en distinto caballo es también circunstancia de mucho valor.

»D. Juan es astuto como un zorro: así lo dice claramente su semblante, y, por consiguiente, habrá hecho muchas observaciones de interés.

»El Rey desconfía de mí, me tiende un lazo para cogerme en una mentira ó en una contradicción. ¡Oh! ¡No lo conseguirá, ó yo dejaré de ser quien soy! ¡Aún sirvo para algo, y sostendré la lucha! Tengo que cumplir deberes, y no retrocederé ante ningún obstáculo ni peligro. Soy leal, amo al Rey como pudiera amar á mi padre, porque le debo cuanto soy; pero no dejaré que en su encierro muera el noble duque de Híjar, á quien debo también grandes beneficios, beneficios inmensos, ni he de permitir que siga consumiéndose en su prisión el desdichado Paredes. Le salvaré, y mi conciencia quedará tranquila.»

Á su morada volvió el caballero. ¿Cómo saldría del apuro? Demasiado bien conocía los apuntes del padre del Sr. Domingo, y con éste, según ya hemos visto, estaba de acuerdo. ¿Diría que el hidalgo permanecía en la casa de campo y al lado de su madre? La mentira hubiera sido peligrosa. ¿Y en qué sentido hablaría del viaje del enamorado joven? Quizás nunca como en aquella ocasión tuvo D. Lope necesidad de todo su ingenio. Caviló. No trazó planes, porque nunca lo hacía. Consultó con su esposa, á la que conoceremos oportunamente. Cuando llegó la noche llamó á Gil, y le dijo:

—No estará demás que des un paseo por los alrededores de San Martín

—¿Hasta por la mañana?

— No, al menos que algo de particular observes.

—¡Entiendo!

—Y más disimulo que nunca, porque se empieza á sospechar que estoy metido en esta intriga, y porque ese escudero de quien me has hablado...

– ¡No lo olvidaré!

—Ten además presente que D. Juan de Haro es astuto y receloso.

—Á pesar de todo eso, si el caso llega, de D. Juan me burlaré.

—Prepárate para trabajar mucho.

—Preparado estoy siempre y dispuesto á serviros, porque os debo lo que ni con la vida podré pagar.

—Mañana temprano saldré de Madrid.

—¿He de acompañaros?

—Te quedarás para hacer observaciones.

—¡Pues que Dios nos dé acierto!

El criado, que, según vamos viendo, era mozo muy listo, salió de la casa, y á buen paso se encaminó hacia el monasterio de San Martín.

Nada que importancia tuviese había de observar aquella noche; pero en el interior de la casa se desarrolló alguna escena interesante, que daremos á conocer en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO VIII

La conferencia.

Los muebles de respetable antigüedad, de mucho valor; los tapices de colores obscuros, los grandes aposentos donde no había una sola persona, la vejez de los criados y el silencio que éstos guardaban constantemente daban al interior de la morada de D. Juan un aspecto triste y casi lúgubre, ejercían una influencia á que no era posible sustraerse.

¿Que debió sentir la joven al encontrrase en aquellas habitaciones frías, silenciosas, sombrías y desiertas? Sólo esto le faltaba para hacer más dolorosa su melancolía. Apenas llegó y cambió de ropa, instalóse en el aposento que se le había destinado, y allí se entregó á sus ideas desconsoladoras. Los sucesos de la noche anterior, ó más bien, los de aquella mañana, la preocuparon principalmente.

¿Quién era el mancebo de los negros ojos y la ardiente mirada, que le había dirigido palabras tan tiernas y le había prometido protección? Se llamaba Domingo Cabral; pero saber esto solamente era como no saber nada. Parecía un hidalgo en mediana fortuna, y se expresaba como quien ha recibido una educación distinguida y tiene la costumbre de tratar con personas de elevada clase. Habló muy brevemente de la necesidad absoluta en que se veía de hacer un largo viaje, y dió á la joven, como si fuese un talismán, el nombre del poderosísimo caballero D. Lope de Santisteban.

Todo esto, que parecía una explicación, era, por el contrario, motivo para mirar al mancebo como se mira á un personaje misterioso. ¿Y por qué había ofrecido el hermoso y atrevido hidalgo aquella protección? ¿Por qué se interesaba tanto por una mujor que le era desconocida? Y el interés debía de ser verdadero, puesto que había tenido valor para arrostrar los peligros consiguientes al abuso que cometió con el auxilio de su compañero de viaje. La explicación, y por cierto bien clara, pudo encontrarla Margarita en los ojos del hidalgo, porque en éstos brillaba el fuego de su pasión. Empero lo que encontró en aquellos ojos fué algo que la impresionó vivamente, y que produjo en ella turbación profunda.

Desde aquel momento se sintió Margarita muy agitada. ¿Por qué? No lo sabía. Era demasiado inocente. ¿Cómo había de creer que en su pecho acababa de encenderse la hoguera de un amor inextinguible? ¡Qué hermoso le pareció el mancebo! ¡Cuánta nobleza y grandeza encontró en su continente! ¡Y qué dulce y persuasivo era su acento! Contra su voluntad, expresaron los ojos de Margarita lo que estaba sintiendo. Contra su voluntad, se entreabrieron sus labios para sonreir, y su sonrisa fué una revelación del secreto de su amor sublime. Si hasta entonces no se había explicado lo que sentía, lo comprendería muy pronto, y quizás entonces se sentiría poseída de terror. Por de pronto tenía un protector. No era esto poco en su situación. El Sr. Domingo no tuvo tiempo para hacer á la joven cierta clase de advertencias; pero ella, con ese delicado instinto de la mujer, comprendió que debía disimular, ser muy prudente, y no pronunciar el nombre de Santisteban sino en el último apuro. ¿Cuándo volvería á ver al mancebo? Por pronto que esto sucediese, sería muy tarde, y entretanto sólo Dios sabía los abusos que podía cometer D. Juan.

Muy preocupada, se puso á comer. Ni una sola palabra pronunció, como no fuese para rezar al concluir la comida, según costumbre de aquel tiempo; volvió á su aposento. Nada tenía que hacer más que meditar. Ni por un instante se apartaba de su memoria la imagen del hidalgo á quien había conocido de tan extraña manera. Esto era natural: estaba enamorada. Salió D. Juan. Margarita calculó que el anciano debía ir á ver al Rey. Esperó con ansiedad. Cuando el señor de Haro volvió, encontróse por casualidad, según parecía, con la joven en uno de los aposentos que tuvo que atravesar. Las mujeres, por inocentes que sean, saben provocar estas casualidades. Ansiosamente miró la joven al caballero; pero el semblante de éste no había sufrido alteración. Llegó la noche y la hora de cenar. Cuando terminaron cena y rezo, Margarita dijo á D. Juan:

—Tengo necesidad de hablaros.

—Os escucharé cuando bien os parezca—respondió el caballero.

—Si no habéis de acostaros inmediatamente...

—No.

—Pues reposad la cena, y más tarde...

—Iré á vuestro aposento.

—¡Gracias, D. Juan!



¡Entrad, caballero!

—Mi deber es escucharos.

Pocos minutos después era tan absoluto el silencio que reinaba, que se hubiera creído que ya dormían todos los habitantes de aquella casa. Cerca de una hora transcurrió. Levantóse la cortina de la puerta del aposento de la joven, y apareció la severa y sombría figura de D. Juan de Haro.

—¿Es ya hora?—preguntó.

—¡Entrad, caballero!

Así lo hizo éste, sentándose frente á la joven, y de espaldas á la luz, como si quisiera evitar que se viesen las alteraciones de su semblante. Mucho sufría Margarita; pero también borrasca espantosa agitaba el espíritu de D. Juan. El que sufre no tiene compasión para nadie, y si á esto se añade que el señor de Haro era egoísta, se comprenderá la imposibilidad de conmoverel. Además, era ruin, como veremos, y tenía la ventaja de su fuerza de voluntad, de su refinada astucia y de su costumbre de fingir, lo cual hacía muy hábilmente. Tal como era no se había presentado nunca al mundo, y consiguió engañar á cuantos le trataron. Á merced de semejante hombre se encontraba la infeliz Margarita, cuya situación era más crítica de loque puede imaginarse. Por algunos minutos permanecieron silenciosos. Era muy difícil principiar la conversac.ón. D. Juan de Haro esperaba, puesto que había ido para escuchar y responder, y á la infeliz joven le tocaba hablar. Grandes esfuerzos hizo ella para conservar alguna calma; pero no le fué posible ocultar completamente su violenta agitación. Y aquella noche parecía más bella que nunca. Con su mate palidez, sus ojeras, la melancolía de su mirada, los destellos de su intenso amor, que se escapaban de sus magníficos ojos, y con la leve y muy amarga sonrisa que vagaba en sus labios, estaba irresistible.

No es posible concebir nada tan sublime ni tan ideal como aquella criatura. No era sangre, sino fuego lo que circulaba por las venas de D. Juan. Los amores verdaderos son el primero y el último; el de la juventud, con su corazón virgen y su alma pura, y el de la vejez, con toda la ternura de la debilidad. El último amor es como el último destello de una

luz, el más vivo, si bien el de menos duración. Después la luz se extingue; es decir, después viene la muerte. Por fin Margarita rompió el silencio y dijo:

—Me parece que, ya que todo se me niega, tengo derecho siquiera á conocer mi situación.

—Y á mí me parece—le respondió don Juan—que la conocéis demasiado bien.

—No.

—Si es que alguna explicación necesitáis, decidlo, y satisfaré vuestro deseo hasta donde me sea posible, ó lo que es igual, hasta lo que me esté permitido.

—Si á mal no lo lleváis, recordaré algunos antecedentes.

—Podéis hacerlo, aunque es innecesario, porque tengo buena memoria; pero mi deber es escuchar vuestras palabras con el respeto que merecéis y con el interés que me inspiran vuestras desgracias.

Una sonrisa irónica desplegó Margarita.

—¿Lo dudáis?—le preguntó don Juan.

—Dudando ó creyendo, el resultado ha de ser igual para mí.

—¡Sin embargo!..

—Es posible que mi suerte os interese mucho; pero también es verdad que me mortificáis, que...

—¡Acabad!—dijo el señor de Haro al ver que la joven se interrumpía.

—¡No es menester!

—Ibais á decir que soy vuestro verdugo ó poco menos. ¿Por qué no hemos de hablar con franqueza? Nos conviene hacerlo así, y os prometo ser franco, pues, ya que habéis provocado estas explicaciones, nos conviene saber á qué atenernos.

—Sí.

—Quizás esta noche va á decidirse nuestra suerte

—¡Dios lo quiera, porque la incertidumbre y la inseguridad en todo me hacen sufrir mucho!

—Vue o á escucharos, doña Margarita; y puesto ue antecedentes queréis recordar, hacedlo como mejor os parezca, aunque la brevedad sería conveniente, así como son casi inútiles muchos comentarios.

—Ya sabéis cómo me crié.

—Lo he visto, y no lo he olvidado.

—Creo que me conocéis desde que nací.

—Sí.

—Una virtuosa mujer, vuestra hermana, que en el Cielo está, me educó con tanto esmero como cariño, y reconozco que hizo cuanto es imaginable para endulzar mis desdichas y sustituir á mi madre.

—¡Justicia hacéis al noble corazón de mi hermana!

—Le soy deudora de la ternura que en mi alma puede haber, porque ella la despertó; le soy deudora de mis sentimientos más delicados: á amar me enseñó, y así me hizo un beneficio inmenso. ¡Dios le habrá dado goces infinitos!

—Vuestras palabras me complacen.

—En los primeros años de mi vida no pude darme cuenta de mi situación.

—Erais una niña.

—Pero al fin llegué á comprender que aquella situación no era como la de todas las criaturas. ¿Y mis padres? Debían de haber muerto; pero ¿quiénes habían sido? Al hacer estas preguntas á la noble mujer que de madre me servía, escuché contestaciones vagas; y como insistí pidiendo explicaciones y mis razonamientos acabaron por poner en muy grande apuro á vuestra hermana, tuvo que decirme que mi existencia era un misterio que me estaba vedado penetrar, y que me olvidara de mis padres si quería ser dichosa.

—Eso debió de excitar vuestro deseo de saber

—Sí.

—Averiguasteis con mayor empeño que nunca, y al fin...

—Una casualidad me dió á conocer parte del secreto, y supe que mi padre era el Rey.

—¡Oh!—murmuró sordamente D. Juan.

—¡Yo hija del Rey!—exclamó la joven, cuyos magníficos ojos brillaron más intensamente.

—¿Quién os reveló ese secreto, quién?

—¡Eso no lo sabréis jamás!

—¡Doña Margarita!...

—¡Jamás; entendedlo bien, porque antes consentiría morir!

—¿Y no teméis que os hayan engañado?

—Tengo las pruebas, ya lo sabéis, y vos mismo no habéis podido negarlo.

—Pues bien; es verdad, Felipe IV es vues-

tro padre: vuestra mayor desgracia consiste en conocer ese secreto.

—¡Os equivocáis!

—¡El tiempo os desengañará!

—Ahora...

—Perdonad, porque es inútil que os molestéis—interrumpió el señor de Haro.—Vais á preguntarme quién es vuestra madre, y si vive...

—Porque tengo derecho á saberlo.

Por algunos momentos guardó silencio don Juan. Margarita le miró ansiosamente, porque entrevió un rayo de esperanza de que el secreto se le revelase. Por fin dijo el caballer

--Ignoro quién es vuestra madre, y, por consiguiente, no sé si vive.

—¡Que lo ignoráis!...

—Sí, porque vuestro padre no ha querido dar á conocer á nadie ese secreto, y, como es el Rey, nadie puede obligarle.

—¡Vos lo sabéis, D. Juan!

—Repito que no.

—¡Jurad que no me engañáis!

—Basta mi palabra, doña Margarita—replicó gravemente el señor de Haro.

—¡Caballero!...

—Á quien tiene mi apellido no se le piden juramentos.

—¡Dios mío!—exclamó desesperadamente la joven, elevando al cielo una mirada desgarradora.

—Murió mi noble hermana, y Su Majestad tuvo por conveniente decidir que yo representara el papel de vuestro padre, así como ella había representado el de madre.

—Cuatro años han transcurrido.

—Y he procurado cumplir mi deber. Vuestra educación se ha completado, y falta únicamente adoptar una resolución en cuanto á vuestro porvenir. Os he tratado con respeto, con cariño y con una ternura que no habéis sabido apreciar. Mi pensamiento único, mi afán constante ha sido vuestro bienestar, y para realizarlo nada he omitido. En esta situación recibo nuevas instrucciones, y dispongo nuestro viaje...

—Olvidáis algo—interrumpió Margarita.

Se estremeció, y cambió de expresión su semblante.

—¡Nada olvido!—murmuró D. Juan, que también tembló.

—Sí, pues no hacéis mención de vuestras amenazas para el caso en que yo no acceda á vuestros deseos.

—¡Oh! Contra vuestra conveniencia, os empeñáis en hablar de lo que conviene que olvidemos; pero os complaceré, y ahora escuchadme.

Se hizo más densa la palidez de la joven. Los pequeños ojos de D. Juan brillaron como carbunclos; se contrajeron y abrieron sus labios, y su respiración fué más violenta.

—De vuestra desdicha os quejáis—dijo,—y no comprendéis mis sufrimientos. Puesto que con franqueza hemos de hablar, lo diré...

—¡No, no!

—Sí, doña Margarita; diré lo que ya sabéis, o que otras veces os he dicho. La mano de Satanás ha encendido en mi pecho una pasión que me devora, y sufro lo que no ha sufrido ninguna criatura. Para realizar mi anhelo no habría sacrificio que duro me pareciese, y vida daría por una hora, por un solo instante de la felicidad que me negáis tan cruelmente. La fatalidad lo ha querido, y en vano lucharéis contra la fatalidad. No es mía la culpa si los extravíos de Felipe IV y la debilidad de una mujer os trajeron á este mundo, y de ellos es la responsabilidad. Debéis la existencia á la seducción, al engaño, al vértigo de las pasiones...

—¡Callad, callad!..

—Me escucharéis, porque habéis provocado estas explicaciones.

—¡Hablad, sí, que valor me sobra para escucharos; pero vos también habréis de oir!

—Sí; diréis que me odiais, que os inspiro repugnancia. Todo eso lo sé, y precisamente todo eso enciende más y más mi pasión.

—¡Ah!

—Vuestra suerte está decidida, porque vuestro padre ha pronunciado la última palabra. Iréis á un convento, donde se marchitará vuestra belleza, donde se consumirá lentamente vuestra vida, y para vos no habrá más mundo que el estrecho recinto de una celda.

—¿Y quién tiene derecho para sacrificarme así?

—Vuestro padr

—¡El padre que me abandona, que me niega sus caricias!

—¡El Rey!

—¡Pero á pesar de su corona!..

—Su voluntad es suprema, su autoridad no tiene límites, su poder no reconoce obstáculos. Cuando manda, es preciso obedecer, y al que resiste, se le somete con la fuerza, porque toda la fuerza está en su mano.

—¡Ese horrendo abuso!..

—Abuso puede ser, y también un crimen; pero es así. Cuando un asesino penetra en nuestra casa y nos sorprende durmiendo, también abusa; pero el resultado positivo es que sucumbimos bajo su puñal. No habléis de justicia; hablad de poder, de fuerza; y si es que tenéis más fuerza que el Rey, ó tanta siquiera, resistid, entablad la lucha, y quizás el triunfo será vuestro.—Tristemente inclinó la cabeza Margarita. Exhaló un penoso suspiro, y el llanto humedeció sus ojos.

Ésa es vuestra única defensa, vuestra fuerza única: las lágrimas—añadió D. Juan;—pero vuestras lágrimas las mira con indiferencia el mundo, y aun cuando encontraseis un protector, ¿qué conseguiríais, si vuestro adversario es el Rey? Ya os lo he dicho: no es la justicia, no es la razón, es el hecho lo que os importa, ¿Tenéis fuerzas para luchar con el Rey?

—Pero como el Rey es mi padre...

—Que ni una sola vez os ha visto, y que si de vos se preocupa es para daros un pedazo de pan, como puede hacerse con cualquiera infeliz.

—¡No, eso no!—replicó vivamente la joven.

—El tiempo os lo dirá.

—Mi padre...

—Ha determinado, y es preciso obedecer. No os queda más que un recurso; y como á ese recurso no queréis acudir, iréis á un convento. Tiempo es aún. He hecho cuanto me ha sido posible, buscando mil excusas para ganar tiempo; pero no hay plazo que no se cumpla, y el día ha llegado.

—¡Abusáis de mi triste situación!...

—No es eso, sino que me busco la dicha, como vos la buscáis; deseo lo que me conviene, como lo desea todo el mumdo; y si la felidad que anhelo ha de costarme un sacrificio, lo hago, porque en este mundo nada se consigue sin que algo cueste. ¡Decidíos, aceptad mi amor, fingid siquiera que me amáis, sed mi esposa!...

—¡Jamás!—interrumpió Margarita con febril exaltación.—Yo puedo amaros como á un amigo, como á un padre...

—¡No quiero vuestra ternura filial!

—Pues antes que violentar mi corazón...

—¿Preferís la celda?

—¡Lo prefiero todo!

—Doña Margarita! si os dejáis arrebatar ó si abrigáis esperanzas...

—¡Sí, las abrigo!

—¡Deliráis!

—¡Con mi delirio moriré!

—Cuando llegue el día del arrepentimiento..

—¡No llegará!

—¡Pobre niña! Si el muudo conocieseis...

—No necesito conocerlo para resignarme y morir. Bastantes miserias he visto al ver vuestra ruindad; pero no sólo abusáis de mi situación, sino que sois desleal para con el Rey.

—¿Y en qué consiste mi deslealtad?

—Si mi padre ha determinado que yo pase la vida en nn convento...

—Tengo un medio para obligarle á que vuestra mano me conceda.

—Es decir, que podéis hacerle cambiar de resolución.

—Sí.

—Entonces, si de vos depende mi dicha...

—Siempre estáis fuera del mundo, de la realidad; siempre en el mundo de las ilusiones. ¿Queréis que yo trabaje, arrostrando quizás grandes peligros, para que vuestro padre cambie de resolución y veros en brazos de otro? ¡Loca debéis de estar, doña Margarita! Más ó menos tarde habéis de encontrar un hombre que os ame. ¿Y yo he de ser quien os entregue á mi rival? ¡Vive el Cielo, que pedir semejante cosa es el mayor de los delirios! La sola idea de que puede ser para otro vuestro corazón, para otro vuestras caricias, me destroza el alma, enciende mi desesperación, la ira más rabiosa, y!...

Se interrumpió D. Juan, porque ahogado se sentía. Corrientes de fuego se escapaban de sus ojos. Los labios le abrasaba su aliento

Apenas podía respirar. Su rostro hallábase violentamente contraído y desfigurado.

—¿Es decir—añadió después de algunos momentos,—que queréis que yo os entregue un puñal para clavármelo en el corazón? Si para mí no habéis de ser, tampoco para nadie, porque tanto os amo, tanto, que antes que en brazos de otro, prefiero veros sin vida! ¡Horrible será vuestra existencia entre los sombríos muros de un convento; pero no menos horrible será la mía, devorado por el fuego de mi pasión, siempre anhelando y sin esperanzas siempre!

—Pues bien; los dos sufriremos, y los dos moriremos desesperados.

—Si vuestra resolución es firme...

—¡Irrevocable!

—¡Pues hemos concluído!

—Aún no.

—¿Qué más queréis?

—Ver á mi padre para despedirme de él.

—¡Imposible!

—¿Por qué?

—Vuestro padre no puede venir, ni podéis ir á Palacio; y, sobre todo, como está enfermo y la entrevista había de ser muy dolorosa...

—¡Quiero que me abrace una sola vez en mi vida!

—Le falta el valor, y quiere evitar el disgusto de responder con negativas á vuestras súplicas.

—¿Le habéis visto?

—He cumplido ese deber.

—¿Y qué os ha dicho?

—Pocas palabras—respondió el caballero, —porque los reyes hablan muy poco.

—Os habrá preguntado...

—Si teníais salud, y nada más. Luego ha mandado que os preparéis para ir á un convento, y me ha despedido sin escuchar mi respuesta. El Rey sabe que su voluntad ha de cumplirse, y no se toma la molestia de escuchar observaciones inútiles, sin contar con que las observaciones ofenden su dignidad.

—Pero un rey...

—No es un hombre como todos.

—¿No es mi padre?

—¡Otra vez los dejáis llevar por vuestros delirios!

—Mañana iréis á Palacio.

—No.

—Sí, porque es preciso que el Rey conozca mi deseo: si se niega á verme, tendré paciencia; pero quiero devorar esta última amargura.

—Si me lo permite Su Majestad, cuando se digne recibirme le daré cuenta de vuestra petición; pero nada esperéis, pues es posible, y aun probable, que sin verme dé las órdenes para que vayáis al convento.

—Le escribiré.

—¡Líbreme Dios de permitir que la carta vaya á sus manos!

—Esa prohibición...

—Os parece un abuso, pero no lo es; y sobre todo, así favorezco mi conveniencia, lo cual no debe sorprenderos, puesto que vos procuráis hacer lo mismo.

—¿Es decir, que estoy?...

—Como el que está preso é incomunicado, y así cumplo las órdenes de Su Majestad.

—Tanta tiranía...

—Es una injusticia; pero así es. No queréis convenceros de lo que es verdad, por más que sea muy horrible. Si vuestro padre fuese un caballero cualquiera, la situación variaría; pero es el Rey, entendedlo bien, y los reyes, ya por la educación que han recibido, ya por la influencia incontrastable de la costumbre, y también por los deberes que les impone su elevada posición, no sienten ni piensan como los demás, ni pueden hacer lo mismo, pues encuentran mil estorbos insuperables. Á la voluntad del Rey se somete todo; pero como en este mundo no hay nada sin compensación, el Rey es á su vez esclavo de su corona. No sé si me explico con bastante claridad, y...

—He comprendido.

—Por desagradables que sean las cosas, tenemos que aceptarlas cuando el remedio no está en nuestra mano.

—Y vuestra crueldad...

—Mi pasión, debéis decir.

—¡No tenéis corazón!

—¿Cómo queréis que vuestros sufrimientos me conmuevan, si los míos son igualmente espantosos, ó tal vez más? El dolor es egoísta. Si amaseis como yo amo, comprenderíais esto.

La joven quedó silenciosa y meditó. ¿Debía pronunciar el nombre del señor de Santiste-

ban? No se atrevió. Las explicaciones que había provocado no le dieron ninguna luz, ni la más leve esperanza. Ante todo quería saber quién era su madre; pero se convenció de que no le revelarían este secreto. La alternativa en que D. Juan la colocaba no podía ser más horrible. Lo mismo la espantaba el convento, que repugnaba la pasión de aquel hombre. Y lo segundo debía de horrorizarla doblemente, después que su corazón se había interesado por el hermoso y atrevido mancebo. ¿Para qué le servía la protección de éste? Por de pronto, para nada. ¿Y qué podía hacer por ella D. Lope? Tal vez mucho; pero la joven necesitaba verle, confiarle sus penas y ponerse de acuerdo con él; cosa irrealizable, puesto que de ella no se separaba el señor de Haro y á todas horas la vigilaban los sirvientes. Convencióse al fin de que no era cuestión de fuerza ni de energía su salvación, sino de astucia, de ingenio, de habilidad, de disimulo.

—¿Y si resisto, y grito y produzco un escándalo?—preguntó después de algunos minutos.

—¡Peor para vos!

—Diré que el Rey es mi padre...

—Y todo el mundo creerá que os habéis vuelto loca.

—¡Oh!...

—No lo dudéis; y para convenceros, haced la prueba, que no he de ser yo quien os estorbe hablar. Repito que no conocéis el mundo... Lo siento, porque si lo conocieseis, corresponderíais á mi amor y seríais mi esposa.

—¡No, y mil veces no!

—¡Pues el convento!

—Por última vez...

—¡No veréis á vuestro padre!

—¿Y cuando me llevaréis al convento?

—Cuando lo disponga Su Majestad.

— ¿Y entretanto he de vivir como vivo? Tenéis criadas que os sirvan; pero yo, á pesar de que sangre real hay en mis venas, tendré que rebajarme...

—¡Eso no!

—Mis criadas...

—Las despedí, porque no me convenía que á la corte viniesen; pero muy pronto tendréis otras, pues no olvidé lo que se debe á vuestro decoro.

—¡Está bien

—Si nada más tenéis que preguntarme...

—¡Nada, caballero!

—Pues yo tampoco tengo nada que decir.

—¿Cuándo veréis á mi padre?

—No lo sé.

Muy fatigados estaban, y querían poner fin á la desagradable conversación. D. Juan de Haro se despidió cortésmente y salió del aposento. La joven se dejó caer de rodillas, y elevó al cielo una mirada de súplica desgarradora. El llanto corrió en abundancia por sus mejillas. Cuando pudo dominarse volvió á reflexionar. No encontraba medios para luchar, para defenderse, para librarse de la desdicha que la amenazaba, y que pronto debía caer sobre ella. Estaba sóla en el mundo, enteramente sóla. ¿Quién la protegería? El Sr. Domingo se encontraba lejos y debía tardar mucho en volver. D. Lope de Santisteban era un potentado; pero no había de descender al terreno de ciertas intrigas, según opinaba la joven, y mucho menos haría nada que pudiese provocar la cólera del Monarca.

¡Un convento á la infeliz que había nacido para el mundo! ¡La austeridad del claustro para la mujer que amaba con delirio! ¡Era horrible! ¡Pobre criatura! ¿Cómo había de ofrecer á Dios un corazón que ya no era suyo? ¿Cómo había de renunciar á lo único que podía constituir su dicha? No se le ocultaban las grandes dificultades que tendría que vencer para que una carta suya llegase á manos del Rey. Pensó al fin que quizás le convenía ponerse en comunicación con D. Lope de Santisteban. ¿Y cómo? Necesitaba auxiliares, y no los tenía; y aun teniéndolos, eran muchos los obstáculos.

De todas maneras, algo había de hacer, porque no podía resignarse. Margarita era inocente; pero estaba dotada de un espíritu enérgico: era una de esas criaturas que nacen para luchar hasta vencer ó morir. Ella no se conocía, no sabía que sus fuerzas eran muchas. Le faltaba únicamente el conocimiento del mundo. Pasó casi toda la noche meditando y trazando planes de realización imposible. Tan fatigado su cuerpo como su espíritu, entregóse al sueño cuando ya sonreía la aurora. Mucha falta le hacía el reposo para recuperar las fuerzas. D. Juan de Haro tampoco había podido dormir

hasta el amanecer. Y cuando ambos estaban entregados al sueño, D. Lope salía de su casa con dos criados, y á caballo tomaba hacia la calle de Segovia, y luego hacia el Manzanares. Debemos seguirle para averiguar qué es lo que decidió en el apuro en que se encontraba.

CAPÍTULO IX

La madre del Sr. Domingo.

Nos adelantaremos á D. Lope, cuyo viaje debía prolongarse tres ó cuatro horas, y llegaremos á un lugar delicioso, casi un paraíso, donde se levantaba un gran edificio, un verdadero palacio entre jardines, parques, bosques, praderas y cuanto imaginar se puede y es agradable á la vista. Allí habitaba con su esposa el muy noble D. Luis de Vargas, á quien presentaremos oportunamente, y que vivía muy retraído desde que alcanzó la felicidad á costa de tantos sufrimientos y luchas tan gigantescas que apenas se conciben. Era padre de la virtuosísima esposa de D. Lope, y, por consiguiente éste entraba en aquella casa como, en la suya.

También habitaba allí la madre del Sr. Domingo, y allí había nacido y se había criado éste al amparo y bajo la protección del señor Vargas. Cuarenta años tenía la madre del hidalgo: era hermosa, con esa hermosura verdaderamente poderosa que impresiona vivamente y que tiene un atractivo irresistible en lo que se llama la segunda juventud de la mujer. Catorce años hacia que había enviudado.

Pudo casarse otra vez; pero no lo hizo, porque se dedicó exclusivamente al cuidado de su tierno hijo, y porque las circunstancias de su viudez fueron verdaderamente horribles, así como habían sido muy extrañas las de su primero y único amor, y más extrañas las de su casamiento. Juana, que tal era su nombre, había nacido en muy humilde cuna, bajo el techo de una pobre choza, y hasta los diez y ocho años no fué más que una infeliz campesina. No había, pues, recibido más educación que cristiana que le dió su padre; pero su inteligencia era muy clara, y supo colocarse á la altura de su nueva situación cuando fué esposa del aventurero hidalgo Domingo Cabral. Mucho había sufrido; pero Dios quiso consolarla con la satisfacción de ver que su hijo tenía un corazón noble y una inteligencia nada común.

Excepto D. Luis, su esposa, su hija, D. Lope y algunas otras personas, nadie podía comprender ni apreciar debidamente los sufrimientos y la situación excepcional de aquella mujer, así como no era fácil apreciar la del hijo. En fuerza de tratar con personas tan distinguidas como D. Luis y su esposa, Juana llegó á ser una mujer que podía presentarse en el mundo y alternar con las mejor educadas sin representar un mal papel. El mayor sacrificio de su vida fué el de separarse de su adorado hijo; pero tenía éste que cumplir deberes sagrados, los unos impuestos por su padre, cuya memoria respetaba profundamente, y los otros por su corazón.

Nos parece que esto basta para conocer á la viuda mientras llega el momento de ocuparnos de su historia, y, por consiguiente, nos reuniremos otra vez con D. Lope. Apenas se acercó á la casa, acudieron presurosamente cuantos había por allí, saludándole con el respeto más profundo. Con sonrisas y dulces palabras respondió D. Lope, y preguntó por los padres de su esposa.

—Se fueron al amanecer—respondió uno de los criados, muy viejo, y al que los demás guardaban muchas consideraciones; — y lo peor del caso es que no volverán hasta mañana.

—¿Han ido á Madrid? Porque he debido encontrarlos...

—Fueron á la aldea, donde han de ser padrinos de una boda. Hoy se casa Rosa; ya sabéis...

—¡Sí!

—Y los señores han querido darle una prueba de cariño.

—Comprendo.

—Á doña Juana podéis ver.

—Pues avisadle mi llegada.

—¿Y para qué? En su habitación la tenéis.

—Pues acompañadme, buen Pablo, pues no estará demás que os enteréis de lo que he de decir.

—¿Hay novedades?— paeguntó el anciano sirviente.

—Y de importancia.

—¡En cuidado me ponéis!

—Espero que Dios nos ayudará, porque la situación no es desesperada.

—¡Oh! ¡Y soy viejo, y apenas puedo tenerme en pie!..

—Cuento con Gil.

—¡Mucho vale!

—Y es muy leal.

—¿Habéis recibido noticias del Sr. Domingo?

—Las tuve anteanoche, porque retrocedió desde una posada para darme cuenta de lo que sucedía.

—Si así principiamos...

—Concluiremos bien. En peores negocios nos hemos metido, y triunfamos con la ayuda de Dios.

Así hablaban mientras subieron y atravesaron algunas habitaciones, entrando en una donde se encontraba la madre del hidalgo.

—¡D. Lope!—exclamó ésta sorprendida; y se arrugó su entrecejo, si bien levemente.

—¿No me esperabais?

—Y aunque os parezca extraño, os diré que me desagrada vuestra visita—repuso la viuda, mientras su mirada intensa se fijaba en el caballero.

—¿Acaso teméis alguna desgracia?

—Todas.

—La vida no puede pasar en tranquilidad absoluta. Por lo demás, las desgracias son más ó menos graves según el punto de vista desde el cual se miren y la importancia que les demos.

—¿Y mi hijo?—preguntó con ansiedad doña Juana.

—Hace pocas horas gozaba de perfecta salud, y lo mismo debe de suceder en este momento. Tranquilizaos, pues, que su vida no está en peligro, ni es probable que lo esté, puesto que la situación no ha cambiado sino en cierto sentido; en un sentido que realmente no es una desgracia.

—Explicaos con claridad.

—Es que antes me importa mucho haceros comprender que no hay más que un cambio de situación que me pone en apuros á mí, solamente á mí, y á nadie más; y he venido para daros cuenta de lo que sucede y para que quedemos de acuerdo, evitando así contradicciones que me comprometerían.

—Si la desgracia es para vos, yo...

—Repito que no es desgracia, sino solamente un apuro.

—Sepamos, porque no me tranquilizaré mientras no me hayáis dicho lo que pasa.

—Partieron anteayer por la tarde vuestro hijo y el del infeliz Paredes.

—¡Que Dios los proteja!

—Los protegerá, porque defienden la causa de la justicia, porque cumplen un deber sagrado.

—¡Hijo de mi alma!— exclamó la viuda, mientras dos lágrimas brotaron de sus magníficos ojos.

—Se detuvieron en una posada del camino para pasar la noche, y allí encontraron dos viajeros, un hombre y una mujer, que picaron su curiosidad; resultando que, á pesar de lo mucho que se guardaron, vuestro hijo consiguió ver á la mujer, que es joven y bella, y al caballero que la acompañaba, que es viejo. Pudo hacer cierta clase de observaciones: comprendió que allí había un misterio, una intriga quizás horrible; se impresionó vivamente, y á media noche volvió á Madrid para decirme lo que sucedía. No fué menester que me diese muchas explicaciones para que yo adivinara que el caballero era D. Juan de Haro, y entonces di á vuestro hijo las instrucciones convenientes.

—No comprendo.

—Primeramente debo advertiros una cosa que tiene muchísima importancia, aunque parezca lo contrario: vuestro hijo se ha enamorado de esa mujer.

—¡Ah!...

—El amor decide casi siempre la suerte de las criaturas.

—¡No os equivocáis!

—Esa joven no es hija de D. Juan de Haro, ni su pariente, y es muy desgraciada, y su situación es la más horrible. Todo esto ha de interesar más y más el corazón del Sr. Domingo; y como encontrará grandes obstáculos, se encenderá más su deseo y entablará la lucha...

—¡Dios mío!...

—Y ha de encontrarse en situaciones difíciles. Aquí estoy yo para protegerle, para defenderle, para hacer cuanto me sea posible en su favor, empleando mi influencia, mi dinero, mi conocimiento del mundo y todo en fin.

—Ya lo sé; pero...

—Apreciaréis la situación cuando sepáis lo que vuestro hijo ignora, pues no me ha parecido conveniente revelarle ahora el secreto, dándole la clave de lo que no puede adivinar, de lo que parece un misterio impenetrable.

—¡Yo quiero saberlo todo!

—Conocéis lo que pudiéramos llamar el testamento de vuestro desgraciado esposo.

—Sí.

—Sabéis que la infeliz que llora y consume su existencia en el convento de San Plácido tuvo una hija.

—¡D. Lope!...

—Esa hija es la que ha encendido el corazón de vuestro hijo.

—¡Dios misericordioso!

—Destinada está á consumir también su existencia en un claustro, en el mismo bajo cuyas bóvedas sombrías llora su madre, en el mismo que profanó Felipe IV en los desdichados días del delirio de su pasió .

—¡Eso es horrible!

—Y la pobre niña no sabrá que es su madre la religiosa bajo cuya autoridad la ponen.

La viuda se sintió aturdida. Se acercó más á D. Lope, mirándole con asombro. El anciano Pablo, que estaba silencioso en un rincón del aposento, arrugaba el entrecejo y apretaba los puños.

—¡Continuad! — dijo con voz agitada la viuda.

—La situación se ha complicado, porque D. Juan de Haro ama también á su pupila, y amenazándola con el convento quiere obligarla á que sea su esposa.

—¡Pobre hijo mío!

— Nada de esto comprende ni sospecha; habrá de saberlo algún día. Tan bien pero como nosotros conoce la tristísima historia de la que es sor Margarita. Sabe que existió ó debe de existir una hija del Rey; pero no ha podido sospechar que esa hija es la que ha interesado su corazón, porque ignora que se encomendó su educación á una hermana de don Juan de Haro, y después á éste,

—¡Enamorado de la hija del Rey!...

—Sí.

—¡Ah!...

—El hijo del Sr. Domingo Cabral, del mayor enemigo de Felipe IV...

—¡No se me oculta la gravedad de la situación!

—De tal modo han combinado las circunstancias, que he concluído por encontrarme en un apuro. Prometí á vuestro hijo no perder de vista á D. Juan de Haro, y he cumplido mi promesa. Ayer le dije al Rey que por casualidad sabía que D. Juan había llegado á Madrid.

—¿Y por qué hicisteis eso?

—¡Yo me entiendo, señora!

—Podía suceder...

—Lo que ha sucedido: que luego D. Juan ha dado parte al Rey de lo que hicieron los dos hidalgos desconocidos en la posada, diciéndole que el uno se llamaba Domingo y el otro Diego, y que el primero fué á Madrid á media noche y volvió á la posada en distinto caballo. El Rey sospecha, me mira con desconfianza, me pregunta por vuestro hijo, y me manda averiguar qué ha sido de Diego de Paredes.

—¿Y vos?...

—Más aún: quiere el Rey saber lo que vuestro esposo dejó consignado en el pliego que entregó á D. Luis, y para averiguar eso he venido.

—Viéndolo estáis: las consecuencias de lo que vos le habéis dicho el Monarca...

—Son naturales; pero nos conviene que se vaya fijando la situación.

La viuda lanzó una mirada de extrañeza en D. Lope, diciendo luego:

—¿Y qué haréis?

—Volveré á Madrid.

—Y cuando el Rey os pregunte...

—Le diré que tenga paciencia, porque vuestro hijo, para completar su educación, y también porque se aburría, ha emprendido un largo viaje con ánimo de recorrer una parte de Francia, Flandes y los Países Bajos, y que, por consiguiente, hemos de esperar á que vuelva.

—Pero la circunstancia de ir en compañía de otro hidalgo que se llama Diego...

—Bien puede haberse encontrado con él en el camino; y, sobre todo, ni de eso ni de otras cosas soy yo responsable. Por lo demás, lo que menos ha de sospechar el Rey es que ni vuestro hijo ni nadie se ocupa en sacar de su calabozo al infeliz Paredes.



La viuda elevó al cielo una mirada.

—¿Decíais que ningún peligro nos amenazaba?

—Pueden presentarse.

—Ya se han presentado.

—¡Nos defenderemos, lucharemos!

—¡Y mi pobre hijo, con ese amor!...

—Que es una desgracia.

—¡Con sus aspiraciones irrealizables!...

Sufrirá lo que yo sufrí, hará lo que yo hice.

—Pero el resultado...

—¡Dios lo sabe!

La viuda elevó al cielo una mirada de súplica dolorosa. Otra vez corrió el llanto por sus mejillas.

—Si os falta el valor...—insinuó D. Lope.

—¡Ya sabéis que me sobra!

—Pues esperemos, porque ahora poco da puede hacerse.

—Esa niña infeliz...

—Quiero evitar que al convento la lleven.

—Vuestra influencia nos serviría de mucho si no se llamase Cabral el desdichado que ama á la hija del Rey.

—El hijo del que intentó asesinar al Monarca, del que fué el alma de aquella conspiración tan absurda como terrible, y que costó la vida á Padilla y al marqués de la Sagra...

—Sí; el Rey debe de mirar con horror á mi hijo, aunque reconozca que no es responsable de lo que su padre pudo hacer.

—Aún conserva Felipe IV la carta que le escribió vuestro esposo pocas horas antes de poner fin á su vida, y ayer hizo un esfuerzo y tuvo bastante valor para leerla otra vez.

—Así sus recuerdos...

—Reviven, y, por consiguiente, también sus rencores.

—¡Caballero!...

—No necesito advertencias. Y sabéis lo que á Su Majestad he de decir. oy mismo volveré á la corte.

—¿No esperáis á D. Luis?

—Vos le hablaréis; y para que comprenda bien la situación, os referiré detalladamente los sucesos que ocurrieron en la posada y ayer en palacio.

Así lo hizo D. Lope, escuchándole con atención profunda la madre del mancebo. Una hora después comían. D. Lope volvió á cabalgar, y partió con sus criados. ¿Qué había conseguido? Ganaba tiempo nada más. Por de pronto saldría del apuro; pero ¿y después? Y en cuanto á Margarita, no mejoraba su situación, pues era lo más probable que pronto la llevasen al convento, encontrándose sin ella el señor Domingo cuando volviera á Madrid.

Eran las cuatro de la tarde cuando volvió á la corte el señor de Santisteban. No se detuvo

en su casa más que el tiempo absolutamente preciso para cambiar de ropa, y se encaminó al Buen Retiro para ver al Rey. Éste había salido para dar un paseo por los jardines aprovechando la temperatura benigna de aquella tarde, y en ellos le halló bien pronto entre los individuos de su alta servidumbre y muchos cortesanos.

CAPÍTULO X

El Rey se convence.

El Rey no podía dar largos paseos, porque no se lo permitía su extrema debilidad, y raras veces traspasaba los límites del Buen Retiro para bajar al Prado. Tenía que detenerse con frecuencia y descansar, sentándose en un sillón que sus criados llevaban, y poniendo los pies en un almohadón; no precisamente por lujo ó por comodidad, sino para preservarse de la humedad del piso. Apoyábase en su bastón, ó en un brazo de D. Lope, si éste le acompañaba. Hablaba poco en aquella época, muy poco; y esto consistía en que pensaba demasiado y le preocupaban mucho sus recuerdos. ¿Á quién hubiera podido decir lo que sentía? Á nadie, como no fuese á D. Lope, y por eso con éste sostenía largas conversaciones.

Todos los cortesanos iban silenciosos. Aquella corte bulliciosa, brillante y alegre en otro tiempo, había cambiado mucho. En aquellos lugares habían resonado las carcajadas del más loco júbilo, y después todo era melancolía y una calma que algo tenía de apenadora. Al aspecto triste del cuadro contribuía la estación, pues en los jardines no había flores, los árboles estaban desnudos de hojas, y los pájaros no trinaban alegremente. Al presentarse D. Lope fué mirado con envidia, lo mismo que siempre.

Aquella tarde estaba más preocupado y triste que nunca el Monarca, y la más leve cosa le servía de pretexto para mostrar su disgusto. ¿Quién había de creer que quisiese hablar ni aun con el favorito que gozaba de tantos privilegios? Se equivocaban los cortesanos, y su error lo comprendieron bien pronto, pues apenas Felipe IV distinguió á su antiguo paje, se detuvo. Se le acercaron los que llevaban el sillón, por si quería sentarse. Así lo hizo; pero dijo á cuantos le rodeaban:

—¡Dejadme! Apartaos y esperad á que yo os llame.

Obedecieron todos. El señor de Santisteban llegó adonde estaba el Monarca.

—¡Ah!—exclamó éste.—¡Me haces feliz! ¡Me aburría, mi querido Lope, porque no tengo con quién hablar!

—Señor, me felicito si á tiempo he llegado...

—¡Sí, sí!

—Y, sin embargo, nada agradable puedo decir á Vuestra Majestad.

—Muy pronto has vuelto.

—Y tiempo me ha sobrado.

—¡Explícate, porque espero con ansiedad!

—Señor, aunque no tengo muchos años, me considero viejo, porque he vivido muy aprisa.

—¡Bien dices; la vejez no debe medirse por el tiempo!

—Vuestro augusto abuelo el Emperador decía que la fortuna vuelve la espalda á los viejos, y no se equivocaba. La fortuna es mujer y, además, caprichosa, y necesariamente ha de enamorarse de la juventud. Á mi me ha protegido mucho; pero ahora...

—¡En cuidado me pones!

—No ha sucedido ninguna desgracia, como no sea para mí, pues considero desgracia, y muy grande, no poder satisfacer inmediatamente los deseos de Vuestra Majestad.

—Si nada has conseguido en un día, has debido esperar al siguiente.

—Y espero.

—Acaba, mi querido Lope, porque es incomprensible lo que dices.

—El hijo de Cabral tiene veintidós años, y á su edad es imposible la inacción; y como también hay muchas ilusiones, muchas esperanzas y muchos deseos...

—¡Comprendido!

—El Sr. Domingo necesita hacer algo para no morir de tedio en la casa de campo, viendo siempre las mismas personas y sin alimento para su espíritu.

—Allí vivía como cartujo.

—Se había figurado el mundo como todos nos lo figuramos á su edad.

—¡Luego vienen los desengaños!

—Se le puso en la cabeza que había de cambiar de vida, instruirse y hacer algo de provecho, y como D. Luis no combatió estas ideas, concluyó por hablar de viajes.

—¿Adónde quiere ir?

—Ya se ha ido.

—¿Que se ha ido?

—Hace pocos días.

—¡Lope!...

—Quiere recorrer Francia, los Países Bajos, y Flandes, y... No sé hasta dónde piensa llegar, porque, como dispone de dinero que á manos llenas le ha dado D. Luis, se dejará llevar de sus caprichos. Su madre se oponía, porque una madre se resiste siempre á separarse de su hijo; pero la convencieron diciéndole que era preciso para completar la educación del joven.

Una mirada de extrañeza fijó el Monarca en el caballero.

—¡Eso es incomprensible!—dijo.

—Pues á mí me parece cosa muy sencilla. Un hombre de veintidós años, con una imaginación vehemente, con dinero y libertad...

—¡Sí, sí!

—Yo hubiera hecho lo mismo á su edad, si mis circunstancias ,me lo permitieran.

—Pero hay una cosa que no me explico.

—Me parece que adivino lo que piensa Vuestra Majestad.

—Siempre has tenido el don de adivinar mis pensamientos.

—Lo que Vuestra Majestad no comprende es cómo el Sr. Domingo ha proyectado y realizado su viaje sin decirme una palabra, ni siquiera despedirse para cumplir los deberes de la cortesía.

—No te equivocas.

—Pues así lo ha hecho; y yo, siquiera por decoro, no me he mostrado ofendido.

—No puede haber efecto sin causa, mi querido Lope.

—Ya lo sé.

—Si esa grave falta— porque es grave,— la ha cometido el hijo de Cabral, por algo ha sido.

—Indudablemente, pues no era posible que se complaciese en parecer grosero y casi ingrato.

—La causa es lo que nos importa conocer.

—Yo la adivino.

—Y no olvides que la falta no la ha cometido sólo el mancebo, sino su madre, y hasta D. Luis, pues ellos, y particularmente el padre de tu esposa, han debido darte conocimiento de lo que se proyectaba.

—Así parece.

—¿Y por qué no lo han hecho?

—Por una razón que está al alcance de cualquiera.

—Pues yo no la adivino.

—Aunque le parezca extraño á Vuestra Majestad, el Sr. Domigo, su madre, y hasta don Luis, guardan conmigo cierta clase de reserva; desconfían, porque saben que á Vuestra Majestad pertenezco con toda mi alma, y el mancebo comprende bien su situación. Es hijo de Cabral...

—¡Sí—dijo el Rey, cuya frente se contrajo,— hijo de aquel miserable que intentó asesinarme en el Pardo, del que abusó de mi nombre queriendo manchar la honra de D. Luis de Varga, y dejando que sobre mí cayese todo el odio del ofendido!

—No es responsable el mancebo de los crímenes de su padre.

—No; pero al fin...

—Tampoco es posible que Vuestra Majestad se desentienda de ciertas cosas.

—¡Esto no tiene explicación!

—No la tiene; pero yo lo comprendo, y sé que hay un abismo entre Vuestra Majestad y ese hidalgo.

—Sí.

—Y como en mí ven á Vuestra Majestad, resulta...

—¡Entendido!

Hacía más de un mes que yo no iba á la casa de campo, y el Sr. Domingo, aunque una ó dos veces vino á la corte en ese tiempo, no se molestó en hacerme una visita.

—Semejante conducta...

—Es demasiado elocuente, y mi dignidad no me permitía dar ningún paso.

—¡Has hecho bien!

—Los he dejado en paz, alegrándome de que en paz me dejen, pues para mi dicha tengo bastante con el amor de mi esposa y de mis hijos.

Guardó silencio el Rey. Ya no le quedó duda

de que el Sr. Domingo Cabral era uno de los dos hidalgos que en la posada dieron tanto que hacer á D. Juan de Haro. El tono con que hablaba Lope, la expresión de su semblante y las explicaciones que acababa de dar, empezaron á disipar la confianza de Felipe IV. Si algunas apariencias condenaban al caballero, los hechos y la sana razón le sinceraban. La lealtad de D. Lope no podía ponerse en duda; y siendo leal á toda prueba, no era sorprendendente que de él se guardasen, mostrándose muy reservados, los enemigos del Monarca. D. Luis sabía que para todo podía contar con el esposo de su hija, menos para nada que pudiese contrariar á Felipe IV, y esto lo sabía también el mancebo. Sin embargo, el Rey no se atrevió todavía á ser franco y decir la verdad. Quería más pruebas, porque el asunto era demasiado grave, y bien merecía que fijase la atención en él.

—Una idea me ocurre—dijo después de algunos minutos.

—Si merezco la confianza de Vuestra Majestad...

—Completa, ya lo sabes.

—Entonces...

—¿No sospechas que el viaje del hidalgo tenga algún objeto más que el de ver mundo y distraerse?

—Todo es posible.

—¿Y cuál puede ser ese objeto?

—No lo adivino.

—Recordemos otra vez el testamento del miserable Cabral; y llamo testamento al escrito en que consignaba su última voluntad y que dejó en poder de D. Luis para que á su hijo fuese entregado.

—Si esa última voluntad no la conocemos...

—No; pero sabemos que Cabral dejó apuntes sobre la historia de la infeliz Margarita, la mujer á quien más he amado, la que me amó verdaderamente, con ese amor que todos ambicionan, pues todo me lo sacrificó cuando no sabía que yo era el rey.

—Pero esa desgraciada y sublime mujer está en Madrid y en un convento; y como profesó, ó lo que es igual, como ya no pertenece al mundo, nada puede hacerse en su favor.

El Rey movió los labios para hablar; pero no lo hizo. Volvió á meditar.

—También—dijo luego—me amenazaba el miserable Cabral con la revelación del secreto de la prisión de Paredes.

—¡La prisión de Paredes! — murmuró con extrañeza D. Lope.—Recuerdo eso; pero nunca lo he comprendido, y si Vuestra Majestad sabe lo que quería decir...

—Se refería á murmuraciones que de boca en boca corrieron sobre falsedades inventadas para desprestigiar al Conde-Duque.

—Aún no entiendo.

—Desapareció un hombre, un honrado hidalgo, que me parece era notario ó cosa por el estilo en el Supremo de la Inquisición, y los maliciosos llegaron á suponer que la desaparición de aquel infeliz era resultado de una intriga del Conde-Duque.

—Aun con esa explicación..

—El Notario tenía un hijo, que quedó en la miseria, y yo le favorecí en cuanto pude señalándole una pensión.

—¡Ah!...

—¿Comprendes ahora?

—Ese hijo debe de ser el llamado Diego de Paredes, por quien preguntó Vuestra Majestad.

—El mismo.

—¿Y qué relación puede tener todo eso con el hijo de Cabral?

—Que si han creído que el Notario... En fin... ¿Quién sabe?... La imaginación de la juventud se extravía fácilmente.

—¡Es verdad!

—Hay coincidencias que me hacen cavilar mucho.

—Las coincidencias es lo único que á mí me ha infundido miedo siempre.

—¿Cuándo llegó á Madrid D. Juan de Haro?

—Anteayer á las once de la mañana.

—Pues la noche anterior caminaban en sentido opuesto, ó lo que es igual, se alejaban de la corte dos hidalgos, y el uno se llamaba Domingo, y el otro Diego.

—Supongo que esa noticia se la ha dado á Vuestra Majestad el señor de Haro, porque los encontraría en el camino.

—Sí.

—Nada deduzco de esa circunstancia.

—Pues yo, en vista de cuanto sucede, creo

que esos hidalgos eran el hijo de Cabral y el de Alonso de Paredes.

—Posible es que se conociesen, que fueran amigos; y si el Sr. Diego de Paredes es uno de esos hombres dispuestos para todo, quizás por conveniencia, para vivir á costa de su amigo, haya decidido acompañarle. Por lo que me dijo Vuestra Majestad de Paredes, la compañía no es la más provechosa, pues hay peligro de que honrado salga de Madrid el señor Domingo Cabral, y deshonrado vuelva.

—¿Cuántos criados lleva?

—Lo ignoro, porque no he querido hacer muchas preguntas.

—¡Dejar solo á un mancebo que desconoce el mundo!...

—Es una locura, una torpeza inconcebible en D. Luis.

—Mi querido Lope, no lo dudes: el viaje de ese mancebo tiene algún fin que te ocultan; y cuando tan reservados son contigo, debe creerse que algo intentan contra mí.

—¡Eso es imposible, señor!

—El tiempo te desengañará.

—Hay cosas que no pueden hacerse más que una vez; y lo que hizo el padre no ha de hacerlo el hijo, ni en D. Luis de Vargas habia de encontrar apoyo.

—¡Dudo!

—Ello es que el mancebo se ha ido, y que nadie sabe dónde se encuentra en estos momentos.

—Es lo positivo.

—Tenemos, pues, que esperar.

—¿Y con qué personas de la corte está Cabral en relaciones?

—No lo sé.

—Veamos cómo explicas un suceso de que no he querido hablarte, porque me faltaban los antecedentes que ahora me proporcionas tú.

—Escucho, señor.

—Esos dos hidalgos pasaron la noche en la misma posada donde descansaron D. Juan y la joven que vive en su compañía.

—¡Una casualidad!

—Sí; pero no es casualidad que espiasen al de Haro, ni tampoco es casualidad que á media noche, y cuando dormían todos los habitantes de la posada, el llamado Domingo saliera sigilosamente, montando á caballo y volviendo á Madrid.

—Algo debió de olvidar en la corte.

—Ó venir para traer la noticia de que allí se encontraba D. Juan de Haro.

—¿Y cuándo volvió á la posada?

—Antes de que amaneciese; y en otro caballo, que, por cierto, era de mucho valor.

—Sí el suyo quedó inútil...

—En Madrid tenía quien le diese caballo, y muy bueno; lo cual prueba que no es un pobre la persona con quien estaba en relaciones el mancebo.

—Ésa es también mi opinión.

—Á la mañana siguiente el llamado Diego se presentó á D. Juan, diciéndole que era un enviado de D. Lope de Santisteban.

—¡Un enviado mío! — exclamó el caballero.

—Sí.

—¡Señor, han abusado de mi nombre!

—Ya lo sé.

—Á nadie he autorizado...

—Luego resultó que con esa mentira se quiso alejar por algunos minutos á D. Juan de la joven, para que con ésta pudiese hablar el llamado Domingo, como habló, aunque muy poco.

—¡Una intriga!...

—¡Que merece duro castigo!

—¡Esos dos hombres, tan ingeniosos como audaces, se han burlado de D. Juan!

—Sí.

—Y el señor de Haro debió imponerles el castigo que merecían.

—¿Y cómo, si es un viejo débil?

—Le acompañaban dos criados, y, por lo menos, podía detener á los que cometieron el abuso.

—Ello es que no lo hizo.

—De todas esas coincidencias resulta una cosa, y con franqueza la diré.

—Sí, con franqueza quiero que hables.

—Parece que yo tengo parte en esa intriga, que á mí vino á buscarme aquella noche el hidalgo llamado Domingo, y que á consecuencia del aviso que me dió, yo mandé espiar al señor de Haro. Me parece que todo esto resulta claro como la luz del Sol.

—Pero como yo conozco tu lealtad...

—¡Señor, no en vano, y según he dicho antes, me infunden miedo las coincidencias!

—Razón te sobra.

—No intentaré justificarme, y dejo á Vuestra Majestad que juzgue como mejor le parezca. Por de pronto, sé que tengo un enemigo más.

—¿Quién?

—D. Juan de Haro.

—Te equivocas.

—¡Lo veremos algún día!

—El odio, lo mismo que la amistad, tiene una causa.

—Y yo descubriré la que á D. Juan impulsa contra mí.

—No te hacía mal al referirme los sucesos de la posada.

—Las cosas tienen valor según se refieren; y tanto es así, que por algunos momentos ha dudado Vuestra Majestad.

—¡Eso no!

—Me alegro de haberme equivocado.

—Ya lo sabes todo.

—Vuestra Majestad acaba de darme otra prueba de cariño.

—Tú sabrás corresponderme.

—Con lealtad.

—Ya que hemos de esperar en cuanto al hijo del conspirador, averigua el paradero del otro.

—¡Ni un instante descansaré!

—Y en cuanto á D. Juan de Haro, determinaremos.

—Mucho agradecería á Vuestra Majestad que me permitiese hacer algunas observaciones, con lo cual nada se pierde.

—Licencia te doy; pero no olvides que conviene disimular.

—No lo olvidaré.

—Y para acabar de probarte que me inspiras la más ciega confianza, te daré á conocer el secreto de la vida de esa joven que con D. Juan ha venido, y conocerás también, como nadie la conoce, la historia tristísima de la infeliz mujer que tanto me amó.

—¡Señor!...

—Ahora necesito descanso. Hablaremos después, á la noche ó mañana, según me encuentre. ¡Vete á descansar!

Se inclinó D. Lope, y, según su costumbre, besó cariñosamente la diestra del Monarca, que experimentó satisfacción dulcísima, y el caballero se alejó. Hizo una seña Felipe IV, y acudieron presurosamente sus servidores. Se puso en pie, y apoyándose en el bastón, volvió á pasear.

CAPÍTULO XI

Principia D. Lope á trabajar.

—¡Ya es preciso entablar la lucha!—pensaba D. Lope encaminándose á su morada.—¡Lo siento; pero las circunstancias lo exigen así! La situación es mucho más grave de lo qne parece, y nos aguardan grandes disgustos. No me conviene que los sucesos me encuentren desprevenido, y, por consiguiente, algo debo hacer. Dentro de algunas horas conoceré todos los antecedentes, porque al fin el Rey se decide á revelarme el secreto que ha guardado tan tenazmente y por tantos años, el único secreto que tenía para mí, y que á medias había llegado á descubrir el desdichado Cabral, según se ve por sus Memorias y por su testamento, que llegará á hacerse célebre.

El Sol acababa de ocultarse cuando en su morada entró D. Lope, dirigiéndose al aposento de su esposa, que le aguardaba con ansiedad, y le preguntó:

—¿Qué ha sucedido?

—Lo que yo presumía—respondió el caballero tranquilamente y desplegando una sonrisa:—ó lo que es igual, que Dios nos protege. El Monarca desconfió; pero mis explicaciones le han tranquilizado, han disipado todas sus dudas, y me encuentro en la situación más ventajosa.

—Á pesar de todo...

—He podido descargar un golpe terrible contra D. Juan de Haro, sin más que hacer alguna indicación sobre sus pretensiones amorosas.

—¿Acaso tenemos alguna prueba, siquiera algún indicio?

—Basta lo que observó Cabral.

—¡Es poco!

—De todas maneras, no me conviene decir una palabra por ahora de semejante asunto, pues así se comprendería que yo me había preocupado de D. Juan antes de que á la Corte viniese.

—¡Tiemblo!—dijo la dama.

—María, las circunstancias lo exigen, y es preciso someterse. ¿Podemos olvidar nuestro deber? La situación de esa niña infeliz...

—¡No, no debemos abandonarla!

—Y en cuanto al Sr. Domingo...

—Merece también nuestra protección.

—No quiero ser egoísta, porque para pagar los beneficios que recibí en aquella época inolvidable de nuestra vida, he de hacer beneficios iguales ó parecidos á criaturas que se encuentren en situación semejante.

—¡No he de ser yo quien te detenga!

—Ya lo sé.

—Tampoco puedo ofrecerte ayuda.

—Según—repuso D. Lope,—porque todo depende de las circunstancias.

—¿Cómo has quedado con el Rey?

—Me ha prometido revelarme esta noche ó mañana el gran secreto, y entonces, con pleno conocimiento de causa, podré hacer algo.

La dama inclinó la cabeza y guardó silencio. Entonces pudo apreciarse toda su hermosura, porque en su semblante se reflejó la grandeza y la sublimidad de su alma. Doña María de Vargas era una de las mujeres más hermosas y más discretas de la corte de Felipe IV y, además, la más virtuosa. Tenía treinta años, y, por consiguiente, se encontraba en toda la plenitud de su vigor. Sus cabellos eran rubios; sus ojos, grandes, rasgados, de azul purísimo y de mirada tan dulce como melancólica. El armonioso conjunto de sus facciones tenía encanto sin igual. Había comprado la dicha á costa de grandes luchas y grandes sufrimientos. Después de algunos minutos levantó la cabeza, miró á su esposo y le preguntó:

—¿Nada piensas hacer hasta que el Rey te haya dado á conocer esa historia?

—Poco haré; pero algo...

—No te doy consejos porque tienes sobrada experiencia, y aunque á mí me pareciese que debías desistir, no lo harías; pero ten presente que mi padre se equivocó, siendo su error causa de desdichas inmensas para él y para otros, y tú también puedes equivocarte.

—No olvido las provechosas lecciones que en aquella época me dieron los sucesos.

—¿Con quién cuentas para que por de pronto te ayude?

—Ahora, con nuestro criado Gil, que vale mucho: después, veremos.

—¡Dios nos proteja!

Don Lope besó la noble frente de su bellísima esposa y se fué á su aposento. Llamó al criado á quien hemos dado á conocer.

—Gil—le dijo,—aspiro á una cosa muy difícil, y para realizar mi deseo será preciso arrostrar peligros de importancia.

El sirviente se encogió de hombros.

—He contado contigo.

—¡Gracias, señor!

—Escúchame, y sabrás de qué se trata; si no te consideras con fuerzas suficientes, me lo dirás con franqueza.

—Así lo haré, porque no soy vanidoso.

—Necesito ponerme en comunicación con esa joven que vive en compañía de D. Juan de Haro.

—¿Y qué más?

—Por ahora, nada. La situación de esa mujer la conocerás muy pronto, porque es preciso para que procedas con acierto.

—No soy curioso; ya lo sabéis.

—Pero si á ciegas caminas, con la mejor buena fe cometerías una torpeza.

—Ciertamente.

—El secreto que he de confiarte es de la mayor importancia.

—Señor...

—Por de pronto, te haré algunas advertencias.

—Las necesito.

—Esa mujer no es hija, ni siquiera pariente lejana de D. Juan.

—¿Su pupila?

—Figúrate que el señor de Haro es su tutor.

—¡Entiendo!

—La vigila á todas horas; y como es muy astuto, debe de tener adoptadas todas las precauciones imaginables. Ignoro si sus criados son fieles, aunque deben de serlo, pues á un hombre como él no se le engaña fácilmente.

—En cuanto al escudero...

—Le has juzgado, y me parece que no te equivocas.

—¡Por desgracia!

—Debe de ser un bribón, un desalmado; pero

fiel, no por virtud, sino por alguna razón que desconocemos; y si los demás criados son leales, no encontrarás quien te ayude.

—Así tampoco hay riesgo de una traición.

—Puedes gastar el oro á manos llenas.

—Me parece que necesitaré más astucia que dinero.

—¡Probablemente!

—Esa pobre mujer está amenazada de una desgracia horrible, pues quieren encerrarla en un convento contra su voluntad.

—Pues me parece mucho más fácil penetrar en un convento que en su casa.

—¡Según!

—¿Puedo saber su nombre?

—Margarita.

—¡No lo olvidaré! ¿Su apellido?

—No puedo dártelo á conocer, porque en realidad no lo tiene.

—Voy entendiendo la situación.

—Sospecho (aunque esto no es más que una sospecha) que está enamorada; pero si eso no ha sucedido todavía, supongo que sucederá muy pronto.

El sirviente hubiera preguntado de buena gana quién era el hombre amado por Margarita; pero no se atrevió.

—Hay dos hombres que aman ciegamente á esa infeliz—añadió el caballero.

—Si son dos...

—Uno es D. Juan de Haro.

—¡Señor!

—Debe de parecerte ridículo ese amor en semejante hombre; pero...

—Por lo mismo que D. Juan es viejo, se habrá encendido más su pasión.

—Sí.

—Tenemos, pues, que luchar contra dos enamorados.

—No más que contra uno, pues el otro es mi amigo, y quiero favorecerle.

—¡Eso es otra cosa!

—Se trata del Sr. Domingo Cabral.

—¡Ah!...

—Y es preciso evitar que cuando regrese del largo viaje que ha emprendido se encuentre este asunto tan enredado que le sea difícil conseguir lo que anhela.

—¡No necesito saber más!

—Don Juan de Haro es un miserable, que abusa de su ventajosa situación para obligar á doña Margarita á que sea su esposa.

—¡Á mucho aspira ese viejo ruin! Su cara dice lo que es, y para calificarle no he necesitado más que verle. ¡Guardaos de él, mi noble señor; guardaos, porque ese hombre es capaz de todo!

—No lo dudo.

—Afortunadamente, estamos sobre aviso, y no valemos tan poco que nos dejemos engañar.

—Gil, voy á darte la última prueba de confianza y de cariño.

—Me habéis dado muchas, y más no necesito.

—Conviene...

—Señor, estoy dispuesto á cumplir mi deber, y, por consiguiente, las explicaciones...

—No están demás.

—Esa infeliz mujer, á la que compadezco sin saber más sino que quieren obligarla á ser esposa del señor de Haro...

—Esa infeliz, como tú dices con mucha razón, es hija del Rey.

—¡Hija del Rey!—exclamó el criado con la sorpresa y el asombro que era consiguiente.

—Sí.

—¡Oh!...

—Ya conoces un secreto, no solamente de muchísima importancia, sino peligroso; un secreto de Estado, porque la historia de doña Margarita está relacionada con otros sucesos que á su tiempo conocerás.

Se contrajo la frente de Gil. Sus negros ojos brillaron.

—Señor—dijo,—os agradezco mucho que me proporcionéis esta ocasión para daros una prueba de lealtad.

—Mi objeto al querer ponerme en relaciones con esa desgraciada, es hacerle algunas advertencias para que le sirvan como de regla de conducta, y, sobre todo, que sepa que hay quien se interesa por su suerte, pues ella ni siquiera de vista me conoce.

—Ahora comprendo bien.

—Una casualidad, no sé si desgraciada, hizo que doña Margarita se encontrase la otra noche con el Sr. Domingo en una posada, y él debió de pronunciar mi nombre, pero nada más.

—Entonces, ella estará prevenida.

—Sí.

—Y al oir pronunciar vuestro nombre...

—Debe tener confianza en la persona que lo pronuncie.

—Pues por hacer eso principiaremos.

—¿Y cómo?

—Me parece que doña Margarita cumplirá sus deberes como cristiana.

—¿Quién lo duda?

—Pues, en ese caso, ha de salir alguna vez siquiera para ir á misa; y como nadie puede estorbarme que pase por su lado y que al pasar diga lo que se me antoje... Creo que á todas horas debo llevar á prevención una carta vuestra sin firma, por si acaso, y porque, conociendo la procedencia, doña Margarita... No sabemos cuándo ha de presentarse la ocasión que nos conviene, y...

—¡Bien pensado!

—Pues cuando á bien lo tengáis...

—¡Ahora mismo!

—Y yo empezaré á trabajar desde esta noche.

—Más explicaciones te daré; pero en este momento no las necesitas, y antes he de adquirir yo ciertos datos de mucho interés.

—¡Voy á gozar mortificando á ese viejo ruin!

Don Lope tomó la pluma, y escribió lo siguiente:

«Tenéis un amigo, un verdadero amigo, que no os olvida y que todo lo hará, absolutamente todo, para salvaros de los peligros y desdichas que os amenazan.

»Tened, pues, confianza.

«Si perdéis el valor, lo perderéis todo, y serán inútiles los esfuerzos de vuestros amigos.

»Disimulad, fingid; pero resistid con firmeza.

»No pronuncieis mi nombre sino en uno de esos momentos de terrible apuro en que no os quede ningún otro recurso; pero no deis ninguna clase de explicaciones sobre este punto.

»Vuestra situación no podéis apreciarla bien, porque desconocéis el mundo, y más desconocéis las intrigas de la Corte.

»La persona encargada de entregaros este papel es de completa confianza, y conoce hasta donde es posible y prudente el secreto de vuestra vida.

»Quemad este papel apenas lo hayáis leído.

»Cuando se tiene fe y hay constancia, ningún triunfo es imposible.»

¿Qué más había de decir D. Lope? Esto era bastante para evitar que cometiese la joven ninguna torpeza.

—Toma—le dijo á su criado.—Debes enterarte de lo que escribo á doña Margarita, porque te servirá de gobierno.

Leyó Gil, pues á pesar de su condición humilde, y gracias al interés de que tantas pruebas le había dado su señor, había aprendido, y se guardó la misiva.

Luego guardó el papel.

—Pues si nada más me mandáis...

—¿Tienes dinero?

—Por ahora, sí.

—¡Pues que el Cielo te guíe!

—Ignoro si volveré esta noche ó mañana.

—Te esperaré á todas horas y á ninguna.

—De acuerdo estamos.

Gil salió. Cavilaba y trazaba mil planes, á cual más ingenioso y atrevido. No hay que decir qne se encaminó hacia San Ginés y se situó frente á la casa de D. Juan. Lo mismo que siempre, estaban cerrados todos los balcones. Sólo por los resquicios de uno de ellos escapábanse algunos destellos de luz.

—¿Tendrá ahí su aposento doña Margarita?—dijo el criado.—Así debe de ser, porque los que sufren mucho duermen poco. ¿Y no hay en esta casa más mujeres que ella? Lo sentiré, porque con las mujeres me entiendo á las mil maravillas, y aunque no fuese más que una dueña, me serviría de mucho.

En el interior de la casa era profundo el silencio. En el sombrío edificio que enfrente se levantaba sucedía lo mismo. Por el arroyo del Arenal apenas transitaba una persona. Gil se paseó. Miró muchas veces á los balcones.

Poco después de las once se extinguieron los débiles rayos de luz que se escapaban por las hendrijas del balcón.

—Me parece—murmuró Gil—que debo retirarme á descansar, porque ahora gasto inútilmente las fuerzas que necesitaré mañana.—Y echando una mirada al edificio como despedida, se alejó.

¿Conseguiría Gil entregar el papel á Margarita? Le parecía fácil; pero nosotros sabemos que era muy difícil, porque no nos olvida-

mos de que D. Juan, sobre ser astuto y precavido, era receloso, desconfiado hasta el último punto de la desconfianza. Sin novedad pasó la noche. Las estrellas empezaban á palidecer cuando ya Gil estaba fuera del lecho. Se vistió presurosamente, bebió aguardiente para calentar el estómago, santiguóse y salió. Aún era dudoso el resplandor del crepúsculo cuando llegó frente á la casa.

Empezó á resonar una de las campanas del monasterio de San Martín, avisando á los fieles para la misa del alba. De los habitantes del arrabal viéronse algunos que al templo se dirigían. Gil empezó á pasearse desde San Ginés á San Martín. Ni por un solo instante perdía de vista la casa de D. Juan. Abriéronse también las puertas de la iglesia de San Ginés; pero aún no resonaron sus campanas.

La luz era por momentos más viva. Por fin se dejaron ver los primeros rayos del Sol. Aumentóse en pocos minutos el número de transeuntes. Entonces resonaron las campanas de San Ginés, y se abrió la puerta de la casa del señor de Haro.

—¡Gracias á Dios!—dijo el sirviente, que en aquellos momentos bajaba hacia el arroyo.

Miró con el afán que era consiguiente. Vió que salía un criado viejo, y que llevaba una cesta grande. Hizo Gil un gesto de impaciencia y de disgusto. El viejo criado llegó al arroyo del Arenal, y se metió por la calle de Bordadores. Cuando retrocedió Gil, vió que la puerta había vuelto á cerrarse.

—No sería imposible — murmuró — que don Juan privase á su víctima hasta de cumplir los deberes religiosos; ¡pero no ha de servirle semejante precaución!

Siguió paseando. Cinco minutos después volvió á crujir la puerta. El sirviente miró con disimulo. El fuego de la alegría brilló en sus ojos. De la casa salieron doña Margarita y don Juan. Después, el escudero. La joven iba envuelta en largo y anchísimo manto, y tan cuidadosamente recataba el semblante, que apenas dejaba en descubierto los ojos. D. Juan miró á todos lados. Vió á Gil y á otras personas; pero ninguna le infundió sospechas. El escudero también miró. Si Gil se hubiera detenido, debía considerarse perdido completamente; pero no cometió semejante torpeza, sino que siguió andando hacia el arroyo, cuya dirección tomaron los otros también, y llegó á San Ginés, donde entró sin volver la cabeza



La joven iba envuelta en largo manto.

atrás, situándose cerca de la pila del agua bendita, en sitio desde donde podía ver á cuantos entrasen. No era posible que nadie fijara la atención en él. Poco tuvo que esperar.

Presentáronse D. Juan y Margarita. El es-

cudero los seguía siempre, como la sombra sigue al cuerpo.

Dió Margarita algunos pasos hacia el centro de la iglesia; pero una seña de D. Juan bastó para que retrocediera, yendo á situarse en la nave de la izquierda, donde había menos luz. Se arrodilló. Abrió un libro de oraciones, inclinó la cabeza, y principió á leer. Á su lado se arrodilló D. Iuan. Tras ellos, y muy cerca, hizo lo mismo el escudero. Eran pocos los fieles que en el templo había. Gil cambió de sitio para observar mejor. La presencia del escudero era el mayor estorbo para acercarse entonces á Margarita, un estorbo casi insuperable; pero Gil no se desalentaba por esto ni por mucho más, pues era de esos hombres que prefieren morir antes que declararse vencidos.

CAPÍTULO XII

Gil se ingenia.

No era posible que Gil llamara la atención de nadie, pues su aspecto nada tenía de particular, y oyó misa como los demás fieles. No hay que decir que su devoción era fingida, porque no podía pensar en Dios quien se ocupaba y preocupaba con asuntos puramente mundanales. Siempre mirando con el mayor disimulo, examinó muy detenidamente á don Juan de Haro, á doña Margarita y al escudero, y se convenció más de que no se había equivocado en sus juicios. Empezó á temer que no le fuera posible entregar el papel aquella mañana; pero, de todas maneras, algún paso daría que fuera provechoso para los planes de su señor. Concluyó la misa, y poco después los fieles empezaron á salir del templo, y á los cinco minutos no quedaban allí más que las cuatro personas que nos ocupan. Había llegado el momento crítico.

Las dificultades eran mayores para Gil cuantas menos personas hubiese en aquel lugar, porque así sólo en él debía fijarse la atención. Lo repetimos: ni esto ni mucho más le desalentaba. Por fin D. Juan se puso en pie. Lo mismo hicieron la encantadora doña Margarita y el escudero. Los ojos de Gil brillaron más intensamente; pero continuó inmóvil. Hacia la puerta de la derecha se dirigieron los otros. El criado de D. Lope los siguió. Llegaron á la pila del agua bendita. El escudero se detuvo respetuosamente. D. Juan de Haro introdujo los dedos en el agua, y en el momento en que iba á ofrecer ésta á la joven, se acercó Gil, y sin miramiento alguno, como si fuese el hombre más grosero, extendió el brazo por entre el anciano y doña Margarita, y al mismo tiempo avanzó un paso más, con tanta torpeza, que puso su pie derecho sobre el izquierdo de D. Juan. Lo que entonces sucedió apenas puede describirse, porque fué tan rápido como interesante. El señor de Haro sintió un dolor muy vivo; no pudo contener una exclamación, y sin darse cuenta de lo que hacía, retrocedió para librarse de la presión de aquel pie brutal, que tanto daño hacía á los suyos delicados.

—¡Bellaco!—exclamó á la vez el escudero, queriendo acercarse á Gil para apartarle.

Margarita al mismo tiempo también, y sin comprender lo que pasaba, levantó la cabeza y miró al criado de D. Lope. Éste se hizo á un lado como para remediar su falta, aunque con tanta violencia, que su cuerpo chocó con el de doña Margarita, y aprovechando aquel instante de confusión, y como si murmurase algunas palabras para pedir perdón, dijo con voz reconcentrada:

—¡D. Lope de Santisteban!

Y se revolvió, separóse más, inclinó la cabeza, fingió que se turbaba, y exclamó:

—¡Ah! ¡Perdonadme! ¡Mi distracción!...

—¡Tu brutalidad!—interrumpió el escudero.

—¡Á un lado!—dijo orgullosamente D. Juan.

—¡Otra vez os pido perdón!

Andando hacia atrás, y siempre inclinándose con aire humilde, apartóse más el sirviente. Margarita, que había oído y entendido perfectamente, le miraba con ansiedad. Afortunadamente, su ancho manto ocultaba la alteración de su rostro. Á no estar en el templo, quizás D. Juan de Haro hubiese castigado con dureza al infeliz plebeyo; pero respetó lo sagrado del lugar. El incidente terminó. Volvió el caballero á introducir la diestra en la pila, presentando el agua á la joven. Ésta aceptó con mano temblorosa, y entretanto Gil salía del templo y

muy despacio atravesaba el arroyo, tomando por San Martín hacia el arrabal. Claro es que los otros le dieron alcance; pero de él no de cuidaron, como no fuese doña Margarita, que otra vez, y de reojo, le miró con ansiedad.

—¿Quién es ese hombre?—decía para sí la hija del Rey.—Ha pronunciado el nombre de D. Lope de Santisteban, y apenas se comprende la torpeza que ha cometido. ¿Qué debo hacer? Esperar, observar, estar prevenida á todas horas. ¡No; el incidente no ha sido casual, ni ese hombre tenía para qué nombrar á D. Lope precisamente en los momentos en que nadie más que yo podía oir sus palabras!

Al entrar en la casa, y siempre con disimulo, miró doña Margarita á Gil, observando que la mirada de éste era muy expresiva.

—¡Vive Dios!—exclamó entonces Gil.—¡Poco ha faltado para que me vea comprometido; pero, afortunadamente, no han dado al suceso su verdadera importancia! Poco he conseguido; pero todo es principiar. El paso más difícil es el primero, y cuando se ha dado, se va hasta el fin.

Dejó atrás el Monasterio, y detúvose en un lugar solitario para reflexionar sin que nadie le interrumpiese.

—Me parece—murmuró—que doña Margarita me ha entendido, y, por consiguiente, algo hará para ayudarme. ¿Cómo le entregaré la carta? ¡Esto es lo más difícil!

Por espacio de diez minutos caviló el sirviente. Luego retrocedió, y bajó hacia el arroyo del Arenal, echando una ojeada á la vivienda del señor de Haro. Cerrados estaban los balcones y las ventanas, lo mismo que la puerta. ¿No podía la joven dejarse ver? En esto consistía todo. Gil se alejó para evitar que le viese el escudero; y como nada le era posible hacer, volvió á su morada. D. Lope acababa de vestirse, y le preguntó si algo había conseguido.

El criado refirió con toda exactitud el suceso.

—¡Bien, mi querido Gil, muy bien!—le dijo el señor de Santisteban.

—Es muy poco lo que hemos conseguido.

—¡Es mucho! ¿Estás seguro de que doña Margarita te ha oído bien cuando me nombraste?

—Segurísimo.

—Pues, entonces...

—Y la prueba la tengo en sus miradas.

—Y eso prueba también que el Sr. Domingo pudo decirle lo más interesante. Ahora ella hará lo demás.

—¿Y si no acierta con el medio?

—Medios para conseguir lo que desean no les faltan nunca á las mujeres.

—No me atrevo á pasar por allí en seguida, porque si el escudero saliese y me viera..

—Sí; te reconocería, y le llamaría la atención.

—Esperaré hasta la hora en que el Sol se oculta, y luego andaré por allí toda la noche.

—Bien me parece.

—Pues si entretanto he de cumplir alguna otra orden...

—Nada puedes hacer.

D. Lope de Santisteban almorzó, salió de su casa y fué á Palacio. Parecía que aquella mañana estaba el Rey más animado.

—¡Llegas oportunamente!—dijo el Monarca al caballero.

—Me felicito, señor.

—Hoy tengo más fuerzas que ayer, y, por consiguiente, podemos hablar del asunto que me preocupa.

—Como no es urgente...

—Te equivocas.

—Dispuesto estoy á tener la honra de escuchar á Vuestra Majestad.

—Principia por dar las órdenes convenientes para que nadie nos interrumpa.

—¿Ni D. Juan de Haro?

—Nadie, mi querido Lope, absolutamente nadie.

El señor de Santisteban fué adonde estaban los gentileshombres, y les dijo:

—Su Majestad no quiere recibir á nadie: entendedlo bien, á nadie.

—¿Ha tenido presente que el Ministro no debe de tardar?

—Se lo he recordado, y me ha dicho ásperamente que ni á su Ministro ni á ninguna otra persona quiere recibir.

—La orden no puede ser más terminante.

—Y os aconsejo que no la olvidéis.

—¡No nos conviene olvidarla!

D. Lope volvió á la cámara real. Felipe IV iba á referir la tan triste como interesante

historia de uno de sus extravíos. Debemos escuchar el relato; pero antes conviene que sepamos lo que hicieron Margarita y Gil.

CAPÍTULO XIII

El hilo.

D. Lope no volvió á su casa, pálido y sombrío, hasta después de las doce. Debía de haber sufrido mucho al escuchar el relato de aquella historia. Como no tenía que dar á Gil nuevas instrucciones, se concretó á decirle:

—¡Mucho cuidado, porque el asunto se presenta más grave cada vez, y la menor torpeza nos comprometería!

—Descuidad, que lo que de ingenio me falta, me sobra de voluntad.

El señor de Santisteban entró en la cámara de su esposa. Hizo lo mismo que antes había hecho el Rey; es decir, que dispuso no recibir á nadie. Las horas pasaron desde entonces en completa calma. Empezó á ocultarse el Sol, y Gil, tomando su capa y su sombrero, salió. Un cuarto de hora después estaba en el arroyo del Arenal. Recatándose el semblante con el embozo, subió por San Martín. Iba muy despacio. Al llegar frente á la casa de don Juan levantó la cabeza. Muy difícilmente pudo contener un grito de alegría.

Á través de los vidrios de uno de los balcones distinguió la bellísima figura de Margarita: creyó que no podía ser una casualidad. Cambió la expresión de su semblante, y se bajó el embozo. La joven se acercó más á los vidrios, y Gil quedó inmóvil. Pasaron algunos momentos. Por fin el ingenioso sirviente se desembozó, dejando ver entre sus dedos un ovillo de hilo. Margarita colocó la diestra sobre sus ojos como para recoger los rayos de luz y ver mejor. Así indicaba también que miraba con interés. Se entendían perfectamente. El criado empezó á desliar el hilo, dejándolo bajar hasta el suelo. La hija del Rey movió la cabeza como si quisiera significar que había comprendido ó que estaban de acuerdo. Gil sacó entonces el papel. Ella volvió á mover la cabeza, y el criado, guardando hilo y papel, se alejó.

Como una estatua quedó la joven; temblaba convulsivamente; brillaban como carbunclos sus magníficos ojos, y con desigual violencia palpitaba su corazón.

—¡Ah!—exclamó con voz alterada.—¡No me equivoqué, no fué una ilusión! ¡Ese hombre me buscaba, y debe de ser un enviado de don Lope de Santisteban! ¡Dios mío! ¿Debo alentar alguna esperanza?

Separóse del balcón la infeliz Margarita agitadísima; se sentó, y oprimiéndose el pecho é inclinando la cabeza, cerró los ojos, no para dormir, sino porque así concentraba mejor sus pensamientos. Fueron disipándose los resplandores del crepúsculo. En el aposento no había más que una débil claridad. Se movió la cortina de la puerta. Luego pudo verse el flaco y amarillento rostro de D. Juan, cuyas pupilas brillaban como luces fosfóricas. Con avidez inconcebible contempló á la joven. Ésta no advirtió la presencia de su verdugo; y como se desvanecía rápidamente el resplandor crepuscular, muy pronto las tinieblas invadieron el espacio.

Entonces pudieron verse junto á la puerta dos puntos luminosos: eran los ojos de D. Juan. Percibióse también el ruido de su respiración trabajosa. ¿Para qué había ido? Probablemente, no tenía más objeto que contemplar á Margarita. Aquella escena muda era bien extraña. No es menester decir lo que D. Juan sentía.

Casi le estaba vedado traspasar el umbral de aquella puerta, ó por lo menos, no tenía ningún pretexto para entrar. Estos inconvenientes eran incentivos para su pasión. Su pecho se abrasaba, y al fin, haciendo gran esfuerzo, se alejó lívido y descompuesto.

—¡No, y mil veces no!—dijo con voz destemplada.—¡Antes que verla en brazos de otro, prefiero que muera!

Permaneció inmóvil y silencioso por algunos minutos, y cuando logró recobrar la calma cambió de postura, y añadió:

—¿Tendrá valor para resistir? ¿No le faltarán las fuerzas? ¡Sí, ahora resistirá; pero después de algunos días de estar en el convento, sus ideas cambiarán, porque ha de horrorizarla la idea de consumir su vida entre aquellos sombríos muros! ¡No; no ha nacido para monja! ¿Dónde estará el hidalgo?—prosiguió después de algunos minutos de silencio—¿Habrá vuelto

á Madrid? ¡Oh!... Es lo más probable Y con su audacia y con la ayuda del otro, aún más audaz... ¡No debe prolongarse esta situación, porque el tiempo, que puede ofrecerme grandes ventajas, puede ser también muy peligroso! Sin embargo, he de esperar la resolución del Rey, y entretanto tendré que poner al lado de Margarita otra persona, aunque no sea más que una dueña. ¿Dónde habrá una en quien pueda confiarse? ¡No sé cómo he de salir de este apuro! Y lo peor del caso será que exija también una doncella.

Así discurría el señor de Haro, cuando le dijeron que la cena esperaba. Fué al comedor: allí estaba ya Margarita. ¿Y Gil? Se paseaba ó se detenía sin perder de vista la casa, ó más bien, con el oído atento, porque entre las tinieblas no podía distinguir sino muy confusamente los objetos. Por allí pasaron algunos de los pacíficos vecinos del arrabal. Las puertas del monasterio estaban también cerradas, y en su interior era absoluto el silencio.

—¡Es asunto de paciencia!—decía el sirviente.

Las horas pasaron. Con gran contento distinguió la claridad de una luz á través de los vidrios del balcón. Después vió un negro bulto, como una sombra que se puso entre los vidrios y la luz. Gil tosió dos ó tres veces para que la joven supiese que allí se encontraba. El bulto desapareció. Y otra vez y con lentitud pasó el tiempo. Dieron las doce. Á los pocos minutos oyó Gil un ruido leve, que le pareció el crujido de una puerta al abrirse.

La luz había desaparecido. Como no brillaba la Luna, no había más claridad que la dudosa de las estrellas. Gil dió algunos pasos. Se detuvo bajo el balcón, que suponía ser el del aposento de Margarita. Volvió á toser. Levantó la cabeza, y quedó inmóvil. No tardó en distinguir un bulto blanco que descendía desde el balcón. Cuando aquel objeto estuvo á la altura de la cabeza del criado, éste lo cogió, encontrándose con que era un pañuelo ó un trapo pendiente de un hilo, quizás para que pudiera percibir el hilo en la obscuridad de la noche. Rompió éste Gil, guardando el pañuelo, y atando en seguida el papel. Muy pronto volvieron á crujir las hojas del balcón.

—¡Ah!—exclamó el sirviente.

Ya tenía la seguridad completa de que el papel se encontraba en manos de la hija del Rey. ¿Se equivocaba? No lo sabemos.

—¡Bien hemos principiado!—se dijo.—¡Veremos cómo concluímos!—y alejándose rápidamente, desapareció al llegar al arroyo entre las tinieblas.



No tardó en distinguirse un bulto blanco que descendió del balcón.

Ahora retrocederemos, volviendo al punto en que dejamos pendiente la conversación de Felipe IV con su antiguo paje, y así acabaremos de conocer la situación.

CAPÍTULO XIV

La historia de Margarita.

No mentía el Rey al decir que aquella mañana se sentía con más fuerzas; pero su vigor era falso, el de una violenta excitación nerviosa que más ó menos tarde había de tener su reacción, produciendo languidez y debilidad extrema: por de pronto le permitiría contar la triste historia con muchos pormenores, y quizás también con los colores más vivos. Don Lope se había propuesto escuchar, sin hacer ninguna observación ni pronunciar una sola palabra. Se sentó frente al Monarca, porque así lo dispuso éste, y aguardó. Nadie debía interrumpirlos, ni aun para tratar de los más graves negocios de Estado. Por algunos minutos permaneció silencioso el Rey. Su semblante fué cambiando de expresión, y al fin comenzó su relato diciendo:

—Mi querido Lope, vas á ver mi alma, vas á penetrar en el fondo de mi corazón, en el fondo de mi conciencia, y podrás juzgarme con exactitud, y no como me juzgarán el mundo y la Historia. Aunque rey, no soy más que una criatura como todas, y he obedecido á las condiciones de mi organización. Hace veinte años tenía yo, no sangre, sino fuego en las venas, y mi imaginación extendía á todas horas sus alas incansables para recorrer el espacio infinito de las ilusiones.

»No he nacido para rey, y el Destino quiso poner sobre mis sienes una corona con todo su peso enorme, con todos sus deberes, con toda su tremenda responsabilidad. Yo tenía que aceptar, porque me lo mandaba el honor, y moriré envuelto en la púrpura, que es la cadena de mi esclavitud. Mis vasallos, y particularmente los ambiciosos, me han mirado con envidia, y yo envidiaba al último de mis vasallos. He sido un mal rey; pero he querido serlo bueno. Mis intenciones eran las más puras: mis deseos, los más laudables; pero no correspondían las condiciones de mi organización, y ha resultado que, haciendo yo cuanto podía, y aun mucho más, hacía poco: quizás nada; ó si algo hacía, era malo y en perjuicio de mi pueblo.

»Hay cosas que nunca he comprendido, que aún no comprendo, y que no comprendería nunca, aunque viviese mil años. ¡Los negocios de Estado! Alguna vez he pensado si estarían locos esos grandes hombres que se dedican al estudio de los negocios de Estado, porque les he visto dar importancia á cosas que para mí eran despreciables. Recuerdo la pérdida de Portugal y la conmoción que aquel suceso produjo, y aún no se me alcanza en qué puede consistir la desdicha. Si los portugueses quieren arreglarse á su antojo, ¿qué pierden los españoles, mientras no les pongan estorbos para hacer su gusto? Siempre he creído que la posesión de Portugal no merecía la pena de los inmensos sacrificios que á mi abuelo le costó, y de los que tuvo que hacer mi padre para conservarlo.

»¡Con cuánta envidia he mirado á los que completamente libres se dedicaban al cultivo de las letras, gozando mientras escribían, y saboreando luego la dicha incomparable del aplauso público! Cuando á un poeta se le aplaude, apláudesele con verdadero entusiasmo; y cuando á un rey se le adula, se cumple un deber, ó se busca un medio para satisfacer la ambición. ¡Quisiera encontrar un alma desinteresada! Siempre ambicioné que me amasen, no por ser rey, sino por alguna cualidad extrordinaria; y así se explica mi complacencia en acometer ciertas aventuras. Una de éstas es lo que voy á contarte.

»Era una noche de Mayo. El calor se había dejado sentir bastante aquel día. No pude conciliar el sueño hasta muy tarde, á pesar de que mi salud era perfecta. En la soledad de mi domitorio, con el silencio de aquella noche, mi imaginación exaltóse más que nunca. Cuando mis ojos se cerraron al fin, soñé dulcísimamente; pero mi sueño duró poco, apenas dos horas. Desperté, dejé el lecho, me vestí, y abriendo una ventana, pude ver el cielo transparente y cuajado de estrellas. El céfiro acarició mi abrasada frente, y yo lo aspiré con fruición. ¡Cuánta ternura había en mi alma en aquellos momentos! ¡Noche feliz!

»Sin darme cuenta de lo que hacía, ceñí mi espada, tomé mi capa y mi sombrero, salí del dormitorio por la puertecilla secreta, y sin necesidad de luz atravesé el Palacio, recorrí aquellos sitios deliciosos, y al fin... No puedo



Margarita.

decir cómo sucedió; pero es lo cierto que me encontré fuera del Buen Retiro, en el Prado. ¿Quién me prohibía pasear? ¿Acaso un rey no puede permitirse el inocente goce de que disfruta el más infeliz de sus vasallos? Entré en la población, en la cual no hallé una sola persona. Aquella soledad me encantaba. Dejándome llevar por mis impulsos, recorrí muchas calles. Cuando maquinalmente me detuve, levanté la cabeza. Las estrellas habían desaparecido. Empezaba á sonreir la aurora. ¿Dónde me encontraba? Miré á todos lados. Era una calle que formaba pendiente y terminaba en otra bastante tortuosa y húmeda. Me estremecí al resonar una campana. Ante mí se levantaban mudos y sombríos los muros de un convento. La puerta del templo acababa de abrirse. Quise orar, y entré, colocándome inmóvil en un rincón cerca del coro.

»Apenas me santigué y empecé á rezar, entraron otras dos personas: un anciano débil, medio consumido, encorvado por el peso de los años y de los achaques, débil como yo lo soy ahora, y todo vestido de negro y modestamente, aunque debía de ser un hidalgo de muy buena cuna. Á su lado iba una mujer envuelta en el manto, joven, esbelta, hermosa como mi imaginación no había podido nunca concebirla, con ojos melancólicos que daban doble interés á su belleza, y con una languidez que conmovía profundamente. No se fijaron en mí, y, por consiguiente, aquella mujer entreabrió el manto y dejó ver un rostro hechicero. Me sentí trastornado. Por algunos momentos dejó de latir mi corazón. Algo había en los ojos de aquella mujer, algo misterioso que hasta mí venía penetrando en lo más recóndito de mi alma. Tan ansiosamente la miré, que debió de sentir la influencia de mi mirada, pues se estremeció.

»Volvió á todos lados la cabeza como buscando la causa de aquella impresión. Vi que en sus ojos brillaba el fuego de una hoguera, que en su pecho ardía el fuego de su alma. Se arrodillaron á poca distancia de mí. Por algunos minutos permaneció aquella mujer inmóvil y con la cabeza inclinada sobre el pecho; pero luego la levantó, y su mirada se cruzó con la mía. Volvió á estremecerse; la vi enrojecer, é inmediatamente cubrió su rostro palidez mortal. Yo adivinaba sn agitación por la mía, que aumentaba á cada momento. El sacerdote se presentó, y dió principio la santa ceremonia de la misa. Yo me esforzaba para olvidarme del mundo, para olvidarme de aquella criatura; pero mi voluntad era impotente, y la suya también, pues con frecuencia volvió hacia mí los ojos. ¿Me conocía? Ni siquiera remotamente sospechó que yo fuese el rey. No puedo decir si fué para mí breve ó largo el tiempo que duró la misa. Estaba cometiendo una locura que podía colocarme en situación muy difícil; pero no pensé en semejante cosa. Terminó la misa. Di algunos pasos, y me detuve junto á la pila del agua bendita. El anciano y la joven llegaron. Al primero le ofrecí el agua muy respetuosamente, y la aceptó, mientras decía:

»—¡Gracias, caballero!

»Hice lo mismo con la joven. Sus dedos tocaron los míos, y ambos nos estremecimos: sentí como si me hubiesen acercado un hierro candente, y aquel fuego fué hasta mi corazón, y de mi corazón debió de ir á mis ojos, como á los ojos de ella, escapándose en llamaradas que me envolvieron y deslumbraron. ¡Nunca he sentido trastorno igual!

»Me puse en movimiento involuntariamente. De pronto me encontré á la luz del Sol. Aquella mujer se alejaba. Yo la seguía. Dejamos atrás una calle, otra luego, después otra... ¡No sé cuántas! Ella desapareció con el anciano. Quedé inmóvil. Contemplé las paredes de su modesta casa. Eran muchas las personas que pasaban por allí; pero no sabía lo que hacía, y hasta que recobré el conocimiento no comprendí todo lo crítico de mi situación. Me encontraba muy lejos de mi morada. Recaté el semblante como mejor pude. El nombre de la calle tenía algo de fatal; era como un augurio de desdichas: Sal-si-puedes. Me alejé, salí á la de Convalecientes, y me metí por la del Pez. Ignoro si algún transeunte me conoció. Buscando los sitios de menos concurrencia, llegué al Prado, entré presurosamente en el Buen Retiro, y me fuí hacia el Parque. Allí me senté, esperé, y cuando me encontraron los de mi servidumbre les dije que había tenido el capricho de pasear desde antes que amaneciera.

»Aquella tarde mostré el deseo de recorrer á pie una parte de la población. Me acompañaron dos gentiles hombres, y como por casualidad pasé por la calle donde había quedado mi alma. Contemplé la casa, y quiso mi desdicha, que felicidad me pareció entonces, que en un balcón estuviese la mujer de los ojos de fuego. Hablé con los dos caballeros que me acompañaban como si fuera su igual, evitando así que la joven sospechase que era el rey. Mal que me pesase, me convencí de que aquella mujer me había fascinado, y de que en mi pecho ardía una pasión inextinguible. Comprendiendo los peligros de semejante amor, quise dominarlo, quise olvidar á la mujer sublime de mirada tan ardiente como melancólica; pero mis esfuerzos daban el resultado contrario. ¿Quién era ella? Quisé averiguarlo, y recurrí á mi sirviente de confianza, á quien no costó mucho trabajo ni mucho tiempo satisfacer mi deseo: á las pocas horas supe que aquella mujer se llamaba Margarita, que no tenía madre, y que su padre, muy quebrantada su salud, había vivido y trabajado mucho y honradamente como médico. Ya no ejercía su profesión, y vivía decorosamente con sus ahorros y los pocos bienes que heredó de sus padres. No había tenido más que aquella hija, y la amaba con delirio, como consuelo de su vejez.

»Ningún hombre había conseguido interesa su corazón, y, por consiguiente, nada de particular tenía su historia. Era un tesoro de ternura y un modelo de virtudes. Vivía muy aislada y apenas tenía trato con alguna de las familias amigas de su padre. No salía de su casa sino para ir á la iglesia, ó alguna vez para dar un paseo por lugares solitarios y en compañía de su padre.

»No comprendí hasta qué punto debía de ser horriblemente cruel arrancar al padre aquel pedazo de su corazón. Indudablemente, Margarita había nacido para amar, y amándole debía de ser dichosa. Convencido de que serían inútiles todos mis esfuerzos para olvidar á Margarita, me dejé llevar de los impulsos de mi pasión. Mi fiel criado me ayudó, como en otras muchas ocasiones.

»Tomé el nombre de Enrique. Margarita vaciló, no porque no se sintiese inclinada hacia mí, sino porque tenía miedo. Su criada, seducida por el oro que le entregaba pródigamente mi servidor, se encargó de disipar aquellos temores, diciéndole que muy pronto había de quedar huérfana, sola en el mundo que desconocía, y casi pobre. ¿Qué sería de ella si no tenía un protector? Y el mejor de los protectores debía ser un amante, un esposo.

»Además, el amor puro no era un crimen. Todas las mujeres amaban y se casaban, á menos que quisieran pasar la vida en un convento. Margarita no había nacido para monja. Escuchó á su criada sin desconfiar, y sucedió lo que debía suceder: me concedió una entrevista muy reservadamente; y una noche, mientras su padre dormía con el mayor descuido y cuando en todas partes era el silencio profundo, bajó Margarita y abrió una ventana con reja, dejándose ver agitada, sin poder apenas hablar. ¡Noche feliz! ¡Cuántas ilusiones! Yo hablaba, y me escuchaba Margarita como se escuchan siempre las primeras palabras de amor. Su inocencia le daba doble encanto. Á la noche siguiente nos vimos de nuevo.

»Tenía diez y siete años, y amaba por primera vez. ¡Pobre niña! La vieja criada nos servía admirablemente. No se le ocultaban los peligros de aquel amor; pero ¿qué le importaba lo que pudiera suceder, si satisfacía su sed de oro? Y yo se lo daba á manos llenas, puesto rue para mí no tenía ningún valor. Así pasaron tres meses. El amor de Margarita rayó en delirio. Sus temores desaparecieron. La violencia de mi pasión anuló mi voluntad. En aquel estado de verdadera locura, ¿qué había yo de hacer?

CAPÍTULO XV

Sigue la historia.

El Rey no había dicho todo lo que debió decir sobre puntos que eran muy graves; pero lo que callaba lo comprendía perfectamente don Lope. Lo interesante eran los sucesos, y éstos los relató con la más escrupulosa exactitud. Lo que no dijo fué cómo había empleado todos los medios de que dispone la sedución para trastornar más de lo que estaba á la infeliz Margarita, ni tampoco hizo más que alguna

ndicación en cuanto á todo lo horrible que era el abuso de herir el corazón del anciano padre.

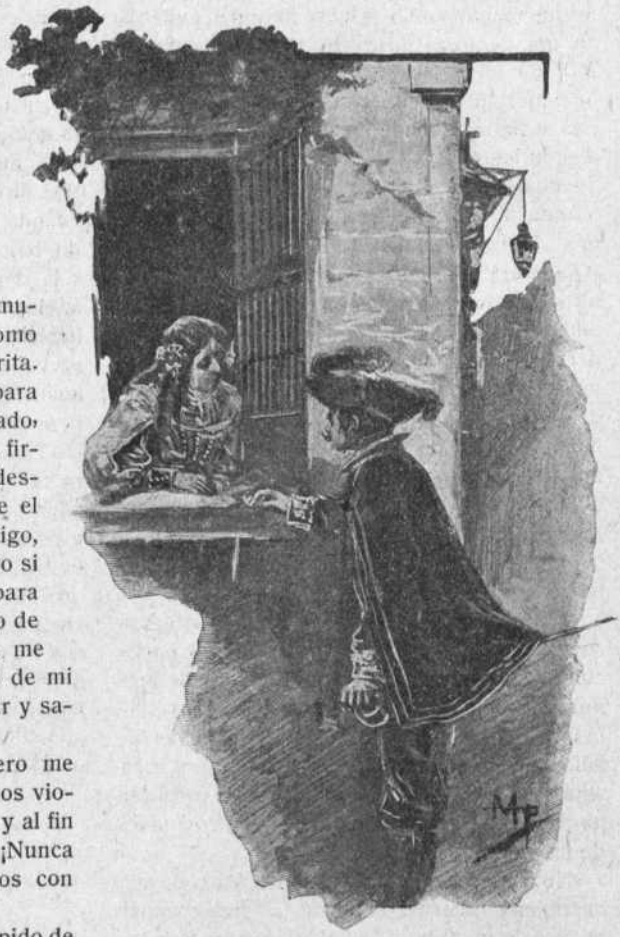
Se interrumpió Felipe IV para descansar, inclinó la cabeza, dejó transcurrir algunos minutos, y prosiguió diciendo:

—No es verdadera pasión sino el sentimiento que nos trastorna, que enloquece, que nos domina y los absorbe todos, y que produce una perturbación completa en nuestro juicio. ¿Qué debe pedírsele á la criatura que está dominada por una pasión? ¿Hay derecho para exigirle lo mismo que á los demás? ¡Sería la mayor locura pedir juicio á los locos! Yo tuve la desgracia de llegar á ese estado de trastorno profundo.

»Mi preocupación era tal, que pasé muchos días sin pronunciar palabra, como no fuese cuando hablaba con Margarita. Si el Conde-Duque se me presentaba para tratar de los graves negocios de Estado, tomaba yo la pluma, le hacía una seña, firmaba cuantos papeles me ponía, y le despedía con un ademán. Á pesar de que el Duque era, además de ministro, mi amigo, no le hablé de semejante asunto. Ignoro si averiguó, porque le sobraban medios para hacerlo; pero disimuló, y nada me dijo de tan delicado negocio. Ciego, sin que me fuera posible apreciar todo lo crítico de mi situación, hice cuanto pude para triunfar y satisfacer mis deseos impuros.

»Margarita luchó heroicamente; pero me amaba con frenesí, con pasión no menos violenta que la mía: también estaba loca, y al fin accedió á permitirme entrar en su casa. ¡Nunca olvidaré aquella noche! Nos mirábamos con embriaguez, y...

»Figúrate que ahora resuena el estampido de cien cañones, que la Tierra se abre á tus pies, y presenta negro abismo que ha de tragarte, y que una montaña de plomo cae sobre tu cabeza: figúrate esto, y así comprenderás, siquiera aproximadamente, lo que sentí al oir resonar la voz del anciano, que llamaba á su hija y exhalaba angustiosos lamentos. Un grito destemplado dejó escapar Margarita, y se puso en pie. Encontrábase lejos de este mundo, en la región de las ilusiones, y la voz de su padre la volvía á la realidad. Su rostro lívido se desfiguró. El fuego de su pasión devoradora desapareció de sus ojos. Yo exhalé un grito de rabia. La infeliz que acababa de salvarse milagrosamente levantó los ojos al cielo, y exclamó:



Abrió una ventana con reja.

«—¡Gracias, Dios misericordioso!

»Y salió del aposento para ir al dormitorio de su anciano padre. La desesperación habíase apoderado de mi alma. Á los pocos momentos se me presentó la vieja criada, exclamando:

»—¡Divina misericordia! ¡Perdidos estamos,

señor caballero! ¡Venid corriendo! ¡Venid, que los momentos son preciosos!

»—¿Qué pasa?

»—Creo que mi señor quiere levantarse, porque debe de haber oído algo que le llame la atención, ó porque indispuesto se sienta. ¡Vamos, vamos!

»No resistí. Seguí á la criada. Poco después me encontraba en la calle y al lado de mi fiel servidor. El aire libre, frío y húmedo, empezó á despejar mi cabeza. No era posible que en aquellos momentos me diese clara cuenta de lo que acaba de suceder.

»Devorado por la fiebre y trastornado por la desesperación, me volví á Palacio. Me fué imposible conciliar el sueño. Al día siguiente me sentí tan quebrantado, que no pude levantarme. El médico me vió, recetó, y le dejé sin hacer caso, porque lo que yo necesitaba era descanso, recobrar la calma y la razón. Tres días pasaron sin que me sintiese con fuerzas para dejar el lecho. Entretanto mi fiel servidor quiso averiguar cómo se encontraba Margarita; pero no consiguió ver á la vieja criada.

»La puerta de la casa estaba cerrada á todas horas, y lo mismo los balcones. ¿Qué sucedía? Inútiles fueron to as las pesquisas. Supuse que el infeliz padre había sospechado la verdad y adoptado la determinación de sacar á su hija de la corte. Todos estos obstáculos encendían más mi pasión. Como rey, me sobraban medios para averiguar dónde Margarita se encontraba, y decidí hablar francamente del asunto al Conde-Duque de Olivares, que me prometió hacer cuanto fuera posible, apelando á todos los medios imaginables. Quince días pasaron. Acrecentaba mi impaciencia.

»Por fin el Conde-Duque me dijo que acababa de hacer un gran descubrimiento.

»—¿En qué consiste?—le pregunté.

»—No ignora Vuestra Majestad qué lazos de amistad íntima me unen á Jerónimo de Villanueva, el proto-notario de Aragón.

»—Ya lo sé.

»—Es patrono del convento de la Encarnación Benita.

»—¡Ah!—exclamé, recordando que en la iglesia de aquel convento fué donde mi negro destino quiso que me encontrase con Margarita.

»—Pues bien—repuso Olivares;—hace unas dos semanas que en el convento se encuentra una novicia, una joven, que ha entrado allí como misteriosamente.

»—Si ella fuese...

»—Se llama Margarita, y eso es todo lo que D. Jerónimo ha podido averiguar.

»—¡Margarita!...

»—Es de singular belleza, tiene los ojos negros, grandes y expresivos, y su semblante revela uno de esos dolores profundos, incesantes y silenciosos que consumen lentamente la existencia.

»—¡Ella debe de ser!

»—Me parece que sí, y así se explica su desaparición.

»—La veré, y saldré de dudas.

»—No es difícil, porque, presentándose Vuestra Majestad como un caballero cualquiera amigo de D. Jerónimo, entrará en el locutorio, y podrá ver á muchas de las monjas y novicias. D. Jerónimo tiene ingenio y arreglará bien este asunto. Si nos equivocamos, nada se perderá, y aun puede ganarse mucho si la belleza de la novicia interesa á Vuestra Majestad, porque el mal de amores se cura con un nuevo amor.

»Ya sabes que el Conde-Duque, antes que en nada, ocupábase en complacerme, en hacerme agradable la vida. Muchos goces me proporcionó; pero se empeñaron en privarme de su amistad, y lo consiguieron. Podría ser mal ministro; pero como amigo era el mejor. Villanueva lo dispuso todo admirablemente, y con él fuí al convento. Ni la Superiora ni nadie sospechó que yo fuese el rey. Á través de la doble reja del locutorio miré ansiosamente á las esposas de Jesucristo y á las novicias que se presentaron llamadas por la Abadesa. Al fin apareció Margarita.

»¡Qué esfuerzo tuve que hacer para dominarme! Apenas me vió, me reconoció, quedando por un momento inmóvil y muda. Luego demudósele el rostro, abrió los brazos buscando un apoyo, y cayó sin conocimiento. Acudieron á socorrerla, y la sacaron del locutorio.

»Entonces nos despedimos de la Abadesa y salimos. Margarita tenía nuevos atractivos para mí; el de los muros y rejas que la guar-

daban, el del hábito religioso, que la hacía inviolable. Sabido es que se desea más lo que nos está vedado. Con el sayal me pareció mucho más bella que con los vestidos y adornos con que la conocí. Había dado el primer



Al fin apareció Margarita.

paso, y no era posible que me detuviera hasta dar el último.

»D. Jerónimo se mostró propicio para servirme, sin que le detuviera ninguna consideración. No era escrupuloso y atendía á su conveniencia, pues sabía que para pagarle tan señalado servicio yo nada le negaría después. Otras visitas hice al convento, y volví á ver á Margarita. Ya pudo ella dominarse, y sus miradas me dijeron lo que sentía. Me amaba como siempre, quizás más que nunca, y sufría mucho, porque sus deberes la obligaban á pronunciar los sagrados votos, separándose para siempre del mundo, y, por consiguiente, de mí. Hacía un gran sacrificio; pero salvaba su pureza.

»No era posible que yo me contentase con aquellas entrevistas, en presencia de la comunidad y sin más que contemplar á Margarita á través de las rejas del locutorio. Le dije á Villanueva que era preciso hacer algo más, y que se arreglase como pudiera hasta conseguir que yo entrase en el convento durante la noche y hablara á solas con la mujer á quien tanto amaba. Me prometió hacerlo así.

»Acudió á varios recursos, y como ninguno le diera el resultado que se deseaba, decidió romper la pared de su casa de la calle de la Madera, y medianera del convento. Calculó con mucha exactitud, dió principio á la obra, y pronto quedó establecida la comunicación entre la casa del proto-notario con el convento, por una bóveda donde se almacenaba el carbón. Desde aquel sitio lóbrego y excusado podía irse á todas las celdas y recorrer el interior de todo el edificio.

»Previnieron á Margarita, y aunque se negó á recibirme, se le hizo entender que nada conseguiría, porque mi resolución era irrevocable, y su resistencia produciría un escándalo. No eran menester las amenazas para la infeliz, que tenía el impulso de su devoradora pasión. Penetré en el sagrado recinto.

»Entre mis brazos estreché á Margarita, y juntos palpitaron nuestros corazones. Por una serie de circunstancias inevitables, llegó á comprender Margarita que yo era el rey. ¡Infeliz! Se horrorizó ante lo enorme de su irremediable desdicha. Raro era que pasase día sin que nos viésemos.

»Adoptábamos muchas precauciones; pero no podíamos prever todos los sucesos. Algo debió de llamar la atención de las monjas, porque observaron, espiaron á Margarita, y al fin averiguaron lo que había estado tan oculto. Dieron parte á la Superiora, que observó también disimulando hábilmente. Margarita no se fijó en que era objeto de aquellas observaciones peligrosas. No solamenente que entraba

un hombre en el convento, sino también que era el Rey supo la Abadesa, y, por consiguiente, no se atrevió á adoptar desde luego una determinación enérgica para evitar el abuso y procurar el castigo del que profanaba aquel santo lugar. Á cualquier caballero le hubieran sorprendido, llevándole desde el convento á los calabozos de la Inquisición; pero esto no podía hacerse conmigo.

»La Superiora debió de cavilar mucho, y de su ingenio fecundo dió una prueba terrible. Muy sigilosamente trazó un plan, haciendo los necesarios preparativos para ponerlo en ejecución. Llegó el día y el momento. Una noche á las doce me separé de D. Jerónimo, y en el convento penetré con la tranquilidad más completa. Nada de particular observé: el silencio, como siempre, era profundo. Me encaminé á la celda de Margarita, y... ¡No sé si tendré valor para referir el suceso espantoso de aquella noche! ¡Hay cosas horribles!

»Descansaré algunos minutos, mi querido Lope, porque necesito recobrar el aliento.

CAPÍTULO XVI

Sigue la historia.

El Rey se estremeció, hízose más densa la palidez de su rostro, y algunas gotas de frío sudor corrieron por su frente; pero no disminuyó su energía, sino que, por el contrario, parecía que iba en aumento.

—¡Margarita!—exclamó con acento que revelaba conmoción profunda.—¡Cuánto debiste de sufrir, y... cuánto sufres quizás!

Luego volvió á quedar silencioso. Dejó que pasasen algunos minutos, y por fin reanudó el relato diciendo:

—Atravesé los claustros, aposentos y galerías solitarias, semialumbrados por alguna moribunda luz, con un mundo de ilusiones en el cerebro y una hoguera encendida en mi corazón. Seguí por el pasillo donde estaba la celda de Margarita; pero de repente me detuve. Me sentí impresionado de una manera extraña al ver un resplandor rojizo que por la puerta de la celda se escapaba. ¿Qué significaba aquello? ¿Por qué Margarita tenía su habitación abierta y con tanta luz? Empecé á sentir miedo, sin saber por qué; empero no quise retroceder. Llegué á la celda. ¡Dios mío!... Lo que sentí no tiene explicación. Exhalé un grito. El cuadro que á mis ojos se presentaba no podía ser más horroroso. Empezaron á faltarme las fuerzas.

»Aquella luz me envolvió, me deslumbró, y todos los objetos los distinguí vagos y confusos, como si todo fuese fantástico, sobrenatural. En un ataúd estaba el cuerpo de la infeliz Margarita envuelto en los hábitos, rígido, con el rostro desfigurado y lívido; cruzábanse las manos sobre su pecho. Á los dos lados del féretro había dos religiosas arrodilladas. Inclinaban la cabeza, miraban al suelo y movían los labios como si rezasen.

»Cuatro cirios de amarilla cera esparcían su luz rojiza, que daba al cuadro un tinte lúgubre y aterrador. El chisporroteo de las luces era el único ruido que se percibía. El vértigo se apoderó de mi cabeza. ¡Muerta Margarita! Yo la había dejado tres días antes llena de vida, y ya no encontraba más que un cadáver. Sudor copioso y frío empapaba mi rostro. Mis miembros temblaban convulsivamente, y se doblaban mis rodillas. Una de las monjas levantó y volvió la cabeza; fijó en mí una mirada profunda, y me dijo con grave y severo tono:

»—Ya que nada habéis respetado, respetad la muerte. Contemplad vuestra obra, y preguntad á vuestra conciencia.

»Quise hablar, y no pude, á pesar de que hice grandes esfuerzos: me oprimí las sienes, cuyos latidos eran tan violentos que me aturdían; sordos ruidos resonaban en el interior de mi cabeza. La monja, con el mismo tono y la misma terrible energía, exclamó:

»—¡Alejaos, impío!

»Sin conciencia de mis acciones, obedeciendo al instinto, retrocedí algunos pasos. La expresión de mi rostro debía de ser espantable. Volví á detenerme, y otra vez retrocedí. Mi cabeza se abrasaba, y parecíame que iba á estallar.

»De repente, renaciendo mis fuerzas, unas fuerzas falsas, las de la desesperación, me lancé á través de las solitarias galerías exhalando algunos gritos, cuyos ecos se repitieron muchas veces en las bóvedas. Siempre guiado

por el instinto, salí del convento. Me encontré junto á Villanueva y al Conde-Duque, que me esperaban. Oí que exhalaron un grito al verme. No puedo decir qué más me sucedió en aquellos momentos, porque caí sin sentido.

»Cuando recobré la razón me encontré en mi lecho.

»Á mi lado estaba el Conde-Duque.

» ¡Ah!—exclamé.—¿Qué me ha sucedido?

»—¿No lo recuerda Vuestra Majestad?—me preguntó Olivares.

»—¡Margarita, Margarita!..

» - Señor, ya no existe aquella infeliz, y, por consiguiente...

»—¡Muerta!..

»—Ése es el gran desenlace de todas las historias en este mundo.

»—Pero...

»—Me permito recordar á Vuestra Majestad...

»—Sí; que estoy obligado á tener valor, siquiera porque soy rey.

»—He hecho cuanto era posible para que nadie conozca este suceso, porque un escándalo produciría las más graves consecuencias. Tiene Vuestra Majestad que presentarse á sus vasallos, y es preciso que sonría y oculte su dolor.

»—¡Pero mi conciencia!

»—¿Acaso Vuestra Majestad mató á doña Margarita?

»—¡La deshonré!

»—Señor, si á eso se le diese importancia, no habría ningún hombre que tuviera la conciencia tranquila. Vuestra Majestad amó á esa mujer; ella correspondió, y, más ó menos tarde, esas relaciones hubieran concluido. Antes de que así sucediese ha muerto, lo cual es una desgracia y nada más. Si Vuestra Majestad se dejó arrebatar por una pasión, doña Margarita fué también débil, y con tanta frecuencia se repiten estas debilidades en el mundo, que han perdido toda su importancia.

»—¡Yo la engañé!

»—No, porque al fin supo que su amante era el Rey, y, sin embargo, hizo lo mismo que antes. ¿Qué debía esperar? Que las circunstancias ó la vejez pusiesen fin las debilidades.

»—¡Estoy aturdido!

»—Bien se conoce.

»—¡Mis ideas son tan confusas!...

»—Es natural. La impresión fué demasiado desagradable y debió de producir sus efectos.

»Me esforcé cuanto pude y dejé el lecho. Me sentía muy débil; pero tenía que representar mi papel en la comedia del mundo.

»Reflexioné, y comprendí que, no habiendo remedio, me convenía distraerme y olvidar. ¿Qué conseguía con pensar en ella y mortificarme?

»Cuando cometemos una falta, buscamos y encontramos siempre razones para tranquilizar nuestra conciencia. Yo encontré algunas, y otras me las dió el Conde-Duque. Ahora no discurro lo mismo que entonces. Estuve en el Pardo algunos días, entregándome á los placeres de la caza. Luego Olivares, cuya imaginación era tan fecunda, inventó mil medios para distraerme. Á pesar de todo esto, no pude olvidar á Margarita.

»Cuando reflexioné con alguna calma y recordé todos los pormenores y circunstancias de aquel horrible suceso, me pareció que algo había inverosímil. No era imposible que Margarita hubiese muerto, y, sin embargo, me parecía que semejante desgracia no pudo ocurrir de aquella manera. De este asunto hablé con el Conde-Duque, quien fué de mi opinión. Llamé á D. Jerónimo, y tuvimos una conferencia. Supe entonces que la conducta de la Abadesa era algo misteriosa, y que no había dado al patrono explicaciones bastante claras sobre la muerte de Margarita. Después de mucho reflexionar dije:

»—¿No se ha representado una farsa?

»—¿Á tanto había de atreverse la Abadesa?

»—¿Y por qué no? Mi autoridad no alcanza al interior del convento, y en último apuro la ampararía la Inquisición, que tampoco reconoce mi autoridad.

»—Señor—me dijo D. Jerónimo,—todo es posible; pero dejaré de ser quien soy, ó pondré en claro la verdad.

»Cumplió su palabra. Sobornó al demandadero de la comunidad, y así consiguió saber que Margarita no había muerto, si bien estuvo enferma, probablemente á consecuencia de lo que sufrió aquella noche. ¿Cómo se había prestado á secundar á la Superiora?

»Debieron de obligarla, infundiéndole temor con la amenaza terrible de la excomunión, que



Una de las monjas se levantó y volvió la cabeza, fijó en mí su mirada...

era la condenación eterna. Ayudado por el demandadero, pudo Villanueva ver á Margarita, convenciéndose así de la farsa, y se apresuró á darme la grata noticia. No puedo decir si fué mayor el sentimiento de mi alegría que el de mi enojo.

»Pero nada me era dado hacer contra la Abadesa. El único castigo que pude imponerle fué el del desprecio. Quise ver á Margarita, y D. Jerónimo se ingenió otra vez. Antes de que pasasen ocho días volví á penetrar en el convento á media noche. Me pareció Margarita mucho másbella que antes. Creí haberla perdido para siempre, y al encontrarla la amé como nunca. Después de cruzar frases de ternura, desahogando así nuestros corazones, me explicó el suceso. Mis suposiciones habían sido acertadas.

»—¡Felipe mío, ámame como siempre me has amado, como yo te amo! ¡No me abandones, no me olvides, y á pesar de todas mis desdichas, me consideraré la más feliz de las criaturas! Si quieres mi vida, dispón de ella!

»—¡Cuánto te adoro!—exclamé.

»—Ahora escucha, porque he de comunicarte otro suceso, que desde cierto punto de vista es una desgracia más; pero una dicha inmensa para mi corazón.

»—¡Otro suceso!..

»—Ya no puede romperse el lazo que nos une.

»—¡Y no se romperá!

»—Creo—dijo acercándose á mí, y mientras sus ojos brillaban intensamente,— creo que soy madre.

»—¡Margarita!—exclamé.

»—Sí; en mis entrañas palpita tu amor. ¡Ah!... ¡Tú no puedes comprender qué dicha tan inmensa es ésta para mí!

»Me sentí anonadado. Largo rato pasó sin que me fuera posible pronunciar una palabra.

»—¿Te pesa?—me preguntó ansiosamente Margarita.

»—No; pero...

»—¿Qué?

»—¡La sorpresa!...

»—Tú ampararás á tu hijo, y con tu protección representará en el mundo un gran papel, como lo representó tu tío D. Juan de Austria.

—¡Sí!—murmuré.

»—Le amarás, y él te amará como se ama á un padre; y siendo él dichoso, yo lo seré también.

»El llanto se escapó de los ojos de Margarita. Me abrazó, y percibí los latidos violentos de su corazón de madre. Confieso que la noticia me desagradó mucho, porque echaba sobre mí una grave responsabilidad; pero disimulé ocultando mi disgusto, y dirigí á Margata las más tiernas palabras. También le prometí amparar y proteger al hijo de nuestro amor.

»Desde entonces me fué preciso preocuparme de la nueva situación, que no dejaba de ser crítica. ¿Qué sucedería cuando la Abadesa llegara á saber que nuestros extravíos habían producido aquel resultado? No era posible adivinar qué determinación tomaría. Seguí visitando á Margarita, aunque no con tanta frecuencia. Así pasó el tiempo. Cuando se acercaba el día terrible acudí á Olivares para que hiciese lo que convenía, buscando una persona que se encargara de la crianza de mi hijo.

»Teníamos necesidad de una persona reservada, discreta, leal y de noble clase, pues sólo así podía dar á mi hijo la educación que le correspondía por su regia estirpe. Pensando en mi abuelo el Emperador y en su hijo D. Juan, acabé por tranquilizarme. En realidad, yo no había hecho más que otros, y no merecía mayor castigo.

»Una dificultad se presentó: la Abadesa, enterada de lo que sucedía, habló con Villanueva, y le dijo terminantemente que no permitiría que yo me hiciera cargo de mi hijo sino á condición de renunciar á mis entrevistas, y de que Margarita profesase. Si estas condiciones no fueran aceptadas, ella dispondría á su antojo de la inocente criatura. Advirtió que contaba con el apoyo, no solamente de la autoridad eclesiástica, sino del Santo Oficio, pues estaba de acuerdo y obedecía las órdenes del Inquisidor general.

»En vano se esforzó D. Jerónimo para convencerla de que intentaba una locura: la Abadesa no transigió. Yo me dejé arrebatar por la cólera y amenacé terriblemente; pero mis amenazas no produjeron ningún buen resultado. Se hizo cuanto es imaginable. Mi conciencia no me permitía abandonar á mi hijo. Á Margarita le exigían un sacrificio espantoso.

»—¡Tu amante, ó tu hijo!—le decía la Abadesa.

»El amor de madre está sobre todo. La desdichada Margarita prometió hacer el sacrificio. ¡Infeliz! Yo prometí también. Llegó el momento. Una noche recibí aviso de D. Jerónimo. Con Olivares fuí á su casa, y me presentó una niña que acababa de nacer. ¡Era mi hija! La besé con ternura inmensa. No quise ver á Margarita porque mi presencia le hubiera producido una conmoción peligrosa, y quizás la muerte. Todo estaba preparado, y aquella misma noche el Conde-Duque dejó á mi hija en manos de doña Ana de Haro, señora virtuosísima y con sobradas cualidades para cumplir la delicada misión que se le confiaba.

»Á la niña le puso el nombre de su madre, porque ésta lo había suplicado así, sin duda para que en la inocente criatura tuviera yo siempre un recuerdo, y para que al nombrarla fuera el nombre de la madre infeliz el que pronunciase. Según se había convenido, doña Juana y su hermana salieron de Madrid á los pocos días. Así se evitó que alguna circunstancia imprevista descubriera el secreto que tanto importaba guardar.

»Hice cuanto pude, facilitando los medios para que mi hija fuese educada dignamente. Doña Ana cumplió su deber. ¡Dios la haya premiado! Aún no he podido averiguar cómo mi pobre hija llegó á saber que su padre es el Rey; pero ello es que lo supo. En cuanto á su madre, no ha conseguido saber quién es, ni siquiera si vive. Por las noticias que tengo, es de su madre fiel trasunto la hija, vivo retrato, lo mismo en cuanto al cuerpo que al alma. No la he olvidado, no me he desentendido de ella, ni me desentenderé. Quiero que sea feliz; pero la fatalidad se opone á mi deseo, y tendré que hacerla desgraciada contra mi voluntad.

»Murió Doña Ana. No sabiendo qué hacer, dispuse que mi hija continuase bajo el amparo de D. Juan, á quien ya conocía, amaba y respetaba, puesto que en compañía de su hermana vivió siempre D. Juan, y en realidad ambos hicieron lo mismo para educar á la pobre niña. Parece que su belleza ha interesado á no sé quién, que no debe de tener las mejores condiciones, y para evitar que en el corazón de la infeliz se encienda una pasión, D. Juan de Haro, en cumplimiento de las instrucciones que tenía, preparó sigilosamente su viaje y se ha trasladado á Madrid. Después haré comentarios sobre esta situación, porque ahora he de referirme á otros incidentes gravísimos que ocurrieron después del nacimiento de Margarita.

CAPÍTULO XVII

Concluye la historia.

Por algunos minutos descansó el Rey, y luego prosiguió su relato de esta manera:

—Mi querido Lope, una cosa es prometer, y otra es cumplir; y esto es más verdad cuando se trata de pasiones como la que á mí me trastornó. En cuanto á profesar, se mostró Margarita dispuesta á cumplir lo prometido; pero no se resignaba á vivir sin verme. Á mí me sucedía lo mismo, pues la prohibición encendía mi deseo. Por espacio de unos tres meses me dominé; pero al fin olvidé mi promesa y al convento fuí, si bien con el buen propósito de no repetir las visitas. Esta clase de propósitos no se cumplen, y así sucedió entonces. Las entrevistas se repitieron.

»La Superiora se percató de que continuaba el abuso. Ya no podía amenazarme con apoderarse de mi hija, y acudió á Don Fray Antonio de Sotomayor, que era el inquisidor general y mi confesor también. El buen religioso me habló del asunto, haciéndome comprender la conveniencia de poner fin al extravío. Tuvimos varias conferencias, y tanto me obligó, que prometí nuevamente no volver al convento.

»No se contentaron con esto, sino que el santo Tribunal de la Inquisición fulminó causa contra D. Jerónimo de Villanueva, y pocos días después la encerraron en los calabozos de la Inquisición en Toledo. La situación tomaba así un carácter muy grave. Temí nuevos conflictos. Conferencié con Olivares, y convinimos en disimular.

»También tenía miedo al Conde-Duque, porque sabía muy bien lo que son estos asuntos del Santo Oficio. Para evitar nuevas desgracias me propuso un plan que bueno me pareció, y una noche se fué á ver al Inquisidor general, y sin decirle una palabra de lo que había

JOAQUIN DEL POZO
ARAMBURU

sucedido en el convento de San Plácido, le presentó dos decretos firmados por mí. El uno concediéndole doce mil ducados de renta, pero á condición de que hiciera renuncia de su cargo de inquisidor general y se retirase á Córdoba. Por el otro decreto se le desterraba. La elección no era dudosa. Aceptó la renta, renunció el cargo y se fué á Córdoba.

»Inmediatamente el Conde-Duque envió instrucciones al conde de Peñaranda, mi embajador en Roma, y éste habló del asunto con el Santo Padre. El resultado no pudo ser mejor. Su Santidad dispuso que la Inquisición le enviase la sumaria, suspendiendo las diligencias para continuarlas en Roma. El Santo Oficio tuvo que obedecer. Nombró á Alfonso de Paredes, que era uno de los protonotarios del Consejo, para que fuese á Roma y entregara la causa, que debía llevar en una caja cerrada y sellada. Todo esto lo había previsto el Conde-Duque.

»Cuando supo que el designado para cumplir aquella comisión era Alfonso de Paredes, le llamó no sé con qué pretexto, y mientras le hablaba, desde un aposento inmediato, y oculto tras una cortina, le miraba un pintor y le retrataba. Nada sospechó Paredes. Hizo los preparativos para su viaje. Salió de la corte, donde se quedó su hijo Diego. En Alicante se embarcó para Génova, adonde llegó felizmente.

»Pero ya nuestro embajador tenía las instrucciones necesarias, y se había puesto de acuerdo con el Dux. El Conde-Duque le había enviado un retrato de Paredes, así como envió otras copias al virrey de Sicilia, y al de Nápoles, y al embajador en Roma. De nada le sirvió, pues, á Paredes tomar otro nombre al emprender el viaje.

»Como vigilaban á todas horas, comprobando con el retrato, fué Paredes conocido, y en Génova le prendieron, le llevaron á Milán, y de allí á Nápoles. El Virrey, que ya tenía las instrucciones necesarias, se apoderó de la caja, enviándosela al Conde-Duque con persona de su confianza. Sin abrirla me la trajo el Conde. En esta misma habitación y en este mismo sitio, y también mientras ardían en esa chimenea algunos troncos, examinamos el proceso. Los temores de Olivares eran muy fundados, pues el negocio llevaba camino de producir muchas desgracias.

»Adopté la única resolución que podía salvar al onde-Duque y á otras personas de las que me habían servido, y aquellos papeles fueron arrojados al fuego; y ahí, mi querido Lope, ahí se convirtieron en cenizas. Pude respirar tranquilamente. El peligro había desaparecido.

»Los parientes de D. Jerónimo acudieron al nuevo inquisidor; y como pasaron dos años sin que la causa llegase á Roma ni se tuvieran noticias de Alfonso de Paredes, el Inquisidor dispuso que se amonestase á D. Jerónimo, y así se hizo, llevándole á la sala del Tribunal en cuerpo y sin pretina, sentándole en un taburete de raso, y siendo reprendido por el guardián de San Francisco, sin darle más explicaciones que decirle que había incurrido en casos de irreligión, sacrilegio y otros pecados enormes, y que por eso había sido incurso en la bula de la Cena, y que se le absolvía á condición de que en el espacio de un año ayunase los viernes, no entrase en el convento San Plácido ni tuviera comunicación con ninguna monja, y que repartiese en limosnas dos mil ducados. Inmediatamente se le puso en libertad.

»Yo dispuse que no volviera á verme, pues así evitaba tentaciones que me pusieran en nuevos compromisos. Alfonso de Paredes fué encerrado en el castillo del Ovo, y como estaba muy enfermo y era viejo, según me dijo Olivares, tengo entendido que murió poco tiempo después de su prisión. Hice en favor de su hijo cuanto pude, señalándole una pensión con que pudiera vivir desahogada y muy decorosamente; pero sus extravíos le han privado de este recurso. Así terminó aquella tristísima historia; y ya que la conoces, podremos hablar de la situación presente y disponer lo que más nos convenga.

CAPÍTULO XVIII

Después de la historia.

Felipe IV inclinó sobre el pecho la cabeza al acabar de referir la triste historia de sus desdichados amores con la infeliz Margarita. Parecía que sus fuerzas se habían agotado al pronunciar las últimas palabras. Otra vez su

mirada fué profundamente melancólica. Suspiró penosamente. ¿Se sentía atormentado por la conciencia? D. Lope había ido palideciendo gradualmente. Su rostro estaba contraído, y su mirada era sombría. Lo que acababa de oir no era para él nuevo más que en algunos pormenores; pero se sentía, no solamente indignado, sino horrorizado.

Contempló al Monarca como si le compadeciese, porque en realidad digno era de compasión el hombre que tales cosas había hecho sin darles apenas valor, sin comprender que cometía los más horrendos abusos.

Abandonó á Margarita, dejándola en la soledad de su celda con su dolor mortal, con sus remordimientos y con la amargura que envenenaba su alma; abandonó á D. Jerónimo de Villanueva, que le había servido, y le pareció muy bien que para quedar ó salvo de toda responsabilidad, siquiera fuese ante la Historia, que se sacrificara al honrado Alfonso de Paredes. Ni siquiera, según hemos visto, sabía con seguridad si el infeliz notario había muerto ó continuaba en su prisión. Consiguió que el proceso fuera á sus manos, lo convirtió en cenizas, y no necesitó más. Puesto á salvo lo que á él mismo le interesaba, apenas se cuidó de los sufrimientos de los demás, y casi con indiferencia contempló las desdichas espantosas de que había sido causa con sus extravíos.

Su pasión debió de enfriarse, puesto que ya ni tuvo valor para arrostrar ninguna clase de peligros, y ni siquiera se acercó al convento donde gemía con el alma desgarrada la infeliz que tanto le amó y que tales sacrificios había hecho por él. Dispuso que su hija fuera educada con la distinción que á su noble sangre correspondía; pero esto no tenía ningún mérito, porque no le costó ningún sacrificio, sino algunos puñados de oro que nada absolutamente representaban para él. ¿Qué debía esperarse de quien así sentía y discurría?

Felipe IV fué egoísta en los últimos años de su existencia; pero no se daba cuenta de su egoísmo. Su afán único, su solo deseo era que le dejasen en paz, y á todo el mundo sacrificaría para conseguir el reposo que anhelaba. Para su tranquilidad se le presentó un estorbo, su hija, y no debía vacilar para hacerla desaparecer. ¿Cuál era el medio más sencillo? Encerrar en un convento á la desgraciada niña, separándola así para siempre del mundo. Hecho esto, no volverían á molestarle.

Todo esto y mucho más pensó el caballero mientras escuchó el triste relato, y las ideas más amargas y desconsoladoras se agolparon en su mente. ¿Qué conducta le convenía seguir para favorecer á las inocentes víctimas de las pasiones del Monarca? Si D. Lope intentase en aquellos momentos luchar, hubiera cometido una torpeza, una locura, puesto que Felipe IV estaba dispuesto á sacrificarlo todo con tal de conseguir la paz de espíritu que tanto anhelaba. Era forzoso disimular, fingir y trabajar ocultamente. Más de una vez en su vida había tenido que hacer esto D. Lope, porque las circunstancias le obligaron.

Más de un cuarto de hora pasó sin que se moviese, ni aun para cambiar de postura. No se percibía en la cámara más ruido que el leve y acompasado de la respiración del Rey. Por fin éste levantó la cabeza, miró á su favorito y exclamó:

—¡Ah! ¡Estos recuerdos me hacen mucho mal, mucho!

—Lo comprendo—murmuró D. Lope.

—Tengo el deber de conservar la vida, y éste es un deber sagrado.

—Indudablemente.

—Y para este deber hay dos razones; es decir, no solamente la de la propia conservación, sino la de los males que para mi pueblo ha de producir mi muerte, pues mi cetro quedaría en las débiles manos de ese niño infeliz... ¡Oh!... ¡Pobre España!... Y si ese deber he de cumplirlo, he de hacer lo posible para evitar que cierta clase de emociones abrevien mi existencia.

—Pero también como padre tiene Vuestra Majestad deberes...

—Y los he cumplido.

—Hasta hoy, sí.

—Sin que sea mía la culpa, la situación se ha complicado, me amenazan nuevos males, y quiero acudir al remedio; pero á un remedio eficaz.

—Según la cuestión se mire...

—Mi querido Lope—interrumpió el Monarca, —es inútil que nos forjemos ilusiones.

—Á ilusiones no me entrego, señor, porque tengo sobrada experiencia.

—He meditado muy detenidamente, y estoy convencido de que no hay más que un medio, uno solo.

—Tal vez.

—Mi pobre hija debe ir á un convento, y así se conjurarán todos los peligros.

—Pero...

—¿Qué ha de hacer en el mundo?

—Si encuentra un hombre digno de ella...

—¡No, Lope, no!—interrumpió vivamente el Monarca.—¡Ni siquiera pienses en semejante cosa!

—Me parece que...

—¡Imposible, imposible!

—Señor...

—Repito que ya he meditado.

—Si es firme la resolución de Vuestra Majestad...

—Irrevocable, porque necesito tranquilidad para vivir, y vivir es mi deber; no por los goces que pueda ofrecerme la existencia, que ningunos son, sino por el bien de mi pueblo.

De muy buena gana hubiera sonreído irónicamente D. Lope; pero no se atrevió.

—Me ocurre una duda, una idea—dijo.

—¿Qué?

—Si ya se hubiera interesado el corazón de doña Margarita...

—Mucho más interesado estaba el de su madre, y los sagrados votos pronunció; y con el tiempo, la separación del mundo, la oración y las reflexiones, ha concluído por recobrar la calma. ¿Por qué no ha de sucederle lo mismo á mi hija? Sufrirá los primeros meses; pero al fin aceptará la situación.

—¡Ó morirá!

—¡Dichoso el que muere en los primeros años de la juventud y cuando todavía las negras realidades no han disipado sus ilusiones!

—Si así miramos la cuestión...

—Ni debo ni puedo mirarla de otro modo.

—Entonces...

—Este asunto lo considero concluído.

—Pues yo también, puesto que ni de vista conozco á doña Margarita.

—Lo que en gran cuidado me pone es la extraña conducta del hijo de Cabral y eso de que la otra noche se presentasen en una posada dos hidalgos jóvenes y atrevidos, que se llamaban Domingo el uno y Diego el otro.

—Aun suponiendo que el hijo de Cabral esté en relaciones con el de Paredes...

—¡Eso sería grave!

—No veo la gravedad, señor.

—Recuerda que Alfonso de Paredes fué encerrado.

—Pero si murió...

—Eso tengo entendido; pero no lo sé con certeza.

—Me parece fácil averiguarlo.

—Me sería preciso ocuparme en ese asunto más de lo que me conviene, y hay además otro peligro.

—¿Otro peligro?...

—Supón que no ha muerto Alfonso de Paredes.

—Lo supongo.

—Yo viviría en temor constante por si su hijo conseguía devolverle la libertad.

—¿Y qué puede hacer un viejo débil?

—Tiene un arma terrible: el secreto que conoce; y debe de odiarme, porque no pensará que los reyes tenemos que sacrificarlo todo, hasta nuestra vida, á la terrible y fría razón de Estado.

—¿Es decir, que Vuestra Majestad?...

—No quiero saber si el Notario vive, pues mientras lo ignoro no dudaré si debo darle libertad.

—Ciertamente.

—Esa duda sería una lucha que me tendría en constante agitación y haría mucho mal á mi quebrantada salud.

—¡Entiendo!

—Pero sí quiero saber lo que ha sido del hijo de Paredes y lo que hace el de Cabral, porque así adoptaré precauciones.

—Lo averiguaré, señor.

—Te lo agradeceré mucho.

—Y en cuanto á D. Juan de Haro...

—Le dejaremos que prepare el ánimo de mi pobre hija.

—Deberíamos convencernos de si cumple no sus deberes.

—Sobre ese punto estoy tranquilo, pues, aunque quiera, no puede cometer ningún abuso.

—Siendo doña Margarita tan bella...

—Por eso D. Juan la guarda muy cuidadosamente; por eso vigila á todas horas.

—Y como es astuto...

—Mucho más de lo que imaginas.

—Se le conoce en la cara.

—Para eso vale mucho D. Juan. Si se tratase de una lucha de fuerza, no me inspiraría confianza; pero es cuestión de ingenio, de habilidad, de disimulo, y en ese terreno no hay quien á D. Juan iguale, como no seas tú.

—Me tranquilizo.

—Á pesar de todo eso, conviene que hagas observaciones: por supuesto, sin darte por entendido.

—Comprendo, señor.

—Y si después de observar como tú sabes hacerlo te parece que debemos adoptar alguna otra precaución, me lo dirás. Dejaré que pase algún tiempo antes de llevar al convento á mi hija, y entretanto nos pondremos de acuerdo con su madre.

—Si Vuestra Majestad piensa ver á sor Margarita...

—¡Dios me libre!

—Si ha de entenderse con ella D. Juan...

—Sí, y tú también.

El Monarca volvió á cambiar de postura, suspiró tristemente y dijo:

—¡Pobre Margarita! Debe de sucederle lo mismo que á mí: no le quedará más que la cabeza, el espíritu, la imaginación para recordar, el corazón para sentir, y los ojos para llorar. Pasó su juventud, lo mismo que la mía, y, probablemente, si ahora se me presentase, no la conocería. Su belleza era prodigiosa; pero la habrá destruído la mano implacable del tiempo. Sus fuerzas habrán desaparecido como las mías, y entre nieve estarán las cenizas de la hoguera que en su pecho ardió. Yo creí que el fuego de mi pasión era inextingible, y ella debió de creerlo también; pero nos equivocamos: no hay fuego que no se apague, porque todo tiene su término, su fin.

Sobre este punto se forjaba ilusiones y se equivocaba el Rey, pues olvidaba que la infeliz que tanto le amó no tenía entonces más que treinta y cinco años, y, por consiguiente, podía ser bella, podía tener el encanto de esa poderosa hermosura de la segunda juventud de la mujer. Así lo comprendía D. Lope; pero no quiso hacer ninguna observación y se concretó á decir:

—Es verdad: todo concluye, todo tiene su fin en este mundo, como lo tiene nuestra existencia.

—Mi querido Lope, lo que se refiere á mi hija no es lo que tiene más importancia en estos momentos, pues que todo concluirá con la resolución que he adoptado; pero el otro asunto es distinto, y no me permite un instante de reposo. El hijo de Cabral... ¡Oh!... ¡Averigua, mi querido Lope, averigua, porque es preciso poner en claro el misterio!—¿Te acuerdas de Cabral y de aquellos sucesos horribles?

—No es posible olvidarlos.

—¡Qué días de agitación aquéllos! Han transcurrido catorce años, y aun no nos ha sido posible averiguar quién era el hombre misterioso á quien llamaban el *Escudero de Satanás*. Tal vez se encuentra muy cerca de mí.

—Todo es posible.

—¡No puedo más, mi querido Lope!

—Me parece que ante todo debe Vuestra Majestad tranquilizarse. Ya conozco el secreto, ya he recibido instrucciones, y haré cuanto me sea posible.

—Aún necesito que me digas una cosa.

—Estoy dispuesto á obedecer á Vuestra Majestad.

—¿Debe estar tranquila mi conciencia?

—Señor...

—¡Con franqueza, Lope; respóndeme con franqueza y sin temor de desagradarme! Mi proceder ha tenido que arreglarse á las circunstancias, y de éstas ha sido la culpa de los sufrimientos de los demás.

—Antes de que yo responda á la pregunta que acaba de hacerme Vuestra Majestad...

—¿Qué necesitas?

—Ver las consecuencias finales, no solamente de los últimos sucesos, sino también de la determinación gravísima que ha adoptado Vuestra Majestad.

—Das á eso más importancia que á todo.

—Porque creo que la tiene.

—Te equivocas.

—Se trata de la suerte de una criatura digna de consideración por su inocencia.

—Se trata de una mujer que ha de ser monja

como lo son otras muchas, y eso no es una desgracia.

—De todas maneras, hemos de averiguar lo que piensa y lo que hace el Sr. Domingo.

—Y el hijo de Paredes.

—Y entretanto dejemos nuestra conciencia en paz, que cuando el caso llegue levantará su voz sin que le preguntéis.

—Acabas de decir una gran cosa; ó lo que es igual, esas sencillas palabras han sido para mí un rayo de luz. ¿Por qué hemos de preguntar á nuestra conciencia, por qué hemos de provocarla para que nos atormente con sus terribles acusaciones? Si duerme, debemos dejarla dormir, que algún día despertará sin que la llamemos. Empiezo á estar tranquilo, y á ti te lo debo, mi querido Lope.

—Me felicito, señor.

—Necesito descansar, y otro día haremos comentarios sobre los sucesos que te he dado á conocer.

El señor de Santisteban se puso en pie.

—Todavía no quiero ver á nadie—le dijo el Rey.

—Así lo advertiré.

—Vendrás esta noche,

—Señor, deseo que el Cielo proteja á Vuestra Majestad.

—¡Que Dios te bendiga!

El antiguo paje se inclinó y besó la diestra del Monarca. Al salir de la cámara dió la orden para que á nadie se permitiera entrar mientras el Rey no llamase. En una antecámara, y entre otros caballeros, vió á D. Juan de Haro, que le preguntó:

—¿Sería ya oportuno que dieran aviso de mi llegada á Su Majestad?

—No, porque se siente peor y á nadie puede recibir, absolutamente á nadie.

—¿Y si me hubiese mandado venir?

—Tampoco.

—Espera una contestación...

—Tened por seguro que Su Majestad no quiere ver á nadie, ni aun para el asunto más urgente ó de mayor importancia.

—Sin embargo...

—Haced la prueba, porque yo no he de oponerme á que le digan que os encontráis aquí, ni nada tengo que ver en esta clase de asuntos.

—No lo intentaré en contra de vuestra opinión—dijo D. Juan.

—Como mejor os parezca.

—¡Que Dios os guarde, D. Lope!

—¡Y á vos os proteja, D. Juan!

Por algunos momentos quedó pensativo e señor de Haro. Parecía que algo más quería decir, y que no se atrevía. Por fin decidió callar y saludó ceremoniosamente á D. Lope. Se alejó éste. El que pudiéramos llamar verdugo de Margarita, dijo para sí:

—Forzosamente, este hombre conoce á los dos hidalgos misteriosos, y, además, estoy seguro de que á él fué á quien vino á buscar la otra noche el llamado Domingo. Al Rey puede engañarle el señor de Santisteban; pero á mí no me engañará. Disimula y aparenta que es completamente ajeno al asunto que tanto interés tiene para mí; pero mis observaciones prueban lo contrario, y no es posible que de otra cosa me convenza.

De paciencia se armó D. Juan. Aún esperó dos horas. Convencióse al fin de que no conseguiría ver al Rey. Salió de Palacio y á su casa volvió. Aquel día no le acompañaba su escudero. Cuando estuvo en su vivienda entró en su cámara para entregarse á las reflexiones á que daba lugar su situación. Y ahora conviene que volvamos al punto en que dejamos á Gil esperando para entregar el papel, pues entonces ocurrió otra escena de muchísimo interés, que debía producir consecuencias gravísimas, complicando la situación de los unos y de los otros.

CAPÍTULO XIX

La sorpresa.

Á D. Juan le sucedía lo mismo que á todos los enamorados, y en particular á los que encuentran obstáculos y sufren contrariedades; es decir, que su pasión encendíase más y más y á todas horas pensaba en Margarita. Era muy grande la fuerza de su voluntad: se dominaba como quizás nadie se hubiera dominado; pero sus impulsos eran cada vez más violentos, y aunque aparentase aquella calma que tanto tenía de terrible para la joven, en-

tregábase á los transportes de la desesperación cuando nadie le veía.

La noche en que estamos, y después de cenar, metióse en su aposento, no para dormir, sino para entregarse libremente á sus pensamientos. Ya hemos dicho que no perdía la esperanza, pues creía que la joven cedería cuando en el convento se encontrase. Por algunos minutos estuvo paseando en la anchurosa cámara. Al fin se sentó, cruzó los brazos, inclinó sobre el pecho la cabeza, cerró los ojos y quedó inmóvil. No dormía. Con los ojos del alma estaba viendo á la criatura infeliz cuyo amor anhelaba tan ardientemente. ¿Se había entregado al sueño Margarita? Quiso saberlo D. Juan, y se puso en pie, pálido y agitado.

—¡Me abraso!—murmuró echando á andar.

Muy despacio y en medio de la obscuridad más profunda atravesó varias habitaciones y pasillos. Ningún ruido se percibía más que el de su respiración violenta y desigual. Llegó por fin á un aposento donde vió algunos destellos de luz que se escapaban por la estrecha abertura que quedaba entre la cortina y el marco de una puerta.

—¡No duerme!—dijo para sí el caballero.—¿Qué hace á estas horas?

Dió algunos pasos más; llegó junto á la cortina y se detuvo, escuchando con ansiedad: como no oyó cosa alguna, miró por la estrecha abertura. Margarita no estaba en el sitio de costumbre; pero allí había debido de estar, porque sobre la mesa había un libro abierto. Era indudable que las penosas horas de aquella noche las había pasado leyendo, lo cual nada de particular tenía; pero si se había cansado de leer, ¿por qué no se acostaba?

La mirada ardiente de D. Juan recorrió toda la cámara, fijándose al fin en el balcón, y viendo que la encantadora figura de Margarita se dibujaba confusamente sobre la vidriera, envuelta en la densa sombra proyectada por las colgaduras que cubrían el balcón, y estaban á medio levantar. Para D. Juan tenía muchísima importancia lo que estaba viendo, pues no podía creer que fuese mero y extravagante capricho lo que hacía la joven, que, por cierto, nada tenía de caprichosa.

Se esforzó el señor de Haro para dominarse, y quedó inmóvil. Luego vió que del balcón se separaba Margarita, cuyo rostro estaba muy pálido. Vió también que tomaba de encima de la mesa un ovillo de hilo y que ataba á éste su pañuelo.

Ya no era posible dudar que todo aquello significaba una intriga muy sigilosa. La garra de los celos empezó á destrozar el alma de D. Juan de Haro: sintió arder su sangre, y se escaparon de sus ojos rayos, temblando á impulsos de la ira sus manos. Margarita volvió al balcón y lo abrió tan sigilosamente como pudo. Sordo rugido resonó en el interior del pecho de D. Juan.

Sin saber lo que hacía, dió al fin un paso y entró en la cámara. Al mismo tiempo la desgraciada joven cerraba otra vez el balcón y se volvía. Lo que sucedió puede comprenderse, pero no explicarse. El Sr. de Haro apenas podía respirar; su rostro estaba lívido, y tan desfigurado, que hubiera sido difícil reconocerle. Pocas veces borrasca tan espantosa agitó el alma de una criatura. Por de pronto volvió á quedar inmóvil como si se hubiese petrificado, y tampoco acertó á pronunciar una palabra. Su mirada ardiente y profunda fijábase en la joven con expresión indefinible. Con toda la fuerza de su rabiosa ira, de su desesperación satánica, apretaba los puños y rechinaba los dientes. Al hombre de más valor hubiera infundido espanto en aquellos momentos. También estaba inmóvil Margarita, pálido como el de un cadáver su contraído rostro; su respiración era desigual y trabajosa. Debió de sentirse anonadada; pero parecía dispuesta á luchar. Así pasaron algunos minutos. La escasa luz de la lámpara esclarecía aquel cuadro, cuyo carácter no podía ser más original.

Ambos hicieron esfuerzos sobrehumanos para dominarse y poner término á situación tan violenta. La mirada de D. Juan de Haro se fijó en el papel que pendía del hilo, y que consideraba tesoro de inmenso valor. Le convenía apoderarse de él. ¿Por qué no había de hacerlo así antes de entrar en ninguna clase de explicación ni de hacer ninguna pregunta? Esto pensó; pero al mismo tiempo pensaba también la joven que si el papel caía en poder de su verdugo debía considerarse completamente perdida, y, por consiguiente, todos sus esfuer-

zos y toda su atención debían fijarse en la salvación del misterioso papel.

Con mayor intensidad relumbraron los ojos del caballero. De repente, y como el tigre cuando se arroja sobre su presa, lanzóse el caballero hacia Margarita, llevando las manos hacia el papel. Empero ella, con la agilidad de la gacela que obedece al instinto de conservación, cogió el papel con la diestra, lo oprimió fuertemente, tiró del hilo, y lo rompió. Y ambos exhalaron un grito; de espanto Margarita, de rabia D. Juan. Con fuerza convulsiva cerraba ella la mano, oprimiendo lo que con sobrada razón consideraba un tesoro, mientras que el señor de Haro, ciego, loco, quiso apelar á la violencia para apoderarse del papel. Retrocedió ella un paso, fijó una mirada profunda en el caballero y exclamó:

—¡Atrás, miserable!

—¡Oh!...

—¡Si os atrevéis á tocarme!...

—¡Á todo me atreveré; á todo!

—¡Gritaré, pediré socorro!

—¡Nadie acudirá en vuestra ayuda!—dijo con ronca voz D. Juan.

Dió otro paso hacia la infeliz, que ocultó el papel bajo su ropaje y sobre su casto y palpitante pecho.

—¿Pondréis sobre mí vuestras impuras manos?—dijo.

—¡Lo veréis muy pronto!

—¡Que soy la hija del Rey!

—¡Maldición!—gritó fuera de sí el señor de Haro.

—Si me tocáis, habréis violado la sagrada persona de Su Majestad; y al ofender mi pudor, cometeréis el más grave de los delitos. Si de este papel queréis apoderaros—añadió Margarita con febril exaltación,—no os queda más que un recurso: poner fin á mi existencia. ¡Aquí tenéis mi pecho: herid, y brotará la sangre del rey de dos mundos, que es la sangre que corre por mis venas!

No era posible que D. Juan se atreviese á tanto. La impotencia le trastornó más y más. Se oprimió las sienes con toda la fuerza de la desesperación. Sus fuerzas se agotaban. Tuvo que sentarse para recobrar el aliento. Margarita acabó de cerrar el balcón. Atravesó la cámara, y se sentó junto á la mesa.

Para los dos era muy difícil en todos sentidos aquella situación extraña. En cuantó pudo caviló D. Juan, queriendo adivinar de quién procedía aquel papel. No era posible que lo adivinase, puesto que ni la misma Margarita lo sabía con seguridad. Lo primero que al señor de Haro le ocurrió pensar fué que los dos hidalgos habían vuelto á Madrid y que la carta estaba escrita por el llamado Domingo. La necesidad le dió fuerzas al fin para dominarse y recobrar la calma en cuanto era posible en aquellos momentos. Por de pronto le convenía acudir á la astucia antes que á la fuerza. Se puso en pie, dió algunos pasos por la cámara, y deteniéndose frente á la joven, la miró por algunos momentos y le dijo con voz reconcentrada:

—¡He sido un insensato, lo reconozco! Mi obligación era dominarme, y me he dejado arrebatar; pero estoy arrepentido. Más franqueza ni más justicia no podéis pedirme, puesto que yo mismo me condeno. Afortunadamente, mi arrebato no ha producido consecuencias de importancia. Olvidad, pues, lo que acabo de hacer, y escuchadme, en la inteligencia de que hablo en nombre de vuestro padre, en nombre del Rey.

— Siempre os he escuchado — respondió Margarita con grave tono.

—Acabáis de recibir un papel.

—Después que lo habéis visto, sería inútil que yo lo negase.

—Vuestro augusto padre me tiene dados plenos poderes.

—Porque no os conoce.

—Ello es que ha depositado en mí su confianza, que le represento, y que vuestra obligación es respetarme como á él le respetaríais.

—Os he respetado; ya lo sabéis.

—Si vuestro padre y mi señor se encontrase aquí y os pidiera ese papel, ¿qué haríais?

—Se lo entregaría.

—Pues, entonces...

—Á vos, no—replicó la joven con firmeza.

—Replico que le represento.

—Á pesar de todo, no os lo entregaré.

—Si contra mi autoridad os resbeláis...

—¡Abiertamente!

—¡Doña Margarita!...

—¡Os fatigáis en vano!

—La autoridad de vuestro augusto padre...

—Permitidme que le vea, y os juro que este papel pondré en sus manos. ¿Qué importa que mi noble padre haya depositado en vos la más ciega confianza? Desde el momento en que abusáis de los poderes que os han dado, esos poderes son nulos.

—La vigilancia que ejerzo no es un abuso.

—Decid á mi padre que aspiráis á ser mi esposo y que intentáis obligarme con amenazas terribles, y entonces veremos si aún tiene en vos la misma confianza.

—Á vuestra mano renuncié, y, por consiguiente, ese asunto debe darse al olvido.

—¡Qué habéis renunciado!...

—Sí.

—Pues, siendo así, no quiero encerrarme en una celda, porque aspiro á ser amada por otro.

—No soy yo quien al convento os lleva, sino vuestro padre, el Rey, y eso no debierais olvidarlo. Más aún, doña Margarita: desde que mi hermana murió, ó muy poco tiempo después, en el convento debierais estar, porque así lo dispuso vuestro padre, y yo he suplicado, he hecho cuanto es imaginable para que esa resolución quede en suspenso. Tenéis, pues, que agradecerme el tiempo de libertad que desde entonces disfrutáis.

—¡Libertad!—replicó la joven con ironía.

—Eso he dicho.

—¿Acaso soy dueña de mis acciones? No me permitís tener amigos; apenas os separáis de mi lado, y cuando lo hacéis os sustituyen algunos espías que observan hasta mis movimientos; no salgo sino para cumplir los deberes religiosos, y por vos vigilada, y ni siquiera se me permite acercarme á un balcón para mirar á la calle. ¿Á eso llamáis libertad?

—Tengo que hacerlo así para que mi responsabilidad quede á cubierto.

—Sí—repuso Margarita, siempre con irónico acento,—porque muy grande sería esa responsabilidad si yo, por consecuencia de vivir como todas las mujeres viven, encontrara la ocasión de que algún hombre...

—No os equivocáis.

—Pero cuando de vos se trata, de vuestra pasión, no es peligroso que en mi pecho se encienda una hoguera, porque entonces haríais comprender á mi padre que su determinación es un acto de crueldad del que en su día habrá de dar cuenta á Dios.

—Ya os he dicho más de una vez que es absurdo pedirme que haga en beneficio de otro lo que yo necesito para mi dicha, y, por consiguiente...

—Está comprendida la situación.

—Debemos concretarnos á lo que acaba de suceder.

—Me espiabais.

—Cumplía mi deber.

—¡Cometíais un abuso, me ofendíais gravemente!

—La vigilancia no es una ofensa.

—Suponed que hubierais llegado en los momentos en que me desnudaba para entregarme al reposo. ¡Oh! ¡No lo haréis otra vez, porque mi pudor me obliga á adoptar precauciones, y las adoptaré, mal que os pese! Habéis visto que me entregaban un papel...

—Y lo quiero.

—Tendréis que matarme; ya os lo he dicho.

—No ignoro que á Madrid han vuelto aquellos hidalgos criminales y atrevidos que en la posada intentaron burlarse de mí.

—¡Que han vuelto á la corte!—gritó Margarita sin poder contenerse y dejando asomar á sus ojos la más viva alegría.

—¿No lo sabías?—preguntó D. Juan, examinando con atención profunda el semblante de su víctima.

Margarita guardó silencio.

—Responded—dijo después de algunos momentos el señor de Haro.

—¡No quiero!—replicó enérgicamente la desdichada joven.

—¡Señora!...

—¡Determinad lo mejor que os parezca!

—Os estáis haciendo mucho mal.

—Acudid á mi padre, quejaos, decidle que me rebelo contra vuestra autoridad, y mi padre dispondrá lo que tenga por conveniente, y yo respetaré lo que disponga; pero tened entendido que no basta que me digáis que ha mandado tal ó cual cosa, porque de vos, os lo diré de una vez, no me fío.

—¡Doña Margarita!—exclamó el señor de Haro, cuyo rostro enrojeció.

—Sí; os miro con desconfianza, porque sois

capaz, no solamente de mentir, sino de cometer todos los abusos.

—¡Y tengo paciencia para sufrir tanto!...

—Pedid al Rey que me ponga bajo la tutela de otra persona, y así quedaréis libre de responsabilidades y disgustos.

—¡Sí; libre quedaré cuando vayáis al convento, lo cual ha de suceder muy pronto!

—Lo deseo.

—¿Ya no os espanta la celda?

—No hay nada que me espante, que me horrorice tanto como vos.

—¡Pues, á pesar de todo eso—dijo desesperadamente D. Juan,—á despecho de todo el mundo, de todas las circunstancias, de todos los obstáculos!...

—No seré vuestra esposa, porque siempre me quedará una defensa, un recurso supremo: la muerte; y valor me sobra para poner yo misma fin á mi triste existencia.

—¡Horror!...

—¡Dejadme, caballero, que necesito reposo!

—Ese papel...

—¡No!

—¡Dejadme ese papel!—gritó fuera de sí don Juan.

Y dos corrientes de fuego se escaparon de sus ojos.

—¡Jamás!

—¡Que os pesará, doña Margarita!

—Ya os he dicho que estoy dispuesta á morir.

—¿Y si apelo á la violencia, á pesar de todas vuestras amenazas, á pesar de que sois la hija del Rey?

—Tendréis un desengaño, y os lo probaré.

Y al decir esto la joven sacó el papel, reduciéndole á un pequeño volumen y acercándolo á sus labios.

—¡Venid—dijo luego,—y apenas os hayáis movido, me comeré este papel que tan vivamente codiciais!

—No haréis semejante cosa, porque no podríais leerlo.

—Poco más ó menos, sé lo que me dice en este escrito el hombre generoso que me protege, y me salvará aunque tenga que hacer los mayores sacrificios.

Todo era inútil contra resistencia tan tenaz. Antes que entregar el precioso papel prefería Margarita destruirlo sin leerlo. Siguió esforzándose D. Juan, y volvió á pasearse, convenciéndose de que nada lograría.

—¡Está bien!—dijo después de algunos minutos.—Ese amante...

—No lo es, sino mi protector.

—Pues ese protector misterioso...

—Poco trabajo le costaría haceros temblar.

—Muy poderoso debe de ser.

—Algún día le conoceréis, os arrepentiréis de vuestros incalificables abusos, y entonces, poseído de terror...

—Puedo ser un criminal; pero no soy cobarde.

—Vuelvo á recordaros que necesito descansar.

—Yo también; y, sin embargo...

—¡Dejadme, D. Juan, dejadme!

—Os haré una advertencia.

—¡Acabad pronto!

—Desde este momento se os vigilará más cuidadosamente que nunca.

—¡No me importa!

—Y adoptaré las precauciones necesarias para evitar que se repitan sucesos como los de esta noche.

—No me quejaré.

—Nada adelantaríais con quejaros.

—Se ha entablado la lucha, y cada cual debe hacer cuanto pueda para triunfar. Todas las ventajas están de vuestra parte; pero no me desaliento, no me declararé vencida, y me defenderé hasta triunfar ó morir.

El señor de Haro, sin pronunciar una palabra más, dió media vuelta y salió de la cámara. Sufría horriblemente; tenía el infierno en el alma. Apenas la joven estuvo sola, cerró la puerta, echó la llave y leyó ansiosamente el papel que con tal valentía había defendido. No pudo contener un grito de alegría. Elevó al cielo una mirada y exclamó:

—¡Gracias, Dios mío!

Meditó cada una de las palabras escritas por D. Lope. Tenía sobrada inteligencia, y no era posible que dejara de apreciar bien la situación ni que cometiese ninguna torpeza. Ya no estaba sola; tenía un protector que valía mucho, y esto era una gran fortuna en su triste situación. Como repitió la lectura mu-

chas veces, quedó grabado en su memoria cuanto D. Lope decía. ¿Para qué necesitaba ya el papel? Era peligroso guardarlo, y acercándolo á la luz de la lámpara, lo quemó.

—¡Ah!—exclamó mientras contemplaba las pavesas.—Ya puedo dormir tranquila.

Se desnudó y se acostó, apagando la luz. Entretanto D. Juan se paseaba en su aposento. Meditaba, calcula a, empeñábase en adivinar, y no lo conseguía.

—No—dijo,—no es un amante quien le escribe, sino un protector. ¿Y quién es? ¿Vive el Cielo!... De la imaginación no puedo apartar el recuerdo de D. Lope de Santisteban. No sé por qué me empeño en creer que conoce á los hidalgos, que en relaciones íntimas está con ellos y metido en alguna intriga muy grave; pero no tengo pruebas, y nada puedo hacer contra un hombre tan poderoso y que tanto vale en todos sentidos.

D. Juan siguió cavilando. Pronunció muchas veces los nombres de los dos hidalgos atrevidos, y dijo al fin:

—¡Necesito averiguar quiénes son esos hombres!

No era fácil que lo consiguiese. Por de pronto tenía que fijar la atención en D. Lope de Santisteban. Dos horas después, tan fatigado de cuerpo como de espíritu, se acostó, durmiéndose al fin con sueño muy agitado. Se levantó á la hora de costumbre. Almorzó sin dirigir la palabra á doña Margarita más que para saludarla, muy fría, grave y ceremoniosamente. Después de almorzar habló con su escudero, dándole las órdenes convenientes para que vigilase, haciendo las observaciones que pudieran servirle de guía. El escudero era muy á propósito para el caso. Salió don Juan, y encaminándose al Buen Retiro, entró en la morada real. D. Lope de Santisteban fué el primer caballero á quien encontró en los salones.

CAPÍTULO XX

Lo que D. Juan dijo al Rey.

La situación de D. Juan de Haro era muy difícil, y gracias á esto podría defenderse la infeliz Margarita. ¿Con qué amenazaba? Con el convento. ¿Y qué ganaría cumpliendo su amenaza? En vez de ganar, perdería, puesto que tendría que renunciar para siempre á ver á la que en su pecho había encendido aquella pasión. Además, habría el peligro de que ella se resignase y aceptara su nueva situación, desvaneciendo así la última esperanza de don Juan; sobre que nada nos hace perder tanta fuerza moral como las amenazas que no cumplimos. ¿Qué sucedería después que á la joven se le hablase muchas veces del convento sin llevarla nunca? Acabaría por perder el miedo, porque se convencería de que aquel peligro era imaginario, y así tendría mucho más valor para resistir y mucha más fuerza para luchar. Era D. Juan demasiado astuto, y nada de esto podía ocultársele.

En semejante apuro buscaba una solución, y no encontró más que una: que el Rey hiciese entender á su hija que en todo y absolutamente, sin condiciones ni límites, debía respetar al caballero. ¿Y cómo había de hacerse esto sin que el padre y la hija se viesen? He ahí la dificultad.

Á Palacio llegó, según hemos dicho, y al encontrarse con D. Lope de Santisteban detúvose el señor de Haro, saludándole muy cortésmente y diciéndole:

—Perdonadme, caballero; pero he de pediros un favor, y tengo la esperanza de que me lo concederéis, á pesar de que no me honro con vuestra amistad.

—Todo lo merece una persona como vos—respondió D. Lope.

—¡Sois muy bondadoso!

—Ya os escucho.

—Tengo necesidad absoluta de ver á Su Majestad y de hablarle con algún descuido, sin temor de que nadie nos interrumpa, pues se trata de un asunto de muchísimo interés y muy urgente.

—¿No es más que eso lo que deseáis?

—Y no es poco para mí.

—Pues entendido tengo que nunca se cierran para vos las puertas de la cámara real, como no sea en esos momentos en que Su Majestad por su falta de salud no puede ver á nadie, ni á las personas más íntimas.

—Pero como Su Majestad, por desgracia, está todos los días y á todas horas enfermo y

no en muy buena disposición de ánimo, resulta que es difícil encontrar la ocasión, y aun encontrándola, no puede uno detenerse más que algunos minutos en su presencia.

—Y queréis que yo, que me encuentro en en una situación especial...



D. Juan de Haro

—Eso os he suplicado.

—Pues lo tenéis concedido, y me complazco al poder demostraros mi consideración.

—Gracias, D. Lope.

—Venid: esperaréis en la antecámara, hablaré con Su Majestad, y aliento la esperanza de que vos lo haréis inmediatamente, despacio y sin estorbos.

Siguió D. Juan á Santisteban. Detuviéronse en la antecámara. D. Lope se presentó al Rey.

—¿Otra vez por aquí?—le preguntó el Monarca.

—Otra vez, porque tengo necesidad de pedir una gracia.

—¡Una gracia tú!.

—Acaba de llegar D. Juan de Haro.

—¡Oh!—murmuró el Rey haciendo un gesto de disgusto.

—En vez de acudir á los caballeros que están de servicio, me ha suplicado que emplee toda mi influencia para que Vuestra Majestad le reciba y le escuche sin que nadie les interrumpa, porque tiene que ocuparse en un negocio de muchísima importancia.

—¿Qué puede haber sucedido?

—No me ha dicho más.

—Hoy es lunes—dijo el Monarca.

—Sí; la semana principia, y el día también.

—Y principia mal.

—Parece que D. Juan está preocupado, y debe de sufrir mucho y haber pasado mala noche.

—Esas observaciones tienen mucha importancia—dijo el Rey.

—Está ojeroso y pálido, y no es menester más que mirarle el rostro para conocer que apenas ha dormido la pasada noche.

—¡Tiemblo!

—Señor, preciso es que Vuestra Majestad tome este asunto con calma.

—Así lo exige mi salud; pero...

—Eso se consigue con un esfuerzo de la voluntad.

—Después de lo que he determinado, debían dejarme en paz. ¿Acaso puedo hacer más de lo que hice?

—No ha contado Vuestra Majestad con los accidentes imprevistos, que aunque no hayan de influir en el desenlace, es preciso tomarlos en consideración.

—Hagamos suposiciones.

—Si Vuestra Majestad me permite una observación...

—Di cuanto quieras, mi querido Lope.

—Me parece más acertado que Vuestra Majestad escuche al señor de Haro, porque así, en vez de calcular partiendo de suposiciones

que pueden ser equivocadas, tendremos un punto de partida seguro, una base positiva.

—Tienes razón.

—Creo que Vuestra Majestad debe recibir al señor de Haro, dando las órdenes convenientes para que nadie los interrumpa, y luego hablaremos, y veremos lo que conviene hacer según lo que diga D. Juan.

—Quiero que escuches la conversación.

—Tal vez en mi presencia...

—Por eso te ocultarás tras aquellas cortinas, y así luego me evitaré la molestia de repetir las palabras de D. Juan.

—Haré lo que Vuestra Majestad disponga.

—Pues ahora mismo.

—¿Y quién avisa al señor de Haro?

—Llamaré como si tú te hubieses ido por esa otra puerta.

D. Lope se ocultó tras las cortinas. El Monarca llamó, y le dijo á un gentilhombre:

—Que entre D. Juan de Haro, y nadie más, absolutamente nadie, hasta que él haya salido.

Pocos momentos después, y haciendo profundas reverencias, entró en la cámara el caballero. Felipe IV le miró, cambió de postura, inclinó sobre el pecho la cabeza, guardó silencio por algunos minutos, y luego dijo:

—Bien venido seáis.

—¡Señor!...

—¿Qué ocurre, D. Juan? El empeño que habéis mostrado en verme, y vuestro semblante, son malos anuncios. No es posible que hayáis olvidado que mi salud está muy quebrantada, y si en el lecho no me encontráis, es porque tengo que cumplir los penosos deberes de monarca. Yo creí que todo estaba hecho con haber adoptado una resolución; pero debo de equivocarme.

—Por desgracia.

—¿Cómo está la salud de mi hija?

—Es perfecta.

—¡Bendito sea Dios! ¿Y qué otra novedad puede haber? Escucharé cuanto bien os parezca decirme; pero si os explicáis con brevedad, os lo agradeceré, y, sobre todo, no deis colorido con viveza á la pintura que hagáis de cualquiera desgracia, porque me afectaría demasiado.

—Sencillamente, y quitándole en lo posible su importancia, relataré lo que ha sucedido.

—Eso es.

—Estoy perplejo, señor.

—¿Por qué?

—No puedo olvidar lo que sucedió en la posada, y me parece de necesidad absoluta, de grandísimo interés, averiguar quiénes son los dos hidalgos y si han vuelto á la corte.

—Para averiguar eso tenéis vos más medios que yo; pero, en último caso, mientras mi hija no olvide sus deberes...

—Empieza á olvidarlos.

—¡D. Juan!

—Y desconoce la autoridad de que Vuestra Majestad me ha investido, honrándome así con una confianza que no merezco.

—¡Eso es grave!

—Y se queja de mi crueldad, porque le hablo del convento.

—¿Acaso ignora que es cosa mía esa determinación?

—Lo sabe.

—Entonces, no se concibe que de vos se queje.

—Dice que abuso porque no la dejo en libertad, porque no la pierdo un instante de vista.

—Así cumplís vuestros deberes.

—Y duda; y al fin me ha dicho claramente que no respetará más órdenes que las que le dé directamente Vuestra Majestad de palabra ó por escrito.

—Pero cuando llegue el día de que vaya al convento, obedecerá, porque otra cosa no puede hacer, y, por consiguiente, su rebeldía se reduce á palabras, á un desahogo, que bien puede permitírsele á una criatura tan desgraciada como ella.

—Hay más, señor.

—¿Más aún?—dijo el Monarca sin ocultar su disgusto.

—Anoche, como siempre hago, fuí á la cámara de doña Margarita para ver si ya se había entregado al reposo.

—¿Y entrasteis en su dormitorio?

—No me permití esa libertad.

—Sin embargo, pudisteis sorprenderla en uno de esos momentos de descuido que ocasionan ofensas al pudor.

—Yo tenía la seguridad de que no sucedería así.

—Continuad.

—La vi junto al balcón y mirando á la calle á través de los vidrios.

—Para el que vive encerrado, no hay nada que tanto encanto tenga como el cielo. Si alguna persona pasaba por allí, de seguro la miraría con envidia, lo cual no me sorprende.

—Pero sucedió que á los pocos minutos se separó del balcón, tomó un ovillo de hilo y ató un pañuelo.

—¿Y con qué fin?

—Abrió el balcón, asomóse, volvió á la cámara, y en vez del pañuelo había en el hilo un papel.

—¡Ah!—exclamó el Monarca, que pareció reanimarse.

El asunto tenía ya mucho interés,

—¿Y qué hicisteis?— preguntó Felipe IV después de algunos momentos.

—Quise apoderarme del papel; pero ella lo ocultó sobre su pecho y bajo su ropa, y me llamó miserable, y me provocó á una lucha cuerpo á cuerpo, amenazándome terriblemente si me atrevía á poner mis manos sobre su persona, que sagrada consideró, porque corre por sus venas sangre real.

—¡Es mi hija, es mi hija!—exclamó el Rey en un arranque de orgullo que no pudo contener.

Sus ojos brillaron, y luego preguntó:

—¿Y no la amenazasteis? ¿No conseguisteis hacerla temblar?

—¡Temblar doña Margarita!... Señor, tanto valor tiene, que ni la muerte la espanta.

—¡Como que tiene mi sangre, que es la sangre de mi abuelo el Emperador!

—¡Bien se le conoce!

—Proseguid, D. Juan, que tengo la esperanza de que si con amenazas no hicisteis temblar á mi hija, con vuestra astucia y vuestro ingenio triunfaríais y os apoderaríais del papel que debemos considerar como un tesoro.

Se contrajo la frente del señor de Haro, haciéndose más densa la palidez de su rostro.

—¡Oh!— exclamó con voz sorda.— Tengo que reconocer mi impotencia.

—¿Es posible que no os hayáis apoderado de ese papel?

—Por mi desdicha: y como eso no he podido hacer y para otras cosas por el estilo será nulo mi buen deseo, suplico á Vuestra Majestad que me releve de la obligación que pesa sobre mí.

—No es ese un remedio, D. Juan.

—Pero yo...

—Os evitaréis graves disgustos; ya lo sé.

—¡Señor!...

— Cuando hay pue cumplir deberes de cierta importancia, se aceptan todas las responsabilidades, todos los peligros, todas las consecuencias, y hasta los sacrificios del amor propio. Siento hablaros con esta claridad, caballero; pero así lo exigen las circunstancias.

—No rehuyo el cumplimiento de mi deber, ni puedo rehuirlo cuando es tan honroso; pero si mi pequeñez no puede servir á Vuestra Majestad...

—Valéis bastante para el caso.

—Mucho me honra Vuestra Majestad.

—Vuelvo á escucharos. No olvidéis ningún detalle, ninguno.

—Aunque sin intención de hacerlo, me atreví á amenazar á doña Margarita con la violencia; pero se burló de mí, acercando á sus labios el papel y diciéndome: «¡Dad un paso más y me lo comeré!»

—¡Ah! ¡Si fueseis padre, comprenderíais la inmensa satisfacción que en estos momentos hay en mi alma!

Estas demostraciones de paternal orgullo desagradaban mucho á D. Juan, porque le probaban que le sería muy difícil conseguir lo que deseaba para dominar la situación Si no se hubiese tratado más que de hacerle mal, de inutilizarle, D. Lope de Santisteban hubiera aprovechado la ocasión presentándose y revelando el secreto de la pasión del señor de Haro. Empero con esto nada se conseguía, sino que, por el contrario, la situación hubiera sido doblemente difícil para doña Margarita.

—Ahora—dijo el caballero—juzgue Vuestra Majestad si humanamente era posible apoderarse del misterioso papel.

—No.

—Tuve que resignarme; me esforcé, hablé con calma á doña Margarita, y después de hacerle algunas advertencias, me dijo clara y terminantemente que el papel no procedía de ningún amante, sino de un protector misterio-

so que está en comunicación con ella; protector que, por lo que asegura, goza de gran poder, vale mucho, muchísimo en todos sentidos, y podría hacerme temblar.

—¿Un protector?...

—Suplico á Vuestra Majestad que fije la atención en estas circunstancias: el protector es muy poderoso, vale muchísimo; y verdad debe de ser, puesto que ha conseguido ponerse en comunicación con doña Margarita.

—¿Por qué no le hablasteis de los dos hidalgos?

—Los nombré, y dije que ya sabía que á la corte habían vuelto.

—¿Y qué respondió?

—Mostróse muy sorprendida.

—Eso prueba que no ha vuelto á ver á los hidalgos ni de ellos tiene noticias, sino que, por el contrario, cree que lejos de la corte se encuentran aún.

—Ésa es mi opinión.

—La protege un hombre muy poderoso...

—Y que debe de ser muy hábil para estas intrigas.

—Si hubiera resucitado el que en otro tiempo llamábamos Escudero de Satanás... ¡No, no puede ser!

—Si Vuestra Majestad adivina...

—No.

—Yo sospecho; pero puedo equivocarme.

—¿De quién sospecháis?

—Señor, no todo lo que se piensa debe decirse.

—Al rey sí.

—Hay personas de tal importancia y de circunstancias tales...

—¡Sea quien fuere!

—La más leve sospecha podía ser considerada como una ofensa gravísima.

—Como esa persona no nos escucha...

—Pero si merece la más completa confianza de Vuestra Majesta, resultaría...

—Explicaos, D. Juan, que yo os lo mando. Si os equivocáis, nada se habrá perdido, y si acertáis, castigaré al traidor, y quedará inutilizado para siempre.

—Pues bien; sospecho que ese protector tan generoso es...

—¡Acabad!—dijo el Rey con impaciencia y al ver que aún vacilaba el señor de Haro.

—D. Lope de Santisteban.

—¡Lope!—exclamó el Rey.—¡Mi querido Lope!... ¡Mi antiguo paje!... ¡Mi hijo, ó poco menos!...

—¡Señor!...

—¡Deliráis, D. Juan!

No hubiera éste pronunciado el nombre de Santisteban si llegara á sospechar que escuchando estaba oculto en aquella misma habitación. Inclinó el señor de Haro la cabeza y quedó inmóvil y silencioso. El Monarca añadió:

—No tendríais semejante sospecha si conocieseis la historia de mi antiguo paje. Ni concebir podéis las pruebas de lealtad que me ha dado. Hasta la vida le debo, porque la vida me salvó arriesgando la suya cuando el miserable Domingo Cabral quiso asesinarme en el Pardo. Entonces también las apariencias condenaron más de una vez á mi querido Lope; pero yo tenía en su lealtad y su cariño ciega confianza, y el desenlace de aquellos sucesos me probó hasta la evidencia que no me había equivocado.

—Si he pronunciado ese nombre...

—Ni siquiera de vista conoce á mi hija.

—Entonces...

—¿Y qué interés podría tener en contrariarme? Si no estuviera casado creeríamos que se había enamorado de mi pobre hija. ¡Ojalá eso fuera posible porque no me vería en la necesidad de contrariarla encerrándola en un convento, y los dos serían felices! Pero Lope está enamorado de su mujer, la adora, y es hasta exagerado para el cumplimiento de sus deberes conyugales.

—Señor, ni remotamente ha pasado por mi imaginación la idea de que D. Lope pueda estar enamorado de doña Margarita.

—Pues sin causa no hay efecto.

—Eso es indudable.

—¿Y cuál es la causa por que Santisteban se hace protector de mi hija á sabiendas de que así contraría mis planes, me coloca en una situación difícil y puede hacerme mucho mal? Semejante proceder sólo se concibe en quien no me ame, ó movido por alguna razón muy poderosa.

—Si Vuestra Majestad me permite hacer algunas suposiciones...

—Ahora todo podéis decirlo.

—Pues supongamos que D. Lope es amigo de los dos hidalgos misteriosos.

—Aun así, no se explicaría su traición.

—Supongamos también que por un motivo cualquiera se interesa mucho por ellos.

—Los protegería, porque medios sobrados tiene con su influencia y con su dinero.

—Otra suposición haré.

—Sepamos.

—Si el llamado Domingo se hubiese enamorado de doña Margarita acudiendo á D. Lope y diciéndole que sin su amor no podía vivir, claro es que la protección de D. Lope había de consistir en poner estorbos para que doña Margarita fuese á un convento.

—¡Tantas cosas suponéis!...

—Eso, que es posible, aunque no sea probable.

—Posible no es ese amor, puesto que hasta la noche que en la posada os encontrasteis con los hidalgos no conoció el llamado Domingo á mi hija.

—Entonces pudo enamorarse de ella.

—Pero un amor tan repentino pasa pronto; y, además, si los hidalgos se fueron y aquí estaba D. Lope, antes de que nada hiciese el protector había de pasar algún tiempo, y son pocos los días que han transcurrido desde que á Madrid llegasteis.

—No debemos olvidar que aquella noche vino uno de los hidalgos, y que, indudablemente, el objeto de su repentino viaje fué de conferenciar ó dar un aviso á cualquiera persona, la cual debió de facilitarle otro caballo, que de mucho valor era.

—Tengo motivos para creer que las apariencias engañan en esta ocasión.

—Siendo así...

—No puedo daros más explicaciones; pero sí la seguridad de que no es Santisteban ese misterioso protector.

—Estoy convencido.

—Observad; y puesto que por los alrededores de vuestra casa anda el misterioso protector, no os será difícil averiguar quién es.

—Lo averiguaré ó dejaré de ser quien soy.

—Adoptad nuevas precauciones, destinad para mi hija una habitación cuyas ventanas no den á la calle.

—Hoy mismo lo haré.

—Poned á su lado personas de confianza que la vigilen.

—Ése es uno de mis apuros, porque es raro encontrar criados que no sean traidores. Necesita una dueña y una doncella. ¿Dónde están que sean fieles?

—Buscadlas.

—Y en cuanto á mi autoridad...

—No puedo ver á mi hija.

—Pero siquiera escribirle...

—Tampoco.

—Pues, entonces...

—Enviaré una persona de mi confianza para que le haga entender sus deberes.

—Como este secreto...

—Acudiré á Santisteban, que conoce el secreto de mi antiguo amor y de la existencia de mi hija.

—¡Señor!...

—¿Nada más ha sucedido?

—Nada más.

—Pues anunciad á mi hija la visita de don Lope.

—Cumpliré como debo las órdenes de Vuestra Majestad.

—De vuestra lealtad estoy satisfecho. ¡Que Dios os dé salud, D. Juan!

Y al decir esto el Monarca hizo un ademán de despedida, volvió á otro lado la cabeza y fijó la mirada en el fuego. Nerviosa palidez cubrió el rostro del señor de Haro. Apretó los puños desesperadamente. Ya no le estaba permitido pronunciar una palabra ni detenerse un solo instante. Salió de la cámara, y apareció en ella D. Lope, cuyos labios se entreabrían para sonreir irónicamente y con expresión de desdén.

—¡Pobre hombre!—murmuró.

—¡Acércate, mi querido Lope!—le dijo el Rey.

FIN DEL TOMO PRIMERO

INDICE

Págs.

CAPÍTULO I.—Donde se relatan las más sorprendentes aventuras y se trasluce algo que tiene que ver con el Rey y con los negocios de Estado..... 5
II.—D. Lope dice algo de mucho interés, diciendo muy poco..... 20
III.—Los hidalgos se preparan..... 25
IV.—Las travesuras de los hidalgos. 30
V.—Observaciones y conferencias.. 34
VI.—Empieza á conocerse el secreto. 41
VII.—El Monarca recuerda, sospecha y desconfía..... 45
VIII.—La conferencia..... 52
IX.—La madre del Sr. Domingo .. 59
X.—El Rey se convence..... 63
XI.—Principia D. Lope á trabajar... 67
XII.—Gil se ingenia..... 72
XIII.—El hilo..... 74
XIV.—La historia de Margarita..... 76
XV.—Sigue la historia..... 79
XVI.—Sigue la historia..... 83
XVII.—Concluye la historia..... 87
XVIII.—Después de la historia..... 88
XIX.—La sorpresa..... 92
XX.—Lo que D. Juan dijo al Rey.... 97

INTERESANTISIMO

REGALOS IMPORTANTES

Quien envíe, con su importe, suscripciones á **La Novela de Ahora,** obtendrá las siguientes ventajas:

Por cada suscripción semestral tendrá derecho á recibir gratuitamente libros de esta Casa por valor de **DOS pesetas,** ó á obtener un descuento de igual cantidad en los pedidos que se sirva hacer.

Por cada suscripción anual tendrá derecho á recibir **gratis** libros por valor de **CUATRO pesetas,** ó á obtener un descuento de igual cantidad en sus pedidos.

Estas ventajas son con las condiciones siguientes:

1.ª El pedido ha de ser de obras publicadas por la casa Calleja.

2.ª Solicitar al hacer el pedido el regalo correspondiente.

3.ª Renunciar á cualesquiera otras **ventajas extraordinarias** que puedan concederse ó haberse concedido.

COMBINACIONES Y VENTAJAS
QUE PUEDEN DAR LUGAR Á ESTOS OFRECIMIENTOS

Si, por ejemplo, se envían **dos** suscripciones por año á **La Novela de Ahora,** podrá pedirse **gratis** un ejemplar del magnífico **Diccionario manual enciclopédico ilustrado** publicado por S. Calleja.

Por dos suscripciones de semestre se conseguirá **gratis** un tomo de la espléndida **Biblioteca Perla,** ú ocho tomos de la **Biblioteca popular,** etc., etc.

Enviando tres suscripciones por año y cuatro semestrales, puede hacerse un pedido de **VEINTE pesetas, completamente gratis,** y así sucesivamente: el valor del regalo ó del descuento que se obtenga estará en razón directa del número de suscripciones enviadas y pagadas.

REGALOS EN COMBINACION
CON PEDIDOS DE LIBROS ANUNCIADOS
EN EL
CATÁLOGO DE LA CASA CALLEJA
que se remite gratis á quien lo solicite

En los pedidos que acompañados de su importe se hagan á esta Casa, ofrecemos los siguientes regalos.

Por un pedido cuyo valor sea de **diez á veintinueve pesetas,** se tendrá derecho á recibir **gratis** los números correspondientes á un mes de suscripción á **La Novela de Ahora.**

Por un pedido de **treinta á cuarenta y nueve pesetas, se regalará** una suscripción á **La Novela de Ahora** por tres meses.

Por un pedido de **cincuenta á noventa y nueve pesetas,** se obtendrá **gratuitamente** una suscripción á **La Novela de Ahora** por seis meses.

Por un pedido de **cien ó más pesetas,** se tendrá derecho á recibir **gratis** una suscripción á **La Novela de Ahora** por un año, mas las ventajas que conceden para estos pedidos las condiciones de venta de la Casa.

Para tener derecho á estos regalos es necesario llenar las mismas condiciones que se señalan más arriba para los regalos de libros.

Estas concesiones podrán anularse cuando la Casa lo estime conveniente.

R. ORTEGA Y FRÍAS

El testamento de un conspirador

JOAQUIN DEL POZO
ARAMBURU



La Novela de Ahora

PUBLICACIÓN SEMANAL

3.ª época. ooo Año IV. Número 68.

LA NOVELA DE AHORA

PUBLICACIÓN SEMANAL

TERCERA ÉPOCA

68



Consiguió que su espada penetrase en el pecho del jefe.

RAMÓN ORTEGA Y FRÍAS

EL TESTAMENTO

DE

UN CONSPIRADOR

MEMORIAS DE UN REO DE ESTADO

TOMO II



JOAQUIN DEL POZO
ARAMBURU

MADRID
LA NOVELA DE AHORA

SATURNINO CALLEJA, EDITOR
CALLE DE VALENCIA, NÚM. 28

CASA FUNDADA EN 1876

Imp. y Enc. de la Viuda é hijos de J. Velasco. Andrés Borrego, núms.16 y 17.— MADRID



EL TESTAMENTO DE UN CONSPIRADOR

CAPÍTULO PRIMERO

La audacia de D. Lope.

El Monarca miró á Santisteban, desplegó una leve sonrisa y le preguntó:

—¿Te has enfadado, mi querido Lope?

—Señor, nunca me ha visto Vuestra Majestad rebajarme hasta ese punto.

—Me alegro; pero como lo que D. Juan ha dicho es muy desagradable, temí que provocara tu enojo.

—No tomo en consideración las calumnias, ni mucho menos esas sospechas. Además, soy justo, y reconozco que el señor de Haro tiene motivos para desconfiar de todo el mundo, así como los tiene también para pensar lo que piensa, pues lo que ha sucedido no tiene otra explicación fácil y sencilla.

—Eso es verdad.

—Se le antojó al hidalgo llamado Diego abusar de mi nombre para burlarse del astuto y receloso D. Juan, y eso bastaba para que se creyese que el llamado Domingo había venido á conferenciar conmigo aquella noche.

—Pero yo tengo la prueba de que esas sospechas son engañosas.

—El señor de Haro no la tiene.

—No he de darle explicaciones.

—Y otras apariencias pueden convencerle más y más, porque si yo estoy á la mira de lo que sucede y él lo advierte, no le quedará duda de que soy el protector mismo de doña Margarita.

—¿Y qué opinas de eso, mi querido Lope?

—No creo que exista semejante protector.

—Pero ese papel...

—Debe de ser de un amante.

—¡Oh!...

—No lo dude Vuestra Majestad: si á doña Margarita la espanta tanto la amenaza de que la encierren en un convento, es porque algún hombre ha conseguido interesar su corazón.

—¿Cuándo y cómo? Porque acaba de llegar á Madrid y apenas la ha visto nadie.

—Eso ha podido suceder antes; y si el galán la ha seguido...

—Comprendo.

—De todas maneras, resulta que doña Margarita no es una mujer vulgar.

—Eso no.

—Y si Vuestra Majestad no ha de ofenderse...

—Di lo que quieras.

—Me parece que se comete una torpeza tratando á esa criatura como á cualquiera otra. Ha nacido para luchar hasta vencer ó morir, ha heredado el corazón sensible y la grandeza de alma de su madre, y también la dignidad, el orgullo, quizás la indomable soberbia...

—¡Mía: dilo de una vez!

—Á despecho de todo el mundo amó Vuestra Majestad á la infeliz doña Margarita.

—Sí.

—Á despecho de todo el mundo amó ella también, y no hubiera pronunciado los sagrados votos si no amenazasen herir su corazón de madre.

—Discurres bien.

—Digo la verdad, y es bastante.

—Pero siempre resulta que la situación no puede tener más que un desenlace.

—Según. En el convento tendrá doña Margarita tal vez más libertad que bajo la vigilancia del señor de Haro.

—Quizás no te equivocas.

—Vuestra Majestad tuvo ocasion de saber lo que es el interior de un convento.

—Si supiésemos quién es el hombre que ha interesado el corazón de mi hija...

—Probablemente, algún hidalgo sin fortuna.

—Ó algún bribón que se proponga sacar partido de las circunstancias.

—Averiguaremos, señor.

—Por de pronto conviene que veas á mi hija, para que le hagas entender que debe respetar al señor de Haro como si fuera su padre.

—Me escuchará, y luego hará lo que se le antoje, porque las mujeres son así.

—Supongo que te hablará de su deseo de verme.

—Es muy natural.

—No le des ninguna esperanza, porque no me siento con valor para abrazar á mi hija, oir sus súplicas y ver su llanto.

—¿Y cuándo he de ir á verla?

—Hoy mismo, pues conviene terminar estos asuntos cuanto antes.

—Parece que entre doña Margarita y don Juan hay algo como un odio profundo.

—El preso odia siempre á su guardián.

—¿Y sucedía lo mismo con la hermana del señor de Haro?

—No llegué á traslucir semejante cosa.

—Señor, de este negocio no hemos visto aún más que la superficie.

—Que es bien fea.

—Nos falta penetrar en el fondo.

—Quizás sea horrible.

—Por eso precisamente necesitamos mucha calma y mucha prudencia.

—Lo que por de pronto deseo es no ocuparme á todas horas en este asunto.

—Cuando se presente un caso dudoso...

—Tú puedes decidir si no es muy grave, pues te autorizo para que en mi nombre dispongas lo que más convenga. Me siento mal, muy mal — añadió el Monarca con penoso acento,—y no lo dudes, mi querido Lope, mis fuerzas no alcanzan para resistir estas conmociones. Tú eres leal, me amas mucho, tienes talento, eres previsor, conoces los antecedentes, y puedes hacer mucho más que yo, porque, felizmente, conservas la energía. Necesito calma, mucha tranquilidad de espíritu, pues de otro modo mi pobre existencia se extinguiría en plazo breve.

—Si tan ciega es la confianza que Vuestra Majetad deposita en mí...

—Como siempre.

—Mi responsabilidad es mayor.

—Pero tú la aceptarás por el amor que te tengo.

—Y todo lo sufriré con gusto si puedo proporcionar á Vuestra Majestad el reposo que necesita.

—¡Que Dios te premie!

Pusieron fin á la conversación; despidióse Santisteban y salió del Palac o.

—¡Vive el Cielo!—exclamó mientras se alejaba de la morada real.—¡Este endiablado negocio se complica quizás tanto y tan gravemente como se complicó el de mis amores! ¿Qué debo hacer? ¿Me presentaré tal como soy á D. Juan? ¡Dudo!... Y lo peor del caso es que, por pronto que vuelva el Sr. Domingo, ha de tardar mucho, y aunque triunfe en Nápoles y deje así cumplido el deber que allí le llama, tendrá luego que ir á León para salvar al Duque, pues éste es otro deber que no podemos dejar de cumplir. Mientras todo esto se hace... ¡Oh!... ¡Dios sabe lo que sucederá!

Calculando para adoptar una determinación, volvió á su casa D. Lope, y conversó con su esposa hasta después de haber comido. Luego salió, encaminándose á la morada de D. Juan de Haro. Si cometía la menor torpeza, la más leve indiscreción, debía considerarse perdido.

En los alrededores de San Martín vió á su criado, pero no le habló. Llegó á la casa de D. Juan, y llamó. Pocos momentos después se entreabrió la puerta y se presentó un criado. No conocía éste á D. Lope, y le miró de pies á cabeza, preguntándole:

—¿Qué queréis?

—Ver á D. Juan de Haro.

—Ignoro si ha salido; pero...

—No ha salido, y, por consiguiente, podéis decirle que aquí está D. Lope de Santisteban.

—¡D. Lope!...

—Sí—repuso el caballero;—y en vez de mirarme sorprendido, debierais ser algo más cortés y acabar de abrir la puerta.

—Perdonadme; pero las órdenes que ha dado mi noble señor...

—¡Acabad!

—Soy vuestro servidor más humilde.

El escudero abrió de par en par. Siguió examinando con atención profunda al señor de Santisteban, y le llevó á un aposento amueblado ricamente, desapareciendo de su vista. Pocos momentos después se presentó D. Juan exclamando:

—¡Ah! ¡Me considero muy honrado!...

—No me agradezcáis la visita, porque vengo en cumplimiento de órdenes de Su Majestad.

—Entonces...

—He de ver á doña Margarita.

—¡Ahora mismo!

—No, porque antes tenemos que hablar.

—Pero me permitiréis que os dé las gracias por la bondad con que me dejasteis complacido.

—Ningún trabajo me costó.

—El resultado fué igual para mí.

—¿Pudisteis hablar con el Rey tan despacio como deseabais?

—Sí; y la consecuencia de nuestra conversación es la visita que me hacéis.

—Escuchadme, D. Juan.

—Con la atención que merecéis, D. Lope.

Fijó éste su mirada ardiente y dominadora en el anciano, y le dijo:

—Caballero, os habéis metido en un juego peligroso.

Todo debía esperarlo D. Juan menos estas palabras. Algo aturdido se sintió, aunque fácilmente no se aturdía. D. Lope añadió:

—Debe de sorprenderos mi lenguaje; pero es preciso que hablemos así, y á vos os conviene más que á nadie.

—No os comprendo, señor de Santisteban.

—Acabo de decir que os habéis metido en un juego que siempre es peligroso, y mucho más peligroso á vuestra edad y en vuestra situación.

—Aún no os entiendo.

—Me explicaré.

—Y os lo agradeceré mucho, porque es demasiado grave lo que decís.

—No sé si conocéis mi historia.

—La conoce todo el mundo, y yo más, por razones especiales.

—Me alegro.

—No ignoro que sois un hombre extraordinario.

—Y tampoco ignoráis que para mí no hay secreto posible.

—Así lo aseguran—respondió D. Juan, á quien empezaba á desagradarle mucho el giro que tomaba la conversación.

—Y no mienten—dijo D. Lope.

—Siempre he creído que conocíais el secreto de la existencia de doña Margarita, así como también la determinación adoptada por Su Majestad.

—Y algo más sé.

—No adivino á qué os referís.

D. Lope volvió á mirar muy fijamente al señor de Haro, y le dijo:

—Me refiero á vuestra desdichada pasión.

Lo que sintió D. Juan no puede explicarse. Nerviosa palidez cubrió su rostro, quedando inmóvil y mudo por algunos momentos. Su turbación era profunda; pero no era posible que cometiese cierta clase de torpezas.

—¿Me habéis entendido?—le preguntó el señor de Santisteban.

—No; y mi sorpresa ha sido tanta, que aturdido me siento. ¡Mi pasión!... ¿De qué pasión habláis, caballero? Mi torpeza reconozco, y declaro que si no me dais explicaciones...

—Os advierto que vuestras negativas no han de influir en mis determinaciones. Ni

aún en los primeros años de mi juventud cometí la imprudencia de dar un solo paso sin la seguridad de que el terreno era firme, y ahora que tengo más juicio y más experiencia, no he de ser menos cauto. No me he propuesto averiguar, sino deciros lo que sé positivamente y haceros comprender los peligros de vuestra situación. La mía es tan ventajosa, que para inutilizaros, para aniquilaros, no necesito más que pronunciar una palabra, y, sin embargo, no abuso: os dejo, entablo la lucha con noble franqueza, cara á cara y á pecho descubierto, con armas iguales y á la luz del día; cumplo mis deberes como siempre los he cumplido, y favorezco la justicia, porque el hacerlo así es una obligación de toda criatura honrada.

Por un instante brilló fulgor siniestro en las pupilas de D. Juan. D. Lope prosiguió diciendo:

—Antes me mirabais con desconfianza y con disgusto.

—Os equivocáis.

—Desde ahora me miráis con odio.

—¡Caballero!...

—Si pudeirais, haríais que yo desapareciese del mundo, y esto no podéis negarlo, caballero, porque diciéndolo están vuestros, y los ojos dicen más verdad que la lengua.

Grandes esfuerzos hacía D. Juan para dominarse, y no lo conseguía. Su situación era muy delicada, y podía comprometerse gravemente con una sola frase. Siempre astuto y previsor, se concretó á decir:

—¡Continuad!

—Vuestro secreto es un arma terrible; pero no haré uso de ella si no me obligáis, si no lleváis los abusos hasta cierto extremo.

—Señor de Santisteban, hablando estáis, y en la cuenta no habéis caído de que me ofendéis gravemente.

—Si la verdad es una ofensa, razón os sobra; pero, de todas maneras, os advierto que jamás rehuyo la responsabilidad de mis acciones y de mis palabras.

Esto era una provocación; pero el señor de Haro la dejó pasar.

—Escucho otra vez—dijo.

—Creí que había dicho bastante.

—Muy poco y muy obscuro.

—Nunca he pensado proteger á esa infeliz criatura que testimonio es de las antiguas debilidades de Su Majestad.

—Pues al oiros cualquiera creería que sois su más ardiente defensor.

—Lo único que haré será evitar que ciertos abusos se cometan; pero no pondré estorbos para que se cumplan las órdenes del Rey.

—¿Y por parte de quién teméis los abusos?

—Por vuestra parte.

—¡D. Lope!...

—Estáis enamorado de esa infeliz.

—¡No!—replicó enérgicamente D. Juan.

—Sí, y os lo probaré.

—¿Que lo probaréis?

—Con mucha falicidad.

—Hacedlo, y...

—Lo haré cuando me convenga.

—En vuestra lealtad confía el Rey, D. Lope.

—Y no se equivoca.

—¿Y os ha mandado venir para lo que estáis haciendo?

—No; pero como no me ha dado prisa, antes de cumplir sus órdenes hago otra cosa.

—¿Qué diría Su Majestad si ahora os escuchase?—replicó el señor de Haro.

—¿Y qué diría si conociese vuestras locas pretensiones de ser esposo de Margarita?

—Hablemos con claridad.

—Así lo hago.

—Vos sois el protector de la hija del Rey.

—Hasta cierto punto no más.

—De vos procedía el papel que anoche recibió, y Su Majestad—dijo el señor de Haro desplegando una irónica sonrisa,—con una buena fe que apenas se concibe, con un candor el más peligroso...

—Sí; os parece que al lobo le hacen guardián de las ovejas.

—Ni más ni menos.

—No os equivocáis, D. Juan, puesto que vos sois el guardián de Margarita, y precisamente vos aspiráis á devorarla. Tenéis razón al decir que no se concibe la buena fe de Su Majestad, puesto que al lobo lo mete en el redil.

—¡Vive el Cielo!...

—¿Os enfadáis?

—¡No hay calma posible para escucharos!

—Pues aún habéis de oir algo muy desagradable—repuso D. Lope.

—¡Todo lo espero de vos!

—Por supuesto, todo lo malo.

—¡Sí, caballero!

—Así estaréis más prevenido.

—Mis sospechas...

—Tal vez no os equivocáis al creer que conozco á los dos atrevidos hidalgos que de vos se burlaron en la posada.

—¡Oh!...

—Algún día sabréis quiénes son.

—Y entonces...

—Guardaréis el secreto, porque si así no lo hicieseis, yo revelaría el secreto de vuestra impura pasión. Trabajad, luchad, emplead toda vuestra astucia y todo vuestro ingenio, y si á triunfar llegáis, que buen provecho os haga; pero habéis de renonocer el derecho que á defenderse tiene esa infeliz: y si la fortuna no os favorece, resignaos y morid, como ella se resignará y morirá entre los sombríos muros de su celda.

Al fin se convenció el señor de Haro de que las negativas eran inútiles. Más le convenía hablar con franqueza y aceptar la lucha en el terreno en que D. Lope se colocaba.

—Pues bien—dijo;—la belleza de Margarita ha encendido en mi pecho una hoguera, y eso no es un crimen.

—No lo es.

—Acusarme por lo que no es un acto de mi voluntad...

—Os acuso porque no reparáis en los medios para llegar al fin que deseáis, y en eso consiste la falta, eso es lo que puede llamarse vuestro crimen.

—Hasta hoy no he cometido ningún abuso, puesto que me he concretado á pedir correspondencia para mi amor.

—¿Y no habéis amenazado?

—Á doña Margarita le he dicho que si no quiere ser mi esposa, irá á un convento, no porque yo la lleve, sino porque su padre lo ha dispuesto así. Á elegir le he dado entre el convento y mi amor: prefiere lo primero, yo sufro y continúo luchando; pero no hago más. Si vigilo á todas horas para evitar que se le acerque ningún hombre, cumplo así mi deber, cumplo las órdenes de Su Majestad, y esto no es un abuso, así como tampoco lo es que mis celos le pongan estorbos, pues sería locura pedirme que yo mismo protegiese á mi rival. Ésta es la situación, ésta es la verdad. ¿Qué queréis? ¿Qué exigís de mí?

—Ya os lo he dicho.

—Me habéis amenazado, y si abusáis del arma terrible que en vuestras manos ha puesto la indiscreción de doña Margarita...

—No me ha dado ella á conocer ese secreto.

—Pues no concibo cómo habéis podido averiguarlo.

—El Sr. Domingo tiene mucha habilidad para hacer observaciones, y él descubrió lo que tan cuidadosamente ocultáis, y á Madrid vino aquella noche para darme la noticia del descubrimiento.

—Falta saber las condiciones que me imponéis, porque si me priváis de libertad para seguir luchando, fácilmente alcanzaréis el triunfo.

—Repito que nada haré contra vos mientras os concretéis á rogar á Margarita para que os corresponda y á ponerle estorbos para comunicarse conmigo ó con cualquiera otra persona; pero si otros abusos cometéis, si á cierta clase de violencias apeláis...

—Reconozco que en ese caso vuestra venganza sería un acto de justicia.

—Estamos de acuerdo, D. Juan.

—Os he hablado con franqueza.

—Sí.

—Me parece que tampoco vos negaréis que el corazón de Margarita...

—Abrasado está por la llama del amor.

—Y uno de los dos hidalgos, el Sr. Domingo, debe de ser el que encendió esa llama.

—Sí—dijo sin vacilar D. Lope.

—Vuestra situación es ventajosa.

—De esas ventajas no abusaré.

—Lucharé como si no dispusieseis de los medios extraordinarios que os da vuestra influencia y vuestra situación especial cerca del Rey.

—Lucharé como si no fuese el favorito de Felipe IV.

—¿Me lo prometéis así?

—¡Por mi honor!

—D. Lope, os odio con toda mi alma; pero reconozco vuestra nobleza.

—Yo no os odio; pero desconfío de vos.

—He prometido...

—Veremos si cumplís.

—¡Caballero!...

—Las promesas no tienen valor hasta después que se han cumplido.

—Un caballero como yo....

—Vuestro ilustre nombre es una garantía; pero las pasiones trastornan, en la vejez mucho más, y el que está trastornado puede olvidarse de todo y cometer todas las locuras.

—¡El tiempo dirá!

—¡He concluído!

—Ahora veréis á doña Margarita.

—Eso espero.

—Supongo que en su presencia...

—Cumpliré las órdenes que me ha dado Su Majestad.

—¡Oh!... Situación tan extraña como la nuestra no puede imaginarse.

—Y el desenlace ha de ser más extraño.

—Voy á decir á doña Margarita que aquí estáis.

—Y que vengo por orden del Rey.

Del aposento salió D. Juan, volviendo cinco minutos después más pálido que antes y del mismo modo agitado, aunque disimulaba en lo posible.

—Caballero—dijo,—si á bien lo tenéis, seguidme.

—¡De la mejor gana!

—Vais á conocer una criatura...

—Verdaderamente extraordinaria, porque heredó el alma de su desdichada madre.

—Creo que sí.

—¡Vamos, pues!

No hablaron entonces más. D. Lope revelaba en el semblante la más perfecta calma. Sonreía dulcemente, y su varonil hermosura era en aquellos momentos admirable. Atravesaron varias habitaciones y llegaron á la cámara de Margarita.

CAPÍTULO II

Cómo desempeñó la comisión D. Lope.

Margarita esperaba con tanta ansiedad como temor. D. Juan le había dicho solamente que acababa de presentarse una persona de la íntima confianza del Rey; pero sin pronunciar su nombre ni hacer ninguna indicación en cuanto al objeto de la visita. Ni remotamente pudo sospechar la joven que el caballero fuese su generoso protector D. Lope de Santisteban. ¿Debía felicitarse, ó temer una nueva desgracia?

Inmóvil y con la mirada fija en la puerta permaneció la joven, haciéndosele los minutos siglos, hasta que se levantó la cortina y se presentó D. Lope, que, como hemos dicho, sonreía dulcemente. Con no menos dulzura saludó á la joven, y luego, como si hablara para sí y volviéndose á D. Juan, dijo:

—¡Criatura sublime!

No era menester más para que Margarita comprendiese que había interesado al caballero. También á ella le pareció que en el semblante de aquel hombre se reflejaba el resplandor de un alma grande y noble. ¡Qué diferencia entre D. Lope y D. Juan! Sentáronse. Para dar principio á la conversación no tuvo que detenerse ni que cavilar, y desde luego dijo:

—Mucho tengo que agradecer á la fortuna, que me proporciona la ocasión de conoceros, y el día de hoy lo consideraría yo uno de los más dichosos de mi vida si vuestra situación no fuese tan triste como es.

—Gracias, caballero, por vuestras lisonjeras palabras, y más aún por el interés que mostráis por mí—respondió Margarita.—Á mí también me parece feliz el día en que conozco á una persona que toma parte en mis sufrimientos.

—Supongo que D. Juan os ha dicho que vengo por orden de Su Majestad.

—Sí, caballero.

—Es muy delicada la misión que el Rey me ha confiado, y en grandísimo apuro he de verme para cumplirla, siquiera medianamente bien.

—Vos no tenéis la culpa de mis desdichas; y como vuestra obligación es obedecer, tenéis que cumplir esas órdenes, aunque sean muy desagradables, y yo no os miraré rencorosamente, pues soy justa.

—Me parece que ante todo debo deciros mi nombre, para que sepáis quién es el encargado de aumentar vuestros sufrimientos.

—Caballero, vuestro nombre...

—No deja de tener importancia, porque al oirlo os convenceréis de que gozo de gran influencia y soy persona de la íntima confianza de Su Majestad.

—Así debe de ser cuando os encarga tan delicada misión.

—Me llamo Santisteban...

—¡Don Lope!—exclamó Margarita con tono de profunda sorpresa.

Y con ansiedad indescriptible miró al caballero. ¡Era su protector misterioso! ¡Era la única persona que podía favorecerla! D. Juan, al ver la sorpresa de Margarita, dijo para sí:

—¡No se conocían! ¿Acaso no es éste el protector misterioso? Y, sin embargo, él mismo declara que se interesa por la suerte de esta criatura. ¡No lo entiendo! Pero, afortunadamente, sabré aprovechar las ventajas de mi situación, y haré lo que me convenga.

—No me parezco á nadie—añadió sencillamente D. Lope,—porque á ninguna tampoco se parecen las circunstancias de mi vida. Alguna vez tendré ocasión de referiros mi historia, no para envanecerme con mis triunfos, sino para haceros comprender que con la fe y la constancia no hay triunfo imposible; pero ahora me concretaré á cumplir las órdenes de Su Majestad. Y no llevéis á mal que severo me muestre, pues ante todo he cumplido siempre mi obligación.

—Si yo hubiera sabido que erais D. Lope de Santisteban...

—La situación sería completamente igual, orque yo he de servir lealmente al Rey, no por lo que es, sino por los inmensos beneficios que me ha hecho, si bien ésto nada tiene que ver ni es un estorbo para que yo alivie la suerte de los desgraciados. Todo puede conciliarse, y lo conciliaré en cuanto mis deberes me lo permitan.

—Debo por de pronto concretarme á escuchar.

—Ante todo, desea Su Majestad saber cómo os encontráis instalada y si tenéis cuanto corresponde á vuestra ilustre sangre.

—Pues mirad á vuestro alrededor.

—No es bastante.

—Pues eso es todo, porque si bien no se me niega una criada que me sirva, tampoco se me concede. Yo misma me visto y me desnudo, cuido de mi ropa, y me ocupo en esas pequeñeces que constituyen las obligacions de un criado.

—¡Perdonad, doña Margarita!...—interrumpia vivamente D. Juan.

—¿No es exacto lo que digo?

—Busco para vos persona que os sirva; pero no he podido encontrarla de confianza completa.

—En cuanto á mi libertad...

—Es muy poca, poquísima la que os concede vuestro padre—dijo D. Lope,—y quizás mi visita dé por resultado que se os vigile más cuidadosamente.

—Supongo que mi padre...

—Tiene ya noticia de lo que anoche sucedió, y de este asunto hemos de hablar ante todo.

—Vuelvo á escucharos, caballero—dijo la joven, cuya mirada seguía fijándose ansiosamente en el señor de Santisteban.

—Recibisteis una carta por el balcón.

—Sí.

—Ya debiais de estar de acuerdo con la persona que os escribía.

—No os equivocáis.

—¿Quién es esa persona?

—No debo pronunciar su nombre.

—Doña Margarita, os recordaré que en estos momentos represento á vuestro padre.

—No lo olvido.

—Investido estoy de toda su autoridad, porque así lo ha tenido por conveniente; y si lo dudáis...

—No lo dudo.

—Entonces, debéis responder.

—Pero no lo hago. ¿Acaso la criatura cumple todos sus deberes? Por desgracia, no sucede así; y si otros me dan el ejemplo, si me lo da mi padre...

—¡Pensad lo que decís!—interrumpió gravemente D. Lope.

—Mi padre tiene la fuerza, y la justicia está de mi parte: con la fuerza abusa, quiere sacrificarme á su conveniencia, y es preciso que al mismo tiempo me reconozca el derecho de defenderme. No le pedí la vida, sino que él me la dió para satisfacer sus pasiones, y, por consiguiente...

—¡Basta, señora!

—¿Vos tampoco queréis escuchar la voz de la justicia?—repuso la joven con creciente exaltación.—¿También á vos os asustan los lamentos de la pobre víctima? ¡Pido ver á mi padre, abrazarle por única vez, llorar sobre su pecho y que los latidos de su corazón se confundan con los del mío; quiero que por una vez no más me llame su hija y estampe en mi frente un beso, y me niega esta demostració de ternura, huye de mí, me rechaza! ¿Por qué?

Porque su conciencia no está tranquila y tiene miedo. ¿Cumple un padre sus deberes con dar á su hijo un pedazo de pan? Bien sabéis que no; y si tenéis hijos...

—¡Tranquilizaos; haced un esfuerzo para recobrar la calma!

—¡Sobrada tengo!

—Las circunstancias son un tirano intransigente, y muchas veces la criatura tiene que olvidarse de la justicia, de los afectos y de todo, para someterse á las circunstancias. El Rey no puede hacer lo que todos los hombres. Quitad la corona de las sienes de vuestro padre, y veréis cómo os abraza. Además, su salud está quebrantada hasta el punto de que apenas puede sostenerse, y una conmoción demasiado violenta pondría fin á su vida. Queréis abrazarle y que sobre el suyo sienta los latidos de vuestro corazón; queréis llorar sobre su pecho... ¡Ah!... No; eso no podría resistirlo, porque es demasiado para sus escasísimas fuerzas. Sin embargo, yo puedo hasta cierto punto, no más que hasta cierto punto, satisfacer los deseos de vuestro corazón. Si os empeñáis, á vuestro padre veréis, y le veréis desde muy cerca; pero sin que él conozca que estáis contemplándole.

—Caballero—dijo D. Juan,—lo que acabáis de prometer...

—Estoy dispuesto á cumplirlo, pues aunque es difícil, no es imposible para quien cuenta con los medios extraordinarios de que yo dispongo. Y á doña Margarita la verá también su padre sin que ella lo sospeche, y así ambos tendrán una satisfacción.

—¡Gracias, D. Lope!—dijo la joven.

—Mas no esperéis, porque no es posible.

—¡Comprendo!

—Por muy desagradable que os sea, habéis de colocaros en el terreno de la práctica, de la realidad. No habléis de la justicia, ni en la justicia penséis sino para fortificar vuestro espíritu; pero entretanto aceptad la situación tal como es, porque así os conviene, y dentro de esa misma situación defendeos, luchad y esperad el día del triunfo, como lo hemos esperado todos los que hemos sufrido mucho.

—Así lo haré.

—Os he preguntado el nombre de la persona que os escribió.

—Y he respondido que no lo pronunciaré, ni daré tampoco ninguna clase de explicaciones sobre este asunto.

—¿Y si en vez ne venir yo hubiera venido vuestro padre?

—Le contestaría lo mismo.

—¿Os atreveríais?

—¡Sí!—dijo Margarita sin vacilar.

—¿No tendríais miedo á su enojo?

—¡Miedo!—murmuró la joven irónicamente.—¿Qué puede temer la infeliz criatura para quien la existencia es un tormento? ¿Con qué pueden amenazarme? La muerte no me espanta, y no es posible que me impongan tormentos mayores que los que sufro. Dentro de algunos días, y según se me tiene anunciado, me encerrarán en una celda.

—Eso ha determinado vuestro padre.

—¿Y no harán lo mismo si me muestro sumisa y revelo el secreto que tanto afán tienen por descubrir?

—Veo que es firme vuestra resolución.

—Sí, caballero.

—Y también parece que os desagrada mucho lo de dedicar vuestra vida á la oración, conquistando así la salvación eterna.

—¿No pueden salvarse más que las criaturas que viven en una celda?

—Sí; pero...

—¿Y es la salvación de mi alma solamente lo que mueve á mi padre para imponerme ese martirio? Me parece que otras conveniencias son las que en cuenta tiene.

—Si de todas maneras vivís encerrada y contrariada...

—Esperanza tengo de que cambie mi situación mientras los sagrados votos no me separen del mundo.

—La determinación de vuestro padre sería una crueldad en un solo caso; en el de que algún hombre hubiera conseguido interesar vuestro corazón.

—¿Y es imposible que haya sucedido eso?

—No; pero mientras no lo sepamos con seguridad, no puede ser tomado en consideración.

Margarita inclinó la cabeza.

Vivo carmín tiñó su rostro.

D. Lope se había propuesto averiguar lo que tenía más interés, y lo conseguiría con el

giro que tan hábilmente daba á la conversación.

—Si con claridad no hablamos—dijo,—no nos entenderemos jamás. Vuestra reserva no puede ser absoluta, y si no todo, algo habéis de decir para que á todos nos sirva de gobierno.

—Preguntad, y os responderé.

—Vos amáis.

—¡Caballero!...—balbuceó la joven.

—Decidlo de una vez... ¿Por qué habéis de avergonzaros? Si tanto valor tenéis...

—Pues bien—respondió la joven haciendo un esfuerzo y fijando su intensa mirada en don Lope;—amo con todo mi alma, y amaré mientras viva.

Sordo rugido resonó en el interior del pecho de D. Juan. Terrible y siniestra se tornó su mirada. No puede concebirse lo que sufrió en aquellos momentos. D. Lope, como si no notase la alteración del señor de Haro, prosiguió diciendo con calma:

—Supongo que la llama de vuestro amor la ha encendido uno de los dos hidalgos que encontrasteis en la posada cuando á Madrid veníais.

—Sí—respondió con voz insegura Margarita y volviendo á inclinar la cabeza.

—¿Conocéis el nombre de ese hidalgo?

—Le conozco.

—¿Queréis decirlo?

—¡Antes moriría!

—¿Nada sabéis de su historia, de sus antecedentes?

—Nada.

—¿Está en la corte?

—Lo ignoro; pero creo que lejos de Madrid se encuentra.

—Ya lo veis, D. Juan: doña Margarita no es dueña de su corazón, y, por consiguiente, aspiráis un imposible.

—¡Oh!...

—¡Calma, señor de Haro, calma!

—¡Dejadme, caballero!

—Vuestra obligación es resignaros y morir.

—¡Antes que todo es mi pasión, y así lo declaro en presencia de doña Margarita!

—Pero recordad...

—No traspasaré ciertos límites, no olvidaré mis deberes y vuestros amenazas; pero, en cambio...

—Yo cumpliré las mías.

—Doña Margarita—dijo D. Lope,—la situación es más grave de lo que parecía.

—Tal vez.

—Nunca como ahora conviene que vayáis al convento, y sobre este punto diré á Su Majestad lo que bien me parezca.

—¡Caballero!...

—Aquí estáis mal.

—Pero...

—Vuestro honor exige más precauciones de las que se han tomado, pues, por mucho que D. Juan vigile, no puede hacer lo que hará la Superiora del convento. Ese hidalgo volverá á Madrid más ó menos tarde, y su presencia es un gran peligro. ¿Para qué aguardar? Opino que debe hacerse ahora lo que se hará dentro de algunas semanas.

Mortal palidez cubrió el rostro de doña Margarita. No comprendía semejante proceder en su protector, en el hombre que tanto parecía interesarse por ella y por la suerte del señor Domingo Cabral. Silenciosa quedó, porque no sabía qué decir. ¿Le habían tendido un lazo? Sin embargo, el semblante de don Lope revelaba mucha nobleza, y parecía imposible que un hombre como él se hiciera cómplice de ciertas intrigas y ciertos abusos.

—Seguid escuchando—dijo D. Lope después de algunos momentos.

—Escucho.

—Principalmente me ha mandado Su Majestad para haceros entender que D. Juan de Haro le representa, que tiene toda su autoridad, y que, por consiguiente, debéis respetarle como á vuestro padre respetaríais.

—Está bien.

—Ahora me permitiré examinar el interior de esta casa, y luego diré al señor de Haro si me parece bien que continuéis en esta habitación, pues la experiencia ha probado que aquí hay peligros de cierta clase que es preciso evitar.

—Si hasta de la luz queréis privarme...

—¡Pobre niña! Yo haría mucho en vuestro favor; pero es muy poco lo que puedo hacer.

—Por de pronto—dijo irónicamente Margarita—emplearéis vuestra influencia para que me encierren cuanto antes en un convento.

—Sí.

—Esta clase de beneficios...

—Los comprenderéis algún día, cuando sea posible apreciar con alguna calma la situación.

—Haced lo que mejor os parezca, puesto que mis súplicas no sirven para nada ni mis sufrimientos conmueven á mi padre.

Siempre con la misma calma, volvióse Santisteban á D. Juan y le dijo:

—Cuando á bien lo tengáis, examinaremos la casa.

—Ahora mismo.

—¡Vamos, pues!

D. Juan y D. Lope salieron de la cámara, donde quedó la infeliz Margarita. Recorrieron casi todo el interior del edificio. Calcularon, y convinieron en que la joven estaría mejor guardada en otras habitaciones cuyas ventanas daban á un patio. Así se quitaba el peligro del balcón. Cuando concluyeron de hablar de este asunto el señor de Haro dijo á D. Lope:

—¡Sois incomprensible!

—¿Por qué?

—Queréis proteger á Margarita, y, sin embargo, hacéis todo lo posible para conseguir que viva encerrada y sin que le sea posible mirar á la calle.

—¿No os conviene eso?

—Me conviene; pero...

—Viendo estáis que cumplo mi deber.

—Pero ¿sois vos el protector misterioso de la carta de anoche.

—No di semejante carta á esa pobre niña.

—¡Vive el Cielo!

—Otra cosa tiene mayor importancia

—Sí, mis celos, el amor de Margarita...

—Acabo de haceros un favor, porque si dudabais...

—¡No, ya no dudo!

—Pues su verdadero protector es su amante.

—Y vos le conocéis...

—Y le protejo; pero no á la hija del Rey.

—¿Quién es ese hombre, quién es?—preguntó D. Juan con el acento de la desesperación.

Y relumbraron sus pequeños ojos, y dejaron escapar centellas.

—Esperad algún tiempo, y lo sabréis.

—Sí, esperaré; pero...

Se interrumpió D. Juan. Su mirada se tornó profundamente sombría. D. Lope le dijo:

—Pocas veces dejaréis ver en el rostro, como ahora sucede, lo que pensáis y lo que sentís.

—¡Caballero!..

—Acabáis de pronunciar una sentencia terrible, una sentencia de muerte...

—¿Os sorprende que procure el exterminio de mi rival?

—No, porque debéis de odiarle.

—Entonces...

—Pero mirad lo que hacéis, D. Juan; miradlo bien, porque ese mancebo vale mucho es tan buen amigo como adversario temible.

—¡La lucha se ha entablado, y no retrocederé!—replicó enérgicamente D. Juan.

—Os hago la advertencia, y quedo tranquilo. Si sucumbís, no tendréis derecho para quejaros.

—Si no he de conseguir satisfacer los deseos de mi pasión, ¿qué me importa la muerte?

—Haced lo que mejor os parezca.

—Á pesar de que ese hombre cuenta con vuestra protección...

—No la necesita.

—¡El tiempo decidirá!

—Las circunstancias y la justicia.

No hablaron más entonces. Volvieron á la cámara de Margarita, preguntándole D. Lope:

—¿Deseáis algo que dependa de mí?

—Quiero saber quién es mi madre.

—No me está permitido revelaros ese secreto.

—Decid á mi padre...

—Que sufrís mucho, que tenéis el alma destrozada, que os consideráis víctima de injusticias atroces, y que deseáis verle y abrazarle siquiera una vez.

—Y si me lo concede, prometo dominarme, sonreir en vez de llorar, sufrir sin exhalar una queja.

—Repetiré vuestras palabras.

—Y si no atiende á mi súplica...

—Yo cumpliré mi promesa, y á vuestro padre veréis.

—¡Que Dios os bendiga!

—Os recomiendo otra vez la calma, la prudencia, y sobre todo la fe en la justicia divina.

—La fe no la pierdo.

—Entonces, triunfaréis.

—¡Sí!—murmuró sordamente D. Juan.—¡Es

peradlo todo de la justicia divina, mientras que yo!...

—¡De Satanás!—dijo D. Lope.

Y puso la diestra sobre su pecho y exclamó, dirigiéndose á Margarita:

—¡Dios os bendecirá, porque sois inocente! Sufriréis mucho, será penosa y larga la lucha; pero mientras llega el día del triunfo, no olvidéis que hay aquí un corazón que por vuestra suerte se interesa.

—Los sufrimientos no me espantan, y fuerza y valor me sobrarán para sostener la lucha.

—¡El Cielo os guarde!—dijo D. Lope despidiéndose.

Le siguió D. Juan hasta la escalera. Allí se encontraba el escudero, que le acompañó respetuosamente hasta la puerta de la casa. El señor de Haro se fué á su aposento, entregándose á los transportes de la desesperación. Cuando pudo dominarse llamó á su escudero y le dijo:

—Es preciso que conozcas la situación. El momento terrible ha llegado. Escúchame, y luego me dirás si con valor te sientes para ayudarme y arrostrar todos los peligros que me amenazan.

—Me parece que sí; pero...

—Siéntate, porque conviene que me escuches con calma, y porque es mucho lo que hemos de hablar.

Se sentó el criado, cruzó los brazos, fijó en su señor la mirada y quedó inmóvil. Como nunca iba el señor de Haro á dejar ver toda la ruindad de su alma.

CAPÍTULO III

El escudero principia á trabajar.

Don Lope no se había equivocado al decir que las pasiones trastornan hasta el punto de que el hombre más astuto comete todas las torpezas, y el más juicioso todas las locuras. Á D. Juan de Haro le convenía ser muy reservado, trabajar con mucho disimulo y no dar á nadie explicaciones sobre su situación, pues haciendo otra cosa había de comprometerse. Nada de esto se le hubiese ocultado en momentos de tranquilidad y de calma; pero estaba ofuscado, trastornado profundamente, y los celos le hacían sufrir como no sufre ninguna criatura. Una hora antes se forjaba la ilusión de que el corazán de Margarita estaba libre; pero la declaración de ésta era demasiado terminante. Había, pues, un rival que era correspondido, y á D. Juan se le ocurrió ante todo la idea de acabar con la vida de aquel hombre y de cuantos pudieran favorecerle. Como si hubiese hablado con el mejor de los amigos, dió á conocer su situación al escudero sin ocultarle absolutamente nada, pues creyó que así le convenía hacerlo para que le sirviera de guía y apreciase los peligros que era preciso arrostrar. Para que se comprenda hasta qué punto tenía importancia la imprudencia que acababa de cometer D. Juan, debemos decir que el tal escudero era uno de esos desalmados capaces de todos los abusos, de todos los crímenes.

Llamábase Lucas, tenía cuarenta años, y hacía tres que se encontraba al servicio de don Juan. Su historia, referida por él, era sencilla: había perdido á sus padres cuando apenas tenía uso de razón; se encontró desamparado, vivió milagrosamente algún tiempo, y acabó por sentar plaza de soldado para proporcionarse así un medio de subsistencia. Había estado en Flandes, en los Países Bajos, en Italia, y había recorrido, en fin, media Europa. Se había batido muchas veces; tenía en su cuerpo muchas cicatrices que acreditaban su valor, y dejó el servicio del Rey cuando se convenció de que nada adelantaba ni había de adelantar. Entonces buscó un amo, y lo encontró, decidiendo pasar la vida sosegadamente.

Esto era lo que decía; pero nosotros sabemos que había cometido más de un crimen, y que al dejar de ser soldado fué ladrón y asesino en la corte, se vió perseguido por la justicia, y huyó. Con decir, como ya hemos dicho, que Lucas era un desalmado, se explica todo. Tenía muchos vicios, que se le habían hecho necesidades, y, por consiguiente, necesitaba dinero: era, pues, altamente codicioso. En cuanto á su inteligencia, era vulgar, escasa; pero tenía su compensación en esa astucia y viveza de ingenio que siempre da una vida azarosa.

Por si el lector quiere conocerle también físicamente, le diremos que Lucas era de estatura más bien elevada, de constitución mus-

cular, bilioso, moreno, con negra y áspera cabellera, ojos negros también, algo hundidos, de mirada ardiente, penetrante, muchas veces sombría, casi siempre recelosa, y que impresionaba muy desagradablemente. Á la expresión de sus ojos contribuía la circunstancia de la espesura de sus negras cejas, que se unían sobre la nariz, formando así una sola línea de sien á sien. La nariz y la boca nada tenían de particular. Por su desgracia, una cicatriz cruzaba su mejilla izquierda y era una señal para reconocerle. Se expresaba regularmente, porque había tenido ocasión de tratar con personas de todas clases.

Con atención profunda escuchó la historia de Margarita, silencioso y sin hacer el más leve gesto: sabía dominarse y ocultar sus impresiones, disimular, fingir; de otra manera, no hubiera podido ser criminal de profesión. Cuando el relato terminó D. Juan guardó silencio por algunos minutos, y luego dijo:

—Supongo que sabes apreciar toda la importancia de lo que acabo de decirte.

—Me parece que sí, por más que importancia no tenga sino en cuanto á que se trata del Rey. Por lo demás, la historia es como otras muchas y nada tiene de particular.

—Sin embargo, precisamente porque del ey se trata...

—El secreto es casi un secreto de Estado.

—Eso es.

—Señor, no os molestéis en encarecer la necesidad de la reserva ni en amenazarme si cometo alguna indiscreción, porque todo lo sé. Tampoco se me oculta que juego la cabeza, que mi vida está en constante peligro desde hoy, y que, por consiguiente, es muy grande mi responsabilidad.

—Muy grande, sí.

—La acepto.

—Piénsalo bien, porque aún es tiempo de que retrocedas.

—Para serviros no necesito meditar, ni tampoco para decidirme á hacer mi fortnna. Vuestra situación es crítica: habéis cometido la torpeza de dejar que el tiempo pase, y ahora la lucha será doblemente difícil. No sé si algún plan habéis trazado, aunque me parece que no.

—Ninguno todavía; pero sí puedo decirte lo que deseo.

—Que desaparezca vuestro rival.

—Sí.

—Que inutilizados queden los que puedan favorecerle.

—También.

—¿Y los medios?

—¡Oh!—exclamó D. Juan, cuya frente se contrajo más de lo que estaba.—En cuanto á los medios...

—Perdonadme; pero conviene que con claridad digamos lo que sentimos.

—Quiero conocer tu opinión.

—Os la diré en pocas palabras: si nos detienen escrúpulos ó miramientos de cierta clase, nada conseguiremos.

D. Juan fijó una mirada penetrante en su criado, y después de algunos momentos le preguntó:

—¿Sabes lo que es la conciencia?

—¡La conciencia!—exclamó Lucas.

Y al pronunciar estas palabras soltó una carcajada estrepitosa. No era menester que nada más dijese. Los pequeños ojos de D. Juan relumbraron como carbunclos; se puso en pie, se acercó á su criado, le golpeó suavemente la espalda, y le dijo:

—Lucas, tú eres el hombre que yo necesito, y contigo triunfaré y seré feliz.

—¡Me alegro, señor!

—Y tú serás también dichoso, porque te daré el oro á manos llenas, y con el oro te proporcionarás goces sin fin.

—¡Nos hemos entendido!

—Desde hoy, en presencia del mundo seguirás siendo mi criado, mi amigo cuando el mundo no nos vea, y hablaremos como deben hablar los que tienen el mismo interés en el asunto.

—¡Entendido!

—¡Ante nada me detendré!

—Pues falta únicamente el plan.

—Lo trazaré con tu ayuda.

—Me parece que ante todo debiéramos averiguar quién es ese hidalgo que ha encendido el corazón de mi noble señora.

—¿Y cómo? Porque si en Madrid se encontrase...

—No importa que de Madrid haya salido; y me parece imposible que no se os haya ocurrido un medio para conseguir lo que tanto os interesa.

—¿Crees que es posible?

—Os daré la prueba, quizás antes de veinticuatro horas.

—¡Lucas!

—Si la pasión no os trastornase...

—¡Es verdad; estoy aturdido, estoy loco!

—Cuando una mujer se presenta en nuestro camino... ¡Rayos!... Afortunadamente, yo no estoy enamorado, y así, tengo tan despejada la cabeza como libre el corazón.

—Debes considerarte dichoso.

—Señor, para mí no hay duda que D. Lope de Santisteban es el protector de doña Margarita.

—Ó por lo menos, como él mismo confiesa, protege al hidalgo.

—¿Es imposible averiguar con qué personas tiene relaciones?

—¡Ah!...

—Me parece que no. ¿Comprendéis ahora?

—¡Lucas, eres un tesoro!

—Deseo serviros, y nada más.

—Y la recompensa...

—¡No hablemos de eso ahora! Dejadme trabajar, y no os impacientéis. Dadme algún dinero, no para mí, sino porque puedo verme en necesidad de hacer algún gasto.

D. Juan se acercó á una papelera, y abrió un cajoncito que estaba lleno de monedas de oro. El fuego de la codicia brilló en los ojos del criado.

—¡Con esto—dijo mientras tomaba un puñado de monedas —no hay ninguna empresa difícil, no hay ningún triunfo imposible!

—Gasta sin consideración, sin miramiento: tira, derrocha, que rico soy.

—Ya lo sé, y por el dinero no he de detenerme.

—Tienes completa libertad para salir cuando se te antoje, para todo.

—Lo necesito.

—Pues si desde este momento quieres dar principio...

—Sí, y después hablaremos.

No dijo más el criado, ni tampoco escuchó. Salió de la cámara y fuése á su aposento. Entonces empezó á reflexionar, haciendo suposiniones y deduciones muy acertadamente. ¿Qué conseguiría? Pronto hemos de ver que lograba mucho más de lo que á D. Lope de Santisteban le convenía. La situación cambiaría para todos, y la lucha iba á principiar de una manera terrible.

CAPÍTULO IV

El escudero prueba que vale mucho.

Como antes de entrar al servicio del señor de Haro había vivido muy largas temporadas Lucas en la corte, conocía á muchos personajes y había tenido que conocer muchos misterios, porque así lo exigía su profesión de ladrón y asesino. No ignoraba, pues, lo más principal de los sucesos que habían tenido lugar catorce años antes y que constituyeron un drama terrible, cuyo desenlace fué la muerte de D. Carlos de Padilla y del marqués de la Vega de la Sagra, así como también la prisión perpetua del muy noble duque de Híjar. El papel que había representado en aquel drama el capitán Domingo Cabral, no era para nadie un misterio, ni nadie ignoraba tampoco que el desdichado se burló de la justicia humana ahorcándose en su calabozo, pues había jurado no ir al patíbulo ni dar al fanático pueblo un espectáculo.

Pocas horas antes de cometer Cabral el crimen del suicidio, escribió la carta de que hicimos mención, y de la cual algunos párrafos hemos visto leer al Monarca. Ciertos detalles no podía saberlos el criado; pero á poco que se le dijese comprendería lo demás. Creía todo el mundo que el conspirador y suicida Sr. Domingo Cabral era soltero, pues su matrimonio no pudo llegar á hacerse público. Se había casado para reparar una falta: tenía un hijo, y éste y la viuda quedaron bajo la protección de don Luis de Vargas y de D. Lope de Santisteban. Al hijo de Cabral nadie le conocía en Madrid, puesto que había nacido y se había criado y educado en la casa de campo donde hemos visto á su madre. Si Lucas supiese todo esto, hubiera comprendido inmediatamente que uno de los hidalgos de la posada, el llamado Domingo, era hijo de Cabral; pero lo ignoraba. Aquel mismo día empezó el escudero á trabajar, probando que era un tesoro para investigador ó espía.

Acudió á las personas que á D. Lope podían conocer, y también á sus criados; hizo prodigios de astucia, y al fin consiguió saber que el conspirador había dejado un hijo á quien protegieron D. Luis de Vargas y D. Lope de Santisteban. Supo también que el hijo debía de tener veintidós años con poca diferencia, y que hacía poco tiempo que había venido á la corte, instalándose en la hostería de Crispín. No necesitó más el escudero, y á la hostería fué, representando allí admirablemente el papel que le convenía. ¡Alquiló un aposento, comió bien, pagó con mucha largueza, habló con el huésped, le hizo hablar, y supo que el hijo del conspirador, que se llamaba Domingo como su padre, había salido de la corte pocos días antes y en compañía de otro hidalgo que también habitaba en la hostería, y que se llamaba Diego de Paredes.

Este nombre no tenía significación ni importancia para Lucas; pero sí le convenció de que aquéllos eran los mismos hidalgos de la posada, puesto que Domingo se llama el uno y Diego el otro, y ambos eran audaces, ingeniosos y demasiado listos, según opinaba maese Crispín. El descubrimiento tenía grandísima importancia. ¿Adónde habían ido los dos hidalgos? Esto no lo sabía el hostelero, y era punto menos que imposible averiguarlo. Á las ocho de la noche volvió Lucas á la morada de su señor. Esperaba éste con la ansiedad que era consiguiente, y apenas vió á su criado le preguntó:

—¿Me traes alguna noticia?

—Señor — respondió Lucas,—poco tiempo he tenido para trabajar.

—Ya lo sé; pero bien puedes haber comprendido si te será posible realizar tus planes.

—Yo no acometo ninguna empresa sino para triunfar ó morir, pues antes que declararme vencido, me mataría. Si lo que he conseguido tiene alguna importancia, vos mismo lo diréis. Y le contó lo que había averiguado.

Un grito de feroz alegría exhaló el señor de Haro al oir el nombre del padre del hidalgo que le burló.

—¡El Sr. Domingo Cabral!—exclamó luego.

—El mismo.

—¡El conspirador!

—Sentenciado á muerte, declarado traidor y condenada su memoria.

—¡El criminal que debió morir á manos del verdugo con Padilla!

—Eso es.

—¡Imposible, imposible!

—¿Y por qué?

—Cabral no tenía hijos.

—Eso creía todo el mundo; pero Su Majestad debe de saber lo contrario.

—¡Oh!...

—Y el hijo quedó, lo mismo que la viuda, bajo el amparo de D. Luis de Vargas y de don Lope de Santisteban..

—¡Ahora lo comprendo todo!

—Debéis de saber que el padre intentó asesinar al Rey en El Pardo.

—Sí, lo sé; y tampoco ignoro que á Su Majestad le salvó la vida D. Lope de Santisteban, que entonces era su paje y casi un niño.

—No os quejaréis de la fortuna.

—No me quejo.

Lo que acababa de decir el escudero produjo en D. Juan un efecto inexplicable: le trastornó la alegría. Con pasos desiguales y murmurando palabras que no pudieron entenderse se paseó por la cámara agitadísimo. Estaba su rostro lívido y desfigurado. Lucas sonreía con inmensa satisfacción. Largo rato pasó antes de que el caballero consiguiera dominarse y recobrar un tanto la calma: al fin se dejó caer en un sillón, y se pasó las manos por la frente.

—¡Ah!—exclamó.—¡Bien dicen que lo mismo puede matar la alegría que el dolor!

—Sobre todo cuando un hombre tiene la desgracia de enamorarse.

—Lucas, has hecho un gran descubrimiento, y no exagerabas al asegurar que desde hoy disponíamos de un arma terrible.

—Me felicito, señor.

—Te recompensaré como mereces.

—Aún no ha terminado la lucha.

—Lo que falta...

—Es mucho; lo principal.

—Ese mancebo debe de haber heredado el odio que para el Rey tenía su padre, y quizás también conspire.

—Es natural que suceda así.

—Y no es posible que Margarita ame al que

á su padre aborrece, al que quizás prepara un golpe contra la vida de su padre.

—¡Son tan caprichosas las mujeres!...

—Puede suceder que en su interior siga amándole; pero comprenderá que hay un abismo entre su corazón y el de ese hombre

—Así parece que ha de suceder.

—Y en cuanto al Rey, cuando sepa quién es el hombre amado por su hija...

—Se horrorizará, y Dios sabe lo que hará para que sea un imposible la unión de esas dos criáturas.

—Aspiran á lo irrealizable.

—El otro hidalgo..., Paredes...

—¡Yo he oido ese nombre!

—Tal vez el Rey lo conozca.

—Quien de seguro lo conoce es Santisteban.

D. Juan de Haro miró el reloj y dijo:

—¡Más de las ocho y media! Ya no es hora de ver al Rey.

—¿Pensáis decir antes algo á doña Margarita?

—¡Estoy perplejo!

—¡Ni una palabra, señor, ni una palabra hasta después que hayáis hablado con Su Majestad!

—Me parece bien tu consejo.

—Según lo que os diga el Rey...

—¡Entendido!

—Nos favorece la fortuna, y aún no hemos triunfado.

—Es verdad; y nunca como ahora necesitamos la prudencia.

—Dominaos, señor; recobrad la calma, meditad muy detenidamente, dormid para recuperar las fuerzas, y mañana daréis el primer paso, el primer golpe.

—Tú también necesitas descansar.

—Ni estoy fatigado, ni puedo aún permitirme el reposo.

—¿Qué piensas hacer ahora?

—Salir.

—¿Adónde vas?

—Vagaré por los alrededores de esta casa, por si la fortuna quiere seguir favoreciéndome.

—¿Qué esperas?

—Si no D. Lope, otra persona que de acuerdo esté con él debe de andar por aquí.

—Tal vez.

—¿Habéis olvidado lo de la carta?

—No.

—Pues claro es que para entregar la carta alguien vino, y á ese alguien necesito conocerle.

—Tienes razón.

—Si nada descubro esta noche, nada tampoco habré perdido con pasear hasta las diez ó las once, y tiempo me sobrará después para descansar.

—¡Lucas, eres el mejor de mis amigos!

—Vuestro servidor más leal.

—¡Nunca creí que tanto valieses!

—Valgo poco; pero es tanta mi voluntad, que compensa la falta de mi entendimiento.

—Tienes el mérito de la modestia.

—El de la lealtad.

Muy poco más hablaron. El escudero volvió á salir. No debía conseguir aquella noche lo que deseaba, puesto que D. Lope de Santisteban había dispuesto que Gil no fuera á San Martín. D. Juan de Haro se entregó á las reflexiones á que daba lugar su situación.

Sus esperanzas habían renacido y se consideró dichoso, en cuanto la dicha era posible para él. Aquella noche cenó más tarde que de costumbre. Ni una sola palabra le dijo á Margarita. Ésta se retiró á su aposento, cerrando las puertas y echando la llave para poder dormir con descuido completo. Así D. Juan se vió privado del entretenimiento de espiarla. Se acostó el caballero cuando ya eran cerca de las doce y después que había vuelto Lucas, diciéndole que por aquellos alrededores no transitaba alma viviente. Con mucha dificultad pudo conciliar el sueño. Á la mañana siguiente estaba pálido y ojeroso; pero en sus ojos brillaba el fuego de su alegría. Conferenció con Lucas, recomendándole la vigilancia mientras él iba á Palacio.

Después de almorzar, y á la hora conveniente, salió de su casa el caballero. Media hora después estaba en los salones de la morada real y entre los cortesanos que esperaban ser recibidos por el Monarca. D. Lope no se encontraba allí, porque hacía más de media hora que por una puerta secreta había entrado en la cámara del Rey. Cuando éste llamó para preguntar si había muchas personas que deseasen verle, le contestaron que D. Juan era

el que con mayor empeño solicitaba el honor de una audiencia, asegurando que era muy grave el asunto de que tenía que tratar. Hizo el Monarca un gesto de disgusto; pero mandó que entrase el caballero. D. Lope salió de la cámara por la puertecilla secreta. No sabemos si por allí se quedaría para escuchar, porque esta clase de abusos nada tenían que ver con lo escrupuloso de su conciencia. D. Juan se presentó.

CAPÍTULO V

Cómo recibió el Rey la noticia y lo que determinó.

Apenas D. Juan entró en la cámara, el Rey le miró y le dijo:

—Caballero, mucho madrugáis para darme malas noticias; y digo esto porque no es posible que sean buenas las que me traéis.

Semejante recibimiento era bien desagradable; pero el señor de Haro, sin turbarse, respondió:

—Me complazco al decir que se equivoca Vuestra Majestad.

—¿Acaso es posible que algo agradable tengáis que decirme?

—Me parece que sí.

—Pues, entonces, debierais haber principiado por darme la noticia sin perder un solo instante.

—Pido perdón á Vuestra Majestad.

—Explicaos, que ya os escucho, y viendo estáis que aguardo con impaciencia.

—He conseguido hacer un descubrimiento de muchísima importancia.

—¿Y en qué consiste?

—Sé quiénes son los hidalgos que en la posada intentaron burlarse de mí.

—¿Que lo sabéis?

—Sí, señor.

—¿Con seguridad?

—Completa.

—Decid sus nombres.

—El que ha trastornado á la infeliz doña Margarita se llama Cabral.

—¡Cabral!—exclamó el Rey con acento indefinible.

Se estremeció violentamente, abrió desmesuradamente los ojos y fijó una mirada como de terror en el caballero. Inmóvil quedó como si se hubiese petrificado. Y también inmóvil y silencioso quedó D. Juan, pues nada más le estaba permitido decir sin ser interrogado. Nunca pudo sospechar el efecto terrible que el nombre de Cabral había de producir en Felipe IV. Conocía la historia del padre del mancebo, pero como la conocía todo el mundo, ignorando completamente lo que tenía mayor importancia, lo que había sido y era un misterio para todos, menos para Santisteban y para D. Luis de Vargas. Al oir aquel nombre había de temblar Felipe IV, aunque mil años viviese. Y la verdad es que la noticia no debió de oirla con sorpresa, puesto que ya sospechaba que el hijo de Cabral fuese uno de los dos hidalgos. Sin embargo, entre la sospecha y la certidumbre era muy grande la diferencia.

—¡Domingo Cabral!—murmuró sordamente después de algunos minutos.

—De funesta memoria—se atrevió á decir el señor de Haro.

—¡El hijo del conspirador, del asesino, del suicida!

—El mismo, señor.

El infeliz Monarca se pasó las manos por la frente. Sus fuerzas disminuían con rapidez. Su rostro empezaba á tornarse lívido.

—Lo demás lo adivino—añadió el Rey.—Falta que no os hayáis equivocado, porque si así sucediera...

—Es imposible el error.

—¡Las pruebas, caballero!

—Cabral tiene unos veintidós años, que es la edad del hidalgo que se llama Domingo; y la edad del otro conviene también. Ambos habitaban en la hostería de la Plaza Mayor...

—La hostería de maese Crispín—murmuró el Rey á media voz.

Y recordó que allí había cenado alegremente, llamándose Apolo, con el padre del mancebo; recordó que allí, con la imaginación exaltada por los vapores del vino, había hablado de su pasión encendida por la tan virtuosa como bella esposa de Luis de Vargas, y que esta imprudencia fué origen de los más criminales abusos cometidos después por Cabral, abusos cuyas consecuencias llegaron á ser verdaderamente horribles.

El señor de Haro prosiguió diciendo:

—El Sr. Diego y el Sr. Domingo salieron de la corte precisamente la misma tarde que debieron de salir los dos hidalgos de la posada, y se despidieron de maese Crispín para hacer un largo viaje, aunque sin decirle adónde iban.

—¡Comprendo!

—Todas estas circunstancias son, en mi opinión, una prueba; sin contar...

Se interrumpió el caballero.

—¿Qué?—le preguntó el Monarca.

—Señor, no me atrevo...

—¡Hablad; os lo mando!

—Pues bien; como dicen que el hijo de Domingo Cabral y la viuda quedaron bajo la protección de D. Luis de Vargas y de D. Lope de Santisteban...

—¿Otra vez sospecháis de Santisteban?

—No sospecho; pero digo...

—Sí, es verdad que el noble D. Luis de Vargas amparó á la viuda y al huérfano, protegiéndolos también mi querido Lope; pero eso lo hicieron con conocimiento mío y mi expresa autorización, y en ese asunto hay circuntancias que desconocéis, que son un secreto que no puedo revelaros.

—Señor...

—Y vuelvo á deciros que la lealtad de Santisteban no la pongáis en duda.

—No la pongo, señor.

—¿Y qué habéis hecho en vista de las averiguaciones?

—Nada, porque necesito instrucciones de Vuestra Majestad.

—Por de pronto, os equivocáis al decir que me traíais buenas noticias, pues no pueden ser peores las que acabáis de darme.

—Yo había creído...

—Todo lo contrario de lo que es.

Parecía que á propósito buscaba Felipe IV las palabras más desagradables para mortificar al caballero.

—Vuestra Majestad habrá de perdonarme; pero sigo creyendo que interesaba averiguar quiénes eran los dos atrevidos hidalgos, porque, como se trata de la felicidad de doña Margarita...

—Se trata de otra cosa que no comprendéis.

—La misma doña Margarita confesó en presencia de D. Lope...

—Lo sé.

—Y, por consiguiente...

—No ve al hidalgo ni volverá á verle, porque cuando él regrese á la corte, ella estará en el convento.

—Un hombre como Cabral puede hacer mucho, señor.

—Si se parece á su padre...

—Las apariencias lo hacen creer así.

—¡Las apariencias! Me han engañado más de una vez en mi vida, y ya no me convenzo fácilmente. Las noticias que tengo son de que ese mancebo desdichado se parece á su madre más que á su padre.

—Todo es posible; pero por de pronto ha cometido un abuso.

—¿Un abuso? ¿En qué consiste?

—Lo que hizo en la posada...

—D. Juan, hoy discurrís de muy extraño modo. Lo que en la posada sucedió nada tiene de particular en cuanto á mi pobre hija se refiere. El mancebo se encontró con una mujer bella, y se entusiasmó, como cualquiera se hubiera entusiasmado. Eso es natural. Hizo cuanto pudo por acercarse á ella; fué bastante ingenioso, y se burló de vos: en su lugar, yo hubiera hecho lo mismo. No cometió ningún crimen, no hizo nada que ofendiese á mi hija, y, por consiguiente, no podemos acusarlo. No me conviene permitir que mi hija ame á ese hombre, y me horroriza la sola idea de que le haya mirado agradablemente; pero eso es cuestión puramente mía, y si bien debo poner estorbos, no tengo derecho para castigar al pobre hidalgo porque le haya parecido que es bella tal ó cual mujer.

—Hay más, señor.

—Decidlo.

—El viaje de esos dos hombres tiene algo de misterioso.

—¿Y en qué consiste el misterio?

—Ni siquiera á su huésped le han dicho adónde van ni si tardarán mucho en volver.

—¿Y por qué habían de dar cuenta á nadie de sus acciones? Si pagaron al hostelero, han cumplido todos sus deberes.

—Tenían empeño en ocultar su nombre en la posada.

—Hicieron muy bien, desde el momento en que alguien quiso averiguarlo.

—Discurriendo así...

—Siempre vendríamos á parar en que, aun suponiendo que esos dos hombres se ocupen en cometer un crimen, nada tiene que ver con mi hija, y mucho menos con vos. Conviene que sepamos quién es el mancebo que puede preocuparse de la desgraciada criatura fruto de mi amor, porque así nos guardaremos y nos defenderemos más fácilmente; pero en lo demás dejad que esos hombres hagan bajo su responsabilidad lo que bien les parezca.

—No volveré á ocuparme en ello.

—Si en paz os dejan, olvidadlos.

—Lo que por de pronto deseo saber es si he desagradado á Vuestra Majestad.

—No, caballero, sino que me habéis servido bien, y me complazco en reconocerlo así.

—Me tranquilizo.

—En cuanto á instrucciones, son pocas, poquísimas las que tengo que daros.

—Escucho con el debido respeto.

—Referiréis á mi hija la horrible historia de capitán Domingo Cabral, haciendo especial mención de su intento de asesinarme en el Pardo, de su muerte y de la sentencia infamatoria que pronunció el tribunal que intervino en aquel asunto.

—Comprendo.

—Si no tenéis bastantes antecedentes, os los daré.

—Esa historia la conoce todo el mundo.

—Le diréis también que el mancebo es hijo de otro crimen, fruto de la seducción, por más que ocho años después de haber nacido se casara su padre con la infeliz á quien había deshonrado y abandonado, y que habríam uerto á no ampararla generosamente D. Luis de Vargas.

—Todo eso lo sabrá.

—Y otra cosa que ignoráis, que voy á deciros, y que tiene mayor importancia.

—¡Mayor importancia que el horrendo crimen de haber atentado contra la preciosa vida de Vuestra Majestad!...

—Pocas horas antes de morir el conspirador, escribió lo que pudiéramos llamar su testamento, legando á su hijo el único caudal que poseía, su odio contra mí, y mandándole que continuara su obra, que me aborreciese y le vengara.

—¡Horror!

—Ese desdichado mancebo es, pues, el mayor de mis enemigos. ¿Amará á mi hija el hombre que odia á su padre, el hombre que me maldice, y que me asesinaría si encontrara ocasión?

—¡Imposible!

—Diréis á mi hija que yo os mando darle á conocer esos antecedentes, y que si de vos desconfía, si cree que exageráis, le repetirá vuestras palabras D. Lope, ó yo mismo le escribiré.

—D. Lope se muestra tan blando, tan...

—Hace bien, porque se trata de mi hija.

—Le prometió...

—No lo ignoro.

—Hoy mismo quedarán cumplidas las órdenes de Vuestra Majestad.

—Y pronto, muy pronto irá mi hija al convento.

—Opino que convendría permitir algún descanso á su espíritu, pues una conmoción tras otra...

—Ya veis que vos también os mostráis blando y compasivo.

—No puedo mirar con indiferencia los sufrimientos de esa inocente criatura.

—Nada más por hoy, caballero... ¡Que el Cielo os guarde!

Así terminaba la conversación. Haciendo profundas reverencias salió D. Juan de la cámara. El Rey llamó inmediatamente. D. Lope se presentó, y dijo:

—Señor, algo muy grave debe de haber sucedido, porque así lo dice el semblante de Vuestra Majestad.

—Y no miente mi semblante. Las apariencias siguen hablando contra ti, y si yo no supiera lo que sé, te condenaría.

—¡Señor!...

—¡Tranquilízate!

—No es posible la tranquilidad cuando veo que Vuestra Majestad sufre.

—Pues tengo motivos para alegrarme.

—Entonces...

—D. Juan de Haro acaba de hacer un gran descubrimiento.

—¿Un descubrimiento?

—Sí: sabemos ya quiénes son los dos hidalgos misteriosos.

—Hemos supuesto...

—Y nuestras suposiciones eran acertadas.

—¡Señor!...

—El hijo de Cabral y el de Paredes.

—¡Dios mío!

—¿Qué te asombra?

—¡Alguna locura intentan esos desdichados! —dijo Santisteban, fingiendo una turbación y un disgusto que estaba muy lejos de sentir.

—¿Y qué clase de locura puede ser ésa?

—No lo sé; pero...

—Mi querido Lope, yo debo de estar equivocado en cuanto á la muerte de Alfonso de Paredes.

—Aunque viva...

—De repente he visto la luz, y lo he comprendido todo. Creo que Dios me ha inspirado, y tengo la seguridad de no equivocarme. ¿No adivinas adónde han ido esos hombres?

—No lo adivino.

Me asombra que no lo adivines. Esos desdichados han ido á Nápoles.

—¿Á Nápoles?

—Para sacar de su encierro al Notario.

—¡Ah!...

—Y si lo consiguen, sucederá... ¡No lo sé; pero ese hombre, después de quince años más de prisión, siendo inocente, con el alma llena de amargura!...

Se interrumpió el Monarca, y se estremeció violentamente, tornándose lívido su rostro y profundamente sombría su mirada. En aquellos momentos estaba poseído de terror, y no precisamente por el mal que pudiera hacerle el infeliz anciano que se encontraba en un calabozo, sino porque su conciencia se levantaba terrible para acusarle por aquella injusticia y por otras.

Todo lo que sentia y todo lo que pensaba el Rey, lo adivinaba D. Lope y guardaba silencio, porque podía comprometerse si pronunciaba una sola palabra con ligereza. Pocas veces el señor de Santisteban necesitó tanto de su habilidad y del conocimiento profundo que tenía de Felipe IV. Por fin éste, cambiando de tono, dijo:

—¡Bien amargos son los últimos años de mi vida! Puedo haber cometido muchas faltas; pero, por graves que sean, las pago sobradamente.

—Señor, nada sabemos con seguridad, para atormentarse no se funda Vuestra Majestad más que en suposiciones.

—¡Tengo la seguridad de no equivocarme¡—repuso tristemente Felipe IV.

—Todo es posible; pero...

—¡El instinto no me engaña!

—Yo necesito pruebas.

—El hijo de Cabral empieza á cumplir la última voluntad de su padre; y al hacerlo así le favorece tan decididamente la fortuna, que se encuentra con mi hija, con la hija de la infeliz mujer cuya pasión fué causa de que Alfonso de Paredes perdiera la libertad y se viera condenado á un martirio quizás peor que el de la muerte, porque su existencia debe de ser una incesante y espantosa agonía.

—En ese caso...

—¿Vas á decir que devolverle la libertad es un acto de justicia?

—No se desprende otra cosa de las palabras de Vuestra Majestad.

—Y justicia es; pero las consecuencias serían terribles para mí, porque ese desdichado padre, herido en su corazón, debe de estar sediento de venganza. Y el hijo...

—Señor, no conviene que Vuestra Majestad deje que la imaginación tome vuelo.

—Conoces el mundo, mi querido Lope, y conoce también los negocios de Estado.

—Sí.

—Bien sabes que hay situaciones en que los reyes tienen que ser injustos, porque así lo exigen altas conveniencias. Muchas inocentes víctimas han perecido; pero en el mundo de la eternidad habrán encontrado la recompensa. Á los que aquí son sacrificados, se les abren las puertas del Cielo.

—Ciertamente.

—La razón de Estado lo exige, mi querido Lope. Á toda costa es preciso evitar que Alfonso de Paredes salga de su encierro, y hoy mismo irán las órdenes al virrey de Nápoles para que redoble la vigilancia y adopte cuantas precauciones son imaginables.

—Bien me parece—dijo con frialdad Santisteban.

—El correo que lleve las órdenes hará el viaje con más rapidez que los dos atrevidos hidalgos, y así el Virrey estará prevenido.

—Comprendo.

—Y no estaría demás que los dos hidalgos fuesen detenidos y encerrados también.

—¿Lo mismo que Alfonso de Paredes?

—Por una temporada.

—¿Y con qué pretexto ha de proceder contra ellos el Virrey?

—¿Con qué pretexto prendieron y encerraron al infeliz Alfonso de Paredes? Con ninguno, y se hizo, porque eso no es imposible hacerlo allí. Aquí tropezaríamos con muchas dificultades.

—Señor, Vuestra Majestad no ignora que soy enemigo de esos actos de violencia.

—Lo exige mi reposo.

—Entonces...

—Ahora mismo dispondré lo que convenga, y tú podrías entretanto explorar el ánimo de D. Luis de Vargas y el de la viuda de Cabral.

—Nada conseguiré.

—Tampoco perderemos nada.

—Pues esta tarde me iré á la casa de campo, y volveré mañana.

—Eso es.

—Si nada más desea Vuestra Majestad...

—¡Que Dios te bendiga, mi querido Lope!

El caballero besó la diestra del Monarca y salió.

—¡Vive el Cielo!—exclamaba en tanto que á su morada se dirigía.—El negocio se complica demasiado, y temo encontrarme en más de un grave apuro; pero no retrocederé, porque tengo que cumplir sagrados deberes.

En cuanto llegó á casa dió á su esposa cuenta de lo que sucedía, y luego llamó á Gil, y le dijo:

—La lucha ha principiado, y toma un carácter temible.

—Pues lucharemos, señor.

—Desde este momento está en peligro la vida del señor Domingo Cabral, y también la del señor Diego, y casi me atrevo á decir que la mía y la de cuantos me ayuden. Nada quiero ocultarte, porque es preciso que sepas lo que arriesgas.

—Señor, no puedo perder más que la vida.

—Y la muerte no te espanta; ya lo sé.

—¿Qué es preciso hacer?

—Vas á partir inmediatamente.

—¿Adónde he de ir?

—Por de pronto, correrás hasta llegar á Alicante.

—¿Es decir, que voy tras de los dos hidalgos?

—Los alcanzarás, les dirás lo que pasa, y además... ¡Vive el Cielo!... ¡No sé cómo arreglar este asunto!

—Como ignoro lo que sucede...

—D. Juan de Haro ha conseguido averiguar quiénes son los dos hidalgos que de él se burlaron en la posada, y eso ha sido bastante para que el Rey adivine lo demás.

—Ahora comprendo.

—Hoy mismo, y quizás antes de dos horas, saldrá de Madrid un correo con órdenes para que el virrey de Nápoles redoble la vigilancia y encierre en un calabozo á los dos hidalgos.

—¡Por el Infierno!... ¡Perdonad, señor!...

—Gil, es preciso evitar á toda costa que esas órdenes lleguen al Virrey.

—Y lo evitaremos.

—¿Cómo?

—Yo me encontraré con el correo en el camino.

—Si lo consigues...

—Lo conseguiré, porque saldré antes de Madrid.

—¿Y luego?

—Haré lo que convenga; pero os juro que el Virrey no recibirá las órdenes, ó yo moriré en la demanda.

—De ti depende la salvación de muchas criaturas.

—Ya lo sé.

—No quiero que se vierta sangre sino en caso de extrema necesidad.

—Procuraré evitarlo.

—Antes de sacrificar la vida de un hombre, gastarás el oro á manos llenas y harás cuanto es imaginable.

—¡Descuidad!

—¡Toma!

D. Lope sacó una bolsa, que llenó de monedas de oro, y se la entregó á su criado, diciéndole:

—¡Los minutos son preciosos! ¡Todos mis caballos están á tu disposición!

El criado no pronunció una palabra más. En pocos minutos hizo los preparativos para el viaje, se despidió de D. Lope, montó en un fogoso caballo negro y partió, alejándose de Ma-

drid por el camino de Alicante. Mientras corría examinaba la situación, calculaba y trazaba planes. ¿Conseguiría lo que se había propuesto?

—¡Que el Infierno me trague!—exclamaba.—¡No solamente mi deber, sino mi honor están interesados en este asunto, porque ya he prometido, y tengo forzosamente que cumplir! ¿Qué clase de hombre será el mensajero?

D. Lope de Santisteban preparó también su viaje. Apenas comió, salió de Madrid en compañía de dos criados. Por de pronto no tenía que decir la verdad á D. Luis de Vargas y á la viuda, sino solamente prevenirlos por lo que pudiera suceder.

¿Y Margarita? Precisamente en aquellos momentos escuchaba á D. Juan de Haro, que cumplía las órdenes que le había dado el Rey. ¿Qué sentiría la joven al conocer la negra historia del Sr. Domingo Cabral; es decir, del padre del mancebo? No es fácil adivinarlo. ¿Menguaría su amor? Inútil es calcular cuando se trata de una mujer como la hija del Rey.

CAPÍTULO VI

Golpe terrible.

D. Juan de Haro entregó á Lucas su capa su espada y su sombrero, y le dijo:

—Espera en mi cámara, porque hemos de hablar.

Y luego entró en el aposento de Margarita, que se hallaba sentada, con la cabeza inclinada sobre el pecho, fija la mirada en un libro que en las manos tenía, pálida y con expresión melancólica que contribuía á embellecerla más.

—El Cielo os guarde—le dijo el caballero.

—Y á vos también—respondió la joven sin levantar la cabeza.

—De Palacio vengo.

—¿Habéis visto á mi padre?

—Para eso he ido, y aquí me tenéis para cumplir la orden que acaba de darme orden que me ha parecido muy extraña y cuyo fin no comprendo; pero mi obligación es obedecer.

Margarita fijó una mirada de extrañeza en D. Juan, quien se sentó, y prosiguió con gravedad:

—Escuchadme con toda la atención posible.

—Os escucho.

—Voy á referiros una historia, por cierto bastante horrible.

—No adivino... ¿Una historia? ¿Á mí?

—Mucho sentiré que os desagrade lo que he de deciros; pero la culpa no es mía, puesto que no hago más que cumplir con toda exactitud las órdenes que vuestro padre me ha dado.

—Cumplidla, pues, que á prueba de sufrimiento está mi alma, y tales son mis sufrimientos, que difícilmente me conmuevo ni me espanto. No espero más que desdichas sobre las inmensas que pesan sobre mí, y, por consiguiente, no ha de sorprenderme una más, ni tampoco las injusticias á que me habéis acostumbrado.

—Hace catorce años que espantado miraba el pueblo sobre el patíbulo en la Plaza Mayor las nobles cabezas del general D. Carlos Padilla y del marqués de la Vega de la Sagra.

—Algo he oído de eso.

—Y catorce años hace también—repuso don Juan—que el muy noble y poderoso duque de Híjar está encerrado en el castillo de León, esperando allí el fin de su triste existencia.

—¿Y para qué me habláis de esa desgracia?

—Voy á deciros por qué murieron el marqués y Padilla y el Duque fué condenado á perpetua prisión.

—¿Acaso me importa eso?

—Debe de importaros, cuando vuestro augusto padre manda que os lo diga.

—¡Está bien!

—Padilla, el Marqués y otros ambiciosos descontentos se conjuraron contra Su Majestad, proponiéndose proclamar rey de Aragón al duque de Híjar y casar á vuestra hermana la Infanta con otro infante de Portugal, para unir otra vez estos dos reinos.

—¿Y qué suerte destinaban á mi padre?

—La única posible en tal situación: la muerte, para que el trono quedara vacante.

—¡Un crimen horrendo!

—Eran muchos los que comprometidos estaban en la conspiración, y muy particularmente un capitán portugués, que odiaba al Rey porque le había desterrado. El Capitán era uno

de esos desalmados que se pasan la vida en medio de la agitación y las borrascas de todos los vicios, de todos los desórdenes, y, con mucha ambición y sin ninguna conciencia, metióse en intrigas de todo género y cometió los más criminales abusos. Con el asunto de la conspiración esperaba hacer fortuna; y como todos los medios le parecían bien si le llevaban al fin que se proponía, cuando se trató de asesinar, ofrecióse él mismo á descargar el golpe.

—¡Miserable!—exclamó Margarita con indignación profunda.

—Esperó el momento, y un día que cazando estaba en El Pardo Su Majestad, cumplió su criminal compromiso: vuestro padre hubiera dejado de existir si uno de sus pajes, Santisteban, no hubiera frustrado el golpe.

—¡Dios le bendiga!

—Así se explica la influencia de que goza D. Lope.

—¡Todo lo merece por su noble acción!

—Tuvo que arriesgar la vida para salvar la del Rey.

—¿Y el criminal?

— Consiguió desaparecer.

—¡Dios le habrá castigado!

—Algún tiempo después él mismo se impuso el castigo más terrible.

—¡Bien decíais que la historia!...

—Es horrible, y ya os interesa.

—Se trata de mi padre.

—La justicia consiguió al fin apoderarse de las pruebas para condenar á los conspiradores, y contra ellos se procedió, prendiendo también al Capitán. Éste, entre otros muchos abusos, había cometido el de seducir á una infeliz, abandonándola cruelmente y cuando iba á ser madre.

—¿No tenía entrañas ese hombre?

—No tenía conciencia, ni creencias de ninguna clase.

—¡Imposible parece que haya criaturas tan malvadas!

—Si creéis que exagero, preguntad á cualquiera y os referirá esta historia lo mismo que yo.

—¡Continuad!

—Condenados fueron á morir Padilla y el Marqués; y el Duque, á sufrir prisión por toda su vida, pues las pruebas contra él no eran tan claras.

—¿Y al asesino?

—Os advertiré que el Capitán, obedeciendo á no sé qué influencias, se había casado al fin con la que fué su víctima.

—¡Pobre mujer!

—Condenado fué también á morir; pero esta sentencia no pudo cumplirse.

—¿Consiguió escapar de su encierro?

—Estaba muy vigilado.

—Entonces...

—Los últimas horas de su vida las empleó en escribir lo que él llamaba su testamento, legando á su hijo su odio contra el Rey y mandándole que continuara la obra criminal.

—¡Horror!

—Ocho años tenía entonces el niño, y el Capitán consiguió que su testamento cerrado quedara en poder de persona de su confianza.

—Pero esa persona...

—Por ignorancia, ó por torpeza ó por malicia, ha cumplido el encargo, y ya se encuentra el testamento en poder del hijo, que ha principiado á trabajar, prosiguiendo la obra con todo el ardor de la juventud y con todo el entusiasmo de quien respeta la voluntad de su padre y honra su memoria sagrada.

—Esa pobre criatura inocente, convertida así en instrumento de la más horrenda maldad...

—Esa criatura, por su desdicha, ha heredado el alma ruin de su padre.

—¡Infeliz!

—Tal es la situación, doña Margarita, y lo que sucederá sólo Dios lo sabe. Por de pronto, la justicia nada puede hacer contra el hijo del terrible conspirador, puesto que no hay pruebas de sus criminales intentos; y si consigue...

—¡Dios protegerá á mi padre

—Para concluir, os diré que el Capitán puso fin á su existencia ahorcándose en su calabozo.

—¡Horror!

—Ni el perdón de Dios ha podido alcanzar. Su memoria quedó infamada, lo mismo que su nombre.

—Aún no me habéis dicho con qué fin me contáis esa historia.

—Vuestro padre debe de saberlo.

—Yo no lo adivino.

—Sus razones tendrá, pues no debe de haberme dado la orden por el solo placer de que os horroricéis al escuchar el relato de esos crímenes.

—Pudisteis preguntarle...

—Al Rey no se le pregunta, porque se cometería una grave falta de respeto.

—¿Y nada más tenéis que decirme?

—El nombre del Capitán, pues distraídamente no lo he pronunciado.

—¿Y qué me importa el nombre?

—Mucho, porque su hijo vive, odia á vuestro padre, y le asesinará si la ocasión se le presenta, ó por lo menos, le hará sufrir cuanto le sea posible.

—¡Es verdad! Yo debo conocer lo mismo á los que aman que á los que aborrecen á mi padre.

—Á los primeros...

—Para amarlos también.

—Y á los segundos, si no para odiarlos, porque sois demasiado noble y generosa, para huir de ellos; pues debéis tener presente que si ese desdichado mancebo llega á saber que sois hija del Rey, para herir al Rey en el corazón os hará todo el mal posible, y acudirá á todos los medios, y empleará toda su astucia, y os tenderá lazos de todas clases hasta conseguir gozar con vuestros sufrimientos, que han de ser también sufrimientos para vuestro padre.

—¡Me hacéis temblar!

—¿Creéis que mis temores son exagerados?

—Algún fundamento tienen.

—Mayor fundamento les encontraríais si el mundo conocieseis como lo conozco yo.

—¡Tanta maldad!...

—La historia del padre os da la medida de lo que puede hacer el hijo.

—¡Sí; quiero conocer su nombre!

D. Juan fijó su penetrante mirada en Margarita, y después de algunos momentos dijo con sombría voz:

—El capitán portugués que quiso asesinar vuestro padre se llamaba Domingo Cabral.

El efecto que estas palabras produjeron fué terrible. Margarita exhaló un grito desgarrador. No necesitaba más explicaciones. El hombre á quien amaba era el hijo del conspirador, del asesino, del suicida, del condenado, y era también el mayor enemigo de su padre.

Púsose en pie la infeliz; abriéronse sus ojos como si fueran á saltar de las órbitas.

—¡Cabral!—murmuró con voz apagada.

Extendió los brazos como si buscase un punto de apoyo, palideció intensamente, vaciló, y cayó pesadamente sobre el pavimento. El golpe había sido demasiado terrible, y más aún por lo inesperado.

—¡Esto debía suceder—dijo D. Juan;—pero mi rival queda para siempre inutilizado!

Llamó; acudieron los criados, llevaron á su lecho á la dama, y como no conseguían hacerla recobrar el sentido, dispuso D. Juan que fuesen inmediatamente en busca de un médico. Cuando volvió en sí la joven, la fiebre la devoraba y extraviaba su razón.

—No respondo de su vida—dijo el galeno;—y si se salva, será un milagro.

Una hora después D. Juan de Haro volvió al Buen Retiro para dar á conocer al Rey la noticia de la enfermedad de la joven.

CAPÍTULO VII

La travesura de Gil.

Gil discurría con mucho acierto, y comprendió que no era posible que se le hubiera adelantado el correo que llevaba la orden de Su Majestad ó del Ministro. ¿Para qué había de fatigar inútilmente á su caballo? Podía quedarse sin él, y luego encontraría quizás dificultades para tener otro. Conocía muy bien el camino que seguía, pues más de una vez había tenido que recorrerlo: calculó, y no le quedó duda de que el mensajero tendría que detenerse en una posada que había en el camino, descansando allí, ó por lo menos aguardando que su cabalgadura descansase. Á las cuatro de la tarde llegó Gil á la posada, donde no había ningún otro viajero.

Acudió á recibirle el huésped, el cual, aunque era rudo y de escasa inteligencia, comprendió que el viajero pagaría largamente, pues llevaba un caballo de mucho valor. Con mucha cortesía llegóse, pues, á recibir sus órdenes.

—¿Tenéis mucha gente en vuestra casa?—le preguntó el criado.

—Por mi desdicha, no hay nadie en estos momentos, aunque me parece que llegarán más tarde algunos viajeros.

—Pues haceos cuenta de que esta noche ninguno ha de llegar.

—¿Ninguno?—exclamó el huésped con tono de extrañeza.

—He dicho ninguno, porque no tendrán dónde aposentarse.

—Es grande mi casa.

—Pero la necesito yo toda.

—¿Toda decís?

—Y hasta el derecho de descansar en la cocina y en el zaguán.

El posadero miró con asombro al sirviente. Éste añadió con tono de sencillez:

—Sí; para mí es toda vuestra casa durante la noche, y hasta la cuadra. Figuraos que son muchos los viajeros que han venido y que ya no tenéis dónde acomodar á ninguno. ¿No despediríais á todos los demás?

—¡Claro es que sí!

—Pues bien; así lo haréis, y yo pagaré por todos. Y ganaréis mucho, puesto que de nadie tendréis que preocuparos más que de mí.

El posadero se rascó la frente. Gil añadió:

—Llegará un viajero que viene de Madrid, y le diréis que en ningún lado puede estar como no sea que yo le admita en mi aposento, y que su caballo tampoco tiene acomodo sin mi licencia.

—¡Pues, señor, no lo entiendo!

—Yo accederé á la súplica, y juntos pasaremos la noche. Decidme lo que vale vuestra casa, la cena y todo el servicio, y dejadme donde me sea posible observar desde una ventana para advertiros cuando llegue el viajero que ha de hacerme compañía.

Aturdido estaba el posadero; pero la proposición que se le hacía era muy halagüeña. Pidió mucho más de lo que hubiera sacado si de viajeros se llenase la posada, y Gil se conformó, y aun prometió dar algo más. En seguida recorrió el interior de la casa, concluyendo por instalarse en el aposento más anchuroso, en el cual había dos camas.

—¿Tomaréis algo ahora?—le preguntó el huésped.

—Después; cuando venga mi amigo...

Gil se colocó junto á una de las dos ventanas que tenía el aposento, y miró al camino hacia Madrid. El posadero se fué á la cocina para hacer comentarios con su mujer. El caso era tan nuevo como extraño. Transcurrió una hora. Acababa de ocultarse el Sol, y no quedaba más luz que la dudosa del crepúsculo.

Distinguió el criado una nube de polvo, y luego un jinete cuyo aspecto nada tenía de particular.

—¡Ah!—exclamó.—¡Que el Diablo cargue conmigo si no es ése el mensajero que lleva la terrible orden!

Fácil era que se equivocase. Llamó, y dijo al huésped:

—El viajero que ha de llegar es el que ha de venir á mi habitación. ¡Mirad lo que hacéis, porque yo soy tan generoso para recompensar como duro para castigar á los que me desagradan!

No era menester más. Á la puerta de la casa se colocó el posadero. El jinete llegó. Su caballo debía de haber corrido mucho. Descabalgó y dijo:

—Dad un pienso á mi corcel, abrigadle, y mientras descansa...

—Perdonadme—interrumpió el huésped;—pero no hay posada para nadie.

—¡Rayos!

—Habéis llegado tarde.

—Medio muerto está mi caballo, y yo también necesito...

—Descansaréis y cenaréis si queréis estar en compañía de otro caminante y él os da licencia; pero si no quiere, ni siquiera un rincón tendréis en mi posada.

—¡Por el Infierno!

—Sosegaos, que el favor yo se lo pediré al otro viajero.

—¿Tanta gente hay en vuestra casa?

—Más de la que cabe.

—Pues, entonces...

—Esperad algunos momentos.

Á pesar de su torpeza, el huésped representaba admirablemente su papel. Fué al aposento donde estaba Gil, diciéndole:

—Espero vuestras órdenes.

—Ya sabéis lo que es preciso hacer,

Pocos minutos después el caminante se presentaba al sirviente, y le saludaba y le daba las gracias porque le había cedido una parte

de su aposento. Era un hombre de aspecto vulgar, fuerte y vigoroso, y que debía de pertenecer á una clase humilde, pues así lo revelaban sus maneras y su lenguaje.

—Sentaos—le dijo Gil,—descansad, y haced lo que mejor os parezca. Nada tenéis que agradecerme, porque cumplo mi obligación. Lo que por vos hago ahora lo harán otros por mí cuando me encuentre en igual apuro: es menester vivir así, y, además, no me estorbáis, pues la habitación es bastante espaciosa.

—¡Fortuna he tenido!

—Si queréis complacerme, me acompañaréis á cenar: y mucho os lo agradeceré, pues me aburro cuando estoy solo á la mesa, y me falta apetito si no tengo con quién hablar. Yo soy así; me gusta la franqueza: al pan, pan, y al vino, vino. No nací para fingimientos, y mi condición no ha de cambiar. Soy hablador, alegre, y mi mayor dicha es pasar el rato en franca conversación con gente honrada. Aquí estaré hasta que salga el Sol; y si vos no habéis de partir antes...

—Sí.

—Lo siento, porque me privaré de vuestra compañía.

—No me detendré más que el tiempo preciso para que descanse mi caballo.

—¿Vais hacia la corte?

—De la corte vengo.

—Llevamos opuesto camino.

—¿De dónde venís?

—De Alicante.

—¡Rara coincidencia! Á Alicante voy yo.

—Allí encontraréis buen vino.

—¡No es poco!

—Y unas mujeres... ¡Ah! Si no habéis estado allí...

—Estuve hace algunos años.

—Conque hemos convenido en que cenaremos juntos, hablaremos y brindaremos alegremente, porque así á nadie se hace mal.

—Si tanto os empeñáis...

—Yo no digo nunca las cosas más que una vez.

—Pues juntos cenaremos.

Gil se acercó á la puerta y gritó:

—¡Posadero, la cena! ¡Y traed lo mejor que tengáis en vuestra casa, si no queréis que á palos os muela las costillas! ¿Me habéis oído? ¡Corred, porque mi compañero tiene prisa, y yo tengo mucho apetito!



Acudió á recibirle el huésped...

—¡Esperad un instante!—respondió el posadero.

El sirviente iba y venía, hablando sin cesar y examinando con atención profunda al que suponía portador de la terrible orden. Posible era que se equivocase, y que mientras cenaba pasara el correo: en tal caso, todo se perdería, porque la orden llegaría á manos del Virrey sin que nadie pudiera evitarlo. Mucho arries-

gaba Gil. De su acierto dependía la salvación de los dos hidalgos y del infeliz Alfonso de Paredes. Empero ni estos temores ni ninguna otra consideración le turbaban impidiéndole reir sin cesar, y hablar agradable é ingeniosamente de mil asuntos distintos. El correo, si lo era, estaba encantado. No podía principiar mejor su viaje. Antes de que trascurriesen diez minutos llevó la cena el huésped.

—¿Cómo os llamáis?—le preguntó Gil.

—Pedro Costanilla, para serviros.

—¡Por muchos años!

—Tengo cuarenta, y hace veinte que soy posadero.

—¿Supongo que el vino que sobre la mesa acabáis de dejar?...

—Es puro y añejo.

—¡Si me engañáis, peor para vos!

—Estoy tranquilo.

—Dejadnos, y continuad vuestras faenas. Estos conejos que habéis traído (pues conejos parecen) desaparecerán muy pronto, y, por consiguiente, debéis ocuparos en preparar el resto de la cena.

—Seré puntual—dijo el hostelero retirándose

—Sentaos, y demos principio á la cena—indicó Gil al mensajero.

—¡Me siento!

—Ante todo hemos de limpiar el tragadero.

—¡Bien me parece!

—Cuando el paladar se seca, no se puede comer.

Llenaron los vasos y bebieron, brindando mutuamente por su salud. Gil era astuto, ingenioso, decidor y alegre, y el otro tenía alg de taciturno: era grave, y su inteligencia no pasaba de lo vulgar. Honrado, fiel y muy reservado, había desempeñado otras muchas veces la comisión que entonces se le confiaba, y siempre lo había hecho muy bien, puesto que no necesitaba más que sus fuerzas para resistir á las fatigas del viaje, y su lealtad. Hubiera sido inútil intentar sobornarle, porque era de esos hombres sin ambición, sin vicios, que viven tranquilamente y que no dan más valor al dinero que el que verdaderamente tiene para cubrir las más perentorias necesidades de la vida. No estaba acostumbrado á hacer ningún exceso, y, por consiguiente, desentirse aturdido durante la cena.

—¿De qué tierra sois?—le preguntó Gil al comenzar.

—Nací en la noble ciudad de Toro: allí me crié y viví hasta los veinticinco años; después fuí á la corte amparado por un caballero que siempre protegió á mi familia, y como por su mediación conseguí algún empleo ó recursos de otra clase para vivir, en la corte me quedé.

—Si habéis hecho fortuna...

—Tengo lo necesario para vivir.

—Eso es bastante mientras nuestro cuerpo se conserva vigoroso; pero cuando somos viejos y no podemos trabajar, necesitamos tener ahorros para vivir. Además, en la vejez es cuando el hombre tiene más necesidades.

—Ya he pensado en eso alguna vez.

—Y si el Cielo os ha dado hijos...

—No me he casado.

—Yo tampoco, y, probablemente, no lo haré porque tengo miedo á las obligaciones de un padre de familia.

—Á mí me sucede lo mismo.

—Todavía soy joven; pero...

—Yo tengo cuarenta años.

—Pues muy pronto llegará el día en que vuestras fuerzas no os permitan hacer estos viajes, y, por consiguiente, os convendría retiraros á vuestro pueblo natal, y allí, con algunos ahorros...

—¿Y dónde están esos ahorros?

—¡Bah! ¡Las cosas vienen cuando menos se esperan! Suponed que esta noche os encontráis dos cosas.

—¿Dos cosa?—dijo el mensajero con tono de extrañeza.

—Advierto que del vino nos olvidamos—dijo el sirviente, llenando otra vez los vasos.

El mensajero bebió maquinalmente.

—¡Así se calienta el estómago!

—Y esta tarde se dejaba sentir el frío.

—Y á caballo...

—Mucho más.

—Pues, como os decía—repuso Gil mientras observaba á su compañero de cena,—no sería imposible que os encontraseis dos cosas: cien escudos en oro, ó doscientos, ó cosa por el estilo.

—Es un caudal.

—Suficiente para que os arreglarais bien en vuestro pueblo.

—Sí.

—¡Brindo por el dinero que habéis de encontraros!—dijo el sirviente.

—¡Y yo brindo por vuestro buen humor, por vuestra alegría!—respondió el mensajero.

Bebieron otra vez.

—¿Y qué otra cosa puedo encontrarme?

—Algún inconveniente para desempeñar vuestra comisión.

—¡Mi comisión!

—Me parece que habéis dicho que hacíais este viaje para cumplir órdenes de otra persona.

—No recuerdo...

—Pues yo juraría que lo he oído.

—Es posible.

—Pues bien; un hombre tan honrado como vos, si encuentra un obstáculo invencible, antes que declarar que no ha podido cumplir su deber desaparece y deja que cada cual haga los comentarios que mejor le parezcan.

—Lo que acabáis de decir es muy desagradable.

—Pero es verdad.

—¡Por desgracia!

—Si desaparecieseis, se creería que os habían asesinado, y vuestra reputación no padecería.

—Ó supondrían que soy un traidor.

—Dudarían; pero nada podrían asegurar.

—¿Y por qué decís todo eso?

—Porque de algo hemos de hablar, y al ocurrirme esta idea he querido conocer vuestra opinión. Yo también viajo para desempeñar una comisión muy delicada; y como temo que alguna desdicha me sobrevenga, estoy perplejo y sin saber qué determinación tomar. Me parece que acertaría haciendo lo que pudiera hacer un hombre tan honrado como vos.

—Comprendo.

—Sin que yo sepa por qué, me habéis inspirado confianza, y os hablo con la franqueza con que pudiera hablar al mejor de mis amigos.

—Os corresponderé, porque vuestro semblante me dice también que sois honrado.

—¡Gracias!

—El caso que ponéis es de tal naturaleza que perplejo debe dejar á cualquier hombre.

—Pero como nada perdemos en suponer...

—Eso es verdad.

—Por consiguiente, supongamos que se os presenta uno de esos inconvenientes insuperables, como por ejemplo, el de que se pierda una carta que llevéis.

—No llevo ninguna.

—Pensad que hacemos suposiciones. ¿Os desagrada la idea?

—¡Mucho!—dijo el mensajero, cuyo entrecejo se arrugó.

—Bebed para que se os pase el disgusto.

—¡Por vuestra salud!

—¡Por vuestra fortuna!

—Si me sucediese lo que habéis dicho...

—¿Qué haríais?

—¡Me parece que me moriría!

—¿Y si al mismo tiempo os encontraseis lo que para uno de nosotros es un caudal?

—Entonces...

—¿Qué habíais de hacer, sino ir á vuestro pueblo para pasar allí tranquilamente la vida? Me parece que otro recurso no os quedaba; porque eso de presentarse á la persona que nos ha confiado un pliego de importancia y decirle que lo hemos perdido...

—¡Jamás!—interrumpió vivamente el mensajero.

—Nuestra opinión es la misma.

—¡No hablemos de cosas desagradables!

—¡Tenéis razón! La cena está bien arreglada, el vino no es malo, y, por consiguiente, debemos comer y beber alegremente.

El posadero se presentó con nuevas viandas. Gil le pidió más vino, y repitieron sus libaciones. Desde aquel momento la conversación nada tuvo de particular y fué la más agradable. Diez minutos después sentía el mensajero muy pesada la cabeza. Contra su voluntad, se cerraban sus ojos. Gil mostró gran habilidad para hacerle beber, y el vino producía sus naturales efectos.

—Hasta la hora de marchar debierais dormir—dijo el sirviente de D. Lope.

—¡No me atrevo!

—¿Tanta prisa lleváis?

—¡Mucha!

—Pero alguna vez habéis de reposar, porque no hay cuerpo que resista un día y otro sin dormir. Calculad el tiempo que de todas maneras habéis de tardar en ir á Alicante, y os convenceréis de que, más ó menos, habéis

de dormir durante el viaje. Yo no cometeré semejante torpeza, y ahora mismo me acostaré, encargando al posadero que me despierte muy temprano.

El mensajero se restregó los ojos.

—¡No hay goce como el sueño!—dijo el sirviente bostezando y estirando los brazos. Luego añadió—¡Brindemos por última vez, y buenas noches!

—¡Así lo hicieron, y cuando el huésped se presentó, Gil le dijo:

—Antes de que amanezca, me llamaréis.

—¡Descuidad!

—Y si mi compañero quiere dormir algo, le despertaréis cuando disponga.

—De buena gana me acostaría y descansaría siquiera una hora.

—De todas maneras, ahora no podéis continuar vuestro viaje, porque no podría resistir vuestro caballo.

Dudó el mensajero. El sueño le dominaba cada vez más. Aunque no se acostara, se dormiría. Comprendiéndolo así, decidió dejarse caer en la cama sin desnudarse, confiando en que el huésped le avisaría en cuanto su cabalgadura estuviera en disposición de continuar la marcha. Mientras vacilaba, Gi se acostó, cerrando los ojos y respirando fuertemente. Era una nueva tentación. Por fin el cándido mensajero se dejó caer en la cama experimentando un bienestar incomparable. Murmuró algunas palabras que no pudieron entenderse, y se durmió casi en seguida con el pesado sueño de la embriaguez. En el interior de la posada reinó un silencio profundo. Ninguno de los dos viajeros había apagado el velón que estaba sobre la mesa. Media hora pasó. El mensajero roncaba. Gil abrió los ojos, se incorporó, y escuchó con atención profunda, desplegando á poco una sonrisa de satisfacción. Dejó el lecho, se acercó al en que estaba su compañero de cena, y le contempló un instante.

—¡Me parece—dijo—que no me equivoco, y, por consiguiente, no daré el golpe en falso! Ahora no despertará, y debo aprovechar la ocasión.

Sin detenerse, y tan cuidadosamente como pudo, empezó á desabrochar el coleto del mensajero. No daba éste señales de vida más que por su respiración violenta. Los ojos de Gil brillaban como carbunclos.

—¡Tripas de Lucifer! — pensó. — ¿Quién creería que este desdichado se encuentra á los bordes del sepulcro? Porque si despierta le mataré sin vacilar. ¡Así puede suceder que un hombre honrado se convierta en asesino!

Buscó, y al fin encontró un paepl. Era la orden del Ministro para el Virrey. Gil, conteniendo una exclamación de alegría abrió e pliego, y leyó la orden para convencerse de que no se equivocaba. Era muy peligroso guardar semejante papel; y, además, ¿para qué lo quería? Lo acercó á la luz, le prendió fuego' y bien pronto quedó reducido á cenizas.

—¡Ah!—murmuró.—¡Ahora respiro libremente!

Se sentó y meditó, discurriendo así:

—Puede suceder que, á pesar de todos los temores y del dinero, este hombre se vuelva á Madrid para dar parte de la pérdida de la orden; y en tal caso el Ministro escribirá otra enviando un segundo mensajero, que hará el viaje más rápidamente y con todas las precauciones posibles. Por si así sucede, me conviene partir ahora mismo, correr mucho y sin descanso, dar alcance al Sr. Domingo y al Sr. Diego y decirles lo que pasa. Llegando á Nápoles antes que la orden, habremos conseguido mucho, es decir, que algunas horas de ventaja pueden salvarnos, y yo ganaré por lo menos un día, que tal vez será un tesoro.

No era Gil de los que pierden el tiempo en vacilaciones y dudas. Sacó la bolsa, contó cien escudos, los metió en el bolsillo del mensajero, ocupando el lugar de la orden del Ministro, y le abrochó el coleto. En seguida tomó su sombrero, su capa, su espada y el velón. Salió del aposento, y se encaminó á la cocina, donde el posadero, sentado junto al hogar, dormía tranquilamente. Le puso una mano sobre la espalda, y le dijo:

—¡Despertad!

Abrió el huésped los ojos, y sorprendido miró al sirviente.

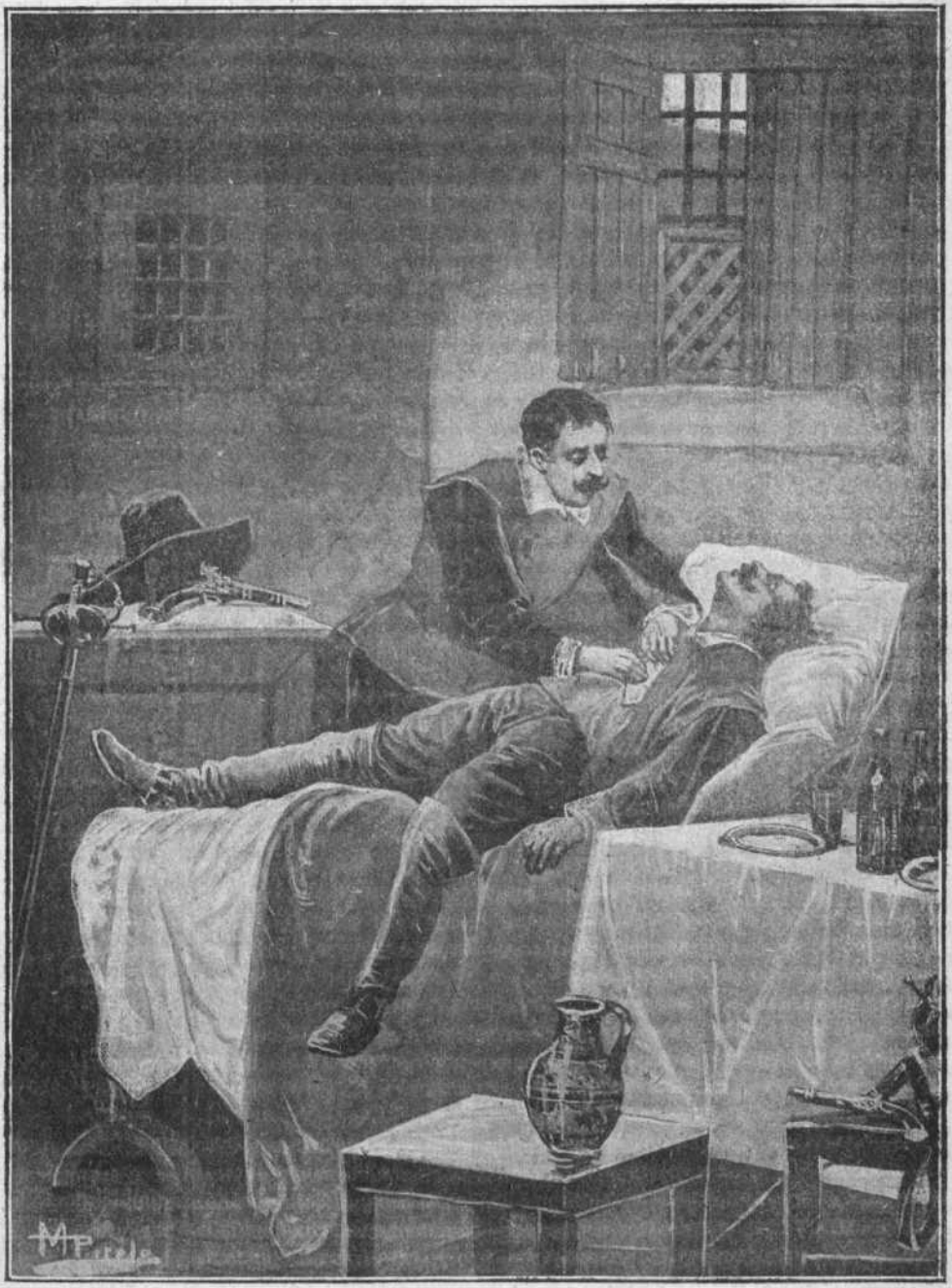
—¿Acaso es ya hora? ¡Me parece!...

—Levantaos y escuchadme.

—¡Aún es muy de noche!

—Pero he de partir.

—¿Antes que vuestro compañero?



Buscó, y al fin encontró un papel.

—Sí.

—Pues yo había entendido...

—Hemos conferenciado y determinado otra cosa.

—Bien está lo que dispongáis.

—Á mi amigo—repuso Gil—le dejaréis dormir cuanto quiera.

—¡Descuidad!

—Ensillaréis ahora mismo mi caballo, os pagaré según os he prometido, y que Dios os dé fortuna.

—¡No lo entiendo!—murmuró el huésped.

La explicación más clara y más agradable era el dinero que le entregó Gil. Con delicia contó y examinó el posadero las monedas: fué á la cuadra, ensilló el caballo, le llevó al zaguán, abrió la puerta de la posada, y Gil montó; envolvióse bien en su capa, porque el frío se dejaba sentir, dió las buenas noches á Pedro, y partió. En pocos momentos desapareció entre las tinieblas, y dejó de percibirse el ruido de las pisadas del caballo.

—¡Pues, señor—dijo el huésped mientras iba á su dormitorio,—esto es incomprensible, y empiezo á creer que el que ha partido no es un cualquiera, sino un caballero muy principal que se ha disfrazado para alguna intriga! ¿Por qué quería estar solo en la posada? Y si es un noble, ¿por qué cena mano á mano con el otro, que desde larga distancia trasciende á plebeyo? Me ha pagado con largueza, y esto es lo que en realidad me importa. Ahora dormiré con descuido, porque no he de llamar al otro.

El posadero se acostó, entregándose al sueño más profundo. Sin otra novedad pasó la noche. Brilló el Sol en un horizonte purísimo. El cándido mensajero dormía bajo la influencia del alcohol. El huésped no se atrevió á despertarle, pues quería cumplir la orden con toda exactitud. Aún pasó una hora. Por fin el hombre abrió los ojos, bostezó y miró á todos lados con profunda sorpresa.

—¡De día!—exclamó.

Y como si el lecho tuviese agujas, se incorporó y saltó al suelo.

—¿Por qué me han dejado dormir? ¡Ah!... ¿Y el otro viajero? ¡Ya se ha ido! ¡Y he perdido toda la noche!

Se acercó á la puerta, la abrió, y empezó á gritar llamando al huésped, que se presentó haciendo reverencias y diciendo:

—¡Buenos días nos dé Dios!

—¿Por qué no me habéis despertado?—le preguntó ásperamente el mensajero. — ¿No sabíais que me era preciso continuar mi viaje con gran prisa?

—Vuestro amigo...

—¿Dónde está?

—Se fué antes de la media noche, y según...

—¡Antes de la media noche!

—Me mandó que os dejase dormir porque así lo habíais dispuesto, y yo...

—¡Desdichado de mí!

—He cumplido mi deber...

—¡Sois un estúpido, ó tal vez un traidor, y vuestra torpeza ó malicia ha de costaros muy cara!

—¡Soy un hombre honrado; entendedlo bien!

—¡Me habéis hecho perder toda la noche!

—¿Es mía la culpa?

—Sí, vuestra es; y como soy un correo de Su Majestad y llevo órdenes muy urgentes...

—¡Misericordia divina!—exclamó el posadero con acento de terror.

—¡Á la justicia daré cuenta de vuestro proceder!

—Vos también os habéis dejado engañar. Si tanta prisa teníais, ¿por qué os dormisteis? Y si no queríais dormir, ¿por qué bebisteis más de lo que puede resistir vuestra cabeza? Cuando aquí os dejé se cerraban vuestros ojos y apenas podíais hablar.

—¡Villano!...

—La justicia entrará en mi casa, y á la cárcel iré; pero diré la verdad, y vos también sufriréis el castigo por haberos emborrachado. ¡Ahora lo comprendo todo!

—¿Qué comprendéis?

—Que ese hombre tenía interés en deteneros, y por eso me pagó el alquiler de todas las habitaciones de la posada, y así consiguió que en la suya os instalaseis.

Al fin el mensajero vió claro; pero aún no sospechó que le habían robado el pliego, y decidió correr sin descanso para recuperar el tiempo perdido. Afortunadamente, el Ministro no sabría lo que había sucedido. Esta idea le consoló.

—¡Mi caballo!—gritó desesperadamente.

—¿No queréis almorzar?

—¡Lo que quiero es que la Tierra me trague!

Pocos minutos después cabalgaba y partía. Tenía la ventaja de que su corcel había descansado y recobrado las fuerzas. Corrió por espacio de tres horas, y no se hubiera detenido á no ser por el temor de quedarse sin cabalgadura. Se permitió algún descanso, comió y continuó su viaje. Aquella noche tuvo que cambiar de caballo. Al otro día quiso convencerse de que no había perdido el pliego, pues recordó las desagradables suposiciones del viajero hablador. Empero en lugar del papel no encontró más que los cien escudos. Lo que sintió no puede explicarse. Entonces comprendió perfectamente toda su desgracia y dió todo el valor que tenían á las suposiciones de su compañero de cena. Entregóse á los transportes de la desesperación. ¿Lé convenía volverse á Madrid y decir al Ministro la verdad? Tenía miedo. Empero pensó que si desaparecía, cuando algún tiempo transcurriese, sospechando que había cometido una traición, le buscarían, y no era imposible que le encontrasen. En semejante caso no tendría defensa posible. Por espacio de más de dos horas caviló y dudó. Triunfó al fin su rectitud, y dijo:

—¡Honrado he sido siempre, y honrado quiero morir!

Y triste y cabizbajo tomó la vuelta de Madrid, adonde llegó al día siguiente. No un día, sino más de tres había ganado el ingenioso y astuto Gil, que entró en Alicante precisamente á la hora en que llegaba á la corte el infeliz mensajero, que fué á la cárcel por haberse dejado engañar.

El Ministro puso nueva orden, y partió otro correo. Ya era tarde, á menos que Gil no encontrara proporción para embarcarse inmediatamente. Del suceso dió el Ministro parte al Rey, que escuchó con el más profundo disgusto, exclamando luego:

—¡Todo se conjura contra mí!

—Señor, mucho deben de valer esos hombres, y auxiliares deben de tener que también valgan mucho.

—Triunfarán; y cuando Alfonso de Paredes recobre la libertad...

—¡Eso es casi imposible!

—Por de pronto, el hijo de Paredes llegará á Nápoles antes que mis órdenes.

—Pero no es fácil sacar á un preso del castillo del Ovo.

—¡El tiempo lo dirá!

El Monarca despidió al Ministro y dispuso que inmediatamente llamasen á D. Lope de Santisteban; así éste recibiría la noticia de lo que había hecho su criado y quedaría tranquilo. No podía quejarse de la fortuna, á pesar de que su situación era muy crítica.

CAPÍTULO VIII

Planes.

Acababa de ocultarse el Sol y el crepúsculo desplegaba sus sonrisas. Muchas de las calles de la ciudad de Nápoles estaban casi en completa oscuridad. El Vesubio se levantaba imponente y sombrío, y su silueta desvanecíase y se perdía en el horizonte. Nápoles era en aquel tiempo una de las poblaciones del dominio español en Italia. Allí habíamos hecho exactamente lo mismo que en otras muchas partes; ó lo que es igual, no habíamos hecho nada en beneficio del pueblo, y le habíamos sacado arbitrariamente más tal vez de lo que podía dar.

En el barrio más populoso y de calles más estrechas y sombrías encontrábase, entre otras, una hospedería que, por ser de un español, era muy frecuentada por los españoles. Allí se vivía, si no con mucha comodidad, con bastante independencia, pues ya era costumbre que ninguno de los viajeros que allí se aposentaban se cuidase de los demás. Sus habitaciones eran modestas, como convenía para hidalgos de mediana fortuna ó gente plebeya que no exigía ciertas comodidades. En una habitación del piso principal, bastante espaciosa y donde había dos camas, una mesa, un arcón de nogal y algunas sillas, amén de muchos cuadros con imágenes de santos, que adornaban las paredes, hallábanse dos hombres que se habían sentado el uno frente al otro á ambos lados de la mesa. Entre ellos había un velón, cuya rojiza luz se esparcía trabajosamente esclareciendo un pequeño es-

pacio, dos vasos, dos botellas con vino, platos y lo demás indispensable para la cena, menos los manjares, que, sin duda, debían llevarles de un momento á otro. Esas dos personas eran el Sr. Domingo Cabral y su amigo el Sr. Diego de Paredes. Estaban silenciosos y parecían muy preocupados, con la mirada fija en la mesa. Largo rato pasó así. Por fin el Sr. Diego cambió de postura, levantó la cabeza, miró á su amigo y exclamó:

—¡Que el Infierno me trague!

Cabral, que había cerrado los ojos, los abrió, se pasó las manos por la frente, y dijo:

—¡Se me calienta demasiado la cabeza!

—Eso consiste en que pensáis demasiado en lo que os conviene olvidar.

—¿Vos no caviláis?

—Sí; pero...

—¡Desengañaos, mi buen amigo, que todo depende de lo crítico de nuestra situación. No me sorprenden las contrariedades ni los peligros, porque nunca se me han ocultado las dificultades de esta empresa; pero no negaré que me forjé algunas ilusiones, que empiezan á desvanecerse.

—Desde lejos parecen las cosas distintas de lo que son.

—Hoy hace ocho días que nos encontramos aquí. ¿Y qué hemos hecho?

—Cavilar.

—¿Y qué hemos adelantado?

—¡Tripas de Lucifer!...

Miráronse, y volvieron á quedar silenciosos por algunos minutos. Luego dijo Cabral:

—Veamos si sabéis cuál es el mayor tormento de la criatura.

—¡Tantos son!...

—Pero hay uno que es el más horrible, que produce la desesperación, los vértigos, y es... la impotencia.

—¡Mil truenos!

—¿Me equivoco? ¿Hay nada más horrible que querer y no poder?

—¡Tenéis razón!

—La impotencia os hace sufrir tanto, que habéis perdido la alegría, lo cual parece imposible.

—No estoy de buen humor; lo confieso.

—Y habláis poco.

—Porque cavilo mucho.

—Y además...

—Mi buen amigo—interrumpió Paredes,—vos estáis también á todas horas taciturno.

—El mismo motivo tenemos para sufrir.

—Uno! más tenéis vos, porque os habéis empeñado...

—¡Callad, Sr. Diego!

—¡Desdichada noche aquélla!

—Y, sin embargo...

—Os considerasteis feliz. Ya lo sé.

—¡Oh! ¡Grabada en mi alma está la imagen de aquella criatura! ¿Qué habrá sido de ella?

—Tranquilizaos, porque estando prevenido D. Lope...

—¡No es eso bastante para mi tranquilidad!

—Señor Domingo, estoy pensando que si continuamos así, nos moriremos muy pronto, porque esta vida no es soportable. Preciso es, y hasta urgente, que hagamos un esfuerzo, y...

—Así lo exige nuestro deber.

—Cenaremos, beberemos, y sucederá una de dos cosas: ó que nuestra cabeza se despeje con el vino, ó que nos emborrachemos, y en ese caso nos dormiremos y olvidaremos penas. ¿En qué piensa nuestro huésped que nos tiene sin cenar? ¡Rayos y truenos! ¡Preciso será hacerle una advertencia—¡Y el Sr. Diego se levantó, fué á la puerta, la abrió, y gritó con cuanta fuerza pudo:—¡Maese! ¡La cena! ¡Por el Infierno! ¡Que nuestra paciencia se apura, y es fácil que nuestro mal humor repercuta en vuestros huesos!

—¡Voy al instante!—dijo una voz que parecía salir del fondo de una caverna!

No se hizo esperar el hostelero, que llevó la cena pidiendo mil perdones y excusando como mejor pudo su tardanza. Los dos hidalgos principiaron por beber. El Sr. Diego empezó á recobrar su alegría. Cuando tomaban los primeros bocados abrióse la puerta, y se presentó un hombre envuelto en ancha capa y recatando el semblante con el embozo. Sin pedir licencia ni pronunciar una palabra entró el embozado, se acercó á la mesa y se sentó. Los dos hidalgos le miraron con asombro, arrugaron el entrecejo, y Paredes exclamó:

—¡Fuego de Satanás! ¡Hay cosas que aunque sean inoportunas no dejan de tener gracia! Ni pedís licencia, ni dais las buenas noches; pero bien venido seáis, y, de todas ma

neras, os ofreceré un vaso de vino, y luego os haré una pregunta.

—Más de una será—respondió el embozado descubriendo el semblante.

Una exclamación de profunda sorpresa dejaron escapar los dos hidalgos.

—¡Por Satanás!—dijo el Sr. Diego.

—¡Gil!—murmuró el Sr. Domingo.

Y se pusieron en pie como impulsados por un resorte.

—¿Por qué os levantáis? Viendo estáis que sin vuestra licencia me he sentado. Perdonad-

—Ya lo veis, Sr. Domingo.

—¿Qué sucede? Explicaos pronto y con claridad, porque vuestro viaje no puede significar sino una nueva desgracia.

—Hay de todo—respondió Gil;—y, sin embargo, no podemos tener queja de la fortuna, porque nos ha favorecido mucho.

—Decid.

—Mientras hablo cenaremos, porque estoy desfallecido, y vosotros también necesitáis recobrar las fuerzas.

—No tengo apetito—dijo Cabral.



—¡Más de una será!—respondió el embozado descubriendo el semblante.

me, porque apenas puedo sostenerme. Desde el mediodía no me he permitido un instante de reposo, y esto después de un viaje que nada de agradable ha tenido. Á pesar de las libertades que me tomo, soy vuestro criado y os respeto como merecéis. ¿No me ofreciais vino? ¡Bien lo necesita mi estómago!

Y mientras esto decia el sirviente llenó un vaso, bebió, echó atras la capa, se quitó el sombrero, puso en un plato algunas tajadas y se preparó á comer.

—¡Cien mil legiones de condenados!—exclamó Paredes.—¡Confieso que por primera vez en mi vida me he aturdido!

—¡Vos aquí!—dijo Cabral sentándose y mirando ansiosamente al criado.

—Yo beberé para desaturdirme—repuso el Sr. Diego.

—Si no recobráis la calma, no me entenderéis, ni podremos apreciar la situación, ni hacer nada de provecho.

Esforzáronse todos. El Sr. Domingo era el que estaba más agitado. Pensaba en Margarita, y sus temores le atormentaban horriblemente. Gil, sin dejar de comer, dió principio á sus explicaciones diciendo:

—De D. Juan de Haro y de su pupila es muy poco lo que tenemos que hablar. Llegaron á Madrid felizmente y se instalaron en su casa, que está fronfera al monasterio de San Martin. Mi noble señor no los pierde de vista: ha empezado á trabajar como sabe hacerlo, y ya

está en comunicación con doña Margarita.

—Pero el misterio en que esa mujer se envuelve...

—Sobre ese punto no puedo deciros una palabra.

—¿No sabéis quién es?

—Lo que sé es que os conviene olvidarla, y así os evitaréis muchos disgustos.

—¡Olvidarla! ¡Imposible! ¡Más la amo cuantos más días pasan y cuanto mayores son los obstáculos que se oponen á mi deseo! ¡Si sufrimientos me esperan, me resignaré; lucharé, si es preciso luchar, y moriré antes de renunciar al amor de esa criatura sublime!

—Se ha enamorado de veras—dijo Paredes, —y se equivoca D. Lope si tiene esperanza de que cambien los sentimientos del Sr. Domingo.

—No ha creído semejante cosa, y trabaja para favorecer su amor.

—¡Cuánto le debo!

—Sobre este asunto—repuso Gil—os diré lo único que puedo decir, y que por cierto es muy agradable: doña Margarita corresponde á vuestro amor.

—¡Ah!...

—Ya se lo había dicho con los ojos — dijo el Sr. Diego;— pero se empeñó en dudar, y no he podido convencerle.

—¡Que me ama Margarita!...

—Por lo menos, tanto como vos á ella, pues así lo ha declarado terminantemente y en presencia de D. Juan.

—¡Cuánta dicha! ¡Oh! ¡Ya me considero feliz y me siento con fuerzas para todo!

—Bien necesitáis las fuerzas y el valor, y sobre todo la calma, y que no se ofusque vuestro entendimiento, pues la situación es grave y la vida de todos nosotros depende de la más leve imprudencia.

—¡Explicaos!

Lo que sucedió en la posada, punto por punto y con los comentarios consiguientes, se lo refirió D. Juan al Rey.

—¿Y qué le importa este asunto á Su Majestad?

—No lo sé; pero así ha sucedido. El Rey sospechó quiénes eran los dos hidalgos misteriosos, y mandó á D. Lope que averiguase lo que haciais. Todo se arregló muy bien, gracias al ingenio de mi noble señor; pero después ha sucedido que D. Juan consiguió saber quiénes eran los dos hidalgos, y á Su Majestad le evó la noticia.

—¡Por el Infierno!...

—No ha necesitado el Rey más explicaciones; y convencido de que veníais á Nápoles para sacar de su encierro al Sr. Alfonso, dispuso que inmediatamente se enviasen órdenes al Virrey para que estuviera prevenido, redoblase la vigilancia, os buscara y os encerrase.

—¡Vive el Cielo!...

—¡Fuego de Satanás!...

—Partió un correo...

—¡Que el Infierno me confunda!...

—Pero yo salí antes de la corte, esperé en una posada del camino, cené con el mensajero, le emborraché, le quité la orden y la quemé, dejándole dormido y con cien escudos que en su bolsillo puse para que se consolara. Seguí corriendo, á Nápoles llegué esta mañana, y aunque nuevas órdenes vendrán, he conseguido así que ganemos algunos días.

Los dos hidalgos palidecieron. El peligro era inminente. Supusieron lo sucedido: que se expedirían nuevas órdenes, y que, aunque tardasen ocho días en llegar, llegarían al fin. No disponían, pues, sino de breve plazo para realizar tan difícil empresa, y aún no habían conseguido ni siquiera trazar un plan que ofreciera probabilidades de triunfo. El apuro no podía ser mayor. Así se comprende que mudos quedasen, que palidecieran, y hasta que tuviesen miedo, pues no se trataba solamente de arrostrar peligros, sino de tener que renunciar á la noble empresa.

—Mal efecto han producido mis palabras— dijo Gil;—lo cual me prueba que muy poco ó nada habéis adelantado.

—¡Nada, por nuestra desdicha!—respondió Cabral.

—Eso no es exacto—respondió Paredes,— porque siquiera hemos adquirido algunas noticias que son de mucho interés, ya que se refieren al sistema que se observa en el castillo del Ovo para guardar á los presos, y sabemos ya que el Gobernador apenas se cuida de los infelices que gimen en los calabozos de la fortaleza, pues la vigilancia se deja por completo á guardianes de baja esfera, tan po-

bres como groseros, y que pueden, por consiguiente, ser sobornados sin gran dificultad.

—Algo es eso, y quizás mucho—repuso Gil.

—Pero necesitamos tiempo.

—Y el tiempo es precisamente lo que nos falta desde el momento en que el Rey está al corriente del asunto y nos persiguen.

—Á pesar de todos esos obstáculos, lucharemos—repuso Cabral.

—Y si yo puedo ayudaros, me quedaré, porque licencia traigo para hacer lo que convenga, y orden para obedecer las que me deis.

—En estos momentos estoy aturdido.

—Yo también—dijo Paredes;—y la culpa es vuestra, amigo Gil, porque nos habéis interrumpido la cena, en vez de venir algo más tarde ó más temprano.

—Pues cenaremos sin ocuparnos en este asunto hasta mañana, y se nos despejará la cabeza después de haber cenado y dormido.

—¡Bien pensado!

—Llegué esta mañana, según os he dicho; pero no sabía dónde encontraros. Empecé á recorrer la ciudad, entrando en cuantas posadas y hosterías encontré. ¡Vive Dios! En todas partes se me presentaba la misma dificultad; que preguntaba, y no me entendían; que me hablaban, y me quedaba á obscuras.

—¿Y cómo os habéis arreglado?

—Pronunciaba vuestros nombres, se encogían de hombros ó por señas me decían que no, y me iba á otra parte.

—¡Paciencia habéis tenido!

—La necesidad hace milagros.

—¿Y al fin?

—Comí á las doce, seguí recorriendo la población, y cuando ya me faltaban las fuerzas, á esta casa llegué. Figuraos cuál sería mi sorpresa al ver que aquí me entendían perfectamente, y crei volverme loco de alegría cuando el huésped me dijo: «Subid, y en la habitación núm. 7 encontraréis á vuestros amigos: si queréis esperar y decirme vuestro nombre, les avisaré. Cenando están, y podréis hacerles compañía». Yo tenía la seguridad de encontraros; pero bien podía suceder que pasaran tres ó cuatro días sin que la fortuna me favoreciese, lo cual hubiera sido inmensa desgracia, porque cada minuto es un tesoro inapreciable.

—Puesto que licencia tenéis para quedaros aquí, nos ayudaréis, pues mucho vale vuestro auxilio.

—Ciertas cosas no puedo hacer, porque no sé hablar con la gente de esta tierra.

—Yo tampoco—dijo el Sr. Diego.

—Yo sí. Para poder cumplir la última voluntad de mi padre estudié la lengua italiana, y la hablo con bastante perfección.

Aunque se habían propuesto no tratar del asunto hasta el día siguiente, les fué imposible dominarse, y esta vez entraron en explicaciones, poniendo al corriente á Gil de lo que habían adelantado. Meditó, calculó, preguntó muchos pormenores de que no habían hecho mención los hidalgos, y luego dijo:

—Aún necesitamos más antecedentes, muchos más; y puesto que habéis hecho amistades con quien conoce á uno de los carceleros, debéis averiguar lo que más interesa para dar el golpe con toda seguridad.

—Sabemos que en el calabozo núm. 7 hay un preso cuyo nombre ignoran los guardianes.

—Pues ése debe de ser vuestro padre, señor Diego.

—Dicen que hace diez y seis ó diez y ocho años que allí se encuentra, y es el único en quien fija la atención el alcaide de la fortaleza, pues algunas veces le visita, lo cual no hace con ningún otro preso.

—¿Y dudáis?

—No dudo.

—Pues al guardian encargado de ese calabozo es al que tenemos que acudir.

—Es un viejo muy honrado, muy severo, y hasta la exageración celoso para el cumplimiento de su deber. Treinta años hace que entró en el castillo, y aseguran que para nada ha vuelto á salir, pues creería que sus deberes olvidaba si se tomaba la más pequeña libertad ó se permitía algún desahogo. Allí vive encerrado y preso, sin que le hayan condenado á semejantes pena; no tiene ambiciones, se considera feliz, y es fanático por el Rey. ¿Cómo se soborna á un hombre de tales circunstancias? ¿Qué puede ofrecérsele que le halague ó le deslumbre hasta el punto de hacerle olvidar su deber? Tiene ya un pie en la sepultura; y como siempre ha sido honrado y nada espera de este mundo, aguarda tran-

quilamente el fin de su vida para gozar en el otro de la salvación eterna.

Gil hizo un gesto de disgusto. Las condiciones del carcelero no podían ser peores para el resultado de la empresa. Hasta para acercarse á él había dificultades, puesto que nunca ni por nada salía del castillo, y amigos tenía muy pocos, porque su trato ninguna diversión ofrecía.

—¿Es casado?—preguntó el sirviente.

—Viudo.

—¿No tiene hijos?

—Uno de veintitantos años, que sentó plaza de soldado y en Nápoles está.

—¿Es soltero el hijo?

—Sí.

—¿Nada más sabéis de la vida de ese hombre?

—Nada más.

—¿Le habéis visto alguna vez?

—No hemos entrado en la fortaleza.

Otro gesto de disgusto hizo Gil. Los tres quedaron silenciosos. De vez en cuando bebían, inclinaban la cabeza y meditaban. Hasta entonces habían podido dejar que el tiempo pasase, esperando á que alguna circunstancia les favoreciera; pero la situación había cambiado, y ya era preciso que aprovechasen los días, y hasta los minutos. Como había dicho Gil, cuando la necesidad nos impulsa hacemos milagros. Más de una hora pasó sin que hicieran otra cosa que apurar sorbo á sorbo el vino que tenían en los vasos. Por fin Cabral levantó la cabeza y se pasó las manos por la frente. Sus negros ojos brillaron.

—¡Triunfaremos!—exclamó enérgicamente.

—¡Bien, muy bien!—le dijo Gil:—¡Volvéis á ser lo que siempre habéis sido!

—¿Habéis encontrado el medio?—preguntó con ansiedad Paredes.

—Sí; un medio seguro hay para obligar al carcelero á que nos sirva, á que cometa una traición, á pesar de toda su honradez, de todo su celo y de su fanatismo.

—Reconozco mi torpeza.

—Y yo la mía.

—Ese hombre, que tiene un pie en la sepultura y que debe de mirar con indiferencia todas las cosas de este mundo, guarda, sin embargo, un afecto en su alma; afecto que debe de ser tanto más tierno y profundo, cuanto los concentra todos, es el único.

—Sí; su hijo.

—Pues bien; de ese hijo nos apoderaremos...

—¡Por Dios vivo!...

—¡Ah!...

—Y al padre le pondremos en la alternativa de servirnos ó de perder al hijo de su alma.

Paredes y Gil miraron con asombro al Sr. Domingo. El plan de éste no podía ser mejor, relativamente, y dadas las circunstancias. Presentaba muchas dificultades; pero las vencerían. El Sr. Diego, en el colmo del entusiasmo, se puso en pie, fué hasta la puerta, y dijo al huésped:

—¡Una botella, dos, del mejor vino que tengáis en vuestra casa, del mejor que haya en el mundo; y mirad bien lo que traéis, porque lo pagará vuestro cuerpo si nos dais gato por liebre!

—¡Descuidad!

Nuestros tres amigos brindaron mientras prorrumpían en exclamaciones de júbilo. No recobraron la calma hasta después de haber vaciado una de las botellas.

—Sr. Domingo — dijo Paredes, — sois un gran hombre; y si vuestro padre saliera del sepulcro, se entusiasmaría lo mismo que yo y os abrazaría con orgullo. Valéis más que nosotros, mucho más, y, por consiguiente, á vos os toca dirigir, dar órdenes, y á nosotros obedecer.

—¡No tanto!

—¡Sí, sí!

—Todos tenemos que trabajar; y si una buena idea me ha ocurrido, si Dios ha querido inspirarme en este momento de apuro, no he conseguido todo lo que deseaba, todo lo que necesitamos.

—Apoderándonos del hijo...

—El padre nos servirá.

—¿Y qué más queremos? Con la ayuda del guardián puede mi honrado padre salir de su calabozo.

—Sr. Diego, os olvidáis de lo que un hombre honrado jamás olvida, si bien vuestro egoísmo es perdonable, porque se trata de la salvación de vuestro padre.

—No os comprendo.

—¿Qué haremos para que ese anciano no quede comprometido? Si el preso se va, tendrá que responder, y á pesar de sus años, de sus servicios y de todo, le castigarán con la mayor dureza, porque no es posible que perdonen á quien ha dejado escapar un reo de tanta importancia, un reo de Estado. Obligar á ese hombre á que nos sirva y dejarle en el mayor de los conflictos, es una mala acción que no puedo cometer.

—Me parece que lleváis los escrúpulos hasta la exageración.

—Mi conciencia no me permite hacer otra cosa.

—Si nos fuera posible horadar esta noche los muros del castillo y sacar á mi padre, ¿os detendríais?

—No.

—Y, sin embargo, comprometidos quedarían los carceleros, y se les exigiría la responsabilidad por no haber vigilado bastante.

—Sin embargo, podrían defenderse, mientras que la defensa es imposible si desaparece vuestro padre sin que se hayan roto muros y violentado puertas.

—Entonces...

—Nos falta un medio para que á cubierto quede la responsabilidad de ese hombre.

—Difícil es encontrarle.

—Pero si no es imposible...

—¡Perdonad!—interrumpió Gil.

—¿También á vos os ocurre una buena idea? ¡Rayos de Satanás! ¡Tendré que convencerme de que he perdido el entendimiento y de que para nada sirvo, como no sea para estorbo!

—¿Quién ha hecho esas averiguacionos tan interesantes sobre el carcelero?

—El Sr. Domingo, que es el que sabe hablar la lengua de esta tierra.

—Pero vuestro fué el plan, y, por consiguiente, habéis hecho mucho, porque sin esa base, nada conseguiríamos.

—Consolaos, pues—dijo el sirviente.

—Sepamos lo que os ocurre, y mientras os explicáis beberé para que se despeje mi integencia.

—Supongamos que vuestro padre se muere.

—No sería cosa extraña, con sus años y sus penalidades.

—¿Qué harían los que guardan el castillo?

—Dar parte de la muerte y enterrar el cadáver.

—Y así el honrado y desgraciado Sr. Alfonso, ó más bien el preso número... desaparecería de su calabozo para siempre, y con gran contento de sus guardianes, porque libres quedarían de toda responsabilidad.

—¿Y qué deducís de todo eso, amigo Gil?

—Una cosa muy sencilla.

—Para mí no es clara.

—Un día el carcelero le dará al alcaide la noticia de haber encontrado muerto á vuestro padre.

—Pero...

—Y el cadáver estará allí, y le darán sepultura...

—¡Tripas de Lucifer!—exclamó el señor Diego dándose una palmada en la frente.—¡Ahora comprendo!

—¡Ya tenemos cuanto necesitamos!—dijo Cabral.

Otra vez se entusiasmaron, y destaparon la segunda botella del vino añejo. Aquella lucha de ingenio era admirable. Gil acababa de probar que no valía menos que el Sr. Domingo, y muy pronto daría Paredes alguna prueba de que valía tanto como sus compañeros. El plan era tan ingenioso como atrevido. Quisieron examinarle y detallar los pormenores; pero habían bebido demasiado, y ya sentían la cabeza pesada.

—Lo mejor que podemos hacer es dormir—dijo Paredes.

—Mandaremos que pongan una cama para Gil.

—Y mañana al amanecer principiaremos á trabajar.

—Ante todo, hemos de apoderarnos del hijo del carcelero.

—Preparando sitio donde encerrarle.

—Y además...

—¡Hablaremos mañana!—interrumpió Gil.

Necesitaban descanso. Llamaron al huésped, dándole la orden para que arreglase otro lecho, y quince minutos después se acostaron, entregándose al más profundo sueño. Pocas veces se ha relizado empresa tan difícil como la que intentaban aquellos hombres. ¿Encontrarían algún obstáculo insuperable? No sería

difícil que la vida les costara su inconcebible atrevimiento.

CAPÍTULO IX

Pietro y Paolo.

Á la mañana siguiente muy temprano dejaron el lecho nuestros amigos, tomaron alimento y salieron de su posada. Encaminároнse al barrio más pobre y más lejos del centro de la ciudad, y empezaron á recorrer sus calles en busca de una vivienda que tuviese las condiciones que necesitaban para que de encierro sirviera al hijo del anciano guardián. Encontrar esto no era difícil, si conseguían que la víctima cayese en el lazo que se preparaba. Por espacio de dos horas fueron y vinieron, y al fin, en una calle estrecha, sombría y solitaria, vieron una casita de regular aspecto que por nadie estaba habitada. El interior del pequeño edificio nada tenía de particular; pero encontraron en él la ventaja de una cueva ó sótano donde no había más luz que la que penetraba por una ventanilla con reja que daba á un pequeño patio.

Era imposible que se escapase la persona allí encerrada, y también que oyeran sus gritos los vecinos de las casas inmediatas. ¿Qué más podían desear? Examinaron la compuerta por donde se entraba al subterráneo, y vieron que tenía un fuerte cerrojo.

—¿Qué os parece?—preguntó Cabral al señor Diego y á Gil.

—¡Muy bien!

—Aquí podemos traer una cama y lo demás absolutamente necesario para el preso y para el que vigile, y alternaremos hasta que el negocio concluya.

—¿Y cómo haremos para que el mozo caiga en la red?

—La violencia no podemos emplearla en medio de una población, pues todo lo más que conseguiríamos sería matar á ese hombre, y no hemos de cometer semejante crimen, que ningún buen resultado produciría.

—Es verdad.

—Tenemos también la dificultad de que no podemos acudir á nadie para que nos ayude, porque donde busquemos un auxiliar, podríamos encontrar un traidor.

—Somos tres, y, por consiguiente...

—Sí; nuestras fuerzas son mayores—repuso el Sr. Domingo,—y por mi parte me avergonzaría en buscar ayuda. Si ese hombre se defiende cuando comprenda la situación, lucharemos, y si nos toca morir, nos resignaremos, porque esta empresa la hemos acometido para triunfar ó morir.

—Todo eso está muy bien—replicó Paredes;—pero lo que no se me alcanza es cómo hemos de apoderarnos del hijo del carcelero.

—Muy fácilmente, porque obligándole á venir á esta casa, haremos lo demás.

—¿Y cómo le obligaréis?

—¡Dejad eso á mi cuidado! Puesto que yo soy el único que puedo entenderme con los de esta tierra, yo arreglaré el negocio, y aquí me esperaréis para dar el golpe.

Pusiéronse de acuerdo en todo lo que habían de hacer sin olvidar ni el más leve pormenor, y una hora después tenían á su disposición la humilde casa, que alquiló el Sr. Domingo sin regatear y pagando adelantado. En aquella época no era posible que llamase la atención de nadie el que un español alquilara un edificio para establecerse allí, puesto que eran muchos los que lo hacían, ya por razón de su empleo ó para emprender alguna especulación. Mientras esto sucedía, el hijo del guardián iba á ver á su padre, y debemos seguirle para dar á conocer al uno y al otro y que se comprendan bien los extraños sucesos que tenemos que referir.

Las noticias que á nuestros amigos habían dado no podían ser más exactas. Pietro, que así se llamaba el vigilante ó carcelero, era la personificación de la honradez y la severidad. Tenía sesenta y cinco años, pero representaba menos, porque su organización era muy vigorosa, verdaderamente privilegiada, y conservaba casi toda la energía de los mejores tiempos de su completa virilidad. Su carácter era sombrío, sin duda por efecto de la clase de vida que hacía, pues llevaba treinta años, según ya hemos dicho, de habitar en un tenebroso aposento de la no menos tenebrosa fortaleza. La muerte de su esposa le hizo doblemente taciturno: hablaba muy poco, y nadie recordaba

haberle visto sonreir. Había educado á su hijo como puede educarlo un pobre; pero inculcándole la: más severas ideas de honradez y de pundonor, y diciéndole constantemente que el hombre está obligado á sacrificarlo todo, hasta la vida, cuando se trata del cumplimiento de un deber. Tuvo la fortuna de que su hijo se le pareciera, lo cual fué para él una satisfacción inmensa. Creció el niño, y llegó á ser hombre. No había de heredar ningunos bienes, y, por consiguiente, había de vivir con el fruto de su trabajo. En aquellos tiempos era un oficio como otro cualquiera ser soldado, y, además, á Pietro le halagaba que su hijo sirviera al Rey, lo cual consideraba, no solamente muy honroso, sino como el cumplimiento de un deber sagrado.

El hijo no se opuso, porque también la idea le agradó, y sentó plaza en las mejores condiciones, recomendado por el Virrey. Cuando el anciano quedó enteramente solo se le vió más preocupado; pero no se quejó, sino que, por el contrario, aseguraba que era el más feliz de los hombres. Carecía ya de ilusiones, no tenía ninguna ambición más que la dicha de su hijo; nada esperaba de este mundo, y dejaba que el tiempo pasase y que Dios pusiera término á su vida.

Comprendía entonces toda la importancia de la honradez, porque su conciencia estaba tranquila, y esto era una satisfacción sin igual, un goce íntimo: el goce único que puede tenerse en la vejez. ¿Cómo había de dejar de ser honrado un hombre así? ¿Cómo había de olvidar sus deberes?

Dos veces iba el hijo á ver al padre cada día; á las doce en punto, para acumpañarle á comer, y cuando el Sol se ponía. No hay que decir que estas visitas eran para el anciano un goce inmenso. La conversación era siempre la misma, con muy poca diferencia: recordaba el padre los tiempos en que vivía su esposa, y repetía sus sanos consejos para que el hijo cumpliera su deber. Aquel día, lo mismo que todos, el hijo fué á la fortaleza. En un aposento, donde eran muy pocos los muebles que había, encontrábase el padre sentado en un sillón, que constituía todo su lujo, todas sus comodidades en los días de su vejez. El hijo, que se llamaba Paolo, á pesar de haber cumplido veinticinco años, se inclinó respetuosamente y besó la diestra de su padre.

—¡Dios te bendiga!—le contestó el anciano.

—Á Dios doy gracias si gozáis de perfecta salud, mi amado padre.

—Sí.

—Yo no tengo que participaros ninguna novedad.

—¿Cómo se encuentran los ánimos de la gente levantisca?

—Parece que ahora hay tranquilidad.

—¡Dios inspire al pobre pueblo para que no se deje arrastrar por los ambiciosos que le llevan á su perdición! Yo he presenciado grandes cosas; he visto correr la sangre de los napolitanos, y siempre ha sucedido lo que debía suceder: que los ambiciosos comían, los verdaderos culpables se salvaban, quedando comprometidos los infelices que se habían dejado alucinar. Los tiempos están malos, hijo mío; se pierde el respeto á lo que siempre ha sido sagrado, y se pierde hasta el punto de que haya quien sin reverencia se atreva á pronunciar el augusto nombre del Rey nuestro señor. Esto apenas se concibe, y, sin embargo, es verdad. ¡Pobre pueblo!

—Hay que tener en cuenta que los virreyes...

—¡Calla, Paolo!—interrumpió severamente el anciano.

—¡Padre y señor!...

—¿Sería posible que tú también te hubieras contagiado?

—¡Dios me libre! Pero cuando veo á los infelices que dejan sin pan á sus hijos para pagar tributos oxorbitantes.

—¡Para cumplir su deber!—replicó el anciano.—Tú también pagarás el tributo con tu vida cuando tengas que defender al Rey.

—¡Hay tanta miseria!...

—Con los pueblos sucede lo mismo que con los individuos, y Dios los hace pasar por pruebas muy duras para que se acrisole su virtud.

—¡Es verdad!—dijo Paolo, que no se atrevía á contradecir á su padre.

—¿Parece que hoy estás triste, hijo mío?

—Mi salud es perfecta.

—Y, sin embargo...

—Es verdad; no estoy alegre.

—Á mí me sucede lo mismo, á pesar de que

gozo de completa salud; pero anoche fué mi sueño agitado, y una pesadilla horrible me hizo sufrir.

—Supongo que no creeréis que los sueños son anuncios de lo que ha de suceder.

—No; pero dejan un malestar inexplicable. Soñé que entre nosotros se abría un abismo tenebroso, y que no podíamos reunirnos.

—Y, sin embargo, aquí me tenéis.

—¡Quizás esté cercano el fin de mi vida!—murmuró Pietro.

—¡Padre mío, esas ideas!...

—Son tristes, y debo desecharlas; aunque, bien pensado, la muerte no es una desgracia para mí, pues en el Cielo me espera tu buena madre, y allí gozaré eternamente, si la misericordia divina quiere perdonar mis pecados.

—No estáis en edad de morir.

El anciano inclinó la cabeza y guardó silencio. Después de algunos minutos se pasó las manos por la frente, y trató de sonreir.

—¡Comamos!—dijo.

Hiciéronlo así. El hijo procuró distraer á su padre con las palabras más halagüeñas. Cuando terminó la comida, rezaron, separándose á la hora de costumbre, y mientras que Paolo salía de la fortaleza, el anciano se dispuso á cumplir sus deberes, llevando la comida á los presos. Al infeliz Alfonso de Paredes se le había señalado una pensión muy mezquina para que atendiera á las necesidades de su persona, y gracias á esto habría podido tener un alimento algo mejor que los demás desdichados que gemían en los calabozos, y á quienes únicamente se daba cada veinticuatro horas un pedazo de pan.

La honradez, severidad y escrupulosidad de Pietro fueron un bien y un mal para el Sr. Alfonso: un bien, porque con sus escasos recursos el carcelero le trataba lo mejor que era posible, sin mermarle ni un solo maravedí; y un mal, porque cumplía sus deberes con una exactitud exagerada, y Paredes no tenía ni el consuelo del desahogo hablando de sus penalidades. Cuando el infeliz fué encerrado, se le prohibió bajo pena de la vida pronunciar su nombre. Esta terrible amenaza no le hubiera contenido si se tratara solamente de su persona; pero había dejado un hijo, y quería vivir con la esperanza de verse libre algún día. Á Pietro le llamó el Virrey y le dijo:

—Ese hombre encerrado en el calabozo número... es un reo de Estado, y, por consiguiente, es preciso vigilarle como á ninguno. Su nombre no debe conocerle nadie: si él le pronuncia, se le quitará la vida, y el que lo escuche morirá también. Tenedlo entendido, porque así conviene al servicio del Rey nuestro señor, en cuyo augusto nombre os hablo.

Pietro inclinó respetuosamente la cabeza. El Virrey le exigió con muchas formalidades juramento de no dirigir al preso ninguna pregunta, y de dar parte si llegaba á pronunciar su nombre, haciendo algunas advertencias más por el estilo. Pietro juró ante un crucifijo y poniendo las manos sobre los Evangelios. Teniendo en cuenta su carácter, puede comprenderse el valor, la inmensa importancia de esta ceremonia. Violar el juramento hubiera sido para aquel hombre honrado cometer el mayor de los crímenes, porque creía firmemente que no se libraría de la condenación eterna si favorecía siquiera indirectamente al preso misterioso. Cumplió, pues, sus deberes: llevaba al calabozozo la comida, estaba de vigilante á todas horas, y acabó por acostumbrarse á aquel extraño sistema. ¿Cómo se encontraba el Sr. Alfonso? Esto es lo que ahora hemos de ver, pues nos conviene penetrar en el calabozo antes que nadie.

CAPÍTULO X

Alfonso de Paredes.

No es fácil, ni quizás posible, comprender el sufrimiento de la pérdida casi absoluta de la libertad; y también es imposible dar explicaciones medianamente claras sobre el estado moral de esos infelices que por espacio de muchos años han pasado su vida en un calabozo sin ver á nadie más que á un duro carcelero. El Sr. Alfonso de Paredes se sintió aturdido cuando le prendieron y encerraron, y ni se daba clara cuenta de su extraña situación, ni comprendía toda la extensión de su desgracia. Aquellos días primeros de triste reclusión pasaron sin que sus ideas se ordena-

sen, sin que se disipara la densa nube que á su inteligencia envolvía. Entonces no sufría, porque no se sufre cuando nuestra inteligencia está obscurecida. Necesitaba convencerse de su desgracia, y así sucedió al cabo de un mes. Una mañana, al despertar, fueron menos confusas sus ideas; miró á su alrededor, examinó los sombríos muros de su calabozo, y dijo:

—¿Qué me sucede?

Dejó el pobre lecho donde había descansado, y cuando se abrió la pesada puerta y se le presentó su carcelero, le preguntó:

—¿Cuánto tiempo hace que me encuentro aquí?

—Treinta y dos días—le respondió Pietro.

—¡Treinta y dos días!—exclamó el infeliz Notario con tono de sorpresa profunda.—¡Es imposible!

—Os digo la verdad.

—¿Pues cómo ha pasado el tiempo para mí? Me prendieron en Génova, me trajeron entre soldados... ¡Oh!... ¿Y dónde estoy? Porque de Génova me sacaron, me llevaron también á Milán, y... ¡Ah! ¡Ahora recuerdo! Me dijeron que me traían á Nápoles, y cuando aquí entré y pregunté qué edificio era éste, me contestaron que era el castillo del Ovo.

—Sí.

—¡Pero treinta y dos días!... Debo de haber dormido mucho, haber soñado.

Pietro se encogió de hombros y dió media vuelta para salir.

—¡Esperad!—le dijo el preso.

—Ahí tenéis la comida, y nada más puedo daros—contestó Pietro.

—Es que necesito saber qué suerte me espera y por qué me tienen aquí encerrado.

—Lo ignoro.

—Pues decid al alcaide que necesito hablar con él, porque es justo que yo conozca mi situación.

—Se lo diré.

Cumplió el encargo el carcelero. El alcaide consultó con el Virrey, y al fin se determinó satisfacer los deseos del Sr. Alfonso. Sus udas se disiparon, porque el alcaide le dijo sin deos que allí había de permanecer toda su vida, y que, por consiguiente, se arreglara para pasarlo lo mejor posible, en la inteligencia de que nada había de conseguir con súplicas.

Para eudulzar estas terribles palabras añadió:

—En cuanto á un hijo que tenéis, según el señor Virrey me ha manifestado, podéis estar tranquilo, porque Su Majestad le ha señalado una pensión, y á su tiempo le dará empleo para vivir decorosa y holgadamente.



Alfonso de Paredes se resignó.

Lo que sintió el Sr. Alfonso no puede explicarse. ¡Toda su vida en aquel calabozo! ¡Separado para siempre de su hijo! Empero por horribles que sean las situaciones, se aceptan cuando no hay otro remedio. El Sr. Alfonso aceptó la suya. Tras varios otros días de aturdimiento aferróse á la esperanza, que siempre flota en el mar de los infortunios. Quizás sería muy difícil salir de aquel calabozo; pero no

imposible, y mientras lo considerase posible debía tener amor á la vida y procurar conservarla, siquiera fuese por su hijo.

Se resignó, pues. Pensó que nada conseguiría con mortificarse y entregarse á los transportes del dolor y de la desesperación. Dirigió al Omnipotente súplicas fervorosas, y en su misericordia infinita confió. La fe le sirvió de consuelo. No se le ocultaba el motivo de su encierro, y sobre este punto hizo las más amargas reflexiones. Era víctima de la injusticia más espantosa. Desde aquel día no pensó más que en los medios de recobrar la libertad. Pero ¿qué había de hacer si nadie le favorecía? Pidió permiso para escribir, y se lo negaron. También pidió noticias de su hijo, y después de mucho tiempo le contestaron que gozaba de perfecta salud y que vivía muy bien con la pensión que le había señalado el Rey y al amparo de un pariente. Poco á poco fué olvidándose del mundo y acostumbrándose á la soledad y al silencio. Su carácter cambió. Empezó á perder las fuerzas, y acabó por caer en una profunda melancolía. Algunos años después vivía maquinalmente: vegetaba, y pasaba los meses sin que pronunciase una palabra. Su pensamiento constante era su hijo, y con frecuencia se preguntaba:

—¿Se acordará de mí? ¿Será honrado? ¡No será honrado si sabe lo que la honradez le ha costado á su padre!

Cuando habían transcurrido quince años, el Sr. Alfonso no era más que una especie de momia. Al amanecer maquinalmente dejaba el lecho, se paseaba trabajosamente por su calabozo, se sentaba, tomaba algún alimento y fijaba la mirada en la ventanilla, por donde penetraban algunos rayos de luz. No era posible que su existencia se prolongara mucho tiempo. Y si recobraba la libertad, ¿qué haría en el mundo? Tal vez no podría soportar un nuevo cambio de vida. Del vigor de su espíritu no quedaban señales más que en sus ojos, cuya mirada conservaba alguna expresión, alguna viveza; es decir, que en sus ojos parecía haberse concentrado toda su alma. Le hubiera costado mucho trabajo sostener una conversación, porque había perdido la costumbre de hablar. En cambio, tenía gran facilidad para concentrar sus ideas, y, sin duda por esto, sus ojos eran más brillantes y expresivos. Cuando la lengua calla, habla el semblante y, particularmente, los ojos.

Para quitarle la vida en un instante no era menester más que decirle que su hijo había muerto. El amor paternal era lo único que en este mundo le detenía, lo único que le alentaba, lo único que podía conservar su tristísima existencia. Lo que se llama instinto de conservación, el apego á la vida, tiene siempre un por qué, una razón, un fundamento, y es raro que ese fundamento llegue á faltar en ninguna de las situaciones en que se encuentra la criatura. Perdemos todas las ilusiones, la hiel de los desengaños emponzoña nuestra alma; llega un día en que los goces son un imposible; se produce, en fin, lo que pudiéramos llamar el desencanto de la vida, y á pesar de todo esto, de que á nada aspiramos, de que nada hay que nos halague, á pesar de que la existencia nos fatiga, queremos vivir, y hacemos sobrehumanos esfuerzos para conservar la misma existencia que constituye nuestro martirio. ¿Por qué? ¿Qué misterio es éste de nuestra no menos misteriosa manera de ser? La única explicación que puede darse es lo que acabamos de decir: siempre queda algo que al mundo nos liga, algo que en esta Tierra nos detiene, algo que es una esperanza, ó una ilusión, ó un afecto, ó siquiera el cumplimiento de un deber; es decir, que cuando no nos retiene otra cosa, nos retiene y nos avasalla nuestra propia conciencia.

El Sr. Alfonso de Paredes no tenía más que sesenta años; pero representaba lo menos ochenta. Había envejecido mucho, porque mucho había vivido en su soledad y con sus pensamientos. En su horrible situación las horas debían de ser y eran mucho más largas que para los que podían aspirar el aire libre, contemplar el cielo y la luz del Sol, moverse, sufrir y gozar. Y si las horas eran para él más largas y más largos los días, había vivido más, y más había envejecido. Vivir es sufrir.

No hubiera sido posible mirar tranquilamente al Sr. Alfonso. En su semblante se pintaba claramente su incesante sufrimiento. Cerrando los ojos, que era donde alguna vida quedaba, parecía un cadáver. Cuando dormía, si no se percibía su respiración, no era posi-

creer que vivo estaba: tal aspecto tenía. Pietro fué al calabozo, cuya puertecilla abrió; algunos rayos del Sol penetraban en aquel recinto. Al crujir la puerta, el preso levantó la cabeza maquinalmente.

—¡Buenas tardes!—dijo Pietro, que nunca creyó que sus estrechos deberes estaban reñidos con la cortesía.

—¡Dios os guarde!—respondió con voz débil el Sr. Alfonso. Y volvió á inclinar la cabeza.

No hablaron más. El carcelero dejó la comida en el suelo, porque allí no había mesa ni más muebles que un banquillo que entonces ocupaba el preso. Hecho esto, dió media vuelta el guardián y salió del calabozo. Crujió la puerta, rechinaron llaves y cerrojos, y volvió reinar un silencio profundo.

Mientras Pietro se alejaba por largos y obscuros pasillos de techo abovedado, decía para sí:

—¿Qué clase de crimen habrá cometido este hombre? Es un reo de Estado... ¡Oh!...

Esta pregunta se la había hecho muchas veces, y aunque había deseado penetrar el misterio, nunca lo intentó. Dos horas después volvió al calabozo para revisar la puerta, según hacía diariamente, y otra visita hizo al preso cuando el Sol se puso, para convencerse de que allí se encontraba. Tranquilo por no observar novedad, Pietro volvio á su aposento, donde encontró á su hijo. Poco se detuvo éste, porque no le estaba permitido permanecer de noche en el interior de la fortaleza. La conversación fué lánguida y casi triste. No podía suceder otra cosa, porque, particularmente el padre, estaba atormentado por presentimientos horribles y no podía olvidar la pesadilla de la noche anterior.

CAPÍTULO XI

Sorpresas y misterios.

Salió Paolo del castillo, muy preocupado y sin cuidarse de lo que sucedía á su alrededor. Además, como era valeroso y tenía conciencia de su valor, caminaba descuidadamente y sin sentir ninguna clase de temores; no dándose, cuenta á causa de ello, de que un hombre le seguía. Verdad es que otros muchos iban detrás ó delante, y esta circunatancia no debía infundirle sospechas. Entró en una calle solitaria y obscurísima: entonces el embozado le dió alcance y le dijo:

—¡Perdonad, Sr. Paolo!

Se detuvo el soldado, volvióse y miró al que le interpelaba, pudiendo ver que era un mancebo con trazas de hidalgo, muy bien vestido y con rostro que inspiraba confianza.

—¿Qué queréis? No os conozco, y, sin duda, os habéis equivocado.

—Á vos os busco; y si queréis escucharme...

—Es mi obligación.

—Corazón os sobra: vuestros sentimientos son nobles, y nunca habéis mirado fríamente las ajenas desgracias.

—Es verdad.

—¿Qué haríais si una criatura virtuosa, una mujer infeliz se encontrara al borde de un abismo y no pudiera salvarse si vos no la salvabais?

—Cumpliría mi deber—respondió el soldado sin vacilar.

—Vuestra respuesta no me sorprende.

—¿Y por qué me hacéis esa pregunta?

—Muy extraño debe de pareceros lo que os digo.

—Señor hidalgo, si con más claridad no os explicáis, no nos entenderemos.

—Lo haré.

—Pues os escucho—dijo Paolo, que estaba medio aturdido por la sorpresa.

—¿Queréis seguirme?

—¡Seguiros!

—¿Tenéis miedo?

—¡Vive Dios!...

—No os enfadéis, porque no he querido ofenderos.

—Sin embargo...

—Si os desagrada mi presencia, me iré, y que Dios me ampare—dijo el mancebo tristemente.

—¡Continuad!

—De vos depende la salvación de una criatura honrada.

—¿Qué le sucede?

—No me está permitido daros explicaciones sobre ese punto.

—¿Y qué puedo hacer por esa desgraciada criatura?

—Ya os lo he dicho; salvarla.

—¿Y cómo?

—Con muy poco trabajo, Sr. Palo; con vuestra sola presencia.

—¡Eso es incomprensible!

—Todo consiste en que os arriesguéis á seguir á una persona desconocida, á venir adonde yo os lleve.

—¿Fuera de la ciudad?

—No.

—¿He de entrar en alguna casa?

—Sí; y para eso precisamente es para lo que necesitáis el valor, puesto que no sabéis si se os tiende un lazo.

—Si me conocéis, debéis de saber que soy pobre.

—Y que es imposible robar á quien nada tiene; y como tampoco habéis hecho á nadie mal.

—Nadie debe de odiarme hasta el punto de querer atentar contra mi vida.

—Por mi honor os juro que no os espera el puñal de un asesino.

El soldado quedó silencioso. Dudaba. Le decían que de él dependía la salvación de una criatura desgraciada, y acudían á sus nobles sentimientos, y le preguntaban si tenía valor. Á aquellas horas y en medio de la calle, ¿qué peligros eran posibles? Y en el interior de una casa, ¿qué abusos se podían cometer?

—¿No me daréis más explicaciones?—preguntó después de algunos minutos.

—No puedo.

—Pues, entonces..

—Sr. Paolo, siquiera en nombre de la caridad cristiana...

—¡Vive el Cielo!

—¿Temblaréis ahora entr
narios? Miradme bien el rostro, y os convenceréis de que no soy un miserable.

—Vos no habéis nacido en esta tierra.

—No.

—¿Queréis decirme vuestro nombre?

—Como si nada os dijese; pero si así he de tranquilizaros...

—No.

—Decid, que los minutos son preciosos, y es perder un tesoro cada uno que se pierde. Entre mortales angustias cuenta los instantes la criatura infeliz que de vos lo espera todo.

—¡Vamos!—dijo Paolo resueltamente.

—¡Dios os premiará!

El Sr. Domingo, pues que era él, representaba su papel admirablemente. Preciso es tener en cuenta la época en que esto sucedía, pues en la presente hubiera sido menester apelar á distintos medios. Cuando á un hombre se le hablaba de su valor, se olvidaba de todo, era capaz de cometer todas las imprudencias, porque valor era entonces sinónimo de honor, y Paolo prefería morir antes que su valor se pusiese en duda. Siguió, pues, el mancebo sin pronunciar palabra. Atravesaron muchas calles, y llegaron al fin á la estrecha y sombría donde se había preparado su encierro. Algunos golpecitos dió Cabral en la puerta de la casa, cuyo exterior examinó el soldado en cuanto le fué posible, y la puertecilla se abrió.

—¡Entrad!—dijo el hidalgo.

Como ya estaba decidido á jugar el todo por el todo, el soldado entró sin vacilar, haciendo lo mismo el hidalgo y cerrando tras sí. Nadie más había en aquel aposento. El señor Domingo tomó luz de sobre una mesa, dió algunos pasos, se acercó á la compuerta, detúvose, miró fijamente á Paolo y le dijo:

—¡No tengáis miedo; bajad!

Se arrugó el entrecejo de Paolo; pero no contestó: ya era cuestión de honra seguir adelante. Se desembozó para que viesen que ni siquiera se dignaba llevar la mano á la espada. Avanzó resueltamente, llegó á la compuerta, y empezó á bajar la escalerilla estrecha y empinada que al subterráneo conducía. Tras él y con la luz bajó Cabral. Había llegado el momento decisivo. Acabaron de bajar. La luz se esparció como trabajosamente en aquella atmósfera húmeda y densa. Paolo miró á todos lados, y vió una cama modesta, pero muy limpia, cuatro banquetas y una mesa, sobre la cual había cuatro botellas, otros tantos vasos y un plato con algunas magras. Dos lados de la mesa estaban ocupados por dos hombres, ó lo que es igual, por el Sr. Diego de Paredes y el travieso Gil. Su aspecto revelaba la tranquilidad más perfecta. El soldado los miró con la sorpresa que era consiguiente, y quedó inmóvil como una estatua.

Su aturdimiento era cada vez mayor, pues el endiablado misterio se obscurecía más y más, en vez de ponerse en claro. Lo que sucedió en aquellos primeros momentos apenas puede explicarse: fué una de esas escenas verdaderamente indescriptibles, porque el principal papel lo representaron, no las palabras, ni siquiera los ademanes, sino los rostros, y especialmente las miradas. Hay cosas que se comprenden sin necesidad de ninguna explicación, porque impresionan de cierto modo, y esto le sucedió al soldado; pero ni por un solo instante abrigó la sospecha de encontrarse entre asesinos. Sin embargo, cuanto veía indicaba que le habían llevado allí engañado y que no existía tal criatura inocente que de él esperase la salvación. De todas maneras, ya no podía retroceder: había cometido la imprudencia, y tenía que seguir adelante y arreglar su conducta á las circunstancias.

Debemos advertir que Paolo estaba dotado de clara inteligencia, tenía ideas distintas de las de su padre, aunque era igualmente honrado, y conocía mejor el mundo, porque no vivía en un encierro. Colocado en aquella situación tan extraña como crítica, quiso hacer por lo menos lo que en Pavía Francisco I: que se perdiese todo, menos el honor. En resumen, eran cuatro hombres que valían mucho los que allí se habían reunido en virtud de una serie de circunstancias las más sorprendentes. ¿Se entenderían? ¿Terminaría la escena con cuchilladas y sangre? Por algunos minutos permanecieron todos inmóviles y silenciosos. Por fin Cabral dijo á sus compañeros de aventura:

—Amigos míos, aquí tenéis al Sr. Paolo, hombre de mucho corazón como acaba de probarlo al seguirme sin haberle dado explicaciones y arrostrando los peligros consiguientes, pues era muy fácil que abusáramos de su buena fe.

—Si es un hombre de corazón, nos entenderemos muy bien. Decídselo así, ofrecedle un vaso de vino y daremos principio á la conversación, ó más bien vos hablaréis, puesto que nosotros no podemos hacerlo en su idioma.

Cabral dejó la luz sobre la mesa, se quitó la capa y el sombrero, se acercó al soldado y le dijo:

—Os agradeceríamos mucho que nos honraseis bebiendo con nosotros y brindando por la justicia: mientras hablaríamos del asunto que nos interesa tanto y, saldríais de dudas en cuanto á vuestra situación.

—¿Acaso he venido para beber?

—No precisamente.



...empezó á bajar la escalerilla estrecha y empinada ..

—Entonces...

—Es preciso que nos escuchéis.

—Viendo estoy que me habéis tendido un lazo...

—Hasta cierto punto es verdad; pero nos perdonaréis cuando conozcáis el negocio de que se trata. Estáis en nuestro poder, señor Paolo; pero no somos asesinos, y si, desgraciadamente, llegara el caso de un rompimiento,

aunque somos tres, no os entenderíais más que con uno, siendo testigos los otros dos; y si la suerte os favorecía, si erais más diestro y más valeroso, tendríamos paciencia. Hidalgos somos, en Castilla hemos nacido, y sin recelo podéis estar, porque nada debe temer quien se encuentra bajo la salvaguardia de un hidalgo español.

—Tan extraña es esta aventura...

—Me parece, Sr. Paolo—repuso Cabral,—que nada vais á perder por escucharme; y puesto que el miedo no os aturde...

—¡Vive Dios!...

—Sentiré que os falte la calma. Ya veis que á mí me sobra, y soy más joven que vos.

Ni el Sr. Diego ni Gil podían tomar parte en la conversación.

—¿Y porqué—replicó Paolo—hemos de estar en esta cueva? Si solamente se trata de hablar, si no os proponéis cometer un crimen...

—De todo tendréis la explicación.

—Pues acabemos, porque mi paciencia no es mucha.

—Sentaos.

El hijo del carcelero se sentó, tomó el vaso que le ofreció Gil y bebió.

—¡Cuernos de Lucifer!—exclamó Paredes.—¡Este hombre me gusta, y siento que la necesidad nos obligue á darle un mal rato!

—Os escucho—dijo Paolo al Sr. Domingo.

Éste bebió, y, siempre con la misma calma, dió principió á sus explicaciones.

—Ante todo os referiré una historia, porque es absolutamente preciso para que apreciéis la situación y hagáis justicia á nuestro proceder.—Y comenzó el relato de los amores del Rey y doña Margarita, que ya conocemos.

Poolo le escuchaba atento, y de vez en cuando bebía, como para demostrar su tranquilidad.

—Noticioso de esto el Conde-Duque—añadió para terminar el joven,—mandó hacer sigilosamente retratos del Sr. Alfonso, dió las órdenes oportunas á los Embajadores y Virreyes en esta tierra, y cuando á Génova llegó le prendieron y le trajeron á Nápoles.

—Una víctima inocente.

—La caja fué enviada á Su Majestad.

—¿Y el pobre Notario?

—Encerrado fué en un calabozo.

—¡Oh!...

—¿Os indignáis?

—Sí, porque esa injusticia... es horrible.

—Y Alfonso de Paredes dejó en España un hijo, un niño de ocho ó diez años, sin más fortuna ni amparo que el de un pariente pobre y egoísta.

—Siento conocer esa historia.

—Consolaos—dijo Cabral con amarga ironía;—consolaos, Sr. Paolo, porque el Rey dió una prueba de su generosidad, de su buen corazón y de su amor á la justicia señalando al niño una mezquina pensión. ¿Qué más podía desear el huérfano? Había perdido á su padre; pero, en cambio, tenía la protección del Rey.

—Si yo pudiera decir lo que siento...

—No es menester, porque yo lo adivino.

—¿Y al fin el preso?...

—Se le prohibió, so pena de la vida, pronunciar su nombre, y se decidió dejarle en su calabozo hasta que muriese, porque si le devolvían la libertad, podía revelar el secreto de las debilidades del Monarca...

Desplegó Paolo irónica sonrisa, llenó el vaso, bebió y siguió escuchando.

—El desdichado Paredes—añadió Cabral—desapareció sin que nadie supiera lo que le había sucedido, y todos creyeron que había sido víctima de alguna desgracia y que ya no existía.

—¿Y su hijo?

—Creció, y llegó á ser hombre sin conocer el secreto, sin sospecharlo siquiera; pero al fin ha sabido que su padre está vivo, que hace muchos años que gime en un calabozo y que no hay esperanza de que se salve, y quiere devolverle la libertad, ó morir.

—Ése es su deber.

—¡Ahí le tenéis!—dijo Cabral señalando al Sr. Diego.

Como con palabras no podían entenderse, Paolo presentó la diestra al hijo del señor Alfonso, significando así que le felicitaba por su noble resolución de salvar á su padre ó de morir.

Luego le dijo á Cabral:

—Me parece que la historia ha concluído, pues lo que falta es el desenlace, que aún no sabemos cuál será. Supongo que esos suce-

sos me los habéis dado á conocer para interesarme y que yo de alguna manera influya en favor del anciano infeliz que en un calabozo gime.

—No os equivocáis.

—Lo que no acierto á comprender es por qué, sin necesidad de traerme á este sitio, no me habéis pedido ayuda para esa buena obra, para la reparación de esa gran injusticia.

—Por la sencilla razón de que habéis de prestarnos el auxilio contra vuestra voluntad, y era menester que os violentásemos, como lo hacemos, que cometiésemos este abuso, esta villanía.

—Aún no entiendo.

—El Sr. Alfonso de Paredes se encuentra en el castillo del Ovo.

—¡Ah!—exclamó el soldado.

—¿Comprendéis ahora?

—Sí; el misterioso preso número...

—El mismo. Vuestro padre es el encargado de la vigilancia de ese calabozo.

—¿Y queréis que yo obligue á mi padre para que olvide su deber? El intento es vano. Si conocieseis á mi padre...

—Sabemos que su severidad raya en la exageración, y que mil veces preferirá morir antes que dejar de cumplir sus deberes con la exactitud con que siempre los ha cumplido.

—Pues si todo eso sabéis...

—Pero sabemos también que os ama.

—Mucho; pero, á pesar de su amor, escuchará mis súplicas, no solamente con indiferencia, sino con indignación.

—No queremos que supliquéis á vuestro padre.

—¿Pues qué he de hacer, entonces?

—Vais á saberlo; pero antes bebed y recobrad la calma.

Ya no era posible que calma tuviese Paolo. Su semblante había cambiado de expresión. Sus negros ojos brillaban como carbunclos. El Sr. Diego y Gil le miraban ansiosamente.

—Sois hombre de sana razón,—dijo Cabral—y estáis obligado á discurrir bien. Vuestro valor nadie le pone en duda, porque probado está, y no debéis escuchar la voz de vuestro amor propio para cometer una locura.

—Los consejos están demás, señor hidalgo.

—Aquí os quedaréis.

—¿Aquí?...

—Porque así es preciso.

—¡De aquí saldré esta misma noche, ó cometeréis la cobardía de asesinarme!

—No sucederá ni lo uno ni lo otro.

—Sí, porque á todo estoy dispuesto.

—Apelaremos á la espada, mataréis á mi amigo el Sr. Diego de Paredes: os protegerá más la fortuna, y á mí me mataréis también; pero mientras eso hacéis y matáis también á nuestro compañero Gil, la puerta de este subterráneo se cerrará y os quedaréis con nuestros tres cadáveres, de manera que nada habréis conseguido con que nosotros procedamos noblemente batiéndonos uno por uno; y esto sin contar con que es lo más probable que uno de nosotros os mate á vos. Nuestra resolución es firme, y no retrocederemos, porque cada uno de nosotros cumple un deber sagrado: el Sr. Diego ha de salvar á su padre; yo cumplo la última voluntad del mío, voluntad que considero sagrada, y nuestro compañero Gil, al ayudarnos en esta empresa, paga una deuda de gratitud, una deuda de corazón. Lo repito: es cuestión de sagrados deberes y de honra, y, por consiguiente, moriremos ó triunfaremos; y así como hemos cometido un abuso, cometeremos otros mil para reparar la gran injusticia de que es víctima el noble anciano que está en el castillo del Ovo y bajo la vigilancia de vuestro padre. Figuraos que estáis en nuestra situación, y decid lo que haríais.

—¡Oh!...

—No os entreguéis á ilusiones, Sr. Paolo, porque hemos dado el primer paso, y el último daremos.

—Todo eso está bien—dijo el soldado;—pero aún no se me alcanza lo que ha de conseguirse si aquí me quedo.

—Pues es muy sencillo: estando vos en nuestro poder, obligaremos á vuestro padre, que por su hijo hará lo que por él mismo no haría.

—¡No le conocéis!

—Y de tal manera arreglaremos este asunto que fuera de toda responsabilidad quede vuestro padre, pues nadie más que nosotros sabrá que el preso ha recobrado la libertad.

—Eso es imposible.

—Es muy fácil.

—Si el preso sale del calabozo, como el alcaide va alguna vez á verle...

—No irá.

—¡Queréis consolarme con lo que es imposible!

—Nuestro plan consiste en poner un cadáver en lugar del preso, y...

—¡Ah!...

—¿Entendéis?

—¡Por el Infierno!...

—Así quedará todo bien areglado.

—Una cosa olvidáis.

—¿Cuál?

—Cuando mi padre sepa que en peligro está mi vida...

—Se apresurará á salvaros.

—Y tal violencia tendrá que hacerse, que sucumbirá.

—Esos temores son exagerados.

—¡Yo conozco á mi padre!

—Sin embargo...

—¡No he de ser la causa de su muerte!

—Pues negaos á transigir y más sufrirá vuestro padre, porque sucumbiréis...

—El abuso que estáis cometiendo...

—Sr. Paolo, pensad que la necesidad nos obliga. ¿Acaso podemos hacer otra cosa para sacar de su calabozo á ese inocente y volverle á los brazos de su hijo? Dadnos otro medio, y lo aceptaremos con gratitud y alegría.

El hijo de Pietro quedó silencioso. Su agitación era cada momento más violenta. El señor Diego y Gil estaban impacientes porque no entendían lo que se hablaba; pero escuchaban con tanta atención como si lo hubiesen entendido. El soldado meditó. En pocos minutos sintió impulsos contrarios, y tan pronto decidía echar mano á la espada, como someterse y ayudar en cuanto fuera posible á los hidalgos.

—No queremos—le dijo Cabral—que adoptéis con ligereza una resolución. Reflexionad detenidamente, y mañana nos diréis lo que hayáis decidido.

—¿He de pasar aquí toda la noche?

—Y algo más; ya lo sabéis.

—¡Por Dios vivo!...

—¿Qué ha de hacer el hombre cuando las circunstancias son superiores á sus fuerzas y á su voluntad?

—Es verdad; pero...

—Sr. Paolo, sois impotente, y habéis de reconocerlo, por más que os desagrade.

Tenaz y dolorosa era la lucha que se sostenía en el alma del hijo de Pietro. Pensó que con morir no evitaría sufrimientos á su padre, sino que, por el contrario, los haría mayores. ¿Para qué había de seguir cavilando y tomarse tiempo para decidir? Resignóse al fin, aceptando su triste situación.

—¡Decidido estoy!—dijo.

—¿Y en qué consiste vuestra resolución?

—Soy vuestro prisionero.

—¡Que Dios os bendiga!—exclamó el señor Domingo.

Y añadió, dirigiéndose á Paredes:

—¡Hemos triunfado! ¡Este hombre se presta noblemente á secundar nuestros planes!

El Sr. Diego se puso en pie, abrazó á Paolo, y le dirigió palabras de entusiasmo y de inmensa gratitud. Resonaron exclamaciones de júbilo. Una y otra vez se llenaron y vaciaron los vasos. Cerca de media hora pasó antes de que recobrasen la calma. Á pesar de todo, experimentaba Paolo cierta satisfacción al ver la alegría de aquellos hombres, y particularmente la del hijo que por tantos años había llorado la pérdida de su padre. El Sr. Domingo hizo cuanto pudo para tranquilizar á Paolo y convencerle de que su padre nada tenía que temer, y sobrellevaría bien aquel disgusto. Aún había muchas dificultades que vencer; pero el Sr. Domingo confiaba en su ingenio. Vaciaron las botellas y consumieron de las magras la mayor parte, pues Paolo creyó que hubiera cometido una necedad quedándose con el estómago vacío, ya que de todas maneras su situación había de ser la misma. Ya eran más de las diez de la noche cuando pensaron en entregarse al reposo.

Los dos hidalgos y Gil se despidieron del soldado como del mejor amigo del mundo, y salieron de la cueva. No podía pasar bien la noche Paolo; pero dormiría, porque ya nada tenía que temer, como no fuese lo que su padre hubiera de sufrir al verse obligado á favorecer la evasión del preso. Al otro día, y después que hubieron almorzado, escribió Paolo la siguiente carta, copiando el borrador que al efecto le presentó el Sr. Domingo:

«Mi amado y respetable padre y señor:

Tranquilizaos, porque me encuentro muy bien, y nos veremos muy pronto si os dignáis atender á la persona que os entregará esta carta y os sometéis á las circunstancias, como yo me someto.

»Repito que estoy muy bien; pero si exageraseis en el cumplimiento de vuestros deberes, si para vos no hay otra cosa más sagrada, moriré sin que haya salvación posible.

»No puedo dar más explicaciones; pero sí advertiré que si el más leve daño sufre la persona que ha de entregaros esta carta, inmediatamente se clavaría en mi corazón un puñal, y lo mismo sucederá si no fueseis muy reservado ó si algo se hiciera para buscarme.

»Hay un plazo, y si lo dejamos pasar, la fría losa del sepulcro se pondrá entre nuestros corazones.

»¡Padre mío, en nombre de nuestro amor acendrado, por la sagrada memoria de mi virtuosa madre, salvadme!

»Vuestro hijo, siempre amante y respetuoso

PAOLO.»

La carta no podía ser más sencilla ni más lacónica; pero era sobradamente expresiva. ¿Transigiría el severo guardián? ¿No querría imitar á Guzmán el Bueno, sacrificando á su hijo en aras del cumplimiento de sus deberes? Cabral guardó la carta. Nadie más que él podía entenderse con el anciano carcelero. Por espacio de una hora hablaron del mismo asunto, despidiéndose al fin el mancebo para ir á su posada y luego al castillo del Ovo. El señor Diego y Gil quedaron en compañía del soldado.

CAPÍTULO XII

Angustias de padre.

Dieron las doce. Pietro se encontraba en su habitación y esperaba á su hijo; pero éste no se presentaba. Aún se sentía el honrado padre dominado por la influencia de la horrible pesadilla y atormentado por sus tristes presentimientos. Aunque mucho temía, no podía comprender toda la extensión de su desgracia: el sacrificio era forzoso para la reparación de una injusticia, para la salvación de otra criatura tan honrada como él. La tardanza de su hijo le hizo exclamar:

—¿Y Paolo? ¿Le había sucedido alguna desgracia?

Transcurrieron otros quince minutos, que quince siglos debieron de parecerle, y elevando al cielo una mirada de súplica dolorosa, exclamó:

—¡Dios misericordioso!

Se puso en pie; fué de un lado para otro, con creciente agitación; pensó que tenía que cumplir sus deberes llevando la comida al preso misterioso, pues no era justo que éste sufriese las consecuencias de ajenos disgustos, y esclavo siempre de su obligación, fué al calabozo. El Sr. Alfonso de Paredes continuaba lo mismo, y miró al carcelero con indiferencia estóica. No habló Pietro sino para dar los buenos días; pero cuando ya se marchaba le llamó el preso y le dijo:

—Perdonad; pero deseo haceros una pregunta, á la que podéis responder sin comprometeros.

Retrocedió el guardián.

—Os escucho—contestó.

—¿Sois casado?

—Viudo.

—Lo mismo que yo.

—Pues si teníais una esposa como la mía, ya sabéis lo que es el dolor de perderla.

—Es verdad.

Repentinamente cambió la expresión del semblante del Sr. Alfonso. Sus ojos brillaron más. Parecía que se reanimaba, que recobraba la energía de la juventud.

—¿Tenéis hijos?—preguntó.

—Uno.

—¿Varón?

—Sí.

—Yo tengo otro. ¿Y qué edad tiene el vuestro?

—Ya cumplió veinticinco años.

—La diferencia es poca, porque el mío debe de tener veintiseis.

Pietro contempló á Paredes. Empezó á interesarle el preso, sin más razón que la de tener un hijo de la misma edad que el suyo.

—¿Sois feliz?—preguntó Paredes después de algunos momentos.

—Hace una hora, mi dicha era completa.

—Explicadme eso, y os lo agradeceré mucho. Ya veis que al seguir esta conversación no faltáis á vuestros deberes. Siempre estoy solo, se ha desvanecido mi última esperanza de salvación, cercano está el fin de mi tristísima existencia, y ya que víctima soy de la más horrible injusticia, bien puede concedérseme algo, siquiera alguna palabra. Por endurecido que esté vuestro corazón... ¡No, no puede estar endurecido, porque sois padre, y como yo lo soy también, me compadeceréis!

—Sí, os compadezco.

—Pues habladme, y me haréis un beneficio.

—Poco tengo que deciros y de ningún interés, como no sea para mí.

—Habéis asegurado que erais feliz hace una hora.

—Todos los días viene mi hijo y come en mi compañía. Es muy exacto y nunca me hace esperar ni un solo instante.

—¿Y hoy?

—Han dado las doce, y no ha venido.

—Alguna ocupación...

—Conozco cuantas tiene, y ninguna puede detenerle.

—Una distracción...

—Nunca se distrae cuando de su padre se trata; y sufro más porque anteanoche tuve una pesadilla horrible: soñé que me encontraba separado de mi hijo por un abismo, y presiento una gran desgracia.

—¡Gran desgracia!... No puede ser muy grande.

—¡Dios os escuche!

—Si os separasen de vuestro hijo como á mí me separaron, y los años pasasen con una lentitud horrible, y perdieseis la esperanza de verle...

—¡Callad, callad!

—Por misericordia, pero una misericordia fría y que casi es una crueldad, me han dicho que mi hijo vive y que tiene para alimentarse. ¡Así creen que puede estar satisfecho mi corazón de padre; así creen que han hecho por mí todo lo que puede hacerse! ¡Comparad vuestra desgracia con la mía, vuestro dolor con mi dolor! Una hora de ausencia os hace sufrir horriblemente. ¿Qué sentiríais si fuesen muchos años?

—¡Yo no podría soportar ese sufrimiento!

—Os equivocáis.

—¡Mi corazón se destrozaría!

—Y viviríais con el corazón destrozado, como yo vivo.

—¡Lo dudo!

—Voy á pediros un favor.

—Si no se opone á mis deberes...

—No.

—Entonces, contad conmigo.

—Volved á vuestro aposento, y cuando vuestro hijo venga, decídmelo, porque al veros sonreir y gozar, tendré una satisfacción. Entretanto, yo pediré á Dios para que vuestro hijo se salve de todas las desdichas. El dolor es egoísta muchas veces; pero ahora no lo es el mío, y deseo que seáis feliz.

—¡Gracias, buen hombre!

—¿Me prometéis venir cuando vuestro hijo se presente?

—Os lo prometo.

—Pues idos.

Profundamente conmovido se sintió el carcelero, y salió, diciéndose al regresar á su aposento:

—¡Desgraciado! ¡También es padre, y le han separado de su hijo! ¡Cuánto debe de sufrir! Muy grande, espantoso debe de ser su crimen, porque le han condenado á una pena mil veces mayor que la muerte.

En vano esperó Pietro. Después de dos horas tomó algún alimento, porque necesitaba reparar sus fuerzas. Se paseó unas veces, y otras se sentó, quedando inmóvil y con la cabeza inclinada sobre el pecho. Estremecíase al oir el menor ruido, y si resonaban pasos en las inmediatas habitaciones ó galerías, poníase en pie, se acercaba á la puerta y miraba ansiosamente. ¡Su hijo no llegaba! Á medida que pasaban los minutos acrecentaban las angustias del infeliz anciano. Al Omnipotente dirigía súplicas fervorosas. Otras veces decía con el acento de la desesperación:

—Pero ¿qué hace mi hijo, qué hace? ¿Es que no comprende lo que sufro?

Demasiado bien lo comprendía Paolo. Dieron las tres.

—¡No puedo más!—exclamó el carcelero.

Y se dispuso á pedir l cencia al alcaide para salir en busca de su hijo. En aquel momento

dieron algunos golpecitos en la puerta de la habitación.

—¿Quién es?—preguntó Pietro.

—¿Se puede entrar?

—¡Adelante!

La puerta se abrió y se presentó el señor Domingo, cuya mirada era más dulce y melancólica que nunca. Con muestras de respeto se descubrió la cabeza.

—Perdonad, Sr. Pietro—dijo.

—¡Perdonado estáis, señor hidalgo! ¿Qué queréis?

—Hablaros de un asunto de muchísima importancia, muy reservado y muy urgente.

El anciano fijó una mirada de profunda extrañeza en el mancebo y replicó:

—No os conozco.

—Ya lo sé.

—Tampoco adivino...

—No es posible; pero si me escucháis...

—Lo siento, señor hidalgo; pero los momentos son preciosos para mi. Os escucharé después, dentro de una hora, porque voy á salir, y es de tal naturaleza el asunto que me ocupa, que por nada del mundo me detendré.

—Sí os detendréis; os lo aseguro.

—Os equivocáis.

—Supongo que vais á buscar á vuestro hijo.

—¡Señor hidalgo!...

—¿Os sorprendéis?

—¿Cómo sabéis que voy á buscar á mi hijo?

—Os lo explicaré; pero, si no queréis detenernos...

—¡Imposible!

—Repito que os detendréis, porque de vuestro hijo os traigo noticias.

El infeliz padre exhaló un grito y fijó una mirada de ansiedad indescriptible en el mancebo. Hubiérase dicho que por los ojos quería escapársele el alma.

—Recobrad la calma, que la necesitáis como nunca.

—¡Mi hijo, mi hijo! ¿Dónde está? ¿Qué le ha sucedido?

—Goza de perfecta salud, y ningún peligro le amenaza, ningún mal, á menos que vos se lo hagáis.

—¡Yo hacer mal á mi hijo!...

—Todo es posible cuando se ofusca nuestro entendimiento; todo es posible en esos momentos fatales de trastorno, de delirio.

—Señor hidalgo, si comprendieseis...

—Sí; comprendo lo que debéis de sufrir ahora.

—Entonces...

—Pero si no os domináis...

—Tengo derecho á saber lo que es de mi hijo; ¿lo entendéis?

—Y lo sabréis, Sr. Pietro, porque no he venido para escarnecer vuestro dolor. Soy un hombre honrado, y, á Dios gracias, mi conciencia está tranquila. Sabed que en estos momentos cumplo un deber, quizás penoso, pero sagrado.

—No lo dudo; pero vuestros deberes...

—No os importan, ni nada valen ante vuestro dolor.

—Eso es.

—Pues bien; escuchadme, porque todos estos razonamientos no sirven más que para perder un tiempo precioso.

—Es verdad.

—Vuelvo á deciros que de perfecta salud goza vuestro hijo, y, por consiguiente, podéis escucharme con tranquilidad.

—¡Sí; explicaos!—dijo Pietro.

Y se sentó, se pasó las manos por la frente, y con la misma ansiedad que antes volvió á mirar al mancebo.

Éste se sentó y preguntó:

—¿Nadie nos interrumpirá?

—Nadie.

—Pues en nombre de Dios doy principio á las explicaciones.

CAPÍTULO XIII

Lo que decidió Pietro.

El Sr. Domingo Cabral tenía que seguir con el padre el mismo sistema que con el hijo; es decir, referirle la historia de las desdichas del Sr. Alfonso de Paredes. Al principiar el relato, y mientras no habló más que de los amores de Felipe IV y Margarita, sintióse Pietro indignado, porque en resumen, aquello era censurar al Monarca, y tal vez calumniarle. Sintió que se rebelaban sus sentimientos de amor al Rey,

su fanatismo, y más de una vez interrumpió al mancebo para decirle que se moderase al hacer algunos comentarios. Empero llegó el relato á los sucesos referentes á la causa formada por la Inquisición, y entonces escuchó con profundo disgusto el carcelero, porque era amante de la justicia. No adivinando adónde iba á parar el hidalgo ni qué era lo que se proponía al referir aquella historia, preguntó:

—¿Por qué me habláis de todo eso?

—Lo sabréis muy pronto.

—Ya veis que me he dominado hasta el punto de cometer una falta gravísima.

—¿En qué consiste esa falta?

—En escucharos cuando censurabais la conducta del Rey nuestro señor.

—No he censurado, pues me he concretado á dar á conocer los sucesos.

—Primeramente, dudo que sea verdadera la historia de esos sucesos, y, aun siéndolo, resultará únicamente que Su Majestad tiene también sus debilidades, porque es hombre al fin; pero sus vasallos no tienen ningún derecho á juzgarle, porque sobre el Rey no hay nada más que Dios. En cuanto á lo demás, reconozco que se cometió un gran abuso, una gran injusticia al sacrificar al pobre notario del Santo Oficio; pero la culpa no es del Rey, sino de su ministro, el Conde Duque de Olivares, que otros abusos debió de cometer cuando Su Majestad le destituyó, y le mandó salir de la corte.

—Lo que no negaréis, Sr. Pietro, es que esa inocente víctima tiene el derecho de defenderse.

—No lo niego.

—Y aún ignoráis otras circunstancias.

—Decidlas; pero sed breve, porque deseo que me habléis de mi hijo.

—Un hijo tiene también el Sr. Alfonso de Paredes. Niño quedó, y ha llorado su orfandad, ignorando la suerte de su honrado padre. Al fin la ha conocido, sabe dónde se encuentra, y quiere salvarle.

—Así cumplirá su obligación.

—¿Os parece que ese hijo debe detenerse ante ninguna clase de consideraciones? Suponed que vos os encontráis en situación igual, y decidme qué debiera hacer vuestro hijo para devolveros la libertad.

—Estamos de acuerdo; pero...

—Á Nápoles fué traido el Sr. Alfonso; en este castillo se le encerró, y se encuentra en el calabozo número...

—¡Ah!

—¿Comprendéis ahora?

—¡Que Dios me ampare!

—Vos habéis estado viendo sufrir á ese honrado y desdichado padre...

—¡Basta, basta!

—Ayer no comprendíais su sufrimiento; pero ahora, cuando teméis perder á vuestro hijo...

—¡Sí, comprendo!

—Quiero favorecer la causa de la justicia, porque así me lo manda mi conciencia y porque cumplo la última voluntad de mi padre, y hasta triunfar ó morir ayudaré al hijo de Paredes, que en Nápoles se encuentra.

—¡Misericordia divina!

—Y ante ninguna consideración nos detendremos, ni retrocederemos ante ningún peligro; y creo que Dios nos protegerá, porque hacemos una buena obra.

El anciano se sentía desfallecer.

Sentíase profundamente trastornado. Sin embargo, estaba resuelto á cumplir su deber, porque aún no había comprendido que para hacerle vacilar le amenazarían con la muerte de su hijo. Silenciosos permanecieron por algunos minutos.

Cabral aprovechó la ocasión para sacar la carta de Paolo, y presentándosela al anciano, le dijo.

—Tomad y leed.

—¿Qué es esto?

—Mirad la firma, y lo comprenderéis todo.

Leyó el anciano, y frío sudor corrió por su frente.

—¡Dios mío!—exclamó.

—¿Estáis enterado? Pues ahora meditad y decidid. La alternativa es dura; pero no podemos remediarlo, porque tenemos que cumplir nuestros deberes, y no vacilaremos un instante.

—¡Habéis cometido un abuso; y yo vengaré á mi hijo y os mataré!...

—Ni siquiera intentaré defenderme; pero tened entendido que si dentro de dos horas no estoy al lado de mi amigo el Sr. Diego de Paredes, vuestro hijo morirá.

Un grito desgarrador exhaló Pietro.

—Vos pronunciaréis la sentencia.

—¡Oh!—exclamó desesperadamente el anciano.—¿Hay nada más horrible que esto?

—Favoreced nuestros planes, y abrazaréis á vuestro hijo.

—¡Me pedís que cometa una traición!

—No es traición favorecer la justicia; no puede ser un crimen hacer un beneficio á un hombre tan inocente como desgraciado.

—Mis deberes...

—Á cubierto quedaréis de toda responsabilidad, porque hay un medio para que de su calabozo salga el Sr. Alfonso de Paredes sin que nadie, absolutamente nadie lo advierta. Para conseguir este resultado hemos de trabajar mucho y arrostrar nuevos peligros; pero como conocemos vuestra honradez y no queremos hacer una nueva injusticia, cometer un nuevo abuso para remediar otro, no hemos reparado en lo que puede sernos perjudicial.

El anciano miró al mancebo con asombro. Apenas entendía lo que oyendo estaba. Sus ideas eran muy confusas; pero no podía ocultársele la gravedad de la situación. La alternativa era espantosa: sus deberes ó la vida de su hijo. Nada le era posible hacer contra el hidalgo.

—¡Habéis de ceder al fin!— dijo el mancebo.

—¡No, y mil veces no!

—Sí; cederéis, y, por consiguiente, es inútil que os impongáis una mortificación. Lo que habéis de hacer mañana, ¿por qué no lo hacéis ahora?

—Mis deberes cumpliré, y si mi hijo sucumbe...

—¡Dios os castigará!

—¿Puede querer Dios que yo cometa un crimen para salvar á mi hijo?

—¿Y acaso es crimen la reparación de una injusticia? ¿Es crimen volver la libertad á ese desdichado padre? Suponed que la vigilancia de vuestro hijo la hubiésemos confiado á quien jurase morir antes que dejarle salir de su encierro, y que el vigilante, reflexionando y comprendiendo que cometíamos un abuso, os devolviese á vuestro hijo. ¿Cometería un crimen al olvidar su juramento?

—No; pero...

—El primer deber es la justicia.

—¡Estoy aturdido!

—¡Bien se conoce!

—Después de tantos años de honradez, de severidad...

—No ha de padecer vuestra reputación, puesto que este secreto quedará bien guardado.

—¿Y cómo ha de salir de su calabozo ese infeliz sin que nadie le eche de menos?

—En su lugar pondremos un cadáver: diréis que ha muerto durante la noche, y le enterrarán sin cuidarse de otra cosa, y alegrándose mucho el alcaide, porque así queda libre de toda responsabilidad.

—¡Un cadáver en su puesto!

—Aunque no se parezca al Sr. Alfonso de Paredés más que en la vejez, nadie le reconocerá.

—¡Eso es imposible!

—¿Por qué?

—¿Cómo traeréis el cadáver?

—No lo sé: pero le traeremos.

—Ha de entrar en el castillo, viéndole todo el mundo.

—Durante la noche...

—Se cierran las puertas.

—Le meteremos por una ventana, y eso no será difícil con vuestro auxilio, puesto que conocéis palmo á palmo el interior de esta fortaleza. Cuando la libertad recobre el Sr. Alfonso, vuestro hijo se os presentará.

—¿Quién me responde de que sucederá así?

—Debéis comprender que sobre ese punto no puedo daros ninguna garantía.

—Perdonad; pero la palabra de un desconocido...

—Poco vale; ya lo sé.

—Entonces...

—Si algún medio encontráis que mayor seguridad os ofrezca...

—Ninguno.

—Mi amigo Paredes y yo podemos venir durante el día y quedarnos ocultos en este aposento.

—¿Y el cadáver?

—Le traerá otro amigo que nos ayuda.

—¿Y entretanto mi hijo?...

—Seguirá encerrado.

—Pero suponed que una casualidad...

—Todos nos perderemos, y todos tendremos paciencia.

Silencioso y meditabundo volvió á quedar el anciano: lo que el mancebo acababa de decirle quitaba firmeza á su resolución de cumplir sus deberes con exagerada exactitud. Además, se trataba en realidad de una buena obra. ¿Por qué había de sacrificar la vida de su hijo para que el Sr. Alfonso continuara siendo víctima del abuso?

—Hay un peligro—dijo después de algunos minutos.

—Decid, y si podemos evitarle...

—No.

—Sepamos en qué consiste ese peligro.

—En que ese desdichado, cuando libre se vea...

—Callará, y con otro nombre se presentará en el mundo, pues es el más interesado en guardar el secreto.

—Eso es indudable.

—Así lo hará, porque si pronunciara su nombre, inmediatamente volvería al calabozo, ó le quitarían la vida.

—¡No me atrevo!

—Podéis meditar hasta mañana.

—¡Hasta mañana!—murmuró con amargura el anciano.

—Así vuestra resolución será más acertada y más firme.

—Y entretanto, mi hijo...

—Salvo el cuidado en que está por lo que habéis de sufrir, lo pasa bien y ningún peligro le amenaza.

—Sin embargo, cada hora, cada minuto...

—Debe de ser un siglo para vos.

—¡Sí!

—De todas maneras, hen os de esperar hasta tener el cadáver que necesitamos.

—Pero no le buscaréis mientras yo no me haya decidido.

—No, porque nos expondríamos á trabajar en balde.

Mucho quería reflexionar el anciano; pero ¿hay reflexión posible cuando de la salvación de un hijo se trata? Se puso en pie, recorrió varias veces el aposento, volvió á sentarse, miró al mancebo, y le preguntó:

—¿No tenéis padre?

—Por mi desgracia; y ya os he dicho que cumplo su voluntad postrera. Si no hubiese muerto hace catorce años, á Nápoles hubiera venido para sacar de su encierro al Sr. Alfonso de Paredes; y le hubiera sacado, pues cosas más difíciles hizo.

—¿Tampoco tenéis madre?

—Sí, y con ansiedad espera el resultado de este asunto. Á todas horas debe de llorar y suplicar al Omnipotente para que me proteja. ¡Madre mía!... El dolor la mataría si yo muriese; pero no me ha detenido, porque para ella es antes que todo la justicia y el deber.

—Mucho me equivoco, ó sois honrado.

—Tranquila está mi conciencia, y os lo juro por la sagrada memoria de mi padre.

—Á vuestra madre compadezco, porque el peligro que os amenaza...

—¡Dios me protegerá!

—Señor hidalgo, lo confieso, el valor me falta para sacrificar á mi hijo.

—Si le sacrificaseis, cometeríais un crimen horrendo.

—Puesto que las circunstancias lo quieren así...

—Lo quiere Dios; y no lo dudaríais si supieseis cómo mi padre llegó á conocer este secreto, por qué me mandó continuar la obra, y de qué manera he llegado á conocer y hacerme amigo de Diego de Paredes. No lo dudéis: la mano del Omnipotente la he visto clara más de una vez, y por eso no me detendré ante ninguna consideración.

—¡Pues si Dios lo quiere, que su voluntad se cumpla!

—¿Estáis decidido?—preguntó ansiosamente Cabral.

—¡Sí!—respondió tristemente Pietro.

—¡Que Dios os bendiga!

—¡Que me ilumine me hace falta!

—Convendría que el ánimo del preso preparásemos.

—Sí; pero es el caso... que... ¡está tan débil!...

—Si fuera posible, yo le vería.

—Imposible no es, pero sí muy arriesgado.

—Si le proporcionásemos la dicha de abrazar á su hijo, tal vez recobraría el vigor, y...

—Por lo que me ha dicho, no tiene más que sesenta años, y cualquiera creería que pasa de los ochenta.

—¿No os ha hablado nunca de su historia el Sr. Alfonso?

—No le está permido hacerlo, ni á mí escu-

charlo: él ha obedecido, porque le amenazan con la muerte, y yo también, porque siempre he cumplido mi deber con exactitud. Apenas hablamos, como no sea para darnos los buenos días, hecha excepción de hoy, que me preguntó si yo era casado y si tenía hijos; y cuando le hablé del cuidado en que me ponía la tardanza de Paolo, mostró mucho interés por mí, y me dijo que su sufrimiento era mayor, porque tenía también un hijo, y no esperaba verle.

—¿Y hasta hoy no se le ha ocurrido hablaros de ese asunto?

—Es cosa extraña, y parece que Dios le ha inspirado ó que con vos estuviese de acuerdo.

—¡Ya lo veis; la mano divina!... ¿Todavía dudáis?

—No quiero dudar, porque no me conviene.

—¿Creéis que al Sr. Alfonso le falten fuerzas para salir de su encierro?

—Lo temo, señor hidalgo: apenas puede tenerse.

—No debéis darle la agradable noticia de repente, porque le mataríais: principiad diciéndole que tenéis algún motivo para creer que su salvación está cercana, que habéis averiguado su nombre, y que os parece que su hijo se encuentra en Nápoles. Así, poco á poco...

—¡Comprendo; descuidad! Su suerte me interesa.

—Y si hay ocasión, y cuando ya esté preparado...

—Verá á su hijo y le abrazará.

—¡Gracias!

—Ocupaos en buscar inmediatamente el cadáver.

—¿Y cómo le entraremos en el castillo?

—Á media noche se le subirá con cuerdas por una ventana, adoptando todas las precauciones que el caso requiere. Sobre este punto os daré instrucciones minuciosas oportunamente.

—Y nosotros habremos necesariamente de pasar aquí una noche.

—Vendréis por la tarde, os ocultaréis en este aposento, y ya no saldréis; pero uno de vosotros ha de quedar fuera para traer el cadáver hasta el pie de los muros.

—El compañero que nos ayuda.

—Y prepararéis ropa para el preso, pues al día siguiente ha de salir á vista de todo el mundo.

— Precisamente por eso necesita más fuerzas.

—¡Quiera Dios que las pocas que tiene no se las quite la buena noticia que he de darle!

—Si cumplimos nuestro deber...

—Hemos de dejar que Dios disponga.

—Sr. Pietro, corro otra vez al lado de vuestro hijo.

—Abrazadle en mi nombre, y decidle que ni un instante he vacilado para que su vida se salve.

—Tendrá el consuelo de una prueba más de vuestro cariño.

—¡Hijo de mi alma!

—Seréis feliz, porque si Dios nos favorece y la libertad recobra el Sr. Alfonso, aquí ó en España tendrá gran protección vuestro hijo; la protección de un hombre cuya influencia no tiene límites, y hará su fortuna: tendrá empleos y riquezas y cuanto necesite para ser dichoso, y así vos gozaréis en los últimos años de vuestra vida.

—Tanta felicidad...

—Es cosa fácil para nuestro poderoso protector.

—Lo que por de pronto quiero es abrazar á mi hijo.

—Le abrazareis quizás antes de tres días.

—Señor hidalgo...

—¡Hasta mañana, Sr. Pietro!

—Á todas horas me encontraréis aquí, y os agradeceré que muy temprano me traigáis noticias de mi Paolo.

—Así lo haré.

Despidiéronse estrechándose la diestra como si fuesen antiguos amigos. El mancebo salió. El anciano elevó al cielo una mirada de súplica dolorosa y exclamó:

—¡Dios misericordioso, proteged á mi hijo!

Esforzóse luego para desaturdirse, y no lo consiguió hasta el punto que le convenía; pero algo se dominó

—¡Principiemos—dijo,—y quiera Dios que la alegría no mate á ese desdichado!

Se encaminó al calabozo. Poco antes de llegar murmuró:

—¿No es posible que esos hidalgos se equivoquen y sea otro el llamado Alfonso de Pare-

des? Me parece que ante todo debo poner en claro este punto, porque el error sería demasiado grave y produciría las peores consecuencias.

Dicho esto, abrió la puerta y entró en el calabozo. El Sr. Alfonso de Paredes se encontraba aún sentado en el banquillo: al oirle alzó la cabeza.

—¿Ya ha vuelto vuestro hijo?—preguntó.

—No—respondió Pietro;—pero he recibido noticias suyas.

CAPÍTULO XIV

Cómo se explicó el carcelero.

Pietro volvió á cerrar la puerta del calabozo, echando la llave para evitar que les interrumpiesen. No sabía cómo dar principio á la conversación, en realidad muy difícil, y acercándose al preso, le miró fijamente, y le dijo después de algunos momentos:

—Tenemos que hablar de un asunto de bastante interés.

Grande fué la sorpresa del Sr. Alfonso de Paredes, pues no estaba acostumbrado á que su carcelero le dirigiese la palabra, sino que, por el contrario, apenas contestaba á las preguntas que le dirigía. Á su vez miró á Pietro con profunda extrañeza y dijo:

—Hoy es un día que á ninguno se parece.

—No os equivocáis.

—Yo siento lo que hace muchos años no he sentido, y mis ideas son distintas hasta el punto de que apenas me reconozco. ¿En qué consiste esto? No lo sé, y temo que sea el asunto de alguna nueva y muy grande desdicha. Nadie da valor á los presentimientos; pero yo les doy mucho.

—Yo también.

—Triste y con el corazón oprimido salí de Madrid para cumplir mis deberes. En vano me esforzaba para recobrar la tranquilidad, y muchas veces el llanto se escapó de mis ojos. Los presentimientos no me engañaron, no mentía la voz secreta que me anunciaba una desdicha, porque de mi hijo me separaba para no volver verle.

—Y ahora también teméis...

—No; no eso precisamente, sino que estoy muy conmovido, que algo extraordinario pasa en mi ser. Desde hace ocho días late mi corazón con más fuerza, hay más calor en mi sangre, y desde anoche.... ¡Oh!... La noche ha sido hasta cierto punto horrible, porque he despertado muchas veces, y durante mi sueño he visto á mi hijo.

—No os equivocáis en cuanto á que la situación debe cambiar, pues se preparan sucesos de muchísima importancia.

—Yo no espero más que uno.

—¿Cuál?

—¡La muerte!

—Quizás os equivocáis.

—Como de este calabozo no he de salir, y mis fuerzas se acaban...

—Dios puede hacer un milagro.

—Sí; pero...

—¡No lo dudéis, Sr. Alfonso!

Al oir pronunciar su nombre se puso en pie el preso como si le impulsara una mano vigorosa. Cambió la expresión de su semblante; abrió los ojos como si á saltar fuesen de sus órbitas, y su mirada se fijó con ansiedad indescriptible en el carcelero.

—¿Qué habéis dicho?—preguntó el desdichado Paredes con voz agitada.

—Me parece que nada de particular.

—¿Qué nombre es ése que habéis pronunciado? ¡Ah! ¡Yo no le he dicho; habéis sido vos!

—El nombre que acabo de pronunciar...

—No ignoráis que me amenazaron con la muerte si en este recinto resonaba mi nombre; y como á vos también os estaba prohibido preguntarme...

—¡Ya no dudo!

—Explicaos, porque...

—Pero es tan grave la situación, que no me convenceré mientras no me digáis vuestro apellido.

—¡Yo!—exclamó horrorizado el preso.

—Soy padre, lo mismo que vos: se trata de la felicidad de nuestros hijos...

—¡Dios de misericordia!—exclamó Paredes.

Sus fuerzas disminuyeron otra vez, y volvió á dejarse caer en el banquillo.

—¿Por qué habláis de mi hijo?—preguntó.

—Vuestro apellido...

—¡No, no, porque me matarían; y como aún no he perdido la última esperanza!...

—Ni debéis perderla; pero yo no puedo hacer nada en vuestro favor si no tengo la seguridad de que sois...

—¿Quién?

—Decidlo vos, decidlo.

— ¡Tengo miedo!

—¡Jugad el todo por el todo!—replicó enérgicamente Pietro.—Yo lo juego también. ¿Creéis que os tiendo un lazo? ¿Con qué fin? Para quitaros la vida no necesitan ningún pretexto los que aquí os tienen encerrado, pues les bastaría pronunciar una palabra sin dar ninguna clase de explicación.

El Sr. Alfonso se pasó las manos por la frente. Dudaba. Al fin decidió, y dijo:

—¡Si abusáis del más infeliz de los hombres, que Dios os maldiga!

—¡Tranquilizaos!

—Me llamo Alfonso de Paredes, y...

—¡Basta, basta!

—Soy, ó más bien, fuí notario del Tribunal Supremo de la Inquisición.

—Lo sé.

—¿Que lo sabéis?

—Tampoco ignoro que salisteis de España para ir á Roma con una comisión reservada.

—¿Quién os ha dicho eso?

—Ahora no me está permitido daros muchas explicaciones.

El infeliz Paredes sentíase cada vez más aturdido. No era posible que adivinara la verdad. Su agitación era violenta.

—Si no recobráis la calma, no podremos hablar.

—La recobraré.

—Acaban de referirme vuestra triste historia.

—¿Quién?

—Una persona á quien no conocéis.

—Pero...

—He sospechado... ¡Tal vez me equivoco!

—No importa; decid.

—Pues bien; después de mucho cavilar me ha parecido que esa persona no podía conocer vuestras desgracias sin haber hablado con vuestro hijo.

—Mi pobre hijo debe de ignorar mi suerte.

—¡Según!

—Si supiera que estoy vivo y aquí encerrado...

—¿Qué creéis que haría?

—Quiero forjarme una ilusión: creer que mi hijo acometería la empresa de sacarme de mi encierro; pero cuando no lo hace, cuando no lo intenta, debe de ignorarlo.

—Para hacer eso necesitaría el tiempo y la ocasión.

—Pero como ya tiene veintiséis años...

—Sr. Alfonso, discurrís con poco acierto: perdonad que así os lo diga; pero, de todas maneras, vuelvo á lo que dije.

—Os escucho.

—Si esa persona conoce vuestra historia por vuestro hijo, se deduce...

—¿Qué?

—Casi no me atrevo á decirlo, porque son cosas tan delicadas...

—¿Qué teméis?

—Que alentéis una esperanza que había de desvanecerse muy pronto, lo cual sería un nuevo sufrimiento.

—Tan acostumbrado estoy á sufrir, que ya nada me conmueve.

—Sin embargo...

—Decid lo que sospecháis, y veremos si soy de vuestra opinión.

—Pues he creído que vuestro hijo podía estar en Nápoles.

—¡Ah!...

—En cuyo caso, vuestra situación había de cambiar.

—¿Y qué puede hacer mi pobre hijo? ¿Cómo había de llegar hasta el interior de este calabozo?

—No lo sé.

— ¿Acaso vos estáis dispuesto á favorecerme?

—No; pero...

—Entonces, no hay salvación posible para mí.

—No he podido escuchar con indiferencia el relato de vuestras horribles desgracias.

—¿Y qué importa que os intereséis por mi, si no aliviais mi suerte?

—Las circunstancias pueden ser de tal naturaleza..

—¡Dios mio! Si vos estáis dispuesto á favorecerme... ¡No me devolváis la libertad, porque os comprometeriais gravemente; pero dejad que mi hijo llegue hasta mi, que yo le abrazaré, y!...

—Falta que á Nápoles venga.

—En Nápoles debe de estar, y ahora comprendo lo que antes no comprendía. ¡Por eso palpitaba tan fuertemente mi corazón! ¡Vos sabéis más de lo que me decís!

—No.

—Calláis por temor ó miramiento mal entendido; pero ahora nadie más que Dios nos escucha, y por mi alma os juro...

—¡Excusad los juramentos!

—¡Explicaos, explicaos! — repuso Paredes con creciente exaltación.

Y cogió una de las manos del carcelero, se la estrechó fuertemente, y la cubrió de besos y de lágrimas. Pietro estaba muy conmovido.

Aún dudaba. Era muy peligroso decir desde luego la verdad, porque ésta había de impresionar al preso más vivamente que las vagas frases que había oído.

—Otra cosa os diré—replicó Pietro después de algunos minutos de vacilación.

—¿Otra cosa?

—Sí; una observación que me ocurre.

—Sepamos.

—La alegría puede matar lo mismo que el dolor.

—Quizás más fácilmente.

—Y si no mata, puede trastornar el juicio.

—No os equivocáis.

—Si vieseis entrar á vuestro hijo...

—¡Ah!...

—¡Dios sabe lo que sucedería!

—¡Dios me daría fuerzas!

—Por algunas horas; pero después os faltarían para salir de este calabozo.

—¡No; para eso no es posible que las fuerzas me falten!

—¡Os engaña el deseo!

El Sr. Alfonso se movió con impaciencia. Contempló á su carcelero, y exclamó:

—Son tan obscuras vuestras palabras...

—Creo que os hablo con claridad.

—¿Por qué habéis cambiado de conducta conmigo? Antes, ayer mismo, me mirabais fríamente y apenas me escuchabais; y hoy, particularmente ahora, me habláis con dulzura, y hasta olvidáis el cumplimiento de vuestro deber, pues os está prohibido preguntarme mi nombre.

—Eso consiste en que yo creía que aquí os habían encerrado por haber cometido un gran crimen.

—¡Yo criminal!

—Me parecía imposible otra cosa.

—Soy víctima del abuso más horrendo, y los criminales son otros; son mis verdugos.

—Y ahora que lo sé, cambio de conducta. Nunca creí que en nombre del Rey nuestro señor...

—¡El Rey!—murmuró con amargura el señor Alfonso.

—Tuvo sus debilidades; ya lo sé.

—Profanó el sagrado recinto de un convento, manchó la honra de una infeliz mujer cuyo padre, anciano y enfermo...

—¡Callad, que dos veces no quiero escuchar esas terribles acusaciones! ¡Dios le juzgará!

El Sr. Alfonso hizo un gesto de impaciencia.

—Me parece que divagamos; y como es indudable que ahora habéis venido para hablarme de un asunto de mucho interés...

—Sí.

—Pues debierais explicaros.

—Ya os he dicho cuanto podía, pues otra cosa no hay. Contra mi voluntad me han referido esa tristísima historia, y he conocido vuestro nombre.

—No os han engañado.

—Sospeché que en Nápoles estuviera vuestro hijo y os lo he dicho también con franqueza. ¿En qué consiste la obscuridad de mis palabras?

—Pero ¿por qué me habéis hablado de ese asunto?

—Porque si es verdad que en Nápoles se encuentra vuestro hijo y consigue veros, os conviene tener preparado el ánimo, pues la sorpresa os haría mucho mal.

—Pero en cuanto al interés que os inspiro...

—Nada tiene de particular.

—Si es que estáis dispuesto á favorecerme...

—¡Tal vez!

—Averiguad si mi hijo se encuentra en Nápoles; averiguadlo, y os deberé el mayor de los beneficios.

—¿No opináis lo mismo que yo?

—Sí; pero necesito la seguridad de que no me equivoco.

—Pues bien; haré cuanto me sea posible, y lo haré por el amor de mi hijo.

—¡Sí, sí!

—Y si en Nápoles está el vuestro...

—¿Me permitiréis abrazarle?—preguntó ansiosamente el Sr. Alfonso?

—Sí.

—¡Que Dios os bendiga, á vos y á vuestro hijo!

—Nada más, Sr. Alfonso, porque no puedo permanecer mucho tiempo aquí sin comprometerme.

—¡Contaré los minutos con el afán con que los cuentan los padres!

—¡Como los cuento yo!

No hablaron más. Pietro salió. Había desempeñado su misión admirablemente. El infeliz preso dudaba, porque dudamos siempre que la felicidad se nos ofrece con exceso. ¿Era posible que su hijo estuviera tan cerca? Volvió á recobrar la energía. Sus ojos brillaban intensamente. Se paseó, deteniéndose muchas veces para mirar á la pequeña ventana. No veía más que la luz. Se hubiera considerado dichoso si desde allí descubriera el cielo; pero lo estorbaba el espesor del muro.

—¡Tarda!—decía.—¿Cuándo volverá?

Otras veces se humedecían sus ojos, sentíase medio ahogado, el llanto corría por su rostro, y exclamaba:

—¡Hijo mío!

Pietro estaba también profundamente agitado. No debía vacilar para favorecer al preso; pero sufría mucho al pensar que se le presentase algún obstáculo invencible. Dejó que transcurrieran dos horas, y volvió al calabozo.

—¡Ah!—exclamó el Sr. Alfonso al verle.

—¡Dios nos favorece!

—¿Y mi hijo?

—No he descansado un instante, y...

—¿Está en Nápoles el hijo de mi alma?

—No lo he visto.

—Bien; pero...

—Tampoco sé si se equivocan las personas á quienes he preguntado.

—¡Acabad de una vez! ¿No comprendéis lo que sufro?

—Sr. Alfonso, os veo tan agitado...

—¡Nada temáis!

—Sin embargo...

—¡Las dudas me hacen sufrir más que las realidades por horribles que sean!

—Hay quien asegura que en Nápoles se encuentra un hidalgo que se llama Paredes.

—¡Ah!...

—Y aunque otro Paredes puede ser...

—¡Su nombre de bautismo!

—Con seguridad completa no lo saben; pero creen que se llama Diego.

—¡Mi hijo, el hijo de mi alma!—exclamó el Sr. Alfonso. Y sintiéndose desfallecer, sentóse en el lecho.

Apenas podía respirar. Grandes esfuerzos tuvo que hacer para sostenerse, y el llanto volvió á correr por sus mejillas. Este desahogo le tranquilizó bastante. Se puso en pie, se acercó á Pietro y cayó de rodillas.

—¿Qué hacéis? - dijo el carcelero.

—¡Debo besar vuestros pies!

—¡Venid á mis brazos, que yo también soy padre!

Y levantó al Sr. Alfonso y le estrechó contra su pecho. Largo rato permanecieron unidos y sin poder articular una sílaba. Cuando consiguieron dominarse, dijo Pietro:

—Preparaos, porque mañana...

—¿Veré á mi hijo?

—Sí.

—¡Bendito sea Dios!

—Si el valor os falta, si vuestra voluntad no hace un gran esfuerzo, todo se perderá, y será una desgracia inmensa lo que parece una fortuna.

—¡Fuerzas me dará el Omnipotente!

—No sé si de este calabozo podréis salir...

—¡Contemplar el cielo, respirar el aire libre, moverme á mi antojo y sin encontrar los límites de estos muros!... ¡Ah!... ¡Es demasiada dicha!

—Puede realizarse.

—¡Un solo día de esa felicidad al lado de mi hijo, y que Dios disponga de mi vida!

—Puede suceder, aunque no es probable, que el alcaide os haga una visita; y si no disimuláis, si no os encuentra triste y abatido como siempre...

—¡No conocerá en mi rostro lo que sucede en mi alma!

—Si llegara á sospechar...

—¡Nunca he sabido fingir; pero ahora fingiré!

—De mis buenos deseos no dudéis, porque de vuestra salvación depende la vida de mi hijo

—Eso es incomprensible.

—No puedo daros más explicaciones en estos momentos.

—¿Un misterio?

—Dejará de serlo mañana.

—¿No volveréis después?

No, porque si alguien observa...

—¡Es verdad!

—¡Hasta mañana, Sr. Alfonso!

—¡Que Dios nos bendiga y nos proteja!

Pietro salió del calabozo para volver á su aposento y aguardar con tanta impaciencia como esperaba Paredes.

CAPÍTULO XV

Un compañero más.

Mientras el carcelero preparaba el ánimo del preso, el Sr. Domingo fué á reunirse con sus compañeros y á dar á Paolo noticias de la resolución adoptada por su padre, teniendo la satisfacción de ver que el soldado se encontraba muy tranquilo, y que tan de veras había aceptado su situación, que ya no tenía disgusto sino por lo que pudiera sufrir el autor de sus días. Ni el Sr. Diego ni Gil se habían separado de él; y como hablando no podían entenderse, bebieron, jugaron é hicieron todo lo que podía servirle de distracción.

—¡Ah!—exclamó Paolo al ver á Cabral.

—Debíais de esperarme con impaciencia—dijo éste.

—Sí, porque de las noticias que me traigáis depende mi reposo.

—Pues principiaré disipando vuestras dudas y temores, y os diré que el camino no puede presentarse más llano.

—¿Y mi padre?

—Nada temáis por él, pues si algo le disgusta, es que se nos presente algún obstáculo para realizar nuestra empresa.

Paolo miró sorprendido á Cabral, que añadió:

—Ya os dije que exagerabais, y los hechos han venido á darme la razón.

—¡Es incomprensible!

—Vuestro padre sufría mucho, porque temía que os hubiera sucedido alguna desgracia; pero le tranquilicé bien pronto, le di á conocer la situación, y ni por un solo instante vaciló para salvaros.

—¡Cuánto debe de haberse contrariado! Con sus ideas, con su carácter...

—Sr. Paolo, si vuestro padre es severo para el cumplimiento de su deber, es también amante de la justicia.

—Ya lo sé.

—La suerte del preso le ha interesado vivamente cuando ha conocido su triste historia y se ha convencido de que, en vez de un criminal, es una inocente víctima.

—¡Doy gracias á Dios!

—Desea que este asunto se termine cuanto antes; y tan buena voluntad ha manifestado para favorecernos, que quizás mañana mismo facilitará la entrada en el calabozo al hijo del preso, proporcionándole así una satisfacción inmensa. Á estas horas debe de ocuparse en preparar su ánimo para que los sucesos no le encuentren desprevenido, y evitar una conmoción que, aunque de alegría, pudiera ser peligrosa. Mañana temprano iré para llevarle noticias vuestras y decirle lo que hemos adelantado, y después, si Dios quiere favorecernos, todo se arreglará muy pronto. Lo que es el corazón de un padre, no lo sabéis: desde que ha visto que vuestra vida peligraba, hasta sus ideas han cambiado.

Todas estas noticias eran bastante tranquilizadoras. En favor de los hidalgos estaba predispuesto Paolo, y para estarlo más fué suficiente lo que el Sr. Domingo acababa de decirle. Se había convencido ya de que en aquella situación no era posible el término medio. Si de todas maneras los hidalgos habían de introducirse en el calabozo, ¿por qué no ayudarles con buena voluntad? Esto era lo que en realidad le convenía para terminar cuanto antes situación tan enojosa como violenta. Hasta entonces le había detenido la consideración de lo que pudiera pensar su padre; pero ya este miramiento había desaparecido: apoyó los codos en la mesa, medio cerró los ojos y quedó inmóvil. Al Sr. Domingo le pareció conveniente dejarle reflexionar, y se dirigió á su amigo Paredes, diciéndole:

—¡Bien merezco que me deis un abrazo!

—¡Tripas de Lucifer!—exclamó el Sr. Diego.

—¡Aquí me tenéis esperando con mucha más

paciencia de la que me ha dado Dios. No he podido entender una sola palabra de lo que habéis dicho á este hombre.

—Pues voy á daros á conocer el resultado de mi visita al carcelero. Estamos de acuerdo. Nos ayudará, favorecerá la fuga de vuestro padre, y si conseguimos vencer los obstáculos que se nos presentan...

—Los venceremos, porque de todos soy capaz.

—He conseguido que se interese por vuestro padre, y me ha prometido hacer lo posible para que entréis en el calabozo mañana.

—¡Por el Infierno! ¡Sois un gran hombre, Sr. Cabral, y bien merecéis, no solamente un abrazo, sino mil! ¡De seguro me emborracharé, porque es tanta mi alegría!...

—No beberéis más de lo que habéis bebido.

—Tengo necesidad de aturdirme.

—De todo lo contrario, porque aturdido estáis, y yo poco menos al ver cómo tan rápidamente marchamos hacia el fin que nos habíamos propuesto.

—¡Abrazar á mi padre!...

—Para eso hemos venido.

—¿Y qué hemos de hacer ahora?

—Lo más difícil, y que muy fácil nos sería en Madrid: buscar el cadáver que ha de quedar en el calabozo.

—¿Dónde le encontraremos?

—Á nadie conocemos en esta tierra, y por primera vez me encuentro algo apurado.

—Sr. Domingo, debemos tener presente que este hombre y su padre tienen interés en servirnos.

—Indudablemente.

—Y tanto como á nosotros, y tal vez más, les interesa que el negocio termine muy pronto.

—En todo eso he pensado.

—Si con Paolo pudiera yo entenderme...

—¿Qué haríais?

—Me arreglaría de manera que acabase por ayudarnos, haciendo lo que tal vez es imposible para nosotros.

—Precisamente en eso consiste mi plan.

—Pues, entonces...

—Y ahí le tenéis pensativo, quizás trazando algún plan para favorecernos.

—Mucho puede hacer, porque está en su tierra.

—Esperemos su resolución.

—¿Y nos convendría halagarle y comprometerle más y más?

—Sí; pero lo difícil es hacerlo.



...se acercó á Pietro y cayó de rodillas.

—Pues á mí me parece muy fácil.

—Veamos, amigo Paredes, lo que vuestro ingenio da de sí en esta ocasión.

—Pues bien; yo principiaría por conceder á nuestro prisionero casi libertad completa fiando solamente en su palabra de honor.

—Me parece buena idea.

—Es un hombre honrado.

—Sí.

—No cometería ningún abuso.

—Haremos la prueba.

—No nos arrepentiremos.

Consultaron con Gil, cuya opinión fué la misma que la de Paredes. Estaban, pues, de acuerdo, y si alguna desgracia sufrían, nada tendrían que echarse en cara los unos á los otros. Esperaron á que Paolo acabase de meditar.

—Cuando bien os parezca—le dijo el señor Domingo — continuaremos la conversación, pues aún falta lo más interesante.

—Decid, que ya os escucho.

—Con tan buena fe quiere servirnos vuestro padre, que nos obliga á corresponderle en cuanto sea posible; pero lo único que en nuestra mano está es daros pruebas de confianza y trataros como si fueseis nuestro mayor amigo.

—Haréis lo que bien os parezca. Viendo estáis que nada he pedido; pero si á mi honradez hacéis justicia, os lo agradeceré con toda mi alma.

—En esta cueva os hemos metido por si gritabais ó intentabais cualquier locura por el estilo.

—Señor hidalgo, yo puedo sacar la espada, pediros cuenta de vuestro proceder: puedo mataros si la ocasión se me presenta; pero gritar pidiendo socorro... ¡Vive el Cielo!... ¡No me conocéis! Si yo gritase, me consideraría deshonrado. Humilde es mi cuna; pero tengo dignidad, y aunque pobre y desvalido, aunque nada represento en el mundo, considero que valgo tanto como el más noble y poderoso, pues para mí no existe más nobleza que la del alma, y he mirado siempre con desdén las demás vanidades. Quitadme la vida si así os conviene; pero no me hagáis ofensas, porque no las toleraré.

—¡Perdonad, Sr. Paolo!

—Estáis perdonado.

—Aquí os hemos traído sin conoceros, y, por consiguiente, adoptamos las precauciones que exigía vuestra peligrosa situación. Ahora todo ha cambiado entre nosotros, y voy á daros una prueba de que sabemos apreciar la nobleza de vuestra alma.

—No pido satisfacciones.

—Por eso las damos.

—Con serenidad espero...

—Pero no ha de ser aquí.

—Señor hidalgo...

—¡Por Dios vivo! ¡Preciso es que vos también nos conozcáis! Si queréis favorecer la justicia haciendo el mayor de los beneficios á un hombre honrado, á un padre infeliz que sufre lo que concebir no podemos, lo hacéis, y si no...

—Os ayudaré si no queréis obligarme, porque ante la fuerza no me someto.

—Tenéis corazón, y...

—Vuelvo á escucharos.

—De esta cueva vais á salir.

—¿Y adónde me llevaréis?

—Os quedaréis en esta casa si queréis quedaros, puesto que nadie os estorbará la salida; pero tened presente que de vos, solamente de vos, depende la salvación del infeliz que en un calabozo gime tantos años hace.

Con tanta sorpresa como asombro miró el soldado al Sr. Domingo.

—Repito que estáis en libertad—dijo éste.

—¡En libertad!

—Si algo os detiene, ha de ser vuestra conciencia.

—Así me sujetáis.

—Os hablo en nombre de la justicia, en nombre de un hijo que sin padre quedó, y vos ahora...

—¡Vive el Cielo!...

—Haced lo que bien os parezca, y así os conoceremos.

Iba á replicar Paolo; pero el Sr. Domingo no se lo permitió, y después de decirle

—En libertad estáis.

Se volvió á sus amigos y exclamó:

—¡Salgamos de aquí!

No dijeron entonces más, y los tres salieron de la cueva. Paolo arrugó el entrecejo, mirando en torno suyo con cierta vaguedad.

—En libertad—murmuró.—¿Y debo abandonar á ese padre desdichado, á esa víctima inocente? Es uno de tantos infelices sacrificados á las conveniencias de la tiranía... ¡Oh; no, no le abandonaré, porque tranquila no estaría mi conciencia!

Acababa de adoptar la más noble resolución.

—Mi padre cede—dijo—obligado por las circunstancias; pero le conozco bien, y tengo la seguridad de que si en libertad me viese, sus deberes cumpliría como él los entiende, y nada haría en favor del preso misterioso. Debo permanecer aquí, ayudar á estos hombres á que representen la farsa, y mi recompensa será la de haber hecho un beneficio, reparando también una gran injusticia. ¿Qué diría yo de los que no quisieran ayudarme si mi padre se encontrara como se encuentra el de este hidalgo?

En pie se puso y recorrió la cueva en distintas direcciones. Como ya tenía completa libertad para salir, no le parecía tan sombrío y tan malo aquel lugar. Después de algunos minutos llegó á la escalerilla y salió, encontrándose con los dos hidalgos y Gil.

—¿Qué habéis determinado?—le preguntó éste.

—En esta casa me quedaré.

—Allí tenéis la puerta, y si queréis salir...

—No, porque si mi padre me viese, nada haría en favor del preso, y yo quiero que se salve.

—Sr. Paolo, vuestro noble proceder...

—Mis deberes cumplo así.

—Es verdad; pero...

—Conste que ninguna recompensa me había ofrecido, y que por, consiguiente, me dejo llevar de los impulsos de mi corazón.

—En cuanto á recompensa...

—Me basta la satisfacción de haber hecho un beneficio.

—¡Ah!...

—Y puesto que ya todos estamos interesados en el mismo asunto, hablemos con calma.

—Repito que estáis en libertad.

Cabral dió á conocer la resolución de Paolo á sus amigos, y no hay que decir si éstos manifestaron la más viva alegría, estrechando cariñosamente la diestra del soldado y prodigándole frases de alabanza y de gratitud. Nunca como entonces fué verdad aquello de que nobleza obliga.

—Ya somos amigos—dijo,—somos compañeros, somos defensores de la misma causa.

—Sí.

—Pues hablemos como debemos hablar y aprovecharemos el tiempo, que mucho vale en esta ocasión.

—Me parece que no necesitáis explicaciones.

—Ninguna por ahora.

—El mayor apuro consiste en encontrar el cadáver que ha de introducirse en el calabozo, para que á salvo quede vuestro padre de toda responsabilidad,

—Difícil puede ser encontrar eso; pero no imposible.

—Á nadie conocemos en esta tierra.

—Yo conozco á todo el mundo.

—Muchos deben de ser los desdichados que en Nápoles morirán cada día.

—Supongo que sí.

—Pero es menester que no tenga familia ó parientes muy cercanos que quieran guardar cierta clase de miramientos con el cadáver, y siendo pobres y ofreciéndoles dinero...

—¡Comprendido!

—Como vos podéis salir á todas horas y andar por donde se os antoje...

—Me parece que no será menester, y, además, evitaríamos ciertos peligros si una persona desconocida fuese la que se presentara para hacer el negocio.

—De acuerdo estamos.

—Conozco á una mujer que tiene tanto de beata como de bruja.

—Una persona así necesitamos.

—Pide limosna en la puerta de los templos, y cuando esto no hace en otras cosas se ocupa; cosas que de santas nada tienen, pues á más de una doncella ha trastornado el juicio, y á más de un seductor le ha proporcionado la satisfacción de sus deseos.

—¡Gran mujer para esta ocasión!

—Por razones que del caso no son, estoy en buenas relaciones con la bruja, y aunque no soy rico, me respeta y cierta confianza le inspiro, confianza que en el último apuro nos sería muy útil.

—Comprendo.

—Vive con un anciano, mendigo también, y tan achacoso, tan enfermizo, que muchos días no puede salir de su casa. Dice la bruja que el viejo es su pariente, aunque lejano; pero tengo entendido que en otro tiempo fué su amante; y aunque las amorosas relaciones concluyeron, no se han separado, porque vivir unidos les conviene.

—Si ese viejo enfermase más...

—Hace quince días que sucedió así, y hace tres que la bruja me dijo que no habría salvación posible para su pariente, y que tal vez muy pronto quedaría sola en el mundo.

—¡La fortuna nos protege!

—No es posible que haya mejorado el viejo; si se muere, su cadáver sería fácilmente vendido por su compañera, que su alma vendería también si hubiera quien se la comprase.

—Todo sería cuestión de dinero.

—Me parece que sí.

—Y el dinero nos sobra.

—Pues muy fácilmente podéis ver á la vieja; y si con vuestro ingenio y vuestra bolsa nada consiguieseis, yo la obligaré, aunque me alegraría no dar la cara en semejante asunto.

—Me parece que vuestra influencia no ha de ser mayor que la del oro.

—Así lo creo.

—Ni siquiera pronunciaré vuestro nombre, así nada tendremos que temer de la indiscreción de esa bruja.

—Pues os diré dónde vive, y cuando el Sol se ponga iréis á verla. No tendréis que andar mucho, porque en este barrio está su casa. Es desconfiada y ruin.

—Eso he supuesto.

—Y también es astuta, lo cual debéis tener en cuenta para ser más prudente.

—Descuidad.

El Sr. Domingo, siempre haciendo de intérprete, repitió en español lo que acababa de decirle Paolo. Desesperábase el Sr. Diego, porque nada le era posible hacer, ni siquiera entenderse con la bruja beata. El hijo de Pietro dió á Cabral cuantas instrucciones necesitaba, así pasaron sin sentir el tiempo hasta que el Sol se puso.

—¿Y qué cenaremos esta noche?—preguntó Gil.—Porque me parece que nuestro asunto nada tiene que ver con el estómago.

—Soy de opinión—respondió Paredes—que con nuestro amigo nos vayamos á la hostería, y allí cenaremos como corresponde á personas de nuestros gustos y nuestras clases. Estoy alegre, y la alegría me abre el apetito.

—Bien me parece el plan—repuso el Sr. Domingo;—pero antes he de ir á visitar á la beata.

—Aquí os esperaremos.

—Yo os acompañaré—dijo Gil.

—Tendréis que esperarme á la puerta, porque no conviene que entréis.

—Os esperaré.

—Pues vamos.

De lo que acababan de determinar dieron cuenta á Paolo, que respondió:

—Bien dispuesto está, y muy bien me parece.

—Pues que Dios me proteja dándome acierto.

—No olvidéis mis advertencias.

—¡Son demasiado interesantes!

Salieron de la casa el Sr. Domingo y Gil al desvanecerse los últimos resplandores del crepúsculo; bien pronto las negras tinieblas debían invadir el espacio, y dejando atrás una y otra calle llegaron á los quince minutos á casita donde vivía la bruja.

—Esa debe de ser la casa—dijo Cabral.

—Las señas son las que ha dado el señor Paolo.

—Aquí me aguardaréis.

—Y si me necesitaseis...

—Os avisaría, aunque no será menester.

El Sr. Domingo se acercó á la casita, cuyo aspecto no podía ser más miserable, y llamó á la puerta.

CAPÍTULO XVI

La madre Cristeta.

No bien hubo dado dos golpes el Sr. Domingo, cuando preguntaron desde el interior de la casa:

—¿Quién es?

—Un hidalgo que necesita hablar con la madre Cristeta.

La puertecilla se abrió, entró el mancebo y se encontró frente á la beata, bruja, zurcidora de voluntades ó mendiga, puesto que de todo esto tenía y algo más por el estilo, sin que tuviese nada bueno, según decía la pública voz. La llamada madre Cristeta representaba setenta años, aunque en realidad era menos vieja; de muy escasa estatura, abultadas formas, incluyendo los mofletes, y la nariz, bastante aplastada, remangada y muy abierta, enrojeci-

da, ó más bien del amoratado color de la remolacha. Entre sus mejillas, bajo sus blancas y salientes cejas y su deprimida y arrugada frente, relumbraban como luces en el fondo de una caverna sus pequeños, redondos y hundidos ojos, de color muy claro y con negra pupila. Aquel rostro producía un efecto inexplicable y nada grato. Cuando la madre Cristeta sonreía, que era siempre que á la puerta del templo no estaba implorando la caridad, experimentábase un malestar extraño, una especie de fascinación inexplicable. Su voz, muy aguda, algo chillona, semejábase al silbido de la serpiente. Iba cubierta de harapos, como convenía á una de sus profesiones: la de pordiosera, y el color negro dominaba en su ropaje, porque así también era conveniente á sus pretensiones de beata. El espíritu de Satanás debía de haberse posesionado de aquel cuerpo horrible, por más que ningún síntoma de espirituada presentase, pues ya hemos dicho que era un modelo de dulzura. El mancebo la contempló, mientras decía para sí:

—Viendo estoy que también en esta tierra hay brujas de no menor importancia que las de la mía.

—Bien venido seáis, y que os acompañe la Santa Madona—dijo la madre Cristeta mientras examinaba, no solamente el rostro, sino el ropaje del Sr. Domingo.

El ropaje tenía para ella muchísima importancia, porque le daba la medida de la bolsa de su dueño.

—¡Que Dios os guarde!—respondió Cabral.

—Quizás os habéis equivocado, puesto que no os conozco.

—Si sois la madre Cristeta...

—Para serviros, como lo haré con la mejor voluntad.

—Pues á vos os busco, porque necesito hablaros de un asunto de muchísimo interés, y si la ocasión es buena...

—La mejor, puesto que sola estoy.

—¿Sola enteramente?

—Sí.

—¿Pues no vivís ya en compañía de un pariente?...



La puertecilla se abrió...

—¡Que Dios me ampare!—exclamó la vieja exhalando un penoso suspiro.

Y de expresión cambió instantáneamente su rostro.

—Parece que estáis afligida.

—¡Como que el pobrecito se encuentra con un pie dentro de la sepultura, y temiendo es-

toy que muerto se me quede entre las manos!

—Pues bien; antes de que hablemos, necesito ver á ese hombre.

—Si posible me fuese, lo haría; pero lo que me interesa es convencerme de que tan cerca de la muerte está.

—Entrad, señor hidalgo, que aunque no comprendo lo que os proponéis...

—Os lo explicaré muy pronto.

Con extrañeza profunda miraba la bruja al mancebo, cuyo semblante nada expresaba de particular. Entraron en la inmediata habitación, que revelaba la miseria más horrible. En el suelo de ella y en un rincón, entre mantas y harapos, medio acostado y medio sentado, había un hombre, cuya edad no podía determinarse fácilmente; pero ya debía de tener más de los sesenta años: su demacrado y lívido rostro desaparecía entre los largos y desordenados mechones de su blanca barba; respiraba desigual y muy trabajosamente. No era posible mirarle con tranquilidad: al primer golpe de vista no quedaba duda de que aquel desdichado se encontraba en la agonía; sus ojos carecían ya de brillo y expresión.

—¡Ya le veis!-dijo la vieja con lastimero tono.

—Sí, parece que está muy mal.

—Casi ha perdido el conocimiento, pues ni entiende lo que le dicen, ni á nadie conoce, y lleva dos días sin tomar ningún alimento.

No lloréis, porque la muerte de ese infeliz puede ser vuestra fortuna.

—Pero es mi pariente, y...

—Madre Cristeta, hablemos con claridad—interrumpió el mancebo.—Vos no me habéis visto nunca; pero yo os conozco muy bien y sé á qué atenerme. Si pensáis continuar sollozando para representar vuestro papel de afligida, me iré, y conmigo la fortuna que os traigo.

—No os entiendo.

—Se trata de un negocio como otro cualquiera.

—¿Un negocio?

—Podéis hacrele con mucha facilidad, y os ganaréis un puñado de escudos.

La vieja enjugó el llanto. Se había convencido de que el fingimiento era inútil; pero no adivinó lo que el hidalgo deseaba.

—Os escucho, como es mi obligación—dijo después de algunos momentos.

—¿Qué pensáis hacer cuando muera ese hombre?

—Sin su compañía quedaré... Nada más.

—Pero su cadáver...

—Soy pobre, y caritativamente habrán de darle cristiana sepultura.

—¿Y luego?

—No acierto á contestaros. Luego haré lo que hace todo el mundo: consolarme y seguir pasando como mejor pueda la vida.

—Y tan pobre como sois os quedaréis.

—Claro es que sí, puesto que ninguna herencia ha de dejarme ese infeliz.

—Soy médico—dijo Cabral.

—¿Médico vos?

—¿Qué os sorprende?

—Tan joven...

—Aún no he terminado mis estudios.

—Pues si médico sois...

—No puedo curar á ese desgraciado.

—Continuad, porque cada vez estoy más aturdida al escucharos. ¿Por qué no me decís con claridad lo que queréis?

—Porque necesito daros antes alguna explicación.

—Con tal que yo la entienda...

—Fácil es entender que necesito un cadáver para hacer estudios.

—¡Jesús!...

—Y como ese hombre ha de morir muy pronto y su cuerpo no tiene valor ninguno para vos, os propongo comprarle.

—¡Que Dios me asista!—exclamó la vieja.

—¿Os asustáis?

—Tales cosas decís...

—Nada tienen de particular, pues es preciso que sepáis que médicos no habría si no hubiese cadáveres donde estudiar el cuerpo humano; y como el Gobierno no permite que públicamente se hagan estos estudios, tenemos que proceder secretamente y pagar á muy subido precio lo que nada vale.

La madre Cristeta no acertó á responder.

—Todo esto puede hacerse sin que nadie lo sepa, pues supongo que nadie se preocupa de ese desdichado; y si alguien os pregunta por él, lo cual no es probable que suceda, le responderéis que murió y que sepultura le dieron.

—¡Vender el cadáver de mi pariente!...

—Ningún mal le haréis, pues de todas maneras su cuerpo ha de convertirse en polvo, y su alma nada ha de perder porque yo examine las partes de su cuerpo. Todo esto es muy sencillo, madre Cristeta, y si os empeñáis en darle una importacia que no tiene, os quedaréis sin el dinero y sin el pariente también, puesto que ha de morir.

—Pero...

—No os horroricéis, porque os volveré la espalda. Para lo que os propongo y para mucho más tenéis valor.

—Señor hidalgo, si habéis creído...

—Que ignoráis qué es la conciencia.

—¡Dios misericordioso!...

—¡Mirad!—interrumpió el mancebo.

Y sacó una bolsa, haciendo resonar las monedas que contenía. Relumbraron los ojillos de la vieja. ¿Qué había de contestar á tales razonamientos? Quizás era oro lo que en aquella bolsa había, y no tenía valor para rechazarle; pero tampoco para aceptarle sin vacilaciones.

—¡Tengo prisa!—dijo el mancebo.

—En grandísimo apuro me ponéis.

—¿No queréis la bolsa?

—¡Ah!...

—Tiene cien escudos.

—¡Cien escudos!—exclamó la vieja como si hablara de una cantidad fabulosa.

Luego suspiró muy tristemente, y añadió:

—Tan malos están los tiempos, y tan grandes son mis apuros...

—¿Y rechazáis lo que es una riqueza?

—Es tan triste mi situación...

—Seguro estoy de que en un año no podéis ganar lo que os ofrezco; y aunque lo ganaseis, no había de ser con tanta tranquilidad, tan fácilmente, puesto que ni la más leve molestia habéis de sufrir. Todas las noches vendré, y cuando me encuentre con que ese infeliz ha muerto, me llevaré su cadáver muy sigilosamente y todo habrá concluído. ¿Qué más podéis pedir á la fortuna? Os habéis metido en negocios mucho peores, habéis hecho algo que pudiera calificarse de criminal, y todo para que os den una cantidad miserable.

—Eso es verdad; pero cuando las necesidades nos apremian...

—Si ahora sois rica...

—¡Desdichada de mí!

—Madre Cristeta—dijo el mancebo ásperamente,—estamos perdiendo el tiempo con palabras ociosas.

—Os digo lo que bien me parece.

—Pero no es eso lo que quiero saber.

—Entonces...

—¿Estáis dispuesta á venderme el cadáver de ese hombre? Decidlo de una vez, y en caso afirmativo, sepamos cuánto queréis.

—Pues bien; os vendo el cadáver.

—¿Os convienen los cien escudos?

—Eso no, porque me parece poco.

—¡Por menos se vende una persona viva!

—Pero muerto vale más, y sobre todo en esta ocasión.

—¿Cuánto he de añadir?

—Otro tanto.

—¡Tripas de Lucifer!...

—No os enfadéis, señor hidalgo, porque no os ofendo al exigir 200 ducados por el servicio que me pedís.

—¡Que Dios os guarde, ó más bien el Diablo! —dijo Cabral.

Y volvió la espalda á la bruja, y hacia la puerta se dirigió.

—¿Adónde vais?—le preguntó la vieja, corriendo tras él y deteniéndole en la habitación inmediata.

—Á la calle.

—Pero...

—Hemos concluído, porque no estoy dispuesto á dar lo que me pedís

—¿Ni más de lo que me habéis ofrecido?

—Poco sería.

—Sean los 150 ducados.

—¡No me conviene!

—Sois rico, y...

—Veinte más os daré, para que no digáis que soy tacaño.

La vieja dudó algunos momentos, y dijo al fin:

—Otra vez os mostraréis más generoso, porque como sois joven, habéis de hacer conmigo algún negocio más. Tomaré los ciento veinte ducados, porque mis apuros son muy grandes.

—Pero no los entrego ahora.

—Antes de llevaros el muerto.

—Eso es.

—No me habéis dicho vuestro nombre...

—Ni os importa.

—Ciertamente; pero...

—¡Dejadme en paz!

—Que Dios os acompañe, señor hidalgo.

—Hasta mañana.

—Os esperaré.

El Sr. Domingo salió de la casa.

—¿Qué tal?—le preguntó Gil.

—Un poco caro me cuesta, pues esa bruja no ha querido transigir por menos de ciento veinte ducados.

—¡No importa!

—He visto al viejo.

—¿Está muy grave?

—En la agonía.

—¡Dios nos favorece!

—Sí, porque la muerte de ese desdichado será nuestra fortuna. Así es el mundo, y la felicidad de los unos significa siempre la desdicha de los otros.

—Pues si esta noche ó mañana muere el mendigo, dentro de veinticuatro horas ó poco más el Sr. Alfonso se verá libre, y en seguida, y para que completamente tranquilos estemos, saldremos de Nápoles y nos pondremos fuera del alcance de las autoridades españolas.

—¿Vamos á cenar?

—Y que lo haré con el mejor apetito, pues vencido queda el mayor de los obstáculos.

—Aún no debemos confiar, porque hay gran diferencia entre el dicho y el hecho, y Dios sabe las dificultades que se nos presentarán.

Por dos veces tuvo que contar Cabral lo que había sucedido, pues era necesario que lo entendiesen lo mismo el Sr. Diego que Paolo. Salieron, dirigiéronse á la hostería, cenaron alegremente, y decidieron pasar allí los cuatro la noche.

CAPÍTULO XVII

Los dos padres.

Apenas amaneció, levantáronse los que ya podemos llamar cuatro compañeros, cuatro amigos, y Cabral dijo á Paolo:

—Escribiréis una carta á vuestro padre para que no le quede duda de que estáis bueno y tratado como merecéis, y para que tenga además una satisfacción.

—Bien me parece.

—Y en seguida iré á verle, y sabré cómo el Sr. Alfonso de Paredes ha recibido la noticia y cuándo podrá su hijo entrar en el calabozo. El soldado escribió con frases muy cariñosas y que revelaban el contento, y el Sr. Domingo se encaminó á la fortaleza. Pocos minutos hacía que brillaban los rayos del Sol, y, sin embargo, ya estaba impaciente Pietro.

—¡Gracias á Dios!—exclamó al ver al hidalgo.

—Antes no he podido venir, pues antes no me hubiesen permitido entrar.

—¿Qué noticias me traéis?

—Tomad esta carta de vuestro hijo, y después hablaremos.

El carcelero leyó con la ansiedad que era consiguiente, y se humedecieron sus ojos, dejando escapar algunas lágrimas de ternura y de alegría.

—¿Estáis satisfecho?—le preguntó el hidalgo.

—Sí; satisfecho estoy, y os agradezco vuestro delicado proceder.

—Ya os dije que si hemos cometido un abuso, ha sido obligados por la necesidad.

—No os pese, porque si bien es cierto que he sufrido, resultará un bien y un acto de justicia. Las desdichas del Sr. Alfonso han llegado á interesarme hasta el punto de que, aunque me devolvieseis mi hijo, cumpliría mi promesa y le sacaría de su calabozo.

—Quizás os engañáis.

—No, no puedo engañarme cuando del cumplimiento de mi deber se trata, pues me he convencido de que salvar á ese hombre es un deber mucho más sagrado que los demás.

—Me felicito al oiros hablar así; pero dudo.

—Señor hidalgo, lo que dice un hombre como yo no puede ponerse en duda.

—Perdonad; pero...

—Si pudiéramos hacer la prueba...

—Sr. Pietro, desde ayer tarde está vuestro hijo en libertad completa.

—¿En libertad?

—Su palabra es la mejor garantía para nosotros, y con la mejor buena fé, como si fuése-

mos los mejores amigos, ha principiado á prestarnos ayuda.

—¡Gracias, señor hidalgo, gracias, porque á sus nobles sentimientos habéis hecho justicia, porque habéis fiado en su honradez.

—Hoy, á la hora de costumbre, vendrá para comer en vuestra compañía.

—¡Dios mío! ¡Cuánta felicidad! ¡Perdonadme si por algún momento os he mirado con odio porque me separasteis de mi hijo; perdonadme!...

—Yo soy quien debe pediros perdón, porque he sido causa de vuestros sufrimientos.

—¡Que veré á mi hijo dentro de algunas horas!...

—Sí.

Los ojos del anciano brillaban con el fuego de la más viva alegría, y en el último grado de su entusiasmo abrazó al Sr. Domingo, complacidísimo por su parte al ver cómo gozaba el amoroso padre. Largo rato pasó antes de que el anciano pudiera remediar el arrebato de su júbilo. El Sr. Domingo le dijo:

—Cuando recobréis la calma hablaremos de lo que tanto nos interesa, pues ya que estáis dispuesto á seguir favoreciendo á ese desdichado...

—Lo he prometido, y lo cumpliré, aunque tenga que arriesgar la vida.

—¿Ya sabe que se prepara un cambio de situación?

—Y también que en Nápoles está su hijo y que á verle vendrá muy pronto.

—¿Cómo escuchó esas noticias?

—Muy trastornado.

—¡Infeliz!

—Pero al fin recobró el sosiego, aunque no tanto que no sea menester mucha prudencia para evitar nuevos trastornos.

—¿Le habéis visto hoy?

—No he querido ir al calabozo sin haberos visto.

—Os advierto que, gracias á la ayuda de vuestro hijo, es probable que esta noche esté el cadáver en nuestro poder.

—Me alegraré mucho, porque en esta clase de negocios las dilaciones son el mayor peligro.

—Si hoy ha de ver el Sr. Diego á su padre...

—Con mi hijo puede venir á la hora de comer.

—Pues conviene que acabéis de preparar el ánimo del Sr. Alfonso.

—Descuidad, que así lo haré.

—Pues si otra cosa no tenéis que decirme...

—Que os deseo felicidad, y á Dios le pido que nos proteja para favorecer la justicia.

Así pusieron término á la conversación, y el Sr. Domingo salió de la fortaleza, mientras Pietro fué al calabozo, donde le recibió Paredes con una exclamación de alegría.

—¿Cómo habéis pasado la noche?—preguntó el guardián.

—¡Bien, muy bien! ¡Que noche tan feliz!

—Poco debéis de haber dormido.

—¿Y qué me importa el sueño?

—Vuestra salud...

—Es perfecta. Hace muchos años que no me sentía tan vigoroso. ¡Mirad, mirad!

Y el infeliz notario se puso en pie y fué de un lado para otro con paso igual y firme.

—Os felicito.

—Decidme ahora si algunas noticias más tenéis.

—Que ya no me cabe duda de que vuestro hijo se encuentra en Nápoles.

—¡Ah!...

—Y he arreglado las cosas de manera que hoy mismo pueda haceros una visita.

—¡Hoy!...

—Dentro de algunas horas, al mediodía.

—Pero ¿es verdad tanta dicha? ¿No estoy soñando? ¿No me he vuelto loco? ¡Decidme la verdad, Sr. Pietro, decídmela!

—No soñáis, ni habéis perdido la razón.

—Pero si vos os forjáis ilusiones...

—Tampoco.

—¿Y aún no conocéis á mi hijo?

—No.

—Lo siento, porque no podéis hacerme su retrato—dijo el Sr. Alfonso.

—Como habéis de verle muy pronto...

—¡Eso no importa!

—Medid vuestras fuerzas...

—¡Me sobran!

—Si las perdieseis en los momentos críticos...

—¡Perder las fuerzas al abrazar á mi hijo! ¡Eso no es posible!

—También se hacen los preparativos para que recobréis la libertad, y, por consiguiente, á todas horas debéis estar preparado.

—¡Qué largos me parecerán los minutos hasta el momento en que he de abrazar al hijo de mi alma! ¡Dios os bendiga, Dios os premie!

—Bien recompensado estoy con la satisfacción de haber hecho un beneficio. Ahora os dejaré.

—¡Tan pronto!...

—Y más temprano que de costumbre os traeré la comida, que mejor será, porque es preciso que las fuerzas recuperéis.

—Y prefería que hablásemos de mi hijo.

—Luego será; pero la prudencia no me permite detenerme en estos momentos.

—¡Idos, pues!

Pietro volvió á su habitación, á contar á su vez y con ansiedad creciente los instantes, que siglos le parecían; pero la hora debía llegar, y llegó.

Dieron las doce, se abrió la puerta, y resonó en la habitación un doble grito de inmensa alegría. El padre y el hijo se abrazaron.

El Sr. Diego de Paredes quedó inmóvil, y los contempló mientras se decía:

—¡Vive el Cielo! ¡Y la arbitrariedad de un tirano me ha privado de caricias como ésas, siendo causa de que se endurezca mi corazón!

Arrugóse su entrecejo, apretó los puños con fuerza convulsiva, y se tornó sombría por algunos momentos su mirada.

Luego pensó que muy pronto debía ver á su padre, y logró dominarse, aunque se despertó en su corazón un odio insano, desapoderado, contra Felipe IV, quien, afortunadamente, había de morir antes de que el Sr. Diego encontrase oportunidad para dar satisfacción á su sed de venganza. Frases las más cariñosas cruzaron Pietro y su hijo, y desahogados sus corazones, saludó el padre á Paredes y le hizo sentarse, diciéndole:

—Habréis de esperar un poco, porque gran imprudencia sería que de repente os presentarais á vuestro padre.

—¡Es verdad!

—Le diré que os encontráis en mi aposento, y así la impresión no será tan fuerte.

—¡Padre mío!

—¿Conserváis su fisonomía en vuestra memoria?

—Sí; pero debe de haber cambiado mucho. Era joven, gozaba de la mejor salud, y Dios le había dado una organización vigorosa.

—Por eso ha podido resistir.

—Pero ahora...

—Ha cambiado mucho, muchísimo: nadie lo sabe mejor que yo, puesto que joven y robusto le vi entrar en el calabozo y empezar á envejecer rápidamente antes de que pasara un año. Menos edad tiene que yo, y más anciano parece. Sus fuerzas son muy escasas, y por eso dudé que pudiera soportar la emoción de la alegría.

—¡Yo le vengaré!—murmuró Peredes con sorda voz.

—En cambio de vuestro dolor, tendrá vuestro padre una alegría cuando vea que el niño se ha convertido en hombre, y su dicha será completa cuando no le quede duda de vuestra honradez.

—Tengo la esperanza de que cambiando de vida y con mis cuidados, recobrará las fuerzas.

—¡Quiéralo Dios!

—No os detengáis, Sr. Prieto, y en cambio del beneficio que ahora me hacéis, pedidme la vida.

—Lo único que deseo es que vuestro padre se vea libre.

El carcelero fué al calabozo.

—¿Y mi hijo?—le preguntó el Sr. Alfonso.

—En el castillo le tenéis.

—¡Que está en el castillo!...

—Y en mi aposento.

—¿Y por qué no ha venido con vos? ¿Acaso no comprende mi ansiedad? ¿No aprecia el valor de estos instantes supremos?

—Los aprecia lo mismo que vos.

—Entonces...

—Pero ha tenido miedo de presentarse repentinamente.

—Pues bien; ya estoy preparado, y...

—Pensad que no es el niño de quien os separasteis, sino un hombre; y por cierto buen mozo, de continente gentil, con gran bigote, larga espada,..

—¡Que la impaciencia me hace sufrir mucho!—gritó Paredes.

—Esperad un instante, no más que un instante, abrid los brazos, y reunid todas vuestras fuerzas.

Y esto diciendo el guardián salió del calabozo, al que no tardó en volver. Apenas la puerta crujió y se abrió, el Sr. Alfonso exhaló un grito que parecía llevarse tras sí el alma; otro grito le contestó, y en los brazos del hijo cayó el padre, estrechándose ambos fuertemente.

Cuando pudieron separarse se sentó el anciano, porque desfallecía. Se limpió los ojos el Sr. Diego, y sus pupilas relumbraron como carbunclos.

—¡Oh!—exclamó con voz reconcentrada.—¡No quedará sin castigo quien tanto mal ha hecho á mi padre!

—¡Hijo mío!...

—¡Venganza!...

—¡No, no, porque Dios nos manda perdonar!

—¡Justicia!..

—¡Domina tu noble arrebato!

—¡Padre mío!...

—¡He sufrido mucho, lo que no puedes concebir; pero ya soy dichoso!

—De este lóbrego recinto saldréis muy pronto, y después, ¿quién tendrá fuerza bastante para separaros de mí?

—¡No, no nos separemos jamás!

Pietro, que también estaba profundamente conmovido, se acercó al Sr. Diego y le dijo:

—Es preciso que salgáis, porque me comprometería si aquí permanecieseis algunos minutos más.

—¡Esperad un momento—dijo el Sr. Alfonso; —permitid que contemple á mi hijo!

Y otra vez se puso en pie, y se acercó á su hijo, y le contempló ansiosamente.

—¡Qué hermoso es!—murmuró.

El infeliz sonreía, y le acariciaba y besaba como si fuese un niño. Para los padres no envejecen los hijos.

—Padre mío, debemos separarnos ahora, porque así conviene para vuestra salvación, para nuestra dicha. Nos veremos pronto, quizás está noche...

—Á todas horas te esperaré.

—¡Adiós, padre mío!

—¡Otro abrazo! ¡Ah! ¡Qué feliz soy!

Separáronse al fin, y salieron el hijo y el guardián, cerrando la ferrada puerta; rechinaron las llaves y cerrojos. Cuando estuvieron en la habitación de Pietro, éste dijo:

—Según parece, hay alguna probabilidad de que esta noche pueda quedar el cadáver en vuestro poder.

—Sí—respondió Paolo.

—Pues, en ese caso, aquí debe quedar el señor Diego y venir también el otro hidalgo.

—Vendrá.

—Y debe traer cuerdas, que yo echaré por la ventana de la habitación donde murió tu tío.

—Recuerdo bien.

—Cuando lleguéis, á bastante distancia del muro encenderéis una luz, y así yo sabré que debo echar las cuerdas para subir el cadáver.

—Entendido.

—Por ese lado nadie vigila; pero debéis ser muy prudentes.

—¡Descuidad, padre mío!

—Como tú conoces bien el terreno, no necesito darte instrucciones.

—Ninguna.

—Desde la media noche esperaremos.

—Á esa hora vendremos, si el cadáver se encuentra en nuestro poder.

—Pues apenas comamos, volverás con tus nuevos amigos y dispondréis lo que convenga.

El Sr. Diego aceptó la modesta comida del carcelero, que entonces le pareció la mejor del mundo. Paolo se fué apenas terminó la comida. Entonces fué cuando pensaron que si en el castillo se quedaba Cabral no podía ir á ver á la madre Cristeta.

—¿Cómo nos arreglaremos?—le dijo Paolo.

—Muy sencillamente — respondió el mancebo.

—Sepamos.

—Gil vendrá, le daré á conocer á la bruja, y con ella se entenderá luego.

—No me había ocurrido semejante cosa, y reconozco mi torpeza.

—Lo que á la beata le importa es el dinero, y no la persona que ha de dárselo.

—No os equivocáis.

Este plan lo pusieron inmediatamente en práctica. Cuando entraron en la vivienda de la mendiga encontráronse con que su pariente había muerto. La vieja no puso ningún inconveniente para que fuese Gil en vez del hidal-

go. Convinieron en que á las once de la noche se llevarían el cadáver. Inmediatamente se ocuparon en comprar ropa para el Sr. Alfonso, y las cuerdas que necesitaban. Á las cuatro de la tarde habían hecho todos los preparativos, y Cabral se dirigió á la fortaleza.

Gil y Paolo, según lo que habían convenido y prudente les parecía, fuéronse á la casita que de encierro sirvió en vez de volverse á la hostería, donde quizás hubiera llamado la atención que estuviesen ellos sin los dos hidalgos. Llegó la noche; á Gil y Paolo debían parecerles las horas muy largas, siquiera fuese porque no podían entenderse por señas y se entretuvieron en cenar y beber, encaminándose á la morada de la vieja minutos antes de las once. Gil debía entrar solo y sacar el cadáver. En las calles no se veía alma viviente, y el silencio era tan absoluto como la obscuridad.

CAPÍTULO XVIII

Esfuerzos.

La madre Cristeta esperaba contando los minutos, pues hacía mucho tiempo que no había visto una cantidad como la que le habían ofrecido por el cadáver. Apenas oyó que llamaban, abrió, encontrándose con Gil y diciéndole:

—Entrad, y bien venido seáis como habéis sido puntual.

Gil no respondió, porque no había entendido, y ni con un movimiento de cabeza se dignó saludar á la bruja. La escena, aunque demasiado elocuente, debía ser muda. Penetraron en la habitación inmediata. En el rincón y entre los harapos encontrábase el cadáver, cuyo aspecto era el más horrible. Gil le miró, arrugó el entrecejo, hizo un gesto de disgusto y exclamó:

—¡Tripas de Lucifer! ¡Por nada del mundo pondría las manos sobre este cuerpo; pero tengo que cumplir un deber!

Sacó la bolsa y la vació sobre la mesa. Las monedas de oro relumbraron y resonaron. La vieja no pudo contener un grito. También relumbraron sus ojos. Sus manos temblorosas contaron y examinaron detenidamente los relumbrantes escudos.

—¡Cabales!—dijo.

—¡Lástima de dinero!—murmuró el sirviente.

Y dió algunos pasos, llegó donde el cadáver estaba y se inclinó.

—¡Acabad!—dijo la vieja, ignorando que su idioma no era comprensible para Gil.—Bien puede suceder que alguien venga á buscarme, y nos veríamos en gran compromiso si os viesen aquí.

—¿Qué estáis diciendo, bruja de Satanás?

—¡Jesús!—exclamó la madre Cristeta.—¿Qué lengua es la que habla este hombre? ¡Pues ahora caigo en la cuenta de que debe de ser español ó cosa por el estilo! ¡Que Dios me ampare! ¿Si me habrán tendido algún lazo? ¡Y me mira de una manera!

—¡Que el Infierno me trague! ¡Milagro será si la cena no me hace daño! ¡Nunca he visto cosa más repugnante!

Como mejor pudo envolvió Gil en aquellos trapos el cadáver, y volviendo á otro lado la cabeza, lo levantó.

—¡Flaco está; pero pesa como si fuese de plomo!—dijo.—No debo quejarme, pues lo que hago ahora tendrán que hacerlo después el señor Domingo Cabral y el Sr. Diego.

Con cuanta prisa pudo salió de la casa, mientras la vieja decía:

—¡Mucho cuidado, porque si os descubren Dios sabe lo que nos sucedería!

Cerró inmediatamente la celestina, retrocediendo para volver á recrearse en los escudos, y entretanto Gil y Paolo se reunían. El primero dejó en el suelo el cadáver. Debían llevarle entre los dos. Á su alrededor miraron y escucharon con atención profunda. No percibieron ni el más leve ruido, ni descubrieron persona alguna. Debían de dormir todos los habitantes de la ciudad. La obscuridad era profunda. Paolo llevaba una linterna sorda; pero no quiso abrirla, porque la luz podía llamar la atención de algún curioso.

Levantaron el cadáver y emprendieron la marcha, caminando con bastante rapidez para acabar pronto, porque se encontraban lejos del castillo, con el oído atento; pero la fortuna los protegía: el ruido sordo de sus pasos era el único que se percibía. Fatigábanse mucho; pero no quisieron detenerse. Por fin llegaron á las cercanías de la fortaleza, que se dibuja-

ba confusamente entre las tinieblas de aquella noche. Allí también reinaban el silencio y el reposo. Detuviéronse nuestros dos amigos, dejando en el suelo el cadáver. Entonces Paolo sacó la linterna y la abrió, levantándola cuanto pudo. Brilló la luz, extendiéndose en un pequeño espacio, y miraron con ansiedad á los muros. Un momento después vieron que del negro fondo de una ventana escapábanse destellos de otra luz.

—¡Ah!—exclamó Gil. —No ha encontrado ningún inconveniente.

—Padre mío—murmuró Paolo,—vamos á cumplir un gran deber.

Ya no tenían para qué detenerse: habían descansado, porque aquellos momentos de excitación les robaban las fuerzas, levantaron el cadáver, y sin el más leve ruido se dirigieron hacia el muro que se levantaba por aquel lado. La luz había desaparecido de la ventana.

Penetraremos en la fortaleza, reconoceremos una parte de su interior, y llegaremos á un aposento completamente desamueblado, en el que había tres hombres: Pietro, Cabral y Paredes, los tres pálidos y contraídos los rostros por la ansiedad y el temor. Una circunstancia cualquiera podía cambiar la situación, y no solamente se perderían, sino que ya sería imposible la salvación del Sr. Alfonso. En el suelo había una linterna, cuya rojiza luz iluminaba aquel cuadro y se perdía en las ennegrecidas paredes. Acababan de contestar á la señal. El Sr. Domingo tomó las cuerdas de que se habían prevenido, y empezó á dejarlas caer por la parte exterior del muro.

Habían calculado bien la elevación, que no era mucha. En cambio, no habían calculado bien las fuerzas que necesitaban. Inclinándose, escuchando ansiosamente y con las pupilas dilatadas y relumbrantes esperó Cabral.



Brilló la luz, extendiéndose en un pequeño espacio...

¡Qué largo debía de parecerles el tiempo! Por fin sintió que la cuerda se agitaba. Era indudable que los otros habían llegado al pie del muro.

—¡Aquí están!—murmuró con voz concentrada.

Se contrajo más la frente del Sr. Diego. El anciano levantó la cabeza y elevó al Cielo una

mirada de súplica. Poco después advirtió el Sr. Domingo que tiraban muy violentamente de la cuerda.

—¡Ayudadme!—dijo á Paredes.

Y ambos, haciendo uso de todas sus fuerzas empezaron á tirar. La ventana era muy estrecha, y los dos no podían acomodarse bien y moverse con entera libertad, resultando que sus fuerzas disminuían, ó más bien, que no podían emplearlas todas. Bien pronto se convencieron de su impotencia.

—¡Rayos! — exclamó desesperadamente el Sr. Diego.

Cabral, dirigiéndose al anciano, dijo:

—Necesitamos más ayuda.

—¡Pues aquí estoy yo, que, aunque débil, algo haré!

Y también echó mano á la cuerda. Así consiguieron, aunque muy trabajosamente, empezar á subir el pesado cuerpo. Rozaba éste en el muro, produciendo sordo rumor. Fatigábanse mucho nuestros amigos; pero su voluntad era muy firme. Respiraban con dificultad, y copioso sudor empapaba su rostro. Más de una vez tuvieron que detenerse para recobrar el aliento. Por fortuna, los dos hidalgos eran vigorosos. La cuerda crujía de vez en cuando. Si llegaba á romperse, todo se perdería. No es posible concebir la angustia de aquellas tres hombres. Un momento llegó en que sus fuerzas se agotaron.

—¡No puedo más!—exclamó Pietro, con las manos abrasadas y ensangrentadas. Y dejando la cuerda, retrocedió algunos pasos, se apoyó en la pared, y exhaló penoso suspiro.

—¡Por el Infierno!—gritó Paredes.

—¡Triunfar ó morir!—exclamó el Sr. Domingo.

—¡Sí; reventaré, ó terminaremos nuestra obra!

Hicieron instantáneamente uno de esos esfuerzos sobrehumanos, inconcebibles, que se hacen una vez en la vida. Pudiera decirse que entonces fueron sus músculos de acero. Por fortuna, estaba ya el cadáver muy cerca de la ventana, y aquel esfuerzo fué la salvación.

—¡Ah!—exclamaron al fin.

Y el rígido cuerpo quedó apoyado sobre el marco de la ventana. No pudo el anciano contener un grito de alegría. Sintió renacer las fuerzas. Todos quedaron inmóviles. Necesitaban descansar y desaturdirse. Contemplaron el cadáver como el avaro su tesoro.

—¡Ya he descansado! – dijo el Sr. Diego, pasados algunos minutos.

—¡Yo también!—respondió el Sr. Domingo.

—¿Y por qué esperamos?

—¿Estáis dispuesto ya?—preguntó Cabral á Pietro.

—¡Y deseando concluir!

—¡Pues carguemos otra vez con el cadáver!

—¡Venga la cuerda y la luz! ¡Vamos!

Ya no hablaron más; cerraron la ventana. Pietro delante con la luz, y detrás los otros con el muerto, salieron temblando de la habitación. Llegaron á la puerta del calabozo. El anciano abrió tan silenciosamente como pudo, volvió á cerrar y dejó la luz en el suelo. El señor Alfonso contemplaba á sus salvadores creyendo soñar.

CAPÍTULO XIX

Otro susto.

—¡Gracias á Dios misericordioso!—exclamó por fin el Sr. Alfonso de Paredes; y abrazó á su hijo, mientras que algunas lágrimas corrían por su rostro.

—¡Padre mío, ahora es cuando necesitáis de todas vuestras fuerzas! Dominaos, y no os entreguéis á los transportes de la ternura y de la alegría, porque las emociones violentas os harían mucho mal. Dios nos ha protegido, y si conservamos la serenidad, dentro de algunas horas perderéis de vista estos muros, entre los cuales se ha consumido vuestra existencia.

—¡Sí, serenidad tendré, porque no quiero separarme de ti! Como hombre, soy débil; pero como padre me sobra el valor.

—¡Concluyamos!—dijo Cabral.

Como estaban de acuerdo en todo, no necesitaron hablar. El Sr. Alfonso se despojó de su mismo ropaje, que Pietro puso al cadáver del mendigo. En seguida se vistió al anciano Paredes con la nueva ropa que le habían llevado. Hubiera sido difícil reconocerle. Hasta más joven parecía. Lo arreglaron todo de ma-

nera que no quedara ninguna señal de lo que había sucedido.

—¡Hemos terminado!—dijo el Sr. Diego.

—Aún no—replicó Cabral.

—¿Qué nos falta?

—¡Lo veréis!—respondió el Sr. Domingo.

Y sacó su daga, se acercó á una de las paredes, y en la piedra empezó á trazar algunas líneas; á los pocos minutos pudieron leer lo siguiente:

Aquí estuvo preso diez y seis años el inocente y muy honrado Alfonso de Paredes, notario que fué del Supremo Tribunal de la Inquisición. ¡La justicia divina caerá sobre los que fueron causa de sus mortales sufrimientos.

—¡Vive Dios!—exclamó el Sr. Diego!

—Aquí quedará este testimonio de la tiranía y de las arbitrariedades para que lo conozcan las generaciones futuras.

—No sucederá así, porque lo borrarán.

—¡Pero habrán de leerlo!

—Es un desahogo como otro cualquiera, amigo Cabral, y el tirano se quedará tan tranquilo como antes y dispuesto á cometer nuevos abusos.

—Tal vez.

—Me parece que estamos perdiendo un tiempo precioso. ¡Vámonos!

—¡Pues vamos!

El Sr. Alfonso se arrodilló, inclinó sobre el pecho la cabeza y quedó inmóvil. Dos lágrimas rodaron por sus pálidas mejillas. Aquel lugar era para él un santuario. Allí había entrado joven aún, vigoroso y siendo todo lo feliz que puede ser la criatura, y salía viejo débil y con el alma destrozada por el dolor

Aquel lugar era el de sus sufrimientos, y precisamente por eso le amaba. No sabemos cuánto tiempo hubiera permanecido allí, si Pietro no se le acercase y le dijera:

—Estamos cometiendo una locura, y podemos perder todo lo que hemos ganado en fuerza de arrostrar grandes peligros.

El Sr. Alfonso se inclinó y besó el pavimento con respeto profundo. Luego se puso en pie.

—¡Vamos—dijo con voz ahogada,—y que Dios nos proteja!

Salieron del calabozo. Pietro cerró. No puede explicarse lo que sintió el Sr. Alfonso al encontrarse fuera del lugar donde tanto había sufrido.

—¡Ah!—exclamó.

Miró á todos lados. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para sostenerse. El Sr. Domingo le dirigió palabras de ternura, y le recordó lo que importaba dominarse. Cuando estuvieron en la habitación del carcelero dijo el señor Alfonso:

—Llevadme adonde pueda ver el cielo, y me haréis feliz.

—¡Por aquí!—le dijo Pietro.

Atravesaron una galería, entraron en una pequeña habitación, y el carcelero abrió una ventana que daba á un patio.

—¡Mirad!—dijo.

El Sr. Alfonso pudo contemplar el cielo, que estaba cuajado de estrellas.

—¡Bendito sea Dios!—exclamó.

Aspiró el aire libre. No se hubiera separado de la ventana sino para salir del castillo; pero era peligroso que permaneciese allí mucho tiempo. Volvieron á la habitación del guardián. Allí debían permanecer ocultos. Los dos jóvenes no podrían dormir; pero el Sr. Alfonso de Paredes sí reposaría, aunque no fuera más que dos ó tres horas, y bien lo necesitaba para recuperar las fuerzas. Se acostó en la cama de Pietro, que estaba en un departamento interior, y á su lado se sentó su hijo para ver cómo su padre dormía y proporcionarle así un goce más. Pruebas de ternura que nadie hubiera esperado de él estaba dando el Sr. Diego. Pietro y Cabral determinaron pasar en conversación el resto de la noche, y volvieron á la habitación donde el anciano tenía la costumbre de estar. Hablaron como los mejores amigos del mundo.

Estaban muy alegres, porque ya no temían que ningún obstáculo se les presentase, y esperaban ansiosamente el nuevo día. Las horas pasaron; pero antes de que amaneciese oyeron lejano ruido de voces y pasos.

—¿Qué sucede?—dijo Pietro.

Se puso en pie y palideció. Dos centellas se escaparon de los ojos del Sr. Domingo.

—¡Vive el Cielo!—exclamó.—¿Habrá salido ese hombre de su encierro para morir?

—Idos á mi dormitorio, esperad allí...

—¡Si nos descubren, nos defenderemos, no

para triunfar porque sería imposible, sino porque preferimos lo muerte á una prisión como la que ha sufrido el Sr. Alfonso!

—¡En Dios confío!

Al dormitorio se fué Cabral. Pietro quedó inmóvil como una estatua: casi no podía respirar. La situación no podía ser más crítica.

CAPÍTULO XX

Lo que significaba el ruido.

Para dar á conocer la causa del movimiento y voces que en tan gran cuidado pusieron á Pietro, es preciso que salgamos de la fortaleza y retrocedamos media hora, pues este tiempo hacía que en la ciudad había entrado el segundo correo enviado por el ministro con las órdenes terminantes de Su Majestad. En nombre del Rey había vencido todos los obstáculos, y llegó á la morada del Virrey. Éste dormía; pero el correo dijo tales cosas sobre la importancia y la urgencia de la orden de que era portador, que al fin se decidieron á despertar al gran personaje que tanto representaba. De muy mal humor dejó el lecho el Virrey, preguntando qué era lo que sucedía para que tan bruscamente interrumpieran su sueño; pero á todas sus preguntas contestaban:

—Órdenes urgentes, urgentísimas, de Su Majestad; y de tal importancia, según dice el correo, que podrían sobrevenir grandes trastornos si ahora mismo no las recibiese Vuestra Excelencia.

—No adivino lo que puede ser; pero cuando así el mensajero lo asegura, debe de ser verdad.

Y casi á medio vestir, el Virrey mandó que el correo se le presentase, preguntándole:

—¿Qué traéis con tanta prisa?

—Un pliego, señor; y si no he querido esperar hasta que amanezca, ha sido porque me dieron órdenes terminantes para que á cualquiera hora y sin miramiento alguno que presentase á Vuestra Excelencia.

—Dadme el pliego, y saldremos de dudas.

Obedeció el correo. El Virrey empezó á leer con curiosidad, y luego con asombro. Al fin arrugó el entrecejo, y sin poder dominarse, exclamó:

—¡Por Dios vivo!—y se puso en pie, y agitó una campanilla.

Mandó que diesen al mensajero habitación y lo que necesitara, y que los oficiales de su guardia acudiesen con una escolta para seguirle. Toda la servidumbre del Palacio se puso en movimiento. Corrían todos para obedecer con prontitud.

El Virrey pudo llamar al alcaide del castillo del Ovo para darle las instrucciones convenientes; pero quiso él mismo convencerse de que el preso estaba bien guardado, examinando también las condiciones del calabozo, y adoptando allí las precauciones que le pareciesen más acertadas, ya que se trataba de un reo de Estado. No quiso el Virrey esperar á que amaneciera, pues bien sabía que en negocios de esta naturaleza puede decidir una circunstancia insignificante ó un minuto de más ó de menos.

La primera orden había caído en poder de los dos hidalgos que intentaban salvar al preso, y, por consiguiente, habían tenido tiempo para llegar á Nápoles antes que la segunda orden. Esto era muy grave.

Repitió sus órdenes. El Virrey amenazó terriblemente al que no las cumpliera, y al fin salió de su Palacio con mucho acompañamiento y seis antorchas llevadas por otros tantos pajes. Esto hubiera llamado mucho la atención; pero los habitantes de la ciudad dormían profundamente, y nadie se fijó en el suceso. Llegaron al castillo. Ni aun para el Virrey era fácil entrar sin cumplir muchas formalidades, y de esto resultó que tuvieran que despertar al alcaide y ponerse en movimiento otros muchos empleados y oficiales. Aunque el alcaide era un personaje, fué hasta la puerta para recibir al Virrey, y después de cruzar algunas palabras de pura cortesía preguntó:

—¿Acaso alguna sublevación nos amenaza?

—No—le respondió el Virrey;—pero tenemos otra cosa peor.

—¿Peor aún?

—Y mucho, por más que os admire.

—Si queréis venir á mi aposento, me consideraré muy honrado.

—¡Vamos!

Cuando sin testigos pudieron hablar, el alcaide dijo:

—¡En gran cuidado me ponéis!

—Y yo no me tranquilizaré tampoco hasta convencerme de que no ha caído sobre nosotros uua desgracia inmensa.

—¿Una desgracia?

—Y la peor parte sería para vos, porque vuestra exclusivamente es la responsabilidad en el asunto de que se trata.

—No adivino...

—El sueño me han interrumpido, el lecho he dejado, de Palacio he salido, y aquí me tenéis; lo cual os prueba que de mucha gravedad debe de ser el asunto.

—Indudablemente.

—Todas las cosas, todos los peligros pierden la importancia con el tiempo, porque el tiempo todo lo desgasta, y en eso consiste que muchas veces descuidemos el cumplimiento de nuestro deber.

—Por mi parte...

—Vuestro celo nadie lo ha puesto en duda, ni tampoco vuestra lealtad; pero todo fatiga, y en fuerza de hacer uno y otro día, uno y otro año la misma cosa, dejamos de ser muy escrupulosos, sin pensar que lo que no sucede en un año ó en un siglo puede suceder en un instante.

—Todo eso es verdad; pero...

—Decidme cómo se encuentra el preso número...

El entrecejo arrugó el alcaide y fijó una mirada profunda en el Virrey.

—El carcelero está obligado á participarme cualquiera novedad. Sin embargo, yo voy al calabozo alguna vez, y otras pregunto.

—¿Y no sucede nada de particular?

—Que desde hace dos meses menguan con mucha rapidez las fuerzas de ese desdichado, y hace ocho días, según su guardián me dijo, se encuentra en un estado de debilidad que pone en peligro su existencia.

—¡Ganaría mucho con morirse!

—Y nosotros también, porque nos quitaríamos ese cuidado.

—¿Nada más?

—Nada.

—Pues hay quien intenta sacarle de su calabozo.

—¡Bah!—murmuró el alcaide.

—No lo teméis?

—¡Estoy tranquilo!

—Si os parece imposible...

—Sí, porque sería menester una traición, y ésta es imposible en Pietro.

—La necesidad aguza el ingenio tanto...

—Por agudo que el ingenio esté, no basta para horadar los muros del calabozo número....; y aun horadándolos, resultaría que nada se habría conseguido.

—Veo que al asunto no le dais mucha importancia.

—Se la doy al preso, por sus circunstancias especiales; pero á eso de la evasión...

—Ved la orden que he recibido; y tened en cuenta que es la segunda, porque de la primera se apoderaron los que en favor del preso trabajan.

El Virrey dió el papel al Alcaide, que le leyó y dijo:

—Sí, el caso es muy serio; pero, afortunadamente, nada han conseguido esos hombres con apoderarse de la primera orden.

—En Nápoles deben de estar.

—Y trabajando; no lo dudo.

—Entonces...

—Pero como aún no han conseguido lo que desean, estamos á tiempo de evitarlo.

—Si tenéis la seguridad de que aún se encuentra en su calabozo el preso...

—Puedo asegurar que en su calabozo se encontraba esta tarde, puesto que ningún aviso me ha dado Pietro.

—¿Y si después ha desaparecido?

—Eso no puede suceder tan de repente.

—Eso lo veremos.

—Iremos al calabozo, ó á Pietro llamaré.

—Llamadle; sin perjuicio de ir nosotros para adoptar sobre el terreno algunas medidas.

El Alcaide mandó, y llamó que fuesen inmediatamente en busca del anciano, haciéndole levantarse si acostado estaba.

Esta orden se cumplió, y Pietro oyó que á la puerta de su aposento llamaban.

—¿Quién es?—preguntó haciendo grandes esfuerzos para dominarse.

—¡Abrid, de orden del señor Alcaide!

—¿Pues qué ocurre?—preguntó el anciano dando vuelta á la llave y abriendo.

—No lo sé; pero sí que no hay quien duer-

ma en el castillo, porque el señor Virrey acaba de llegar.

—¡El Virrey!—exclamó Pietro.

Y su palidez se hizo más densa.

—¡Venid!

—¡Vamos, vamos!

No era cosa extraña que la sorpresa se pintase en el semblante de Pietro, ni tampoco que agitado estuviera en presencia del Virrey. El Alcaide le guardaba muchas consideraciones por su edad y sus buenos servicios, y apenas le vió le dijo dulcemente:

—Acercaos, buen Pietro, y sacadnos de dudas, porque en gran cuidado nos ponen ciertas sospechas.

—Señor...

—¿Y el preso número...?

—Ahora precisamente acabo de levantarme para ir á revisar la puerta de su calabozo, como hago todas las noches en cumplimiento de mi deber, y á pesar de que no hay ninguna señal que pueda infundir sospechas ó temores.

—Siempre habéis sido muy exacto.

—Y, Dios mediante, así moriré, porque como no tengo otra cosa que la tranquilidad de mi conciencia, no quiero perderla en los últimos años de mi vida.

—¿Cómo se encontraba el preso esta tarde?

—Desde ayer está malo, muy malo, y hoy no se ha levantado ni ha querido tomar alimento.

—¡Infeliz!

—Si así continúa mañana, siquiera por caridad...

—Sí, le verá el médico.

—Aunque será inútil, porque está consumido: ya no tiene vida, y me parece que será inútil cuanto se haga. Le hablé, y apenas me respondió; le pregunté si algo quería, y me respondió que quería morirse para descansar. Yo de buena gana y por compasión hubiera permanecido á su lado; pero me está prohibido, y mi deber es antes que todo.

—¡Muy bien!

—Al calabozo iba; pero...

—Sí, hacedlo, y volved en seguida si otra cosa no dispone Su Excelencia.

—Que vaya al calabozo—dijo el Virrey.

Había llegado el momento de que el anciano representase la farsa; y la verdad es que para fingir no había nacido. Al calabozo fué, y por si le espiaban, porque todo lo temía en aquellos momentos, acercóse al lecho, se inclinó y dijo en voz bastante alta:

—¿Cómo os encontráis?

Luego murmuró:

—Duerme, y el sueño es pesado.

Puso sobre el cadáver la diestra, moviéndole rudamente y gritando:

—¡Despertad!

Pero en seguida retrocedió, y con tono de terror y de sorpresa exclamó:

—¡Muerto!... ¡Está muerto!... ¡Dios mío!

Y salió del calabozo, cerró, corrió, y llegó jadeante á presencia de sus superiores.

—¿Qué sucede?—le preguntó el Virrey.

—¡Misericordia divina!...

—¡Viéndolo estáis: ha desaparecido ese hombre, y vuestra responsabilidad, señor Alcaide!..

—¿Que ha desaparecido?...

—¡Está muerto, señor, muerto!

Respiró el Alcaide como si de un peso enorme se sintiera libre, y también el Virrey se tranquilizó. La muerte de aquel desdichado no les importaba.

—Más ó menos tarde—dijo el Virrey,—eso había de suceder.

—Y me parece—respondió el Alcaide—que no debemos considerarlo una desgracia.

—Para todos es un beneficio.

—Vivir como vivía era peor que morir.

—¿Y estáis seguro de que ha muerto?

—No hay duda, señor.

—Pudiera ser un desmayo.

—Yo digo lo que me parece, y al médico le toca declarar.

—Ciertamente.

—Dejé al preso acostado, y acostado le encuentro; le llamo, y no me contesta; le pongo una mano encima, y le encuentro helado y tieso; le miro, y le veo desfigurado. No sé más.

—Si os parece, iremos al calabozo—dijo el Alcaide al Virrey.

Éste hizo un gesto de disgusto.

—Eso de ver un cadáver—murmuró—es tan repugnante...

—Atendiendo á la importancia del reo...

—Para mí basta la declaración del médico, y la vuestra de haberse dado sepultura al cadáver.

—Sin embargo...

—Que el Médico venga, y entonces iré al calabozo para presenciar el reconocimiento y escuchar la declaración.

Volvió á dar órdenes el Alcaide, y media hora después el Médico se presentaba. Fueron al calabozo.

—¡Reconoced ese cuerpo—dijo el Virrey!

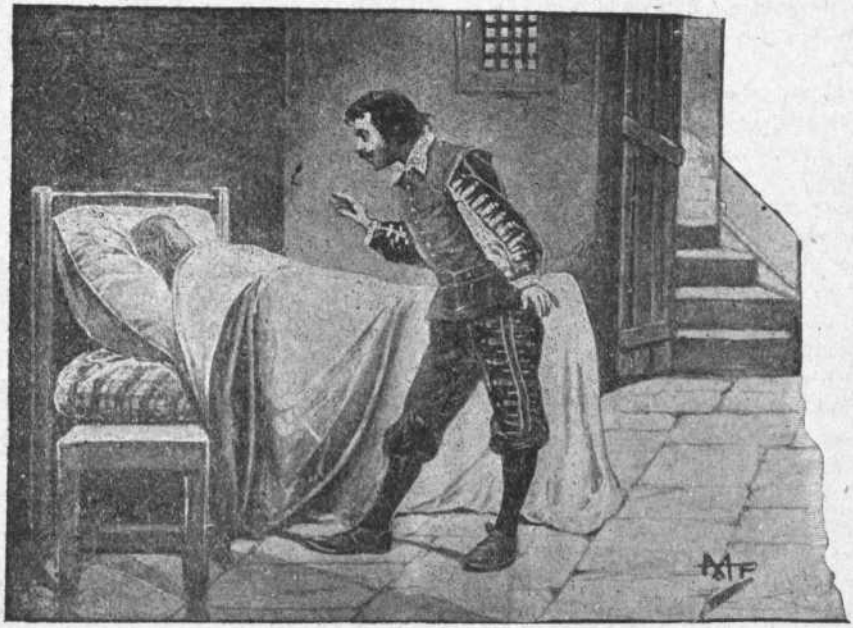
Obedeció el Médico y bien pronto dijo:

—Muerto desde hace algunas horas, y después de una larga temporada de gran debilidad.

—¡Hemos concluído! Que se cumplan todas las formalidades y olvidemos este asunto.

Salió del calabozo en compañía del Alcaide. El Médico y Pietro salieron también, dejando la puerta abierta.

El Virrey, de mal humor porque le habían interrumpido el sueño, aunque completamente tranquilo, volvió á su palacio. Desde aquel momento nada sucedió de particular. El Alcaide dió las órdenes para que enterraran al preso. Y mientras todo esto sucedía empezaron á disiparse las tinieblas y desplegó su



Pero en seguida retrocedió...

—Pues me parece que no hay que hacer más que darle sepultura.

—Nada más.

El Virrey se habia quedado junto á la puerta, y apenas miró el cadáver. El Alcaide se acercó al lecho; pero en seguida, y también con disgusto, volvió la cabeza á otro lado. No era posible que advirtiese el cambio, puesto que meses se le pasaban sin ver al preso y apenas le conocía. Pietro temblaba. Temía que una circunstancia cualquiera pusiese en descubierto la farsa. Por fin dijo el Virrey:

sonrisa la aurora. También sufría mucho Paolo, porque ignoraba lo que había sucedido en el interior de la fortaleza, y Gil estaba de muy mal humor.

Como de aquellos alrededores no se separaron, y vieron llegar al Virrey y que en el castillo entró,

—¡Fuego de Satanás!—exclamó Gil.

—¡Dios mío!—murmuró Paolo.

Esperaron con ansiedad inconcebible. Vieron que después dos soldados salían y corrían, y que volvieron con otra persona.

—¿Qué puede haber sucedido?—se preguntaba Gil.

—¡No lo entiendo!—decía Paolo.—¡El Virrey en el castillo! ¿Se ha descubierto el plan? ¿Nos han observado esta noche?

Ambos se paseaban agitadamente, sin perder de vista los sombríos muros de la fortaleza. Brillaron otra vez las antorchas, y vieron al Virrey que salió y se alejó con su lucido acompañamiento. ¡Con cuánto afán deseaban que amaneciese!

—¡Gracias á Dios!—exclamó Paolo cuando empezó á brillar la aurora.

—Pronto saldremos de dudas—dijo Gil.

En el interior del castillo resonaron las trompetas. No debían salir de dudas tan pronto como creían, porque Pietro consultó con el Sr. Domingo, y ambos creyeron conveniente esperar á que fuese más tarde para empezar á salir.

—Nadie debe de haber entrado todavía en el castillo—dijo el carcelero,—y, por consiguiente, podría llamar la atención que alguien saliera.

—Lo siento, porque deben de sufrir mucho con la duda mi compañero y vuestro hijo.

—Paciencia deben tener; y aun así, hemos de dar muchas gracias á Dios, pues bien habéis visto que, si una hora nos retrasamos, hubiera sido imposible que de su calabozo saliera el Sr. Alfonso.

Dieron al Sr. Diego la noticia de lo que acababa de suceder. Su padre dormía tranquilamente, y así se le evitó el susto que tanto hizo sufrir á los demás. Ya eran las nueve de la mañana cuando despertó el anciano. Abrazó á su hijo, suplicó que le dejasen contemplar otra vez el cielo y aspirar el aire libre, tomó algún alimento, y preguntó cuándo podría salir de aquellos muros, que aún le infundían espanto.

—¿Quién debe salir primero?—preguntó el Sr. Domingo.

—Me parece que vos—le respondió Pietro.

—Sí; y veré á vuestro hijo y le tranquilizaré.

—En su compañía conviene que salga el señor Alfonso, pues como á mi hijo conocen todos aquí, nadie fijará en él la atención.

—¡Bien pensado!

—Pues no os detengáis.

—Sr. Prieto, no sé si volveremos á vernos, porque las circunstancias nos obligan á salir de Nápoles inmediatamente.

—Debéis hacerlo así.

—Nuestra gratitud...

—Señor hidalgo, no me habléis de gratitud ni de recompensas—interrumpió el anciano,—porque si alguna recompensa aceptase yo, mi conciencia no estaría tranquila. No he querido favorecer á nadie, sino que me ha parecido que un deber cumplía, y, por consiguiente, nada puedo aceptar.

—Vuestro hijo...

—Hará lo que bien le parezca; pero seguro estoy de que seguirá mi ejemplo.

—Sois el hombre más honrado que he conocido.

—Honrado quiero morir.

—¡Vuestra mano, Sr. Pietro!

—Tomadla y... que Dios os proteja.

—Ya sabéis que en cualquier apuro podéis contar con la mayor influencia que hay en la corte.

—No la necesito, porque nada ambiciono.

Despidiéronse; salió el mozo en busca de Paolo y Gil, y apenas los vió les dijo:

—¡Hemos triunfado!

—¡Ah!

—El Sr. Alfonso está libre y con vos, señor Paolo, saldrá después del castillo.

—¿Y mi padre?

—Tranquilo y contento, porque ha podido hacer un beneficio y favorecer la justicia.

—¿Por qué ha venido el Virrey?

—Según entiendo, ha recibido una orden de Madrid, y ha querido tomar precauciones para que el preso esté bien guardado; pero llegó tarde por algunos minutos, no más que por algunos minutos, y se ha encontrado con un cadáver. ¡Sabe Dios las angustias que hemos pasado! Pero no me importa; todo se ha pasado ya y estamos salvos.

Siguieron hablando por espacio de una hora. Paolo entró en la fortaleza y pudo abrazar á su padre. Dirigió cariñosas palabras al Sr. Alfonso y le recomendó la calma en los momentos de salir. Esforzóse el anciano y prometió no vacilar. Llegó el momento crítico, y salieron el Sr. Alfonso y Paolo, sin que los centinelas los miraran siquiera

La luz del Sol lastimaba los ojos del anciano,

que se sintió aturdido como nunca; empezaron á disminuir sus fuerzas, y tuvo que apoyarse en un brazo de Paolo. Dos horas después salió el Sr. Diego sin ninguna dificultad. Ya nada tenían que temer, como no cometiesen alguna imprudencia. Conferenciaron brevemente, y determinaron ir á la hostería, arreglar su viaje y partir, y si algún inconveniente encontraban para hacerlo así en seguida, se trasladarían á la casa que fué encierro de Paolo. Éste se volvió al castillo, porque tenía necesidad de estar al lado de su padre tranquilamente.

CAPÍTULO XXI

Otro peligro.

Después de haber pasado la noche sin dormir, asaltados por temores espantosos, en constante y profunda agitación y sufriendo lo que apenas se concibe, necesitaban aquellos hombres descansar y recuperar las fuerzas. No podían entregarse al reposo, porque esto hubiera sido la más peligrosa de las imprudencias en su situación; pero siquiera les convenía tomar algún alimento. Además, necesitaban hablar detenidamente, reflexionar y trazar un plan de conducta, lo cual no habían podido hacer hasta entonces. Dispusieron, pues, que les sirviesen la comida, y así lo hizo el hostelero mientras decía para sí:

—La conducta de estos hombres no puede ser más misteriosa. No se sabe para qué han venido ni en qué se ocupan; permanecen algunos días en su habitación, y en cambio pasan la noche fuera; se presenta ese otro á buscarlos, y se queda con ellos; vuelven á desaparecer; otra persona se les reúne; se van; se presenta luego ese anciano, en cuyo semblante hay algo que llama la atención, y los otros están pálidos y ojerosos, como muy fatigados y preocupados. El viejo da el nombre de hijo al Sr. Diego de Paredes, y se hablan de una manera particular. ¿Están metidos en algún mal negocio? Lo sentiría muchísimo, porque pueden comprometerme, y, sobre todo, lo misterioso me desagrada y me infunde miedo. Por consiguiente, me convendría poner en claro la verdad para tranquilizarme y quedar á cubierto de una desdicha.

Así discurrió por largo rato el hostelero, y después de mil reflexiones y cálculos se convenció de que nada perdería por hacer observaciones y averiguaciones en cuanto le fuera posible. Esto no presentaba para él ninguna dificultad, pues le bastaba colocarse junto á la puerta y escuchar lo que hablaban los otros. No desconfiaban nuestros amigos, y empezaron á examinar su situación, si bien no hablaron de lo que ellos mismos sabían, ni dijeron más sino que les convenía salir inmediatamente de Nápoles. Como quizás no les sería posible emprender el viaje tan pronto como deseaban, determinaron instalarse en la casita que había servido de encierro á Paolo, pues allí se consideraban más seguros. Cometieron la imprudencia de decir el nombre de la calle, y por casualidad no nombraron á Pietro ni á su hijo, ni tampoco hicieron más que alguna indicación muy ligera y muy obscura sobre la larga prisión del anciano. Escuchó el hostelero con ansiedad. Ya no le quedó duda de que aquellos hombres estaban perseguidos por la justicia, si bien no pudo adivinar el motivo.

—¡Bien, muy bien!—dijo para sí el huésped. El negocio está claro; pero bien se ve que puedo encontrarme comprometido, pues no es difícil que de un momento á otro se meta la justicia en mi casa y me arruine. Afortunadamente, pensáis trasladaros á esa otra vivienda que habéis buscado sin que yo sepa con qué fin. Si así lo hacéis, os dejaré en paz, porque no me gusta hacer mal á nadie; pero si determinaseis quedaros hasta poder arreglar vuestro viaje, la cuestión variaría, porque me sería preciso hacer algo para evitar mi ruina.

No tenía el hostelero malas intenciones, y lo que únicamente deseaba era no pagar culpas ajenas. Siguió cavilando para adivinar muchas frases que habían pronunciado los otros, y cuyo significado no entendía; pero nada consiguió. Terminaron la comida nuestros amigos. El Sr. Alfonso apenas tomaba parte en la conversación como no fuese para decir que deseaba salir de Nápoles inmediatamente. Llamaron al hostelero, y le hicieron algunas preguntas sobre la facilidad de emprender aquel

mismo día un viaje. Esto era en aquel tiempo una grave cuestión. El hostelero no pudo ó no quiso darles las noticias que deseaban, y entonces ellos convenciéronse de que necesitaban más tiempo que las pocas horas que quedaban de aquel día, y que, por consiguiente, debían trasladarse á la casita. De acuerdo sobre este punto, y con ánimo de seguir trabajando ayudados por Paolo, participaron al huésped la resolución de cambiar de domicilio, arreglaron sus cuentas y le pagaron muy largamente. Les dió el hostelero las gracias, se les ofreció para servirles cuando le necesitasen, y los despidió muy cortésmente.

Salieron los cuatro de la hostería. Aún continuaba aturdido el Sr. Alfons », y miraba á su alrededor como hubiera podido hacerlo un habitante de región muy lejana y que ni siquiera tuviese idea de lo que era Europa. Recorrieron gran parte de la población, llegaron á la casa, y salieron luego el Sr. Domingo y Gil para buscar á Paolo y arreglar cuanto necesitaban para emprender el viaje á la mañana siguiente, ya que aquella tarde era imposible. Á pesar de toda su previsión, que era mucha, no pensaron que el Virrey, para cumplir su deber con escrupulosidad, había de preocuparse con toda su atención de los dos hidalgos, y muy particularmente del Sr. Diego de Paredes. ¿Qué importaba que hubiese muerto el Sr. Alfonso? Su hijo y Cabral conocían el secreto, y, por consiguiente, eran peligrosos. Además, el Rey mandaba prenderlos y encerrarlos sigilosamente hasta nueva determinación, y esta orden era preciso cumplirla.

En esto no pensaron, repetimos; pero el Virrey sí pensó, y después que hubo amanecido dió las órdenes más terminantes para que se buscase á los dos hidalgos, recorriendo todas las hosterías y posadas y haciendo cuantas averiguaciones fueran posibles. Amenazó terriblemente para el caso de que por torpeza ó descuido no se encontrara á los que calificaba de delincuentes. Pusiéronse en movimiento todos los agentes de la autoridad. La empresa no era muy fácil, y temían una derrota si los hidalgos habían tenido la precaución de cambiar de nombre. Ya sabemos que no lo habían hecho así. Sin embargo, los agentes trabajaron sin fruto durante muchas horas. Cuando el Sol acababa de ocultarse no les quedaba por registrar más que una hostería: la en que habían estado nuestros amigos. Allí llegaron cuando las tinieblas empezaban á extenderse. Eran seis. Uno de ellos hacía de jefe de los demás, y era activo, celoso y audaz en demasía. Había prestado buenos servicios, se le tenía prometida una recompensa y esperaba que se la dieran si conseguía apoderarse de los hidalgos. Su primera determinación al llegar á la hostería fué que su gente quedase á la puerta con orden de no permitir que nadie saliera y dejar que entrase todo el mundo. Al ver esto el hostelero empezó á temblar y preguntó:

—¿Por qué con tanto aparato llegáis á mi casa?

—Ahora lo sabréis. Venid, y escuchadme donde nadie nos oiga ni nos interrumpa, porque es muy grave el negocio de que hemos de tratar.

—¡Vamos!

Fueron á la habitación del huésped. La intranquilidad de éste se revelaba en su semblante. Conocía bien la justicia de aquel tiempo, y sabía que no era difícil que le hicieran responsable de ajenos delitos sin más razón que la de haber estado en su hostería los delincuentes.

—Escucho, y espero vuestras órdenes—dijo con respetuoso tono.

—Os advertiré que he de hablar en nombre del Rey nuestro señor, cuya autoridad represento ahora.

—No lo he olvidado.

—Decid los nombres de cuantas personas habitan en esta casa; y tened entendido que si de una sola os olvidáis, dormiréis en un calabozo.

—No sufriré semejante desgracia, porque soy un vasallo fiel, y porque nunca he mentido.

—Vuestros antecedentes son honrosos; pero no es bastante.

El huésped nombró una por una á cuantas personas había en su casa, sin olvidar los individuos de su familia y á los criados.

—¡Las señas de todos ellos¡—dijo el agente de la autoridad.

Obedeció el hostelero.

—¿Estáis seguro de no haberos equivocado?

—Segurísimo.

—Pues me parece que sí.

—¡Os juro!...

—Los juramentos son inútiles en esta ocasión.

—Presentaré testigos, y además, á vuestra disposición está mi casa: podéis registrar hasta el último rincón.

—Abrigo la esperanza de que me evitaréis semejante molestia.

—Yo quedaría más satisfecho, y mi honradez, más probada.

—Es imposible que en vuestra casa no se encuentren dos hidalgos españoles que hace poco tiempo llegaron á Nápoles.

—¡Dos hidalgos! — exclamó el hostelero, cuya palidez se hizo más densa.

—Los conocéis, no podéis negarlo.

—Á dos hidalgos españoles conozco, que algunos días han estado en mi casa; pero se fueron hace algunas horas y no volverán, puesto que arreglaron sus cuentas y se despidieron para siempre.

—¡Sus nombres!

—El de más edad decía que se llamaba Diego de Paredes, y el otro, Domingo Cabral.

El agente desplegó una sonrisa de inmensa satisfacción; pero un momento después hizo un gesto de disgusto, y dijo:

—¿Adónde han ido esos hombres? Vos debéis saberlo.

—Me dijeron que querían salir inmediatamente de Nápoles; pero yo no quise proporcionarles los medios, porque desde hace dos días me pareció su conducta un poco misteriosa.

—¿En qué os fundabais?

—Cuatro días hace, á la hora de cenar llegó otro español preguntando por los hidalgos, y con ellos se quedó. Esto nada tenía de particular; pero después han pasado dos noches fuera de casa, han venido alguna vez durante el día, los tres ó uno, en compañía de otro que no parece español, y hoy se han presentado todos ellos con un anciano que parecía enfermo, han comido y se han despedido.

—¿Y por qué de todas esas observaciones no habéis dado parte á la autoridad?

—Me pareció que era más conveniente emplear el tiempo en hacer averiguaciones de interés, y el resultado ha correspondido á mis esperanzas. Si son delincuentes esos hombres, no lo sé; pero sé que mientras comían hablaron de la necesidad de salir cuanto antes de la población, y mostraron temores de que la justicia los buscase. No sé con qué fin tenían alquilada otra casa, donde han determinado instalarse hasta que les sea posible emprender el viaje. Cometieron la imprudencia de decir dónde la casita se encontraba, y, por consiguiente, allí os será muy fácil apoderaros de ellos.

—¿No habéis podido comprender su situación?

—No.

—¿No sabéis qué clase de lazos unen á esos hombres?

—Tampoco.

—¿Y el nombre del anciano?

—No lo han pronunciado.

—¡Cosa extraña!

—Cuando pude comprender que entre manos traían un mal negocio, se fueron, y ninguna determinación he podido adoptar. Mi lealtad no debe ponerse en duda, puesto que voluntariamente os doy todas estas noticias.

Reflexionó el agente; brillaron de alegría sus ojos, hizo otras preguntas de poca importancia, y dijo:

—Si habéis mentido, lo veremos muy pronto.

—Repito las palabras que han pronunciado esos hombres y...

—¡Está bien!

—Mandad, señor...

—No saldréis de vuestra casa hasta que yo vuelva para daros á conocer el resultado de este negocio.

—¡Que Dios os proteja!

No quiso molestarse el agente en registrar la hostería, y salió diciendo á los suyos:

—¡Me parece que por esta vez triunfaremos! ¡Sé dónde están!

—¡No es poco!

—Para vuestro gobierno os advertiré que se trata nada menos que de dos reos de Estado, y las vacilaciones serían consideradas como un crimen.

—¿Y por qué hemos de vacilar?

JOAQUIN DEL POZO
ARMBURU

—Porque vamos á prender á esos hombres, y como es posible que hagan resistencia...

—Ellos son dos, y nosotros seis.

—Tengo entendido que ya son tres, y algo más, porque un anciano está con ellos.

—De todas maneras...

—Necesitamos serenidad y valor.

—Me alegraría de que se dejasen prender, porque eso de andar á cuchilladas...

—¡Es muy desagradable!

Media hora después se detenían cerca de la casa. Propuso uno de los esbirros interrogar ante todo á los vecinos de las inmediatas, y aunque esto era casi inútil, así lo hicieron. El resultado fué el más satisfactorio, pues una vieja que era tan curiosa como habladora dijo que aquella casita había sido alquilada por unos jóvenes con apariencias de hidalgos, y á los que nadie conocía. Preguntaron también si por algún lado que no fuese la puerta podrían salir los que en el edificio se encontraban. La contestación fué negativa. Ya no tenían que hacer más que dar el golpe. Pensaron que aquellos hombres, que en intrigas misteriosas se habían metido, debían de ser muy valerosos, y, por consiguiente, no debían hacer con ellos lo que con cualquiera criminal.

—¿Entraremos todos? — preguntó uno de los agentes.

—Sí—respondió el jefe.

—¿Y no sería mejor que dos ó tres quedásemos á la puerta para cortarles la retirada?

—No, porque si resisten, lo harán desde luego, y nos conviene tener la ventaja del número.

—Sin embargo...

—¡Basta de observaciones! ¡Desenvainad los aceros, preparaos á todo y seguidme!

Para conocer la situación, entraremos en el pobre edificio. Cabral y Gil habían vuelto. Ya habían arreglado cuanto necesitaban para emprender su viaje al amanecer del día siguiente. De este asunto hablaban muy contentos, porque no abrigaban ningún temor. Debían dirigirse á Génova con cuanta prisa les permitiera la debilidad del anciano, embarcándose allí para un puerto de España, si encontraban proporción en seguida, y trazaban el plan de conducta que después les convenía seguir. La conversación fué interrumpida por algunos golpes dados en la puerta. Los cuatro quedaron inmóviles; sus rostros se contrajeron; no aguardaban á Paolo hasta el amanecer. Miráronse los unos á los otros como si se pidieran la explicación de aquel incidente desagradable.

—¡Oh!—murmuró sordamente Cabral poniéndose en pie.

—Quizás llamen por equivocación—dijo el Sr. Diego.

—Ó tal vez á Paolo le haya ocurrido alguna cosa—añadió Gil.

—¡No puede ser cosa buena!

—¡Dios misericordioso!—exclamó el anciano.

—¡Salgamos de dudas!

Volvieron á llamar.

—Nada perderemos por adoptar precauciones—dijo Cabral.

—¡Ciertamente!

—Vos, Gil, os meteréis en ese aposento y para todo estaréis preparado.

—¿Y vosotros?

—El Sr. Diego y yo nos ocultaremos allí, y el Sr. Alfonso preguntará, abrirá...

—¿Y qué hará si es la justicia?

—La recibirá respetuosamente, franqueará la entrada, dirá que todos nosotros nos encontramos en esa habitación y que pueden pasar adelante, cerrará la puerta cuando hayan entrado, quitará la llave y se ocultará detrás de nosotros.

—¡Entendido!

—Y luego...

Por tercera vez llamaron con muy recios golpes.

—¡Por el Infierno!

—¡Concluyamos!

Sombrías se tornaron todas las miradas. Gil desnudó el acero, entrando en la inmediata habitación. En una frontera metiéronse el señor Diego y Cabral. El Sr. Alfonso, mientras al Omnipotente suplicaba, se acercó á la puerta y preguntó:

—¿Quién es?

—¡Abrid!

—¿Quién sois?

—¡En nombre del Rey!

El anciano dió vuelta á la llave y abrió, diciendo:

—¡Perdonad; pero ignoraba!...

—¿Estáis solo?

—No.

—¿Quién os acompaña?

—Otras tres personas, que en aquel aposento se encuentran. Entrad, porque no está bien que en el umbral se detenga la justicia.

os seis agentes entraron.

—¿Á quién buscáis?—preguntó el Sr. Alfonso.

—Al Sr. Diego de Paredes, al Sr. Domingo Cabral y á otro español que con ellos se encuentra.

—Ésta es su casa. Sin embargo...

—¡Nos daréis más noticias cuando se os pregunte!

—¡Ahí los tenéis medio dormidos, porque acaban de cenar y han bebido quizás más de lo que debían; pero, de todas maneras, me parece que no os faltarán al respeto. Los despertaré, les diré que la justicia los busca...

—¡No, no!

—Entonces...

—¡Los despertaremos nosotros!

—Pensad que la sorpresa...

—¡Silencio, y apartad!

Alegráronse mucho los agentes de que dormidos y hasta embriagados se encontrasen los tres españoles, pues así sería imposible que hicieran resistencia, y desarmados, y aun sujetos se encontrarían cuando el sueño sacudiesen. Miraron al anciano, cuya debilidad no podía ocultarse, y, por consiguiente, no pensaron en cuidarse de él. El momento crítico y terrible había llegado. El Sr. Alfonso permaneció inmóvil junto á la puerta. Los seis agentes, empuñando las espadas, avanzaron. Paso entre paso iban, y recelosas eran sus miradas, á pesar de lo ventajoso de su situación. Tres de ellos estaban pálidos como difuntos. El señor Ifonso volvió á cerrar, dando vuelta á la llave y sacándola de la cerradura. Luego, como si no se diera cuenta de lo que hacía, alejóse de aquel sitio, fué hasta un rincón v se metió por una puertecilla que allí había. Al mismo tiempo llegaron á la otra puerta los agentes. Detuviéronse, y miraron.

—¡No hay luz!—dijo uno de ellos.

—¡Pues traed ésa!—respondió el jefe.

—Escucharemos antes.

Percibieron el ruido de una respiración violenta. Un momento después sonó un ronquido.

—¡No ha mentido el viejo!

—¡Me tranquilizo!

—¿Y qué esperamos?

—Como no tenemos prisa...

—En cambio, tenéis miedo—replicó el jefe.

—Por mi parte...

—¡Vive Dios! ¡Traed esa luz, y concluyamos!

Uno de los agentes dió media vuelta para retroceder y tomar la luz que había sobre la mesa en el centro de la habitación; pero al mismo tiempo... No es fácil describir la escena que ocurrió entonces; pero como estamos obligados á describirla, lo haremos en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO XXII

Sangre.

Lo mismo los dos hidalgos que Gil estaban dispuestos á todo para evitar desgracias, pues no querían comprar su triunfo ni su dicha á costa de la desdicha de otros; pero si las circunstancias los colocaban contra su voluntad en ciertas situaciones, no habían de hacer el sacrificio de su existencia, para que se salvara la de sus adversarios, porque esto no hubiera sido generosidad, sino estupidez. Encontrábanse en una alternativa bien horrible; la de matar ó morir, y el más noble y generoso hubiera matado para defender su vida, ya porque es un deber la defensa, ya porque á ello nos impulsa el instinto de conservación, que tiene más fuerza que el juicio. ¿Podían salvarse sin acabar con la vida de los agentes de la autoridad? No. ¿Habían de entregarse como mansos corderos y para que volviera á su calabozo el infeliz anciano, y con ellos hiciesen lo mismo ó los entregaran al verdugo, fundándose en que conspiraban y habían invadido la fortaleza?

No les quedaba más medio que la defensa ni otra solución que matar ó morir; y como eran tres contra seis, debían aprovechar las ventajas que les ofreciera la situación. Gil era tan valeroso como astuto y apreciaba el valor de aquellos momentos: había escuchado, y, sin detenerse á reflexionar, decidió dar principio á la

lucha. El que primero descarga el golpe lleva una gran ventaja, y Gil no quiso ser el segundo. Oyó que el jefe mandaba llevar la luz; comprendió que uno de los agentes debía de retroceder en aquellos momentos para cumplir la orden, y favorecido por las tinieblas que le envolvían, el sirviente se acercó á la puerta, y sin articular una sílaba ni producir el más leve ruido, extendió el brazo derecho, y su espada fué á clavarse en uno de los agentes. El herido, sin darse cuenta de lo que sucedía y al sentir un frío glacial, exhaló un grito destemplado, angustioso, mortal, y retrocedió, atropellando á sus compañeros. El que por la luz iba revolvióse, gritó también, y los demás, aturdidos por la sorpresa, moviéronse de un lado para otro sin saber lo que hacían.

Todo esto sucedió en un instante. El herido cayó pesadamente, exhalando gemidos que expresaban los dolores de la agonía. Y antes de que pudieran desaturdirse, rehacerse, presentóse Gil blandiendo su acero y acuchillando, y al mismo tiempo y cuando instintivamente movían las espadas los esbirros, otras cayeron sobre ellos por distinto lado, pues el Sr. Diego y Cabral acababan de salir de su escondite y acometieron con tanta furia como prontitud. Nunca se ha visto lucha igual por sus circunstancias. Al primer lamento, que fué como una señal, sucedieron gritos de sorpresa, de pavor, de ira, de desesperación; resonaron amenazas terribles, juramentos y blasfemias. El chischás de las espadas se confundió con las voces, el ruido de las voces con el de los pasos y fué tal la confusión, que no puede concebirse.

—¡En nombre del Rey!—gritaban los esbirros.

—¡En nombre de Satanás! — exclamaba el Sr. Diego.

—¡Teneos!

—¡Entregaos!

—¡Favor á la justicia!

—¡La justicia está de nuestra parte!

—¡Villanos!

—¡Cobardes!

—¡Que me ampere Dios!—exclamó otro de los agentes, que, muerto ó mal herido, cayó en tierra.

No quedaban más que cuatro contra tres. Los primeros tenían la desventaja de que se habían apiñado y apenas podían moverse, mientras que los dos hidalgos y Gil acometían por lados distintos y muy desembarazadamente.

—¡La compuerta!—exclamó el Sr. Domingo. —¡Abrid la compuerta, Sr. Alfonso!

El anciano acudió, y bien pronto la entrada del subterráneo quedó expedita.

—¡Entregaos, ó moriréis!—dijo el Sr. Diego.

—¡Entregaos!—gritó furiosamente el jefe de los esbirros.

—¡Nada habéis de conseguir!

—¡Gente nos espera que acudirá inmediatamente en nuestro socorro!

—¡Antes que puedan entrar, no quedará con vida ninguno de vosotros!

—¡Lo veremos!

Algo se ordenaron y rehicieron los agentes. Los dos que estaban en tierra eran de los más cobardes, y, por consiguiente, poco se había perdido al perder su ayuda. El combate siguió. Para los hidalgos ofrecía el peligro de que las voces y el ruido de las espadas llamase la atención de la vecindad. El anciano se había colocado junto á la puerta, apoyándose en la pared, porque apenas podía sostenerse. Con ansiedad angustiosa miraba á su hijo, y temblaba convulsivamente. ¿Habría salido por fin de su calabozo para verle morir? Mucho había sufrido el desdichado padre; pero nunca tanto como entonces, viendo á su hijo con el rostro violentamente contraído y cubierto de nerviosa palidez, brillantes los ojos y moviendo incesantemente el brazo derecho; su acero relumbraba asestando golpes certeros. Era, indudablemente, un adversario muy temible. El señor Domingo, aunque más joven, parecía más sereno. Hay que tener en cuenta que no defendía la vida de su padre, y, por consiguiente, no podía sentir lo que su amigo sentía. Gil se parecía á los demás. Sus labios se entreabrían para sonreir burlonamente. No blasfemaba, ni votaba, ni amenazaba.

—¡Por quién soy!—decía.—¡Este lance me divierte; y si muchos hemos de tener lo mismo, no nos aburriremos!

La desesperación se pintaba en el semblante del jefe de los esbirros. Empezaba á tener una derrota, y queriendo evitarla por cualquier



Consiguió que su espada penetrase en el pecho del efe-

medio, aunque le sobraba valor, gritaba sin cesar pidiendo socorro.

—¡Tripas de Lucifer!—exclamó el Sr. Diego con reconcentrada voz.—¡Cien mil legiones de condenados! ¿Por qué movéis tanto la lengua? ¡Más debéis tener de mujer que de hombre! ¡Rayos y truenos! ¡Dejaré de ser quien soy, ó callaréis muy pronto!

Y acometiendo con ímpetu mayor y redoblando los golpes, consiguió que su espada penetrase en el pecho del jefe. Al mismo tiempo Cabral desarmaba á uno de los esbirros, y un momento después otro era herido, aunque levemente, por Gil. Quedaba ileso el más cobarde. La lucha podía darse por terminada.

—¡Basta de sangre!—gritó el Sr. Domingo.

—¡No ha de quedar uno con vida!—dijo el Sr. Diego.

—¡Con ellos á la cueva!

—¡Sí, los encerraremos!—repuso Gil.

Y en vez de estocadas y cuchilladas, dieron cintarazos.

—¡Nos entregamos!—decían los agentes.

—¡Á la cueva, por ahí!

—¡Bajad!

—¡Fuego del Infierno!

Y como ni para obedecer les daban tiempo, atropelladamente y sin mirar dónde los pies ponían, los tres agentes desdichados quisieron bajar á la vez la empinada y resbaladiza escalera. Tenían también el inconveniente de que no había luz por allí, y sucedió lo que debía suceder; que tropezaron, resbalaron, cayeron y rodaron, exhalando gritos desgarradores. El Sr. Domingo dejó caer la compuerta, y la aseguró con el cerrojo. Tan repentina como había sido la confusión fué la quietud: al ruido sucedió un silencio absoluto. No sabemos por qué, dejaron de gritar los que en la cueva estaban. Los heridos, ó habían muerto ó perdido el conocimiento, pues ni siquiera se movían.

—¡Tranquilizaos, padre mío!—dijo el señor Diego.

—¡Ah!—murmuró el Sr. Alfonso.—¡Cuánta sangre, cuántos horrores!

—Pero os habéis salvado.

Y quedaron silenciosos é inmóviles, porque necesitaban descansar y reponerse. La calma no duró más que algunos minutos.

—Me parece—dijo Cabral,—que aún no podemos cantar victoria.

—Quizás nos queda lo más difícil—respondió Gil.

—¡Oh!

—Este tiempo es precioso.

—¿Qué hemos de hacer?

—Debe de haberse producido la alarma en la vecindad.

—Quizás muy pronto habremos de sostener otra lucha.

—¿Debemos salir?

—¡Vive el Cielo! ¡Las vacilaciones nos perderán!

—Sr. Domingo, disponed, que nosotros estamos decididos á todo.

—¡La llave de la puerta!

—¡Aquí está!—dijo el anciano.

—¡Silencio, y esperad!

El Sr. Domingo tomó la llave, se acercó á la puerta, y la entreabrió sin producir el más leve ruido; miró á la calle, vió algunos bultos y oyó voces: indudablemente, algunos transeuntes ó vecinos habíanse dado cuenta del ruidoso suceso y hacían comentarios. Quizás ninguno se atrevía á llegar hasta la puerta de la casa; pero era lo más probable que fuesen á dar noticia á la autoridad. Tan arriesgado era quedarse como salir.

—¡Dudo!—dijo Cabral, separándose de la puerta.

—Pues mientras dudáis...

—El peligro se hace mayor; ya lo sé.

—¡Determinad á vida ó muerte!

—Muchos curiosos hay en la calle.

—¡Vive Dios!...

—Y es de temer que tras los curiosos acudan más agentes de la autoridad: en ese caso, nuestra perdición sería cierta.

—¿Y aquí hemos de permanecer sin hacer nada para defendernos?

—¿Y adónde hemos de ir?

—¡Perdonad!—dijo Gil.

Y á la puerta se acercó, entreabriéndola y mirando también.

—¡Apurado es el lance!—dijo luego.

—¡Pues si hemos de morir—replicó Paredes, —cuanto más pronto, mejor!

—¡Que Dios nos proteja!—exclamó el señor Domingo.

Relumbraron sus negros ojos.

—¿Habéis determinado?—le preguntó el señor Diego.

—Saldremos en seguida.

—No me opongo.

—Tomaremos calle abajo, y de repente y cuando nos encontremos donde más curiosos haya, Gil y yo emprenderemos con todos á cintarazos, y vos seguiréis con vuestro padre, desapareciendo entre la confusión.

—¡Entendido!

—Cuando nos parezca que lejos estáis y que ya ningún peligro corréis, nos arreglaremos lo mejor que nos sea posible, y, juntos ó separados, desapaceremos también.

—¿Y dónde nos reuniremos?

—Lejos de aquí.

—Pero el sitio...

—Una posada cualquiera ó una hostería.

—Todas la registrarán cuando conozcan el suceso, y antes de que amanezca nos veremos otra vez muy comprometidos.

—¡Otra idea me ocurre! Busquemos refugio en la mísera vivienda de la bruja que nos vendió el cadáver.

—Bien pensado, porque esa mujer...

—Todo lo hará si lo pagamos. Además, el Sr. Alfonso puede reposar allí, mientras que nosotros en el último apuro pasaríamos la noche vagando por la población.

—Pero dejar solo á mi padre...

—Ocuparía el lugar del pariente de la bruja; sería el enfermo á quien conoce todo el barrio.

—¡Vive el Cielo!..

—¿Os parece mal?

—¡Sois ingenioso como ningún hombre!

—Y no solamente hasta mañana, sino que más tiempo y descuidadamente puede permanecer allí vuestro padre, pues la bruja á nadie habrá dicho que su pariente ha muerto.

—¿Os olvidáis de Paolo?

—No me olvido, y uno de nosotros andará por aquí al amanecer para darle aviso cuando llegue, ó antes iremos á buscarle á su vivienda.

—¡No necesito más explicaciones!

—Yo tampoco.

—¡Sr. Alfonso, el último esfuerzo!

—Descuidad, y en último caso no penséis en mí. Ya he abrazado á mi hijo, ya he sido dichoso, y no me espanta la muerte. ¡Salvaos para seguir cumpliendo vuestro deber!

Apagaron la luz. Para que nada pudiera averiguarse, hubieran debido matar á los agentes que quedaban con vida; pero no era posible que cometieran semejante acto de barbarie. Se envolvieron en sus capas.

—¡En nombre de Dios!—dijo Cabral abriendo y saliendo.

Los demás le siguieron. Cerró, guardó la llave, y á paso regular se alejaron de la casita. Los curiosos que en la calle había los miraron con tanta sorpresa como asombro; ellos aparentaban no cuidarse de los demás, y nadie se atrevió á detenerlos ni á dirigirlos la palabra.

—Si nos dejan y no nos siguen, los dejaremos también—dijo Cabral á sus amigos.

Llegaron al final de la calle. Vieron entonces que tres ó cuatro de los curiosos los seguían, aunque á larga distancia.

—¡Preciso será quitarnos estorbos!—dijo Gil.

—¡Se empeñan, y lo sufrirán sus cuerpos!

—¡Manos á la obra!

No hablaron más. En tanto que el Sr. Alfonso y su hijo seguían apresurando el paso, Cabral y Gil se volvieron, retrocedieron, y de repente blandieron las espadas y acometieron á los curiosos. No tuvieron que descargar un sólo golpe, pues no solamente los que los seguían, sino los demás, huyeron con la velocidad del que se siente impulsado por el terror, y exhalando gritos desaparecieron, los unos por el otro extremo de la calle y los otros metiéndose en las casas. El Sr. Cabral y Gil quedaron solos. No podían pedir más á la fortuna.

Antes de que transcurriese media hora encontrábanse los cuatro á la puerta de la morada de la bruja: miraron á todos lados, y como ni una sola persona transitaba por allí, llamaron.

—¿Quién es?—preguntó la vieja.

—¡Vuestro amigo!—le respondió Cabral.

La bruja abrió, exclamando sorprendida.

—¿Vos aquí?

—Y acompañado.

—¿Sucede alguna desgracia?

—Todo lo contrario, madre Cristeta, puesto que os traigo un nuevo negocio, que aunque

no de tanta importancia como el primero, es negocio al fin. ¡Bien podéis dar gracias al Diablo, porque os protege como nunca os ha protegido!

—Entrad y explicaos.

—Sí, porque aquí no hemos de hacerlo.

Todos entraron. Con extrañeza miró la madre Cristeta al Sr. Diego y al Sr. Alfonso. Á Gil le reconoció en seguida. Sentáronse, y ella esperó las explicaciones. Cabral le dijo:

—Tenemos necesidad de permanecer aquí esta noche, y tal vez el día de mañana; pero sin que nadie sepa que aquí estamos.

—Eso huele á persecución— respondió la vieja.

—¿Y qué os importa?

—Mucho, porque si algún desliz habéis cometido, la justicia...

—No vendrá.

—¡Todo puede suceder!

—Al primer asomo de peligro nos iremos, y en vuestra casa no quedará más que este anciano hidalgo, porque necesita descansar.

—Si perseguido está también...

—No sucede tal cosa; pero, de todas maneras, diríais que es vuestro pariente, el que enfermo estaba, pues supongo que á nadie habréis dado noticia de su muerte.

—¡Dios me libre de cometer semejante torpeza!

—Nada arriesgaréis; pero como habéis de sufrir molestias, os recompensaremos largamente.

—Señor hidalgo...

—Ahora sois rica, ya lo sé; pero algunas monedas de oro no estorban en ninguna ocasión.

—El dinero siempre sirve.

—Os regalaré veinte escudos.

—Algo podéis añadir, pues...

—Sois demasiado ambiciosa, y todo lo perderéis.

—Si la justicia se mete en mi casa...

—No es posible que tal cosa suceda.

—Sí es posible, y, por consiguiente, el peligro que corro...

—Repito que ninguno.

—Pues si tranquilamente podéis estar en cualquier parte, ¿por qué no buscáis aposento en una hostería?

—Por la sencilla razón de que nos conviene vuestra casa, y sobre este punto no puedo daros ahora más explicaciones.

Reflexionó la vieja. Ya sabemos que era muy codiciosa. ¿Cómo había de despreciar 20 escudos?

—¡Quedaos!—dijo.

—Pues tomad el dinero.

—Os advertiré que nada puedo daros de cenar.

—Ni lo necesitamos.

—Camas tampoco tengo más que la mía.

—La cederéis á este buen hidalgo, y os acomodaréis en un rincón ó donde mejor os parezca.

Una mala noche pronto se pasa. Aún estaba el Sr. Alfonso muy agitado, y no era fácil que conciliara el sueño; pero le obligaron á acostarse. La vieja se envolvió en una manta, y como mejor pudo acomodóse en un rincón. Los dos hidalgos y Gil debían permanecer vigilantes. Desde aquel momento pasaron las horas con tranquilidad. Cuando palidecían las estrellas, Cabral y Gil salieron para ir en busca de Paolo. Le encontraron, y le dieron la noticia de los sucesos de aquella noche. Conferenciaron detenidamente, y convinieron en que Paolo hiciese averiguaciones hasta saber si los otros podían emprender el viaje con alguna seguridad. Una hora después sabía el soldado que las autoridades, avisadas por los vecinos, habían ido á la casa teatro de la sangrienta lucha, rompiendo la puerta y encontrando muerto al jefe de los esbirros y heridos gravemente á los dos que con él estaban. Bajaron á la cueva. De los tres que habían quedado allí, uno había muerto también al rodar la escalera y recibir un golpe en la nuca. Los que con vida quedaban pudieron dar explicaciones; pero la autoridad nada consiguió.

Otros muchos agentes pusiéronse en movimiento. Buscaron por todas partes; pero no encontraron á los fugitivos. ¿Y quién era el anciano que con ellos iba? Esto se preguntaba sin cesar el Virrey. Le había llamado mucho la atención la circunstancia de que el viejo diera el nombre de hijo al Sr. Diego de Paredes. ¿Cómo se explicaba esto, siendo así que el padre del Sr. Diego había dejado de existir en su calabozo? Le pareció inútil al Virrey

molestarse más; y como deseaba también desentenderse de aquel desagradable asunto, determinó enviar una relación minuciosa de todo lo sucedido para que enterados quedasen y determinaran el Ministro Su Majestad. Cuando le preguntaron qué había de hacerse, respondió:

—¡Olvídese lo sucedido!

Y se ocupó solamente en escribir la relación que á Madrid debía llevar el mismo correo portador de la orden. Temerosos de nuevos peligros, que eran mayores por la circunstancia de encontrarse con ellos el anciano, permanecieron nuestros amigos todo aquel día en Nápoles, y al amanecer del siguiente se atrevieron al fin á emprender el viaje. Ningún estorbo encontraron. Salieron de la ciudad, la perdieron de vista, y recobraron por completo la tranquilidad. Ya nada tenían que temer.

FIN DEL TOMO SEGUNDO

INDICE

Págs.

CAPÍTULO I.—La audacia de D. Lope..... 5
II.—Cómo desempeñó la comisión D. Lope..... 10
III.—El escudero principia á trabajar 15
IV.—El escudero prueba que vale mucho..... 17
V.—Cómo recibió el Rey la noticia y lo que determinó..... 20
VI.—Golpe terrible..... 25
VII.—La travesura de Gil..... 27
VIII.—Planes..... 35
IX.—Pietro y Paolo..... 42
X.—Alfonso de Paredes..... 44
XI.—Sorpresas y misterios..... 47
XII.—Angustias de padre..... 53
XIII.—Lo que decidió Pietro..... 55
XIV.—Cómo se explicó el carcelero.. 60
XV.—Un compañero más..... 64
XVI.—La madre Cristeta..... 68
XVII.—Los dos padres..... 72
XVIII.—Esfuerzos..... 76
XIX.—Otro susto..... 78
XX.—Lo que significaba el ruido.... 80
XXI.—Otro peligro..... 85
XXII.—Sangre..... 89

R. ORTEGA Y FRIAS

El testamento de un conspirador

JOAQUIN DEL POZO ARAMBURU



La Novela de Ahora

PUBLICACIÓN SEMANAL

3.ª época. ooo Año IV. Número 69.

LA NOVELA DE AHORA

PUBLICACIÓN SEMANAL

TERCERA ÉPOCA

69



El Duque de Híjar.

RAMÓN ORTEGA Y FRÍAS

EL TESTAMENTO

DE

UN CONSPIRADOR

MEMORIAS DE UN REO DE ESTADO

TOMO III



JOAQUIN DEL POZO
ARAMBURU

MADRID
LA NOVELA DE AHORA

SATURNINO CALLEJA, EDITOR
CALLE DE VALENCIA, NÚM. 28

CASA FUNDADA EN 1876

Imprenta y encuadernación de la Viuda é hijos de J. Velasco.—Andrés Borrego. 16. Madrid.



EL TESTAMENTO DE UN CONSPIRADOR

CAPÍTULO PRIMERO

Lo que ocurría mientras tanto en Madrid.

Dejamos á Margarita sin conocimiento, en un estado gravísimo, y debemos retroceder al mismo punto y hora para conocer el resultado de aquella situación. Acudió el médico, declaró que no podía responder de la existencia de la joven, y que habia más probabilidades de muerte que de salvación; hizo muchas preguntas, fijando la atención particularmente en las conmociones que pudiera haber experimentado Margarita, pues aquel trastorno debía de reconocer una causa, y el señor de Haro respondió vagamente que había motivos para creer que aquel día hubiese experimentado Margarita alguna contrariedad. Recetó el médico, recomendó mucho la calma, y prometió volver aquel mismo día, porque la enfermedad podía de un momento á otro tomar otro giro.

Habíase desenvuelto una intensa fiebre, y Margarita deliró por algunos minutos, quedando luego sumida en sopor profundo. Siempre reinó silencio en aquella casa; pero entonces más, y el silencio fué apenador: parecía tener algo de lúgubre. D. Juan de Haro sufría mucho, porque empezó á temer que muriese la criatura que había encendido en su pecho una pasión tan devoradora; pero preferia esta desgracia á verla en brazos del Sr. Domingo ó de cualquiera otro, pues el sentimiento de sus celos se sobreponía á todos los demás. Su responsabilidad era grande, y á su aposento se fué para reflexionar y adoptar la determinación que mejor le pareciese. No era menester que cavilara mucho, porque su obligación consistía ante todo en dar parte al Rey de lo que sucedía. Sin embargo, no quiso hacerlo sin consultar con su escudero, participándole cuanto le había sucedido.

—Viéndolo estáis—le respondió el sirviente

después de escuchar y meditar:—ya no es posible la duda en cuanto á que mi noble señora ha tenido la desgracia de enamorarse del hijo del conspirador, pues si así no fuese, con la mayor indiferencia hubiera escuchado cuanto le habéis dicho.

—¡No, no hay duda!

—Vos tenéis necesidad de representar vuestro papel; y si así no lo hicieseis os comprometeríais.

—He pensado dar parte al Rey.

—Cuanto antes, mejor.

—¿Y qué te parece que sucederá?

—Puede suceder algo muy desagradable, todo depende de un capricho de Su Majestad.

—¡Tiemblo!

—No debemos olvidar que el Rey está enfermo, y tan débil que parece un niño. Desde hace algún tiempo, según dicen, sus ideas son las más extravagantes.

—Sí, y yo mismo he tenido ocasión de ver que es verdad.

—Quizás os escuche con indiferencia y se concrete á recomendar mucho cuidado; pero también es posible que se espante, creyendo que indirectamente es causa de lo que sucede, y que quiera remediarlo complaciendo á su hija y casándola con el hombre á quien ama.

—¡Por el Infierno!—exclamó D. Juan, cuya mirada se tornó profundamente sombría.

—Señor, preciso es hacer todas las suposiciones, para que los sucesos no nos encuentren desprevenidos.

—Es verdad; pero...

—Otra razón tengo en cuenta para perder la tranquilidad.

—¿Otra razón? ¡Lucas!...

—Perdonad; pero mi obligación es deciros la verdad desnuda, aunque sea muy desagradable. Estáis ofuscado...

—No veo con claridad, lo confieso.

—Debe creerse que el hijo de Cabral ha heredado los odios de su padre.

—Eso no puede ponerse en duda.

—Es quizás el mayor enemigo que tiene el Rey.

—Y enemigo tan terrible como el padre lo fué.

—No puede imponérsele ningún castigo, no se le puede inutilizar, porque ningún crimen ha cometido.

—Y porque le proteje D. Lope.

—Pues el medio mejor es comprometerle, y para conseguirlo bastaría casarle con la hija del Rey.

—¡Oh!...

—Así podría tenerse la seguridad de que ese mancebo nada haría para seguir la obra criminal de su padre, pues no sería posible que contra el padre de su esposa diera un solo paso.

—Lucas, discurres como un hombre de Estado; pero las deducciones que haces son tan horribles...

—Lo que habéis de mirar es si están fuera de razón.

—¿Y cómo puedo evitar ese peligro?

—En estos momentos no podéis evitarlo.

—¿Y después?

—Cuando el hidalgo vuelva á Madrid la situación será distinta.

—Peor.

—En apariencia.

—Desde el momento en que cerca esté el enemigo...

—Tendremos la ventaja de que se encuentre al alcance de nuestro puñal.

—¡Lucas!—exclamó el señor de Haro, de cuyos ojos escapáronse destellos de infernal alegría.

—Señor—repuso el escudero con una tranquilidad espantosa,—la muerte es la mejor solución de todas las situaciones; pero si os detienen los escrúpulos...

—¡Gracias, Lucas, gracias, porque ya sé que para todo puedo contar contigo!

—Señor, no os detengáis, porque no sabemos lo que puede suceder.

—Á Palacio voy, para dar cuenta al Rey; y tú...

—Me quedo para vigilar.

—Si alguna novedad ocurre...

—Yo mismo iría á buscaros.

—¡En ti confío!

—¡Que Dios os proteja!

El señor de Haro acabó de vestirse, salió, y con cuanta prisa pudo se encaminó á la morada Real. Como casi siempre le sucedía, se encontró en los salones de Palacio al señor de Santisteban, que al verle dijo para sí:

—¡Algo muy grave sucede, pues D. Juan

está pálido, no puede ocultar su agitación, y su semblante revela una gran borrasca!

Y se acercó al señor de Haro, y le saludó diciéndole:

—¡Muy pronto nos proporcionáis el placer de venir!

—Contra mi gusto y mi voluntad.

—¡Caballero!...

—Necesito ver al Rey, y verle ahora mismo.

—¿Tenemos que lamentar alguna desgracia?

—¡Y muy grande!

—¡D. Juan!...

—Perdonad, D. Lope; pero no me es posible deciros lo que pasa.

—Respeto vuestra reserva.

—Si queréis dar aviso á Su Majestad...

—Lo haré.

—Es preciso que comprenda que el caso es urgente.

—Se lo haré comprender.

—¡Gracias, señor de Santisteban!

D. Lope entró muy preocupado en la cámara Real, de donde había salido muy pocos minutos antes.

—¿Qué se te olvida, que tan pronto vuelves? —le preguntó el Monarca.

—Señor, acaba de llegar D. Juan de Haro agitadísimo, y...

—¡Dios mío! ¡Probablemente, otra desgracia! ¡No tengo fuerzas, mi querido Lope, no tengo fuerzas para resistir un nuevo golpe!

—Os doy el aviso y así cumplo mi deber.

—Pero ¿qué ha sucedido?

—Lo ignoro.

—Has debido preguntar á D. Juan.

—Y le he preguntado; pero no le ha parecido bien darme explicaciones sin haber hablado con Vuestra Majestad.

—Ya sabe que para ti no tengo secretos. ¡Que se vaya y que vuelva otro día!—interrumpió Felipe IV.—Ya te he dicho que me faltan las fuerzas. ¿Es que se han empeñado en poner fin á mi triste vida?

—Algo ha de hacerse para salir de dudas.

—¿Qué crees que puede haber sucedido?

—No lo adivino, señor.

—Si á Madrid ha vuelto el hijo de Cabral... Pero no; no puede ser eso, porque ya sabes que á Nápoles fué.

—Lo ignoro, y hasta lo dudo, por más que así lo crea Vuestra Majestad.

—De todas maneras, y como medida de precaución, mandé á D. Juan que diese á conocer á mi hija la historia de Domingo Cabral, del padre.

—¡Ah!...

—¿Comprendes?

—¡Demasiado bien!—respondió D. Lope.

Y su entrecejo se arrugó, y su mirada se tornó sombría.

—Si es verdad que el corazón de mi hija se ha interesado por ese mancebo...

—Siendo eso verdad, deben de haber sido terribles los efectos de la revelación, porque al pobre mancebo le habrá presentado D. Juan como un monstruo, como el mayor enemigo de Vuestra Majestad, como un desalmado lo mismo que su padre.

—Y la verdad es que el hijo...

— Perdóneme Vuestra Majestad, pero el hijo no puede ser responsable de las faltas que su padre cometió; y si el padre fué criminal, puede el hijo ser muy honrado, así como honrados fueron, y mucho, los padres del capitán, aunque el hijo se pervirtió y cayó en el abismo de todos los crímenes.

—¿Y qué deduces de eso?

—Señor—respondió Santisteban,—las deducciones no he de hacerlas yo.

—¿Pues quién?

—El tiempo.

—Lope, hoy no me hablas con la misma franqueza que siempre.

—Es que no puedo hablar, señor.

—¿Y por qué?

—Porque necesito saber muchas cosas, y saberlas con seguridad. ¿He de arriesgarme á levantar un edificio sobre cimientos de movediza arena? Dios me libre de cometer imprudencia tan grave, porque las consecuencias podrían ser muy horribles. La experiencia me ha enseñado mucho, y no olvidaré sus lecciones.

—¿Y qué necesitas saber?

—Primeramente, si el hijo de Cabral era uno de los dos hidalgos de la posada.

—Sobre eso no hay duda.

—Y además necesito saber de una manera positiva que de repente se enamoró la hija de Vuestra Majestad del pobre mancebo.

—¿Pobre le llamas?

—Porque es muy desgraciado.

—Sin padre quedó, pero con protectores de tal naturaleza...

—Toda la protección del mundo no ha de consolarle al recordar las circunstancias horrorosas de la muerte de su padre.

—¡Divagamos, mi querido Lope!

—Por mi parte, me concreto á responder á Vuestra Majestad.

—Lo positivo es que ha sucedido otra desgracia.

—Y que el señor de Haro espera.

—¿Y cómo he de recibirle, si las fuerzas me faltan?

—Pues le diré que á su casa se vuelva.

—Eso tampoco.

—Pues aguardo las órdenes de Vuestra Majestad.

—¡Lope, sácame de este apuro!

—Señor, mi opinión es que Vuestra Majestad escuche al señor de Haro, sin olvidar de que mientras la desgracia tenga remedio, no debe perderse nunca la esperanza. Esta idea ha de fortificar el espíritu de Vuestra Majestad.

—Tal vez; pero las fuerzas de mi cuerpo...

—Recomendaré á D. Juan la conveniencia de que sea breve, que no haga comentarios y que de la desgracia se ocupe con palabras sencillas, pues las noticias desagradables afectan más según el lenguaje con que se comunican.

—Tienes razón.

—Si á pesar de todo esto no quiere Vuestra Majestad...

—¡Sí, sí! Que entre D. Juan; pero no olvides hacerle esas advertencias.

—Se las haré.

D. Lope salió de la cámara, encontrando impaciente á D. Juan y diciéndole:

—Caballero, es absolutamente preciso que os dominéis y que tengáis mucha calma.

—¿Puedo ver al Rey?

—Sí; pero á condición de que seáis muy lacónico y de que hagáis uso de las palabras más sencillas, pues se siente mal, muy mal, y tiene miedo de que las fuerzas no le alcancen para resistir ciertas conmociones.

—Comprendo.

—Todo esto os lo digo por orden de Su Majestad, orden terminante.

—¡Descuidad!

—Entrad, pues.

Á los pocos momentos entraba el señor de Haro en la habitación donde se encontraba el Rey. Levantó éste la cabeza, miró por un instante al caballero y le dijo:

—¡Estoy mal, muy mal! Si no habéis de ser breve, no os escucharé.

—¡Señor!...

—¿Qué ha sucedido? Decidmelo con pocas palabras, y si puede ser con una, mejor.

—Cumplí la orden de Vuestra Majestad.

—¿Qué efecto produjo?

—Doña Margarita perdió el co oc imiento

—¡Pobre criatura! Pero en fin, un desmayo no quita la vida.

—Cuando el sentido ha recobrado estaba enferma y con calentura.

—¡Enferma! ¿Y qué sabéis vos de eso?

—El médico la ha visto.

—¿Y qué dice?

—Que el estado de doña Margarita es grave.

—¡D. Juan!...

—Y que no responde de lo que sucederá.

—¡Ah!...

—Señor...

—Voy á dar orden para que mis médicos vayan inmediatamente. ¡Retiraos, D. Juan, y ni por un solo instante os separéis del lado de mi hija!

—Ahora me he separado para venir, porque el cumplimiento de este deber...

—Muy bien hecho; pero cualquiera novedad que ocurra se la participaréis á Santisteban, y no tendréis que salir de vuestra casa, porque él irá con frecuencia para traerme noticias.

—Me parece que ahora...

—Ante todo es preciso que mi hija se salve.

—Es muy joven, y se salvará; pero...

—Lo demás lo arreglaremos fácilmente.

—Me parece que sería oportuno...

—Que vayan los médicos, sí.

—No quiero hablar de eso.

—Pues de otro asunto no os ocupéis—replicó secamente el Rey.

—Señor, si me permitiese Vuestra Majestad hacer algunas observaciones...

—¡Ninguna, D. Juan, y así debe de habéroslo advertido Santisteban!

—Como la situación...

—¡Basta!—interrumpió Felipe IV.—Tan aturdido estáis, que no me entendéis. ¡He dicho que las fuerzas me faltan!

—Pido perdón á Vuestra Majestad.

El Rey inclinó la cabeza y quedó inmóvil. La ira había hecho palidecer al señor de Haro. Ya no podía pronunciar una sola palabra, y haciendo reverencias y andando hacia atrás salió, encontrándose en la antecámara con don Lope, que le dijo:

—¿Os habéis convencido de que estos momentos no eran oportunos?

—¡Y de otras cosas me he convencido también!—contestó D. Juan.

—¡Más habéis de ver, señor de Haro!

—¡Pero no me daré por vencido!

—Yo tampoco.

—La nueva situación...

—La adivino: habéis destrozado el alma de esa pobre niña; pero yo remediaré el mal, ó dejaré de ser quien soy.

D. Juan lanzó una mirada de odio profundo á D. Lope. Éste hizo un gesto de desdén y se encogió de hombros.

Luego volvió la espalda al señor de Haro y entró en la cámara Real.

—Mi querido Lope—le dijo el Rey,—lo que sucede es que mi hija está gravemente enferma; tan grave, que el Médico no responde de su vida.

—Pues yo tengo la seguridadd de que ha de salvarse, aunque quizás en eso consista su mayor desgracia.

—¡Lope!...

—Vivir para sufrir incesantemente, no es una fortuna.

—Con el tiempo será dichosa, y, por consiguiente, lo que ahora deseo es que se salve su existencia.

—Si algo puedo hacer...

—Da las órdenes para que inmediatamente vayan mis médicos: tú también visitarás con frecuencia á mi hija, y vendrás á decirme lo que pasa, pues á D. Juan le he prohibido salir de su casa.

—Comprendo.

—Si mi hija llegase á morir, quizás mi conciencia no estaría tranquila, aunque yo no soy el culpable, sino las circunstancias.

—Señor, esta clase de comentarios ahora no sirven más que para mortificaros.

—¡Es verdad!

—Voy á dar las órdenes para que vayan los médicos.

—Advirtiéndoles que han de hacer cuanto sea posible, porque la vida de esa criatura me interesa mucho.

—Nada olvidaré.

—¡Pues no te detengas!

—Hasta luego, señor.

Los médicos de Su Majestad se presentaron en la vivienda de D. Juan, acudiendo Santisteban también. Examinaron á la enferma con mucho detenimiento. Fueron á otra habitación para manifestar sus opiniones, y después de amplia discusión opinaron, desgraciadamente, lo mismo que el primero: nada aseguraban sobre el resultado, y sólo les infundía esperanza la juventud de la enferma. Por hacer algo escribieron una receta más, y, lo mismo que el otro, recomendaron la calma, la tranquilidad, el silencio. Nada podía hacer don Lope en aquellos momentos, puesto que la infeliz Margarita no tenía conciencia de su situación. Volvió á Palacio.

—¿Qué noticias me traes?—le preguntó el Rey.

—Las mismas, señor.

—¿Creen los médicos que el peligro es muy cercano?

—No; pero es grande.

El Monarca inclinó la cabeza, meditó, y luego dijo:

—Lope, la noche has de pasarla al lado de mi hija.

—Así pensaba hacerlo sin la orden de Vuestra Majestad.

—Un médico se quedará allí también.

—Es prudente.

—Y mañana vendrás á traerme noticias, dándome á conocer, no solamente la opinión del médico, sino la tuya.

—La mía nada vale.

—¿Conoce mi pobre hija á los que están á su lado?

—Á nadie puede conocer, porque cuando no está aletargada por la fiebre, delira.

—Si el peligro es lo mismo mañana que hoy...

Se interrumpió Felipe IV. Su semblante cambió de expresión, miró á D. Lope fijamente, y tras algunos momentos dijo:

—¡Si mi hija ha de morir, quiero verla, besarla y bendecirla!

—Señor...

—¡No intentes disuadirme, porque inútil será!

—Por el contrario: esa determinación es digna de alabanza, y no he de ser yo quien á Vuestra Majestad ponga estorbos.

—¡Tú me comprendes, Lope, nadie más que tú!

—Me felicito.

—Déjame, y vuelve al lado de mi hija.

—¡Que Dios escuche mis ruegos!

—¡Cuántas amarguras me ha guardado para la vejez mi negro destino!

Santisteban salió; el Monarca inclinó la cabeza, cerró los ojos y quedó inmóvil.

CAPÍTULO II

La enferma.

Á las nueve de la noche el señor de Santisteban se presentó en la morada de D. Juan, siendo recibido por éste con todas las consideraciones que merecía, si bien con frialdad y sin ocultar el disgusto que le producía la visita.

—Vengo—dijo D. Lope—por orden de Su Majestad, y aquí pasaré la noche al lado de la enferma, porque así se me ha mandado.

—La pasaremos así—contestó D. Juan,—porque yo no pienso acostarme ni separarme un momento de doña Margarita.

—Ése es vuestro deber, caballero.

—Quiero cumplirlo.

—Os equivocáis si habéis creído que vuestra presencia me estorba—replicó D. Lope desplegando una irónica sonrisa.

—No me complaceré en mortificaros, porque sería una complacencia estéril; pero sí haré todo cuanto me convenga para sostener la lucha, para defenderme, para triunfar.

—¿Y para qué me decís eso? Nos hemos declarado la guerra, y siempre he reconocido que en vuestro derecho estáis para defenderos como mejor os convenga. Yo he renunciado á hacer uso de ciertas armas, á aprovecharme de ciertas ventajas que serían vuestra perdición; pero á vos no os he marcado límites, no os he impuesto ninguna condición, porque quiero que el día de vuestra derrota no tengáis derecho á quejaros de nadie más que de vos. Ahora podemos hablar con franqueza y decirlo todo, por muy desagradables que sean nuestras palabras. Señor de Haro, vuestras mismas maldades os perderán, y vuestra derrota no será más que un castigo muy justo.

—Tal vez.

—Habéis cometido un abuso, una iniquidad, porque despiadadamente habéis destrozado el alma de esa criatura infeliz.

—En cuanto á eso...

—Habéis probado que sois capaz de todo.

—No es mía la culpa, puesto que me he concretado á cumplir las órdenes de Su Majestad.

—¡Las órdenes de Su Majestad!—murmuró irónicamente D. Lope.

—¿Lo dudáis?

—No lo dudo, porque sé que el Rey os mandó que á su hija refirieseis la negra historia del portugués Domingo Cabral.

—Entonces...

—Todo ha consistido en la manera de cumplir la orden.

—He referido la historia sin comentarios, y, por consiguiente...

—Yo haría también lo mismo: diría la verdad desnuda, no omitiría ningún suceso por horrible que fuese, y, sin embargo, el efecto sería distinto; tan distinto como que doña Margarita, en vez de mirar con horror al hombre que ama, le miraría compasivamente, como se mira al que es muy desgraciado; pero, afortunadamente, aquí estoy yo para remediar los males que habéis hecho; aquí estoy yo para hacer que doña Margarita comprenda su situación tal como es. En peligro está su vida, y puede morir; pero si tal desgracia sucediese...

Se interrumpió D. Lope, fijó su ardiente mirada en el señor de Haro, y frunció el ceño.

—¡Oh!—murmuró con voz reconcentrada.—¡Si tal sucediese!...

—¿Me amenazáis?

—No, pues antes que el amago sentiríais el golpe.

—¡Caballero!...

—Yo puedo hacer advertencias noblemente, como á vos os las hice; pero nunca amenazo.

—Si doña Margarita llegase á morir...

—Sufriríais mucho, ya lo sé.

—En vez de castigo, yo merecería compasión.

—Os consolaríais muy pronto, porque preferís verla muerta que en brazos de otro.

—No os equivocáis.

—Pedid á Dios que se salve su existencia, porque de otro modo, vos no podríais salvaros.

—¡D. Lope!...

—No he venido para hablar de lo que ya hemos tratado con bastante detención.

—¡Está bien!

—Permitidme entrar en la cámara de doña Margarita.

—¡Vamos!

Según hemos dicho, ya había cambiado de aposento la joven, instalándose en uno cuyas ventanas daban á un anchuroso patio. En el lecho estaba la infeliz y bajo la influencia del pesado sopor de la fiebre; su respiración era precipitada y trabajosa, mortal palidez cubría su rostro, y movía con frecuencia sus labios secos y blanquecinos. No era menester más que mirarla para comprender la gravedad de su estado. D. Lope la contempló mientras decía tristemente:

—¡Pobre criatura! ¡Así es la vida, y así es la justicia de este mundo: esta infeliz paga las debilidades y las culpas que no ha cometido! Cuando recobre la razón se quejará porque la hacen responsable de ajenos pecados, y no pensará que comete igual injusticia al rechazar á una noble criatura sin otro motivo ni razón que el de ser hijo de un criminal.

—Por eso vos la haréis comprender que en una contradicción incurre—dijo el señor de Haro.

—Sí.

—Pero habréis de trabajar mucho para encontrar la ocasión de dar luz á su inteligencia y de convencerla de que comete un error y es injusta.

—Eso corre de mi cuenta, D. Juan.

—Vuestro ingenio es mucho...

—No vale menos vuestra astucia.

—Disponéis de grandes medios.

—Y vos tenéis la ventaja de ser dueño absoluto de las acciones de esa criatura.

—¡El tiempo dirá!

Guardaron silencio, y se sentaron uno á cada lado del lecho. De allí no debían moverse en toda la noche. Los criados entrarían cuando fuese menester para el cuidado de la enferma. La luz era escasa, como convenía en la habitación de un enfermo, y una pantalla proyectaba ancha sombra hacia el lado del lecho. Los dos caballeros quedaron inmóviles, hasta el punto de que hubiera podido decirse que se habían petrificado. Á las once se estremeció Margarita; abrió los ojos, en cuyas pupilas brillaba el fuego de la fiebre, miró en torno con extravío, y exhaló penoso suspiro.

—¡No—dijo con voz afónica;—no penséis en mí! ¡Yo quisiera olvidaros! ¿Sufrís? ¡Yo también sufro! ¡Ah!... Cuando las ilusiones se desvanecen... ¡Qué negra, qué horrible es la realidad!... ¡No le miréis con odio; es mi padre, su sangre es la mía, y al herirle me heriréis!... Yo respeto lo que para vos es querido... ¡Respetad lo que yo hago! .. ¿Por qué habláis de justicia?... ¡Nos espera en el otro mundo!... ¡Ah!... ¡Que se vaya ese hombre, que se vaya!... Me horroriza... ¿No veis su alma en sus ojos?... ¡Dios mío!... ¡Mi padre, mi padre; un abrazo no más, no más que un beso!... ¡Padre mío!... ¡Que venga mi madre, la madre de mi alma; quiero abrazar á mi madre, y que mi madre me defienda!...

Se interrumpió Margarita, lanzó un grito, cerró los ojos, y volvió á quedar inmóvil. Don Lope dirigió una mirada terrible á D. Juan, que inclinó la cabeza y continuó silencioso y sombrío. Pasaron las horas.

Margarita se encontraba siempre lo mismo, delirando unas veces, y otras sumida en el sopor febril. Por fin desplegó sus sonrisas el alba, y luego brillaron los rayos del Sol. Antes de que transcurrieran diez minutos empezaron á presentarse los médicos. Margarita se encontraba lo mismo.

—No hay novedad—dijeron los hombres de la ciencia.

—Si no está peor...

—En su estado, es mayor el peligro cuando no se presentan síntomas de una crisis favorable.

Volvieron á recetar, recomendaron nuevamente la calma y el silencio, y D. Lope salió de la casa y se encaminó á Palacio, entrando por la puertecilla secreta, que ya conocemos, en la cámara regia. El Monarca había despertado; pero estaba en el lecho. Miró á su antiguo paje, exhaló un suspiro, y exclamó con voz débil:

—¡Ah! Mal me siento, mi querido Lope, muy mal!

—Señor...

—He pasado una noche horrible, porque he dormido poco y mi sueño ha sido agitado.

—Era natural que así sucediese.

—Tengo que reconocerlo, aunque sea muy desagradable: mis fuerzas han llegado á ser tan escasas, que no puedo soportar lo que para otras criaturas apenas tiene importancia. ¡Qué triste es la vejez! Y los sucesos de estos últimos días me han hecho mucho mal; tanto, que abreviarán mi existencia.

—Si Vuestra Majestad se entrega á esos tristísimos pensamientos...

—¿Y puedo pensar en otra cosa? Yo quisiera olvidar á mi hija, y olvidarme de todo lo que me desagrada; pero no es posible. Supongo que ahora me traes malas noticias.

—Las mismas que ayer.

—¿No está mejor mi pobre hija?

—No hay ningún cambio, ni en bien ni en mal.

—Mi querido Lope, te lo he dicho muchas veces: nadie me comprende más que tú.

—Soy muy afortunado.

—Por eso á ti puedo hablarte como no hablo á los demás, y tú también me hablas de distinto modo que los aduladores que se postran ante el falso brillo de la corona de oropel que oprime mis sienes y constituye mi martirio.

—Digo siempre la verdad, y en eso consiste el encanto que tienen mis palabras.

—Y ahora más que nunca quiero que la verdad me digas.

—Si Vuestra Majestad se digna preguntarme...

—¿Crees que no hay salvación posible para mi hija?

—Vuestra Majestad habrá de perdonarme; pero me es imposible contestar con una palabra y terminantemente.

—Pues responde como quieras.

—La enfermedad de doña Margarita parece grave, muy grave; pero hay dos cosas que me infunden esperanzas.

—¿Y cuáles son?

—Su juventud y la bondad de Dios.

—¡Oh! La juventud es una gran cosa: lo resiste todo, lucha con la muerte, y rara vez deja de triunfar. Sin embargo, también los jóvenes se mueren. ¿Qué dicen los médicos?

—Que es casi imposible que doña Margarita se salve.

—Pues si lo más probable es la muerte...

—Yo soy de opinión distinta.

—¡Te engaña el deseo!

—Puedo equivocarme, ya lo sé.

—Y tu error tendría las más graves consecuencias.

—Si Vuestra Majestad ha pensado tomar alguna determinación...

—Sí; por eso necesito conocer la verdad.

—Ha pasado la noche delirando ó sin conocimiento, y lo mismo la he dejado.

—Y si durante el día de hoy no se presenta una crisis favorable, nada bueno debemos esperar.

El señor de Santisteban guardó silencio. Quería que el Rey determinase lo que mejor le pareciera.

—¡Mi conciencia no está tranquila!—dijo el Monarca después de algunos minutos.

—En esta ocasión...

—No hago todo lo que puedo. ¿Por qué no he de ver á mi hija en los terribles momentos en que aguarda á la muerte? Besarla por primera y última vez de mi vida, dirigirle algunas palabras cariñosas, bendecirla... ¡Sí; esto es un deber, y quiero cumplirlo! Sufriré mucho, quizás las fuerzas me falten; pero, en cambio, mi conciencia quedará tranquila. Quiero conocer tu opinión.

—Es la misma de Vuestra Majestad.

—¿Y crees que esas conmociones no me harán mucho daño?

—Alguno, señor.

—¿No peligrará mi vida?

—¡No tanto!

—¡Quiera Dios que no nos forjemos ilusiones!

—Todos podemos equivocarnos.

—Pero un error que cuesta la vida...

—¡Son exagerados esos temores!

—¿Y como me arreglaré?

—Muy fácilmente, con tal que Vuestra Majestad se decida á salir secretamente de Palacio.

—Lo hice muchas veces para satisfacer mis pasiones, y en las calles de la villa arriesgué alguna noche la existencia; pero entonces tenía yo un brazo fuerte, una mano de hierro, y ahora... ¡Pobre de mí!... Ya sé que tú me acompañarás; pero...

Volvió á interrumpirse el Monarca, cerró los ojos, y permaneció largo rato inmóvil; por fin exclamó:

—¡Desdichado de mí!

—Señor...

—Lope, hoy observarás, como anoche has observado.

—No haré otra cosa.

—Y si cuando cierre la noche no está mejor mi hija, iré á verla. Tú lo arreglarás todo como te parezca, porque ninguna otra persona me inspira confianza.

—Quedarán cumplidos los deseos de Vuestra Majestad.

—Ahora procuraré conciliar el sueño, porque me conviene dormir, y esta tarde vendrás para darme noticias.

D. Lope se inclinó, salió de la cámara, y se fué á su casa para descansar. Felipe IV tuvo la fortuna de conciliar otra vez el sueño.

Á las tres de la tarde el caballero visitó á Margarita; la halló en el mismo estado, hizo un gesto de disgusto, y volvió á Palacio.

—Por desgracia, no hay novedad—dijo al Rey.

—Lo siento.

—Ahora puede Vuestra Majestad disponer lo que mejor le parezca.

—¿Has prevenido á D. Juan de Haro?

—Aún sobra tiempo.

—Pues prepara lo que sea menester.

—¿Á qué hora quiere Vuestr jestad salir de Palacio?

—Muy temprano es imposible.

—Yo estaré aquí antes de las diez.

—Y entrarás sin que nadie te vea.

—Descuide Vuestra Majestad.

—Y después de esto—dijo tristemente el Monarca,—falta lo principal.

—No adivino...

—¡Mis fuerzas, Lope, mis fuerzas! ¿Me alcanzarán para ir hasta la vivienda de D. Juan de Haro y volver? ¡Es dudoso!

—La voluntad del padre ha de hacer mucho.

—Viendo estás que cuando salgo á dar un paseo por los jardines tengo que sentarme y descansar con mucha frecuencia. Aún no hace una semana que quise bajar hasta el Prado, y no pude volver á pie. Además, hay que tener en cuenta el frío de la noche, la humedad... ¡Oh; el frío me espanta! ¡No, mi querido Lope! —añadió el Monarca haciendo un gesto de desesperación. — ¡No puedo! ¡Apenas tengo vida! ¡Y quiero ver á mi hija, quiero verla... ¡Busca un medio, búscalo y me harás un gran beneficio!

—No es difícil, señor.

—Tengo en cuenta que D. Juan de Haro vive muy lejos.

—Eso no importa.

—Ir hasta San Ginés...

—Ni siquiera hasta el Prado, pues en saliendo del Retiro encontraremos una silla de manos, y en ella se acomodará Vuestra Majestad, yendo así y volviendo lo mismo.

—Es buena idea.

—Yo traeré la silla con criados míos, que no sabrán á quién llevan.

—Sospecharán.

—Una sospecha no tiene valor; pero, de todas maneras, serán criados discretos: yo respondo de su reserva.

—Para todo encuentras recursos.

—Se trata de una cosa tan sencilla...

—Me abrigaré, y así podré soprotar el frío.

—Puesto que á Vuestra Majestad le parece bien, voy á ocuparme en los detalles.

—¡Hasta luego, mi querido Lope! No dejes de traerme noticias de mi hija, y nada digas á D. Juan de Haro hasta el último momento.

—Entendido.

Salió D. Lope mientras decía para sí:

—La veré; pero no tengo esperanzas de que se conmueva hasta el punto de cambiar de resolución. La vejez y la enfermedad le han

hecho egoista. Siempre ha tenido valor, y ahora le espanta la muerte: á pesar de lo triste que es su existencia, quiere prolongarla. Esto es incomprensible; pero es así. De todas maneras, cumplo mi deber aprovechando esta ocasión, y si nada consigo, tendré paciencia y continuaré la lucha. Afortunadamente, me sobran las fuerzas, y no retrocederé ante ningún obstáculo.

Á su casa se fué D. Lope para desahogarse hablando con su esposa. El dia pasó sin otra novedad, como no fuese la de estar Felipe IV más preocupado que nunca, más triste y de peor humor.

CAPÍTULO III

El padre y la hija.

Llegó la noche, con sus tinieblas, su quietud y su silencio, con su melancolía y su encanto inexplicable, y sus misterios, que entrañan tantos goces y tantos sufrimientos horribles, tanta calma y tanta agitación. Felipe IV dispuso retirarse á su aposento más temprano que de costumbre, dió las órdenes más terminantes para que nadie y con ningún pretexto entrase en su cámara, se dejó desnudar para no infundir sospechas y se acostó, contando los minutos con tanta ansiedad como temor, y preguntándose muchas veces:

—¿Me alcacanzarán las fuerzas?

D. Lope no se equivocaba al decir que Felipe IV miraba con pavor la muerte, con un pavor sin igual. Sabido es que, generalmente, se ama más lo que más riesgo corre de perderse. Dieron las diez, y sin el más leve ruido se abrió la puertecilla secreta, entrando don Lope, que se acercó al lecho.

—¡Ah!—exclamó el Rey.

—Me consideraré dichoso si Vuestra Majestad se siente con más alientos que esta mañana.

—Siempre estoy lo mismo, porque siempre la causa está en pie.

—Si Vuestra Majestad no ha cambiado de opinión...

—No.

—Me felicito.

—¿Cómo está la noche?

—Serena.

—Pero el frío...

—Se siente bastante.

—¡Oh!...

—La silla de manos está muy cerca.

—En otro tiempo salía yo á media noche sin dar ninguna importancia á lo que hacía, y entonces era cuando más gozaba; pero ahora... ¡No sé!... ¡Me espanta la idea de encontrarme en la calle á estas horas!

—No quiero influir en las determinaciones de Vuestra Majestad.

—Estoy decidido, y todo lo arrostraré.

—Señor...

—¡Ayúdame á vestirme!

No hablaron entonces más. El Rey dejó el lecho. Pudo verse entonces su demacración y su debilidad. El Sr. de Santisteban le vistió, poniéndole la ropa de más abrigo, le ciñó la espada que por ceremonia debía llevar; le puso la capa y el sombrero, y dijo:

—Si Vuestra Majestad quiere honrarme, apóyese en mí.

Y presentó su brazo derecho al Monarca.

—¿No tendremos luz?

—Llevo una linterna, que abriré oportunamente.

—¡Espera, mi querido Lope!

Felipe IV se quitó el sombrero, se santiguó devotamente y dijo:

—¡Vamos en nombre de Dios!

Volvió á ponerse el sombrero, se embozó, recatando el semblante, y salieron por la puertecilla secreta. Atravesaron pasillos y habitaciones donde no había una sola persona. El Rey suspiró trismente y dijo.

—¡Cuánto tiempo hace que no pongo en estos sitios los pies! ¡Qué tiempos aquéllos! ¡Cuánta vida había en mi cuerpo, y cuánta alegría en mi alma!... ¡Y todo aquello pasó para no volver!... ¡Vejez horrible!... ¡Y el hombre es impotente para recobrar la juventud!

D. Lope no creyó conveniente continuar aquella conversación; guardó silencio, y salieron de Palacio. Los pasos del Monarca eran vacilantes, y la sensación del aire libre le hizo estremecerse.

—¡Este frío es insoportable!—murmuró.

—La falta de costumbre de salir á estas horas...

—¡La falta de fuerzas debes decir!

Avanzaron hacia el Prado. D. Lope abrió la linterna, cuya luz se extendió en un pequeño espacio, y cinco minutos después se detenían. De entre los árboles salieron dos hombres con una silla de manos. Ya debían de haber recibido las instrucciones convenientes, porque no hicieron ninguna pregunta ni articularon una sílaba. D. Lope abrió la portezuela, el Monarca entró en el estrecho vehículo, y suspendido inmediatamente por los dos criados, pusiéronse en marcha, yendo el señor de Santisteban delante, con el acero desnudo y la linterna. Atravesaron el Prado y subieron por la Carrera de San Jerónimo, y al llegar á la Puerta del Sol, tropezaron con una ronda.

—¡Alto á la justicia!—gritó el Alcalde.

Tuvieron que detenerse.

—¡Dejadme el paso libre!—dijo el caballero.

—¿Quién sois?

—Señor Alcalde, acercaos y lo veréis, porque mi nombre no puedo pronunciar.

El Alcalde se acercó, miró á D. Lope y exclamó:

—¡Ah! ¡Perdonadme!...

—Nadie ha de saber que me habéis visto, porque voy á cumplir órdenes reservadas de Su Majestad.

—¿Queréis que os acompañe?

—No.

—Pues que Dios os proteja, caballero.

—Y á vos os bendiga.

El Alcalde se alejó con los corchetes, y ni siquiera volvió la cabeza atrás. D. Lope y los dos criados pusiéronse otra vez en movimiento; siguieron por el Arroyo del Arenal, y al llegar á San Ginés volvieron á la derecha, deteniéndose á la puerta de la casa del señor de Haro. D. Lope llamó; abrieron inmediatamente, lo cual probaba que todos estaban allí prevenidos, y salió de la silla el Rey, subiendo el embozo para ocultar el semblante. En el umbral encontrábase D. Juan de Haro con una palmatoria y sin que le acompañase criado alguno; se inclinó con respeto profundo, mientras decía:

—La discreción no me permite en estos momentos manifestar lo que siento.

—¡Dios os guarde!—dijo á media voz Felipe IV.

Entró, haciendo lo mismo D. Lope, que dijo:

—La silla debe esperar aquí en el portal.

Así se hizo. D. Juan cerró, y sin articular una sílaba subieron, no hallando en el camino un solo criado. Ni el más leve ruido se percibía. Al llegar á una puerta dijo D. Juan:

—Aquí es, señor.

Y levantó la cortina; el Rey quedó inmóvil, y la palidez de su rostro se hizo más densa.

—¡Fuerzas, Dios mío!—exclamó.

Y después de algunos momentos entró en la cámara donde se encontraba su hija, que estaba aletargada por la fiebre, pero bellísima, y, sobre todo, interesante como nunca. Felipe IV la miró con ansiedad. Lo que sintió no puede explicarse. Le acometió un vértigo violento, le faltaron las fuerzas, y para no caer tuvo que apoyarse en el respaldo de un sillón.

—¡Hija de mi alma!—exclamó con voz ahogada.

En aquellos momentos hubiera sido capaz de todos los sacrificios por el bien de su hija. Empero era una de esas criaturas impresionables á las que no hay que pedir consecuencia. Poco á poco y sin darse cuenta de lo que hacía fué inclinándose, y al fin sus labios tocaron la abrasada frente de la joven, estampando un beso de inmensa ternura. Margarita se estremeció violentamente, y abrió los ojos.

—¡Padre mío!—exclamó.

No pudo el Monarca contener un grito; retrocedió algunos pasos, frío y copioso sudor inundaba su rostro, y temblando convulsivamente fijó su mirada en la joven con ansiedad indescriptible.

—¡Mi madre!—dijo Margarita con tono de exaltación febril.—¿Por qué me separaba de mi madre?... ¡Padre mío!... ¡Siquiera una caricia, un solo beso, uno no más!... ¿Por qué rechazáis á vuestra pobre hija? ¿No véis la soledad de mi alma?... ¡Pobre alma mía!... ¡Me la han destrozado!... ¡Apartad, monstruo!... ¡Yo vuestra esposa!... ¡Antes moriría mil veces!

D. Juan de Haro tembló, y se puso lívido, temiendo que en su delirio revelara la pobre niña el terrible secreto. También al miserable le faltaron las fuerzas. D. Lope desplegó una leve sonrisa. El Rey estaba tan aturdido, que apenas comprendió las palabras de la joven.

—¡Padre mío—dijo ésta dulcemente,—un

beso no más!... ¡No me rechacéis, porque os amo, á pesar de que me habéis negado vuestras caricias!... ¡Voy á morir!...

—¡No—dijo arrebatadamente Felipe IV; —no morirás, porque la conciencia me mataría, porque yo moriría desesperado, y!...

Se acercó otra vez al lecho, y con frenesí besó la frente de la desdichada niña.

—¡Yo soy tu padre—decía con el arrebato propio de su exaltación;—soy tu padre, y te haré feliz á costa de todo y á despecho de todas las circunstancias! ¿Por qué sufres? ¿Qué deseas? Dilo, hija mía; dilo, que tu padre te escucha y es el rey, y lo puede todo! ¡Ah, no; tu desdichado padre es impotente, está abrumado por el peso enorme de su corona, es esclavo de sus deberes! ¿Qué he de hacer, hija mía?

Margarita exhaló un grito desgarrador; cerráronse sus ojos y quedó inmóvil.

D. Juan de Haro se acercó al Rey y le dijo:

—¡Señor, la estáis matando!

—¡Apartad!—interrumpió D. Lope.

Y por un brazo asió á D. Juan y del lecho le separó bruscamente.

—¡Caballero!...

—¿Olvidáis el respeto que se debe á Su Majestad?

No era posible que aquella escena se prolongase. Á Felipe IV le faltaron las fuerzas; dejóse caer en un sillón, inclinó sobre el pecho la cabeza y suspiró penosamente.

—¡Pobre de mí!—murmuró con amargura.

Largo rato pasó sin que ninguno de ellos se moviese. El señor de Haro apretaba los puños con toda la fuerza de la desesperación. Temía que el Rey, enternecido, no pudiera resistir y cambiase de resolución determinando que su hija fuera esposa del hombre á quien amaba; los celos le atormentaban horriblemente. Por fin el Rey levantó la cabeza y dijo:

—¡Lope, nadie puede comprenderme más que tú, nadie puede apreciar mi sufrimiento! ¡No quiero irme, porque aquí me detiene una fuerza misteriosa! Tú me obligarás á salir.

El señor de Santisteban se acercó al Monarca y le dijo:

—Mucho sufre Vuestra Majestad, muchísimo; pero por su bien y por el de esta inocente criatura, deseo que el sufrimiento se prolongue.

—Cuando tú lo dices, razón tendrás.

—¡Ahora vamos!

—¡Separarme de mi hija!...

—¡Vamos, señor!—repuso D. Lope.

Y sin miramiento alguno tomó una mano del Monarca y le obligó á levantarse y á seguirle, mientras decía:

—¡Señor de Haro, alumbrad!

D. Juan tomó la palmatoria, lanzó una mirada profunda á D. Lope, y salieron. El Rey era en aquellos momentos un autómata: no se daba cuenta de la situación. Bajaron, entró en la silla, el señor de Haro abrió la puerta y quedó en actitud respetuosa. Los criados salieron con el vehículo, y D. Lope también, sin dirigir la palabra á D. Juan, quien, dejando en el suelo la palmatoria, cerró la puerta, oprimióse las sienes con fuerza convulsiva, y murmuró algunas palabras que no pudieron entenderse. Luego fué á su cámara, donde le aguardaba su escudero.

—¡Oh!—exclamó desesperadamente D. Juan.

—¿Qué ha sucedido?—le preguntó su criado.

—¡Ha faltado muy poco para que se descubra el secreto de mi pasión!

—Acaso D. Lope...

—Ha cumplido su promesa; pero Margarita...

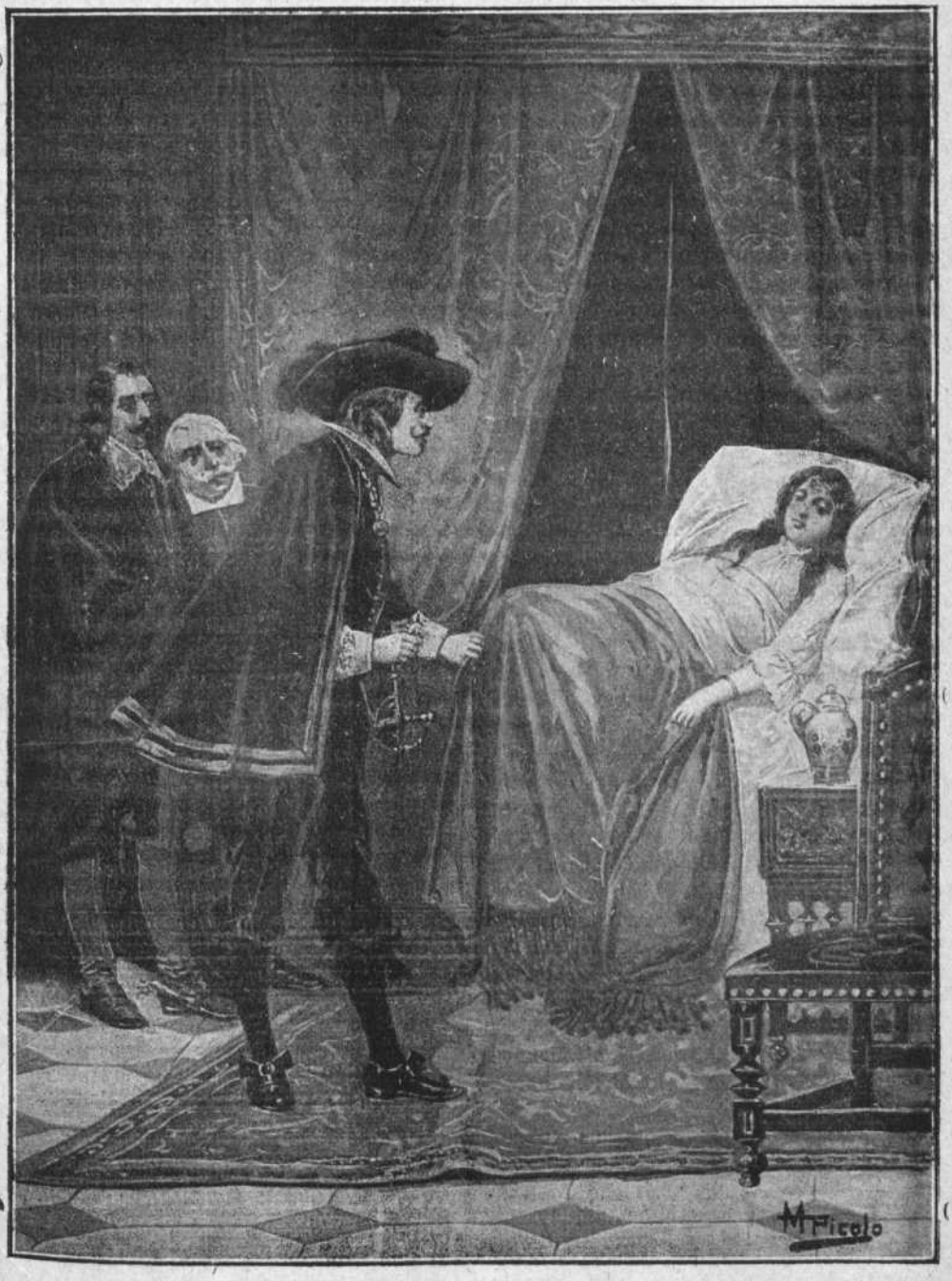
—¡Comprendo!

—Y el Rey se ha impresionado muy vivamente, y en tal estado va, que temo...

—Nada temáis, señor, porque mañana pensará el Rey de distinto modo que esta noche. Mientras miraba á su hija, era capaz de todo; pero después no sucederá lo mismo. Si doña Margarita muere, todo concluirá; y si mejora y recobra la salud, se tranquilizará su padre y no cambiará de resolución. Cuando vemos sufrir y al borde del sepulcro á una persona querida, nos sentimos dispuestos á complacerla en todo; pero cuando la vemos con salud y fuerzas, le concedemos lo que nos parece prudente ó nos conviene, porque no nos impulsa la compasión y porque tenemos serenidad.

—Sin embargo...

—¡Calma, señor, mucha calma, porque nunca la hemos necesitado como ahora!



Felipe IV la miró con ansiedad.

En tanto que así hablaban, llegaron á la morada real el Monarca y D. Lope; entraron sin que nadie los viese, y cuando estuvieron en el dormitorio, Felipe IV arrojó sobre una silla su capa y su sombrero y se sentó.

—¡No puedo más—dijo con voz débil.—¡Temo que estas conmociones acaben con mi pobre existencia! ¡Ahora comprendo que he cometido una locura!

—Vuestra Majestad ha cumplido un deber sagrado.

—¡Lo que he sufrido, nadie lo concebirá! ¡Ver á mi hija moribunda, escuchar sus quejas, pedir mis caricias, llamar á su madre! ¡Ah!... Y de su madre es el retrato.

—En todo, puesto que es igualmente desgraciada.

—¡Necesito olvidar!

—Es imposible.

—No me ocuparé en este asunto más que lo absolutamente preciso.

—Se trata de vuestra hija...

—¡No importa!

—Señor...

—Lope, no olvides que tengo la obligación de conservar mi vida, porque soy rey, y si muero pronto, mi corona pasará á las sienes de un niño, que, sobre ser débil, es...

Se interrumpió el Monarca y se estremeció.

—¡La salud de mi pueblo lo exige!—dijo después de algunos momentos.

—También la suerte de esa criatura...

—Mi deber es antes que todo.

—Respetaré las determinaciones de Vuestra Majestad.

—Tú me traerás noticias de la salud de mi hija, y te entenderás también con D. Juan de Haro. No quiero verla sino en caso de absoluta necesidad. ¿Comprendes?

—¡Demasiado bien!

—Y como este asunto ofrece tantas complicaciones... ¡Oh!... ¡Interésase el corazón de mi hija por el hijo de Cabral, del asesino, del suicida! ¡Esto es horrible! Y además, el hijo de Paredes... Afortunadamente hemos adoptado precauciones sin perder un instante y pronto esos dos hombres estarán en un calabozo. No volverá á Madrid el hijo de Cabral; mi hija le esperará en vano, y el tiempo hará lo que los hombres no pueden hacer. Es probable que mi pobre hija, creyéndose olvidada, quiera encerrarse en un convento para llorar su desdicha, y así no tendremos que violentarla, pues ella misma pedirá lo que ahora le parece horrible.

—Sí, todo puede suceder; pero eso no me parece probable.

—¿Por qué?

—Se necesita que el virrey de Nápoles consiga apoderarse de los dos hidalgos.

—Lo conseguirá, porque no es fácil que se oculten por mucho tiempo.

—Y si antes de que los encuentren, y desengañados ellos se vuelven á España, como no han cometido ningún crimen, habrá que dejarlos en paz.

—¡Por desgracia!

—Y como todo eso puede suceder...

—Entonces cavilaremos. Ahora desnúdame.

Cinco minutos después estaba el Rey en el lecho.

—¡Tengo necesidad de dormir!—dijo.

—Vendré por la mañana temprano.

—Después de haber visto á mi hija.

—Señor, que Dios proteja á Vuestra Majestad—dijo el caballero.

—Y á ti te acompañe, mi querido Lope.

El señor de Santisteban desapareció por la puertecilla. El Rey cerró los ojos, mientras decía:

—¡Mi vida es antes que todo!

Después de oir estas palabras no era posible esperar nada bueno para la infeliz Margarita.

CAPÍTULO IV

Temores y noticias.

Pasaron dos días.

La situación no había cambiado, pues aunque Margarita tuvo algunos momentos de lucidez, los médicos declararon que el peligro no era menor. Si se prolongaba aquel estado, sus fuerzas menguarían mucho, y sería imposible combatir la enfermedad. Una tarde, cuando el señor de Santisteban fué á Palacio con noticias de la enferma, encontróse al Rey del peor humor del mundo; tanto, que ni siquiera preguntó por su hija, sino que exclamó

—¡Negra fatalidad! ¡Parece que el Infierno se conjura contra mí! ¡Más desdichas, Lope, complicaciones nuevas! ¡Oh!...

—En gran cuidado me pone Vuestra Majesstad.

—¡Y no sin motivo!

—Yo estaba contento, porque doña Margarita...

—Sí, supongo que se encuentra algo mejor.

—Muy poco; pero al fin...

—¡No se trata de eso, sino de Cabral, que parece destinado á ser mi sombra, lo mismo que lo fué su padre; parece el instrumento de que quiere servirse mi negro destino para mortificarme!

—¿Acaso hay noticias?

—De Cabral, no.

—¿De Paredes?

—Tampoco.

Tuvo que esforzarse mucho D. Lope para ocultar su agitación. Adivinó fácilmente que se trataba de Gil; pero no lo que había sucedido. Su ansiedad era tan grande como su temor.

—¡Otro enemigo!—dijo el Rey.

—¿Otro enemigo?...

—¡Un auxiliar de los dos hidalgos, un cómplice que quizás vale más que ellos! Á ti puedo decírtelo: empiezo á temer que haya resucitado el diabólico escudero.

—No comprendo, señor.

—El correo que llevaba la orden para el Virrey, ha sido engañado en una posada, le han robado el pliego.

—¡Ah!...

—Y para mayor desdicha, como se lo quitaron mientras estaba durmiendo, no advirtió el robo sino después de andar mucho camino y perder otro día.

—¡Señor!...—exclamó D. Lope con tono de profunda sorpresa.

—¡Hemos perdido el tiempo, que en esta situación es un tesoro!

—Y los dos hidalgos, si es que á Nápoles se dirigían..

—Llegarán mucho antes que una nueva orden, y quizás les sea posible realizar su intento.

—¡El caso es grave!

—Y no puede haber duda de que esos hombres intentan lo que sospechamos. Además, ¿cómo sabían que semejante orden había de enviarse al Virrey? ¿Cómo pudieron conocer al mensajero? El golpe se había preparado con algunas horas de anticipación.

—Todo eso parece inverosímil.

—Pero, desgraciadamente, es verdad.

—Señor, por primera vez en mi vida me siento aturdido.

—¿Qué opinas?

—Nada, porque mis ideas son confusas. Partimos de una base que quizás sea falsa.

—¡No, Lope, eso no!

—Perdone Vuestra Majestad; pero en asuntos tan trascendentales no fío en apariencias, porque si son engañosas, puedo verme muy comprometido. He dudado y dudaré de que los dos hidalgos en cuestión son Cabral y Paredes; y aunque sobre este punto no se equivoque Vuestra Majestad, falta averiguar con certeza que han ido á Nápoles para sacar de su encierro al Sr. Alfonso. Bueno es adoptar precauciones por si tal empresa acometen, lo cual sería perdonable.

—¡Lope!—exclamó el Rey, fijando una mirada intensa en su antiguo paje.

—Señor, un hijo tiene siempre el deber de salvar á su padre, sin meterse en más averiguaciones.

—Eso estaría bien en cuanto á Paredes.

—Y si busca ayuda, no es difícil que la encuentre, puesto que se trata de la salvación de un infeliz que no ha cometido ningún crimen. Digo lo que siento, porque así cumplo mi deber, y esto no significa que yo piense favorecer á los unos ni á los otros.

—Sí; quiero que digas lo que sientes, aunque sea muy dasagradable.

—Pero de todas maneras, resulta que se ha cometido un abuso.

—Y no sabemos por quién

—¿Qué clase de hombre engañó al correo?

—No era persona de distinción, aunque se expresaba como si lo fuese.

—Quizás algún noble disfrazado.

—¡Lo temo!

—¿Y qué ha hecho la justicia para buscar al delincuente?

—¡La justicia!—replicó irónicamente el Monarca.—Lo que sabe hacer lo has visto en

otras ocasiones. ¿Qué hizo para apoderarse del *Escudero de Satanás?* Dar muchos escándalos, provocar muchos conflictos, sin conseguir nada; y si de los demás conspiradores nos apoderamos, fué debido á doña Leonor.

—Nos interesaba mucho apoderarnos de ese hombre.

—Todo lo que ha podido hacerse es encerrar en un calabozo al correo.

—¡Infeliz!

—Tengo la seguridad de que no es traidor.

—Entonces, se comete una injusticia.

—Sí; y por eso mandaré que le pongan en libertad, pues no quiero más responsabilidades.

—Felicito á Vuestra Majestad por esa determinación.

—¡Lope, aconséjame!

—Me parece que no puede hacerse más que enviar otra orden, y con lo que ya ha sucedido no se dejará engañar el segundo mensajero. Por muchos días que se pierdan, á tiempo llegará, pues muchos días han de necesitar también los dos hidalgos para ponerse siquiera en relaciones con el preso. Lo que intentan es tan difícil, que en lo imposible raya. ¡Sacar un preso que está en el castillo del Ovo! En semejante cosa no puede pensar ningún hombre juicioso.

—Discurres bien.

—De todas maneras, conviene aprovechar el tiempo.

—Hoy mismo partirá otro correo.

—Debe saber lo que ha sucedido, porque así se guardará.

—Y se le amenazará con la muerte.

Seguía D. Lope esforzándose para ocultar su alegría. Cuanto pudo abrevió la conversación, y con pretexto de ir á ver á la enferma despidióse del Monarca y salió de Palacio.

—¡Gracias, Dios mío!—exclamó cuando estuvo solo.

Así supo que Gil había triunfado, y el Rey fué quien le dió la noticia. Corrió á su casa para dar á su esposa cuenta del feliz suceso. Si la primera orden había desaparecido, perdiéndose tres días, era mucho lo que ganaban los dos atrevidos hidalgos. Desde aquel día el Rey se preocupó de aquel asunto tanto como de la salud de su hija. Pasó otra semana. Margarita había mejorado lo bastante para que los médicos la considerasen fuera de peligro, y entonces pudo pensar en su situación. ¿Qué determinó? Lo ignoramos. D. Lope, aunque tuvo alguna ocasión para entrar en explicaciones con Margarita, no quiso hacerlo, porque le pareció muy peligroso hacerla experimentar nuevas emociones, aunque fuesen de contento. Era preciso esperar á que recobrase más fuerzas, si bien no se presentarían ocasiones tan favorables para hablar con ella sin testigos. El Rey cumplió su propósito de no ver á D. Juan, y en vano éste fué todos los días á Palacio. En cuanto á su hija, no quiso tampoco cambiar de resolución. Las primeras impresiones habían pasado, y ya no era preciso sacrificar nada para salvarla. Como se recuerda lo que se ha soñado recordaba el Rey lo que sucedió la noche terrible que fué á ver á su hija, y, por consiguiente, el recuerdo no le mortificaba. Ya lo había dicho: necesitaba ante todo vivir y se procuraba toda la tranquilidad que era posible en su situación.

—Nada se ha conseguido—pensaba D. Lope; —pero no retrocederé.

Siguieron pasando los días, y Margarita dejó el lecho: recobraba las fuerzas, aunque lentamente. El señor de Santisteban no tenía ya pretextos para visitarla diariamente. Preciso le sería acudir á medios extraordinarios; pero no le era posible hacer nada sin el auxilio de Gil. Un día le dijo el Rey:

—Ya no es menester que te tomes la molestia de ir á ver á mi hija, porque si alguna novedad ocurre, me dará el aviso D. Juan.

—Le agradezco mucho á Vuestra Majestad que me releve de la obligación de entender en ese asunto, pues como toma un carácter de cierta gravedad, puedo verme comprometido, y tener sobre mí responsabilidades que me pesarían mucho.

—Mientras cumplas mis órdenes con la lealtad que siempre lo has hecho, nada debes temer.

—Pero algunas puedo cumplirlas flojamente, porque se opongan á mis ideas, á mis sentimientos ó á mi carácter.

—Lope, lo que acabas de decir puede significar mucho.

—Y significa.

—Puesto que siempre me hablas con franqueza, quiero que ahora lo hagas sin miramiento de ninguna clase.

—No he de titubear para que Vuestra Majestad quede complacido—dijo sencillamente D. Lope.

—Eso me agrada.

—Pues espero á que Vuestra Majestad se digne preguntarme.

—Lo único que deseo saber es si eres de mi opinión con respecto á mi hija.

—No, señor—respondió el antiguo paje sin vacilar.—Creo que nadie, absolutamente nadie, tiene el derecho de sacrificar á sus particulares intereses el corazón de esa criatura.

—¿Y qué puedo hacer?

—Si ama á un hombre honrado...

—Pero bien sabes—interrumpió vivamente el Monarca,—bien sabes que la fatalidad ha querido que se interese por el hijo de Cabral.

—Señor, nunca estaremos de acuerdo sobre ese punto.

—¿Y por qué no?

—Porque yo creo que es la más atroz de las injusticias hacer al hijo responsable de las faltas que su padre cometió. Hasta hoy el hijo de Cabral ha demostrado los más nobles sentimientos; ha sufrido y se ha resignado, que es todo lo que puede pedírsele á una criatura, y si ha intentado sacar de su prisión al Sr. Alfonso de Paredes, prueba así más y más que sus sentimientos son nobles y que es amante de la justicia. Señor, ahora no nos escucha el mundo y podemos decirlo con claridad: el señor Alfonso de Paredes...

—¡Basta, porque te he comprendido!—interrumpió el Rey.

—No pienso favorecer á los unos ni á los otros, porque mi situación no me lo permite; pero aprecio la situación en lo que vale.

Las verdades amargan, y á los reyes mucho más, porque están acostumbrados á saborear el almíbar de la adulación. Mucho quería Felipe IV á su antiguo paje; pero no estaba dispuesto á escuchar lo que le desagradaba. Don Lope había dicho demasiado. Bien sabía que su proceder había de crearle más de una dificultad; pero, en cambio, tenía la ventaja de encontrarse más libre para lo que fuera preciso hacer. Ya no pronunció el Rey más que algunas frases que ningún valor tenían, y la conversación languideció muy pronto. D. Lope se despidio y se fué. Desde aquel día su conducta fué la misma de siempre, y muchos días pasaron sin que hablasen ni de Margarita ni de los dos hidalgos. El señor de Santisteban esperaba con la ansiedad que era consiguiente. ¿Qué sucedía en Nápoles? Al fin una mañana encontró D. Lope al Rey de mejor humor que nunca. Sonreía y hablaba alegremente

—¿Parece—dijo el caballero—que se siente mejor Vuestra Majestad?

—Mi querido Lope, siempre te he dicho que más que el cuerpo es el alma la que tengo enferma, y, por consiguiente, las satisfacciones y la tranquilidad del espíritu me hacen mucho bien.

—De todas maneras, doy á Dios gracias—repuso el antiguo paje.

—Ha desaparecido uno de los fantasmas que me amenazaban á todas horas, una de las complicaciones que me daban mucho que pensar, y ya respiro libremente, porque tendré un cuidado menos y con poco trabajo resolveré la situación.

—No comprendo bien.

—Ya tengo las pruebas de que se conocen el hijo de Cabral y el de Paredes, de que están en relaciones íntimas, y de que han ido á Nápoles para sacar de su calabozo al preso.

—¡Las pruebas!...

—Como que allí los han visto, ellos no ocultaban su nombre, y resistieron cuando la justicia quiso prenderlos.

Tembló D. Lope. Nunca como entonces necesitó de la fuerza de su voluntad; miró ansiosamente al Monarca, y éste prosiguió diciendo:

—No contaron con una coincidencia que debía trastornar todos sus planes.

—Lo que intentaban...

—Aunque difícil, no era imposible; pero ha querido Dios que el Sr. Alfonso de Paredes deje de existir, mientras que su hijo y Cabral...

—¡Que ha muerto!—exclamó D. Lope sin poder contenerse.

—Sí; y semejante suceso no debe sorprender, porque ya hacía bastante tiempo que el Sr. Alfonso estaba muy débil, y su fin cercano era cosa prevista y anunciada por los médicos.

Densa palidez cubrió el rostro del señor de Santisteban: consideraba la muerte del Notario como un golpe terrible. ¿Qué sería del hijo cuando se encontrase con que su padre había muerto? El Sr. Domingo debía de estar desesperado. Quedó inmóvil y mudo; pero su alteración no podía ser sospechosa, porque el Rey lo tomaría por efecto natural de la sorpresa.

—Sí— dijo Felipe IV después de algunos momentos;—el Sr. Alfonso de Paredes ha dejado de existir, y, por consiguiente, ya no hay temor de que revele el secreto con la autoridad propia de la víctima. Le han dado sepultura, y todo ha concluído. Ya era viejo, nada tenía que esperar en el mundo, como no fuesen penas; y, por consiguiente, nada ha perdido. La muerte es una dicha para los que sufren.

—¡Ese infeliz tenía un hijo, un afecto, un goce!—respondió gravemente el señor de Santisteban.

—Ese afecto no era un goce, sino un tormento, puesto que no veía á su hijo.

—¿Y han conseguido prender á los hidalgos?

—No, porque se defendieron heroicamente.

—Del valor de Cabral respondo.

—Hay circunstancias curiosas en este asunto. Con los dos hidalgos se encontraba un hombre que á Nápoles llegó tres ó cuatro días antes de morir Paredes.

—Debe de ser el que engañó al correo.

—Pero lo que no acabo de entender es lo de que otra persona estaba con los dos hidalgos.

—Otro auxiliar; eso es cosa clara.

—Era un anciano, y, por consiguiente, para nada servía, puesto que se trataba de una empresa que exigía valor, agilidad, fuerzas corporales.

—Ciertamente.

—El Virrey ha escrito una relación minuciosa de todo lo sucedido. Me he quedado con ella para complacerme en leerla varias veces, pues los sucesos no dejan de ser interesantes.

—Esa relación...

—La verás y la leeerás en voz alta, y yo escucharé. Ya sabes que hace bastante tiempo me fatiga la lectura. Así quedarás bien enterado.

—Como Vuestra Majestad disponga, pues ni soy curioso, ni quiero mezclazme en este asunto.

—Abre aquel cajón, mi querido Lope, saca los papeles, y la encontrarás.

Obedeció el caballero. Á pesar de toda su sangre fría y de todo su valor, estremecióse al tocar los papeles.

—Siéntate—le dijo el Monarca,—y da principio á la lectura.

Así lo hizo D. Lope, colocándose de manera que el papel ocultara su rostro, que unas veces enrojecía y otras se cubría de nerviosa palidez. Tampoco entendió lo del anciano que á los hidalgos acompañaba, pues al Virrey se le había olvidado decir que llamaba hijo á Diego de Paredes. Si esto se hubiera consignado en la relación, probablemente, hubiese adivinado la verdad D. Lope. En cambio, la relación contenía otros pormenores sin interés. Siempre resultaba que el Sr. Alfonso había muerto, y esto era tan verdad como que se le dió sepultura, y con la relación estaban todos los documentos para que ninguna duda quedase. Cuando el señor de Santisteban acabó de leer hizo el último esfuerzo; dominóse en cuanto era posible, volvió á doblar los papeles, y dijo:

—¡No hay duda, señor!

—Ya no tenemos que pensar en ese infeliz.

—Los muertos no son temibles.

—Queda el hijo.

—¿Qué ha de hacer?

—Si quisiera vengarse...

—¿Y sobre quién descargaría el peso de su enojo?

—Recuerda que una vez quisieron asesinarme.

—Pero Cabral fué un instrumento de otros muchos, porque eso no puede hacerlo un hombre solo, y ahora es distinta la situación.

—Siempre hay descontentos.

—Pero no siempre hay conspiradores que valgan tanto como Padilla y el Marqués.

—Y el Duque—murmuró el Rey.

Hacía ya muchos años que no nombraba al de Híjar, y tenía prohibido que de semejante persona le hablasen. D. Lope guardó silencio, porque sabía que nada había de conseguir quebrantando la prohibición.

—¿Qué opinas que debo hacer?—preguntó el Rey.

—Olvidar al hijo del Notario, y así ganará mucho Vuestra Majestad. Ese desdichado nada puede hacer, y tendrá que contentarse con odiar.

—Bien me parece tu consejo, pues ante todo me conviene la tranquilidad de espíritu.

—En cuanto al hijo de Cabral...

—Ha hecho lo que ha podido, y volverá á su casa para deplorar la desdicha.

—Creo que no hará otra cosa.

—Ahora voy á salir. Tú me acompañarás... Hoy no se siente tanto el frío, el cielo está despejado, y me conviene respirar el aire libre.

Á los pocos minutos el Monarca salía para pasear en los jardines, apoyado en un brazo de Lope y seguido por algunos caballeros de su servidumbre. Dos pajes llevaban la silla de tijera y el almohadón para cuando Su Majestad quisiera sentarse. Siglos le parecían los minutos á D. Lope, porque deseaba estar solo para meditar. Á pesar de su mal humor y de sus temores, pudo fingir, y habló, como siempre, ingeniosamente. Dos horas después volvía el Rey á Palacio, diciéndole:

—Puedes retirarte cuando quieras, porque yo voy á descansar un rato antes de comer.

—Señor, deseo que Vuestra Majestad continúe recibiendo noticias agradables.

—Ése es el único medicamento que puede prolongar mi existencia.

Apenas D. Lope estuvo solo, exclamó:

—¡Vive el Cielo! Principiamos con una derrota. ¿Cómo concluiremos? Y ahora el Rey, como en otra cosa no puede ocuparse, pensará en su hija y dispondrá que la lleven á un convento. ¿Qué haré? Ni siquiera me queda el recurso de revelar el secreto de la pasión de D. Juan de Haro, porque nada conseguiría como no fuese precipitar los sucesos, pues el Rey dispondría que inmediatameute fuera su hija al convento para librarla así del nuevo y no despreciable peligro que D. Juan ofrecía con su insensato amor.

Con acierto discurría D. Lope. Hubiera sido cometer una torpeza el hacer daño á D. Juan, sin provecho para Margarita. La situación presentaba mayores dificultades. Era de absoluta necesidad que D. Lope hablase sin testigos, con entera libertad y con mucha calma á Margarita. ¿Cómo había de hacerse esto? D. Juan de Haro adoptaba cada día más precauciones. La infeliz joven pasaba los días en su aposento y contemplando las sombrías paredes del patio adonde daban las ventanas, sin ver más que á su verdugo; se había encerrado en la más absoluta reserva, y era muy difícil conseguir que pronunciase una palabra. Así, D. Juan no pudo saber lo que su víctima pensaba ó sentía con respecto al Sr. Domingo.

Entretanto los hidalgos, en compañía de Gil, continuaban su viaje; pero no podían caminar tan deprisa como hubieran deseado, porque no lo permitían las escasas fuerzas del señor Alfonso. Se habían embarcado en Génova, y desembarcaron en Barcelona. Entonces dijo Cabral:

Ya nada tenemos que temer.

—Así parece—le respondió su amigo.

—Pues vosotros continuaréis el viaje con toda calma y comodidad; yo os dejaré, y correré para llegar á Madrid cuanto antes me sea posible.

—No os detendré, porque no olvido que en Madrid se encuentra la mujer á quien amáis.

—Ya he cumplido mi deber: se ha salvado vuestro padre, y justo es que me ocupe en lo que tanto me interesa.

—Todos nos ocuparemos—dijo Paredes,—pues es justo que yo os ayude en la lucha que habéis de entablar, lo mismo que vos me habéis ayudado. Nuestras relaciones son de tal naturaleza, tan fuertes lazos nos unen, que lo que al uno interesa no puede ser indiferente para el otro.

—Ciertamente.

—Y, además, os debo tanto...

—Ocasión tendréis para pagarme.

—¡Dios me dé tanto acierto para ayudaros como vos habéis tenido!

—¿Cuándo partiréis?—preguntó Gil á Cabral.—Porque si ha de ser mañana...

—Inmediatamente; apenas encuentre un caballo, que es cuanto necesito.

—No iréis solo.

—¿Acaso vos?...

—Mi señor me espera.

—Como yo he de verle...

—Puede necesitarme.

—Haced lo que bien parezca; pero no me parece urgente vuestro viaje.

—Tal vez no lo sería si supiéramos lo que pasa en Madrid.

—¡Es verdad!

—Sr. Domingo, os acompañaré.

—No me opongo, sino que me alegro, porque muy agradable ha de serme vuestra compañía. ¡Correremos!

—Tendremos el placer de reventar algún caballo.

—Y de dar algún disgusto al viejo ruin que mortifica á la mujer sublime y desgraciada á quien adoro.

—Del astuto viejo me he burlado una vez, y tengo la esperanza de burlarme otras muchas; y digo esperanza, por no parecer vanidoso, pues tengo la completa seguridad del triunfo.

—¡Dios os escuche!

—No os desalentéis, Sr. Domingo, que algo mucho más difícil hemos hecho en Nápoles.

—Estoy dispuesto á luchar hasta morir; pero mi negro destino...

—¡Bah! No podéis quejaros de la fortuna.

—Gil, los minutos son preciosos para mi corazón.

—Y para el mío también, porque estoy seguro de que mi noble señor ha de darme un abrazo cuando sepa lo que ha sucedido.

—Quizás á estas horas tenga ya noticias de que el Sr. Alfonso ha muerto.

—¡Tripas de Lucifer!

—Y debe de sufrir mucho.

—No importa, porque así será mayor la alegría.

Una hora después tenían caballos, despedíanse del padre y del hijo, y se ponían en camino. Ambos eran jóvenes y vigorosos, y debían hacer el viaje con mucha rapidez.

CAPÍTULO V

La revelación.

El Sr. Domingo y Gil llegaron á la corte con toda felicidad, si bien rendidos por la fatiga, pues apenas se habían permitido reposo y habían comido casi siempre mal y deprisa. Estaban cubiertos de polvo, y su ropaje, medio destrozado. Las cabalgaduras apenas podían sostenerse, y no hubieran resistido si tuviesen que andar una legua más. Dejaron atrás el histórico convento de Atocha, subieron por lo que es hoy final de la calle del mismo nombre, y llegaron á la de la Magdalena, que así se llama por el convento que allí hubo. Sin compasión espolearon á sus fatigadas cabalduras, que, esforzándose mucho, tomaron un trotecillo que debía concluir con sus escasas fuerzas. El Sr. Domingo se impacientaba, juraba y maldecía, porque los instantes le parecía siglos. Gil tenía más calma, porque sabía que con la impaciencia no había de avanzar más rápidamente. Las circunstancias de ambos eran distintas, puesto que Cabral estaba enamorado, y corría para poner en claro el misterio impenetrable que envolvía el objeto de su amor. Por fin llegaron á Puerta de Moros. Al distinguir la iglesia de San Andrés exhaló un grito de alegría el Sr. Domingo.

—¡Todo tiene fin!—dijo el criado.

—¡Corre!—gritó desesperadamente Cabral.

Y al mismo tiempo clavó las espuelas en los ijares de su caballo. El pobre animal resopló, hizo un esfuerzo; pero... no pudo correr. Entraron en la calle de D. Pedro, y llegaron á la puerta de la morada de D. Lope.

—¡Ah!—exclamó el Sr. Domingo.

—¡Gracias á Dios!—dijo Gil.

Echaron pie á tierra; acudió el portero, que se hizo cargo de las fatigadas cabalgaduras; Cabral y Gil entraron en la casa, y subieron de dos en dos escalones.

—¿Y D. Lope?—preguntó el primero.

—¿Dónde está nuestro señor?—decía el segundo.

—En su cámara.

Varias habitaciones atravesaron, y cuando estuvieron en presencia del podersoo caballero Cabral exclamó:

—¡Abrazadme!

D. Lope, antes de moverse, le miró, y conociendo en el semblante lo que pasaba en su alma, dijo:

—No necesito explicaciones para comprender que habéis engañado al Virrey. ¡Acercaos, Sr. Domingo, que bien merecéis el abrazo! ¡Y tú también, mi querido Gil!

Se abrazaron los tres sin ninguna ceremonia y muy cariñosamente. En los primeros mo-

mentos no pronunciaron una palabra, porqne estaban muy conmovidos. Empero bien pronto recobraron la calma. Gil sonreía con inmensa satisfacción. El Sr. Domingo estaba triste y preocupado.

—Sentaos—les dijo D. Lope,—y mientras descansáis, decidme brevemente lo que ha sucedido. He pasado días terribles, porque he tenido que luchar con muchas dificultades y he visto cosas demasiado desagradables; pero, á Dios gracias, la situación mejora, no porque el camino esté más llano, sino porque desaparecieron los peligros mayores, los más inminentes y los más horribles.

—¿Y Margarita?—preguntó el enamorado mancebo con ansiedad inconcebible.

En vez de contestar, el señor de Santisteban preguntó con mucha calma:

—¿Y el Sr. Alfonso?

—¿No comprendéis mi angustia?

—¿Y vos no habéis aprendido á dominaros?

—¡D. Lope!

—Margarita no ha desaparecido: está en su casa y en la misma situación que antes.

—¡Ah!

—Debierais haber principiado por decirme lo que ha sucedido en Nápoles.

Hubiera preferido Cabral ocuparse ante todo de Margarita; pero no le fué posible hacerlo así, porque se lo prohibió el respeto debido á su noble protector. Obedeció, relatando con vivos colores cuanto había sucedido en Nápoles, y D. Lope escuchó con atención profunda. Al terminar dijo el señor de Santisteban:

—¡Negocio concluido, y con gran fortuna! Principia á triunfar la causa de la justicia, y con tal principio no puede haber mal fin. Mientras llegan á la corte el Sr. Diego y su padre, trazaremos el plan de conducta que nos conviene seguir, y cuando hayáis descansado y aquí se resuelvan ciertas dificultades, emprenderéis vuestro viaje á León, para hacer con el duque de Hijar lo que habéis hecho con el señor Alfonso de Paredes. La empresa no es tan difícil en cuanto á lo de llegar hasta el Duque y ponerse de acuerdo con él; pero hay otros obstáculos que quizás no sea posible vencer.

—Con voluntad firme...



...llegaron á la puerta de la morada de D. Lope.

—No ha de ser bastante vuestra voluntad.

—Si queréis explicaros...

—Lo haré cuando llegue el momento oportuno, porque ahora no hay para qué, y basta deciros que al Duque quise salvar hace catorce años, y cuando estaba preso en su propia casa; pero de nada sirvió cuanto hice, porque dijo que de su encierro no saldría si no se de-

claraba su inocencia, y fué preciso dejarle.

—Ese hombre...

—No se parece á ninguno y vale casi tanto como D. Luis de Vargas. Á pesar de todo esto, no retrocederé; y quizás yo mismo vaya á León, porque he de cumplir un deber sagrado, he de pagar una deuda de corazón y de gratitud.

—Dispuesto me tenéis.

—En estos momentos nada podemos hacer.

—Pues, entonces...

—Os parecía bien que de Margarita nos ocupásemos; ¿es verdad?

—Sí.

—De ella nos ocuparemos, y así se calmará vuestra impaciencia; pero, en cambio... Sufriréis más que ahora, y desde luego os lo anuncio para evitaros la sorpresa.

—Vos sabéis quién es esa criatura.

—No lo he negado.

—Pues yo quiero conocerlo también.

—No ignoráis mi historia, porque os la ha referido más de una vez D. Luis.

—Y no la olvidaré.

—Sabéis que hice cuanto es imaginable para conocer algunos secretos.

—Y lo conseguisteis.

—Pero bien pronto me arrepentí, y á vos ha de sucederos lo mismo.

—D. Lope, ya sabéis lo que el adagio dice—replicó Cabral.

—Sí, dice que nadie escarmienta en cabeza ajena, y así os sucede á vos. Creéis que vuestro mayor sufrimiento consiste en ignorar quién es Margarita; pero os equivocáis.

—Perdonadme—dijo Gil;—pero como vais á tratar de un asunto que sobradamente conozco, y como nada puedo hacer ahora y estoy muy fatigado, no llevaréis á mal que á mi aposento me retire para dormir y recobrar las fuerzas que tanto he de necesitar muy pronto.

—Sí; retirate y descansa, puesto que no he de decir nada que ignores.

El criado salió de la cámara. El Sr. Domingo fijó la mirada en D. Lope esperando las explicaciones de éste, que dijo:

—Ante todo habéis de hacerme una promesa.

—¿Cuál?

—La de dominaros, aunque os violentéis mucho, y la de no hacer uso de este secreto sin mi expresa autorización.

—Puesto que es preciso, os lo prometo.

—Tenéis un rival...

—¡Un rival!—exclamó el mancebo.

Y dos centellas se escaparon de sus ojos negros.

—No podréis hacer con él lo que con otro cualquiera, sino lo que yo disponga, y por de pronto habréis de contentaros con aborrecerle cordialmente.

—¡D. Lope!...

—Si no contáis con la fuerza de vuestra voluntad, decidlo con franqueza, y de este asunto me desentenderé, deseando que os proteja la fortuna.

—¡Oh!...

—Vuestra palabra de ser prudente y muy reservado, y de no hacer nada contrario á lo que yo disponga.

El Sr. Domingo tuvo que someterse. Otra cosa le era imposible, pues no quería renunciar á conocer el secreto que tanto le interesaba.

—¡Lo prometo por mi honor!—dijo después de dudar algunos momentos.

—Está bien.

—¡Ahora explicaos!

—Supongo que no habéis olvidado lo que pudiéramos llamar el testamento de vuestro desgraciado padre.

—¡Olvidado! ¡Eso es imposible!

—Ya lo sé; y la prueba la tengo en que habéis arriesgado la vida y de todo os habéis olvidado para sacar de su calabozo al Sr. Alfonso de Paredes.

—Era mi deber.

—El por qué estaba preso ese infeliz, no lo ignoráis.

—No.

—Sabéis también que en el convento de la Encarnación Benita, vulgo San Plácido, gime una infeliz que todo lo sacrificó á las pasiones del Rey.

—¡Pobre mujer!

—Lo que vuestro padre no dice al relatar ese suceso es por qué la desdicha llegó á pronunciar los votos que para siempre la separan del mundo.

—¿Y queréis decirme qué es lo que tiene

que ver esa historia con una mujer á quien adoro?

—Vais á saberlo, puesto que os empeñáis.

Y D. Lope relató al mancebo la historia que oímos referir á Felipe IV.

—¿Comprendéis ahora?—dijo al terminar.

—¡Es hija del Rey!

—Sí.

—¡Dios mío!—exclamó Cabral con acento que parecía llevarse tras sí el alma.

—Ya conocéis el secreto.

—¡La hija del Rey, del mayor enemigo de mi padre, del hombre á quien debo aborrecer, siquiera por la memoria del autor de mis días y porque de todas mis desdichas fué causa!

—Sí; por las venas de Margarita corre la sangre de Felipe IV.

El Sr. Domingo inclinó la cabeza, se oprimió las sienes con fuerza convulsiva, y quedó inmóvil. El señor de Santisteban le contempló mientras decía tristemente:

—¡Pobre mozo!... Ya empieza á conocer las negras realidades de la vida, ya empiezan á desvanecerse las risueñas ilusiones de la juventud.

Largo rato pasó sin que se moviesen ni pronunciaran una palabra. No se percibió entonces más ruido que el de la respiración violenta de Cabral. Cuando levantó la cabeza pudo verse que su rostro estaba lívido y desfigurado. Espantosa borrasca agitaba su espíritu. D. Lope no se había equivocado, pues el pobre mancebo sufría mucho más desde el momento en que se disiparon sus dudas. Entonces pudo apreciar su situación. Comprendió que tendría que luchar con grandes obstáculos, tal vez invencibles. ¿Cómo había de consentir el Rey que su hija se casara con el hijo del audaz conspirador, del que intentó asesinarle, del que se burló de él hasta en los últimos y solemnes momentos de su existencia? Para estorbar semejante unión, apelaría Felipe IV á todos los medios imaginables. Si para conseguir resultados de menor interés había cometido injusticias y abusos, como el de la prisión del Sr. Alfonso, ¿qué haría en aquel caso? Con el auxilio, con toda la influencia de D. Lope contaba el mancebo; pero esto no era bastante para luchar con el Rey, no era bastante para triunfar. Y si la situación le espantaba al Sr. Domingo, ¿qué haría cuando acabase de conocerla? Esfuerzos sobrehumanos tuvo que hacer para dominarse en cuanto era posible en aquellos momentos de agitación borrascosa, de trastorno profundo.

—¡Valor tendré!—dijo al fin.

—Y con el valor y la fe triunfaréis.

—Sufro mucho, D. Lope.

—No me sorprende.

—Pero no estoy arrepentido.

—Eso prueba que os sentís con aliento para todo.

—¿Y cómo ha de faltarme siendo tan grande mi pasión? Esto podéis comprenderlo vos más que nadie, puesto que lo mismo que yo habéis amado.

—Le comprendo, sí.

—Continuad, caballero, porque aún falta lo que tiene mucho interés. Me habéis hablado de un rival...

—Lo conoceréis muy pronto.

—Y vos veréis que sé cumplir mis promesas, aunque tenga que destrozarme el alma.

—Antes de daros á conocer á vuestro rival he de deciros por qué se encuentra Margarita bajo la tutela de D. Juan de Haro.

—Como bien os parezca.

—La niña fué confiada á la noble y virtuosísima doña Ana de Haro, hermana de D. Juan, que en cuanto fué posible ocupó el lugar de una madre.

—¡Dios la bendiga!

—Pero, desgraciadamente, doña Ana murió, y al Rey le pareció que con nadie estaría su hija mejor que con D. Juan, á quien ya conocía y á quien era natural que amase, porque las veces de padre había hecho.

—Creo que ese hombre...

—Es la más ruin de las criaturas; pero el Rey no había tenido ocasión de conocerle.

—Vos podéis...

—No puedo hacer ahora lo que desearía, y os convenceréis muy pronto.

—Proseguid.

—Á todas horas y en la intimidad había estado D. Juan de Haro viendo á la hermosa niña, y poco á poco encendióse en su pecho una pasión...

—¡Por Dios vivo!—interrumpió el mancebo, cuyos negros ojos relumbraron otra vez.

—No hay pasiones tan intensas como las de los viejos.

—¡D. Juan de Haro mi rival!...

—Supongo—repuso D. Lope—que no tenéis celos, puesto que debéis comprender que Margarita no puede amar á ese hombre.

—Pero...

—Es natural que odieis al señor de Haro, siquiera porque es un estorbo y porque con sus pretensiones mortifica á la mujer á quien amáis.

—Siendo tan ruin...

—Tanto, que para llegar á la realización de sus deseos es capaz de todo, absolutamente de todo.

—Me parece fácil inutilizarle, pues si su pasión fuera conocida por el Rey...

—La primera determinación de Su Majestad sería separar á su hija del señor de Haro.

—Mucho ganaríamos.

—Perderíamos mucho, porque Margarita iría inmediatamente á un convento, ó lo que es igual, ahora se haría lo que está determinado hacer después.

—¡Un convento!

—Ella ha resistido.

—Y si tiene firmeza...

—Tal vez ahora pida lo que antes rechazaba con horror.

—Eso es incomprensible.

—Sr. Domingo, os daré otras dos noticias, buena la una y mala la otra, y en seguida os iréis á descansar, que falta os hace.

—Os escucho.

—Margarita os ama.

—¡Que me ama!

—Tanto como vos á ella.

—¿Cómo lo sabéis?

—Porque ella misma me lo ha dicho.

—¡Ah!...

—Y su amor lo conoce también D. Juan, y este secreto se lo ha revelado al Rey.

—¡Miserable!

—Fácilmente podéis comprender el efecto que la noticia ha producido en Su Majestad.

—Lo comprendo.

—La primera resolución ha sido terrible, pues el Rey dispuso que D. Juan refiriese á la joven la historia de vuestro padre...

—¡Por el Infierno!—gritó fuera de sí el señor Domingo.

—Y D. Juan cumplió la orden de la manera que más le convenía.

—¡Cuánto abuso!

—No pudo Margarita soportar el golpe, y enferma cayó.

—¡Desdichados de los que la hacen sufrir!

—Entre la vida y la muerte ha estado; pero Dios ha querido que se salve.

—¡Ah!...

—¿Qué ha determinado la infeliz? ¿Qué piensa? ¿Qué hará, sabiendo que sois el hijo del que intentó asesinar á su padre?

—¿Acaso debo ser responsable de faltas que no he cometido?

—No; pero se os ha presentado como si fuéseis un monstruo, y á la inocente niña deben de haberle hecho creer que habéis heredado el odio de vuestro padre, que conspiráis contra el Rey, y quizás que buscáis ocasión para asesinarle.

—Tanta maldad no se concibe.

—Pero, desgraciadamente, es verdad.

—D. Lope...

—Basta por ahora, Sr. Domingo, pues es preciso que descanséis y recobréis la calma.

—¡No necesito descanso!

—Los comentarios los haremos después.

—¡Oh!...

—No os digo que en mi casa quedéis, porque no conviene así.

—Ya lo sé.

—Esta noche ó mañana hablaremos despacio, y acabaréis de conocer la situación, pues aún ignoráis cosas de muchísimo interés.

—Repito que no estoy fatigado.

—Idos, que las fuerzas se pierden cuando de ellas se abusa.

—Obedeceré, porque tengo la obligación de respetaros—dijo el mancebo poniéndose en pie.

—Iré á vuestra posada.

—Si no conviene que yo venga...

—Por ahora, no.

—¿Dónde habita D. Juan?

—Lo sabréis cuando hablemos, y os suplico y os prohibo averiguarlo antes.

—¡Cúmplase vuestra voluntad!

—¡Dios os proteja!

—¡Que os guarde el Cielo, D. Lope!

Salió el mancebo, encaminándose á la Plaza Mayor. El señor de Santisteban fué á la cámara de su esposa.

CAPÍTULO VI

Donde sabremos lo que pensaba Margarita.

Si no estuviera cubierto de polvo y de lodo el ropaje del Sr. Domingo Cabral, nadie hubiera creído que acababa de hacer un largo viaje, ni tampoco se hubiera conocido su cansancio, pues sus pasos eran firmes, y enérgicos sus ademanes. Su energía significaba la excitación violenta por la borrasca de su espíritu. No había mentido al asegurar que no necesitaba dormir, ni siquiera tomar alimento. Sentíase con fuerzas sobradas para todo. Verdad es que sus fuerzas tenían mucho de ficticias, y que pronto quizás había de presentarse la reacción.

Ya sabemos que valía mucho, y que, por consiguiente, no podía cometer ciertas torpezas, como no fuese en los primeros momentos de arrebato de la ira, en esos momentos de trastorno en que se obscurece la inteligencia más clara. Al entrar en la Plaza Mayor subió el embozo, recatando el semblante y dejando apenas ver los ojos. Atravesó una parte de la plaza, llegó á la hostería del honrado Crispín, entró, y sin detenerse metióse en uno de los aposentos del piso bajo, sentándose donde había menos luz. El hostelero, que le había visto entrar, acudió muy presurosamente, y se le acercó haciendo profundas reverencias y diciéndole:

—Señor caballero, espero vnestras órdenes, si á bien tenéis dármelas; y si es que ahora y ante todo queréis descansar, hacedlo descuidadamente, y llamad cuando bien os parezca, que entretanto nadie os molestará.

El Sr. Domingo levantó la cabeza y descubrió el semblante. Los ojos y la boca abrió desmesuradamente el buen Crispín, y con acento de profunda sorpresa exclamó:

—¡El Sr. Domingo!...

—¡Callad, vive el Cielo!! ¡Se creería que habías visto algún fantasma.

—No es eso, Sr. Cabral, sino que no os esperaba, y como os presentáis tan de repente, y además... ¡En fin, no acierto á explicarme! Os habéis metido aquí como un desconocido cualquiera, en vez de subir y entrar en vuestro aposento.

—Cuando así lo hago, es porque así me conviene.

—Lo supongo; pero...

—Acercaos más, y escuchadme con toda vuestra atención, pues lo que he de deciros tiene mucho interés para mí, y si cometieseis una torpeza, la pagaríais muy cara.

—Bien sabéis que mi buena voluntad...

—No la pongo en duda, maese Crispín.

—Entonces...

—Pero necesito más.

—Tambien sabéis que os profeso particular estimación, por ser el hijo de aquel gran hombre cuya pérdida lloro todavía.

—Y por consiguiente, estaréis dispuesto á servirme, haciendo por mí más de lo que haríais por cualquiera de los que habitan en vuestra casa.

—Cuanto sea menester, caballero.

—Lo que necesito no exige sacrificios de ninguna clase, sino prudencia, reserva, discreción.

—Entendido.

—Disimulo, alguna habilidad, y lealtad sobre todo.

—En cuanto á lealtad...

—He contado con ella, y lo mismo le sucede á mi ilustre amigo el Sr. D. Lope de Santisteban.

—¡El Sr. D. Lope!—exclamó el hostelero con grave tono.

—Ya le conocéis.

—¡Oh!...

—Figuraos que no soy Cabral.

—Pues me lo figuro.

—Entro en vuestra casa como acabo de entrar, cómo, os pido habitación, y manifiesto particular empeño en quedarme en la del señor Domingo.

—Nada conseguiría quien tal pidiese.

—Pero vos sois débil, os dejáis llevar por la codicia, y fiado en que ha de pasar mucho tiempo antes de que á Madrid vuelva Cabral, accedéis á mi súplica y en su habitación me instalo.

—Pero...

—No sabéis mi nombre, ó no queréis decirlo.

—Continuad dijo Crispín, pasándose las manos por la fr te, porque empezaba á sentirse aturdido.

—Nadie me servirá más que vos, y por ningún motivo entrará otra persona en mi aposento.

—Eso es fácil.

—Saldré de noche ó aprovechando los momentos en que vuestros criados no puedan verme, y así ninguno me conocerá; y si alguien pregunta por mi, le contestaréis que no he vuelto á la corte y ni sabéis cuándo volveré.

—Está bien.

—Dentro de algunos días llegará el Sr. Diego de Paredes en compañía de un anciano, que aquí se quedará también, y entonces os daré las instrucciones que convengan. Solamente D. Lope de Santisteban puede entrar en mi aposento.

—De todo esto resulta...

—Que os soborno para que me engañéis, para que abuséis de la confianza que en vos he depositado.

—Aunque el engaño no existe, es tan escrupulosa mi conciencia...

—Podéis tranquilizaros.

—Sólo por vos haría semejante cosa.

—Maese Crispín, acabo de hacer un largo viaje, he corrido sin descansar, apenas he dormido en muchos días, y estoy sin aliento.

—Lo cual significa,..

—Que necesito comer.

—¿Dónde lo haréis?

—Puesto que en mi habitación he de quedarme, allí comeré; me acostaré en seguida, y reposaré hasta la noche.

—Pues esperad un momento, que voy por la llave de vuestra habitación, y dispondré que mi criado se separe de la escalera.

—No os detengáis.

Con ligereza cumplió la orden el hostelero. Salió, y volvió con la llave; subieron, entraron en la habitación que alquilada tenia el Sr. Domingo, y que también había ocupado su padre, dejando allí muchos recuerdos de gran interés, y entonces pudo Cabral quitarse la capa, la espada y el sombrero. Sentóse y esperó la comida, no con impaciencia, porque no tenía apetito, sino con el deseo de beber, suponiendo que el vino había de prodncir en él dos efectos contrarios: desaturdirle ó aturdirle más, haciéndole dormir. Con prontitud llevó maese Crispin la comida, y el enamorado mancebo principió por llenar de vino un vaso y beber ávidamente.

—¿Os ha sucedido alguna desgracia?—le preguntó el hostelero.—Y me permitiré recordaros que no soy curioso ni he olvidado lo que os desagrada la curiosidad.

—No soy afortunado.

—Tampoco lo fué vuestro padre. Verdad es que se metió en negocios que ofrecían grandes peligros, y no es extraño que en grandes apuros se viese.

—Mi padre conspiraba y yo no conspiro. Mi padre no se ocupó nunca con seriedad de las mujeres, y yo he nacido para amar á una con toda mi alma; mi padre tuvo grandes aspiraciones, grandes ambiciones, y yo no aspiro más que á la tranquilidad.

—Pues, entonces, debierais ser dichoso.

—Sin embargo, no lo soy.

—Os parecéis á vuestro padre, y al mismo tiempo sois muy distinto.

—No os equivocáis, pues las dos cosas suceden.

—Esto nadie lo entendería.

—Lo importante os mi proceder, y os juro que pura está mi conciencia.

—¡Dios os conserve así!

—Al lado de mi amorosa madre he pasado la vida; de ella me separo, empiezo á luchar, empiezo á sufrir y á devorar las amarguras de horribles desengaños. Os asustaríais si pudierais comprender lo que pasa en mi alma en estos momentos. Así no es extraño que mi semblante exprese la agitación, el disgusto ó la desesperación tal vez. Pero vos tranquilizaos, porque mis desdichas no han de comprometeros en ningún sentido. Pocas horas antes de morir escribió mi padre su testamento, consignando su última voluntad para que yo la cumpliese, y en vos pensó hablándome de vuestra honradez, y recomendándome que os estimase y que os pagara con cariño el que os debía y los buenos servicios que le prestasteis.

—Alma noble!—exclamó enternecido Crispín.

—Os digo esto para si abrigáis algún temor.

—Ninguno.

—Me alegro.

—Y sobre todo, dispuesto me tenéis á correr cuantos riesgos sean necesarios para serviros como merecéis.

—¡Gracias, buen Crispín!

—Conque decíais—repuso el huésped—que el Sr. Diego de Paredes...

—Debe llegar dentro de pocos días, y en cuanto á la compañía, es preciso que seáis muy discreto.

—Cumpliré con exactitud vuestras órdenes y así no cometeré ninguna torpeza.

Continuaron la conversación. Cabral bebía mucho y apenas comía; no consiguió embriagarse, ni tampoco se desaturdió completamente; pero empezó á sentir pesada la cabeza, despidió al hostelero, cerró y echó la llave, y se dejó caer en la cama. Las leyes de la Naturaleza lo dominan todo, y por más que el enamorado mancebo se empeñó en cavilar sobre su situación crítica, cerráronse sus ojos y quedó profundamente dormido. La calma fué completa en la hostería.

No sucedía lo mismo en todas partes, pues aquella mañana la infeliz Margarita había despertado muy agitada y sobresaltada á consecuencia de las pesadillas que la hicieron sufrir durante su sueño la noche anterior. Tristísimos presentimientos la atormentaban. Buscó consuelo en la oración, y mientras rezaba corría el llanto por sus mejillas abundantemente.

Pocas veces la criatura tiene que sostener una lucha como la que agitaba su espíritu desde que D. Juan de Haro le refirió la horrible historia del padre del Sr. Domingo. Preguntábase si le era lícito amar á un enemigo de su padre, y enemigo de tal naturaleza que buscaba ocasiones para consumar el más horrendo crimen. Además le habían dicho que el hijo había heredado toda la ruindad de alma del padre. Y sin embargo, contra toda su voluntad y contra su razón, el fuego de su amor la devoraba, y aún era más intenso desde que encontró los primeros obstáculos, desde que sufrió las primeras contrariedades. Lo que menos pensó Margarita fué hacer responsable al hijo de las faltas y los crímenes cometidos por el padre.

D. Juan, que era muy astuto, había previsto todo esto, y tuvo buen cuidado de referir la historia de manera que apareciese el mancebo como un desalmado, lo mismo que su padre. Si la voluntad de Margarita era impotente para dominar su pasión, no lo sería para el cumplimiento del deber. Consideraba como un crimen amar al hombre que á su padre odiaba, y si no podía dejar de amarle, sí le era posible dejar de verle, separarse de él para siempre, levantando así entre sus corazones un obstáculo invencible. Margarita hubiera considerado su muerte como la dicha mayor, porque así terminaba la lucha. ¿Para qué quería vivir? Su primer amor debía ser el último, y, por consiguiente, á nada tenía que aspirar en este mundo de desdichas.

Antes la horrorizaba la idea de encerrarse en un convento, y ya estaba dispuesta á pedir lo que había rechazado: antes le parecía un crimen ofrecer á Dios un corazón que no le pertenecía; pero después quiso ofrecerle un corazón que estaba destrozado. ¡Pobre criatura! Entre los sombríos muros de un convento debía consumir su triste existencia. Para adoptar semejante resolución contribuyó no poco la horrible sospecha que la había hecho concebir D. Juan de Haro, suponiendo que el Sr. Domingo quería convertirla en instrumento de su venganza. ¿Era posible que el señor Domingo inspirase confianza á la joven? Lo dudamos. Cierta clase de impresiones no se borran fácilmente.

Sin quejarse sufría Margarita, y sin quejarse debía morir, porque el sentimiento de la dignidad era muy grande en ella. Los dolores son doblemente terribles cuando no tienen desahogo. ¿Para qué había de hablar Margarita de su sufrimiento, si no podía comprenderlo nadie? El día en que estamos, después de mucho llorar limpió sus ojos, para presentarse en el comedor con la gravedad de siempre. Allí se encontró con D. Juan de Haro, que le dijo:

—¡Dios os guarde!

—Y á vos—respondió la joven.

—¿Cómo habéis pasado la noche?

—Bien.

—¿Os sentís con más fuerzas?

– Las he recobrado por completo.

—¡Doy gracias á Dios!

No hablaron más. Para rezar únicamente resonaron sus voces. El almuerzo terminó volviendo á rezar. Púsose en pie el señor de Haro para volver á su cámara; pero le dijo la joven:

—Esperad un momento.

—¿Qué deseáis?

—Os ruego que vayáis á ver á mi padre.

—Hace muchos días que no consigo esa honra, á pesar de que la solicito continuamente. Vuestro padre está enfermo y se molesta lo menos posible, procurando así conservar sus escasas fuerzas y prolongar su vida, porque tiene el deber de vivir.

—Á pesar de eso le veréis, porque es preciso; y si otro medio no encontráis, acudiréis á D. Lope de Santisteban, suplicándole en mi nombre que haga lo posible para que os reciba Su Majestad.

—Os complaceré.

—Diréis á mi padre que here cobrado por completo la salud y las fuerzas.

—Esa noticia le agradará mucho, le servirá de consuelo, y quizás de alivio para sus males.

—Será para mí una dicha haber contribuído á tan buen resultado.

—Pero si otra cosa no he de decirle, me responderá que he cometido un abuso al solicitar con tanto empeño que me reciba, pues, según tiene dispuesto, he debido dar la noticia á D. Lope.

—Algo más y de mucha importancia habéis de decirle.

D. Juan fijó una mirada de extrañeza en la joven. No era posible que adivinara lo que ésta había determinado. Creyó que iba á pedir alguna gracia de las que no era posible concederle, como la de ver y abrazar á su padre.

—He reflexionado muy detenidamente—añadió Margarita.

—¿Sobre qué?

—Sobre mi situación.

—¿Y qué habéis conseguido con entregaros á cavilaciones que pueden perjudicar vuestra salud?

—Mucho, porque he adoptado una resolución, y al ponerla en práctica tendré alguna tranquilidad, que es la única dicha posible para mí.

—¡Una resolución!...

—Seguid escuchando.

—Decid.

—Mi deseo consiste en encerrarme en un convento para llorar mis desdichas, suplicando á Dios que me consuele y que en la otra vida me conceda un lugar en su santa Gloria.

D. Juan se sintió aturdido. ¿Cómo había de creer que la infeliz joven pudiese pedir lo que siempre había rechazado con horror? Esto le parecía inverosímil, perfectamente absurdo; fijó el anciano en Margarita una mirada de estupor, exclamando después de algunos momentos:

—¿Pedís encerraros en una celda?

—Sí.

—¿Vos?..

—Yo, D. Juan; y quiero que mi deseo se cumplá cuanto antes; hoy mismo, si posible fuera.

—¡Doña Margarita!...

—Caballero, viendo estáis que os hablo con perfecta calma.

—¿Habéis perdido la razón?

—Precisamente porque la he recobrado quiero ser monja.

—¡No lo entiendo, no lo entiendo!—dijo el anciano, mientras se pasaba las manos por la frente.

—¿Acaso mi padre no lo había dispuesto así? Vos me lo habeis dicho más de una vez, y, por consiguiente, no hago más que obedecerle, dar una prueba de respeto profundo á su voluntad.

—Sin embargo...

—Cuando así lo había dispuesto, graves razones tendría.

—La importancia de esas razones depende del punto de vista desde el cual se mire la cuestión.

—Es verdad; pero siempre resulta que mi padre dispone que yo sea monja, y que no solamente me conformo, sino que soy de su misma opinión y lo pido como puede pedirse una gracia.

Sintió D. Juan como si se helara su sangre y su corazón dejara de latir. No pudo articular una sílaba; frío y copioso sudor corrió por

su frente. Si Margarita se separaba de él y en un convento se encerraba, ¿cómo conseguiría realizar sus deseos? La última esperanza de D. Juan debía desvanecerse al poner la joven en práctica su extraña determinación, y el Rey no había de poner obstáculos para que se cumplieran los deseos de su hija, sino que, por el contrario, allanaría todas las dificultades. Entonces fué cuando el señor de Haro comprendió que había cometido una gran torpeza, pues al inutilizar al Sr. Domingo, Margarita renunciaba al mundo, donde no veía otro porvenir que el de ser esposa del hombre á quien odiaba tanto. ¿Podía D. Iuan negarse á llevar aquella noticia al Monarca? ¿Podría influir para que éste cambiara de resolución? Tampoco. Así la situación del criminal llegó á ser no menos apurada que la de sus víctimas.

—¡Ah!—exclamó.—¡No hay duda; vuestra razón se ha trastornado: estáis otra vez enferma, os devora la fiebre, y deliráis!

—Nunca he sido dueña de mi razón como ahora.

—¡Vos en un convento!...

—Con el convento me habéis amenazado muchas veces.

—Para el caso de que absolutamente os negaseis á ser mi esposa.

—Y mi negativa la conocéis ya.

—Sin embargo...

—No he cambiado de resolución, y, lo mismo que antes, prefiero mil veces morir á corresponder á vuestra pasión impura.

—Una pasión como todas, que puede santificarse una pasión que...

—¡Basta, caballero!—interrumpió ásperamente Margarita.

—¡Pensadlo bien!

—Repito que he meditado muy detenidamente.

—¡Oh!...

—Haced lo que os digo.

—¡Jamás!

—Es vuestra obligación.

—¿No comprendéis que es imposible que yo mismo contribuya á que de mí os separéis?

Margarita se encogió de hombros, hizo un gesto de indiferencia, y replicó:

—¿Y qué me importa todo eso?

D. Juan se sintió trastornado por la desesperación y la ira. Grandes esfuerzos tuvo que hacer para dominarse y no olvidar las consideraciones y el respeto que á la hija del Rey debía.

—Veréis á mi padre—volvió á decir la joven,—y le manifestaréis...

—¡No, y mil veces no!—gritó fuera de sí el señor de Haro.

—Pues tened entendido que, tarde ó temprano, encontraré ocasión para decir á don Lope que os habéis negado á cumplir este deber, y entonces sobre vos caerá toda la cólera de mi augusto padre, y no poco se regocijará el señor de Santisteban.

La amenaza era terrible; sin embargo, don Juan replicó:

—De opinión habréis cambiado antes de que tengáis ocasión de hablar con D. Lope de Santisteban.

—Todo es posible—dijo Margarita, con una calma que en aquellos momentos era espantosa.

—Es probable, y casi seguro.

—Suponed que el Sr. Domingo de Cabral no es un enemigo de mi padre, y que yo me convenzo de que le habéis calumniado.

—Siempre será el hijo del asesino, del suicida.

—No es responsable de los crímenes que su padre cometió. Yo también soy la hija de dos criaturas débiles y extraviadas por una pasión criminal. Por consiguiente, si ese hidalgo tuviera un alma tan noble como yo la deseo, si no se propusiera convertirme en instrumento de sus planes tenebrosos y de su ruin venganza, otra vez me horrorizaría el convento, y á vuestro lado me quedaría; pero mi corazón sería para él, y á todas horas me veríais amarle, y oiríais que mis labios pronunciarían su nombre con ternura inmensa.

—¡Por Dios vivo!...

—Elegid, pues: separada de vos, ó á vuestro lado para amar al noble mancebo que de vos se burló en la posada.

Sordamente rugió el señor de Haro. Margarita acababa de decirle la verdad con lógica verdaderamente terrible.

—¡Antes quiero veros muerta que unida ese hombre!—gritó el señor de Haro.

Y corrientes de fuego se escapaban de sus pequeños y hundidos ojos.

—¡Pues matadme!—dijo fríamente Margarita.

—¡Señora!...

—¡Os cansáis en vano!

—¡Aún no me conocéis!

—Ni vos á mí. ¿Habéis creído que la pobre niña débil y sin defensa temblaría, se sometería? ¡Os equivocáis, D. Juan, porque el valor me sobra, no solamente para lucha , sino para morir.

—Si en el convento llegáis á entrar...

—Allí me quedaré; no puede suceder otra cosa.

—Y profesaréis.

—Es lo que deseo.

—Y si algún día os arrepentís...

—Me consolaré con la seguridad de que los sagrados votos me separan para siempre de vos.

—Estos momentos de arrebato os costarán...

—¿Arrebato decís? ¿Pues no estáis viendo mi calma?

—¡Porque gozáis con mi martirio!

—La víctima, por noble que sea, no puede mirar compasivamente á su verdugo.

—¡Doña Margarita!...

—¡Caballero, he concluído!—dijo la joven levantándose también.—Ya conocéis mi deseo, y bajo vuestra responsabilidad haréis lo que bien os parezca.

Ni más habló, ni más quiso escuchar. Dió media vuelta, y con paso firme y altivo continente salió del aposento para volver á su cámara. Á la suya fué D. Juan.

—¡Lucas, Lucas!—gritó:

Acudió el escudero.

—¿Qué sucede?—preguntó.— Pálido estáis como un difunto, muy agitado, y...

—¡Por el Infierno!

—¿Otra desgracia?

—¡La mayor de todas, la que desbarata en un solo instante todos nuestros planes!

—Temo que os hayáis dejado arrebatar sin motivo.

—Pronto te convencerás de que el motivo sobra.

—Permitidme que lo dude.

—Sucede lo peor que podía suceder.

—Lo peor era que se muriese doña Margarita.

—Te equivocas.

—Tales cosas decís, que acabaréis por aturdirme

—Escucha, porque vas á saberlo todo.

—Ya escucho.

—Y si medio no encuentras para que de este apuro salgamos...

—¡Le encontraré!

CAPÍTULO VII

Un plan horrible.

Lucas jugaba su porvenir en aquellos momentos, y así lo había comprendido. Si no sacaba del apuro á su señor, éste le miraría con el desdén con que se mira al que para nada sirve. Poco importaba que el escudero hubiese dado pruebas de ingenio, de astucia y de habilidad: los que pagan, y son además superiores, piden algunas veces imposibles y no escuchan razones. Después de algunos minutos, y con cuanta calma le fué posible, dijo D. Juan:

—Bien sabes que doña Margarita no ha querido pronunciar una palabra desde que recobró el uso de la razón.

—Meditaba, y, por consiguiente, callaba.

—Hoy ha roto el silencio.

—Señal cierta de que al fin ha tomado una determinación.

—No te equivocas.

—Mejor, porque así será doblemente clara la situación, sabremos á qué atenernos, y esto nos dará grandes ventajas en la lucha.

El señor de Haro desplegó una sonrisa irónica y dijo:

—¡Pronto te convencerás de que nuestra derrota es cierta!

—¿Declararme vencido mientras tenga vida? —exclamó el escudero.—¡Jamás, señor! Á menos que os dejéis dominar por escrúpulos que nos detendrían, y que serían ligaduras que nos inutilizasen para todo.

—Lucas—repuso el caballero con sombría voz,—creo que Satanás se ha posesionado de mi alma y de todo soy capaz, antes que renunciar á la realización de mis deseos. ¡Dominado por escrúpulos! ¡Por el Infierno! ¡No me conoces, ni tampoco has comprendido lo que sufro!

—Pues, entonces, triunfaremos.

D. Juan hizo un gesto de duda.

El escudero añadió:

—Decidme lo que pasa, y después haremos comentarios.

—Doña Margarita me manda ir á ver al Rey para decirle que ha recobrado por completo la salud y las fuerzas..., y que quiere entrar en un convento.

—¡Por Satanás!...

—Y como esto es lo que el Rey desea, la complacerá, y la separará de mí.

Lucas arrugó el entrecejo, cruzó los brazos, inclinó sobre el pecho la cabeza y quedó inmóvil.

—Al encerrarse en un convento doña Margarita, se desvanece mi última esperanza.

—Y con razón.

—No puedo dejar de ver al Rey, porque ella me amenaza con aprovechar la primera ocasión para decir á D. Lope que me he negado á cumplir este deber.

—Es preciso que hagáis lo que doña Margarita quiere.

—Y aun arrostrando todos los peligros y echando sobre mí una responrabilidad tremenda, y suponiendo también que cambia de resolución dentro de algunos días...

—Sería peor.

—Me encuentro colocado en una alternativa espantosa! Si obedezco á doña Margarita, muy pronto estará en el convento.

—Antes de tres días.

—Y si la dejo para que el tiempo y las circunstancias la pongan en el caso de cambiar de resolución...

—Os encontraríais peor que antes.

—Pues si un término medio no existe, claro es que debo considerar como cosa cierta la derrota.

—Así parece—murmuró el criado, que continuaba muy pensativo.

—Dime ahora si hay lucha posible.

—No lo sé.

—Dime si no te declaras vencido, mal que te pese.

—No.

—Algo.

—Eso es no decir nada.

—¡Dejadme reflexionar!

—¿Para qué sirve la reflexión en estos momentos? Supón que el techo de esta habitación ha de hundirse y que sabes que te aplastará, y al mismo tiempo te dicen que te matarán si de aquí sales.

El escudero no respondió.

—¿Qué haríais?—le preguntó el señor de Haro.

Levantó Lucas la cabeza. Su semblante había cambiado de expresión y revelaba algo tan inexplicable como horrible.

—Señor—dijo,—vuelvo á preguntaros si tenéis valor para todo, ó si os detendrán escrúpulos mal entendidos.

—Ya te he contestado.

—Pues si valor tenéis y os reís de la conciencia como yo me río, todo se arreglará. Me comprometo á sacaros de este apuro.

—¡Si tal hicieses, te recompensaría con montones de oro!

—¡Pues ya me considero rico!

—Explícate.

—Cumpliréis vuestro deber, y hoy mismo veréis á Su Majestad.

—Y el resultado...

—No puede ser más que uno.

—El Rey dispondrá que su hija vaya al convento, y prevendrá á Sor Margarita, y todo habrá concluído, lo mismo para mí que para mi odioso rival.

—Os resignaréis, no volveréis hablar de este asunto, y emplearéis el tiempo en arreglar las cosas de manera que doña Margarita tenga que ceder al fin, pues ha de llegar un día en que se convenza de que toda resistencia es inútil, así como ya se ha convencido de que es imposible realizar la dicha á que aspiraba.

Con profunda extrañeza miró D. Juan á su astuto criado. No era posible entender lo que éste quería decir.

—Ya veis—añadió Lucas—cómo nos quedan recursos y medios para luchar.

—Si con más claridad no te explicas...

—Lo diré otra vez: el Rey dispondrá que su hija vaya al convento, y vos la llevaréis.

—¿Y ha de quedar allí?

—Claro es que allí ha de quedar.

—Entonces...

—Repito que no volveréis á ocuparos en este asunto, y ni siquiera pasaréis por las cercanías del convento.

—¿Y qué adelantaré?

—En vez de ir al sagrado recinto de las esposas del Señor, iréis á las horas convenientes á la casa que es de vuestra propiedad, que nadie habita porque está ruinosa, y que abandonada tenéis.

—¿Y qué haré allí?

—Ver á la mujer que ha encendido vuestro pecho, esperar con paciencia, y al fin, si vuestra conciencia no vence, apelaremos al último recurso.

—Lucas, ó yo he perdido la razón, ó se han vuelto locos cuantos me rodean.

—Es que estáis ofuscado, señor.

—Si Margarita se queda en el convento, ¿como ne de verla en el ruinoso edificio?

—Porque allí estará.

—¿Que allí estará?...

—Forzosamente, puesto que allí la habréis llevado, y será vuestra prisionera, y bien vigilada por mí.

—¡Por Dios vivo!...

—Y al mismo tiempo, el Rey tendrá la prueba de que en el convento de San Plácido está la hija al lado de la madre. Podrá suceder que la hija, trastornada por su pasión, cometa alguna locura y del convento se salga huyendo con su amante, que puede ser el hidalgo ó cualquiera otro; pero vos no seréis responsable de nada de esto, sino la Superiora de la comunidad; y cuando el Rey os hable del asunto, os encogeréis de hombros, y diréis que deploráis la desgracia.

—Lucas, vuelvo decirte que loco debo de estar.

—Asi lo creéis, porque aún no me habéis entendido.

—¿Y quién entendería lo que dices?

—Cualquiera que no estuviese enamorado.

—¡Acaba de explicarte!

—Señor, prometí sacaros del apuro, y cumplo mi promesa,

—Y yo cumpliré la mía de hacerte rico.

—La madre y la hija no se conocen.

—¿Y qué importa eso?

—Mucho, porque al convento llevaréis una mujer cualquiera, y...

—¡Ah!...

—¿Me habéis entendido?

—¡Lucas, Lucas!—exclamó D. Juan, cuyos ojos brillaron como carbunclos.

—Y creyendo que al convento va, irá doña Margarita á la casa ruinosa, donde todo estará preparado para nuestros fines.

—¡Por quien soy, que vales tanto!...

—Mi buena voluntad para serviros.

—¡Triunfaré, triunfaré!—exclamó D. Juan.

Y se puso en pie, yendo de un lado para otro, y acabando por abrazar á su escudero. La alegría le trastornaba no menos que le había trastornado la desesperación.

—¡Calma, señor, calma!—le dijo el sirviente.

—Tu plan ofrece en la práctica...

—Algunas dificultades; pero me comprometo á vencerlas.

—Si lo consigues...

—Mujeres sobran que se prestarán á representar la farsa, porque pagaremos con largueza. El dinero es el más poderoso de los auxiliares.

—Te autorizo para gastar sin ninguna consideración.

—Buscaré una desdichada que sea joven, bonita y de ojos negros.

—Si algún parecido tuviese...

—No es menester tanto.

—Pero una torpeza...

—La instruiremos bien, y siendo lista, que lo será, veréis cómo representa su papel á las mil maravillas. Se pasará en el convento un mes, ó el tiempo que bien le parezca, y luego aprovechará la primera ocasión, y se irá.

—Perfectamente.

—Como habrá hablado de su amor y de estar arrepentida de haberse encerrado, se creerá que se ha ido desesperada y con el primero que le ha ofrecido protección.

—Comprendo.

—Si la madre fué débil, ¿por qué no ha de serlo la hija? Esto á nadie ha de sorprender, pues bien sabéis aquello que «de tal palo, tal astilla».

—¡Es verdad!

—Si no podéis vencer con el tiempo y las razones la resistencia de doña Margarita, apelaréis á la violencia.

—¡No me detendré!

—Si no quiere ser vuestra esposa, que sea vuestra querida; y como entre ambas cosas no es posible dudar para elegir, más ó menos tarde vuestra esposa será: os iréis á vivir adonde bien os parezca, y seréis dichoso, si es que la dicha puede consistir en tener una esposa.

—¡Lucas, eres un gran hombre!

—Todo esto ofrece peligros que no se me ocultan.

—Muchos y grandes.

—Pero algo es preciso arriesgar, si hemos de ganar algo.

—Mis enemigos...

—Son muy temibles, porque mucho valen.

—Particularmente D. Lope...

—Es el único que me infunde miedo.

—¡Estoy decidido!

—¡Pues manos á la obra, mi noble señor!

—Hoy mismo veré al ey.

—Ahora.

—¿Y si D. Lope me habla de este asunto?

—Le diréis que, cansado de sufrir y sin esperanza de conseguir vuestra dicha, os declaráis vencido para conseguir siquiera alguna tranquilidad.

—No me creerá.

—¿Y qué importa?

—Pero le convencerán los sucesos.

—No os detengáis, señor, porque vuestro deber es cumplir los deseos de doña Margarita.

—¡Ayúdame á cambiar de ropa!

El señor de Haro empezó á vestirse apresuradamente. El plan de Lucas no podía ser más horrible. Si se realizaba, ¿qué sería de la infeliz joven? El drama debía tener un desenlace verdaderamente espantoso. Acabó de vestirse D. Juan.

—¡Vigila como nunca!— dijo á su escudero.

—¡Descuidad!

—Volveré cuanto antes me sea posible.

—Mientras yo esté aquí, nada temáis.

—¡Adiós, mi querido Lucas!

—¡Hasta luego, mi noble señor!

Con cuanta prisa pudo tomó el caballero por el arroyo del Arenal hacia la Puerta del Sol. Poco antes le había costado mucho trabajo dominar los arrebatos de la ira, y entonces no podía ocultar su júbilo satánico. Veinte minutos después entraba en la morada real. Aquella mañana no encontró á D. Lope de Santisteban.

CAPÍTULO VIII

El Rey no se molesta.

Apenas D. Juan solicitó ver al Monarca, le respondieron:

—¡En mal momento llegáis!

—¿Y por qué?—preguntó el criminal.

—Por la sencilla razón de que hace una hora que ha cambiado el humor de Su Majestad. Se levantó contento, se puso á examinar unos papeles, y después ha contestado muy agriamente á cuantos se le acercaban.

—Á pesar de todo, es preciso que yo tenga la honra de ver á Su Majestad.

—Á nadie quiere recibir.

—El asunto es urgente y de muchísima importancia. Así debéis decírselo, si no queréis incurrir en grave responsabilidad.

—Si es de importancia el asunto...

—De mucha.

—Pues por lo mismo no ha de querer Su Majestad veros.

—Pero también es agradable lo que he de decirle.

—¡Eso es otra cosa!

—Dadle aviso, y así nos evitaremos todos algún disgusto.

Tanto insistió el señor de Haro, que al fin dieron el aviso al Monarca; pero el resultado no pudo ser peor. El gentilhombre que había entrado en la cámara real, salió y dijo:

—Ahora no ha de quedaros duda.

— ¿ Acaso se niega Su Majestad á recibirme?

—Dice que os verá otro día, y que entretanto, según tiene dispuesto, debéis acudir á D. Lope de Santisteban.

—¡Á D. Lope!...

—Tiene toda la confianza de Su Majestad, y sobre este punto es inútil ninguna observación.

—Pero D. Lope no ha venido.

—Podéis esperarle, ó ir á su casa.

—¡Vive el Cielo! Me parece que esto rebaja algo á personas de mi clase, porque al fin

D. Lope, simple y pobre hidalgo hace cuatro días!...

—D. Juan, todo lo que se siente no puede decirse.

—¡Es verdad!

—Haced lo que mejor os parezca, en la inteligencia de que yo no volveré á entrar en la cámara real sino cuando el Rey me llame.

Tuvo que resignarse el señor de Haro. Fué de un lado para otro impaciente, y transcurrió una hora que debió de parecerle un siglo, antes de que se presentara D. Lope, á quien se presentaron sonrientes todos los cortesanos. El antiguo paje respondió muy cortésmente á los saludos; pero más de una vez miró con desdén profundo á la turba de aduladores que en su presencia inclinaban la frente, aunque casi todos le odiaban. D. Juan se levantó también diciéndole:

—Señor de Santisteban, necesito hablaros ahora mismo y para asuntos de gran interés.

—Os escucho.

—He solicitado ver al Rey.

—Supongo que no os ha recibido.

—Dice que me entienda con vos.

—Lo siento; pero si Su Majestad lo manda, me será preciso obedecer.

—Aunque no lo mandase, á vos acudiría lo mismo, porque doña Margarita lo ha dispuesto así para en el caso de que Su Majestad no quisiera escucharme.

—Lo cual significa que habéis venido...

—Porque ella lo exige.

Fijó D. Lope su mirada penetrante en el señor de Haro, y le preguntó:

—¿Qué sucede?

—Váis á saberlo, aunque á nadie debiera decírselo antes que á Su Majestad.

—Si es un secreto...

—Para vos, no.

—Entonces...

—Doña Margarita ha meditado y adoptado una resolución que es irrevocable.

—Explicaos—dijo el señor de Santisteban, cuya frente se contrajo.

—La resolución consiste en cambiar de vida encerrándose en un convento.

Esperaba D. Juan una exclamación de ira ó de sorpresa; pero se equivocó, porque don Lope desplegó una sonrisa irónica y guardó silencio.

—¿Habéis entendido? preguntó el señor de Haro.

—¡Demasiado bien!

—Semejante determinación disipa mi última esperanza.

—Vuestra esperanza no ha de desvanecerse sino con la vida.

—Os equivocáis, caballero.

—¡El tiempo lo dirá!

—Estoy cansado de luchar, cansado de sufrir estérilmente, y ya que es imposible la dicha á que aspiro, busco por lo menos alguna tranquilidad para mi espíritu.

—Os desconozco, D. Juan.

—Eso consiste en que no me habíais conocido bien.

—Aunque lo dudéis, os diré que he penetrado hasta lo más recóndito de vuestra alma ruin.

Nerviosa palidez cubrió el rostro de don Juan, fulgor siniestro se escapó de sus pupilas.

—Vuestras palabras no me ofenden—dijo,—porque ya hemos convenido en que nos odiamos.

—Sí.

—Continuaré como si nada hubieseis dicho.

—Haced lo que mejor os parezca.

—Ya soy viejo, ó por lo menos he dado el primer paso en el camino de la vejez, ó estoy á puerta—repuso el señor de Haro.

—¿Y bien?...

—Á mi edad se desea la calma como la dicha mayor, y las luchas muy violentas ó muy prolongadas nos fatigan demasiado y nos desalientan. Esto consiste en que las fuerzas son escasas á mi edad, y no basta el deseo, pues la voluntad y á la energía del espíritu no corresponde la energía del cuerpo. Así se explica que yo renuncie á lo que he deseado con tanto afán. Me encuentro con el imposible ó poco menos, y abandono la empresa. Me consuela únicamente que lo que no ha sido para mí no ha de ser para otro.

—Ese consuelo tiene algo de ruin.

—No os diré lo contrario; pero así es.

—Resulta de todo, que doña Margarita...

—Quiere ser monja y pide con insistencia que la lleven á un convento. ¿Qué haré cuando

la separen de mí y se encuentre en una celda? Y esto sucederá muy pronto, puesto que es lo que desea Su Majestad.

Silencioso quedó el señor de Santisteban; meditó, y después de algunos minutos dijo:

—¡Está bien, caballero!

—He cumplido mi deber, y no es culpa mía que Su Majestad no haya querido recibirme.

—Yo le daré á conocer el deseo de su hija.

—No necesito más.

—Volved á vuestra casa, ó quedaos.

—Me quedaré, por si acaso Su Majestad manifiesta el deseo de verme para pedirme alguna explicación.

—Tal vez.

—¡Que Dios os guarde, D. Lope!

Éste se separó de D. Juan, y, como siempre hacía, sin anunciarse y sin ninguna ceremonia entró en la cámara real. El Rey estaba sentado junto á una pequeña mesa, sobre la que había unos papeles. El primer golpe de vista le bastó á D. Lope para conocer que aquellos papeles eran la relación escrita por el virrey de Nápoles.

—¡Ah!—exclamó Felipe IV al ver á su antiguo paje.—¡Me alegro mucho de que vengas, mi querido Lope, porque me aburría!

—Me felicito por haber llegado á tiempo.

—Estoy preocupado, cavilo mucho; muchísimo. Pero por más esfuerzos que hago, no puedo desentenderme de ciertas cosas. Por segunda vez he leído hoy esta relación, y siempre me sucede lo mismo: que sin querer fijo la atención en la circunstancia, que aquí se menciona, de estar en compañía de Cabral y Paredes un anciano hidalgo.

—Nada de particular encuentro en eso.

—Yo tampoco; y, sin embargo, me da mucho que pensar, y acabaré por disponer que se pidan más explicaciones al Virrey.

—Me parece que nada se conseguirá; pero puede hacerse, porque ningún trabajo cuesta.

—Ya estás aquí, y con tu agradable conversación podré olvidarme de este asunto. Guarda otra vez esos endiablados papeles en ese cajón, y siéntate.

Obedeció D. Lope, y dijo:

—Hoy mi conversación no puede ser agradable.

—¿Por qué?

—Tengo necesidad, tengo obligación de hablar de un asunto enojoso.

—Lo siento, y haría bien en dejarlo para mañana.

—No puede ser, porque Vuestra Majestad se disgustaría luego.

—¡Me parece que adivino!

—Es posible.

—Quieres hablarme de mi hija.

—No se equivoca Vuestra Majestad.

—Lo he supuesto porque hace poco D. Juan de Haro mostró mucho empeño en verme.

—Acabo de separarme de él.

—¿Otra vez ha enfermado mi hija?

—Por el contrario; recobra las fuerzas, y parece que su salud no puede ser mejor.

—¡Doy á Dios gracias!

—Interesaba mucho que Vuestra Majestad hubiese visto á señor de Haro.

—¡No quiero, no quiero!

—El asunto es de tal naturaleza...

—¡Calla, Lope! — interrumpió vivamente el Monarca.

—¡Señor!...

—Te prohibo terminantemente hablar ahora de mi hija.

—Pero...

—Lo harás mañana.

—¡Callo!

—Puesto que goza de perfecta salud, no me interesa otra cosa.

—Suplico á Vuestra Majestad que me perdone si le digo que se equivoca.

—Pero no me equivoco en cuanto á que necesito tranquilidad. Repito que has de entenderte con D. Juan de Haro: si alguna duda le ocurre, tú la resolverás en mi nombre y como mejor te parezca, teniendo presente el fin qne me propongo.

—¡Comprendo!

—Háblame de lo que suceda en Madrid, de lo que digan los murmuradores, y así pasaré el tiempo agradablemente.

¿Qué había de hacer D. Lope contra orden tan terminante? Tenía que obedecer; pero conviene advertir que no se sintió contrariado, pues precisamente deseaba que el Rey le prohibiese hablar de aquel asunto. La conversación no tuvo desde entonces ningún interés para nuestros lectores, y al cabo de media

hora el Rey manifestó deseos de pasear por los jardines.

Al atravesar uno de los salones vió á don Juan entre otros caballeros. Era muy expresiva la mirada del señor de Haro; pero el Monarca volvio á otro lado la cabeza, y ni siquiera le saludó. Enrojecieron las mejillas de don Juan, apretó los puños desesperadamente, y como si algo más le faltase para sufrir, vió que D. Lope de Santisteban desplegó una leve y burlona sonrisa. El criminal empezó á temer que la influencia del antiguo paje hiciera cambiar de resolución al Monarca. El temor era infundado; pero atormentó mucho á D. Juan. Aún quiso probar fortuna, y con los demás cortesanos fué á los jardines.

Felipe IV se apoyaba siempre en un brazo de su querido Lope, y hablaba con él como con un íntimo amigo. Á nadie le estaba permitido acercarse tanto que pudiera oir la conversación; pero todos vieron que el Monarca sonreía con frecuencia, lo cual probaba que don Lope había tenido bastante habilidad para hacerle cambiar de humor. El favorito era, pues, mirado con envidia, y, por consiguiente, casi con odio. Á la hora de comer volvió á Palacio el Rey, y tampoco entonces se dignó mirar al señor de Haro. D. Lope salió para ir á su casa, y el viejo le detuvo.

—¿Qué ha determinado Su Majestad?

—Ha tenido por conveniente no determinar nada.

—¡Vive el Cielo!...

—Dice que otro dia se ocupará en ese asunto, y, por consiguiente, habréis de esperar.

—Pero doña Margarita...

—Esperará también.

—Viendo estáis que motivo me sobra para desear desentenderme de este negocio.

—Nada más puedo reciros, D. Juan, como no sea que os guardéis, porque vuestras intrigas empiezan á producir el peor de los resultados; y tan lejos podéis ir en el camino de los abusos, que la paciencia se me acabe y haga lo que no quisiera hacer.

—Me amenazáis con demasiada frecuencia.

—Es que llevo la bondad hasta el punto de preveniros muchas veces por vuestro bien.

—¡Os lo agradezco!—respondió irónicamente D. Juan.

Se separó del antiguo paje, volviendo muy preocupado á su casa.

—¿Habéis visto á Su Majestad?—le preguntó Lucas.

—No ha querido recibirme.

—¿Y D. Lope?

—Le he dicho lo que sucedía, ha hablado con el Rey, y luego me ha contestado que determinará cuando bien le parezca.

—Nos conviene que pasen algunos días, porque así tendremos tiempo para prepararlo todo con perfección.

—Pero entretanto la influencia de D. Lope...

—Es mucha; pero no bastante para que el Rey cambie de resolución con respecto á su hija.

—¡Todo lo temo! Voy á ver á doña Margarita.

El señor de Haro fuése á la cámara de la joven.

—Vuestros deseos están cumplidos en la parte que me toca—le dijo.

—¿Habéis visto á mi padre?

—No se ha dignado recibirme.

—¿Habéis acudido á D. Lope?

—Sí.

—¿Y qué ha hecho?

—Hablar con el Rey; pero me ha contestado que Su Majestad no ha tenido por conveniente determinar nada, y que deja para otro día ocuparse en este asunto.

—¡Cosa extraña!

—Mientras os negabais á ir al convento, quería vuestro padre que se os llevase inmediatamente, y ahora que lo pedis quizás se oponga.

—Eso es imposible.

—Mucho sentiré que suceda, porque yo también he cambiado de resolución, y deseo desentenderme de este asunto cuanto antes. Convencido estoy de que no me amaréis.

—¡Jamás!

—Pues si nada he de conseguir, quiero alguna tranquilidad.

—Desconfío de vos ahora más que nunca.

—¿Por qué?

—¡Os conozco, caballero!

—El tiempo os convencerá de que os equivocáis.

—Quiero ver á D. Lope, porque tengo la seguridad de que escuchará mi súplica.

—¡No puede ser!

—Le hablaré en vuestra presencia.

—¡Ni aun así!

—¡D. Juan!...

—¡No veréis á D. Lope!

—Pensad que algún día tendré ocasión para que mis quejas lleguen á mi padre.

—Ya no tenéis motivos para quejaros.

—Vuestras pretensiones...

—Desisto de ellas, ya os lo he dicho, y, por consiguiente, no hay ningún fundamento para acusarme. Vuestra belleza me interesó, lo cual nada tiene de particular; quise que fueseis mi esposa, y eso no es un crimen: decís que no me amáis, que no me amaréis jamás, y desisto. ¿Qué más podéis exigirme? ¿De qué podéis acusarme? Y para que no haya duda, para que conste, se lo he dicho así á D. Lope de Santisteban, que, aunque es mi enemigo, como buen caballero, declarará en caso necesario.

—Como vuestra conciencia no está tranquila, os preparáis para la defensa.

—Doña Margarita, aunque yo sea el mayor de los criminales, mientras ningún mal os haga, mientras os dejé tranquila y os respete, no tendréis derecho para acusarme.

—¡Está bien!

—Si ahora vuestro padre no quiere determinar, habréis de tener paciencia.

—Pero la prohibición de ver á D. Lope...

—Y á todo el mundo, porque así cumplo las órdenes de Su Majestad.

—No es posible que mi padre haya prohibido que yo vea á la persona de su mayor confianza.

—No ha prohibido eso; pero sería menester que hiciese la excepción. Cuando estuvisteis enferma, dispuso que D. Lope viniese; es decir, que se necesitó orden expresa. Después dispuso vuestro augusto padre lo contrario, y en esta cámara no entrará el señor de Santisteban sin que así lo haya mandado terminantemente Su Majestad.

—Apelaré á medios extraordinarios.

—Haced lo que os sea posible, así como yo haré cuanto es imaginable por estorbarlo.

—¿De manera que?...

—Por mi parte he concluído, doña Margarita.

—¡Dejadme. D. Juan!

—¡Hasta luego, señora!

El señor de Haro salió del aposento. Su calma infundía pavor á la joven, que se preguntó:

—¿Qué significa este cambio? ¿Es que ahora tiene la seguridad de un triunfo que para mí sería mil veces peor que la muerte? ¡Dios mío!

Tembló la infeliz, y, no pudiendo hacer otra cosa, dirigió al Omnipotente súplicas desgarradoras. Pocos minutos después le dieron aviso para que fuese á comer. Ni una sola frase cruzó con su verdugo; apenas tomó alimento.

Entretanto, y como ya sabemos, el hombre que la amaba dormía profundamente. D. Lope meditaba y calculaba. La situación era tan difícil, que la menor torpeza podía producir graves compromisos. Llegó la noche. Gil había dormido y recobrado las fuerzas.

—¿Qué he de hacer?—preguntó á D. Lope.

—Te irás á San Martín para observar, y allí te buscaré.

—Pues hasta luego, mi noble señor.

—Te advierto que hay novedades. Después las sabrás.

Y D. Lope se dirigió en busca de Cabral.

CAPÍTULO IX

El hidalgo cavila.

D. Lope entró en la hostería, deteniéndose en la primera habitación. Acudió presurosamente el buen Crispín, miró al caballero y exclamó:

—¡Ah!...

Luego se inclinó profundamente, sonrió según costumbre y dijo:

—Perdonad, que voy por una luz.

—¿Ya sabéis lo que busco?

—He recibido instrucciones, y no digo más porque no debo decirlo.

—¡Está bien!

Á los pocos minutos entraba el señor de Santisteban en el aposento del Sr. Domingo, que hacía más de una hora que se había levantado y estaba comiendo. Saludáronse muy cariñosamente, y el mancebo dispuso que nadie penetrase allí mientras él no llamara. Cuando

estuvieron solos, y sin temor de que nadie los interrumpiese, dijo Cabral:

—Os agradezco la visita, y espero que ahora no seréis reservado sobre ningún punto, pues es tal mi impaciencia, que con sosiego no vivo.

—Hay nuevos sucesos.

—¿Desagradables?

—Aún no acertaré á deciros si debemos considerarlos afortunados.

—¿Habéis tenido noticias de la infeliz mujer á quien adoro?—preguntó el Sr. Domingo.

—Sí.

—¡Ah! ¡Explicaos, decidme cuanto sepáis! ¡Sufro tanto! ¿Cómo se encuentra Margarita? ¿Qué piensa su padre? ¿Qué hace el hombre ruin que quiere sacrificarla á su pasión?

—Tened calma, porque es mucha la que necesitáis en estos momentos críticos.

—No podéis pedirme más de la que tengo. Llegué á Madrid esta mañana, y he sufrido esperando á que tuvierais por conveniente decirme dónde habita D. Juan de Haro, á pesar de que me hubiera sido muy fácil averiguarlo en pocos minutos.

—Pues de vuestra prudencia depende el triunfo.

—¡Os escucho, caballero! Me habéis hecho muchos beneficios, y no me negaréis uno más.

—Ya os dije que despiadadamente habian destrozado el alma de la pobre Margarita refiriéndole la triste historia de vuestro padre y presentandoos como el mayor enemigo del Rey y el hombre más peligroso en todos sentidos. Faltaba saber qué decidía ella, pues no era posible adivinar los efectos producidos por el ruin proceder de vuestro rival.

—¿Y ya lo sabéis?

—Sí.

—¡Tiemblo!—murmuró el hidalgo.

—Margarita lucha: os ama quizás más que antes, y no quiere amaros; su corazón la impulsa hacia vos, y su buen juicio, su conciencia, le manda olvidaros.

—¡Pobre niña!

—La lucha es terrible, y nadie puede apreciarla mejor que yo, porque he tenido que sostenerla.

—¿Y no ha triunfado su corazón?—preguntó el Sr. Domingo, mientras miraba con ansiedad angustiosa á D. Lope.

—No es posible que triunfe sin ningún auxilio. Margarita es una de esas criaturas delicadas y sublimes que están siempre dispuestas á hacer todos los sacrificios en aras del deber. Os ama y os amará; pero morirá antes que unirse á vos, porque cree que al hacerlo así cometería un crimen, y antes que criminal quiere ser mártir.

El Sr. Domingo apretó los puños con fuerza convulsiva, y elevó al cielo una mirada de desesperación. D. Lope prosiguió diciendo:

—En situación tan horrible, ha hecho la infeliz lo único que le era posible hacer: pide que la lleven á un convento, para llorar y consumir su existencia hasta que Dios tenga por conveniente ponerle fin.

—¡Monja!...

—No le queda otro recurso.

—¡Me condena sin oirme!

—Debe de tener miedo á que la engañéis.

—¡Pero nada perderia por esperar algún tiempo y escucharme.

—Sr. Domingo, Margarita no debe de sentirse con fuerzas para ponerse frente á vos, lo cual es una prueba de que os ama mucho, muchísimo. De todos modos, es preciso aceptar la situación, porque no podemos cambiarla á nuestro gusto. Dejad los comentarios, que para nada sirven; tened en cuenta los sucesos, y ved lo que os parece mejor. Yo he cavilado; pero dudo.

—Debéis de tener una opinión, y quiero conocerla.

—Quizás sea mejor para nosotros que Margarita esté en el convento, porque así quedará casi inutilizado D. Juan; pero nada conseguiríamos si se encerrase en una celda creyendo que sois el enemigo de su padre y el más ruin de los hombres.

—En ese caso...

—Convendría que no le quedase duda de vuestra buena fe, pues así haría lo posible para secundarnos, y la empresa sería mucho más fácil.

—Ésa es también mi opinión.

—¿Y cómo se realiza esto? He aquí lo que es poco menos que imposible.

—No para mí, porque amo.

—Margarita está casi como un preso á quien se incomunica, vigilada á todas horas, y

muy cuidadosamente. Se han adoptado todas las precauciones imaginables. Ocupaba una cámara con balcones á la calle, circunstancia que me permitió hacer llegar á sus manos un papel haciéndole las advertencias convenientes; pero D. Juan lo observó, dió parte al Rey, aunque sin poder decir quién á la joven escribía, y entonces se determinó trasladarla á otro aposento, cuyas ventanas dan á un patio. No sale sino los días de fiesta al amanecer para ir á misa á San Martín ó á San Ginés, y la acompañan D. Juan y un escudero de quien

—Hoy ha ido á Palacio D. Juan, cumpliendo así los deseos de Margarita.

—¿Y qué ha respondido el Rey?

—No ha querido recibir al caballero, porque temía que le dijese algo desagradable. El estado de Su Majestad no es fácil comprenderlo: siempre ha tenido valor, y ahora le espanta la muerte; se ha hecho egoísta y capaz de sacrificarlo todo para conseguir su tranquilidad. Dispuso que conmigo se entendiera el señor de Haro; pero luego se negó á escucharme: de manera que, gracias al egoismo del Rey, nos



Luego se inclinó profundamente...

debe esperarse todo lo malo, y que es muy astuto, á juzgar por su semblante. Por algunas observaciones que Gil ha hecho, hemos comprendido que el tal escudero toma parte en esta intriga y ayuda muy de veras á su señor. Durante la enfermedad de Margarita he entrado en su cámara, porque así lo dispuso el Rey; pero ahora no puedo hacer lo mismo.

—¿Y creéis que he de detenerme ante ésos ni otros obstáculos?

—Supongo que no.

—Continuad, y no olvidéis ningún detalle, porque todos tienen muchísimo interés.

encontramos en la misma situación que ayer, lo cual es una gran fortuna, puesto que nos deja tiempo para hacer algo.

—¡Sí, es una fortuna!

—Pero esta situación extraña no puede durar muchos días, y, por consiguiente, lo que no se haga muy pronto no se hará jamás.

—¡Necesito ver á Margarita!

—¿Y cómo?

—No lo sé; pero tened por seguro que la veré.

—Ahora es cuando habéis de dar pruebas de vuestro ingenio.

—¡Pruebas de mi amor, que para todo me da valor y fuerzas!—dijo arrebatadamente el mancebo.

—Contad con el auxilio de Gil y con el mío.

—Si yo conociese el interior de la casa de D. Juan...

—Yo la conozco en la parte que os interesa.

—Pues, entonces...

—Dadme papel y pluma.

Así lo hizo el hidalgo, y D. Lope empezó á trazar líneas, mientras decía:

—Sabed ante todo que la casa está frontera al monasterio de San Martín. Aquí tenéis la puerta, y el portal... La escalera... Esta habitación de paso, y después esta otra... Por aquí se va á la cámara del señor de Haro, y por aquí, á la que ocupó Margarita y que ahora nadie debe de ocupar. Fijad la atención en esta galería... Ahora, en este aposento... Un pasillo... Dos habitaciones con muebles de gran riqueza... Aquí, una puerta con tapiz donde domina el color azul, y ésta la cámara que ahora ocupa la hija del Rey... Aquí está su lecho... Aquí, un reclinatorio... En este lado, las ventanas, y éste es el patio, que disimuladamente he examinado muy bien. Es grande... Estos dos lados los cierran las paredes de la casa de D. Juan... Este otro es la pared medianera de una casa de bastante elevación frontera á San Ginés... Queda éste... Hasta aquí, otra parte de la casa de D. Juan, donde supongo que están las habitaciones de los criados y la cocina, y el resto es la pared de una pobre casa á la malicia que hay en el Arroyo del Arenal.

—¡Entendido!

—No hay una sola ventana en las paredes de estas casas contiguas. En el patio tenéis dos árboles, uno de ellos muy corpulento, cuyo ramaje toca y casi oculta una de las ventanas de la cámara de Margarita. En este lado, un pozo, y aquí, dos puertas, que ignoro adónde dan entrada.

El enamorado mancebo, con la cabeza inclinada y la mirada fija en el papel, parecía petrificado; su frente se había contraído, sus negros ojos brillaban intensamente, su cerebro realizaba un trabajo titánico. D. Lope le miraba y sonreía levemente. Por fin se movió, llenó el vaso, bebió, apoyó los codos en la mesa y la frente en las manos y quedó inmóvil; guardó también silencio el señor de Santisteban. Indudablemente, tenía un plan; pero no quería darle á conocer, porque deseaba convencerse de lo que valía el Sr. Domingo. Pasó un cuarto de hora: el hidalgo levantó la cabeza; nerviosa palidez cubría su rostro.

—¿Habéis encontrado el medio?— le preguntó D. Lope.

—Me parece que sí, ó por lo menos, estoy en camino de encontrarle.

—¿Necesitáis más datos?

—Los que no podréis darme.

—Preguntad, por si acaso.

—¿Á qué hora se levanta y se acuesta Margarita? ¿Permanece constantemente en su cámara?

—Lo ignoro.

—¡Caballero, me parece que ahora!...

—Os dejo en libertad para hacer lo que mejor os parezca.

—¡Á San Martín voy!

—Os acompañaré, porque allí me aguarda mi fiel criado.

—Vamos, pues.

No hablaron entonces más. Recatándose el semblante salieron de la hostería. Aunque era temprano, empezaban las calles á estar solitarias, y no es menester que digamos que también obscuras, pues el alumbrado público no se conocía entonces, y si alguna luz se encontraba, era de las que la piedad de los fieles devotos encendían delante de los nichos donde se veneraban imágenes de santos. Atravesaron las ... erías, y por la calle de las Fuentes llegaron al Arroyo del Arenal y al monasterio de San Martín, sin ver á nadie. Tosió D. Lope, y como si de la tierra brotase, apareció un bulto: Gil, que se acercó á su señor y al hidalgo.

—¿Hay novedad?— preguntó él noble caballero.

—Ninguna.

—¿Nadie ha salido ni ha entrado?

—Nadie.

El Sr. Domingo fué de un lado para otro, mientras contemplaba el sombrío edificio. Su corazón latía con desigual violencia; de vez en cuando, algún suspiro se escapaba de su pecho; el fuego de su pasión iluminaba sus ojos.

—¡Margarita!—exclamó con acento de ternura dolososa

Le dejaron que se consolase con estos inocentes desahogos, que tienen muchísima importancia para los enamorados. En cuanto se lo permitía la obscuridad, examinó el mancebo el exterior del edificio; luego fué al arroyo ó barranco que hoy es una calle; se detuvo frente á la casa que formaba la esquina; avanzó más, y fijó la mirada en la otra, que era miserable y no tenia má squn un solo cuerpo; estaban cerradas sus puertas y dos pequeñas ventanas con fuertes rejas de hierro. Allí se detuvo más de un cuarto de hora: sin duda, la situación de aquella casa tenía mucha importancia para la realización de su plan. D. Lope y Gil le seguían á pocos pasos de distancia, y no le hacían ninguna observrción porque no querían interrumpir sus reflexiones. Aquel tiempo lo aprovechó el señor de Santisteban para decir á su criado lo que había determinado Margarita, añadiendo luegò:

—Tengo un plan, si bien ofrece muchos peligros y es de dudoso resultado; pero quiero dejar al Sr. Domingo, ver hasta dónde alcanza su ingenio, y para que se acostumbre á vencer dificultades.

—Las vencerá, no lo dudéis; y lo aseguro porque he tenido ocasión de ver que vale mucho. Sin su auxilio, hubiera sido imposible salvar al Sr. Alfonso de Paredes, á pesar de que el Sr. Diego es listo y audaz como pocos.

—¡Veremos! Por lo pronto, piensa en lo mismo que yo he pensado; en esa casita.

—Y pensará en lo demás también.

—Me alegraré mucho.

Una hora después el Sr. Domingo se acercó á D. Lope y á Gil, diciendo:

—¡He concluído por esta noche!

—¿Seguís teniendo esperanza?

—Sí.

—Os felicito.

—Y si vos continuáis dejándome en libertad...

—Completa, menos para satisfacer vuestros rencores en lo que se refiere á vuestro rival.

—No olvido la promesa que os hice.

—Pues como aquí nada hemos de ver durante la noche, me parece que debemos irnos.

—Sí.

Volvieron á guardar silencio, y se alejaron. El hidalgo acompañó á D. Lope á su casa, porque tenía deseos de pasear; luego, en lugar de volverse á la hostería, fué á San Martín. Esto no era sorprendente, porque amaba con delirio. ¿Qué tenía que hacer allí? Contemplar las paredes del edificio donde estaba el objeto de su pasión. Aun suponiendo que consiguiera llegar hasta Margarita, lo cual era muy difícil, y suponiendo también que la convenciera y le inspirase confianza, la situación quedaría enteramente igual. No contaba ni podía contar el mancebo con lo que intentäba D. Juan y Lucas, cuyos planes no eran de realización imposible. Hasta las dos de la madrugada estuvo por allí el enamorado mancebo; echó la última mirada al edificio y se alejó, volviendo á la hosrada al edificio yse alejó, volviendo á la hostería. Maese Crispín le aguardaba para que no tenía sueño, se acostó el Sr. Domingo, y se levantó al amanecer, saliendo poco después hacia el arroyo del Arenal. No bien llegó, vió que se abría la puerta de la casita y que salía, andando torpemente, encorvada y envuelta en un pañolón ó mantón negro, una mujèr anciana, sucia hasta lo repugnante, y haraposa, apoyada en un grueso bastón. Se detuvo para santiguarse, cerró la puerta, guardó la llave, y murmuró:

—¡En el nombre de Dios bendito!

Avanzó lentamente. El hidalgo la observaba oculto tras una esquina de San Ginés. La vieja siguió hacia San Martín, subió la cuesta y llegó al templo, que estaba ya abierto, entrando y situándose junto á la puerta, y cerca también de la pila del agua bendita; sentóse en el suelo, sacó un rosario, y empezó á rezar en voz bastante alta. Cabral la siguió. La mendiga interrumpió el rezo para decir con plañidero tono:

—¡Una limosna por el amor de Dios!

El Sr. Domingo puso una moneda en la descarnada mano que le presentaba la mendiga, y fué á colocarse en el rincón más obscuro del templo, desde donde podía observar sin ser visto. Entraron otras personas; pocas, porque no era día de misa, y la vieja siguió implorando la caridad. Nada de particular sucedió entonces. El Sr. Domingo oyó misa como si fuera muy devoto; pero su pensamiento estaba más en el mundo que en Dios. Terminado el santo

sacrificio, los fieles salieron; pero la mendiga se quedó: sin duda, debía permanecer allí hasta que fuese hora de ir á otro lugar de los propios para ejercer su lucrativa profesión. Armóse de paciencia el Sr. Domingo. Á las nueve salió del templo la vieja, yendo á Santo Domingo el Real, donde estaba el jubileo. No hay que decir que el hidalgo la siguió. Como la observaba constantemente, pudo ver que recogía muchas limosnas, convenciéndose de que el oficio no era de los peores, pues sobre producir mucho, no exigía ninguna molestia. Dos horas después volvió la mendiga á su casa, suponemos que para comer, y el hidalgo se encontró con Gil, que andaba por los alrededores de la casa de D. Juan. Saludáronse, y se preguntaron si alguna novedad había.

—Nada absolutamente puedo deciros de particular—respondió Gil.

—Pues yo creo que la fortuna me protege.

—¿Qué habéis hecho?

—Poco, y mucho.

—Son dos cosas contrarias.

—Ya sé quién en esa casa habita.

—Un desdichado debe de ser.

—Una vieja que va de templo en templo pidiendo limosna.

—Sí; uno de tantos especuladores que pasan buena vida á costa de las almas nobles.

—Empiezo á ver que es buen negocio pedir limosna, porque la vieja ha recogido bastante dinero.

—Pues tened por seguro que es hipócrita, ruin y mala en todos sentidos.

—Me alegraré de que acertéis—repuso el señor Domingo;—y si es codiciosa...

—¡De seguro!

—Pues es lo que necesito para mi intento.

—Os felicito.

—Si otra cosa no tenéis que hacer y queréis esperarme aquí...

—Para serviros he venido.

—¿Y vuestro señor?

—En Palacio.

—¡Pedid á Dios que me proteja!—dijo el enamorado mancebo.

Separóse Gil; acercóse á la puerta de la casa y dió algunos golpes. Sin preguntar abrió la vieja, y dijo:

—¡Que Dios os guarde señor hidalgo!

CAPÍTOLO X

La hermana Justina.

Sin tomarse la molestia de responder al saludo de la mendiga, El Sr. Domingo le preguntó:

—¿Queréis decirme vuestro nombre?

—¿Y por qué no, cuando todo el mundo lo sabe? Me llamo Justina, y hace treinta años que en esta casa habito. Me ha perseguido la desgracia, y cualquier vecino os dirá que soy digna de compasión; pero Dios me ha dado fuerzas para sufrir, me he resignado, y espero que en la otra vida me favorecerá con su infinita misericordia.

—Pues bien, señora Justina...

—Hermana Justina me llaman todos—interrumpió la vieja.

—No alteraré la costumbre...

—Si queréis honrar mi casa...

—Sí; entraré, porque tenemos que hablar de un asunto que puede interesaros.

La mendiga miró de pies á cabeza al Sr. Domingo y dijo para sí:

—¡Éste debe de ser uno de tantos jóvenes libertinos que buscan mi ayuda para conseguir sus deseos! ¡La fortuna me protege presentándome un buen negocio!

Y luego añadió en voz alta:

—Entrad, señor caballero, decidme lo que bien os parezca y os serviré en cuanto me sea posible.

Entró el hidalgo, cerró la vieja, y dirigióse á una habitación donde no había más muebles que una miserable cama, dos ó tres banquillos y un arcón.

—¡Sentaos!

La vieja exhaló un suspiro, se limpió los ojos, y sin esperar á ser interrogada dijo:

—La persona que os haya enviado debe de haberos dicho que soy discreta, reservada y prudente, y que nunca por mí se ha visto nadie en ningún compromiso. Algunas veces soy tardía en cumplir lo que prometo; pero eso consiste en que no quiero hacer las cosas fuera de ocasión, y así evito muchos males. No por andar deprisa se llega más pronto al fin del camino, pues con frecuencia sucede que el que mucho corre tropieza y cae, y mientras se levanta

pierde más tiempo que el que hubiera necesitado para ir muy despacio y con cautela. No se me oculta que la juventud es impaciente, porque yo también he sido joven, y no se me olvida de qué manera nos trastornan ciertos impulsos. Fiad en mí, y no tengáis cuidado que todo se arreglará á medida de vuestro deseo y con más ó menos trabajo, pues, salvo la muerte, no hay en este mundo mal que remedio no tenga. He hecho algunas cosas que se tenían por imposibles, he devuelto la esperanza á los desesperados, la dicha á los más desgraciados, la calma á los que vivían en continua agitación, y tengo la seguridad de que no seré con vos menos afortunada, pues cuento con mi buena voluntad, que puede mucho, y con mi experiencia, que es una gran sabiduría. Lo demás que yo pudiera deciros debéis de saberlo por la persona que os envía, y, por consiguiente, sólo falta que me deis á conocer la situación y dispongáis lo que mejor os parezca. Y nada más digo, sino que Dios nos proteja á todos, y que nos ampare la Santísima Virgen por intercesión de Santa Rita, abogada de los imposibles, y del bendito San Antonio, protector de los corazones enamorados.

Al decir esto la hipócrita vieja se santiguó y volvió á mirar al Sr. Domingo. Ya no podía dudarse de que la horrible mendiga se ganaba el sustento zurciendo voluntades. Desplegó el hidalgo una sonrisa maliciosa; guardó silencio, no porque necesitara reflexionar mucho para hablar, sino porque empezó á creer que le convenía modificar sus planes.

Era muy viva su imaginación, y adoptaba prontamente las resoluciones.

—Todo eso está bien—dijo;—pero yo me encuentro en una situación especial, puesto que á ninguna se parece.

—¡No importa!

—Una torpeza me costaría muy cara; y como tengo la pícara costumbre de no perdonar á los que me sirven mal por torpeza ó por malicia...

—Tranquila estoy—dijo la vieja.

Y volvió á limpiarse los ojos.

—Hablemos del asunto—repuso Cabral.

—Os escucho, señor caballero.

—Necesito muchas cosas.

—Y todas las tendréis, Dios mediante.

—¡Mucho prometéis, hermana Justina!

—Porque puedo cumplirlo.



El hidalgo la observaba oculto tras una esquina...

—Figuraos una mujer que está á cargo de un tutor.

—Varias he conocido así.

—El tutor la vigila á todas horas, la tiene encerrada, y no le permite salir sino en su compañía y la de un escudero muy astuto, los días de fiesta para ir á misa muy temprano.

—¿Y queréis que á manos de esa dama llegue un papel?

—Sí.

—Pues llegará.

—Y luego necesito introducirme en su casa.

—Eso...

—Es lo más fácil.

—Según.

—Por de pronto, me conviene prevenirla.

—Entendido.

—Os advierto que no encontraréis un solo criado á quien sobornar.

—¡Es muy mal gastado el dinero que en eso se emplea!

—Cuando se convierten en auxiliares...

—Nunca he querido la ayuda de los criados.

—¿Qué haréis para que el papel llegue á manos de la joven?

—Haré lo que convenga, y á vos no os importa, con ta que el papel llegue á su destino.

—En lo demás de entrar en su casa...

—Trataremos después.

—Ahora, porque si no me servís para todo, nada quiero.

—Sin conocer á esa dama, sin saber siquiera dónde vive...

—Hermana Justina, os revelaré el secreto, contando con vuestra reserva.

—Podéis hacerlo con descuido.

—La dama á que me refiero vive muy cerca de esta casa.

—¡Ah!...

—Es joven, tiene...

—Sí; los ojos negros y grandes, con largas pestañas, y es un prodigio de hermosura.

—¿La conocéis?

—Como conozco á todo el mundo, y particularmente á los que en mi barrio habitan. El tutor es el muy noble caballero D. Juan de Haro, y hace poco tiempo que llegaron á Madrid. Cuando á misa van, los acompaña ese escudero de quien habéis hecho mención: se llama Lucas, y es un bribón redomado cuya historia no tiene nada de santa. La pobre doña Margarita vive más encerrada que una monja, y sufre mucho. Ha pasado una grave enfermedad, ha estado entre la vida y la muerte, y Dios ha querido que se salve.

—Todo eso es muy exacto.

—Pues ahora os digo que con toda seguridad recibirá vuestra carta.

Sorprendido miró el hidalgo á la vieja. Nunca sospechó que tan fácilmente pudiera ésta hacer lo que á Gil le había costado tanto trabajo. ¿No exageraba la mendigá al hablar de los medios con que contaba para hacer llegar un papel á manos de la joven? Tal vez; pero, en último caso, nada se perdería.

—¿Y podré recibir contestación—preguntó el mancebo.

—Sin ninguna dificultad, á menos que á doña Margarita le falten los medios para escribir.

—¿Sabéis si esa infeliz tiene algún parentesco con D. Juan?

—Lo ignoro; pero haré lo posible para averiguarlo.

—No es menester.

—Si el papel habéis traido...

—No.

—Podéis escribirlo aquí, porque tengo papel, tintero y pluma.

—Lo haré en mi casa.

—Como bien os parezca.

—Después de prevenida la joven, me introduciré en su habitación, y para eso necesito también vuestra ayuda.

—La tendréis.

—¿Una de las paredes de esta casa da al patio de D. Juan?

—Sí.

—Si yo subo al tejado y desde allí...

—¡Entendido!

—Esto es cuanto por ahora necesito de vos.

—No es poco, señor caballero.

—Os recompensaré con largueza.

—Como no tengo otros recursos para vivir...

—¿Cuánto queréis por prestarme esos servicios?

—Hablaremos ahora de la carta, y otro día de lo demás.

—Como mejor os parezca.

—Pues por entregar la carta me daréis diez ducados, y si doña Margarita os escribe, me daréis otros diez por la respuesta. Me parece que no pido demasiado.

—Algo exageráis; pero no quiero regatear lo que tanto interesa á mi corazón.

—Entonces...

—De acuerdo estamos.

—Cuando el papel me entreguéis...

—Os daré también el dinero.

—Bien me parece.

—Y si me engañáis...

—No me conviene, porque perdería mi reputación; nadie se fiaría de mí, y me moriría de hambre, sin contar con que los caballeros que me honran y favorecen podrían hacerme mucho mal.

—Yo no os perdonaría.

—Ni ninguno de ellos.

—¿Cuándo podréis entregar la carta?

—Hoy mismo por la noche:

—¿Queréis decirme con qué pretexto os introduciréis en la morada de D. Juan?

—Con ninguno, porque no pienso poner los pies en esa casa.

—Pues si no entráis...

—Entrará el papel, que es lo que os interesa.

—Ciertamente; pero...

—Señor caballero, si sois curioso, decídmelo de una vez.

—No.

—Pues dejadme en libertad.

—Os dejo.

—Después de haber comido saldré; pero aquí me encontraréis al cerrar la noche, y os ruego que no os detengáis mucho, porque otras personas vendrán á buscarme y no os conviene que os vean.

—Descuidad.

—Si nada más tenéis que decirme...

—Que volveré cuando el Sol se oculte.

—Pues que Dios os dé salud.

El Sr. Domingo se puso en pie, se despidió de la vieja y salió de la casa. Tanta facilidad había encontrado, que estaba aturdido. Al ver á Gil exclamó:

—¡La fortuna me protege!

—¿Me equivoqué en cuanto á la vieja?

—No.

—Pues si ahora queréis explicaros...

—Sí; y vos daréis cuenta de todo á D. Lope, porque algo tiene que hacer hoy mismo. Yo me quedaré en la hostería y os esperaré toda la tarde, pues al cerrar la noche he de venir para entenderme con la vieja.

—No faltaré.

Sr. Domingo dió minuciosas explicaciones sobre su plan, refiriendo lo que acababa de sucederle con la mendiga, y concluyendo por manifestar lo que le parecía conveniente hacer para el mejor resultado de la empresa; llegaron á la hostería recatando el semblante con el embozo, mientras Gil fué á llevar la noticia á su señor, que escuchó atentamente y dijo:

—Estoy completamente satisfecho, y ya no me cabe duda de que el Sr. Domingo vale mucho. Lo que intenta es muy difícil, y, probablemente, no conseguirá el resultado que le conviene; pero, bien pensado, nada perderemos por hacer la prueba.

—Soy de vuestra misma opinión.

—Escribiré á la pobre Margarita, y veremos.

El señor de Santisteban tomó la pluma y escribió lo siguiente:

«Esperad á todas horas, porque ha de veros la persona que más se interesa por vos.

»Con demasiada ligereza habéis formado juicio sobre asuntos los más graves, y es preciso que se desvanezcan los errores en que os han hecho incurrir.

»El hombre que os ama es digno de vos: y os lo aseguro por mi honor.

»No necesito decir que estas líneas las escribe la misma persona que os hizo saludables advertencias.

»Repito que esperéis á todas horas, y os ruego que con puertas y llaves no pongáis inconvenientes á la persona que ha de hablaros.

»Quemad este papel.»

Nada más escribió D. Lope; cerró la carta y se la entregó á Gil, diciéndole:

—Luego irás á la hostería y dirás á maese Crispín que eres mi criado, pues así te permitirá llegar al aposento del Sr. Domingo.

—Y si desconfiase, volveré y vos iréis.

—Sí.

El sirviente fuése á la hostería.

—¿Qué se os ofrece?—le preguntó el hostelero.

—Lo que necesito lo adivinaréis con sólo deciros que soy criado del muy noble señor D. Lope de Santisteban.

—¿Vos criado de D. Lope?...

—Sí

—No lo dudo; pero...

—Cuando á comer vino el Sr. Cabral, nos

separamos á la puerta de esta casa. En vez de contestarme, y para vuestra tranquilidad, decidle que aquí estoy.

—Como partís de un error...

— Maese Crespín, dejadme descansar, y traedme una botella de vino. Nada más quiero, y solamente os diré que me llamo Gil.

—Puesto que vino queréis, os serviré.

Se alejó el hostelero. En ver de ir por el vino, fué al aposento del hidalgo, y le dijo:

—En grandísimo apuro me encuentro.

—¿Qué os sucede?

—Acaba de llegar un hombre que dice ser criado del señor D. Lope de Santisteban.

—¡Ah!...

—Y que se llama Gil.

—¿Y por qué le detenéis?

—He desconfiado, y...

—Os felicito, buen Crispín, pues más vale que exageréis en las precauciones. Olvidé deciros que ese hombre había de venir.

—¡Eso es otra cosa!

—Que suba en seguida.

—¡Me tranquilizo!

Á los pocos minutos Gil entraba en el aposento de Cabral.

—¿Qué dice D. Lope?—le preguntó éste.

—Bien le parece vuestro plan y cuanto habéis hecho.

—Eso me llena de alegría.

—Pero no tiene muchas esperanzas.

—Yo tampoco.

—De todas maneras, ha escrito á doña Margarita, y aquí tenéis la carta.

—¿Qué le dice?

—Que espere á todas horas y que no forme juicios con ligereza.

—Así creerá...

—Que es mi señor quien ha de visitarla.

—Y cuando me vea...

—Tendrá que oiros.

—¡Es cuanto deseo!

—No es fácil que se convenza una mujer enamorada, y mucho más cuando se trata de sus deberes y de su porvenir.

—Si me ama verdaderamente...

—Eso no debéis ponerlo en duda.

—Espero que Dios me proteja.

—Yo también.

Continuaron la conversación sobre el mismo asunto; pero no repetimos sus palabras, porque nada dijeron de interés. Una hora después salió Gil, encaminándose á los alrededores de la morada de D. Juan. No había de hacer ninguna observación de importancia aquella tarde. El enamorado mancebo contó ansiosamente los minutos. Ocultóse el Sol, brillaron solamente los resplandores del vespertino crepúsculo, y luego esparciéronse las tinieblas. Maese Crispín se presentó con una luz.

—Voy á salir—dijo el hidalgo.

—Os acompañaré hasta la puerta

Antes de diez minutos encontrábase el mancebo á la puerta de la casa de la mendiga. Llamó, le abrieron y entró.

—¡Que Dios sea bendito y alabado!—dijo la hermana Justina.

—¿Llego á buena hora?

—Todas son buenas para que me honréis. Sentaos y descansad. Á otra persona espero esta noche; pero aún tardará, y, por consiguiente, no debéis tener prisa.

—Os traigo la carta que habéis de poner en manos de doña Margarita.

—Así se hará, con la ayuda de Dios.

—Tomad.

La vieja miró el papel, y le guardó entre los harapos que cubrían su pecho, mientras el hidalgo sacaba el dinero prometido y le ponía en la diestra de la mendiga, que examinó y contó las monedas, desplegando una sonrisa de satisfacción inmensa.

—Está bien—dijo.

—¿No se ha presentado ningún inconveniente?

—Ninguno, y esta misma noche quedará la carta en manos de esa hermosa niña.

—¡Oh!...

—Y si contesta por escrito, por la mañana muy temprano...

—Vendré.

—Ha de ser cuando el día empiece á clarear, pues yo salgo al amanecer.

—Antes me tendréis aquí.

—Olvidé deciros una cosa de mucho interés.

—Aún estáis á tiempo.

—Suponed que doña Margarita quiere contestar y no tiene papel y pluma.

—Entonces...

—Dará la respuesta de palabra.

—Para mí es igual.

—Pues, por lo mismo que es igual para vos, habéis de darme lo estipulado.

—Si nada más que eso queréis...

—Nada más.

—Pues lo tendréis.

—Sois un cumplido caballero.

—Hermana Justina, vuelvo á recordaros...

—Nada me recordéis, porque si este asunto interesa mucho á vuestro corazón, también interesa á mi bolsillo, y, por consiguiente, he de hacer cuanto me sea posible.

—Sí; á los dos nos conviene.

—Pues hasta mañana al amanecer, y que Dios nos dé á todos salud, y nos proteja la Santísima Virgen para que seamos dichosos en esta vida y alcancemos en la otra la bienaventuranza.

Cabral salió de la casa, cuya puerta se cerró.

—¿No hay novedad?—preguntó Gil al hidalgo.

—Ninguna.

—¿Qué hacemos ahora?

—Yo me quedaré por aquí para ver lo que hace la vieja, pues me parece imposible que con tanta facilidad entregue la carta esta noche.

—Pues yo doblaré la esquina y me situaré frente á la casa de D. Juan.

—Si algo veis de interes...

—Toseré, y acudiréis.

—Lo mismo haré yo si os necesito.

Separáronse. Situóse el hidalgo junto á la iglesia de San Ginés, y el sirviente tomó hacia San Martín, desapareciendo entre las tinieblas. Reinó un silencio profundo.

CAPÍTULO XI

El gran recurso con que contaba la vieja.

La paciencia de los enamorados no tiene límites, así como su impaciencia no tiene comparación. Son demasiado impresionables, y el término medio les es imposible. Decimos esto porque pasó una hora sin que el más leve movimiento hiciera el Sr. Domingo. Alguna otra persona pasaba por allí; pero ninguna se acercaba á la puerta de la pobre morada de la mendiga. Gil tenía también paciencia; pero se paseaba mientras miraba la vivienda de don Juan. Y después de aquella hora pasó otra. El enamorado mancebo permanecía inmóvil en el mismo sitio en que se había colocado.

—¡Vive el Cielo!—decía.—¡Empiezo á temer que me haya engañado esa bruja! Me ha prometido entregar la carta esta misma noche, y, sin embargo, el tiempo pasa y no sale. Debo creeer que se ha entregado al reposo para madrugar mañana, salir antes de que yo venga y explotar á las almas caritativas: ¡Pero si ha querido burlarse, juro por quien soy que la burla ha de costarle muy cara!

Entretanto Gil decía:

—Me parece que perdemos el tiempo de la manera más lastimosa. D. Juan y doña Margarita deben dormir, y la mendiga no se mueve de su casa.

La tercera hora pasó también. Entonces se permitió el Sr. Domingo cambiar de postura. Gil, que se había paseado sin cesar, se detuvo, apoyándose en la pared del monasterio. Estaba envuelto en la sombra, y hubiera sido imposible descubrirle. De repente se estremeció, escuchó con atención profunda: creía percibir un ruido muy leve en la puerta de la morada de D. Juan. No se había equivocado. Los ojos de Gil relumbraron como dos luces fosfóricas.

—¿Quién quiere salir?

Permaneció inmóvil, mirando con ansiedad hacia la puerta; apenas se permitía respirar; sus pupilas, bastante dilatadas, le permitían distinguir los objetos con alguna claridad. Pocos momentos después se entreabrió la puerta, salió un hombre, que se detuvo y volvió la cabeza á todos lados como si temiera ser sorprendido, y sin duda se tranquilizó, porque volvió á cerrar, echando la llave sin producir apenas ruido. ¿Quién era? No pudo Gil conocerle desde el sitio donde se encontraba y en medio de la obscuridad. El que había salido tomó calle abajo: llegó al arroyo; el sirviente le siguió con el disimulo que el caso requería; el otro volvió á la izquierda, avanzó bastante deprisa, y se paró á la puerta de la casa de la mendiga, dando tres golpecitos.

—¿Quién es?—preguntaron desde adentro.

—¡Soy yo, hermana Justina! ¡Abrid, porque estoy enteramente solo!

abrió la puerta, entrando el desconocido.

mismo tiempo Gil llegaba adonde se encontraba el hidalgo.

—¿No habéis visto?—le preguntó éste.

—Más que vos—respondió el criado.

—Un hombre acaba de llegar á la vivienda de la bruja.

—¿Y no sabéis quién es?

—¡Donosa pregunta! ¿Cómo queréis que lo sepa?

—Yo tampoco; pero, en cambio, sé de dónde ha salido, lo cual no es poco.

—Explicaos.

—Ese hombre ha salido de la casa de D. Juane

—¡Vive el Cielo!...

—Debe de ser uno de sus criados.

—Quizás el escudero de que me hablasteis.

—En semejante caso, deberíamos considerarnos perdidos, y muy particularmente mi noble señor, pues si á manos de escudero fuese la carta, á D. Juan se la entregaría.

—¡Me hacéis temblar!

—Y con razón, pues aunque á nadie se nombra en la carta, reconocerían fácilmente la letra.

—¡En gran cuidado me ponéis!

—Yo lo estoy también.

—¡No habíamos pensado en esto!

—Ni en otras muchas cosas que han de suceder, pues cuando se combina un plan, no se piensa en todo.

—¿Y qué podemos hacer?

—Me parece que nada.

—Gil, no hay más que una cosa que me espanta, pues para todo lo demás, por horrible que sea, tengo valor.

—No adivino...

—Lo que pueda suceder á D. Lope.

—Pues si hemos cometido una torpeza, no podemos remediarla en este instante.

—¿Y quién me estorba entrar en la casa de la vieja y exigirle el papel que le he dado?

—Os lo estorba la prudencia, pues tal vez, por evitar un peligro imaginario, caeríamos en otro verdadero y mayor. Debemos concretarnos á esperar y observar, y arreglaremos nuestra conducta á los sucesos.

—¡Esperar!—murmuró sordamente el señor Domingo.

—¿No habéis tenido paciencia por espacio de tres horas? Pues tenedla una más, dos, ó lo que sea menester.

—Pero entretanto la carta puede quedar en poder del escudero, en cuyo caso...

—Mi señor se defenderá como mejor le sea posible. Tal vez se encuentre apurado; pero no creáis que se daría por vencido: y tanto vale, que á pesar de la carta y de todo, dominaría la situación y quedaría bien.

—¡No puedo tranquilizarme!

—Venid, por si conseguimos oir algunas palabras.

Acercáronse á la casita. Gil se colocó junto á la puerta, se inclinó, y puso el oído junto al ojo de la cerradura; el Sr. Domingo se acercó á una de las ventanas. Ambos oyeron rumor de voces, pero no pudieron entender una sola palabra. ¿Quién era el hombre que se encontraba allí? No era posible que entonces lo averiguase el enamorado mancebo; pero esto no es una razón para que nosotros dejemos de satisfacer nuestra curiosidad. Entraremos, pues, en la casa.

No era Lucas quien se encontraba allí, sino un mocetón de veinte años, alto y robusto, con ojos negros, redondos y hundidos, espesas cejas, pómulos salientes, abultadas facciones, color cetrino, frente estrecha y cabellera encrespada. Su ropaje, bastante sucio, era el de un criado cualquiera; su rudeza la revelaba su aspecto: debía de ser uno de esos hombres brutales de los que podría decirse que apenas tienen alma racional. Era criado de D. Juan, no para el servicio de la casa, sino el de la caballeriza, de donde era raro que saliese. La circunstancia de vivir constantemente entre irracionales debía de haber contribuído á embrutecerle.

—Aquí me tenéis, hermana Justina— dijo apenas entró.

—Ya te veo.

—¿Y qué me decís?

—Pues nada, hijo, porque la breva no está tan madura como deseamos y nos convendría. Las dificultades son cada vez mayores, y aunque me quedan recursos para vencerlas, no he de meterme en ciertos líos para no ganar más que una miseria. Te hablo con claridad porque te quiero, y así te hago un bien. Me

parece que debes renunciar á tus pretensiones, olvidar á Rosa, tranquilizarte y poner en otra los ojos.

—¡Olvidarla!—exclamó el criado con ronca voz.

Y se arrugó su entrecejo, relumbraron sus ojos, fijó una mirada intensa en la mendiga, y luego dijo:

—¡Queréis que me desespere y que haga una barbaridad!

—¡Peor para ti!

—¡Peor para todos, porque antes que consentir que para otro sea esa mujer, prefiero matarla! Y la mataré, hermana Justina, no lo dudéis, porque estoy desesperado! No sé explicar lo que siento; pero ello es que ni duermo, ni cómo, ni tengo sosiego; y así no viviré, y antes de sufrir lo que sufro, prefiero morir y que todo el mundo muera. ¿Me habéis entendido? Rosa ha de ser para mí: si se empeña en casarse me casaré, y haré cuanto quiera. Cuando otro recurso no me quede, llamaré á Satanás, y el alma le venderé.

—¡Jesús!...

—¿Por qué os asustáis?

—Dices unas cosas...

—Me parece que vos tenéis pacto con el Demonio.

—Mira, Esteban: te perdono por lo mucho que te quiero, y porque estás trastornado hasta el punto de que no sabes lo que dices.

—¡Por eso haré una barbaridad!

—Te hablaré más claro.

—¿Qué quiere Rosa?

—Lo que todas las mujeres: pasar buena vida, y tú eres pobre. La culpa no es suya ni de nadie.

—Trabajaré para ganar.

—No puedes hacer más de lo que haces, y siempre serás un desdichado. Quéjate de tu pícara estrella, y á nadie culpes ni hagas sufrir, porque nadie es causa de tu desdicha.

—¡Todo eso es conversación!

—Quizás hubiéramos conseguido algo si el Diablo no quisiera que un caballero muy rico y manndase de la hermosura de Rosa, y...

—¡Que el Infierno me trague!

—Como tiene mucho dinero...

—¿Quién es ese hombre?

—Puedes matarme; pero no te lo diré.

Dos centellas se escaparon de los ojos del rudo mocetón.

—¡Quiero saber quién es ese hombre!—gritó desesperadamente.

Y fijó una mirada terrible en la mendiga. Ésta no se alteró, porque sabía muy bien que había de dominar los arrebatos de la cólera de aquel hombre, y con la calma más perfecta se concretó á decir:

—Nos queda un recurso, no más que uno.

—¿En qué consiste?

—No puedes darme dinero, porque no lo tienes.

—¡Es verdad!

—Pero si está en tu mano prestarme algunos servicios que dinero me valdrán.

—¿Y qué sucederá si hago eso?

—Que Rosa será para ti.

—¡Mía!—exclamó Esteban.

Y sus negros ojos relumbraron con el fuego de su pasión.

—Sí.

—¿Qué he de hacer?—preguntó con ansiedad el rudo mozo.

—Dos cosas, y una de ellas muy sencilla.

—¿Y después de hechas esas dos cosas?...

—Aquí encontrarás una noche á tu Rosa adorada, y verás cómo te abre los brazos.

—¡Ah!...

Nerviosa palidez cubrió el rostro de Esteban; estremecióse: era demasiado lo que la vieja le prometía, y se sintió trastornado. No podía articular una sílaba, presa de violenta agitación.

—Los que aman como tú—dijo la mendiga después de algunos minutos,—comprenden el amor de los demás y están obligados á favorecerle.

—¡Yo favoreceré á Satanás, si así es preciso para que Rosa sea mía!

—Tengo la esperanza de que nos entenderemos.

—¡Acabad, hermana Justina, porque la sangre se me enciende, y no respondo de lo que haré! ¡Mil rayos! ¡Si supierais lo que siento!

—¡Ten calma, hijo!

—¡Acabad pronto, y la tendré!

—Pues todo consiste en que esta misma noche ó mañana muy temprano entregues un papel á tu noble señora doña Margarita.

—¡Por el Infierno!

—Hay un hombre que la ama como tú amas á Rosa.

—¡Tripas de Satanás!

—Y si tu señora te da contestación, has de traérmela en seguida.

—¿Y cómo he de hacer eso?

—Pues no te faltará ocasión para entrar en la cámara de tu señora sin que nadie sospeche.

—¡Oh!...

— Probablemente, te recompensará, y así harás un doble negocio.

—Si á mi señor conocieseis...

—¡Mejor que tú!

—Además, algo debe de suceder muy grave porque D. Juan y Lucas están á todas horas recelosos y vigilan sin cesar, y según me han dicho, doña Margarita llora mucho, y mi señor está de muy mal humor. Hace tres días que no sale ni para ir á Palacio.

—Nada de eso me importa.

—Si llega á sospechar...

—Te despedirá.

—Y entonces...

—Sufrirás eso por el amor de Rosa. ¿No estabas dispuesto á morir, que es mucho peor?

—Y en entregando esa carta y trayendo la respuesta...

—Habrás andado la mitad del camino.

—¿Lo cual quiere decir que he de hacer más?

—Y de mayor importancia.

—Sepamos.

—Una noche, á la hora que se convenga, abrirás para que entre el galán que la carta escribe.

—¡Cien mil legiones de condenados!

—¿Te asustas?

—¡Por el Infierno!

—¿Pues no tenías tanto valor y estabas dispuesto á todo para conseguir el amor de Rosa?

—Pero tales cosas pedís...

—Si fuesen muy sencillas y no ofrecieran ningún peligro, ningún mérito tendrían tampoco, y, por consiguiente, no merecerías la recompensa tan grande que te prometo.

—¡Hermana Justina!...

—Todo lo que puedes decirme, lo adivino, y, por consiguiente, es inútil que te tomes la molestia de hablar. ¿Te conviene servir á ese galán y á tu señora, á cambio de lo que tanto deseas?

—Me conviene que Rosa sea para mí.

—Pues lo que mucho vale mucho cuesta.

—¿Y por qué mostráis tanto empeño en servir á ese galán?

—Si tuvieras algún entendimiento, lo comprenderías.

—Ya sabéis que soy muy bruto.

—Ese galán ha de pagarme por llevar la carta y por introducirse en la casa de tu señor es decir, que tomaré dinero, y como á ti lo deberé, te pagaré, entregándote á Rosa.

—¡Ahora entiendo!

—Me sirves para que yo sirva: otro me paga el servicio, y yo te pago el tuyo con lo que tanto deseas, y de todo ello resultará que los que estáis enamorados quedaréis complacidos.

Esteban vacilaba. Sus dudas no debían durar mucho tiempo, porque estaba ciegamente enamorado y su pasión le trastornaba profundamente.

—¡Todo lo haré!—dijo después de algunos minutos.

—Si alguna torpeza cometes, renunciarás para siempre al amor de Rosa, y la entregaré al caballero que con tanto afán la codicia y que me ha prometido doscientos escudos, y más me daría si más le pidiese.

—Para esto no seré torpe, porque me interesa demasiado.

—Para ti has de hacer.

—¡Dadme la carta!

—Tómala en nombre de Dios.

—¡Ó del Diablo!—replicó ásperamente Esteban.

El papel le entregó la mendiga, y el sirviente se dispuso á salir.

—No olvides que al amanecer has de traerme noticias.

—Esta noche no podré entrar en la cámara de mi señora.

—Pero mañana temprano...

—En cuanto se me presente la ocasión, pues debéis pensar que yo nunca salgo de la caballeriza, y tengo que aprovechar ciertos momentos.

—No saldré mañana: así me encontrarás á todas horas.

—Vendré cuanto antes me sea posible.

El criado salió de la casa: se detuvo un momento para mirar á todos lados; pero no descubrió alma viviente. Nuestros dos amigos le contemplaban en cuanto lo permitia la obscuridad.

—No es el escudero—dijo Gil con voz muy baja.

—¿Cómo lo sabes?

—Le conozco por la estatura, y á vos os sucedería lo mismo.

—Si no te equivocas...

—Podéis tranquilizaros.

—Supongo que lleva la carta de D. Lope.

—Yo también creo lo mismo.

Mientras así hablaban siguieron á Esteban. Vieron que éste abría la puerta de la casa de D. Juan y entraba, cerrando otra vez.

—¿Y qué hemos conseguido?—dijo el enamorado mancebo.

—Algo, aunque poco.

—Mientras nuestras dudas no se disipen...

—Algo hemos de sufrir.

Inútilmente esperaron, pues no volvieron á percibir ni el ruído más leve. Era probable que en la vivienda de D. Juan no estuviese despierta más que la joven, porque los enamorados duermen poco. Después de las doce se alejaron el mancebo y Gil, quedándose el primero en la hostería, y dirigiéndose á su vivienda el otro. ¿Conseguiría Esteban hacer algo aquella noche? Nada, porque Margarita cerraba con llave la puerta de su cámara. Y, sin embargo, era la mejor hora, pues aunque Lucas vigilaba, no lo hacía tan constantemente que no pudieran aprovecharse algunos minutos.

—¿Por qué no he de probar fortuna?—se preguntó Esteban.

Y después de algunos minutos, y quitándose los zapatos para evitar así que produjeran ruído, encendió una luz y salió de la caballeriza; atravesó el patio de que ya hemos hecho mención, subió, y, aunque temblando, tuvo valor para recorrer algunas habitaciones. Llegó á la puerta de la cámara de Margarita, levantó l tapiz, vió que estaba cerrada, y la empujó.

—¡Ha echado la llave!—murmuró Esteban—¿Qué haré?

En esto consistía la dificultad. Su ingenio era nulo; pero estaba enamorado, y no puede negarse que el amor hace prodigios y esclarece las inteligencias más obscuras. Caviló y á los pocos minutos sintió abrasada la cabeza; pero no quiso darse por vencido!

—¡Ah!—exclamó al fin.—¡Me parece que encontré lo que necesito.

Volvió á levantar la cortina. Dió algunos golpecitos en la puerta después de mirar por el ojo de la cerradura y ver que en la cámara había luz.

—¿Quién llama?—preguntó la voz suave y dulce de Margarita.

Se arrodilló Esteban, se inclinó, introdujo el papel por debajo de la puerta, y le movió varias veces para que al rozar produjese ruido.

—¿Quién es?—volvió á preguntar Margarita.

El sirviente, por toda respuesta, movió el papel.

Entonces se oyó que la joven exhalaba una exclamación de sorpresa. Luego sintió el criado que el papel le quitaba.

—¡Esto va bien!—dijo

Se puso en pie y esperó. Pasaron algunos minutos. Rechinó la llave al girar en la cerradura, abrióse la puerta y apareció Margarita, que fijó una mirada de profunda sorpresa en el criado, pues era la primera vez que le veía.

—¿Quién sois?—le preguntó.

—Uno de vuestros criados, el mozo de caballeriza. He tenido el honor de veros muchas veces; pero vos no habéis fijado la atención en mí. Me llamo Esteban.

—¿Quién os envía?

—Nadie.

—¿Quién os ha dado este papel?

—Una pobre mujer á quien conozco hace bastante tiempo.

—¿Y quién se lo ha entregado á ella?

—Supongo—respondió Esteban—que el caballero que ha escrito la carta.

Margarita quedó silenciosa y pensativa por algunos minutos. No podía sospechar que le tendiesen un lazo, pues recordaba la letra del otro papel recibido por el balcón, y la había reconocido. Su protector misterioso no la olvidaba, y esto era un consuelo para la infeliz. Necesitando explicaciones, y sin pensar que

el criado no podía dárselas, le dijo.

—¡Entrad!

Obedeció Esteban; volvió á cerrar la joven, echando la llave, y le dijo:

—¡Acercaos!

CAPÍTULO XII

Cómo Esteban terminó felizmente su empresa.

Esteban miró á todos lados como el que después de un pesado sueño se encuentra en lugar desconocido. No veía claro; los objetos se le presentaban confusos: se restregó los ojos, se pasó las manos por la frente, y quedó inmóvil. Margarita, cuya agitación era más violenta cada instante, volvió á tomar el papel, que sobre una mesa había dejado, le leyó con atención profunda, estremecióse y se acercó luego al criado, diciéndole:

—Según veo, estáis dispuesto á servirme.

—Con la mejor voluntad del mundo—respondió el sirviente.

—Pues, entonces, vuestra reserva no se concibe.

—Mandadme—dijo Esteban, por decir algo.

—Necesito explicaciones.

—¡Explicaciones! No sé... ¿Qué he de deciros?

—Me habéis traído este papel, y sabréis quién os le ha dado.

—Pues una mujer á quien conozco hace algún tiempo. Vive en el arroyo del Arenal, y me dijo que si yo la servía en esto, ella me serviría también, porque... En fin, esto no es del caso. Yo estoy loco y desesperado. El pícaro amor le vuelve á uno la cabeza del revés. La hermana Justina es codiciosa, y como no tengo dinero para pagarle, hago esto para que pague lo otro, y así nos arreglamos. Tengo que llevar contestación, y después, cuando se convenga, abriré una noche para que pueda entrar el caballero que os escribe.

—¿Sabéis quién es?

—No me lo ha dicho la hermana Justina.

—¿Tampoco le habéis visto?

—Tampoco.

—¿Es decir, que no os entendéis con la persona que me escribe?

—Ni tengo para qué.

Convencióse Margarita de que era inútil pedir explicaciones al rudo Esteban; de todas maneras, resultaba que D. Lope había de ir para hablarle de la situación, y que le aconsejaba entretanto la calma. ¿Debía recibirle? No se oponían sus sentimientos de pudor, puesto que el caballero era un amigo de quien nada debía temerse. Pero ¿qué podía decir que hiciera cambiar su resolución? Esto era lo que ella comprendía, puesto que siempre resultaría que el hidalgo era hijo del conspirador, del asesino, y, además, continuador de la obra criminal de su padre. No solamente los deberes filiales, sino el decoro, le mandaban huir de semejante hombre. El resultado de la solicitada entrevista sería, pues, nulo. Sin embargo, á la joven le pareció que no podía negarse á recibir y escuchar al hombre que con el mejor deseo arrostraba por ella grandes peligros. Además, así tendría ocasión de suplicarle que hiciera uso de su influencia para que cuanto antes la llevasen á un convento. No era posible que sospechara que quien había de introducirse en la casa era el Sr. Domingo, puesto que ignoraba que estuviese en Madrid. Meditó, dudó, y al fin decidióse y dijo:

—Llevaréis la respuesta; pero no por escrito, pues no tengo papel ni pluma.

—No sería difícil proporcionarlos.

—¡Es igual!

—Como dispongáis.

—Diréis que aguardaré.

—¿Nada más?

—No es menester.

—Pues al amanecer daré el recado.

—Recompensaré el servicio que acabáis de prestarme.

—Yo no necesito más que lo que Justina me ha prometido.

—Pero yo quiero daros una prueba de mi gratitud.

—Si otra cosa no tenéis ahora que mandarme...

—Podéis descansar.

—¡Mi noble señora, que Dios os haga feliz!

Aún no se había desaturdido Esteban. Salió de la cámara, y tampoco entonces tuvo la desgracia de encontrar á nadie, pudiendo volver á la caballeriza para entregarse al reposo

ó soñar con la dicha que le habían prometido. Muchas veces leyó Margarita la carta de don Lope, reduciéndola luego á cenizas; se acostó, y sonreía el alba cuando pudo conciliar el sueño. El sirviente salió de la casa sin que nadie le pusiera ningún estorbo, y fué á la vivienda dn la mendiga.

—¿Qué tal?—le preguntó ésta.

—He cumplido lo que prometí, y anoche mismo quedó el papel en manos de mi noble señora.

—¿Tiene respuesta?

—Sí; pero de palabra.

—Sepamos.

—Doña Margarita dice que aguardará. Me hizo muchas preguntas sobre la persona que le escribía; pero no pude contestar.

—¿Y sigues dispuesto á facilitar la entrada del galán?

—¡Eso y mucho más haría por el amor de Rosa!

—Pues tuya será.

—Hermana Justina, si os equivocáis...

—¡Descuida!

—¿Qué he de hacer ahora?

—Volverás esta tarde para saber lo que el galán ha determinado,

—¿Á qué hora he de venir?

—Después de comer, y cuando encuentres la ocasión.

—Pero si os vais al jubileo...

—No saldré.

—¡Hasta luego!

Muy pensativo volvió el sirviente á su casa.

Aún no había transcurrido un cuarto de hora, cuando el Sr. Domingo se presentó en la morada de la vieja a sonreía.

—¿Qué podéis decirme?—le preguntó ansiosamente el n ancebo.

—Que todo está arreglado á vuestro gusto.

—¡Ah!...

—Doña Margarita recibió el papel, y respondió que aguardaría.

—¡Soy feliz!

—Ahora falta lo principal.

—Ya os dije que por el tejado de esta casa..

—Hay otro medio mejor.

—¿Otro medio?...

—Sí.

—¿Cuál?

—Os abrirán la puerta de la casa de don Juan de Haro, y entraréis; pero eso no puede hacerse si no me dais cincuenta ducados.

—¡Cincuenta ducados!

—¿Os parece mucho?

—Lo que me parece es que quizás os forjéis ilusiones.



Se arrodilló Esteban, é introdujo el papel por debajo de la puerta.

—Señor caballero, en estos negocios tengo muchísima experiencia y no me equivoco fácilmente.

—¿Con quién contáis?

—¿Y qué os importa?

—Necesito convemcerme de que no me tienden un lazo.

—Eso sucedería si yo hubiese acudido al escudero, que en cuerpo y en alma pertenece á D. Juan; pero es otra la persona que me sirve.

—Un criado...

—Que hará cuanto yo quiera. Anoche mismo entregó la carta, y al amanecer me ha traido la contestacióu. ¿Qué más podéis pedir? Si con otros medios contáis para ver á doña Margarita, olvidaos de mí, y que Dios os dé fortuna.

Con la alegría estaba trastornado el Sr. Domingo. El fuego de su pasión se escapaba por sus ojos: hizo lo posible para dominarse, reflexionó, y se convenció de que era inútil exigir de la vieja más de lo que ésta ofrecía. ¿Por qué había de vacilar? Siglos le parecían los minutos que faltaban para ver á la bellísima joven. Lo que le importaba era el resultado, ver á Margarita, y no los medios de que se servía la bruja. Tampoco se necesitaban muchas explicaciones para comp ender que la mendiga estaba en relaciones con uno de los criados de D. Juan, y que ejercía sobre él gran influencia. No había, pues, misterio que poner en claro.

—¿Cuándo podré entrar en la vivienda de D. Juan?—preguntó el mancebo.

—Vos lo diréis—respondió la mendiga,—pues todas las noches os esperan.

—¡Hoy mismo!

—Si os parece bien lo de los cincuenta ducados.

—Bien me parece.

—Pues no hay más que hablar.

—¿Á qué hora he de venir?

—Á las once en punto, ó más bien antes.

—Aquí me tendréis.

—Viendo estáis que todo se arregla en este mundo, según os dije; pero como los enamorados no tenéis paciencia desconfiáis de todo y os parece que nunca ha de llegar el momento...

El Sr. Domingo se despidió de la vieja, salió y corrió mientras exclamaba:

—¡Cuánta dicha!

No era posible que esperase la visita de Gil, y sin poder dominarse fué á la morada de D. Lope. No necesitó éste más que mirar al mancebo para comprender lo que sentía, y le dijo:

—¡Os felicito!

—¡Ah! ¡Todos mis sufrimientos quedarán compensados! Esta noche veré á Margarita, y ella verá mi corazón, penetrará en mi alma, y no pondrá en duda la rectitud de mis intenciones, la nobleza de mis sentimientos!

—¿Es decir, que esa mendiga?...

—¡El Cielo me la ha deparado! Está en relaciones con uno de los criados de D. Juan, y anoche mismo quedó la carta en poder de Margarita.

—Contestó...

—Que aguardará.

—¿Y la vieja?...

—Ha convencido al criado, que me abrirá la puerta.

—Sr. Domingo, preciso es que conozcamos á ese hombre y que con él estemos en relaciones directas, puesto que puede sernos muy útil. Puede decirse que ahora es cuando principia la lucha; y como no sabemos lo que puede suceder, nos conviene contar con el auxilio de una persona que habite en la misma casa que nuestro rival.

—Con ese hombre hablaré cuando la entrada me facilite; le prometeré más de lo que la mendiga puede darle, y creo que nuestro será.

—Pues ahora hagamos una suposición.

—Os escucho.

—Si no conseguís disipar los temores y las dudas de la hija del Rey...

—¡Oh!...

—Por mucho que os desagrade, os diré que es lo más probable que así suceda.

—En ese caso...

—Haréis un esfuerzo, os dominaréis, y con calma, con la serenidad que conviene á hombres como nosotros, le diréis que yo iré á verla mañana.

—¡Quiera Dios que no sea menester!

—Mucho habéis conseguido; pero no es nada en comparación con lo que necesitamos.

—La fortuna me protege, y...

—Después de la fortuna es cuando debe esperarse la desgracia.

—Esos anuncios...

—Son la nube que empaña el cielo de vuestra alegría, ya lo sé; pero es preciso.

—¡D. Lope!...

—¿Á qué hora habéis de ir?

—Á las once.

—Á las diez y media estaremos en la hostería.

—Me parece inútil que me acompañéis.

—¿Os atreveríais á responder de lo que sucederá?—replicó D. Lope.

—No; pero...

—Aún no conocéis á D. Juan de Haro, y por eso os paréce fácil lo que es casi imposible. Anoche pudo ese criado llegar hasta la cámara de doña Margarita y entregarle el papel. ¿Cómo pudo hacer eso sin ser sorprendido? Quizás le espiaban y le dejaron para dar el golpe con más seguridad.

—Por mucho que D. Juan vigile, no puede hacerlo á todas horas.

—Cuenta con la ayuda de su escudero.

—Aún así.

—Sr. Domingo, nada perderemos por vivir prevenidos.

—Es verdad.

—Quiero acompañaros y esperar en la calle, porque si algo ocurre que no está previsto, nuestro auxilio os sería muy útil.

—Todo lo que puede suceder es que me sorprendan y el paso me cierren; ¡pero yo le abriré con la espada!

—Hay situaciones en que el valor no sirve más que para morir con serenidad.

—Caballero, haced lo que mejor os parezca.

—Iremos á la hostería.

—Os esperaré.

No hablaron más. El resto de aquel día lo pasó el Sr. Domingo muy agitado. Pensaba lo que había de decir á doña Margarita para convencerla y hacerla cambiar de resolución. El trabajo era inútil, porque cuando llegase el momento se sentiría vivamente impresionado. Entonces no hablaría su razón, sino su corazón, y diría, no lo que pensase y le pareciese más oportuno, sino lo que sintiera. ¡Con cuánta lentitud transcurrieron las horas! La pasión del hidalgo había llegado al delirio, y la prueba la tenemos en que después de dos días no había pensado en ir á ver á su madre y ni siquiera le había enviado un aviso. De esto se cuidó D. Lope, y ya la cariñosa madre y don Luis de Vargas sabían que el Sr. Alfonso había recobrado la libertad, y que el Sr. Domingo se encontraba en Madrid y principiaba la lucha para la realización de su amoroso anhelo.

Como todo llega, llegó la noche. El hidalgo tomó algún alimento, aunque apetito no tenía, y volvió á esperar, desesperándose. Mil veces, y con acento de ternura infinita, pronunció el nombre de la hija del Rey. Dieron las diez; creció más y más su impaciencia: al cabo de media hora se abrió la puerta, y se presentaron D. Lope y Gil.

—¡Ah!—exclamó el Sr. Domingo.

—Aquí nos tenéis preparados para todo.

—¡Gracias, caballero, gracias!

—Puesto que antes de las once habéis de ver á la mendiga...

—Ya debemos ir.

—Cuando bien os parezca.

—¿Supongo que no habréis olvidado?

—Ninguna de vuestras prudentes advertencias.

—¡Está bien!

Su espada, su capa y su sombrero tomó el hidalgo; llamó á Crispín para decirle que esperase á todas horas, y salieron de la hostería, encaminándose hacia el arroyo del Arenal.

CAPÍTULO XIII

Cómo el mancebo se metió donde era difícil salir.

Junto al atrio de San Ginés se detuvieron, y D. Lope dijo al hidalgo:

—Entrad, que aquí os esperamos y determinaremos según las circunstancias. Recordad que necesitáis más calma que nunca.

—No lo olvido.

—Fijad bien la atención en todo, aun en lo que de menos importancia os parezca, pues todavía dudo si os han tendido un lazo.

—Me parece que no.

—Nada se pierde por estar prevenidos para todo.

—Lo estaré.

—No os detengáis.

—¡Hasta luego!

Se acercó Cabral á la puerta de la miserable casa, y llamó dando algunos golpes. En seguida abrió la vieja, sobre quien fijó el hidalgo una mirada escudriñadora.

—¿No se presenta ningún obstáculo?

—Ninguno, y doy á Dios gracias. Ahora mismo podéis ir, y en la vivienda de D. Juan entraréis como pudierais entrar en vuestra casa.

—Pues os entregaré los cincuenta ducados, según os prometí.

—Bien venidos sean, y quiera Dios que de provecho me sirvan. Creed que nadie os hubiera servido por menos dinero, tan prontamente y con tau buena voluntad.

—Estoy satisfecho.

—Y algo y mucho más podré hacer en vuestro favor, porque andando el tiempo han de suceder muchas cosas y habéis de necesitar mi auxilio.

—Á vos acudiré siempre, si lealmente me servís.

—Vais á tener ahora mismo la prueba.

—¿Qué he de hacer para que me franqueen la entrada?

—Llegaréis á la puerta, y muy suavemente daréis tres golpecitos: os responderán dando por dentro otros tres; vos en seguida daréis dos, harán lo mismo, y después que un solo golpe hayáis dado, la puerta se abrirá y os encontraréis con un mocetón muy zafio, que se llama Esteban, y que es mozo de la caballeriza. No habléis mucho con él, porque no conviene hacer ruido, y porque Esteban es tan bruto que no sabrá contestaros; pero si otra cosa queréis hacer no os lo prohibo, puesto que el bien ó el mal ha de ser para vos. De mi lealtad y buena fe voy á daros otra prueba, y os diré que por todo el oro del mundo no os haríais dueño de la voluntad del mozo, mientras que yo dispongo de él como de un esclavo, sin necesidad de darle un maravedí. Nada más tengo que deciros ahora: que Dios os dé fortuna completa y que seáis feliz.

Tomó los cincuenta ducados la vieja, los contó y examinó, limpiándose luego los ojos y desplegando una sonrisa de satisfacción inmensa; salió de allí el enamorado mancebo, cuyo corazón palpitaba violentamente, y se acercó á sns amigos, exclamando:

—¡Qué feliz soy!

Y palabra por palabra repitió cuanto le había dicho la vieja.

—Empiezo á tranquilizarme—le respondió D. Lope;—pero aún temo peligros.

—Yo no—replicó Cabral.

—Ese mozo puede favoreceros con la mejor buena fe.

—Es cuanto deseo.

—Pero no debemos olvidarnos de D. Juan y de su escudero. Á todas horas están vigilantes, y una casualidad cualquiera os colocaría en el más grave compromiso.

—Eso es posible; pero no probable.

—Entraréis, y nosotros esperaremos, situándonos en los sitios que más convenientes nos parezcan.

—So s excesivamente bondadoso, D. Lope.

—Cumplo mi deber, y, además, hago lo que me conviene, porque este asunto es casi mío tanto como vuestro. No os detengáis, que los minutos son preciosos. Dios os dé acierto para convencer á la infeliz Margarita, lo cual dudo.

—Yo no tengo dudas, porque cuando me escuche...

—Lo hemos de ver muy pronto.

—¡Voy en busca de la prueba, en busca de la vida ó de la muerte!—dijo Cabral.

Y tomó cuesta arriba, siguiéndole D. Lope y Gil, que se situaron frente á la casa para observar; el enamorado mancebo se detuvo junto á la puerta...

Perdonad, lector; pero tenemos que entrar en la casa antes que el Sr. Domingo, y retroceder una hora, pues de otro modo no comprenderíamos los sucesos que ocurrieron aquella noche. Á las nueve le había dicho D. Juan á su escudero y confidente:

—La tranquilidad de doña Margarita me infunde miedo.

—Y yo—respondió Lucas—he visto hoy en su semblante algo cuya explicación es un misterio para mí.

—¿Habrá querido inspirarme confianza con lo de su determinación de ser monja?

—Todo es posible, mi noble señor, pues las mujeres son así; y la más inocente, la más cándida, la más torpe, es más astuta que todos los hombres del mundo.

—¿Qué debemos hacer?

—Vigilar á todas horas.

—Yo quisiera descansar, porque no me siento completamente bien.

—Podéis hacerlo con el mayor descuido,

pues la noche pasaré en vela y dormiré mañana.

—Entonces, me acostaré.

—Fiad en mí.

—Ciegamente, buen Lucas.

—¡Gracias, mi noble señor!

Acostóse el caballero, que en verdad no se sentía bien, pues á su edad las cavilaciones y luchas no se soportan fácilmente, y si no quebrantan gravemente la salud, producen malestar. No tenía sueño; pero sí necesitaba reposo. Una hora después había conseguido dormirse, lo cual no era poco beneficio. Lucas se había retirado á su aposento, y meditaba sobre la situación mientras sorbo á sorbo bebía el vino con que había llenado un vaso, vino añejo que ningún otro criado se hubiera permitido tocar sin exponerse á las iras de su señor. De vez en cuando salía para recorrer parte de la casa, yendo hasta la puerta de la cámara de Margarita. Hizo allí lo que era natural que hiciese, escuchar y mirar por el ojo de la cerradura, pudiendo ver que aún había luz, lo cual probaba que la joven no dormía.

—¿Qué hace?—se preguntó el escudero.—Los enamorados cavilan, se entregan á sus ilusiones y sin dormir pasan las horas; pero ya es bastante tarde, y lo mismo podría mi señora entregarse á sus pensamientos acostada y á obscuras que levantada y con luz.

Esta circunstancia le llamó la atención: para un hombre como Lucas tenía mucha importancia. Recorrió otras habitaciones, bajó, revisó la puerta, donde nada de particular encontró, y así, vagando y sin producir el más leve ruido, pasó largo rato. Una de las veces que empezó á subir la escalera, apagósele la luz: debió de soplarla el Diablo, porque el hecho produjo gravísimas consecuencias. Se detuvo el escudero sin darse cuenta de lo que hacía. Á los pocos momentos le pareció percibir un leve ruido: volvióse.

—¡Por Satanás!—murmuró.

Acababa de ver á una persona que atravesaba el patio y se dirigía hacia el portal, llevando en la mano izquierda una lamparilla, cuya luz resguardaba del aire con la mano derecha. No necesitó mucho para conocer á Esteba.

—¿Adónde va?—dijo para sí.—¡Me escama!

Permaneció inmóvil; desapareció el mozo; crujió luego una puerta, y cuando volvió á reinar el silencio más absoluto Lucas se encaminó al portal, donde encontró la lamparilla que había dejado en el suelo Esteban. Desplegó Lucas una sonrisa maliciosa. ¿Para qué salía el mozo? ¿Era un traidor? Convenía salir de dudas: reflexionó, y decidió seguir observando sin poner á Esteban ningún estorbo. Se ocultó en un aposento cerca del portal y del patio, desde donde también podía ver la escalera, y esperó. Transcurrió más de media hora. Por fin sonó la puerta. El mozo entró; pero en vez de volver á su aposento, se sentó en el portal y quedó en actitud meditabunda. Si había salido para algún devaneo propio de su edad, ¿por qué no se retiraba á su dormitorio? Lucas continuó como una estatua.

Veía sin que fuese posible verle, pues tenía la puerta casi cerrada; podía mirar por una hendrija, y se encontraba en medio de la obscuridad más completa: en caso necesario, toda la noche hubiera permanecido allí. Al cabo de más de media hora, oyó que desde la calle daban en la puerta tres golpecitos. No necesitó el astuto Lucas más pruebas para convencerse de que el mozo era un traidor vendido á D. Lope de Santisteban. El rudo criado se puso en pie, acercóse á la puerta y contestó con otros tres golpes: otros dos sonaron, y uno luego, y entonces abrió sin producir más que un leve ruido. Entró Cabral. No se cuidaba de recatar el semblante. ¿Para qué? Muy poco faltó para que Lucas dejase escapar una exclamación de profunda sorpresa. ¡No era don Lope quien entraba!

¿Quién era aquel mancebo de varonil hermosura y en cuyos negros ojos de mirada ardiente revelábase la audacia? Desde luego supuso Lucas que el atrevido hidalgo era el Sr. Domingo Cabral, y grandes esfuerzos tuvo que hacer para dominarse: le convenía dejar en libertad completa al criado traidor y al enamorado mancebo.

—¡El ratón se mete en la ratonera—dijo para sí,—y ahora no conviene espantarle!

—¿Hay novedad?—preguntó el Sr. Domingo á Esteban, en tanto que le miraba fijamente.

—Ninguna, señor caballero; si bien estoy temblando, porque muy sobre aviso vive m

noble señor; y como cuenta con la ayuda de su escudero no es imposible que os descubran, en cuyo caso mi perdición...

—Tranquilizaos, que de mi cuenta corre vuestra suerte si algo tenéis que sufrir para servirme.

—No lo hago por vos, sino por el amor de Rosa.

—Ello es que me servís, y tengo la obligación de mostrarme agradecido.

—Os ruego que acabéis cuanto antes.

—Pronto será.

- Os guiaré hasta la cámara de mi noble señora.

—No es menester, porque conozco el camino.

—Sin embargo...

—Haced lo que bien os parezca.

—De todas maneras, necesitáis luz, y esta lamparilla llevaré.

—¡Vamos!

No hablaron más; subieron, y se dirigieron hacia las habitaciones de doña Margarita. Entretanto Lucas, con el silencio de un fantasma, subió también y fué al aposento de su señor. Allí había lo necesario para encender luz, y eso fué lo primero que hizo. D. Juan dormía profundamente.

—¡Gran golpe será!—exclamó Lucas desplegando una sonrisa de júbilo satánico.

Temblaba, no porque tuviese miedo, sino porque estaba muy agitado; y acercándose al lecho, movió á D. Juan y le dijo:

—¡Despertad, señor!

Estremecióse el caballero, abrió los ojos, y miró con asombro á su criado.

—¿Qué sucede?—preguntó.

—¡Levantaos!

—¿Que me levante?

—¡El ratón está en la ratonera, y los momentos son preciosos!

—¡Por Dios vivo!—exclamó el señor de Haro mientras en el lecho se incorporaba y se restregaba los ojos.—¿Qué estás diciendo, Lucas? Ni te entiendo, ni adivino por qué tan bruscamente me despiertas.

—Hay en casa un traidor.

—¿Un traidor dices?

—Que ha salido, ha vuelto, ha esperado, y al fin abrió la puerta para que entrase un galán.

—¡Por el Infierno!—exclamó el señor de Haro.

De un brinco se puso en el suelo y fijó una mirada de sorpresa en Lucas: estaba aturdido, porque todo lo esperaba menos lo que oía.

—¡Que ha entrado un hombre!—murmuró sordamente.

—Y no es D. Lope de Santisteban.

—¡Ah!...

—Es un mancebo con ojos negros, mirada penetrante y que el atrevimiento lleva pintado en el rostro.

—¡Mi rival!

—Eso he creído, y tengo la seguridad de no equivocarme.

—¡Oh!...

—En la cámara de doña Margarita le tenéis.

—¡Lucas!—gritó el caballero con destemplada voz.

Y centellas de ira se escaparon de sus ojos.

—¡Calma, señor, mucha calma!

—¡En mi casa Cabral!

—Sí.

—¡Y á solas con Margarita!

—Y con el impulso de su pasión.

—¡Que el Infierno me confunda! ¡No saldrá con vida de esta casa!

Y dejándose llevar del arrebato de sus celos, ciego, loco, atravesó la cámara D. Juan y tomó su espada.

—¡Señor, que nos perderíamos todos!

—¡Déjame!

—¿Qué intentáis?...

—¡Vive Dios!...

—Matad á ese hombre y os perderéis para siempre; todos nuestros planes se desvanecerán, y para siempre habréis de renunciar á ser dueño de la prodigiosa belleza de doña Margarita.

—¡Si comprendieras lo que siento..!

—Podéis inutilizar á ese hombre y colocarle en la más horrible situación. La fortuna nos protege, y si esta ocasión no aprovechamos, cierta será nuestra derrota.

—¿Qué puedo hacer, como no sea matar á ese hombre?

—Le matará la justicia.

—Lucas, estoy trastornado, y...

—Escuchadme un momento, y después haréis lo que se os antoje.

-¡Acaba pronto, porque cada instante es un siglo!

—Os vestiréis y esperaréis.

—¿Y qué conseguiré?

—Yo saldré, correré, buscaré una ronda, diré que en esta casa se ha introducido un ladrón, y por de pronto el Alcalde tendrá que llevar preso al hidalgo.

—Pero después...

—Después no, sino que ahora, cuando á prenderle vengan, resistirá, no lo dudéis, y por valeroso que sea, sucumbirá al número. Yo ayudaré á los de la ronda, mataré al audaz mancebo, y fuera de toda responsabilidad quedaréis. Después podrá probarse que no era un ladrón; pero tarde será.

—¡Comprendo!

—Pues decidíos.

El plan no podía ser más acertado. Las consecuencias serían las peores para el señor Domingo, pues aunque no hiciera resistencia quedaría comprometido muy gravemente y en la más crítica situación. Por algunos momentos meditó D. Juan, y convencióse de que su escudero tenía razón.

—Pues bien—dijo;—corre, y que venga la justicia: yo entretanto acecharé y estorbaré que el criminal se escape.

—Pues vestíos.

—¡Dame la ropa!

Con la ayuda de Lucas vistióse el caballero. Volvió á tomar la espada, encendió el criado otra luz, y salieron de la cámara sin hacer el más leve ruido, llegando hasta la puerta de la habitación inmediata al dormitorio de Margarita: se detuvieron, miraron por entre la cortina, y vieron á Esteban en un rincón y temblando. Escucharon, y oyeron las voces del Sr. Domingo y de la hija del Rey. Ambos hablaban con vehemencia. No pudieron entender lo que decían; pero el rostro de D. Juan tornóse lívido y fulgor siniestro se escapó de sus pupilas, mientras sordo rugido resonaba en el interior de su pecho y con fuerza convulsiva oprimía el puño de la espada: tenía que hacer esfuerzos sobrehumanos para contenerse, y si lo conseguía, era porque pensaba que muy pronto se vengaría y gozaría con el sufrimiento de su rival. Lucas se inclinó, y con voz apenas perceptible le dijo:

—De vuestra calma depende todo.

—¡La tendré!—murmuró el señor de Haro.—¡No te detengas!

El escudero salió de la casa sin cuidarse de cerrar la puerta, y cuando estuvo en la calle miró á todos lados, por si la casualidad le deparaba una ronda: no quiso protegerle entonces la fortuna, y corrió hacia el arroyo del Arenal. De repente, y con gran disgusto, tuvo el criminal que detenerse. ¿Por qué?

CAPÍTULO XIV

Cuchilladas.

No había contado Lucas con los amigos del enamorado mancebo, y cosa extraña fué que no pensase que guardadas debía de tener las espaldas. Gil se había quedado frente á la casa y D. Lope en el arroyo, junto al atrio de San Ginés; allí permanecieron, esperando lo que sucediese. Lucas salió.

—¿Qué significa esto?—se preguntó Gil.

Y siguió al escudero. D. Lope le vió bajar; y como había oído crujir la puerta, comprendió que algo extraordinario sucedía. No era posible que adivinara la verdad; pero sí pensó que le convenía detener á aquel hombre, fuera quien fuese, porque así saldría de dudas.

Separóse de la pared, le salió al encuentro, y le presentó la punta de la espada.

—¡Rayos!—exclamó Lucas.

Y dejándose llevar del instinto de conservación, retrocedió un paso, desnudando también el acero; empero antes de que se recobrara ni le fuera posible comprender la situación, llegó Gil, amenazándole también por la espalda. Volvióse Lucas; la obscuridad no era completa, pues, aunque entre ligeras nubes, había tenido por conveniente dejarse ver la Luna para ser testigo de aquellos sucesos.

—¡El escudero!—exclamó Gil, porque le reconoció.

—¡Vive el Cielo!—murmuró D. Lope.

—¡Por Satanás!—gritó Lucas.

Y miró á sus acometedores, reconociendo también á D. Lope. Lo que sintió no puede explicarse; se encontraba entre dos adversarios, de los cuales uno por lo menos era muy temi-

ble; lanzó un grito de rabia, y quedó inmóvil. ¿Qué le era posible hacer en tan crítica situación? No era cobarde; pero el valor para nada le servía entonces.

—¡Volved á la vaina el acero!—le dijo D. Lope con su calma imponente, que en aquellos momentos era terrible.

—¡Dos hombres contra uno!—replicó irónicamente Lucas.

—Si os empeñáis en resistir, no más que con uno habéis de entenderos; pero mirad lo que hacéis.

—¿Qué queréis?

—Saber adónde vais y qué es lo que sucede en vuestra casa.

—¿Y con qué derecho?...

—¡Basta, villano!—interrumpió D. Lope.—Os equivocáis si habéis tenido la ilusión de que he de rebajarme hasta el punto de discutir con vos. Os doy órdenes para que obedezcáis, y si así no lo hacéis, aquí quedaréis sin vida. No sé si bien me conocéis.

—¡Demasiado bien!

—Pues, entonces, no es posible que dudéis de que cumpliré mi propósito. ¡Envainad pronto la espada; ya os lo he dicho!

—¡Jamás!

—¡Pues yo os la quitaré!—dijo Gil.

Y al pronunciar estas palabras colocóse frente á Lucas, y acometió tan ligera y furiosamente, que el escudero apenas tuvo tiempo para colocarse bien y parar los primeros golpes. Como una estatua quedó el señor de Santisteban. Tenía ciega confianza en la destreza y valor de su criado; había principiado el combate, y debía concluir pronto. Ciego por la ira estaba Lucas; pero era adversario temible. El chis chas de los aceros era el único ruido que se percibía; disipáronse las pequeñas nubes, y el argentado resplandor de la Luna dió de lleno sobre aquellos tres hombres. Los combatientes se asestaban golpes inútilmente, pues aunque todos eran rápidos y certeros, los paraban bien. Gil no tenía más ventaja que la de su serenidad; pero no le servía mucho. Así pasó buen rato.

—¡No le mates—dijo por fin D. Lope,—pues ya sabes que no me gusta que se vierta sangre sin absoluta necesidad!

—Pero habré de inutilizarle.

—Eso sí.

—¡Pues voy á terminar, mi noble señor!—repuso Gil.

Y añadió, dirigiéndose á Lucas:

—¡Teneos firme, y mirad lo que hacéis, porque vais á recibir la lección que necesitáis!

—¡Fuego del Infierno!...

—¡Así! ¡Una, dos!... ¡Ya está!...

—¡Por Lucifer! — gritó desesperadamente Lucas.

La espada se escapó de su diestra: no estaba herido; Gil le había desarmado. Tenía que someterse, seguro de que si intentaba siquiera huir, le matarían. Nunca había sufrido el miserable como entonces: tenía por la mayor deshonra que le desarmasen.

—¡Estoy en vuestro poder!—dijo con ronca voz.

—Sí.

—¡Matadme, porque no responderé á vuestras preguntas!

—Si os empeñáis...

—¡Me sobra valor para morir!

D. Lope se encogió de hombros, miró desdeñosamente á Lucas, volvióse á su criado, y le dijo:

—Cuida de que este bribón no se escape; y si lo intenta, harás lo que te parezca mejor.

Envainó la espada el caballero, dió media vuelta y tomó calle arriba; llegó á la casa de D. Juan de Haro... Aquí otra vez tenemos que interrumpirnos, porque hemos de decir lo que sucedió después que en la cámara de Margarita quedó el Sr. Domingo.

La escena que entonces ocurrió puede describirse, porque el sentimiento representó el principal papel, y no siempre con exactitud se pintan y se hacen comprender los sentimientos. La agitación del hidalgo era más violenta cada instante. Á medida que se acercaba al aposento de Margarita, latía su corazón con mayor violencia, revolvíase en el pecho, sentíase abrasado, y producía en el señor Domingo un trastorno profundo. Apenas podía respirar; su sangre era fuego. Cuando entraron en la habitación inmediata á la que ocupaba Margarita, detuviéronse. Esteban señaló la puerta de la cámara, diciendo á media voz:

—¡Ésa!

—¡Dejadme!

Estremecióse violentamente el Sr. Domingo; quedó inmóvil por algunos momentos; luego acercóse y levantó un poco, muy poco, la cortina: no estaba cerrada, y pudo ver el interior. Margarita, sentada, con la cabeza tristemente inclinada sobre el pecho y medio cerrados los ojos, estaba hermosísima; la luz de una bujía reflejaba en su negra y fina cabellera; al Sr. Domingo le pareció que la belleza de la joven había aumentado prodigiosamente.

La hechicera joven alzó la cabeza, se pasó las manos por la frente, y dos lágrimas se escaparon de sus magníficos ojos y rodaron por sus mejillas. El hidago apretó los puños con la fuerza de la desesperación: era preciso concluir, salir de dudas, morir ó vivir. Un cuarto de hora había pasado, que un instante le pareció al mancebo; hizo un esfuerzo y tosió ligeramente para que Margarita advirtiese que había alguien en la inmediata habitación. La joven se estremeció, no pudiendo contener un grito, y su mirada se fijó en la puerta; el Sr. Domingo acabó de levantar la cortina y dió un paso, quedando otra vez inmóvil; un segundo grito exhaló Margarita, grito de sorpresa y de terror.

Púsose en pie como impulsada por una sacudida nerviosa; miró al hidalgo con expresión indefinible: esperaba á D. Lope de Santisteban, y se le presentaba el hombre á quien amaba con delirio y contra su voluntad. Como estatuas quedaron ambos. No articularon una sílaba. Bastante expresaba su rostro; elocuentes en demasía eran sus miradas. Pocas veces angustia igual ha oprimido el corazón de una criatura. El mancebo, con sus temores; Margarita, con la lucha que destrozaba su alma.

Ambos sufrían horriblemente.

CAPÍTULO XV

Borrascas.

Después de cinco minutos de absoluta inmovilidad, sintió Margarita que sus fuerzas



...le salió al encuentro, y le presentó la punta de la espa a.

menguaban rápidamente: se doblaban sus rodillas, hízose su respiración desigual y trabajosa, y palidez cadavérica cubrió su rostro. Pesadamente cayó en la silla que antes había ocupado, oprimiéndose el pecho y suspirando:

—¡Ah!...

Al Sr. Domingo le sucedió todo lo contrario; sintió que sus fuerzas renacían, relumbraron

sus ojos, dió algunos pasos, acercóse á la joven y exclamó arrebatadamente:

—¡Doña Margarita!...

Levantó la infeliz la cabeza, elevó al cielo la mirada, y dijo con acento de súplica desgarradora:

—¡Fuerzas, Dios mío, fuerzas para cumplir mi deber!

Estas palabras eran demasiado elocuentes pintaban con claridad la lucha que su corazón enamorado sostenía con su razón, la lucha del deber con un sentimiento que á todo se sobreponía, que todos los concentraba.

—¿Vuestros deberes?—replicó el hidalgo.—¿Acaso los habéis olvidado alguna vez? Os han engañado, han destrozado vuestra alma, me han calumniado villanamente, y las pruebas os presentaré. Víctimas somos de la ruindad del hombre que aspira á vuestro amor para satisfacer sus impuros deseos.

—¡Salid!—interrumpió la desdichada joven. —¡Salid! ¡No puedo escucharos! ¿Por qué habéis venido? ¡Entre nosotros se levanta un imposible!

—¡No, y mil veces no!

—Os diré algunas palabras, no más que algunas palabras para convenceros y que en paz me dejéis. Paz solamente pido para mi alma, paz solamente y que me dejen llorar, que me dejen morir. ¿Ni siquiera esto me concederá el mundo? ¿Y vos me lo negaréis también? Sois joven, y por muchas amarguras que hayáis sufrido, por poca nobleza que haya en vuestro alma, no podéis ser insensible. ¿Por qué no me concedéis alguna compasión? Ningún mal os hice, y la dicha os deseo. ¡Dejadme tranquila, dejadme con mi dolor, dejadme morir!

—¡Que os deje morir, cuando vos sois mi vida! ¡Que os deje sufrir y llorar, cuando mi alma es vuestra alma!..

—¡Escuchadme, os lo ruego!

—Antes me explicaré yo.

—¡Es inútil!

—Os lo suplico...

—Yo también.

—¡Doña Margarita!...

—Os amé.

—¡Ah!...

—Pero ya no os amo.

—¡Que no me amáis!

—No, porque el deber me lo prohibe, y mi deber es antes que todo; antes que mi vida, que mis afectos, que mi felicidad.

—¡Os han engañado!

—Pueden haber revestido con mentiras horribles una verdad; pero, aun despreciando esas mentiras, esas calumnias, la verdad quedará siempre, y la verdad será la misma, aunque vos, en vez de revestirla con lo espantoso, la engalanéis con bellezas deslumbradoras.

—No hay tal verdad; os lo juro.

—¿Os llamáis Cabral?

—Sí, y con este nombre ilustre me envanezco.

—¿No fué vuestro padre el terrible conspirador que murió en un calabozo, mientras en el cadalso espiraban D. Carlos Padilla y el marqués de la Vega de la Sagra, y mientras en el castillo de León era encerrado el duque de Híjar?

—Sí—respondió sin vacilar el mancebo.

Y levantó la cabeza con altivez.

—¿No fué vuestro padre el que intentó asesinar en el Pardo al Rey?

—Mi padre fué.

—Pues si todo eso es verdad...

—¡Señora!...

—Debéis de conocer el secreto de mi existencia.

—Le conozco.

—Felipe IV es mi padre—dijo Margarita con exaltación febril;—su sangre corre por mis venas, carne soy de su carne, alma de su alma, vida de su vida. ¡No, y mil veces no; no puedo amaros, señor Cabral! No debo, y mi deber, ya os lo he dicho, es antes que todo.

—No debéis amarme, pero me amáis; yo tampoco debía aspirar á la que sangre de reyes tiene en en sus venas; no debo, y aspiro; yo también quise olvidaros, y no os olvido; de vos quiero huir, y á vos me acerco, y en vano lucharía para resistir los impulsos de mi corazón, porque el corazón me domina, tiene más fuerza qae mi voluntad.

—Eso quiere decir que sois tan desgraciado como yo.

—¡Pero me amáis, sí, me amáis, doña Margarita!

—Pues bien—dijo desesperadamente la jo-

ven;—os amo contra mi voluntad, os amaré siempre, porque es inextinguible el fuego de mi pasión. Pero jamás seré vuestra, entendedlo bien: jamás; y como no he de ser esposa de otro, en el silencio de una celda lloraré mis desdichas y consumiré mi existencia, y sonriendo veré cómo la muerte se acerca á mí para poner su helada mano sobre mi corazón. Sí; la veré sonriendo, porque la paz del sepulcro es para mí la dicha suprema.

—Os he escuchado. Hacedlo vos ahora, y si después no cambiais de resolución...

—¡Sr. Domingo, salid!

—¿Qué perdéis por escucharme?

—Reconozco mi debilidad: si os escucho, vacilaré, y si vacilo, sucumbiré. Por de pronto me consideraré feliz; pero llegará más ó menos tarde el terrible día del arrepentimiento, del remordimiento.

—El dolor os trastorna, y...

—No os escucharé, porque no me siento con fuerzas para resistir. Vuestro acento es persuasivo como el de Satanás, y...

—Pues bien—interrumpió enérgicamente el mancebo;--de aquí no me moveré, aquí me encontrará el miserable que es causa de mis desdichas, y en vuestra presencia le mataré.

—¡Desdichado!

—Lo soy, es verdad.

—¡Loco estáis!

—Sí; la desesperación ha trastornado mi juicio, y todas las locuras cometeré. No intentéis disuadirme, porque en vano será. Vuestro amor es mi vida, y sin vuestro amor, quiero la muerte. ¿Vos habéis de encerraros en una celda para llorar y morir? ¡Antes sucumbiré, para que vuestras lágrimas rieguen mi sepultura!

—¡Dios misericordioso!

—No me olvidaréis; para mí será vuestro recuerdo, con ternura y con dolor pensaréis en el infeliz que exhaló el último suspiro pronunciando vuestro nombre, y mi espíritu, aunque de mi cuerpo se separe, en este mundo quedará, á todas horas estará cerca de vos, envolviéndoos y..

— ¡Callad, callad! — gritó Margarita con el acento del delirio.

—No callaré, porque es preciso que sepáis lo que sufro; no callaré...

—¡Ah!—murmuró la infeliz con débil voz.

Y otra vez se pasó las manos por la frente, que abrasada sentía; oprimióse el pecho con fuerza convulsiva, queriendo contener las palpitaciones violentas de su dolorido corazón: miraba al hidalgo, en cuyo semblante se pintaba claramente la nobleza de su alma, y le parecía imposible que fuese criminal, imposible que la engañase para hacerla instrumento de su terrible y cruel venganza. La ardiente mirada del Sr. Domingo la envolvía, la fascinaba, y contra aquella fascinación no había voluntad, no había razón, no había fuerza posible. Así lo comprendió Margarita, que á toda costa quería cumplir sus deberes, consumar el tremendo sacrificio. ¡Pobre niña! Concentrando sus escasísimas fuerzas, se puso en pie con la intención de salir de la cámara; pero no pudo dar un solo paso.

—¡Fuerzas, fuerzas, Dios mío!—gritó desesperadamente y con destemplada voz.

Su cuerpo vaciló, cerráronse sus ojos y cayó pesadamente: había perdido el conocimiento. Centellas se escaparon de los ojos del mancebo; cogió las manos de Margarita, las estrechó fuertemente, las besó con frenesí y exclamó con voz ronca:

—¡Margarita, Margarita!

El desdichado deliraba.

Instintivamente quiso socorrer á Margarita. Separóse de ella y miró á todos lados: buscaba agua para rociarle el rostro y hacerla recobrar el conocimiento; no había. Salió al inmediato aposento, donde, según hemos dicho, encontrábase Esteban en un rincón y temblando.

—¡Agua, agua!—le dijo el mancebo.

Quiso obedecer el sirviente; corrió, llegó á la puerta, levantó la cortina, se detuvo, exhaló un grito de pavor y empezó á retroceder.

—¿Qué hacéis?— le dijo el hidalgo.

Esteban no acertó á contestar. Siguió retrocediendo hasta llegar á la pared: hubiérase dicho que huía de un fantasma. El Sr. Domingo corrió entonces hacia la puerta, levantó la cortina para salir en busca del agua, y se encontró con D. Juan, cuyo rostro estaba lívido y desfigurado. También retrocedió, pero un paso no más. El señor de Haro avanzó blandiendo la espada y rugiendo sordamente.

—¡Villano!—gritó fuera de sí.—¡Hijo de mal padre!

El Sr. Domingo vió como una nube la sangre que pasaba ante sus ojos: sin darse cuenta de lo que hacía, sacó la espada y la cruzó con la del anciano; sonaron los aceros. Esteban, comprendiendo todo lo crítico de su situación y que había de quedar gravemente comprometido, cualquiera que fuese el resultado de aquella lucha, dejóse llevar del instinto de conservación, salió del aposento, corrió, bajó, llegó al portal y se encontró con D. Lope, que en aquellos momentos entraba. No le vió; el señor de Santisteban quiso detenerle, pero no pudo: de un brinco atravesó el anchuroso portal Esteban, y á la calle salió, volviendo á la derecha y corriendo hacia el arrabal.

—¡Por el Infierno!—gritó D. Lope.—¿Qué es lo que sucede? ¡No retrocederé, aunque el Infierno se me ponga delante!

Mientras esta breve escena tenía lugar, el mancebo y el señor de Haro se batían. La lucha fué también muy breve, y sin que ellos mismos supieran cómo, sucedió que la espada del Sr. Domingo se clavó en el brazo derecho de D. Juan y de la diestra de éste se escapó el acero. El anciano vaciló mientras exhalaba un grito doloroso, y, aunque sin perder el sentido, cayó sobre el pavimento. El hidalgo, impulsado siempre por el instinto, salió del aposento, corrió como había corrido Esteban, y cuando la escalera bajaba encontróse con D. Lope. Tan trastornado y ciego iba, que no le conoció, y furiosamente arremetió contra él para quitarse á cuchilladas el estorbo. Tuvo que retroceder el señor de Santisteban, y retroceder con gran prisa, pues á no hacerlo así, hubiera quedado muerto ó mal herido.

—¡Desdichado!—gritó.—¿No me conocéis?...

—¡Ah!...

—¿Adónde vais?

—¡Á buscar la muerte, á buscar el Infierno!—respondió Cabral!

Y se detuvo jadeante; en sus ojos pintábase el extravío de su razón.

—¿Qué sucede?—preguntó D. Lope.

—¡No lo sé!

—¡Vive el Cielo!...

—¡Vamos, vamos!

—Pero...

—¡Muerto ó herido queda D. Juan!

—¡Habéis perdido la razón, y todos nos hemos perdido!...

—¡Por eso quiero morir!

—¿Y Margarita?

—¡En su cámara y sin conocimiento!

Convencióse el señor de Santisteban de que era inútil pedir explicaciones antes de que la calma recobrase el infeliz mancebo, y dijo:

—¡Venid!

Salieron de la casa: fueron hasta el Arroyo del Arenal, acercóse D. Lope al escudero y le dijo:

—En libertad estáis. Volved á vuestra casa y socorred á vuestro señor, que herido queda.

—¡Mil rayos!...

—¡Y guardaos de mí, villano; guardaos, porque no os perdonaré si algo tenemos que sufrir por este lance!

El escudero corrió y desapareció.

—¡Por aquí!—dijo el señor de Santisteban.

Maquinalmente obedeció el hidalgo. Gil siguió también á su señor, mientras decía para sí:

—¿Qué pasa? No lo entiendo; pero tengo la seguridad que estamos peor que antes: La noche ha sido desdichada, y Dios sabe lo que aún puede suceder!

Encamináronse á la Plaza Mayor para entrar en la hostería.

CAPÍTULO XVI

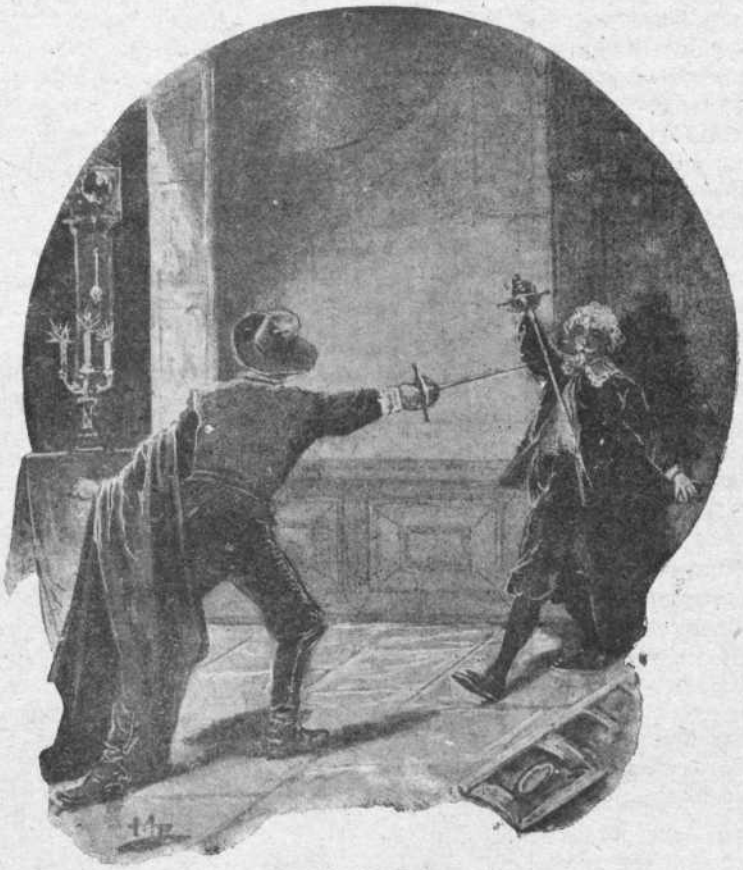
Lo que pensó Margarita.

La herida de D. Juan era leve; pero le hizo experimentar la conmoción y el trastorno naturales, y á esto se debió que en los primeros momentos cayese. Por de pronto sintió en el brazo un frío glacial y la paralización de todos sus movimientos. No era bastante para que el pavor se apoderase de su espíritu, sino que, por el contrario, encendióse más y más su ira: se revolvió desesperadamente, exhalando gritos de rabia, y consiguió ponerse en pie. Empero la sangre corría, teñía su diestra y caía en el suelo: al verla fué cuando el señor de Haro se sintió desfallecer y tuvo que sentarse. Volvió á gritar llamando á sus criados, particularmente á Lucas, y tuvo fuerzas y

valor para empezar á desnudarse con el fin de examinar la herida.

Entretanto la hija del Rey, aunque ningún auxilio se le había dado, recobró el conocimiento, abrió los ojos, exhaló penoso suspiro y miró á todos lados. Sus recuerdos eran confusos; pero oyó las voces de D. Juan, y comprendió perfectamente lo que sucedía.

de todas sus desdichas; pero se detuvo, dudó, y en aquellos momentos vió que entraba Lucas. Ya no necesitaba el caballero sus auxilios, y retrocedió, quedando en el interior de su cámara, cuya puerta cerró echando la llave. De los labios de Lucas escapábanse las más horribles blasfemias; sus ojos estaban inyectados en sangre, y la ira le ahogaba.



...la espada del Sr. Domingo se clavó en el brazo derecho de D. Juan...

Sentíase muy quebrantada; se puso en pie, con pasos vacilantes llegó hasta la puerta, y por entre la cortina vió á su verdugo, que se quitaba el jubón muy trabajosamente, porque no le era posible hacer uso del brazo derecho. Dejándose llevar de sus nobles impulsos, dió un paso para salir y socorrer al que era causa

—¡Venganza!—gritó.

—¡Venganza!—exclamó D. Juan.

Por algunos minutos se contemplaron.

—¡Déjame—dijo el caballero;—déjame y corre, busca á mi rival, mátale!...

—¡No vivirá mucho tiempo!

—¡Ya lo ves: tu plan, las contemplaciones!..

—S¡eñor!...

—¡Oh!...

—¿Estáis herido? ¡Por el Infierno!... ¡Venid! Ante todo es preciso que os curéis. ¿Y los demás criados? ¡Fuego de Satanás!

—¡Noche horrible!

Lucas ayudó á levantar á su señor en tanto que gritaba. Bien pronto acudieron todos los criados y produjose la confusión consiguiente: nadie entendía lo que pasaba; preguntaban todos, sin que hubiese quien diera explicaciones. El escudero restableció al fin el orden amenazando terriblemente y mandando que fuesen en busca del médico; desnudó á don Juan, y reconoció la herida.

—No me parece cosa grave—dijo.

Restañó la sangre como mejor pudo, y al ruido sucedió el silencio, y á la agitación, la calma; pero una calma encubridora de la borrasca más violenta. D. Juan de Haro empezó á rehacerse. Sentíase debilitado por la sangre que había perdido; pero conservaba el uso de sus facultades intelectuales. Cuando estuvo á solas con su criado y confidente exclamó:

—¡Ah! ¡Ya he recobrado la razón!

—Sosegaos, porque ante todo es preciso que vuestra vida se salve. Afortunadamente, la herida es poco más que un rasguño.

—¿Y doña Margarita?

—Debe de estar en su cama.

—¿Y si se ha ido con mi rival?

—Pronto saldremos de dudas.

—¡Corre, convéncete y!..

—¡Al momento!

Lucas fué á la cámara de la joven; miró por el ojo de la cerradura, vió luz, y llamó.

—¿Quién es?—preguntó la joven, cuya voz parecía como ahogada por los sollozos.

—Soy yo, mi noble señora, y vengo á saber...

—¡Nada necesito!

—Si tenéis á bien abrir...

—¡No!—replicó la joven

El escudero volvió al aposento de D. Juan.

—Tranquilizaos—le dijo.

—Pero ¿qué ha sucedido?

—Vos debéis saberlo.

—Saliste para ir en busca de una ronda, y yo esperé, según habíamos convenido.

—No pudisteis dominaros, y...

—Te equivocas.

—Estáis herido...

—El hidalgo salió pidiendo agua, y conmigo se encontró. Ya era inevitable la lucha.

—Y yo salí en busca de la ronda, y me encontré con D. Lope de Santisteban.

—¡Por Dios vivo!

—Me presentó la espada, y un criado suyo me acometió por otro lado.

—Hemos cometidó una torpeza, ó más bien, tú la has cometido.

—Debéis pensar...

—Pudimos matar á ese hombre y dejarle en la calle, y así todo hubiera concluído de una vez.

—Y hubiéramos quedado más comprometidos que nunca, puesto que en la calle estaba D. Lope.

—Es verdad; pero...

—Señor, hice lo que pude; me defendí, me desarmaron...

—¡Miserables!

—Y poco después llegó el galán. Me dejaron entonces, y como otra cosa no me era posible hacer, vine para socorreros, pues el hidalgo me advirtió que quedabais herido.

—Todo eso es incomprensible.

—Sí.

—Esos hombres valen más que nosotros.

—¡Más que nosotros!

—No te forjes ilusiones.

—Á pesar de todo eso, lucharé y triunfaremos. Lo que acaba de suceder no significa una derrota decisiva.

—Sí, es una de tantas peripecias de la lucha; pero una peripecia terrible y que nos coloca en muy difícil situación.

—Yo creo que nos da ventajas.

—¿Y en qué consisten?

—Cuando sepa el Rey lo que ha sucedido...

—Dispondrá que inmediatamente su hija vaya al convento.

—Y como todo lo tendremos preparado, pondremos en práctica nuestro plan. Vuestra herida no es un estorbo, pues me parece que ni cama tendréis que hacer. El traidor ha huído, lo cual es una gran fortuna, y ahora será imposible que doña Margarita vuelva á ver á ese hombre ni al señor de Santisteban. Además, después de estos sucesos, que tan en pe-

ligro han puesto vuestra vida, tenéis derecho para redoblar vuestra vigilancia.

—Veo que no te desalientas, Lucas.

—Podré morir; pero no desalentarme. Este asunto es ya mío, porque interesado está mi amor propio, y aunque renunciaseis al amor de doña Margarita, yo trabajaría hasta satisfacer mi sed de venganza.

—¡Renunciar al amor de Margarita! ¡No, Lucas; eso no puede suceder!

—Entonces...

—¡Lucharemos; sí!

—Y si no triunfamos...

—¡Moriremos!

Así continuaron la conversación por espacio de media hora.

Presentóse el cirujano, que apenas reconoció la herida dijo:

—Esto no es nada; ni tiene más importancia que la molestia que os hace sufrir. Haced lo posible para tranquilizaros y dormir, y mañana podréis dejar el lecho, aunque sin salir á la calle en algunos días.

Hizo la cura, se despidió hasta la mañana siguiente, recomendando la calma y el silencio, y se fué. Ningún suceso digno de particular mención ocurrió en la casa el resto de aquella noche. D. Juan de Haro pudo conciliar el sueño, que contribuyó mucho á calmar su agitación. El escudero fué y vino, revisando puertas, meditando y calculando. Nada pudo deducir, sino lo que muy claro estaba, y, por consiguiente, no sospechó que la hermana Justina pudiera tener parte en aquel asunto. Supuso que á Esteban le habían dado dinero, y nada más. Muchas veces miró por el ojo de la cerradura de la puerta del dormitorio de Margarita, viendo siempre luz, y alguna vez oyó los suspiros y sollozos de la infeliz joven. Siguió creyendo que la determinación de ésta en cuanto al convento era un ardid para inspirar confianza. Al amanecer, y viendo que su señor dormía, entregóse también al reposo, después de dar las órdenes convenientes para que los demás criados vigilasen.

En cuanto á doña Margarita, después de recordar todo lo sucedido y de reflexionar con cuanta calma le era posible, arrepintióse de no haber escuchado al mancebo, y, lo que es más, se convenció de que le habían calumniado. No negó el Sr. Domingo que fuera hijo del conspirador; pero sí rechazaba indignado las demás calumnias. ¿Por qué había de ser un criminal como su padre? La nobleza de su alma se pintaba en su rostro. Cuando habló de su amor era su acento el inequívoco de la verdad. Había pintado con vivos colores su desesperación, y no era posible que mintiera. Sufría mucho y sufría por ella, y por ella estaba dispuesto á morir mil veces, á luchar, á sacrificarlo todo. Ninguna mujer puede ser insensible cuando por ella sufren, y es más imposible la indiferencia cuando ella ama. Para la mujer todo está justificado, hasta los crímenes, cuando se cometen por ella, todo le parece bello cuando se le presenta entre los arrebatos de la pasión por ella encendida.

La mujer es puro sentimiento, amor, ternura. Siendo verdad el amor del mancebo, no era posible que odiase al padre de la mujer a nada, ni mucho menos que buscara ocasión para asesinarle; y como de aquel amor no dudaba ya Margarita, claro es que le pareció injustificable su proceder. ¡Y había rechazado con dureza al hombre que la adoraba! ¡Había destrozado el corazón que por ella latía! Se arrepintió la infeliz, y el arrepentimiento la hizo sufrir como nunca había sufrido. En pocos minutos encendióse más y más el fuego de su pasión. ¿Qué haría? No encontraba medio para ponerse en comunicación con D. Lope de Santisteban ó con el Sr. Domingo, puesto que era natural que el mozo traidor hubiese huído, y si así no lo había hecho, inutilizado quedaría también. Caviló en vano la joven; lloró mucho, oró fervorosamente, y orando se encontraba cuando la aurora desplegó sus primeras galas. Entonces se dejó caer en el lecho por si le era posible dormir.

CAPÍTULO XVII

Un incidente inesperado.

Otra vez retrocederemos para ir á la hostería, adonde sin novedad llegaron D. Lope, el Sr. Domingo y Gil. Las ideas del enamorado mancebo eran confusas, y apenas acertaba á darse cuenta de la situación.

—Haced un esfuerzo—le dijo D. Lope;—so-

segaos y hablad, porque es preciso que todos conozcamos la situación, por si inmediatamente debemos adoptar algunas precauciones. Por desgracia, mis temores eran fundados, y no me sorprende lo que ha sucedido.

—Lo peor que podía suceder—respondió el hidalgo.

—Supongo que D. Juan os ha sorprendido cuando hablabais con Margarita.

—No; pero debía de estar en acecho.

—Sí, en acecho estaría mientras su escudero salió; es decir, que os vieron entrar, os dejaron, y se concretaron á tomar precauciones para avitar que salieseis.

—¿Y con qué fin?

—Ya no necesito explicaciones—dijo el señor de Santisteban,—porque todo lo adivino

—Yo también—añadió Gil.

—Por casualidad nos hemos salvado de mayor de los peligros, si bien nos amenazan muchos.

El hidalgo fijó una mirada de extrañeza en D. Lope.

—Estáis muy aturdido—repuso éste.

—Sí.

—Vuestra ofuscación es completa, pues de otro modo, comprenderíais lo que acaba de suceder.

—¡Necesito desaturdirme!

—Indudablemente, el escudero iba en busca de vuestra gente: si no le detenemos, la justicia os habría sorprendido en el interior de la casa, y en la cárcel estaríais á estas horas, ó muerto, si cometíais la locura de hacer resistencia.

—¡Villanos!...

—Dad gracias á Dios.

—Margarita perdió el conocimiento; quise socorrerla, corrí en busca de agua y con don Juan me encontré; y como sus primeras palabras fueron la más grave ofensa, una ofensa á la memoria de mi padre, no pude contenerme.

—Debíais de estar ciego.

—Tanto, que no sé si herido ó muerto queda.

—¿Y no habíais conseguido convencer á doña Margarita?

—Me rechazó una y otra vez, si bien declaró que me amaba; pero considera un deber huir de mí, y hasta olvidarme, y jura que es firme su resolución de acabar la vida en una celda. Le hablé de mi amor, de mis sufrimientos, le supliqué que me escuchase... ¡Ah!... ¡Bien comprendí que se destrozaba su alma, como destrozada estaba la mía! Comprendí que luchaba; pero siempre la voz de un deber imaginario le aconsejaba que me rechazase.

—¿No le dijisteis más?

—¿Y qué había de decir, si otra cosa no sentía? Me envaneci con mi nombre, hablé con respeto de las desgracias de mi padre, y...

—Comprendo: perdisteis un tiempo precioso. Fuisteis para desvanecer la calumnia, para probar vuestra honradez y la nobleza de vuestros sentimientos, y os preocupasteis solamente de vuestro amor.

—¡Es verdad!—murmuró tristemente el mancebo.

—Nos encontramos como antes.

—Sí.

—Peor, porque con su herida irá el señor de Haro al Rey, y Dios sabe lo que sucederá.

—¿Creéis que se atrevan á producir un escándalo haciendo que en este asunto entienda la justicia?

—No, porque perdería mucho la reputación de Margarita.

—Entonces...

—Pero el Rey tiene medios sobrados para hacernos mucho mal. Ya no puede ocultarse que estáis en Madrid.

—No es eso lo que siento, sino que el escudero de D. Juan os ha conocido, y cuando los sucesos de esta noche los conozca Su Majestad...

—Me arreglaré como pueda—dijo sencillamente D. Lope.

—De vos depende mi dicha, de vos depende la suerte de esa mujer infeliz...

—Dispuesto me tenéis á luchar; ya lo sabéis.

—Pero si quedáis inutilizado...

—Sr. Domingo, ahora no es posible adoptar ninguna resolución.

—¿He de esperar sin hacer nada?

—Por algunas horas.

—¡Siglos, debierais decir!

—Mañana iré á saber cómo se encuentra D. Juan de Haro, pues de esto depende todo, y según resulte, determinaré.

—Si ha muerto...

—Tendríais que huir, ocultaros y tal vez salir de España.

—¡Oh!...

—Por de pronto debéis descansar, dormir para que se despeje vuestra inteligencia, y mañana iréis á buscar consuelo en los brazos de vuestra madre.

—¡Madre mía!...

—No habéis pensado en ella, cuando tan cerca la tenéis—dijo severamente D. Lope.

El mancebo inclinó la cabeza sin atreverse á mirar á su protector: sintióse profundamente conmovido, y sus ojos se humedecieron. No quiso D. Lope ir más allá en sus dulces reconvenciones, y se puso en pie.

—¿Ya os vais?—le preguntó el Sr. Domingo.

—Sí.

—¡Tan pronto!...

—Necesito descansar para que se despeje mi cabeza.

—Yo también; pero no me será posible conciliar el sueño.

—Volveré mañana, no sé á qué hora, y vos me esperaréis, sin cometer la locura de salir antes de haberme visto.

—Así lo haré.

Se despidió el señor de Santisteban y fuése con su criado. No hay que decir que el enamorado mancebo se entregó á las más tristes reflexiones.

Á la siguiente mañana salió la mendiga más tarde que de costumbre; cuando se encaminaba hacia la iglesia de San Martín, encontróse con dos hombres. Eran D. Lope y su fiel criado.

—Ésa es la bruja—dijo Gil á su señor.

No tenían para qué detenerla entonces ni hacerle ninguna pregunta, y el señor de Santisteban se concretó á mirarla bien para poder reconocerla.

Llegaron á la vivienda de D. Juan, llamaron, y al abrirse la puerta presentóse un criado que les era desconocido. Lucas dormía en aquellos momentos.

—¿Qué se os ofrece, señor caballero?—preguntó el sirviente con respetuoso tono, porque al ver á D. Lope comprendió que trataba con persona muy principal.

—Necesito ver al señor de Haro.

—Pues no podrá ser, porque está enfermo.

—No lo ignoro, y precisamente por eso necesito verle en seguida.

—El caso es que yo no me atrevo...

—Dad el aviso á su escudero para que pase el recado.

—Me parece que Lucas duerme, porque la noche pasada ha sido de agitación.

—Os advertiré que vengo á ver á vuestro señor por orden de Su Majestad.

—¡Ah!...

—Y soy D. Lope de Santisteban.

—¡Oh!...

—Ahora haced lo que bien os parezca bajo vuestra responsabilidad.

—Entre Vuestra Señoría, y perdóneme, pues como no tenía el honor...

—¡Vamos!

Entraron, fueron conducidos al mejor de los aposentos, y el criado dijo:

—Vuestra Señoría no llevará á mal que le haga esperar algunos momentos, porque ignoro si mi señor duerme. Hace pocos minutos que se fué el cirujano, y...

—¿Es grave la herida?

—No vale nada, según dicen; un rasguño en el brazo nada más.

—Me tranquilizo.

—Vuelvo en seguida, mi noble señor.

D. Lope había pronunciado una palabra mágica, el nombre del Rey. No era menester más para que el criado corriese y sin ningún miramiento entrara en el dormitorio de su señor. No dormía éste, y al ver á su criado le preguntó con aspereza:

—¿Qué quieres?

—Señor, acaba de llegar un caballero, el señor D. Lope de Santisteban...

—¡D. Lope!—exclamó el señor de Haro, cuya mirada se tornó sombría.

—Dice que viene por orden de Su Majestad, y, por consiguiente, me ha parecido...

—¡Vive el Cielo!

—Vuestra Señoría me dirá.

—Si de parte de Su Majestad viene, ¿qué he de hacer?

—Entonces...

—¡Que entre!

Salió el criado.

—¡Oh!—murmuró D. Juan con sorda voz.—¡Viene á gozarse con mi martirio; pero el día

de mi venganza está seguro, y entonces veremos quién de los dos ríe, quién de los dos goza! Se presentó D. Lope. Gil había quedado en otra habitación hablando con el sirviente de D. Juan. Este fijó una mirada de odio profunda en el favorito del Rey. que estaba perfectamente tranquilo, y acercándose al lecho, saludó ceremoniosamente al señor de Haro y se sentó.

—Para conseguir veros he tenido que tomar el nombre de Su Majestad; pero esto no debe considerarse un abuso, puesto que conmigo habéis de entenderos para todo lo que tenga alguna importancia y se refiera á doña Margarita. Conozco el suceso de anoche, y aquí me tenéis, no porque me interese vuestra salud, sino por si algo habéis de decirme. Os molestaré poco, muy poco, y en seguida me iré, á menos que vos me detengáis. Y nada más os digo, caballero, porque nada más es menester decir.

Por algunos minutos guardó silencio el señor de Haro. Muy trabajosamente se dominaba. ¿Qué debía responder?

—D. Lope, no he comprendido bien el objeto de esta visita—dijo por fin.

—Me explicaré de otra manera.

—Hacedlo, que os escucho.

—¿Estáis herido?

—Sí; me hirió el miserable que en otra ocasión se había burlado de mí; el que me disputa el corazón de Margarita, ese desdichado á quien el mundo mira con desprecio y con horror, porque es el hijo del conspirador, del asesino, del suicida, y porque su nombre quedó infamado.

—Os molestáis más de lo necesario, don Juan, pues bastaba con que hubieseis dicho el nombre de ese desgraciado y noble mancebo.

—Vos le ayudasteis...

—Dentro de vuestra casa, no.

—El resultado fué el mismo.

—No debéis sorprenderos, pues ya sabéis que soy el protector del hidalgo.

—¿Y qué queréis ahora?—preguntó arrebatadamente D. Juan.

— Repito que no podéis salir de vuestra casa, ni para ir á Palacio ni para verme, y quizás os convenga darme parte del suceso, para que yo lo ponga en conocimiento de Su Majestad. Si así lo hacéis, cumpliré el encargo, y por mi honor os juro que con la más escrupulosa exactitud repetiré vuestras palabras sin hacer ningún comentario.

—¡Muy seguro estáis de vuestra influencia!

—Es que mi valor es el que da la causa de la justicia.

— Suponed que quiera que el Rey sepa cuanto anoche sucedió, no solamente en mi casa, sino en la calle.

—Lo sabrá, porque se lo diré.

—¿Se lo diréis?

—¿Qué os admira?

—D. Lope...

—Haced la prueba.

D. Juan se sintió perplejo; pero bien pronto comprendió lo que el señor de Santisteban se proponía.

—Os escucho—dijo éste,—pues aunque el suceso conozco, vos debéis referírmelo como mejor os parezca para que yo repita vuestras palabras.

Una sonrisa irónica desplegó el señor de Haro. La expresión del rostro de D. Lope no cambiaba; continuaba tranquilo, y hasta indiferente. D. Juan se sentía muy mortificado; dudaba. Si el Rey tenía conocimiento de lo sucedido, dispondría que inmediatamente fuera llevada su hija al convento, sin esperar á que el señor de Haro recobrase la salud, y encomendando el asunto, bien fuese á D. Lope ó á cualquiera otra persona de su confianza. No le convenía esto al viejo ruin, y, por consiguiente, le era preciso guardar la mayor reserva: reflexionó, y acabó por someterse á las circunstancias.

—No—dijo al fin,—no quiero que sepa Su Majestad lo que anoche sucedió, porque me considero bastante para castigar á los que me ofenden. En mi casa penetró el audaz mancebo; se salvó gracias á vuestro auxilio; pero siempre no ha de ser tan afortunado. De todas maneras, doña Margarita ha de ir á un convento.

—Sí; al mismo donde su pobre madre sufre y llora, al mismo lugar donde nació, tal vez á la misma celda.

—Todo es posible.

—Y cuando suceda eso...

—Quedaremos iguales, y aunque ya no aspi-

re el amor de esa criatura, haré lo posible para vengarme.

—No he de poneros estorbos.

—D. Lope, figuraos que nada ha sucedido.

—Me lo figuro.

—Esperemos á que el Rey determine.

—Pronto será.

—Y cuando doña Margarita se encuentre en el convento, continuaremos esta conversación.

—Está bien—dijo friamente el señor de Santisteban.

—No tengo más que deciros.

Se puso en pie el favorito del Rey. La conversación no pudo ser en apariencia más sencilla; pero entrañaba grandísimo interés: el señor de Santisteba podía ya vivir descuidadamente. Púsose en pie para despedirse y salir; pero en aquel momento se levantó la cortina y apareció la infeliz joven. Estaba densamente pálida y ojerosa; las inequívocas huellas del llanto veíanse en su rostro; en su mirada revelábase el dolor. Al ver á D. Lope se detuvo como sorprendida. D. Juan se incorporó en el lecho como si un resorte le impulsara; fijó una mirada intensa en su víctima y exclamó:

—¡Doña Margarita!...

—Creí que estabais solo—dijo la joven,—y he venido para saber si os encontrabais mejor de vuestra dolencia; pero me retiro, y...

Se interrumpió la joven, miró al señor de Santisteban y le dijo gravemente:

—Caballero, os deseo salud, y cumplo el deber de daros las gracias por el interés que habéis mostrado en lo relativo á mi suerte. Os suplico que os toméis la molestia de saludar en mi nombre muy cariñosamente á mi padre, diciéndole que otra vez he cambiado de resolución, y que ya no deseo ser monja.

Un grito exhaló D. Juan. D. Lope fijó una mirada escudriñadora en Margarita, y le dijo:

—Se cumplirán vuestros deseos, y vuestro augusto padre sabrá lo que es necesario decirle, puesto que aún no conocía vuestra resolución de los días pasados. La mudanza ha sido muy repentina.

—Mudable es la mujer, bien lo sabéis; pero no sin razones de mucha gravedad he cambiado de resolución.

—¡Señora—dijo D. Juan con con voz reconcentrada, - recordad que se os está prohibido salir de vuestro aposento!



D. Lope fijó una mirada escudriñadora en Margarita...

—Por esta vez no hago caso de la prohición—replicó con firmeza la joven.

—¡Doña Margarita!...

—D. Juan, mal que os pese, he de aprovechar esta ocasión que se me presenta, y para evitarlo no os queda más recurso que dejar el lecho y á viva fuerza sacarme de aquí.

—Eso no sucedería en mi presencia—dijo

D. Lope,—porque sin ninguna consideración mataría á quien se atreviese á poner las manos sobre la hija del Rey mi señor. Continuad, pues, doña Margarita, que mi deber cumplo al escucharos, y dispuesto estoy á cortar la lengua al que se atreva á interrumpiros.

Al decir esto el señor de Santisteban arrugó entrecejo y su mirada se fijó terriblemente amenazadora en D. Juan de Haro. Lo que éste sintió no puede explicarse; enrojeció, corrientes de fuego se escaparon de sus pupilas, y tembló convulsivamente. La hija de Felipe IV levantaba la cabeza con altivez; dió algunos pasos más hacia D. Lope, y siempre con suave y pausado tono le dijo:

—Caballero, me habían engañado villanamente haciéndome creer que era un monstruo el hombre á quien amo.

—¡Callad, callad!- gritó fuera de sí el señor de Haro.

—¿Y qué adelantaréis con que yo calle? De todas maneras, amo al Sr. Domingo Cabral, y tengo ciega fe en su amor y en la nobleza de su alma.

—¡Maldición!...

—Anoche estuvo mi razón trastornada, y en mi delirio destrocé el corazón que por mí alienta. Mi error he reconocido, sabedlo todos, y desde hoy volveré á luchar para que mis deseos se realicen. Nada más tengo que decir, porque debéis de comprender lo que callo. ¡Señor de Santisteban, que Dios os bendiga!

No pronunció una palabra más la joven, y se fué del aposento.

Rugió sordamente D. Juan, y volvió á dejarse caer sobre el lecho. Entonces fué cuando el favorito del Rey desplegó una sonrisa.

—Ya lo habéis oído—dijo.

—¡Oh!...

—No la ha convencido nadie, sino ella misma; lo cual debe probaros la inmensa fuerza que tiene la verdad, que tiene la justicia. Ahora luchad, caballero, emplead toda vuestra astucia, apelad á todos los medios, cometed todos los abusos; pero guardaos de mí, guardaos, porque más ó menos tarde ha de sonar la hora terrible de vuestra derrota y de la expiación. Aún estáis á tiempo para decirme si queréis que Su Majestad sepa lo que anoche sucedió.

—Yo se lo diré cuando bien me parezca.

D. Lope se encogió de hombros.

—¡Dejadme—dijo D. Juan,— porque vuestra presencia me hace sufrir horriblemente!

—Hasta otro día, caballero.

Con la misma tranquilidad con que había entrado salió el señor de Santisteban; el viejo ruin empezó á gritar llamando á su escudero, y un criado se presentó diciéndole:

—Lucas duerme.

—¡Pues que despierte, que se levante, que inmediatamente venga!

No tardó el escudero en presentarse.

Le refirió D. Juan cuanto acababa de suceder, y luego dijo:

—¡Preciso es que muera D. Lope de Santisteban!

—Eso estaba ya determinado por mí—respondió Lucas sombríamente;—pero necesitó la ocasión.

—¡Ya lo ves; nada hemos conseguido, absolutamente nada!

—Nos encontramos como el día que llegasteis á Madrid.

—¡Mucho peor!

—De todo esto resultará lo que nos conviene; que el Rey determinará muy pronto que doña Margarita vaya al convento.

—Necesito algunos días para recobrar las fuerzas.

—Y no las recobraréis si os entregáis á los arrebatos de la ira y la desesperación.

—¡Es verdad!

—Calma, señor, mucha calma. Dominaos, porque os conviene.

—¡Me dominaré!

—Ese mancebo no volverá á ver á doña Margarita; os lo juro.

—Si tú vigilas á todas horas...

—Y tales precauciones adoptaré, que vano será cualquier intento.

—En ti confío.

—¡Descuidad!

—Lo que acabo de sufrir...

—¿Qué importa, si hemos de tomar el desquite?

—¡Tengo miedo, Lucas!

—Cuando es demasiado vivo el deseo, se desconfía.

—En eso debe de consistir.

—Aprovecharé todos los momentos que me permita vuestro estado, y prepararé cuanto se necesita para dar el golpe.

—¡Sí, sí¡

—No os cuidéis de este asunto sino para pensar en doña Margarita, y regocijaos con la dicha que os aguarda.

—¡Si llega á ser mía!...

—Lo será.

Mientras así hablaban el amo y el criado, don Lope y Gil se encaminaban á la hostería para llevar la agradable nueva al enamorado mancebo. Debían pasar algunos días de tregua, de descanso para todos; días que el Sr. Domingo dedicaría á su madre, pues para hacer observaciones en Madrid bastaba Gil.

CAPÍTULO XVIII

Llega el día.

Una semana transcurrió, durante la cual nada sucedió digno de mencionarse, como no fuese que Esteban viera realizado su deseo; unos y otros esperaban. El Sr. Domingo había vuelto á la corte, y no hay que decir que algunas horas pasaba cada día en los alrededores de la vivienda de D. Juan, cuya herida se había curado casi por completo; aunque se veía aún obligado á llevar el brazo en cabestrillo, había recuperado las fuerzas y la energía, y pudo salir, y también presentarse en la morada real. Á los que le preguntaban qué le había sucedido, respondió que á consecuencia de una caída se había lastimado el brazo.

Solicitó ver al Rey, aunque nada de particular pensaba decirle; cuando á Su Majestad dieron el recado encontrábase en la regia cámara D. Lope. Respondió Felipe IV con una negativa, y luego dijo á su antiguo paje:

—Ahora recuerdo que hace algunos días solicitó D. Juan con mucho empeño verme para hablarme de un asunto de interés. Dispuse que contigo se entendiera.

—Y cumplió la orden; pero Vuestra Majestad no tuvo por conveniente escucharme.

El Rey cambió de postura y preguntó con indiferencia:

—¿Y era de verdadero interés el asunto?

—Opino que no; pero el señor de Haro le dió mucha importancia.

—¿De qué se trataba?

—Doña Margarita, en un momento de trastorno, ese trastorno del que mucho sufre, pidió que inmediatamente la llevasen á un convento, asegurando que quería profesar,

—¡Cosa extraña!

—Delirios del dolor.

—¡Pobre niña!

—Pero después, hace una semana, dijo lo contrario y suplicó que así se le hiciera presente á Vuestra Majestad, mostrándose otra vez horrorizada á la sola idea de que á un convento la llevasen.

—Y tú, pensando cuerdamente, no has tomado en consideración ni lo uno ni lo otro.

—Así me pareció lo más acertado.

—Los días pasan, mi querido Lope, y cuando menos se piense tendremos en Madrid al hijo de Cabral.

—Sospecho que ya ha venido.

—¡Lope!

—No es más que una sospecha, señor, y hoy he dispuesto lo conveniente para que la verdad se averigüe.

—Pues ahí tienes una nueva complicación.

—Lo es, y de importancia, suponiendo que en realidad el pobre mancebo haya tenido la desgracia de enamorarse de doña Margarita.

—Me parece que es cosa indudable.

—Y siendo así, ha de hacer cuanto pueda para realizar sus aspiraciones.

—¡No estoy tranquilo!

—Señor...

—He tenido algunos días de sosiego; pero otra vez el horizonte se cubre de nubes y amenaza la tempestad.

—Si Vuestra Majestad quiere conjurarla...

—Á toda costa, mi querido Lope.

—No veo el medio.

—Hay uno muy sencillo.

—Confieso mi torpeza.

—Al convento irá mi hija inmediatamente.

—Con un mal no se remedia otro.

—No es eso, Lope, sino que entre dos males elijo el menor.

—No quiero dar consejos á Vuestra Majestad.

—Puedes hacerlo, porque te lo permito.

—Pero sería muy grande mi responsabilidad.

—De todas maneras, no he de cambiar de determinación.

—Pues por eso me concretaré á decir una cosa.

—¿Qué?

—Doña Margarita no será monja.

—¿Quién lo estorbará?

—Ella, porque no hay poder humano que al pie del altar la obligue á pronunciar los sagrados votos, y si no los pronuncia, no será monja.

—¡Exageras!

—Señor, Vuestra Majestad no conoce á doña Margarita. En el convento estará, allí pasará su vida; pero no se conseguirá otra cosa.

—Con el tiempo y la reflexión se convencerá de que la resistencia es inútil.

—Todo es posible; pero lo dudo.

—Estoy decidido,

D. Lope se encogió de hombros.

—Hoy mismo—añadió el Rey—dispondré lo conveniente.

—Y hoy mismo también sabré si á la corte ha vuelto el hijo de Cabral.

—Aunque no te visite...

—Iré á verle.

—Explorarás su ánimo y saldremos de dudas.

—Conocerá Vuestra Majestad la situación dentro de algunas horas.

No se descuidó el Rey. Aquel mismo día escribió á la infeliz que tanto le había amado y se lo había sacrificado todo, dándole cuenta de lo que sucedía y haciéndole ver la conveniencia de que su hija se separase del mundo, así como que era prudente guardar la mayor reserva para que jamás supiese quién era su madre. Apeló á toda clase de razonamientos: hacía bastantes años que no escribía tanto. Envió la carta, y recibió la contestación al día siguiente. Sor Margarita se expresaba como madre: pintaba sus horribles sufrimientos, y concluía sometiéndose á la voluntad de su antiguo amante y prometiendo hacer cuanto le fuera posible para consolar á la inocente niña. No podía pedir más el Monarca; que se sintió muy conmovido al leer aquella carta; pero se tranquilizó en cuanto á lo porvenir, porque quedaba resuelto para siempre uno de los asuntos más graves que le preocupaban. Con sorpresa vieron los cortesanos que el Monarca sonreía, que estaba alegre, que hablaba más que de costumbre. Nadie pudo adivinar la causa, conocida solamente por D. Lope, que cumplió su palabra y se presentó al Rey, diciéndole:

—Señor, el hijo de Cabral se encuentra en Madrid, y habita en la hostería de la Plaza Mayor. Ignoro cuándo ha llegado, y hoy, mañana, ó cuando disponga Vuestra Majestad, le haré una visita.

—Cuando quieras.

—En este asunto no tomaré más parte que la absolutamente necesaria para cumplir las órdenes de Vuestra Majestad, y si consigo desentenderme de todo, me felicitaré.

—Mi querido Lope, para ciertas cosas no, puedo tener confianza en nadie más que en ti.

—Vuestra Majestad me honra demasiado.

—Pero haré lo posible para que no te comprometas, pues veo que tu opinión es completamente distinta á la mía.

—Así lo he declarado con franqueza.

—Explora el ánimo del hijo de Cabral para que de gobierno me sirva, y si te es posible averigua lo que ha sucedido en Nápoles. Con Cabral debe de haber ido Paredes.

—No, señor.

—¡Es cosa extraña!

—También á mí me ha llamado la atención, pues si juntos han estado para acometer la empresa, no se comprende que se hayan separado.

—Por ahora no te pido más.

—Y yo no tengo esperanza de que con franqueza me hable el Sr. Domingo.

—¡Tendremos paciencia!

El Monarca dijo á D. Lope que todo estaba preparado para que Margarita entrase en el convento. Á la siguiente mañana, y poco después de haberse levantado, D. Juan recibió la orden para presentarse al Rey á las diez en punto. Tembló el caballero, porque temía una nueva desgracia; pero Lucas se felicitó, porque estaba seguro que la joven iría inmediatamente al convento.

—Lucas—decía el señor de Haro,—si algún detalle falta...

—Ninguno, señor.

—¡De ti depende mi dicha!

—La veréis realizada.

D. Juan y Margarita almorzaron silenciosamente. La infeliz esperaba los sucesos con tanta ansiedod como temor. D. Juan salió de su casa, y pocos minutos después de haber llegado á Palacio le dijeron:

—Venid, que Su Majestad os espera.

Entró en la cámara real. Felipe IV estaba como siempre: recostado en un sillón y anonadado por su debilidad; volvió los ojos para mirar al caballero, y después quedó inmóvil. Reinó un silencio absoluto: el señor de Haro aguardaba. Hubiérase dicho que el Rey se había olvidado de que estaba allí. Por fin cambió de postura, haciendo un gesto doloroso. Miró otra vez á D. Juan y le dijo:

—¡Acercaos!

Dió algunos pasos el viejo ruin.

—¡Más!—añadió el Rey.

Otros dos pasos dió D. Juan, quedando muy cerca del Monarca.

—¿Sabéis lo que sucede?—preguntó Felipe IV.

—Nada sé de particular—respondió el caballero.

—Pues ya tenemos en la corte al hijo de Cabral.

—Así debía suceder.

—Puede decirse que ahora principia la lucha.

—Nada temo, señor, porque las precauciones que he adoptado hacen imposible todo intento para que el hidalgo se comunique, ni siquiera vea á doña Margarita.

—Habéis cumplido vuestro deber.

—He procurado hacerlo así.

—Pero eso no evita que estemos en sobresalto continuo.

—Ciertamente.

—Hemos de concluir por llevar mi hija al convento, porque esta situación no puede ser definitiva.

—Ésa es mi opinión.

—¿Por qué no ha de hacerse hoy lo que forzosamente haremos otro día?

—Á Vuestra Majestad le toca disponer, y á mí cumplir sus órdenes.

—Quiero terminar de una vez este asunto.

—Así podrá quedar tranquilo completamente Vuestra Majestad.

—He preparado cuanto se necesitaba.

D. Juan se estremeció.

—La pobre madre espera á su hija.

—¿Y no le revelará el secreto?

—Le interesa guardarle lo mismo que á mí.

—Entonces...

—Mañana llevaréis á mi hija al convento de San Plácido; la entregaréis á Sor Margarita, que es la Superiora de la Comunidad, y este asunto le olvidaréis para siempre.

—¿De manera que quedo libre de toda responsabilidad?

—Enteramente libre.

—¡Ah!...

—Veo que os alegráis.

—Señor, la responsabilidad era tan grande...

—Ya no habéis de tenerla más que veinticuatro horas.

—¡Dios haga feliz á doña Margarita!

—¿Por qué no ha de serlo? Y sobre todo, lo que en este mundo sufra, serán goces en la eternidad. Tal vez llore aquí, pero sonreirá en el mundo de la justicia.

—Vuestra Majestad la pone en camino de llegar á la dicha verdadera.

—Eso es.

—Supongo que iré provisto de alguna carta, de alguna orden...

—Sí.

—Deseo saber si para algo he de entenderme con D. Lope de Santisteban.

—Para nada.

—Pues, entonces...

—He determinado que se desentienda de este asunto.

—Comprendo.

—Tomad aquellas dos cartas que hay sobre la mesa. Una es para la Superiora de San Plácido, para la infeliz que tanto me amó, y la otra para mi hija, pues me ha parecido bien decirle que os obedezca en todo y que se deje conducir al convento.

—Era necesario hacerlo así para evitar una rebelión.

—Nada más tengo que deciros, D. Juan.

—Señor...

—Vendréis mañana, después de haber de-

jado en el convento á mi hija, y me diréis cómo se encuentra.

Así, con esta sencillez, decidió Felipe IV la suerte de la infeliz criatura que era el fruto de sus debilidades y extravíos; así la sacrificaba fríamente. Inclinó luego la cabeza, cerró los ojos, y dijo:

—¡Que Dios os acompañe, D. Juan!

El señor de Haro no podía ya detenerse ni hacer ninguna observación. Se inclinó respetuosamente, pronunció algunas palabras, y salió, guardando en uno de sus bolsillos las dos cartas, que eran un tesoro. No vió á don Luis en ninguna de las habitaciones y galerías que tuvo que atravesar, y aunque por él preguntó, le respondieron que no había ido á Palacio aquel día. Esto era muy extraño. Volvió á su casa, llamó á su escudero, conferenciando con él muy detenidamente, y en seguida fué á la cámara de la joven, diciéndole:

—Ahora, aunque os desagrade, tenemos que hablar.

—¿Hay más novedades? — preguntó Margarita.

—Y de importancia.

—Pues os escucho.

—De Palacio vengo — dijo el señor de Haro.

—¿Y habéis visto á mi padre?

—Como que me había llamado, y por eso fuí.

—¿De manera que me habláis en su nombre?

—Sí.

—Escucho con más respeto.

—Así debe ser.

La joven, lo mismo que la última vez que la vimos, estaba grave y aparentemente tranquila, si bien su semblante, y en particular su dolorosa mirada, desmentían su tranquilidad.

—Vuestro padre y mi augusto señor ha dispuesto que os lleve al convento de la Encarnación Benita, conocido vulgarmente por San Plácido.

—¡Está bien!

—Allí quedaréis al cuidado de la muy reverenda y virtuosísima Superiora, que como vos se llama, y haréis los ejercicios propios del noviciado hasta que llegue el día de la profesión.

Se hizo más densa la palidez del rostro de Margarita, pero no pronunció una palabra.

—¿Me habéis entendido?—le preguntó don Juan.

—Sí —respondió la joven.

—Por si acaso dudáis, y para que convencida quedéis de que en estos momentos represento la autoridad de vuestro padre, me ha dado para vos esta carta.

Y al decir esto D. Juan sacó el papel y se lo presentó á la joven, que lo desdobló con trémulas manos, leyendo lo siguiente:

«Hija mía: este mundo es un valle de lágrimas donde la criatura no puede encontrar más que desdichas. La verdadera felicidad está en el mundo eterno; pero no se alcanza sino sufriendo mucho en éste, y por eso Dios nos ha dicho que bienaventurados serán los que en esta vida lloran y los que tienen sed de justicia. Por mucho que aquí se prolongue nuestra existencia, siempre es breve.

»Te proporciono la única dicha posible, ó lo que es igual, te coloco en el camino de alcanzarla, dedicándote á la oración y estando á cubierto de los grandes peligros que, particularmente para la mujer, ofrece este mundo.

»He dado las convenientes instrucciones á D. Juan de Haro, que tiene toda mi confianza, y él te llevará al convento, dejándote en brazos de Sor Margarita, que te amará como una madre.

»No cometas la locura de oponer resistencia, porque me obligarás á adoptar medidas y á ejercer actos que me harían sufrir mucho.

»Si yo no tuviera que cumplir grandes deberes, si no fuese un esclavo de la corona que todos miran con envidia, en la paz del claustro acabaría mi existencia.

»Sufres; pero cree que tu padre es más desgraciado que tú.

»Cuando pase algún tiempo y tu espíritu haya recobrado la tranquilidad, iré á verte y te estrecharé contra mi pecho.

»Dios te bendiga, como en su santo nombre lo hace tu padre,

FELIPE.»

¿Qué debió de sentir la desdichada joven al leer este escrito? No lo sabemos; pero sí que se entreabrieron sus labios para desplegar una sonrisa desgarradoramente amarga. Leyó segunda vez, buscando en vano el corazón

del padre: sólo había egoísmo, frialdad. Volvió á doblar el papel; su rostro parecía el de un cadáver.

—¡Está bien!—dijo con breve acento.

D. Juan la miraba con estupor, porque creía que había de entregarse á los transportes del dolor y la desesperación. Se había equivocado, porque aún no conocía bastante bien á la hija del Rey, á pesar de que á su lado la tenía desde que la infeliz nació.

—¿Estáis enterada?—preguntó D. Juan después de algunos minutos.

—He leído dos veces, ya lo habéis visto.

—¿Y qué tenéis que decir?

—Nada—respondió Margarita.

—¿De manera que?...

—Estoy dispuesta á ir al convento.

—Y profesaréis dentro de un año.

—¡Eso es cuenta mía!

—Os advierto que nada sabe el Rey de los gravísimos sucesos que en esta casa ocurrieron la noche en que fuí herido.

Margarita se encogió de hombros.

—No he querido agravar vuestra situación.

—Podéis hacer lo que mejor os parezca.

—Cuando en el convento estéis...

—Habré ganado mucho—interrumpió la joven,—porque no os veré.

—¡Oh!...

—¡Dejadme ya, caballero, y decid que me traigan una luz!

—¿Una luz?

—Me parece prudente quemar este papel.

—Sí; pero...

—Así se lo diréis á mi padre.

—Lo haré.

—Y en el momento en que me aviséis, saldré de esta casa.



Se arrodilló en el reclinatorio.

—Si bien os parece, os llevaré al convento cuando el Sol se oculte, porque así evitaremos comentarios de los vecinos curiosos.

—Á todas horas me encontraréis dispuesta.

—Iremos en coche.

—¡Es igual!

—Y tendré el honor de acompañaros para entregar á la Superiora la carta de Su Majestad.

—¡Vuelvo á suplicaros que me dejéis!

D. Juan estaba profundamente agitado; pero se dominaba. De la cámara salió. Minutos después un criado llevó una luz; Margarita prendió fuego al papel, que muy pronto quedó reducido á cenizas, y permaneció largo rato inmóvil y con la mirada fija en las pavesas. Lo que expresaba su semblante no tiene explicación. Por fin se oprimió el pecho y exhaló un grito, exclamando:

—¡Pobre alma mía!

Se arrodilló en el reclinatorio, y tuvo la fortuna de que en abundancia brotara de sus ojos el llanto. Oró con todo el fervor de su alma pura, mientras D. Juan conferenciaba otra vez con su escudero. Á los dos les desagradaba la fría tranquilidad de la joven. Á la hora de comer se presentó Margarita con la misma calma y con la misma gravedad. Tomó poco alimento, y tampoco pronunció una palabra. Ocultóse el astro del día. Frente á la puerta de la casa de D. Juan se detuvo un coche. El momento terrible había llegado; el más criminal de los abusos iba á consumarse. ¿Habría salvación posible para la infeliz joven? Lo dudamos.

CAPÍTULO XIX

En medio de las tinieblas.

Cerró la noche; negras y densas nubes cubrían el cielo, y, por consiguiente, no había ni siquiera la claridad de las estrellas. El enamorado mancebo estaba en la casa de campo al lado de su madre; pero Gil vigilaba en los alrededores de la vivienda de D. Juan. Vió llegar el coche.

—Supongo—dijo—que ahora van á llevar á la hija del Rey al convento; y aunque no he de ver nada de particular, la seguiré, pues en otra cosa no puedo ocuparme.

Lucas salió de la casa y empezó á vagar junto al coche. Así Gil no podía acercarse mucho sin producir un escándalo. Entretanto, D. Juan entraba en el aposento de doña Margarita, que se había vestido de negro; cubría su rostro palidez mortal y hacía grandes esfuerzos para sostenerse, pues á toda costa quería poner á salvo su dignidad: hubiérase creído deshonrada si por un instante se mostraba débil; brillaban sus negros ojos con fuego febril, levantaba la cabeza con altivez.

—¿Ha llegado la hora?—preguntó á D. Juan apenas le vió.

—Sí—respondió el caballero.

La hija del Rey se puso en pie; cobijóse con un manto que le llegaba hasta los pies, recató el semblante, y contestó á D. Juan, que le ofrecía el brazo:

—¡No necesito apoyo!

—Cumplo mi deber, y en libertad estáis de aceptar ó no.

—¿Vamos?

—Os espero.

—¡Ah!—exclamó la joven.—¡Soy feliz al salir de esta casa donde habitáis!

—Quiera Dios que no digáis lo contrario dentro de algunas horas.

—¡Nunca!

—Mucho me alegraré, puesto que deseo vuestra dicha.

—De vuestro buen deseo tengo pruebas—replicó irónicamente la joven.

—Para haceros feliz con amor inmenso, quise ser vuestro esposo.

La hija del Rey no se dignó responder; salieron alumbrados por dos criados, y al llegar al portal se presentó el escudero, diciendo á su señor:

—Si quisierais escucharme...

—Ven.

Separáronse de Margarita.

—¿Qué sucede?—preguntó D. Juan.

—Un espía tenemos.

—¿No más que uno?

—Es bastante.

—Debe de ser mi rival.

—No puedo reconocerle en medio de la obscuridad; pero juraría que es el criado de don Lope.

—Nos seguirá.

—Y es preciso evitarlo.

—Sí, Lucas.

—Arriesgaré la vida una vez más, y ese hombre no podrá saber adónde vais, á menos que consiguiera matarme al entablar la lucha.

—No es menester que la vida arriesgues, sino que le hagas perder algún tiempo.

—Lo intentaré.

—De todas maneras, si á Margarita no ve...

—Es imposible que reconozca á las personas que entran en el coche, pues se encuentra en el Arroyo, y la noche está muy obscura.

—Entonces...

—Casi no merece la pena de estorbarle el paso.

—¿Han encendido las luces del coche?

—Las encenderán cuando hayáis entrado, pues así lo he dispuesto.

—¡Piensas en todo, buen Lucas!

—Pues no os detengáis, y que el Diablo nos proteja.

D. Juan se acercó otra vez á Margarita, diciéndole:

—¡Vamos!

Salieron de la casa.

Al dar un paso puso la joven el pie sobre el banquillo. Á un lado de ella encontrábase D. Juan, y al otro el escudero. Entró la infeliz en el pesado vehículo, y el criado de D. Lope no pudo distinguir más que algunas sombras informes que se movían. Encendieron las luces, acomodóse Lucas en la zaga, crujió el látigo, pusiéronse en movimiento las mulas y Lucas empezó á reflexionar, buscando un medio para engañar á Gil sin tener que apelar á la espada para detenerle. El Diablo le inspiró. En medio de la obscuridad relumbraron sus ojos con el fuego de la más viva alegría. El carruaje avanzaba con lentitud, atravesando calles solitarias; llegó á San Martín seguido de Gil, y Lucas bajó de la zaga y dijo al cochero:

—¡Espera!

Detúvose el pesado vehículo.

—¿Qué sucede?—preguntó D. Juan asomándose á una de las ventanillas.

—Nada de particular, mi noble señor, y me parece que habremos de detenernos otra vez antes de llegar al convento.

Lo que esto significaba no pudo comprenderlo el señor de Haro; pero tenía ciega fe en la astucia y la lealtad de su criado y confidente: cerró, pues, pretextando que tenía frío. Margarita no se había movido ni pronunciado una palabra. Parecía indiferente á cuanto á su alrededor sucedía. Lucas miró hacia el Horno de la Mata, y, aunque confusamente, distinguió un bulto negro; era Gil, que también se había detenido. Otra vez se puso en movimiento el carruaje con la misma lentitud que antes, pues el piso no permitía atravesar con más rapidez; las calles no estaban entonces empedradas, y por aquel sitio se encontraban en peor estado, pues apenas había población. Bajó el carruaje por lo que es hoy Corredera de San Pablo y atravesó por la Puebla de D. Fadrique, que así se llamaba el barrio que poco antes había empezado á formarse en terrenos incultos y tan ondulados como puede verse hoy por las pendientes de las calles que parten desde la de la Puebla. Entraron en la del Pez. Gil seguía indiferentemente, pues viendo estaba que no había de hacer ninguna observación interesante. El coche llevaba el camino del convento, y esto nada de particular tenía. Llegaron á la embocadura de la calle de San Roque, y el carruaje se detuvo; el criado de D. Lope hizo lo mismo. La obscuridad era profunda. El escudero bajó del pescante, abrió la porteznela y crujió el banquillo. Su señor le miró con profunda sorpresa y le preguntó:

—¿Hemos de bajar?

—No, señor.

—Como has abierto...

—Para deciros que hay que arreglar uno de los tirantes, que está medio roto, y esto nos hará perder algunos minutos.

—No es una verdadera desgracia.

—Abrigaos, señor, que el aire es frío como la nieve.

Pocos momentos después cerraba la portezuela el escudero y entraba en la calle de San Roque. Estaba dando pruebas de ingenio sutil y representaba la farsa admirablemente. Gil creyó que D. Juan y su víctima habían salido del carruaje para entrar en el convento, que tenía y tiene entrada á la calle de San Roque. El negocio había, pues, concluído. Sin embargo, quiso esperar: nada perdía, pues otra cosa no tenía que hacer. Transcurrieron cinco minutos. Cavilaba el señor de Haro, sin adivinar lo que se proponía su escudero; pero no se atre-

vió á preguntarle. Margarita continuaba inmóvil. Había inclinado la cabeza sobre el pecho y cerrado los ojos: hubiérase dicho que dormía, y, sin embargo, nunca había estado más despierta. Así transcurrieron otros diez minutos. ¿Qué hacía Lucas? Por fin volvió al carruaje, abrió la portezuela y dijo:

—Ya está todo arreglado.

—¡Pues en marcha!—respondió D. Juan, por decir algo.

Cerró el escudero, colgó el banquillo y se acomodó en la zaga, envolviéndose en su capa para resguardarse del frío, que era bastante intenso aquella noche.

Poco después las nubes se convirtieron en agua, y empezó á caer una espesa y negra lluvia.

—¡Mil rayos!—exclamó Lucas.—¡Me calaré hasta los huesos; pero no importa si conseguimos triunfar!

De muy buena gana hubiera corrido al encuentro de Gil para hacerle retroceder; pero tenía miedo, pues la experiencia le había dicho que aquel hombre valía mucho y era peligroso provocar un lance con él. Como el carruaje siguió hacia la calle de Convalecientes, Gil dijo:

—¿Adónde van? Me parece lo más natural que el señor de Haro vuelva á su casa, y, sin embargo, se aleja. ¿Qué significa esto? Ganas me dan de pedirles explicaciones; pero sería una imprudencia que podría costarnos muy cara.

Cuando en la calle de Convalecientes se encontró el coche, volvió á la derecha, siguió, y dejó atrás el sombrío edificio del Noviciado de Jesuítas. La lluvia espesaba; el aire empezó á soplar con demasiada fuerza, y era más frío cada vez. La noche no podía ser más desagradable. Por fin el coche se detuvo junto á una casa grande, sombría y medio ruinosa, que por entonces se levantaba esquina á lo que es hoy calle de la Palma. El edificio, según las apariencias, no debía de estar habitado.

—¿Qué tiene que hacer aquí D. Juan?—se preguntó Gil.—Debo averiguarlo, y me acercaré, aun á riesgo de provocar un conflicto.

Gil no se detenía para poner en práctica lo que proyectaba. Avanzó hacia el coche; pero al mismo tiempo se abrió silenciosamente la puerta de la casa, y Lucas abrió la portezuela del coche y colocó el banquillo.

—¡Vamos, señora!—dijo D. Juan á Margarita.

Tampoco entonces pronunció una palabra la hija del Rey. Del carruaje salió, entrando en el anchuroso portal del ruinoso edificio, y encontróse allí con una mujer anciana y vestida con el hábito religioso que usan las monjas de la Encarnación Benita. La fingida monja tenía en la mano izquierda un farolillo, cuya rojiza luz no esclarecía más que un pequeño espacio.

—¡Alabado y bendito sea Dios!—dijo con voz muy desagradable.

—¡Por los siglos de los siglos!—le respondió D. Juan, quitándose muy respetuosamente el sombrero.

—¡Amén!—repuso la vieja.

Inmediatamente cerró la puerta, añadiendo luego:

—¡Por aquí!

Margarita miró á su alrededor. Estremecióse al contemplar aquellas paredes ennegrecidas y desconchadas. Entraron en un pasillo; la infeliz joven sintió como si el techo pesase sobre su cabeza; avanzaron lentamente; sus pasos resonaban y se repetían en ecos que tenían algo de pavoroso. Pensó la hija del Rey que, más que convento, parecía aquello una cárcel; pero nada sospechó, porque ni remota idea tenía de lo que era la mansión de las esposas de Jesucristo. El escudero había quedado en la calle. Gil no pudo ver que al mismo tiempo que D. Juan entró la víctima en la casa: pasó por entre el coche y la pared, mirando muy descarada y provocativamente á Lucas, que permaneció inmóvil.

El tiempo pasaba, y D. Juan no salía del ruinoso edificio; el cochero desesperábase, porque arreciaba la lluvia y soplaba con más fuerza cada vez el viento frío. Lucas se refugió en el hueco de una puerta; Gil hizo lo mismo en otra de enfrente, y ambos quedaron inmóviles. Sus ojos brillaban como luces fosfóricas en medio de la obscuridad: no se percibía más ruido que el que producían la lluvia y el aire.

—¡Noche de Satanás!—murmuró el escudero.—¡No debe sorprenderme, puesto que á Satanás hemos llamado para que nos ayude!

—¡Vive Dios!—decía Gil. – ¿Hemos de pasar aquí toda la noche? ¿En qué intriga se ha metido D. Juan de Haro? Parece que en esa casa nadie habita, y, sin embargo, la puerta se abrió apenas llegó el coche. Cerrados están los balcones y ventanas, y por ninguna hendrija se ve luz. Algo de misterioso tiene este asunto, y, por consiguiente, muy grave debe de ser. Ya saben que los espío, puesto que sobradamente me ha visto el escudero.

No era posible que la verdad adivinase. Pasó una hora, que debió de parecerle un siglo, y por fin se abrió la puerta de la casa, pudiendo ver Gil que salía el caballero, á quien reconoció gracias á la escasa luz de los faroles del carruaje. Perezosamente se pusieron en movimiento las mulas, retrocediendo por el camino que habían recorrido antes. No hay que decir que el criado de D. Lope siguió á 15 ó 20 pasos de distancia, hasta que volvió á la casa entrando D. Juan con el escudero.

Gil se colocó en el hueco de una de las puertas del monasterio de San Martín, y en vano caviló: no acababa de comprender lo que había visto.

—¡Veamos—dijo—si mi noble señor entiende lo que pasa, pues yo me declaro vencido.

Á buen paso se alejó del monasterio, y veinte minutos después entraba en la suntuosa vivienda de su señor, y se quitaba la capa y el sombrero; aunque lleno de lodo estaba casi hasta las rodillas, entró en la cámara de don Lope.

CAPÍTULO XX

Sigue el misterio.

El semblante de Gil revelaba su preocupación y su intranquilidad.

—¿Otra desgracia?—le preguntó D. Lope.

—Por lo menos, señor, otro enredo, otra intriga que quizás es la peor de todas. Me habéis enseñado á desconfiar de lo misterioso, y un misterio se nos presenta.

—Explícate, Gil.

—En observación me puse cerca de la casa de D. Juan.

—Y nada de particular debías ver, puesto que hasta mañana no han de llevar al convento la hija del Rey.

—Eso tal vez os ha dicho Su Majestad; pero os ha engañado sencillamente.

—¡Imposible!

—En el convento está ya doña Margarita.

—¡Vive el Cielo!...

—Como os lo digo, señor.—Y Gil contó á D. Lope minuciosamente cuanto había observado.

—¡Por el Infierno!—exclamó después de algunos minutos D. Lope.—No puedo adivinar, por más que discurro...

—Señor, me parece que nada podemos hacer hasta que averigüemos quién habita en la casa de la calle de Convalecientes.

—Eso es lo que necesitamos ante todo.

—Por de pronto, resulta que D. Juan se ha metido en alguna intriga, que santa no debe de ser.

—Algún lazo tiende á la infeliz Margarita.

—Sí, porque no es posible que haya renunciado á satisfacer los deseos de su pasión.

—¡Renunciar! ¡Antes consentiría morir!

—Con franqueza os diré que en estos momentos me declaro vencido; me considero impotente, si bien estoy dispuesto á seguir luchando hasta triunfar ó morir.

—La situación se complica más y más.

—Y nuestros enemigos no son despreciables.

—Valen mucho, ya lo sé.

—Determinad lo que bien os parezca, pues yo no haré más que cumplir vuestras órdenes.

—Hemos de esperar á mañana.

—Apenas sea de día, si bien os parece, me pondré en movimiento para averiguar quién habita en la casa de la calle de Convalecientes.

—Sí.

—Y vos...

—Á Palacio iré, y veremos lo que el Rey me dice.

—Señor...

—Gil, necesitas descanso para recuperar las fuerzas. Acuéstate. Supongo que mañana vendrá el Sr. Domingo.

—Mucho me alegraré, porque así evitaremos que crea que hemos sido torpes.

Gil se retiró á su aposento para descansar. Reflexionó muy detenidamente el señor de Santisteban, consultó con su esposa; pero no les

fué posible penetrar el misterio, y sin otra novedad pasó la noche. Apenas el Sol había salido y despejado las últimas nubes, Gil se encaminó á la calle de Convalecientes, no sin pasar antes por San Martín. D. Lope almorzó á la hora de costumbre y se fué á Palacio, entrando en la cámara real, donde halló al Monarca muy contento; tan contento como permitía el estado de su salud.

—Sigo bien, bastante bien — dijo dulcemente á su antiguo paje.

—Doy gracias á Dios, señor.

—La tranquilidad del espíritu es para mí el gran medicamento.

—Resuelto el grave asunto que á Vuestra Majestad preocupaba...

—Ya nada temo.

—Supongo que Sor Margarita se habrá apresurado á participar á Vuestra Majestad que ya tiene á su lado á su hija.

—No es posible, puesto que hasta esta noche no ha de ir la pobre criatura al convento.

—¡Esta noche!

—Me parece que te lo dije ayer.

—Entendí mal, y creí que anoche debía ir doña Margarita á San Plácido.

—No.

D. Lope fijó una mirada escudriñadora en el Monarca. Éste cambió de postura y dijo:

—Te enseñaré la carta que me escribirá mañana Sor Margarita.

—Carta triste debe de ser.

—Y alegre al mismo tiempo, pues la pobre madre expresará su inmensa satisfacción por haber abrazado á su hija.

—Anoche vi á Cabral.

—¿Y bien?...

—Con franqueza me confesó que ama á doña Margarita, y que la ama con delirio.

—¡Oh!—murmuró el Rey, cuya frente se contrajo.

—Está decidido á luchar hasta realizar sus deseos ó morir.

—¡Á luchar!—exclamó indignado el Monarca.—¿Y quién es ese desdichado para entablar una lucha con el rey de dos mundos?

—Con Vuestra Majestad no, sino con las circunstancias y con D. Juan de Haro, pues con el más profundo respeto pronuncia el nombre de su rey y señor.

—En tu presencia no es posible que haga otra cosa.

—Cree que si á doña Margarita se la encierra en un convento, la culpa es de D. Juan,

—Ya sabes que se equivoca.

—Así se lo he dicho; pero es muy difícil convencer á un enamorado; y cuando otra cosa no pudo decirme, aseguró que tenía razones muy poderosas para creer que D. Juan abusa de su situación. Sobre estas razones no quiso darme explicación ninguna.

—Está bien.

—De todas maneras, el tiempo le convencerá y tendrá que resignarse.

—¡Y Dios le libre de cometer cierta clase de locuras, porque yo no le perdonaría!

—Crea Vuestra Majestad que el pobre mancebo es digno de lástima. Su amor es una gran desdicha, y estas pasiones no se dominan con la voluntad: trastornan, y... Si Vuestra Majestad recuerda aquellos días...

—¡Sí, sí!—interrumpió Felipe IV.

—En cuanto á su viaje, dice que, efectivamente, conoció por casualidad al Sr. Diego de Paredes, y que le acompañó á Nápoles porque le pareció que hacía una obra de caridad favoreciendo á un hijo que en favor de su padre trabajaba.

—¡En contra de la justicia, de mi autoridad!

—Señor, la juventud no es bastante reflexiva, y al fin el Sr. Domingo tiene veintidós años. Nada han conseguido, puesto que el señor Alfonso había muerto, y me parece lo más acertado olvidar este asunto. Si alguna falta ha cometido Paredes, sobradamente castigado está con haber perdido á su padre.

—Quiero ser generoso en esta ocasión.

—Y se lo agradezco mucho á Vuestra Majestad.

—Recuerda á Cabral que se trata de un secreto de Estado.

—No lo olvida.

—¿Y por qué se ha vuelto sin continuar sus viajes?—preguntó el Monarca.

—Porque se había enamorado, y quería estar cerca del objeto de su pasión.

—¡También ahora ha llegado tarde!

No quiso el Rey continuar la conversación; una hora después volvió D. Lope á su casa,

donde le aguardaba Gil, cuyo rostro no expresaba alegría, sino disgusto.

—¿Qué has conseguido?—le preguntó el señor de Santisteban.

—El misterio se presenta cada vez más obscuro y me desagrada más.

—¿Pues quién habita en la casa de la calle de Convalecientes?

—Nadie, señor.

—¡Nadie!

—Todos los vecinos aseguran que el edificio, por su estado ruinoso, está abandonado hace muchos años; y, efectivamente, su exterior lo justifica.

D. Lope arrugó el entrecejo.

—No me he contentado con preguntar á los vecinos, y, á riesgo de complicar la situación, he llamado una y otra vez en la misteriosa casa, sin conseguir que nadie me responda.

—Has hecho cuanto era posible hacer en estos momentos.

—Pero si nada he conseguido...

—Se conseguirá.

—¡Señor, dejaré de ser quien soy, ó este misterio pondré en claro.

—Busca el medio para conseguirlo, que yo también cavilaré, y hemos de poder muy poco, ó conoceremos la intriga en que se ha metido D Juan.

—Si ofra cosa no tenéis que mandarme, á la calle de Convalecientes vuelvo.

—Y yo voy á la hostería, porque ya debe de estar en Madrid el Sr. Domingo y me esperará con impaciencia.

—¡Malas noticias hemos de darle!

—No es afortunado.

—Pero tiene valor, y luchará hasta triunfar ó morir.

—¡No estoy tranquilo!

—Yo tampoco, señor.

Nada más hablaron entonces: salieron, y se separaron en la Plaza Mayor.

CAPÍTULO XXI

Mari-Juana.

Mientras Gil se ocupaba en hacer averiguaciones sobre los habitantes del ruinoso edificio de la calle de Convalecientes, abríase la puerta de la morada de D. Juan de Haro y salía el escudero, que tomó calle arriba, retrocediendo después; fué hasta el arroyo del Arenal, y miró á todos lados. No vió más que transeuntes que le eran desconocidos.

—¡Tripas de Lucifer!—exclamó.—¡Mentira me parece que me vea libre del espionaje de nuestro enemigo! Poco tiempo durará esta fortuna: si no aprovecho la ocasión, daré pruebas de que soy el más estúpido de los mortales.

Hacia los Caños del Peral se encaminó muy rápidamente, y en pocos momentos desapareció: aún no había transcurrido media hora, cuando apareció otra vez; tras él, y á pocos pasos de distancia, iba una mujer de regular estatura, que parecía ser joven, y que se envolvía en un ancho manto y recataba tan cuidadosamente el semblante, que ni siquiera los ojos se le veían. Otra vez la mirada escudriñadora del escudero se fijó en todos lados. Gil no estaba.

—¿Qué más podemos hacer?—dijo Lucas.

Apresuró el paso; hizo lo mismo la mujer, y llegó el escudero á su vivienda; abrió con la llave de que iba provisto, y sin detenerse más, entraron. En el portal no había ningún criado ni tampoco en la escalera ni en los aposentos que tuvieron que atravesar. Cuando se encontraron en la cámara de Margarita dijo el sirviente:

—Aquí puedes estar á tus anchas, pues nadie ha de molestarte.

La tapada se quitó el manto y lo arrojó sobre una silla. Entonces pudo verse su semblante, de belleza bastante delicada, pero marchito y con esa huellas inequívocas que dejan los excesos de una vida borrascosa, los excesos de todas las pasiones, de todos los vicios, de la depravación. No contaría más de diez y ocho años; era de estatura regular; sus formas, de prematuro desarrollo, no podían ser más perfectas. Se sentó, miró á todos lados, examinando detenidamente el rico mueblaje y los bellísimos adornos.

—¿Qué te parece todo esto?—le preguntó Lucas.

—Vale mucho—respondió la joven;—pero aquí no estoy bien.

—¿Qué echas de menos?

JOAQUÍN DEL POZO
ARAMBURU

—Es que encuentro muchas cosas demás, que sobre parecerme inútiles, ni siquiera sé para qué sirven. En esta habitación no puedo tener la libertad que en mi pobre vivienda.

—Pocas horas has de estar aquí.

—Quizás me encuentre peor en el convento.

—Pues aún es tiempo de retroceder.

—¡Eso no!

—Si no te sientes con fuerzas para representar tu papel...

—Sí, porque voy á ganar mucho, y luego podré pasar buena vida.

—¡Como una gran señora!

Lucas se acercó más á la joven, le cogió una mano, que acarició, fijó en ella una mirada de impuro anhelo, y dijo:

—Somos dos criaturas sin conciencia, capaces de reirnos de todo, y nos entendemos perfectamente. ¡Éste es un gran negocio!

—Ya lo veo.

—Tú recibirás lo prometido, á mí me recompensarán también con mucha largueza, y luego...

—¡Vas muy deprisa!—interrumpió la joven.

—¿Y por qué no hemos de pensar en todo? Me ha ocurrido una buena idea, y te haré una proposición muy ventajosa.

—Sepamos; pero si antes me dieras de comer, me alegraría, porque estoy casi en ayunas.

—Y te haré compañía: beberemos á la salud de mi noble señor. Precisamente hay en casa un vino añejo delicioso que te regenerará. Espera un poco, porque yo mismo he de servirte.

—¡No te detengas!

La joven se puso en pie, empezando á recorrer la anchurosa cámara. Lucas salió, y á los pocos minutos había colocado en una pequeña mesa un mantel, una botella con vino, vasos, platos y algunos manjares. Sentáronse, bebió con avidez la joven, empezando á comer inmediatamente, y el escudero dijo:

—Mari-Juana, nunca he comprendido esos amores que consisten en mirarse y suspirar.

—¡Amor de tontos!

—Cuando una mujer me gusta, soy capaz de hacerlo todo por ella.

—Y cuando yo quiero á un hombre, le doy hasta el alma.

—No sé si opinarás lo mismo que yo en cuanto á que el amor es imposible con el hambre.

—Para amar se necesitan fuerzas, y para tenerlas se necesita comer.

—¡Bien discurres!

—¿Y por qué me dices todo eso?

—Pues por la sencilla razón de que te quiero.

—¿Y qué?—replicó Mari-Juana, mientras echaba vino en un vaso.

—Que me parece que podríamos arreglarnos muy bien cuando terminase este negocio.

—¡Según!

—Tú no has de ser monja.

—No he perdido la cabeza, aunque perdida tengo el alma, porque el Diablo se la llevó cuando conocí hace cuatro años á la hermana Justina.

—¿Quién es esa mujer?

—Te lo diré luego, y fácil te será conocerla, porque vive cerca de aquí.

—Pues bien; como no has de estar siempre en el convento...

—Ni siquiera tres meses; así lo hemos convenido.

—Ha de aparecer que te vas con un amante, y eso puede suceder muy de veras.

—Entiendo.

—Como el dinero nos sobrará, nos iremos á vivir adonde se nos antoje; aunque no hay ningún sitio mejor que Madrid, porque aquí nadie se fija en nada.

—¿Y luego?

—Luego... Pues nada más, paloma mía. ¿Te parece poco? Yo te querré, y tú me querrás; gastaremos sin medida, porque nos sobrará el dinero, gozaremos mucho, y...

—Quiero saber una cosa que me interesa mucho—interrumpió la joven.

—Pregunta, que te responderé muy pronto y con mucha claridad.

—¿Te atreverías á casarte conmigo?

—¡Mari-Juana!

—¿Te asustas?

—¡Cien mil legiones de condenados!

—¿Qué te sucede?

—¡El vino te ha trastornado!

—Me parece...

—¡Por el Infierno!

—Si para todo has tenido valor...

—Una cosa es morir, y otra es casarse. ¡Yo casado!—¡Antes prefiero que me trague la Tierra! ¡Mari-Juana, tú no sabes lo que has dicho!

La joven bebió; sonreía burlonamente.

—¡No te enfades!—dijo.

—No me enfado, sino que me horrorizo.

—Te pregunto, y basta con qne respondas.

—Ya te he respondido.

—No creas que he de disgustarme, pues como yo también soy amiga de mi libertad, prefiero estar soltera.

—Entonces...

—Pero por si acaso...

—¡No, no!

—Pues hazte cuenta que nada he dicho.

—Seré tuyo y tú mía, y juntos viviremos hasta que me juegues una mala partida ó te canses de mi amor, en cuyo caso tú te irás por un lado y yo por otro; tú te quedarás con tu dinero, y yo con el mío. Podrá suceder que alguien averigüe lo que somos; pero me río de cuanto digan los murmuradores.

—Yo también.

—Lo que nos importa es gozar: yo no tengo diez y ocho años como tú; pero tampoco soy viejo, puesto que aún no hace dos meses que cumplí treinta y cinco.

—Aún puedes dar mucho que hacer en este pícaro mundo.

—Estoy en lo mejor de mi edad, así como tú eres una flor que aún conservas cierta frescura; y si algo has perdido al perder la inocencia, has ganado en gracia y travesura.

Mari-Juana fijó una mirada profunda en el escudero, y le preguntó:

—¿Es de veras que de mí te has enamorado?

—¡Te lo juro!

—¡Lucas!...

—¿Lo dudas?

—No lo dudo, pues como nadie te obliga á galantearme...

—He de ser rico, y cuanto posea estará á tu disposición, para ti será.

—Lo que yo quiero es tu corazón.

—¡Y yo, los goces que con los ojos prometes!

Mari-Juana volvió á llenar el vaso y se lo



Mari-Juana.

presentó al escudero, que bebió la mitad del vino, apurando la otra mitad la joven: estaban de acuerdo. Lucas se entusiasmó cuanto era posible, y sus demostraciones de alegría fueron demasiado expresivas. Una hora después, y no teniendo otra cosa que hacer, Mari-Juana

se acostó para dormir hasta que llegase la noche en el mismo lecho en que había descansado pocas horas antes la inmaculada Margarita, forjándose ilusiones sublimes. El escudero tuvo entonces una conferencia con su señor.

—¿Falta algo?—le preguntó éste.

—Nada, puesto que en casa tenemos á la desdichada criatura que al convento ha de ir.

—¿Que está en casa?

—Hace una hora.

—¿Y por qué no me has avisado?

—Porque yo necesitaba hablar con ella.

—Pues ahora...

—La veréis después, mi noble señor, porque quiere estar sola para meditar.

—¿Crees que representará bien la farsa?

—No necesita mucha habilidad.

—Sin embargo, una palabra indiscreta...

—¡Podéis estar tranquilo!

—No lo estoy.

—Ha venido sin que nadie la vea.

—¿Y nuestro espía?

—Tiene necesidad de comer y de dormir, y no puede estar á todas horas en los alrededores de esta casa.

—Como son tres, por lo menos...

—En pleno día no puede D. Lope andar vagando por aquí, porque le conoce todo el mundo.

—Pero el hidalgo...

—Necesita descanso también.

—Si una ocasión se ha presentado...

—No necesitamos otra.

—El criado de D. Lope no nos abandonó anoche ni un solo instante.

—Pero no es posible que haya comprendido el juego; y si lo sospecha, hoy quedará desorientado, porque verá á doña Margarita ir al convento.

—Me parece que la situación la hemos complicado mucho más de lo que permite la prudencia.

—Señor, es mucho lo que queremos, y, por consiguiente, mucho también lo que tenemos que arriesgar para conseguirlo.

—Ciertamente.

—De todas maneras, ya hemos principiado...

—Y concluiremos, aunque me cueste la vida—dijo enérgicamente D. Juan.

—Durante la lucha hemos de encontrarnos en más de un apuro imprevisto.

—Lo venceremos y continuaremos.

—Para retroceder es tarde.

—Voy á salir.

—¿Supongo que pensáis ir á ver á doña Margarita?

—Sí.

—Y no puedo acompañaros.

—Debes quedarte para cuidar de esa mujer.

—Mirad bien si alguien espía.

D. Juan de Haro salió poco después. Tampoco entonces estaba Gil, porque se ocupaba en buscar los medios para averiguar quién habitaba el ruinoso edificio de la calle de Convalecientes. Lo que hizo lo sabremos á su tiempo. Después de las doce fué á comer; habló muy detenidamente con D. Lope, y á las cuatro volvió á salir, yendo á la hostería, donde con mucha impaciencia le esperaba el señor Domingo.

—¡Gracias á Dios!—dijo el enamorado mancebo al ver al criado de D. Lope.

—No he venido antes—respondió éste—porque no he podido ni era menester.

—Si á lo menos vuestro señor no me hubiera prohibido salir...

—Así lo aconsejaba la prudencia.

—¿Qué haremos ahora?

—No hay nada que hacer en este momento, Sr. Domingo—respondió Gil.

—¿Creéis que puedo permanecer en la inacción uno y otro día?

—No.

—Pues, entonces...

—Saldremos, y mientras nos paseamos y hablamos, no nos aburriremos.

—¡Vamos, pues!

—Os daré cuenta de lo que he hecho para poner en claro el misterio del proceder de D. Juan.

Salieron de la hostería.

—¿Por dónde?—preguntó Gil.—Porque ahora podéis elegir el sitio que más os agrade.

—Iremos hacia la calle del Pez.

El sirviente desplegó una sonrisa maliciosa.

—Sí—dijo;—contemplaremos las paredes del convento de San Plácido, y oiremos las campanas de su reloj al dar el toque de difuntos. Pero antes, y por lo que pueda convenir,